

John Brunner

EL REBAÑO CIEGO



En este libro, escrito en 1970, se describe el mundo de principios del Siglo XXI. Este mundo imaginado se aboca el desastre total por la contaminación química y biológica. Los niños mueren de disentería, malaria, tifus, avitaminosis (y no sólo en los países del Tercer Mundo, también Europa sufre una gran hambruna por la contaminación definitiva y total del Mediterráneo). Mientras, los adultos contemplan cómo su esperanza de vida se acorta cada día que pasa y son cada vez más conscientes que no habrá una nueva generación.

El rebaño ciego, sin embargo, no es panfletario en la denuncia del consumo desenfrenado y la amoralidad empresarial y política. Todos los datos están documentados y son presentados de manera rigurosa. Es un libro que está viendo como muchos de sus presupuestos se están cumpliendo cuarenta años después. En el que no da tiempo para coger cariño a los personajes pues estos circulan luchando en guerras sin sentido y son mutilados y muertos por las bombas de su propio gobierno o por catástrofes naturales y enfermedades. En la cúpula de ese gobierno está el Prexy, un presidente de EE. UU. que es inútil. La única esperanza es un antiguo líder universitario, Austin Train, que se esconde bajo falsas identidades, y que tiene una teoría crítica con su presente que cala en grupos de jóvenes idealistas y adultos desencantados.



John Brunner

El rebaño ciego

Trilogía del Desastre - 3

ePub r1.1
Rob_Cole 27.02.2019

Título original: *The Sheep Look Up* John Brunner, 1972
Traducción: Domingo Santos Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Rob_Cole

Primer editor: Watcher (r1.0) ePub base r2.0

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



A
ISOBEL GRACE SAUER (nacida ROSAMOND)
1887-1970

IN MEMORIAM

POR FAVOR,
CONTRIBUYA A MANTENER EL MUELLE LIMPIO:
ECHE SU BASURA AL AGUA.

—Cartel reproducido en *El basurero de Dios*, editado por Peter Blake.

DICIEMBRE

FOLLETO

Vendrá el día en que incluso los niños
podrán jugar seguros en el césped.
Ningún lobo cruel acudirá a molestarles,
sabrán del león tan solo por los libros de estampas.
Ningún viejo árbol dejará caer una de sus ramas
para golpear por sorpresa la confiada cabeza del infante.
De los bosques nacerán cuidados bosquecillos,
y cada desierto se convertirá en un prado.
Ceceando sus historias con impulsivo deleite,
uno declarará: «Yo vengo del Oeste,
donde Abuelito se afanó sobre el mar indomable
¡para convertirlo en un dócil lago!».
Y otro responderá: «Mi hogar es el Este,
donde, dice mamá, vivía en un tiempo una bestia salvaje,
cuyos colmillos se desnudaban a menudo en una horrible rabia...
¡Vi una, de veras, a buen recaudo en una jaula!».
Del mismo modo el Norte, donde antes solo había nieve,
conocerá la regla de las residencias y los cottages,
la encantadora música de la risa de un niño,
la carretera, el ferrocarril y el telégrafo,
y también el Sur; los océanos en torno al Polo
serán domesticados. ¡Qué noble empeño!
Tales son los sueños que infatigablemente inspira el cerebro
e inflaman a los exploradores ingleses...

—«Navidad en la Nueva Roma», 1862.

CARNICERÍA

¿Perseguido?

¿Por fieras salvajes?

¿En pleno día, en la autopista de Santa Mónica? ¡Loco! ¡Loco!

Este era el arquetipo de la pesadilla: atrapado, incapaz de moverse, con monstruosas bestias amenazadoras rodeándole. Un embotellamiento de casi dos kilómetros, tres carriles intentando meterse en una salida diseñada únicamente para dos, zumbando y humeando y rugiendo. Por el momento, de todos modos, estaba más asustado de correr que de quedarse donde estaba.

Brillantes colmillos reflejando el gris resplandor de las nubes, un puma.

Garras libres de toda funda, un jaguar.

Tensándose para golpear, una cobra.

Planeando, un halcón. Hambrienta, una barracuda.

Sin embargo, cuando finalmente sus nervios le fallaron e intentó echar a correr, no fue ninguno de esos animales el que lo alcanzó, sino una pastinaca.

SIGNOS DE LOS TIEMPOS

ES PELIGROSO BAÑARSE EN ESTA PLAYA

agua NO potable

NO APTA PARA EL CONSUMO HUMANO

Lávese aquí sus manos

(Multa por no hacerlo, 50\$)

EXPENDEDOR DE MASCARILLAS FILTRO

(a utilizar una sola vez — máximo, una hora)

OXIGENO

25 cents.

NO EN NUESTRAS ESTRELLAS

La radio estaba diciendo:

—¡Usted merece seguridad, estilo Fortaleza!

Bloqueando el acceso al aparcamiento de la compañía, a la izquierda de la calle, había un autobús, enorme, alemán, articulado, eléctrico, descargando pasajeros. Esperando impacientemente a que se apartara, Philip Mason escuchó. ¿Un anuncio de una compañía rival?

La untuosa voz decía, sobre un fondo de no-música de violas y contrabajos:

—Usted merece dormir sin que le molesten. Irse de vacaciones tanto tiempo como pueda permitirse, sin tener que preocuparse de la casa que ha dejado atrás. ¿No dicen que el hogar de un hombre es su castillo... y eso debería ser cierto también para usted?

No. No era una compañía de seguros. Algún sucio promotor. ¿Qué infiernos estaba haciendo aquel autocar estacionado allí? Pertenecía a la ciudad de Los Ángeles, de acuerdo... lo indicaba el color, el nombre pintado a un lado. Pero en vez de una placa con su destino llevaba el cartel de RESERVADO, y no podía ver con detalle a sus ocupantes a través de las sucias ventanillas. Pero aquello no era demasiado sorprendente, pues sus propios cristales estaban igual de sucios. Iba a pulsar la bocina; pero su dedo apretó el botón del limpiaparabrisas, y un momento más tarde se alegró de su elección. Ahora podía divisar a media docena de niños de rostros tristes, tres negros, dos amarillos, uno blanco, y la parte superior de unas muletas. Oh.

El locutor de la radio proseguía:

—Lo que nosotros hemos hecho por usted ha sido construir ese castillo. Todas las noches, hombres armados montarán guardia en todas sus puertas, los únicos puntos de acceso entre nuestras paredes erizadas de púas. Residencias Fortaleza emplea al personal mejor adiestrado. Nuestros vigilantes son reclutados de entre la policía, nuestros tiradores de primera son todos ex-marines.

De esos sí no debían faltarles, desde que nos habían pateado fuera de Asia. Ah, el autobús señalaba que se iba. Avanzó con precaución pasando por detrás y notando con el rabillo del ojo una pancarta en su ventanilla trasera que identificaba a la organización que lo había alquilado como la Fundación de la Comunidad de la Tierra; lanzó una ráfaga de sus luces al coche que estaba detrás, pidiendo permiso para meterse. Le fue concedido, aceleró... y un instante después tenía que apretar brutalmente el freno. Un inválido estaba cruzando la entrada del aparcamiento, un chico asiático de poco más de diez años, probablemente un vietnamita, con una pierna atrofiada y doblada bajo la cadera, los brazos abiertos para ayudarse a

mantener el equilibrio sobre una especie de jaula abierta de aluminio con numerosas correas.

Harold, gracias a Dios, no está *tan* mal.

Todos los guardias de las puertas negros. Un prurito de helado sudor ante la idea de que podía haber atropellado al chico directamente delante de las bocas de sus armas. Amarillo significa negro honorario. Es bueno tener compañeros en la universidad. Y, pensando en compañeros... ¡Oh, *cállate!*

—Nada que temer respecto a sus hijos —desgranaba la radio—. Diariamente, autobuses blindados los recogerán a su puerta y los llevarán a la escuela elegida por usted. Ni un segundo estarán lejos del cuidado de responsables y afectuosos adultos.

El muchacho completó su tambaleante trayecto hasta la acera, y Philip pudo seguir finalmente adelante con su coche. Un guardia reconoció la pegatina de la compañía en su parabrisas y alzó la barrera roja y blanca que cerraba el aparcamiento. Sudando más que nunca, porque llegaba horriblemente tarde y aunque no era culpa suya se sentía inundado por un sentimiento abstracto de culpabilidad que le hacía sentir vagamente que *todo* lo que ocurría hoy era culpa suya, desde las bombas de los atentados de Baltimore hasta la toma del poder por los comunistas en Bali, miró a su alrededor. Oh, mierda. Lleno a tope. No había ningún agujero donde pudiera meterse sin que le guiaran a menos que perdiera un tiempo precioso maniobrando adelante y atrás a escasos centímetros de los otros coches.

—Jugarán en salas de recreo con aire acondicionado —prometía la radio—. Y cualquier atención médica que puedan necesitar estará disponible las veinticuatro horas del día... ¡a un precio contractual realmente bajo, bajo, bajo!

Estupendo para alguien que gane cien mil al año. Para la mayoría de nosotros esos precios son prohibitivos; lo sé muy bien. ¿No habrá ninguno de esos guardias dispuestos a ayudarme a aparcar? Infiernos, no, todos han vuelto al parecer a sus puestos.

Furioso, bajó su ventanilla e hizo señas violentas. Inmediatamente el aire le hizo toser y sus ojos empezaron a lagrimear. Simplemente no estaba acostumbrado a aquellas condiciones atmosféricas.

—Y ahora un comunicado de la policía —dijo la radio.

Sin mascarilla, con una expresión que revelaba un rastro de... ¿qué? ¿Sorpresa? ¿Desdén?... algo, de todos modos, que era un comentario mudo sobre aquel tipo que ni siquiera era capaz de respirar directamente el aire sin ahogarse, el guardia más cercano avanzó hacia él, suspirando.

—Los rumores de que el sol ha sido visto en Santa Ynez carecen de fundamento —decía la radio—. Repetimos. —Y lo hizo, apenas audible contra el zumbido de un avión invisible sobre las nubes. Philip salió del coche, con un billete de cinco dólares, sacado apresuradamente de su bolsillo en la mano.

—Ocúpese de esto por mí, ¿quiere? Soy Mason, director de la zona de Denver. Llego tarde a mi conferencia con el señor Chalmers.

Apenas pudo terminar de pronunciar esto antes de doblarse en dos a causa de otro acceso de tos. El denso aire raspaba el fondo de su garganta; podía imaginar los tejidos volviéndose callosos, densos, impermeables. Si este trabajo me obliga a viajar frecuentemente a Los Angeles tendré que comprarme una mascarilla filtro. Y al infierno si parezco afeminado. Aunque he visto que aquí tan solo las llevan las chicas.

La radio murmuró algo acerca de una enorme congestión de tráfico afectando a todas las carreteras del norte.

—Ajá —dijo el guardia, tomando el billete y enrollándolo expertamente con una sola mano, como un cigarrillo—. Vaya. Deben estarle esperando.

Señaló al otro lado del aparcamiento, donde una señal luminosa sobre una puerta giratoria deseaba al mundo una feliz Navidad de parte de la Angel City Interstate Mutual.

¿Estarle esperando? ¡Confío en que eso no signifique que no han querido empezar sin mí!

Los pies plantados sobre los signos de Libra, Escorpio, Sagitario, mientras la puerta giratoria emitía un ruido a fieltro. Giró duramente; las juntas estancas debían haber sido renovadas recientemente. Al otro lado, un vestíbulo adornado con frías paredes de mármol, decorado también con emblemas zodiacales. La publicidad de la Angel City estaba centrada en la idea de escapar al destino para el que uno había nacido, y tanto aquellos que creían seriamente en la astrología como aquellos que eran escépticos apreciaban la semipoética cualidad del estilo publicitario resultante.

Allí el aire no sólo estaba purificado sino delicadamente perfumado. Aguardando en un banco y con aspecto aburrido, había una muy decorativa chica mulata clara, con un ajustado vestido verde, con modosas mangas, y una falda cuyo borde inferior tocaba casi los talones cubanos —corrección: Miranda— de sus zapatos negros.

Pero el vestido estaba abierto por delante hasta la cintura. Y además llevaba unos panties púbcos, con un mechón de pieles en la entrepierna sugiriendo pelo.

La última noche en las Vegas: Cristo, debí perder la cabeza, sabiendo que tenía que dormir bien, estar en plena forma para hoy. Pero no me siento en absoluto así. Me siento... Oh, Dios, me gustaría saberlo. ¿Jactancioso? ¿Deseoso de un cambio? Dennie, te juro que te quiero, no tengo intención de tirar mi trabajo por la ventana. ¡Ni siquiera voy a mirar a esta chica! Chalmers creo que está en la tercera planta, ¿no? ¿Dónde está el directorio? Oh, detrás de esos distribuidores de mascarillas filtro.

(Sin embargo, entremezclado, el orgullo de trabajar para una firma cuya progresista imagen llegaba hasta el punto de asegurarse de que sus secretarías fueran siempre a la última moda. Aquel traje no era de orlon o de nylon; era de lana).

Sin embargo, era imposible no mirar. Ella se levantó y le dio la bienvenida con una amplia sonrisa.

—¡Usted es Philip Mason! —Su voz era un poco ronca. Era reconfortante saber que había gente en Los Angeles a quien le afectaba el aire. Si aquella ronquera no le diera esa cualidad erótica...—. Nos conocimos la última vez que estuvo usted aquí, aunque probablemente no debe recordarlo. Soy la ayudante de Bill Chalmers, Felice.

—Sí, la recuerdo. —Había vencido a la tos, pero aún le quedaba una ligera sensación de escozor en los párpados. Su afirmación no era simple cortesía: la recordaba realmente, pero su última visita había sido en verano y ella llevaba un traje corto y un peinado distinto.

—¿Hay algún lugar donde pueda lavarme las manos? —añadió, mostrando sus palmas para probar que quería decir *lavar*. Estaban casi viscosas debido a las partículas en suspensión en el aire que habían escapado al precipitador de su coche. No había sido diseñado para el aire de California.

—Desde luego. Al final del corredor, a la derecha. Le esperaré.

El lavabo de caballeros tenía en su puerta el signo de Acuario y el de damas el signo de Virgo. En una ocasión, cuando llevaba poco tiempo en la compañía, provocó las risas generales de un grupo de colegas sugiriendo que, en interés de una auténtica igualdad, debería haber tan sólo una puerta, señalada Géminis. Hoy no estaba de humor.

Bajo la puerta cerrada de uno de los cubículos: unos pies.

Suspicaz ante la incidencia de ataques en los lavabos de caballeros en aquellos días, hizo sus necesidades con un ojo clavado en aquella puerta. Un débil sonido de succión llegó a sus oídos, luego un tintineo. ¡Cristo, una jeringuilla llenándose! ¿Un adicto con un vicio costoso, que se había encerrado allí buscando intimidad? ¿Debía sacar su pistola a gas?

Así se llega a la paranoia. Los zapatos elegantemente lustrados, no podían ser los de un adicto que descuida su apariencia. Además, habían pasado más de dos años desde que lo asaltaron por última vez en un lugar semejante. Las cosas estaban mejorando. Se dirigió a la hilera de lavabos, cuidando de elegir uno cuyo espejo reflejara el cubículo ocupado.

No deseando dejar manchas de grasa en la clara tela de sus pantalones, buscó cuidadosamente en el bolsillo una moneda para echar en el distribuidor de agua. Maldita sea. El asqueroso aparato había sido alterado desde su última visita. Tenía monedas de cinco y veinticinco centavos, pero el cartel indicaba solo monedas de diez centavos. ¿No habría alguno gratuito? No.

Estaba a punto de volver sobre sus pasos para pedirle a Felice que le diera cambio cuando la puerta del cubículo se abrió. Un hombre vestido de oscuro, acabando de ajustarse una chaqueta cuyo bolsillo lateral derecho parecía abultado, salió de allí. Su rostro le recordó a alguien. Philip se relajó. Ni un adicto ni un extraño. Sólo un

diabético, quizá, o un hepático. Al que no le iba tan mal, después de todo, a juzgar por sus rubicundas mejillas y su sana complexión. ¿Pero quién...?

—¡Ah! Usted debe estar aquí por esta conferencia con Chalmers. —Avanzando varios pasos, el no-extraño hizo el gesto de tender la mano, luego lo canceló con una risita.

—Perdone, será mejor que me lave las manos antes de estrecharle la suya. Soy Halkin, de San Diego.

También prudente.

—Yo soy Mason, de Denver. Ah... ¿tiene alguna moneda suelta de diez centavos?

—Sí. Le invito.

—Gracias —murmuró Philjp, y tapó cuidadosamente el desagüe antes de abrir el agua. No tenía idea de cuánta iba a proporcionarle una moneda de diez centavos, pero si era la misma cantidad que año y medio antes proporcionaba una de cinco sólo tendría la suficiente para enjabonarse y aclarar. Aunque tenía treinta y dos años, hoy se sentía como un quinceañero tímido, inseguro, acomplejado. La piel le picaba como si estuviera llena de polvo. El espejo le dijo que no se notaba y que su pelo oscuro, peinado hacia atrás, seguía en su sitio. No había de qué preocuparse. Pero Halkin llevaba ropas prácticas, casi negras, mientras que él se había puesto su traje más nuevo y elegante..., según los estándares de Colorado, ciertamente determinados por la afluencia anual de la jet set de los deportes de invierno, y era de un color azul pálido porque Denise decía que hacía juego con sus ojos y, aunque inarrugable, mostraba ya manchas de mugre en el cuello y los extremos de las mangas. Memorándum para sí mismo: la próxima vez que viniera a Los Angeles...

El agua era terrible, no valía los diez centavos. El jabón —al menos la compañía tenía pastillas en los lavabos, en lugar de pedir otros diez centavos para una servilleta de papel impregnada— apenas hacía espuma entre sus palmas. Cuando se frotó la cara le entró un poco por la comisura de la boca, y sabía a sal marina y a cloro.

—Ha llegado con retraso como yo, supongo —dijo Halkin, girándose para secar sus manos en el secador de aire caliente, que también era gratis—. ¿Qué fue... esos sucios trainitas ocupando Wilshire?

Lavarse la cara había sido un error. No había toallas, ni papel, ni nada parecido. Y no se le había ocurrido comprobarlo antes. Entonces recordó lo de las fibras de celulosa en las aguas del Pacífico. Eso debía ser la causa de la falta de papel. La sensación de ser un quinceañero torpe le acosó como nunca cuando tuvo que contorsionar la cabeza para meterla en el chorro de aire caliente, sin dejar de pensar: ¿qué es lo que utilizan como papel higiénico... cantos rodados, al estilo musulmán?

No obstante, había que mantener las apariencias a toda costa.

—No, me retrasé en la autopista de Santa Mónica.

—Ah, ya. Oí decir que el tráfico era muy denso hoy. ¿Sabe algo del rumor acerca de que había aparecido el sol?

—No fue eso. Un... —dominó el ridículo impulso de asegurarse de que ningún negro estaba escuchando, como Felice o los guardias del aparcamiento—... negro loco saltó de su coche en medio del embotellamiento e intentó correr al otro lado de la calzada.

—No me diga. Iba cargado, ¿eh?

—Supongo que debía estarlo. Oh, gracias —Halkin le mantenía educadamente abierta la puerta—. Naturalmente, los coches que aún avanzaban en el carril de la izquierda tuvieron que frenar y desviarse y ¡*bang!*, debieron ser al menos cuarenta los que chocaron. No lo alcanzaron por milagro. Claro que eso no le sirvió de nada. El tráfico que venía de la ciudad debía ir a ochenta o cien en aquel lugar, y cuando saltó la línea divisoria se dio de frente contra un coche deportivo.

—Dios mío. —Se habían acercado a Felice, que les aguardaba junto a un ascensor con la puerta abierta; entraron con ella, y Halkin alzó su mano hacia los mandos—. Es el tercero, ¿no?

—No, no estamos en la oficina de Bill. Estamos en la sala de conferencias, en el séptimo.

—¿Sufrió algún daño su coche? —preguntó Halkin.

—No, afortunadamente el mío no se vio metido en el lío. Pero tuvimos que quedarnos sentados allí durante más de media hora hasta que despejaron la autopista... ¿Dijo usted que fue retenido por los trainitas?

—Sí, en Wilshire. —La sonrisa profesional de Halkin dejó paso a un gesto de desdén—. La mayoría de ellos sucios objetores tan solo. ¡Apostaría a que sí! Cuando pienso el tiempo que estuve sudando por su culpa... Usted hizo su servicio militar, supongo.

—Sí, por supuesto; en Manila.

—Yo lo pasé en Vietnam y Laos.

El ascensor estaba frenando, y todos miraron a los números iluminados. Pero no era el séptimo, era el quinto. Las puertas se abrieron mostrando a una mujer con un rostro pecoso que dijo entre dientes:

—¡Oh, mierda! —pero entró de todos modos en el ascensor.

—Subiré con ustedes y luego volveré a bajar —añadió en voz más alta—. Una puede quedarse esperando hasta el día del juicio final en este asqueroso edificio.

Las ventanas de la sala de conferencias eran de un brillante color gris amarillento. La sesión había empezado sin aguardar a los dos últimos y Philip dio las gracias por no tener que entrar solo. Había ocho o nueve hombres presentes, sentados en confortables sillas provistas de mesillas plegables en el brazo de la derecha con libros, blocs de notas y grabadoras personales. Frente a ellos, al otro lado de una mesa en forma de boomerang desnutrido: William Chalmers, vicepresidente a cargo de las operaciones interestatales, un hombre de pelo negro, rozando los cincuenta,

que había desarrollado demasiada barriga para los ceñidos trajes que llevaba. De pie, interrumpido por la intrusión: Thomas Grey, el actuario más antiguo, un hombre calvo y delgado, de unos cincuenta años, con unas gafas de cristales tan gruesos que uno llegaba a imaginar que su peso era el causante de que sus hombros estuviesen habitualmente caídos. Parecía irritado; se rascó de forma ausente el sobaco izquierdo a la vez que inclinaba levemente la cabeza como saludo a los recién llegados.

Chalmers, en cambio, les dio la bienvenida cordialmente, barrió sus disculpas con un gesto de su mano, les señaló los asientos vacíos... en primera fila, por supuesto. El reloj de la pared señalaba las once y dos minutos en vez de las diez y media previstas. Intentando ignorar aquel detalle, Philip tomó el fajo de papeles que le había sido asignado y distribuyó sonrisas mecánicas a sus colegas que ya conocía de otras veces.

De otras veces...

No pensar en Laura. ¡Dennie, te quiero! ¡Quiero a Josie quiero a Harold, quiero a mi familia! Si tan solo no hubieras insistido en que yo...

Oh, cállate. ¡No hagas una montaña de un grano de arena! Pero su situación era precaria. Era sabido por todos que durante casi siete años había sido el más joven de los directores de zona de la Angel City: Los Angeles, San Francisco, California del Sur, Oregón, Utah, Arizona, Nuevo México, Texas, Colorado. Estaba prevista la subdivisión de Texas para el año próximo, decían los rumores, pero por el momento no se había producido. Aquello significaba que sus pasos estaban siendo seguidos por hordas de talentudos y diplomados subempleados. Él tenía seis vendedores con título universitario. Correr para permanecer en el mismo sitio...

—¿Y si continuáramos? —dijo Grey. Philip se acomodó en su sillón. La primera vez que vio al actuario lo había considerado como una desecada extensión de sus computadoras, perdido en un mundo en el que sólo los números poseían realidad. Después supo que había sido idea de Grey el adoptar el simbolismo astrológico como material de promoción de la firma, confiriéndole así a la Angel City el status de ser la única compañía de seguros de importancia cuyos clientes menores de treinta años aumentaban con tanta rapidez como la proporción de la población que representaban. Alguien con esta visión era digno de ser escuchado.

—Gracias. Estaba explicando por qué están ustedes aquí.

Sus ojos giraron hasta el límite de sus órbitas, tenía la boca entreabierta, la respiración jadeante.

—Es inútil que lo niegues —dijo—. ¡Ninguna mujer te ha hecho sentir más hombre!

Philip se tocó la parte interna de la mejilla con la punta de la lengua. Ella le había dado una sonora bofetada con el revés de su mano y había salido de la habitación del

motel con ojos llameantes porque él le había ofrecido dinero. Era un corte. Sangró durante cinco minutos. Estaba cerca de su canino superior derecho, durante toda su vida el más puntiagudo de sus dientes.

—Es debido —continuó Grey— al aumento de las primas de los seguros de vida que vamos a vernos obligados a implantar a partir de primero de enero próximo. Naturalmente, siempre hemos calculado nuestras cifras bajo la presunción de que las expectativas de vida en los Estados Unidos seguirían aumentando. Pero durante los últimos tres años, de hecho, han empezado a descender.

UNA PERCHA PARA GALLINAS

A las nueve los trainitas habían esparcido tachuelas por la calzada y creado un atasco monumental que se extendía a lo largo de doce manzanas. Los polis, como siempre, estaban en otro lado..., y como siempre también, había montones de simpatizantes dispuestos a aumentar la diversión. Era imposible calcular cuántos aliados tenía el movimiento; así por encima, sin embargo, se podría decir que en las ciudades de Nueva York, Chicago, Detroit, Los Angeles o San Francisco la gente estaba dispuesta a aplaudirles, mientras que en los suburbios que las rodeaban o en el Medio Oeste la gente estaba más dispuesta a ir en busca de sus armas. En otras palabras, tenían menos apoyo en las zonas que habían votado por Prexy.

Luego, los coches embotellados habían visto sus parabrisas y sus ventanillas empañadas con un compuesto comercial barato utilizado para grabar cristal, y les habían pintado slogans en sus portezuelas. Algunos eran largos: ESTE VEHÍCULO ES UN PELIGRO PARA LA VIDA Y LOS MIEMBROS. La mayoría eran cortos: ¡APESTA! Pero el más común de todos era la consigna universalmente conocida: ¡DETENEOS ME ESTÁIS MATANDO!

Y en cada caso la inscripción terminaba con una especie de huevo encima de un aspa..., la versión ideográfica simplificada del invariable símbolo trainita, una calavera y dos tibias cruzadas reducidas a OX.

Luego, tras consultar listas de referencias multicopiadas algunas de las cuales fueron halladas horas más tarde en las alcantarillas o revoloteando al paso de los coches, la emprendieron con los escaparates de las tiendas cercanas y oscurecieron los artículos ofrecidos con slogans igualmente apropiados. Sin prejuicios de ninguna clase, hallaron algo apto para cada tienda en particular.

No era demasiado difícil. Encantados, los chicos que salían de las clases de la tarde les ayudaron en el trabajo de mantener irritados a los automovilistas, dependientes de establecimientos y otros entrometidos. Algunos de ellos no fueron lo bastante listos como para desaparecer cuando al fin llegaron los polis —en helicóptero, tras los frenéticos mensajes por radio—, y realizaron su primer viaje al Tribunal de Delincuencia Juvenil. ¿Pero qué diablos? Estaban en la edad de comprender que una condena no es algo necesariamente malo. Entre otras cosas, puede impedir que te llamen para el servicio militar. Puede salvar tu vida.

La mayoría de los conductores tuvieron el buen sentido de quedarse dentro de sus coches, echando espuma por la boca tras sus opacos cristales, mientras calculaban el costo de las reparaciones y la pintura. Prácticamente todos ellos estaban armados, pero ninguno era lo bastante estúpido como para sacar su pistola. Alguien lo había intentado durante una manifestación trainita en San Francisco el mes anterior. Una chica había resultado muerta. Otros, anónimos, con sus máscaras cubriéndoles la

cabeza y sus ropas imitación hechas a mano, habían sacado al asesino de su coche y utilizado contra él el mismo violento ácido que aplicaban al cristal, para escribir ASESINO en toda su carne.

En cualquier caso, no era recomendable bajar el cristal de la ventanilla para insultar a los manifestantes. Las gargantas no resistían mucho rato el crudo aire.

ENTRENAMIENTO

—Es relativamente fácil hacer que la gente comprenda que los coches y las armas son peligrosas en sí.

Estadísticamente, casi cualquier ciudadano de este país tiene algún familiar muerto por un disparo, en su casa o fuera de ella, mientras que la asociación entre coches y accidentes de tráfico abre la mente del público al concepto de otras amenazas más sutiles.

MASTER MOTOR MART

Coches nuevos y usados

Plomo: causa subnormalidad en niños y otros desórdenes. Excede los 12 mg por m³ en la composición del agua en California. Probable factor de contribución en el declive del Imperio Romano, cuyas clases altas comían alimentos cocidos en recipientes de plomo y bebían vino fermentado en cubas forradas de plomo. Las fuentes contaminantes habituales son pintura, mezclas antidetonantes aún en uso en combustibles, caza de pantanos, etc., y a lo largo de generaciones el plomo arrojado a las aguas.

—Por otra parte resulta mucho más difícil convencer a la gente de que una firma de apariencia tan inocua como un salón de belleza es peligrosa. Y no me refiero a que algunas mujeres sean alérgicas a los cosméticos habituales.

Salón de belleza Nanette

Cosmética, perfumería y postizos

Bifenilos policlorurados: productos de desecho de los plásticos, lubricantes e industrias cosméticas. Distribución universal a niveles semejantes al DDT, menos tóxicos pero con un efecto más acentuado en las hormonas esteroideas. Descubiertos en especímenes de museos que datan de 1944. Mortales para los pájaros.

—Del mismo modo, hay que dar un paso mental muy corto desde la idea de matar plantas o insectos a la de matar animales y gente. No fue necesario el desastre de Vietnam para comprender eso... estaba ya en las mentes de todos.

GRANJA & JARDIN, S. A.

Expertos en construcción de jardines & control de plagas

Pelícano pardo: dejó de reproducirse en California, donde era muy común, en 1969, debido al efecto estrogénico del DDT en la secreción de las cáscaras. Los huevos se aplastaban cuando las hembras intentaban incubarlos.

—Como contraste, ahora que raramente hacemos uso de las sustancias que se utilizaban normalmente en gran parte de la farmacopea y que eran claramente reconocibles como venenosas debido a su nombre —arsénico, estricnina, mercurio y así—, la gente parece asumir que cualquier medicamento es bueno, y punto. Malgasté más parte de mi vida de la que me gustaría admitir yendo de granja en granja intentando convencer a los criadores de cerdos y pollos de la peligrosidad de los alimentos que contenían antibióticos. Pero ninguno de ellos quiso escucharme. Creían que, cuanto más antibiótico esparciera uno por su alrededor, mejor sería. ¡De modo que la fabricación de nuevas sustancias destinadas a reemplazar las malgastadas en piensos para el ganado, cerdos y pollos se ha convertido en algo así como la carrera entre las armas y las armaduras!

Stacy & Schwartz, S. A.

PRODUCTOS ALIMENTICIOS IMPORTADOS
PARA GOURMETS

Train, Austin P. (Proudfoot): nac. Los Angeles 1938; e. UCLA (B. Sc. 1957), Univ. Londres (Dr. Filos, 1961); cas. 1960 Clara Alice nacida Shoolman, div. 1963, s/h.; dir. c/o editores. Pub: tesis, «Degradación Metabólica de los organofosfatos complejos» (Univ. of London Press 1962); «Las grandes epidemias» (Potter & Vlasarely 1965, reed. como «Muerte en el viento», Common Sense Books, 1972); «Estudios de ecología refractiva» (P&V 1968, reed. como «El movimiento de resistencia en la naturaleza», CSB 1972); «Preservativos y aditivos en la dieta americana» (P&V 1971, reed. como «Sepa lo que come sin saberlo», CSB 1972);

«Guía para la supervivencia de la humanidad» (International Information Inc., hardcover 1972, pocket 1973); «Manual para el año 3000» (III, hardcover 1973, pocket 1975); colab. en J. Biol. Sci., J. Ecol., J. Biosph., Intl. Ecol. Rev., Nature, Sci. Am., Proc. Acad. Life Sci., Sat. Rev., New York, New Sci. (Londres), Envrmt. (Londres), *Paris Match*, *Der Spiegel* (Bonn), *Blitz* (India) *Manchete* (Rio) etc.,

ES UN GAS

Dejando tras él la mitad de su desayuno/almuerzo (no porque la cafetería, donde comía regularmente desde hacía casi un año, estuviera repleta de gente ya que siempre lo estaba, pero sentarse al lado de un poli no es nada agradable), Pete Goddard aguardó a que le devolvieron el cambio. Al otro lado de la calle, en los enormes paneles que delimitaban el emplazamiento de la tienda de Guarniciones y Forrajes Harrigan —había conservado su nombre pese a que desde años antes de ser demolida no vendía más que vehículos para la nieve, repuestos para motocicletas y prendas típicas del oeste para turistas, y además estaba previsto que ahora se transformara en un edificio de cuarenta y dos deseables apartamentos por encima de las oficinas de la American Express y del Colorado Chemical Bank—, alguien había pintado una docena de negras calaveras y tibias cruzadas.

Bien, él se sentía un poco así también. La última noche habían tenido una fiesta: el primer aniversario de boda. Su boca le sabía amarga y le dolía la cabeza, y además Jeannie había tenido que levantarse a la hora de costumbre porque ella también trabajaba, en la planta hidropónica Bamberley, y él había roto su promesa de recogerlo todo de modo que ella no tuviera que hacerlo por la noche. Además, esa mancha que le había salido en la pierna, aunque no le doliera... pero tenían buenos médicos en la planta. Tenían que tenerlos.

Nueva, no dispuesta a llevarse bien con él la cajera le devolvió las dos monedas en su palma y se giró para seguir conversando con una amiga.

El reloj de la pared concordaba con el suyo: tenía ocho minutos para recorrer los cuatro minutos que lo separaban de la comisaría. Además, hacía un frío mordiente fuera, unos menos seis grados, con un fuerte viento. Estupendo para los turistas en las laderas del monte Hawes, no tan estupendo para los policías que medían la temperatura en una gráfica de coches accidentados, daños causados por las heladas y pequeños delitos cometidos por hombres en paro estacional.

Y mujeres, por supuesto.

Así que quizá antes de ir... Junto a la puerta, un amplio objeto rojo con un espejo en la parte frontal superior. Instalado el otoño pasado. Japonés. En una placa en su costado: *Mitsuyama Corp., Osaka*. Con la forma de una báscula pública. Póngase aquí delante e introduzca 25 centavos. No fume mientras lo usa. Sitúe boca y nariz contra la mascarilla flexible. Como un obsceno beso de animal.

Normalmente eso le hacía reír porque aquí arriba en las montañas el aire nunca era tan malo como para que uno necesitara aspirar una buena bocanada de oxígeno para cruzar la calle. Por otra parte, había gente que decía que era una cura estupenda para la resaca...

Más detalles penetraron en su mente. Observar detalles era algo de lo que se sentía orgulloso; cuando acabara su período de prueba, iba a sacarse la licencia de detective. Tener una buena esposa podía despertar la ambición en la mente de cualquier hombre.

El espejo ligeramente curvado que rodeaba y sostenía la mascarilla: roto. La ranura para las monedas. Bajo ella una línea definiendo el receptáculo para recibirlas. Alrededor de esta línea, marcas de raspaduras. Como si alguien hubiera intentado forzar la caja sacándola con un cuchillo.

Pete pensó en los conductores de autobús asesinados por el contenido de su máquina de monedas para el cambio.

Girándose hacia la cajera, dijo:

—¡Señorita!

—¿Qué?

—Esa máquina de oxígeno de ustedes...

—¡Oh, mierda! —exclamó la chica, pulsando el botón «No registro» de su máquina registradora—. No me diga que esa asquerosa máquina ha vuelto a estropearse de nuevo. Tome su cuarto de dólar. Pruebe en el drugstore de Tremont... tienen tres.

LO OPUESTO A LOS HORNOS

Baldosas blancas, esmalte blanco, acero inoxidable... Uno habla aquí en tonos susurrantes, como en una iglesia. Pero es debido a los ecos de las desnudas paredes, del desnudo suelo, del desnudo techo, no por respeto a lo que está oculto tras las oblongas puertas, unas encima de las otras desde la altura de los tobillos hasta la de la cabeza de un hombre alto, una junto a la otra hasta casi tan lejos como un ojo puede ver. Como una interminable serie de hornos, excepto que no sirven para calentar, sino para enfriar.

El hombre que avanzaba ante ella era blanco también... bata, pantalones, mascarilla quirúrgica ahora colgando junto a su mandíbula, fea gorra encasquetada en su cabeza ocultando casi todo su pelo. Incluso los cubrezapatos de plástico eran blancos. Aparte los que ella había traído consigo, un pardo tristón, sólo había realmente otro color aparte del blanco imperante allí. El rojo sangre.

Un hombre avanzaba en sentido inverso tirando de una mesilla sobre ruedas con contenedores de papel encerado (blancos) etiquetados (en rojo) para ser entregados a los laboratorios anexos a aquella morgue. Mientras el hombre y su compañero intercambiaban saludos, Peg Mankiewicz leyó algunas indicaciones: 108562 SUSP. CULT. TIP. BAZO, 108563 VERIF. EVOL. DEGEN. HIGADO, 108565 TEST MARSH.

—¿Qué es un test Marsh? —dijo.

—Presencia de arsénico —respondió el doctor Stanway, apartándose para dejar pasar la mesilla y siguiendo su camino a lo largo de la interminable hilera de armarios para cadáveres. Era un hombre pálido, como si su entorno hubiera blanqueado todos sus rasgos; sus mejillas tenían el tinte y la textura de los contenedores de órganos, su cabello visible era de un blanco ceniciento, y sus ojos tenían el azul diluido de las aguas profundas. Peg lo encontraba más tolerable que el resto del personal de la morgue. Estaba desprovisto de emociones (o eso, o era un homosexual absoluto) y nunca la atribulaba con las bromas macabras con que solían obsequiarla la mayoría de sus colegas.

Mierda. Quizá tenga que tomar un baño de vitriolo. Era hermosa delgada, metro sesenta y cinco, enormes ojos oscuros una boca tan jugosa como un melocotón. Especialmente los modernos melocotones. Pero ella odiaba todo eso porque significaba que siempre sería una presa codiciada para los hombres que coleccionaban cabelleras púbicas. Adoptar un aspecto hombruno no era ninguna ayuda; era aún mucho más provocativo para ellos, y además atraía la atención de las tortilleras. Sin maquillaje, perfumes o joyas, vestida con un deliberadamente poco atractivo abrigo pardo y unos zapatos casi descoloridos, seguía sintiéndose como un tarro de miel rodeado por zumbantes moscas.

Prestas a correr sus cremalleras si ella simplemente sonreía.

Para apartar aquellas ideas de su cabeza, dijo:

—¿Un caso de asesinato?

—No, un caso iniciado en el Condado de Orange. Un arboricultor acusado de utilizar un spray ilegal. —Sus ojos recorrieron las puertas numeradas—. Ah, aquí está.

Pero no abrió inmediatamente el compartimiento.

—No es agradable de ver, ya sabe —dijo tras una pausa—. El coche esparció sus sesos por todas partes.

Peg hundió sus manos en los bolsillos del abrigo para que él no pudiera ver la palidez de sus nudillos. Podía ser, había una posibilidad de que así fuera, que algún bandido le hubiera robado sus papeles de identidad...

—Adelante —dijo.

Y no era ningún bandido.

Toda la parte derecha de la negra cabeza estaba... bien, *borrosa*. El párpado inferior había sido arrancado y vuelto a colocar someramente en su sitio, de tal modo que la parte inferior del globo ocular quedaba al descubierto. Un corte lleno de cuajarones de sangre se prolongaba hacia abajo desde el nivel de la boca hasta desaparecer bajo la barbilla. Y el cráneo estaba tan aplastado que lo habían envuelto con una especie de bolsa de plástico para mantenerlo unido.

Pero era inútil pretender que no era Decimus.

—¿Y bien? —preguntó finalmente Stanway.

—Sí, cierre.

Lo hizo. Girándose para acompañarla de vuelta a la entrada, dijo:

—¿Cómo ha oído hablar de esto? ¿Y qué hace a ese tipo tan importante?

—Oh... La gente llama al periódico, ya sabe. Como los conductores de ambulancias, por ejemplo. Les damos algunos billetes para que nos mantengan al corriente.

Mientras hablaba, ante ella flotaba una visión como un horrible balón colgando de un hilo: el rostro aplastado. Tragó saliva con esfuerzo para evitar la náusea.

—Y él es... quiero decir era uno de los hombres clave de Austin Train.

Stanway giró bruscamente su cabeza.

—¡Entonces no me extraña que esté interesada! ¿Era de aquí el tipo? Oí que los trainitas habían hecho una salida de fuerza hoy.

—No, de Colorado. Se ocupa... se ocupaba... de un *wat* cerca de Denver.

Habían llegado al final del corredor entre los antihornos. Con la formal educación que su sexo merecía, lo cual normalmente odiaba pero que podía aceptar de este

hombre en su calidad de anfitrión, Stanway mantuvo la puerta abierta para que ella pasara delante, y la miró francamente por primera vez desde su llegada.

—Dígame, ¿querría usted... esto...? —Era un mal comunicador, ese Stanway, al menos en lo referente a mujeres—. ¿Desea sentarse un rato? Está como verde.

—¡No, gracias! —dijo con demasiada vehemencia. Peg odiaba mostrar cualquier signo de debilidad por miedo a que fuera interpretado como «femenino». Se relajó levemente un poco más tarde. De todos los hombres que conocía, sospechaba que aquél era uno de los últimos de quien podía esperar que explotara un fallo en su guardia—. Entienda —admitió—: lo conocía.

—Ah. —Satisfecho—. ¿Un buen amigo?

Había otro corredor allí, con el suelo recubierto por un revestimiento blando y las paredes empapeladas monótonamente. Una chica salió por una puerta de cristal opaco llevando una bandeja con tazas de café. Peg captó su fragancia.

—Sí... ¿Ha enviado la policía a alguien para identificarlo?

—Todavía no. He oído decir que están sobrecargados de trabajo. La manifestación, supongo.

—¿Han tomado sus pertenencias del coche?

—Supongo que deben haberlo hecho. A nosotros no nos han dado ni siquiera sus documentos de identificación... sólo uno de esos formularios que llenan en el lugar del accidente. —Luchando con Dios sabía cuántos casos parecidos diariamente, Stanway no demostraba un interés particular—. Por lo que he leído, de todos modos, parecen preocupados. Debía estar borracho o drogado para hacer lo que hizo. Y si era uno de los directos colaboradores de Train, van a dejarse notar muy pronto, ¿no cree?

Aún no habían llegado a la puerta que conducía al exterior, pero Peg se puso apresuradamente su mascarilla filtro.

Servía para cubrir suficientemente al traidor de su rostro.

Era una larga caminata hasta el lugar donde había dejado su coche: un Hailey, por supuesto, por principios. Su visión estaba tan enturbiada cuando lo alcanzó —y no sólo por el aire que le picaba en los ojos— que intentó dos veces meter la llave al revés en la cerradura. Cuando finalmente se dio cuenta, estaba tan nerviosa que se rompió una uña abriendo la puerta.

Se llevó el dedo a la boca y, en vez de cortar el trozo roto, lo arrancó. Su dedo empezó a sangrar.

Pero al menos el dolor le ofreció un anclaje a la realidad. Con calma, enrolló en torno a la herida un pañuelo de papel de la guantera y pensó en telefonar su historia. Era una buena historia. Tanto para las noticias de la televisión como para los periódicos. Muerto en la autopista: Decimus Jones, edad treinta años, arrestado dos veces por drogas y una por asalto, cubierto por la cantidad media de mierda que se supone puede acumular un joven negro de nuestros días. Pero reformado de pronto

(se dice por ahí) por los preceptos de Austin Train a la edad de veintiséis años, convertido en el cerebro motor de las operaciones trainitas cuando se extendieron por Colorado... y no porque comprendiera el nombre «trainita» más de lo que lo comprendía Austin. Austin decía que el término adecuado para ellos era «commie», no por «comunista», contra lo que pudiera creerse, sino por «comensalista», lo cual significaba que tú y tu perro, y la pulga en el lomo del perro, y la vaca y el caballo y la liebre y la ardilla y el nematodo y el paramecio y la espiroqueta, se sientan todos al final en la misma mesa. Pero se había convertido simplemente en un punto de controversia cuando se cansó de oír a la gente gritarle que era un traidor.

Tenía que asegurarse de que Decimus fuera devuelto lo antes posible a la biosfera. Había olvidado mencionarlo. ¿Debía volver? Infiernos, supongo que lo hizo constar en su testamento. Si hacen algún caso del testamento de un hombre negro...

Alguien debería decírselo a Austin. Sería terrible si se enteraba por los periódicos o la televisión.

¿Yo?

Oh, mierda. Sí, soy la primera que me he enterado. Así que tengo que ser yo.

Su mente se convirtió bruscamente en un caos de imágenes entremezcladas, como si tres personas tomaran simultáneamente posesión de su cabeza. Stanway, sin saberlo, había hecho precisamente la pregunta a la que se había visto obligada a contestar honestamente: «¿Un buen amigo?».

¿Buen amigo? ¡Más bien el único! ¿Por qué? ¿Porque era negro y era feliz en su matrimonio y no se sentía interesado por el exotismo de las chicas blancas? (¿Quién se lo dirá a Zena y los chicos?). En parte, quizá. Pero lo que importaba era que Decimus Jones, saludable, macho y hetero, había tratado a la erótica y tentadora Peg Mankiewicz... como a una amiga.

Será mejor que sea Austin quien se lo diga a Zena. Yo no *podría*. Y felices Navidades a todos.

Después de eso la confusión fue total. Podía prever los acontecimientos que resultarían de su muerte como si los estuviera leyendo en una bola de cristal. Todo el mundo se haría automáticamente eco de Stanway: «Para saltar así de su coche debía estar drogado... ¡o quizá loco!».

Sin embargo ella lo había conocido como un hombre muy cuerdo. Y en cuanto a estar drogado, eso pertenecía a su muy lejano pasado. De modo que no había podido actuar por su propia voluntad. De modo que alguien debía haberle hecho tragar algo muy fuerte. Y sólo había un motivo para pensar que alguien hiciera algo así: desacreditarlo a toda costa.

Repentinamente se dio cuenta de que había estado mirando, sin verla, a una de las pruebas del paso de los trainitas por su aparcamiento, una calavera y dos tibias en la puerta de un coche aparcado a un lado del suyo. El de ella, naturalmente, no estaría marcado.

Sí. Tenía que haberse tratado de un intento de desacreditar a Decimus. Tenía que haber sido eso. Esa gente de plástico estereotipada e intercambiable con el signo del dólar en sus ojos no podía soportar el compartir su semiarruinado planeta con alguien que se saliera de los surcos marcados por ellos. Un ex delincuente negro se suponía que debía morir en una pelea callejera, o mejor aún en la celda de una prisión, cumpliendo una condena de noventa y nueve años. Para ellos, el hecho de ser amado y respetado como un doctor o un sacerdote, tanto por los negros como por los blancos... ¡les revolvió el estómago!

Les revolvió el estómago. Oh, Cristo. Rebuscó en su bolso la píldora que debería haber tomado hacía más de una hora. Y se obligó a tragársela sin agua, pese a su tamaño.

Por regla general, hoy en día, a uno no le quedaba otro remedio.

Al fin decidió que se estaba volviendo demasiado sentimental, y giró la llave en el contacto. Había vapor acumulado aún del viaje de ida y el coche se puso en marcha silenciosa e instantáneamente.

Y limpiamente. Nada de alquilos de plomo, prácticamente nada de CO, nada peor que CO₂ y agua. Alabados sean, si hay Alguien escuchando, aquellos que luchan por preservarnos de las consecuencias de nuestra propia locura destructiva.

A la salida del aparcamiento, si hubiera querido dirigirse a la oficina, hubiera girado a la derecha. Por el contrario, giró a la izquierda. Probablemente no había más de cien personas en el país que pudieran estar seguras de localizar a Austin Train cuando lo desearan. Si su director hubiese sabido que entre ellas se contaba una de sus propias periodistas que nunca había utilizado la información con fines profesionales, probablemente la hubiera perseguido con una pistola.

EL CORAZÓN SANGRANTE ES UNA ENFERMEDAD COMÚN

... veterano de las campañas en Indochina y las Filipinas, convertido hoy en el último de un gran número de ex-oficiales en unirse al plan de adopción Doble-V, aceptando en su familia a una niña huérfana de ocho años con graves cicatrices probablemente debidas a quemaduras de napalm. Comentando su decisión, el general dijo, cito, Jamás he hecho la guerra a los niños, sino solamente a aquellos que buscan la destrucción de nuestro modo de vida. Fin de la cita. Preguntado acerca de sus impresiones sobre el éxito de la operación Doble-V antes de abandonar la Casa Blanca para dirigirse a su principal compromiso del día, una comida organizada por los antiguos miembros de su club de fans oficial, en el que se rumorea va a pronunciar un importante discurso sobre política exterior, Prexy dijo, cito, Imagino que si no pueden abrirse camino por la puerta principal intentarán deslizarse por la trasera. Fin de la cita. La investigación del Congreso sobre los supuestos sobornos en los que se hallarían implicadas personalidades importantes de la Comisión Federal de Utilización de Tierras...

LAS RAÍCES DEL PROBLEMA

—Te-goosey-goosey-galpa. —La lluvia caía tan densa que los limpiaparabrisas del Land Rover apenas podían con ella, y la carretera estaba en un estado terrible. Pese a las cuatro ruedas motrices, patinaba y se desviaba constantemente, y de tanto en tanto sus ruedas se metían en socavones que hacían sobresaltarse a Leonard Ross.

—Derríbala y arráncale la cabellera...

La canción del doctor Williams apenas era audible por encima del rugir del motor y el golpetear de la lluvia pero, de todos modos, era posible determinar que la melodía pertenecía a una canción infantil: el patito feo.

—¡Venga, arriba! Que agite los brazos, que mueva el trasero...

Otro socavón. Leonard miró preocupado hacia atrás para comprobar que el equipo estaba bien, y deseó no haberlo hecho. El asiento de atrás estaba ocupado también por el policía asignado para escoltarles, que tenía una repulsiva enfermedad cutánea purulenta, y el estómago de Leonard ya estaba lo suficientemente alterado sin aquello.

—¡Y nadie la *recogerááááá!* —concluyó Williams triunfalmente, y añadió sin recuperar el aliento—. ¿Cuánto tiempo hace que está con Auxilio Mundial?

—Oh... —por un instante Leonard no se dio cuenta de que la pregunta era una pregunta—. Hará unos cuatro años.

—¿Y nunca había estado antes por esta parte del mundo?

—Me temo que no.

—¡Muy típico! —con una risa burlona—. Al menos espero que le hayan puesto en antecedentes.

Leonard asintió. Lo habían sumergido en masas de datos, y su cabeza aún estaba repiqueteando. ¡Pero aquel país estaba tan lleno de paradojas! Para empezar, cuando supo que el nombre de su contacto en Guanagua era Williams, supuso que se trataba de un americano. No estaba preparado para encontrarse con un británico maníaco que llevaba un tweed Harris en aquella pegajosa humedad subtropical. Y sin embargo, parecía una muestra lógica en una nación cuya primera capital, tras trescientos cincuenta y siete años, había sido descalificada porque sus ciudadanos objetaban que el gobernador mantenía a una amante, y cuya actual capital era tan poco importante que ni siquiera tenía ferrocarril y las líneas aéreas habían renunciado a servirla.

—Cada vez que alguien intenta alzar a este país agarrándolo por las posaderas —dijo Williams— algo va mal. ¡Es un acto de Dios! Si así es como realmente le gusta divertirse a El, ¡entonces no es extraño que los Tupamaros hagan tantos progresos! No por aquí, por supuesto, sino en las ciudades. ¡Mire esta carretera! Según los estándares locales es una suntuosa autopista. Resulta tan malditamente difícil llevar las mercancías a los mercados que la mayoría de la gente no tiene dinero suficiente

para comprar los productos manufacturados ni siquiera herramientas decentes. Pero de tanto en tanto alguien coge la locura y se entusiasma cultivando productos rentables en vez de productos de subsistencia: algodón, café, ese tipo de cosas... y el asunto marcha durante algún tiempo, y luego, crash, se derrumba. Todo ese trabajo para nada. Como esta vez. Venga y véalo usted mismo.

Inesperadamente frenó el Land Rover en un lugar donde la carretera estaba bordeada por rocas que llegaban a la altura de la rodilla de un hombre. Mirando a través del parabrisas salpicado por las gruesas gotas de la lluvia, Leonard vio un miserable poblado rodeado en dos lados por hileras de plantaciones de café, y en los otros dos por maíz y judías. Los campos parecían competentemente cuidados, pero las plantas estaban marchitas.

Saltando del coche, Williams añadió:

—¡Traiga sus cosas!

—Mire, esta lluvia no va a parar en muchas semanas, ya sabe, ¡así que será mejor que se acostumbre a ella!

Leonard, contrariado, tomó su equipo de campaña y saltó a la lluvia. Sus gafas se empañaron al instante, pero su vista era lo suficientemente mala como para no quitárselas. El agua empezó a resbalar por su cuello. Siguió las huellas que Williams había marcado en el saturado suelo.

—No importa para dónde mire —dijo Williams, deteniéndose a la altura de la planta de café más próxima—. Encontrará a esos bichos por todas partes.

Para comprobar la indicación, Leonard empezó a hurgar en el barro junto a la planta. Tras una pausa dijo:

—Es usted inglés, ¿verdad, doctor?

—Galés, en realidad —respondió en tono frío.

—¿Le importa si le pregunto cómo vino a parar aquí?

—Una chica, si realmente quiere saberlo.

—Lo siento. No quería...

—¿Ser indiscreto? Por supuesto que no. Pero se lo diré de todos modos. Era la hija de uno de los miembros de la embajada en Londres. Muy hermosa. Yo tenía veinticuatro años, ella diecinueve. Pero su familia era católica de Comayagua, donde son muy estrictos, y naturalmente no deseaban que se casara con un metodista. Así que la metieron en un barco y la enviaron a casa. Yo terminé mis estudios, ahorrando como un loco para pagarme un pasaje hasta aquí y pensando que si podía convencerles de que iba en serio... ¡Infiernos, me hubiera convertido si hubiera sido necesario!

Allá abajo, cerca de la marchita raíz de la planta de café: algo se agitaba.

—¿Y qué ocurrió?

—Llegué aquí y descubrí que había muerto.

—¿Qué?

—Tifus. Es endémico. Y estábamos en 1949.

Parecía que no había nada que añadir. Leonard extrajo un terrón y lo desmenuzó entre sus manos. Quedó al descubierto una frenética criatura de cinco centímetros de largo, a primera vista no muy distinta de una lombriz de tierra, pero su color era azulado, tenía un ligero engrosamiento en un extremo y unos pelitos diminutos, y se retorció con más energía que cualquier lombriz de tierra que hubiera visto nunca.

—Y sin embargo, entienda, nunca he lamentado el haberme quedado aquí. Ha de haber alguien en un lugar como éste para ayudar a esa pobre gente... no sirve de nada intentar hacerlo por control remoto. Ah, ha atrapado a uno de ellos, ¿eh? —Su tono volvió a la normalidad—. ¿Lo reconoce, por casualidad? No he podido encontrar ningún nombre técnico para él en los libros especializados. Por supuesto, mis fuentes de referencia no son demasiadas. En España se les llama *sotojuela*, pero por aquí les dicen *jigra*.

Con una sola mano, dejando huellas de barro, Leonard extrajo un tubo de ensayo de su maletín y metió el bicho en él. Intentó examinarlo con la lupa, pero la lluvia caía con demasiada fuerza.

—Si pudiera echarle una mirada a cubierto —murmuró.

—Quizá haya algún techo en el pueblo que no tenga demasiadas goteras. Tal vez... Y esto es lo que hacen esos bichos a las plantas, ¿ve? —Williams tiró ligeramente de un arbusto de café, arrancándolo del suelo. No ofreció ninguna resistencia. El tallo era esponjoso, con señales de agujeros, y las hojas colgaban marchitas.

—¿También atacan al maíz y a las judías? —preguntó Leonard.

—¡Aún no hemos descubierto nada que no se coman!

En el agujero dejado por la planta arrancada, cinco o seis de los animalillos se retorcieron ocultándose.

—¿Y desde cuánto tiempo hace que son una plaga aquí?

—Siempre han sido una plaga —dijo Williams—. Pero hasta... oh, hasta que limpiaron esta zona para plantar café sólo podían encontrarse en el bosque, viviendo bajo la maleza. No vi más de media docena de ellos durante los primeros diez años que pasé en Guanagua. Luego, desde hace unos dos años y medio, ¡bum!

Leonard se puso en pie, sintiendo que sus piernas le agradecían el dejar de estar acucillado.

—Bien, no hay duda de que se trata de una emergencia, como usted dijo. Así que solicitaré autorización para utilizar insecticidas de alto poder, y luego ya veremos...

—¿Cuánto tiempo dice usted que está con Auxilio Mundial?

Leonard lo miró parpadeando. De repente se mostraba inexplicablemente irritado.

—¿A quién cree usted que pertenecen estas tierras? ¡Nos hallamos en la propiedad particular de un alto cargo del gobierno, que no necesita más que alzar un dedo para eludir las leyes! ¡Esta zona ha sido rociada y empapada y saturada de insecticidas!

Procedente del poblado, andando muy lentamente, acababa de aparecer una sinuosa hilera de hombres, mujeres y niños. Todos eran delgados, iban vestidos de harapos y descalzos, y algunos de los niños tenían el vientre hinchado característico de la pelagra.

—¡Ese idiota ha hecho a las jigras resistentes al DDT, al heptacloro, a la dieldrina, a la piretrina y a todo lo demás! ¿Cree que soy tan idiota que no me pasó por la cabeza probarlo? ¡Esa gente no necesita productos químicos, necesita *comida*!

DÉFICIT

Petronella Page: ¡Hola, mundo!

Audiencia en el estudio: ¡Hola!

Page: Bien, esta vez como siempre tenemos para ustedes toda clase de personas interesantes que son noticia. Entre otros vamos a dar la bienvenida a la Gran Mamá Prescott, cuyo éxito «El hombre con el cuarenta y cinco» es en estos momentos el centro de un animado debate acerca de la conveniencia —o no conveniencia— de algunos temas para las canciones pop. (*Risas en el estudio*). Y luego hablaremos con un nutrido grupo de ex-oficiales que han proporcionado a muchos niños del Sudeste de Asia el mejor de los regalos de Navidad, un nuevo hogar y una nueva familia. Pero antes de esto demos la bienvenida a alguien que se ha situado a la cabeza en un campo muy distinto. Es un científico, y ustedes habrán oído hablar de él porque... bien, porque si sus cálculos son correctos no presagian nada bueno para el futuro de esta nación. Aquí está. Profesor Lucas Quarrey de la universidad de Columbia. (*Aplausos*).

Quarrey: Buenas no... esto, quiero decir, hola a todo el mundo.

Page: Lucas, teniendo en cuenta que las cuestiones científicas no atraen mucho la atención en estos tiempos, o al menos no toda la atención que deberían, quizá sería conveniente que refrescara la memoria de nuestros televidentes con respecto al tema que lo ha convertido a usted en noticia.

Quarrey: Encantado, y si hay alguien de los que nos están viendo que aún no haya oído nada sobre ello, será como... esto... será una sorpresa tan grande como la que yo tuve cuando vi por primera vez el printout de los ordenadores de la universidad. Si se le pidiera a la gente que nombrara cuál es el producto que más se importa en los Estados Unidos, seguramente citaría montones de cosas: acero, aluminio, cobre, todo tipo de primeras materias que ya no poseemos en cantidades que hagan económica su extracción.

Page: ¿Y se equivocarían?

Quarrey: Completamente. Como también se equivocarían si se les pidiera que nombraran cuál es el producto que más se exporta.

Page: ¿Cuál es pues nuestra mayor importación?

Quarrey: Tonelada por tonelada... oxígeno. Producimos menos del sesenta por ciento de la cantidad que consumimos.

Page: ¿Y nuestra mayor exportación?

Quarrey: También tonelada por tonelada, gases tóxicos.

Page: Ah, ahí es donde ha surgido la controversia, ¿no? Mucha gente se ha preguntado cómo puede usted seguir el rastro de... digamos los humos desde New

Jersey a través del Atlántico. Por su iniciativa particular, puesto que no es usted ni meteorólogo ni especialista en clima. ¿Cuál es realmente su especialidad?

Quarrey: La precipitación de partículas. En estos momentos dirijo un proyecto de investigación destinado a crear filtros más compactos y eficientes.

Page: ¿Para qué... para coches?

Quarrey: Oh, sí. Y autobuses, y fábricas también. Pero principalmente para cabinas de aviones. Hemos recibido un encargo de una importante compañía aérea para intentar mejorar el aire de las cabinas a gran altitud. En las rutas más frecuentadas, el aire está tan lleno de los humos de escape de otros aviones que los pasajeros se marean incluso en un día completamente tranquilo... en especial, en los días completamente tranquilos, debido a que los humos necesitan más tiempo para dispersarse.

Page: De modo que ha tenido que empezar usted por analizar lo que necesitaba filtrar, ¿no es así?

Quarrey: Exactamente. Diseñé un aparato para ser montado en el ala de un avión a fin de recoger los elementos contaminantes en unas pequeñas pastillas adhesivas... Aquí tengo una, no sé si nuestros telespectadores podrán verla con claridad... ¿Sí? Espléndido. Bien, cada aparato tiene cincuenta de estas pastillas, reguladas para recoger muestras en varios momentos del viaje. Pasando los resultados a un gráfico hemos sido capaces de seguir el rastro, como usted ha dicho, del humo de las fábricas de New Jersey a lo largo de más de tres mil quinientos kilómetros.

Page: Mucha gente argumenta que eso no puede hacerse con la precisión que usted pretende.

Quarrey: Me gustaría que la gente que lo dice se tomara la molestia de comprobar lo que mi equipo es capaz de hacer.

Page: Todo esto es muy inquietante, ¿no? La mayoría de la gente tiene la impresión de que desde la aprobación de las Leyes sobre el Medio Ambiente las cosas habían empezado a mejorar.

Quarrey: Me temo que sea más bien... una... una ilusión óptica, por decirlo así. Por un lado, esas leyes no son lo bastante estrictas. Uno puede invocar todo tipo de aplazamientos, exenciones, suspensiones, y por supuesto las compañías que ven que sus beneficios van a verse menguados con la aplicación de las nuevas regulaciones utilizan todos los medios posibles para eludirlas. Y el otro punto es que no nos sentimos tan sensibilizados sobre el asunto como lo éramos antes. Hubo una breve conmoción de ansiedad hace unos años, y las Leyes sobre el Medio Ambiente fueron aprobadas, como usted dice, y desde entonces nos hemos sentado con las manos cruzadas confiando en que la situación había quedado resuelta, lo cual de hecho no es así.

Page: Entiendo. ¿Y qué tiene que decirle usted a aquellos que afirman que dar a la publicidad sus afirmaciones es... bueno perjudicial a los intereses de la nación?

Quarrey: No se sirve a la nación barriendo debajo de la alfombra los hechos desagradables. En este preciso momento no somos exactamente la nación más popular del mundo, y mi opinión es que deberíamos poner fin de inmediato a cualquier cosa que nos haga aún más impopulares.

Page: Creo que ha puesto usted el dedo en la llaga. Bien, gracias por venir y hablar con nosotros, Lucas. Ahora, inmediatamente después de la siguiente pausa para dar paso al indicativo de nuestra estación...

PESE A SU CARIDAD, UN HOMBRE COMO RESONANTE BRONCE

—Creo que la analogía más cercana sería el queso —dijo el señor Bamberley. Para mostrar que estaba prestando atención, Hugh Pettingill asintió. Tenía veinte años, pelo oscuro, ojos marrones, con un gesto de permanente mal humor esculpido en su rostro: boca curvada, ojos entrecerrados, frente prematuramente surcada de líneas. Esos rasgos habían quedado impresos en él durante los malos años desde los catorce hasta los diecinueve. Al parecer éste era el primero de varios buenos años que estaba atravesando, y era lo bastante consciente como para exponerse voluntariamente a la posibilidad de ser convencido.

Todo había empezado con una discusión relativa a su futuro. Durante ésta había dicho algo acerca de que los países industriales ricos estaban arruinando el planeta, y de que estaba determinado a no tener nunca nada que ver con el comercio, o la tecnología, o las fuerzas armadas, todas ellas cosas hacia las cuales el señor Bamberley sentía una arcaica admiración. Consecuencia: la recomendación formulada con demasiada firmeza para ser considerada como una invitación, de ir a efectuar una visita guiada a la planta hidropónica y descubrir cuán constructivamente podía ser aplicada la tecnología.

—¡No veo por qué no deberíamos mejorar la naturaleza! —había dicho el señor Bamberley con una risita.

Hugh se había guardado la respuesta para sí mismo:

—¿Qué ha de ocurrir antes de que usted se dé cuenta de que no lo ha conseguido?

Corpulento, pero musculado, el señor Bamberley caminó por la pasarela de acero que formaba la cresta del techo de la factoría, agitando los brazos a derecha e izquierda a medida que señalaba los diversos estadios por los cuales tenía que pasar la mandioca cultivada hidropónicamente antes de emerger como el producto final, el «Nutripon». Había como un vago olor a levadura bajo el enorme domo semitransparente, como si una panadería se hubiera instalado junto a una refinería de petróleo.

Y en cierto sentido aquélla era una comparación adecuada. La fortuna de los Bamberley había surgido del petróleo, pese a que hacía dos generaciones que ni este señor Bamberley —cuyo nombre de pila era Jacob, aunque prefería ser llamado Jack— ni su hermano menor Roland habían chapoteado el oro negro debajo de un derrick. Hacía tiempo que la fortuna había crecido lo suficiente como para no sólo mantenerse a sí misma, sino ser capaz también de fisión, como una ameba. La porción de Roland, a la cual éste se aferraba ávidamente, estaba destinada a pasar a su hijo único Hector (al que Hugh consideraba, bajo el juicio de un sólo encuentro, como un típico snob

criado entre algodones... cosa que a los quince años no podía ser culpa suya sino de su padre); Jacob había invertido la suya en la Bamberley Trust Corporation, hacía veinte años, a partir de cuyo momento no había dejado de multiplicarse cancerosamente.

Hugh no tenía idea de cuánta gente se hallaba implicada en cultivar los fondos del Trust, puesto que nunca había estado en la oficina de Nueva York desde donde se controlaban todas estas cosas, pero se imaginaba un difuso grupo de varios centenares de personas podando, abonando, regando. Las imágenes hortícolas le llegaban fácilmente porque su padre adoptivo había convertido su antiguo rancho familiar, allá en Colorado, en uno de los mejores jardines botánicos del país. Todo lo que había tomado de la realidad en su mente, de todos modos, en lo que al Trust se refería, era el hecho central de que actualmente la suma era tan enorme que Jacob Bamberley podía permitirse el hacer funcionar aquello, la mayor factoría hidropónica del mundo, como una institución benéfica. Empleando a seiscientas personas, vendía su producto al precio de coste y a veces incluso por debajo, y hasta el último gramo de lo que salía de allí era expedido al extranjero.

Lord Dadivoso. Bien, era una forma mejor de usar el dinero heredado que la elegida por Roland, dilapidando en beneficio suyo y de su hijo el dinero a fin de no tener que enfrentarse nunca al duro mundo real...

—Queso —dijo de nuevo el señor Bamberley. Estaban contemplando desde las alturas un cierto número de cubas perfectamente redondas en las cuales algo que en la distancia parecía spaghetti iba siendo removido en un líquido claro y humeante. Un hombre con una mascarilla y vistiendo un mono estéril estaba tomando muestras de las cubas con un largo cazo.

—¿Lo someten aquí a algún tipo de tratamiento químico? —aventuró Hugh. Esperaba que aquello no se prolongara demasiado; aquella mañana había tenido diarrea, y su estómago estaba gruñendo de nuevo.

—Pequeñas correcciones —dijo el señor Bamberley, con ojos brillantes—. La palabra «químico» está repleta de asociaciones equivocadas. La mandioca es delicada de manejar, porque su corteza contiene algunos componentes altamente venenosos. Pero no hay nada de particular en que algunas partes de una planta sean comestibles y otras no lo sean. Probablemente podrás pensar en otros ejemplos.

Hugh reprimió un suspiro. Nunca lo había dicho en voz alta, siendo demasiado consciente de las obligaciones que sentía hacia Jack (huérfano a los catorce años a causa de una insurrección urbana, arrojado a una institución para huérfanos adolescentes, luego elegido aparentemente al azar para ser añadido a la familia siempre creciente de hijos adoptivos de aquel rechoncho y sonriente hombre: ocho hasta ahora), pero había ocasiones en que consideraba aquella costumbre de hacer ese tipo de preguntas irritante. Era el manierismo de un pobre maestro que había

comprendido la necesidad de hacer que los niños descubrieran las cosas por sí mismos, pero no la técnica de conseguir que ellos desearan hacer las preguntas adecuadas.

Dijo cansadamente:

—Las patatas y su planta.

—¡Muy bien! —El señor Bamberley le dio una palmada en el hombro y se giró una vez más para señalar al suelo de la factoría—. Considerando la complejidad del tratamiento necesario antes de que la mandioca dé un producto comestible...

Oh, mierda. Otro de sus asquerosos discursos.

—... y las pocas probabilidades de que alguien caiga en ello por accidente, siempre me ha sorprendido como una de las más claras pruebas de la intervención sobrenatural en los asuntos de la primitiva humanidad —declamó el señor Bamberley—. No se trata aquí de una simple trivialidad, como el ácido oxálico, ¡sino del más mortal de los venenos, el cianuro! Sin embargo, durante siglos, la gente ha utilizado la mandioca como un producto alimenticio de base, y ha sobrevivido, ¡e incluso prosperado! ¿No es maravilloso cuando uno piensa en ello?

Quizá. Excepto que yo *no* pienso así en ello. Yo me imagino a hombres desesperados debatiéndose al borde de la inanición, intentando cualquier cosa que se les ocurra con la débil esperanza de que la siguiente persona que pruebe aquella extraña planta no caiga muerta.

—El café es otro ejemplo. ¿Quién, sin que nadie se lo dijera, podía pensar en secar sus frutos, quitarles la cáscara, tostarlos, molerlos, y solo entonces hacer con ellos una infusión con agua? —La voz del señor Bamberley estaba decantándose hacia un tono de sermón. De pronto, sin embargo, descendió de nuevo a un nivel normal—. Por ello, llamarle a eso un «proceso químico» es engañoso. ¡Lo que hacemos realmente es cocerlo! Pero hay otro inconveniente importante en utilizar la mandioca como alimento de base. Puede que te lo haya mencionado...

—La carencia de proteínas —dijo Hugh, pensando en sí mismo como uno de esos juguetes de preguntas-y-respuestas que se dan a los niños, y en los que se encienden pequeñas lucecitas cuando es pulsado el botón apropiado.

—¡Exacto! —resplandeció el señor Bamberley—. Por eso comparo nuestro trabajo a la fabricación del queso. Aquí... —abrió una puerta que daba a la siguiente sección de la planta, una enorme habitación de luz tenue en la cual brazos metálicos parecidos a patas de arañas sostenían protegidas lámparas ultravioletas—... fortalecemos el contenido en proteínas de la mezcla. Con sustancias absolutamente naturales: levaduras, y hongos con un valor nutritivo muy alto. Si todo va bien transformamos casi el ocho por ciento de la mandioca en proteínas, pero incluso un seis por ciento, nuestro rendimiento medio, es un gran logro.

Avanzando mientras hablaba, se dirigieron a otra sección donde el producto terminado era colgado en enormes madejas en parrillas de secado, como la lana, y luego cortado en trozos de la longitud de un dedo.

—¿Y quieres saber otra cosa extraordinaria? La mandioca es una planta tropical, por supuesto. Pero crece mejor aquí que bajo sus llamadas condiciones «naturales». ¿Y sabes por qué?

Hugh negó con la cabeza.

—Porque extraemos buena parte de nuestra agua de la nieve fundida. Esa contiene mucho menos hidrógeno pesado... deuterio. Un gran número de plantas simplemente no consiguen adaptarse a ellas.

Y luego la sala de empaquetado, donde hombres y mujeres con mascarillas y monos metían cantidades rigurosamente medidas en cajas de cartón forradas con polietileno, luego cargaban las cajas en zumbantes carretillas elevadoras. Algunos de ellos saludaron con un gesto al señor Bamberley al verle. Sonrió casi de oreja a oreja al devolverles el saludo.

Oh, Dios. El mío, eso es... si existe. No el de Bamberley del tipo paternal y bondadoso, que es seguramente alto y agraciado y de piel blanca detrás de su larga barba gris. Quiero decir, este hombre paga los trajes que llevo, la universidad en la que estudio, el coche que conduzco... aunque sea tan sólo un caracol eléctrico. De modo que debería quererle. Si uno no puede querer a la gente que es cariñosa y amable con uno...

¡Y él lo hace tan difícil! Siempre este sentimiento, precisamente cuando crees que ya lo has conseguido, de que hay algo que no marcha. Como el que siempre entregue donativos a la Fundación de la Comunidad de la Tierra, y envíe esa comida barata al Auxilio Mundial, y de todos los ocho hijos adoptivos no haya ninguno que sea un vietnamita impedido...

Hueco. Esa es la palabra. Hueco.

Pero es inútil iniciar discusiones y disputas. Otra pregunta:

—¿Dónde son enviadas estas cajas que están llenando ahora?

—A Noshri, creo —dijo el señor Bamberley—. El programa de ayuda de postguerra, ya sabes. Pero lo comprobaré.

Le gritó algo a una mujer negra que estaba rotulando direcciones en cajas vacías. Incluyó la que acababa de terminar de modo que él pudiera leerla desde la galería.

—¡No a África! —el señor Bamberley sonó sorprendido—. Entonces alguien debe haber estado haciendo horas extra... Averiguaré quién fue para felicitarle. Ya han iniciado el nuevo contrato con Auxilio Mundial.

—¿Para dónde es eso?

—Oh, para algún poblado en Honduras, donde la recolección de café resultó destruida.

EL ESPACIO PARA ESTA INSERCIÓN ES DONADO POR LOS EDITORES COMO UN SERVICIO A LA COMUNIDAD

Donde un niño llora... o está demasiado débil para llorar... Donde una mujer se lamenta... por alguien que no volverá a llorar...

Donde la enfermedad y el hambre y el espectro de la guerra han puesto demasiado a prueba la resistencia de los seres humanos...

NOSOTROS APORTAMOS AYUDA

Pero no podemos hacerlo sin SU colaboración. Piensen en nosotros ahora.

*Recuérdennos en su testamento. Sean generosos con la mayor organización de ayuda del mundo: AUXILIO MUNDIAL. **

** Todos los donativos son deducibles al cien por cien de sus impuestos.*

DE CASA EN CASA

Grabados en oro en paneles de un metro cuadrado de piel verde —imitación, por supuesto—, los signos del zodiaco les dominaban desde las paredes del comedor de ejecutivos.

El aire estaba lleno con el charloteo de las voces y el tintinear de los cubitos de hielo en los vasos. Esperando a ser atacada cuando el presidente de la compañía se les uniera (había prometido estar a la una en punto), había una mesa cargada con los más costosos alimentos: huevos duros, con sus cáscaras intactas para que pudieran verse que eran rubios, de granja, ricos en caroteno; lechugas, cuyas hojas exteriores llevaban las huellas de las babosas; manzanas y peras, exhibiendo las picaduras de los gusanos como cicatrices ganadas en duelo, en este caso presumiblemente auténticas pese a que era bien sabido que algunos productores de frutas las falsificaban con alambres al rojo en zonas donde los insectos habían desaparecido; jamones enteros, muy estilizados, orgullosos de su inmunidad a los antibióticos y al sulfato de cobre; huesudos pollos; pan rugoso como arenisca, oscuro como el lodo, y salpicado con granos de trigo...

—¡Hummm! ¡Parece como si alguien hubiera desvalijado la tienda local de los Puritan! —dijo una voz al oído de Chalmers, y éste se sintió complacido. Iba de Casa en Casa, deteniéndose tres minutos exactos en cada una de ellas.

Virgo: No había mujeres presentes, excepto Felice, con la que tenía una aventura en estos momentos, y las dos chicas que servían en el bar. En persecución de su imagen progresista, Angel City había intentado nombrar directoras de zona, pero de las dos primeras una se había casado y había renunciado y la otra había sufrido una crisis nerviosa. Ocasionalmente, se había preguntado si Felice se acostaba con él con la esperanza de trepar hasta allí en el poste-tótem de la corporación.

La política a este respecto, sin embargo, había sido revisada.

Libra: —Yo me lanzaría de cabeza a la recuperación de chatarra y a la construcción de plantas de recuperación de aguas fecales. Son las industrias con futuro de los ochenta. Verán sus inversiones dobladas en un abrir y cerrar de ojos.

Escorpio: —¿Ratas? No, tenemos un terrier y un gato macho y los mantenemos hambrientos. ¡Pero las hormigas! He gastado dos mil dólares aislando la cocina, y siguen entrando. Así que hemos tenido que volver a... esto... los viejos métodos de

confianza. Por cierto, si necesita algo de eso, tengo una buena fuente de aprovisionamiento, muy discreta.

Sagitario: —Sí, en nuestra rama hemos establecido un *modus vivendi* con el Sindicato. Su interés por los Puritan, por supuesto. Muy fuertes en torno a nuestra base. Cualquiera que intente ponernos trabas en los pies recibe inmediatamente una respuesta adecuada.

Nadie en Capricornio.

Acuario: —Hielo no, gracias... ¡Hey! ¡He dicho HIELO NO! ¿No entiende el inglés de la calle? Ordenes del doctor. Nada que no sea agua mineral embotellada. Pierdo más horas de trabajo por culpa de los trastornos digestivos...

Piscis: —¿Por qué no exigir en toda propuesta de póliza de vida la instalación de un depurador de agua homologado en casa del asegurado, del mismo modo que insistimos en un precipitador homologado en su coche? He sondeado a un par de grandes firmas, y se han mostrado muy interesadas en cooperar.

Nadie en Aries.

Tauro: —Si queremos introducirnos entre los criadores *debemos* conseguir una sólida documentación sobre la incidencia natural de nacimientos deformes en los animales domésticos. Conseguí que limitara su reclamación al reembolso de los gastos del semental, pero incluso sólo eso representa cinco mil dólares, y él insistió en que el valor de su yegua que murió de parto era el doble. Tuve que insistir mucho en los costes de cualquier litigio antes de que aceptara el trato.

Géminis: —Últimamente he tenido un aluvión de demandas por los seguros contra los fetos inviables. No puedo dejar de preguntarme si no habrá algo tras todo ese pánico. ¿Quizá una fuga de algún laboratorio de investigación?

Nadie en Cáncer... naturalmente.

Leo: —Sí, la razón de mi retraso... ese loco de negro...

Chalmers chasqueó la lengua con simpatía tras oír a Philip, y cambió instantáneamente a un tema menos deprimente.

—¡A propósito! Tania y yo iremos a Colorado de vacaciones. A practicar un poco el esquí.

—Ajá. ¿A qué estación irán... a Aspen?

—Oh. Aspen está llena de gente que ha leído sobre él en *Playboy*. No, no lejos de usted. ¡Towerhill!

—¡No! ¡Bien, llámenos cuando vaya! ¿Podrá pararse en casa y comer con nosotros?

Sudando ligeramente debido a la observación acerca de *Playboy*.

La conclusión de la meticulosamente programada peregrinación de Chalmers lo llevó al alcance de Grey a la una menos cinco.

—El hombre de Denver —dijo Grey—. Philip Mason.

—¿Qué le pasa? —Anticipando lo que iba a venir, y aliviado al sentirse capaz de ofrecer una respuesta impenetrablemente defensiva. Chalmers sentía interés hacia ese hombre; la comisión de personal había dividido sus opiniones: tres votos contra dos, y su propio voto había sido a favor.

—Hay algo raro. O bien no es el mismo hoy.

—No es el mismo. Vio a un hombre matarse delante de sus ojos esta mañana. — Y le contó la historia.

Grey meditó un poco. Incómodo, Chalmers aguardó. Era inquietante observar a aquel hombre pensar; hacía que el mundo pareciera llenarse con el sonido de ruedas girando.

—Alguien deberá mantener un ojo sobre él —dijo finalmente Grey.

—¡Pero es uno de nuestros mejores hombres! —Chalmers se sintió personalmente ultrajado—. Casi ha doblado el volumen de negocio de la oficina de Denver. Fue de los primeros en captar la importancia de las nuevas instalaciones de Towerhill, y nos puso en primera línea, de modo que actualmente cubrimos las tres cuartas partes del lugar. Además, su idea de enviar formularios de propuesta de seguros de accidentes a corto plazo junto con las confirmaciones de reserva de los hoteles nos está dando unos beneficios muy grandes.

—No estoy hablando de eso —dijo Grey—. Lo que querría saber es por qué ha venido conduciendo su propio coche hasta Los Angeles esta mañana. Hay un largo viaje desde Denver. Esperaba que viniera por avión.

La puerta se abrió para dejar paso al presidente de la compañía, y Grey se adelantó para saludarle. Frunciendo el ceño a sus espaldas, Chalmers se preguntó —

no por primera vez— si alguna vez se atrevería a llamarle «Mike»: diminutivo de «Mycroft», como el hermano mayor de Sherlock Holmes. Había tan solo un pequeño núcleo en lo más alto de la jerarquía que utilizaba ese nombre en su cara.

LA MORAL DEL SIGLO VEINTE

Ultima ofensiva heroica de unos grandes almacenes cuyos clientes habían abandonado el centro de la ciudad, seis Santa Claus avanzaban calle abajo.

—¡Jo-jo-jo! —sonido de cascabeles.

Las aceras junto a las que pasaban estaban repletas. La mayoría de los curiosos eran negros, y muchos eran niños cuyos ojos reflejaban sueños imposibles. El corazón de la ciudad se estaba muriendo antes que su esqueleto, y allí estaban los pobres, atrapados en sus trajes ajados y en sus apartamentos llenos de ratas. Si deseaban escapar, no tenían más remedio que robar un coche, ya que los nuevos sistemas de escape no contaminantes obligatorios eran muy caros. La última vez que Peg había venido aquí había sido para cubrir un artículo sobre un floreciente negocio de falsificación de filtros, fabricados artesanalmente por un mecánico emprendedor a partir de hojas de chapa.

Pese al reducido número de coches, el aire hedía. Se había quitado su mascarilla, no deseando hacerse notar... al menos no más que por el hecho de ser blanca. En este distrito la gente no las llevaba. Parecían estar inmunizados contra el aire fétido. Los pechos de los niños eran aplastados, como si quisieran desanimar las inspiraciones profundas.

Miró a los Santa Claus. Tras aquellas barbas que habían sido blancas, y que ahora se habían llenado de mugre con su excursión al exterior, no podía distinguir sus rasgos. Observó, de todos modos, que el segundo hombre de la fila estaba tan sólo moviendo los labios, sin gritar su «¡Jo-jojo!». Sus ojos casi se le salían de las órbitas con el esfuerzo de reprimir su tos.

Lo cual quedaría completamente fuera de lugar en San Nicolás.

Rompieron la hilera para distribuir folletos, la mayoría de los cuales eran inmediatamente tirados, y se dispersaron en una oscura callejuela donde unos carteles anunciaban que sólo el «personal autorizado» podía entrar.

¿Uno de los seis, tal como le habían asegurado, era Austin Train?

La idea parecía loca en su superficie. Más abajo, quizá no fuera totalmente absurda. No había visto a Austin desde que se había recuperado de su depresión, pero cuando se desvaneció de la escena pública, había sido con la promesa de que iba a vivir como vivían los pobres, incluso si eso significaba correr los mismos riesgos que ellos corrían. Esta decisión había ocasionado que algunos católicos exaltados mencionaran abiertamente por televisión la posibilidad de que la Iglesia reconociera una nueva categoría de «santos seculares». Ella había visto uno de tales programas con Decimus y Zena, y los tres se habían echado a reír a carcajadas.

Pero si éste era el camino que había elegido Austin, era diferente del de Decimus. Sus principios, en el *wat* de Colorado, iban orientados al tercer mundo; su comunidad

producía su propia comida, o intentaba hacerlo —las cosechas tenían una desagradable tendencia a malograrse a causa de los defoliantes arrastrados por el viento o los contaminantes industriales en la lluvia—, y tejían sus propias ropas, mientras que la artesanía y los trabajos manuales constituían su principal fuente de ingresos. La idea subyacente era dramatizar la situación en que se hallaba la mayoría de la humanidad. A menudo, antes de una comida, había pequeñas homilías: «Cada uno de vosotros recibe en esta mesa casi el doble de lo que cualquiera en un poblado de las montañas bolivianas recibe en un día». Y a veces había extraños y poco excitantes platos: glutinosas salsas africanas de quimbombó finamente picado, insípidos pasteles de semillas anónimas, muestras de productos de ayudas alimentarias que algunos simpatizantes habían comprado y habían enviado al *wat*.

—Esto es lo que les estamos enviando como ayuda —decía Decimus—. Ni bistecs ni pollo ni gordas patatas de Idaho. Esto está hecho de... —y podía ser algas, o levadura, o recortes de hierba, o en una ocasión, increíblemente, desechos de serrería—. ¡Ved si os gusta, y pensad en aquellos que deben darnos las gracias por esta mierda!

Pero eso había sido hacía mucho tiempo.

En la parte de atrás de la tienda encontró un aparcamiento semivacío. Había una puerta señalada *Sólo empleados*. La encontró cerrada por dentro. Cerca, sin embargo, había una ventana de cristal armado. Sólo podía ver imágenes confusas si se acercaba a los cristales. En el interior, unas formas rojas se transformaban en blancas a medida que los Santa Claus se quitaban sus trajes y rellenos.

Escuchó, esperando distinguir la voz de Austin.

—Estás en baja forma, ¿eh, compañero?

—¡Oh, dejadle!

—Bien, siempre que no me tosas a la cara, tengo chicos en casa y las facturas del doctor que no paran de llegar.

—¿No estamos todos así?

Y cosas parecidas. Algunos de ellos desaparecieron tras una puerta al fondo de la habitación, y ruido de agua corriendo indicó que se estaban lavando. Un hombre vestido de oscuro apareció y gritó:

—¡Ya basta con esa agua! ¡Hay restricciones!

—Al infierno las restricciones. —Sombría, ronca, la voz parecía proceder del hombre que no había sido capaz de gritar. Pesadamente, añadió—: ¿Está caliente?

—¡Mierda, por supuesto que no! —le respondió alguien—. ¡Apenas tibia!

—En ese caso deme mi paga y me voy. El doc me advirtió que no me enfriara. Así que no voy a malgastar su preciosa agua, ¿de acuerdo?

—No me eche a mí la culpa —con un suspiro—. Yo no hago las reglas aquí.

En la oscuridad ninguno de los hombres se dio cuenta de la presencia de Peg mientras se dirigían a sus coches. Cinco de ellos entraron en tres vehículos. El último trazó un rastro de humo cruzando el aparcamiento... suficiente para hacerse arrestar. El sexto hombre no fue a buscar ningún coche.

—¡Austin! —dijo Peg en voz baja.

El no retuvo el paso, ni siquiera miró a su alrededor.

—¡La periodista! —dijo—. ¿Finalmente ha decidido echarme a los lobos?

—¿Qué? —Se puso a su altura, acompasando su paso al de él, que andaba a zancadas demasiado largas para un hombre de su estatura, un metro sesenta y cinco aproximadamente. Poner los músculos a hacer penitencia era algo natural cuando Austin Train estaba por ahí.

—¿Quiere decir que no está aquí profesionalmente? —Su tono estaba teñido de sarcasmo.

Ella eludió la pregunta, señalando a su derecha más allá del aparcamiento; le iba a ser difícil oírse a sí misma darle la noticia que le traía.

—Mi coche está ahí. ¿Puedo llevarle? ¡Es un Hailey!

—Ah. Se mantienen los preceptos, ¿eh? ¡El vapor es más limpio que la gasolina! No, gracias. Acostumbro a andar. ¿Acaso lo ha olvidado?

Ella lo sujetó por la mano y le hizo dar media vuelta para mirarla. Observándole, descubrió pocos cambios a la débil luz, excepto que se había afeitado la barba que llevara durante su período de notoriedad. Los pómulos altos eran los mismos, las cejas curiosamente arqueadas, casi semicirculares, los labios finos y agrios... Pensó que quizá sus finos cabellos marrones clareaban un poco más y habían retrocedido algo. Habían sido casi tres años.

Su boca parodió una sonrisa; una curvatura de unos pocos grados en una de las comisuras. Bruscamente furiosa, decidida a borrar de golpe su suficiencia, Peg estalló:

—¡He venido a decirle que Decimus está muerto!

Y él dijo:

—Sí. Ya lo sé.

Todas aquellas horas de búsqueda, sin comida ni descanso, consciente de que cada momento incrementaba las posibilidades de perder su empleo... ¿para nada? Peg dijo débilmente:

—Pero si ha ocurrido esta mañana...

—Lo siento. —Su expresión burlona se dulcificó—. Usted le quería, ¿verdad? De acuerdo, vamos a su coche.

Mecánicamente, ella echó a andar; ahora, para variar, era él quien se compasaba al paso de ella, aunque eso fuera claramente frustrante para su enérgico carácter. No

dijeron nada más hasta que llegaron al lugar donde ella había dejado el pequeño Hailey bajo la dura radiación de una farola con luz de vapor de mercurio.

—Me pregunto si le quería realmente —dijo ella de pronto.

—Usted es la persona que pensó que ella no debía saberlo, ¿verdad? Pero le quería. Venir en busca mía es la prueba de ello. No tiene que haber sido fácil.

—No, no lo ha sido. —El dedo cuya uña se había arrancado aún le dolía; tuvo problemas para meter la llave en la cerradura.

—Es divertido —dijo Austin, mirando al coche.

—¿Qué es divertido?

—La gente pensando que el vapor es más limpio. Mi abuela vivía en una casa pegada a la vía férrea. No podía tender la ropa a causa del hollín. Yo crecí pensando que el vapor era algo sucio.

—¿Es la hora del sermón? —restalló Peg, consiguiendo abrir la puerta del pasajero—. ¡Y además se llama usted Train!

—Un chiste viejo —dijo él, entrando en el coche—. La palabra tren puede significar muchas cosas. Y no todas agradables. Un tren de bombas, por ejemplo.

—Sí, lo sé. Lo siento. La próxima vez intentaré conseguir uno de esos coches a gas freón... ¡Oh, mierda! Estoy desvariando. ¿Le importa... le importa si fumo un cigarrillo?

—No.

—Quiere decir sí.

—Quiero decir no. Necesita usted un tranquilizante, y el tabaco no figura entre los más peligrosos. —Se giró a medias en el angosto asiento—. Peg, se ha tomado usted muchas molestias. Se lo agradezco.

—¿Entonces por qué me ha recibido como si yo estuviera infestada? —Rebuscó en su bolso—. Además, ¿cómo lo supo?

—Teníamos una cita esta mañana. Cuando no se presentó hice algunas averiguaciones.

—Mierda, debí haberlo imaginado.

—Pero no venía solamente a verme a mí. Tenía una hermana trabajando en Los Angeles, ya sabe, y había algún problema familiar que deseaba dejar arreglado.

—No, no lo sabía. ¡El nunca me dijo que tuviera una hermana! —Con un irritado golpe en el interruptor de las luces del tablero de mandos.

—Estaban peleados. Hacía años que no se veían... Peg, lo siento realmente. Es... bueno, es la naturaleza de su trabajo lo que hace que reaccione mal ante usted. Viví a la luz de los focos durante mucho tiempo, ya sabe, y simplemente no pude seguir soportándolo una vez comprendí lo que estaban haciendo conmigo: utilizándome para probar que se preocupaban por el mundo, cuando de hecho les importaba un comino. ¡Después de mí el diluvio! Así que generé mi pantalla de humo y desaparecí. Pero si las cosas siguen de la forma en que se presentan últimamente...

Abrió las manos. Aquellas manos eran lo primero que había sugerido a Peg que podía aprender a quererle, complicado como era, porque eran proporcionalmente mucho más grandes que su cuerpo, el tipo de manos que la naturaleza debería reservar para un escultor o un pianista, y pese a sus nudosos nudillos eran en cierto modo hermosas.

—Bien, si una periodista sabe cómo encontrarme, cualquier otro puede hacerlo también, y finalmente ese cualquier otro pueden ser los polis.

—¿Tiene realmente miedo a ser arrestado?

—¿Cree que no tengo razones para ello? ¿Sabe lo que ha ocurrido esta mañana mismo en Wilshire?

—¡Sí, pero usted no organiza sus manifestaciones! —El encendedor del coche chasqueó; su mano temblaba demasiado, le costó guiarlo hasta su cigarrillo.

—Cierto. Pero yo escribí su biblia y su credo, y si me hicieran jurar no podría negar que fui sincero hasta su última palabra.

—Nunca lo he dudado —murmuró ella, dejando escapar una remolineante bocanada de humo gris. El sabor, sin embargo, no fue calmante sino irritante, porque había permanecido fuera en aquella esquina durante más de media hora sin su mascarilla filtro. Tras una segunda desagradable inspiración, aplastó el cigarrillo.

—¿Qué edad tiene usted ahora, Austin?

—¿Qué?

—Le he preguntado qué edad tiene. Yo tengo veintiocho, y no lo oculto. El presidente de los Estados Unidos tiene sesenta y seis. El decano de la Corte Suprema tiene sesenta y dos. Mi director tiene cincuenta y uno. Decimus cumplió los treinta el septiembre pasado.

—Y está muerto.

—Sí. ¡Cristo, qué pérdida! —Peg miró de forma ausente a través del parabrisas. Acercándose con gruñidos y resoplidos podía verse a uno de aquellos enormes camiones-grúa de ocho toneladas utilizados para retirar los automóviles con filtros ilegales. Este había atrapado presas exóticas: un Fiat y un Karmann-Ghia estaban pegados al extremo de su magneto.

—Casi cuarenta —murmuró Austin.

—Aries, ¿no?

—Sí, siempre que lo pregunte como broma.

—¿Qué diablos quiere decir con esto?

—Bien, puedo decir cualquier cosa. Hay más de doscientos yoes, ya sabe.

—¡Una broma! —Estuvo a punto de abofetearle, girada en su asiento—. Infiernos, ¿no lo entiende? ¡Decimus está horrible y asquerosamente *muerto*!

—¿Quiere decir que nadie vio llegar eso en su horóscopo?

—¡Oh, es usted inhumano! ¿Por qué infiernos no se larga? ¡Usted odia los coches!

Y una fracción de segundo más tarde:

—No, no quería decir esto. Quédese.

El no se había movido. Otra pausa.

—¿Tiene alguna idea de quién lo hizo? —dijo finalmente.

—¿Está segura de que... esto... lo hizo alguien?

—¡Tiene que haber sido así! ¿Usted no lo cree?

—Seguramente sí. —Austin frunció el ceño de modo que sus arqueadas cejas casi se unieron, sin mirarla a ella, pero desde su lado Peg pudo ver que formaban como la imagen de una gaviota en el rostro de un niño. (¿Cuánto tiempo hacía que no había ya niños que supieran lo que era una gaviota?). Bien, puedo imaginar a un montón de gente feliz de que él ya no esté aquí. ¿Ha comprobado usted con la policía?

—Iba a hacerlo cuando decidí acudir primero a usted. Pensé que era usted quien debía darle la noticia a Zena.

—Ya está hecho. O mejor dicho, llamé al wat y me aseguré de que se enterara a través de alguien a quien conoce.

—¡Esos pobres chicos!

—Están mejor que muchos otros —le recordó Austin. Lo cual era cierto, ya que uno de los dogmas de los trainitas era no engendrar niños propios mientras hubiera huérfanos que adoptar.

—Supongo que sí... —Peg pasó una cansada mano por su rostro—. Debí haberme dado cuenta de que perdería mi tiempo. Ahora no sé si la noticia ha llegado a la prensa, o a la televisión, o a algún otro lado. —Finalmente puso el coche en marcha y lo apartó de la acera—. ¿Adónde? —preguntó.

—Recto unas diez manzanas. ¿Preocupada por perder su empleo, Peg?

—Más bien pensando por qué no lo abandono ahora mismo.

Él dudó.

—Quizá sea una buena idea conservarlo.

—¿Por qué? ¿Porque quiere usted en los medios alguien que esté de su lado? No me diga eso. Gracias a Prexy casi todo el mundo lo está... excepto los propietarios. —No estaba pensando en eso. Más bien en que usted podría proporcionarme... bien, la advertencia ocasional.

—Tiene usted miedo, ¿verdad? —Se detuvo ante un semáforo en rojo—. De acuerdo, si puedo. Y si no he perdido el puesto... ¿Quién va a ocupar el puesto de Decimus?

—No lo sé. No estoy al cargo de nada.

—Lo siento. Es tan fácil caer en la presunción de que sí lo está, con toda esa gente diciendo «trainita» todo el tiempo. Tengo que esforzarme y recordar que debo decir «comensalista», pero todo el mundo lo acorta a «commie», y esa es generalmente una forma rápida de iniciar un altercado... ¿Acaso le preocupa ver su propio nombre tomado en vano?

—¿Y de qué infiernos cree usted que tengo miedo? —Lanzó una corta y dura risa—. ¡Me da escalofríos en la espalda!

—Obviamente no a causa de los wats. ¿A causa de las manifestaciones como la de esta mañana?

—¿Esas? ¡No! Irritan a la gente, pero no hacen realmente daño. Crean mucha publicidad, y proporcionan algo en qué pensar a los bastardos que están saqueando el planeta en su provecho... Y permiten también a los manifestantes sentir que están haciendo algo constructivo. No, lo que tengo en mente es más bien eso: Supongamos que alguien decide que toda una ciudad está cometiendo una ofensa a la biosfera, y tira de la anilla de una bomba nuclear.

—¿Lo dice usted en serio? ¡Sería una locura!

—La moral del siglo veinte, ¿no es acaso que todos *estamos* locos? —Austin suspiró—. Peor aún, si eso ocurriera, cualquier prueba de la locura del tipo que lo hizo... o de los tipos: la colectividad se está haciendo más popular cada vez, ¿se ha dado cuenta?... la prueba, en cualquier caso, ardería con él. Junto con todo lo demás en kilómetros a la redonda.

Ella no supo qué decir ante aquello.

Dos manzanas más adelante, él palmeó su brazo.

—¡Aquí!

—¿Qué? —Peg miró a su alrededor. Era una zona desolada, derribada parcialmente para reconstrucción, y lo poco que aún quedaba en pie presentaba una especie de semivida vampírica. Unos pocos negros jóvenes se pasaban un furtivo cigarrillo de marihuana en la entrada de unos almacenes en ruinas; no se veía a nadie más.

—Oh, no se preocupe por mí —dijo Austin—. Se lo dije: hay más de doscientos yoes.

—Sí. No le entendí antes.

—La gente tiende a no entenderlo. Pero es literal. Puede leer montones de referencias en la prensa underground. Hay al menos ese número de personas que han decidido llamarse a sí mismas Austin Train desde que yo desaparecí... la mitad en California, el resto esparcidos por todo el país. No sé si quererles u odiarles. Pero imagino que evitan que el aire en torno mío se ponga demasiado caliente.

—Gafas de sol.

—De acuerdo, gafas de sol. Pero no debería hacer observaciones como ésa, Peg. Son una referencia cronológica. ¿Cuándo vio por última vez a alguien llevando gafas de sol?

Fue a salir del coche. Peg lo retuvo del brazo.

—¿Cómo se hace llamar ahora? Nadie me lo dijo.

Con un pie fuera, Austin se echó a reír.

—¿No le dijeron que debía pedir por Fred Smith? Bien, gracias por el trayecto. ¡Y no se preocupe!

—¿Por qué?

—Si algo va mal, puede usted confiar en Zena. Ya lo sabe, ¿no? Siempre hallará refugio en el wat.

MALA MEZCLA

Algunos tipos de medicamentos principalmente tranquilizantes, no deben ser consumidos por alguien que haya comido recientemente queso o chocolate.

AYUDA

De pronto se sintió como en un mundo distinto. Hubo un final a la interminable sucesión de redondos ojos esperanzados orlados de blanco en mitad de rostros negros, de tendidos potes y latas vacías y ávidos platos y pálidas palmas de aquellos que eran demasiado apáticos incluso para ir a buscar una concha vacía a modo de recipiente, porque todo lo que habían poseído en un tiempo les había sido arrebatado y no podían creer que valía la pena invertir una preciosa energía en adquirir nada más. Y aún quedaba un buen montón, al menos un kilo, en la caja de cartón de la que había estado distribuyendo, y más cajas estaban apiladas tras ella contra la pared, y más aún, increíblemente muchas más que estaban siendo descargadas por la rampa que brotaba de la imponente silueta del antiguo VC-10 que de algún modo había conseguido posarse en la improvisada pista de aterrizaje.

Incrédula, Lucy Ramage echó hacia atrás una mecha de cabello rubio que caía sobre sus ojos y se giró para examinar un segmento de la sustancia peculiar que había estado distribuyendo a la luz de la llameante lámpara de acetileno colgada de un poste al extremo de la mesa montada sobre caballetes.

Tenía un nombre. Un nombre comercial, sin duda convenientemente registrado. «Nutripon Bamberley». El trozo que había cogido tenía aproximadamente la longitud de su dedo meñique, un color cremoso, y la consistencia del queso Cheddar ya hecho. De acuerdo con las instrucciones de las cajas, lo mejor era hervirlo ya que esto hacía el almidón más digerible, o triturarlo con agua para hacer una pasta, y luego freírla en pastelillos pequeños u hornearla sobre una parrilla de hierro.

Eso, pensó, era para luego: la elaboración, la fase culinaria. Lo que contaba ahora era que podía ser consumido tal cual, y por primera vez desde su llegada allí, hacía cuatro mortales meses, no necesitaba sentirse culpable por gozar de una equilibrada comida en sus habitaciones por la noche, porque todos aquellos a quienes había podido encontrar habían recibido lo suficiente como para llenar sus estómagos. Los había visto acercarse a la mesa uno por uno y mirar con ojos muy abiertos las enormes cantidades que se les distribuían: ex soldados que habían perdido un brazo o una pierna; hombres viejos con cataratas velando sus ojos; madres con niños pequeños que luchaban por hacer abrir las bocas a sus hijos para meterles la comida ya que estaban hambrientos hasta tal punto que habían olvidado incluso como llorar.

Y uno en particular, ahí frente a mí, cuando su madre intentó despertarlo y darle de comer...

—¡Oh, *Dios!* No, no puede haber un dios. Al menos no uno en el que yo desee creer. No puedo aceptar a un dios que permite a una madre descubrir que su hijo está muerto en su cadera, ¡cuando tiene en sus manos la comida que hubiera podido salvarlo!

La oscuridad —del cielo, de la tierra, de las pieles humanas— se cerró en torno a ella para edificar en su cabeza una cámara de torturas tan grande como África.

Una mano protectora sujetó su brazo cuando se sentía a punto de desfallecer, y una voz tranquila le habló en buen inglés.

—Me temo que ha estado usted esforzándose demasiado, señorita Ramage.

Parpadeó. Era el encantador mayor, Hippolyte Obou, que había sido educado en la Sorbona, y se suponía que no era mayor que sus propios veinticuatro años. Era extremadamente apuesto, si una prescindía de las cicatrices tribales que marcaban sus mejillas, y siempre había parecido mantener una visión desprendida de la guerra.

Lo cual era mucho más de lo que podía decirse del general Kaika...

Pero ella no estaba aquí para tomar partido o criticar. Estaba aquí para recoger los pedazos e intentar unirlos. Y aunque había habido momentos en los cuales había parecido que la tarea era imposible, hoy todo el mundo tenía qué comer, quedaba comida para mañana, y habían prometido otro cargamento para inmediatamente después del año nuevo.

Un mundo distinto.

—Venga a mi oficina a tomar algo —dijo el mayor; no era una pregunta—. Luego la conduciré de vuelta a su alojamiento en mi jeep.

—No es necesario que...

Pero él apartó sus palabras con un gesto, tomando de nuevo su brazo, esta vez con un toque de galantería.

—¡Oh, podemos hacer tan poco por alguien que nos ha traído un regalo de Navidad tan hermoso! Por aquí, por favor.

La «oficina», una simple choza de tablas y barro, había sido uno de los muchos cuarteles generales del mando regional de los invasores. Las luchas habían continuado en Noshri una semana después del armisticio oficial. Cruzando una de las paredes se veía una hilera de agujeros dejados por una salva de ametralladora calibre 50. En la pared opuesta, la correspondiente línea de marcas tenía dos lagunas allá donde las balas habían sido detenidas por un obstáculo antes de atravesar la minúscula habitación. Lucy intentó no mirar en aquella dirección, porque imaginaba cuáles habían sido los obstáculos.

Hacía un calor terrible, pese a lo avanzado del atardecer. El aire estaba saturado de humedad. Había pensado en ir semidesnuda como las chicas locales, y casi había llegado a ello. Su uniforme de enfermera había desaparecido a los pocos días de su llegada. Sus limpios delantales blancos habían sido rasgados para hacer con ellos vendajes de emergencia, luego sus tocas, sus capas, e incluso las perneras de sus pantalones un día desesperado. Desde hacía semanas llevaba lo que quedaba de todo

ello, harapos colgando hasta sus rodillas, y blusas a las que les faltaban tantos botones que tenía que anudárselas a la cintura. Al menos, de todos modos, sus cosas eran lavadas regularmente por la muchacha Maua —una especie de ayuda de campo, que no era nativa de allí—, que actuaba como su criada personal. Como fuera que nunca había tenido sirvientes en su vida, al principio se había rebelado ante la idea de tener una, y seguía sin aceptar completamente la idea; sin embargo, otros miembros del grupo de las Naciones Unidas le habían hecho observar que la chica no tenía ningún otro talento, y que ocupándose de las tareas de rutina dejaría a Lucy libre para hacer el máximo uso de su propio entrenamiento.

Y todo aquello porque un mar que ella nunca había visto se había muerto...

En una de las dos mesas con caballetes que, aparte las sillas, constituían el único mobiliario de la oficina, un sargento alto y delgado estaba añadiéndole cifras a un formulario impreso. El mayor Obou le ladró una orden, y de una maltratada caja de municiones verde oliva sacó una botella de buen coñac francés y un vasito de hojalata. Echándole a Lucy dos dedos de licor en el vaso, el mayor alzó la botella hacia sus gruesos labios.

—¡A su salud! —dijo—. ¡Y siéntese!

Obedeció. El licor era demasiado fuerte para ella; tras dar medio sorbo colocó el vaso sobre sus rodillas y lo sujetó con ambas manos para parar el temblor ocasionado por la fatiga. Hubiera deseado pedir un poco de agua para rebajarlo, pero decidió que no sería correcto meter al sargento en tales problemas. El agua potable era algo difícil de encontrar en Noshri. La de lluvia, recogida en cubos y bidones, era segura si se le añadía una pastilla purificadora, pero los ríos estaban contaminados con los defoliantes de la campaña del pasado verano, y los invasores habían llenado la mayoría de los pozos con carroñas a su retirada.

—Esto debería, si me permite la observación, poner un poco de color en sus mejillas —animó el mayor Obou. Ella forzó una sonrisa como respuesta, y se preguntó una vez más como debía considerar a aquel apuesto hombre de color que se tomaba tanto trabajo en salpicar su inglés con otros idiomas aprendidos en los libros, viniera a cuento o no. Sentía sus ojos cansados por el calor y el polvo del día, así que los cerró. Pero aquello no ayudó en nada. Tras los párpados vio las escenas que había encontrado allá donde había ido en aquella ciudad antes floreciente: un cruce donde un mortero había estallado directamente encima de un autobús, dejando un cráter sembrado de metal retorcido; vigas calcinadas colgando sobre las cenizas de lo que habían sido muebles y posiblemente personas; árboles arrancados de cuajo por el ala de un avión estrellado por un tirador en plena patrulla que había sospechado que llevaba armas, pese a que ella había visto por sí misma que contenía tan solo medicamentos...

Se tocó la base de su pulgar izquierdo. Salvando lo que había podido de los restos del avión, se había cortado, y había tenido que aplicarse tres puntos de sutura en la

herida. Un nervio había resultado seccionado, y había una zona de un poco más de medio centímetro en un lado donde nunca volvería a sentir nada.

Al menos estaba vacunada contra el tétanos.

En un rincón de la oficina, una radio de campaña empezó a decir bruscamente algo en la lengua local, de la cual Lucy no había aprendido más que unas pocas palabras. El mayor Obou respondió y se levantó.

—Termine su bebida, señorita Ramage. Dentro de una hora estará aquí un avión del gobierno, y debo estar preparado. Pero antes cumpliré mi promesa de llevarla a su casa.

—No es necesario que...

—Sí lo es. —Su rostro se volvió bruscamente grave—. Sé que no tiene sentido echarle piedras a la puerta de nadie, y las causas de nuestra guerra eran muy complejas. Pero la gente de aquí ha comprendido una cosa, y es que fue debido a la avaricia y a la negligencia de, perdóneme, personas como usted, que el Mediterráneo resultó envenenado, iniciando la cadena de acontecimientos que condujo a nuestros vecinos del norte a invadirnos. Mientras el hambre los volvió apáticos, permanecieron en silencio. Pero ahora que han comido, cabe temer que recuerden lo que les enseñaron los agitadores. Sé que usted viene de Nueva Zelanda, muy lejos hacia otro lado, y con buenas intenciones. Pero un hombre hirviendo de rabia porque ha perdido su hogar, su esposa, sus hijos, no se parará a preguntar de dónde viene usted si se la encuentra en la calle.

—Sí. —Lucy asintió y, casi atragantándose, tragó de un golpe el resto de su bebida.

—Espléndido —dijo el mayor, recuperando instantáneamente su afabilidad habitual, y la condujo al exterior. Su jeep estaba aguardando cerca de la puerta. Hizo un gesto al conductor para que pasara atrás con el encargado de la ametralladora, y él mismo tomó el volante, con Lucy a su lado. Poniendo el motor en marcha con un rugido, cruzó los límites de la pista de aterrizaje a más de sesenta, y avanzaron botando con todas las luces encendidas por la carretera llena de baches.

—Ah, un día, señorita Ramaje —dijo a gritos—, cuando hayamos reconstruido el país, espero tener la suerte de volver a verla en circunstancias más normales. Hoy he sabido que pueden pedirse nuevamente permisos. Si desea usted ver... esto... aspectos más interesantes de mi tierra natal, me encantaría enseñárselos. No me gustaría que se fuera con la impresión de que nuestro país es un lugar en el que durante todo el tiempo nos matamos los unos a los otros.

Lucy se dio cuenta, con retraso porque aquel era el tipo de cosa que le parecía pertenecer a otro universo, que el hombre le estaba haciendo una proposición. Por un momento se sintió desconcertada. En su país una simplemente no entraba nunca en contacto social con la gente de color, y mucho menos aún con los maoríes. Luego se

sintió irritada contra su propia reacción. Buscó una forma educada de formular su respuesta, pero antes de conseguirlo, mientras cruzaban lo que había sido la calle principal de Noshri y era ahora una avenida en ruinas, él frenó bruscamente.

—¡Oh, alguien más se ha dado cuenta de que lo que hemos recibido era un regalo de Navidad!

A un lado de la calle, había sido erigida una parodia de árbol de Navidad; ramas que debieron necesitar horas para encontrar porque los terrenos cercanos habían sido esterilizados con herbicidas, atadas a un poste vertical y adornadas con tres velas encendidas. En un trozo de tela blanca, probablemente un vendaje, alguien había escrito: VIVE LA PAIX JOYEUX NOËL.

—¿Es usted cristiana, señorita Ramage?

Lucy se sentía demasiado cansada para discutir sus dudas teológicas. Asintió.

—Yo también, por supuesto. —Obou tomó una curva acelerando en dirección a las casas relativamente intactas que habían sido asignadas al equipo de ayuda internacional, a los observadores de la ONU, y a los altos funcionarios del gobierno que supervisaban las operaciones de limpieza—. Sin embargo, ¿sabe?, me sentí sorprendido la primera vez que fui a Europa, al descubrir cuán poca gente iba a las iglesias. Aquí siempre fue para mí y para mi familia lo... lo correcto, lo mejor. En provincias, en este lugar por ejemplo, era bien sabido que la gente seguía construyendo ídolos, seguía creyendo en espíritus y fetiches. Pero podía dar por seguro que la gente educada era o musulmana o cristiana. Creo sin embargo que las cosas van a ponerse difíciles ahora para los cristianos en nuestro país. Sabiendo que ha sido debido a la voracidad de los países cristianos que... ¡Oh, mire! ¡Mire los cambios que ha conseguido su trabajo en este triste lugar!

Disminuyendo de nuevo la velocidad, señaló con el brazo a un grupo de diez o doce personas, incluidas un par de mujeres, que habían encendido una hoguera al aire libre ante lo que había sido anteriormente una hermosa casa y estaban bailando en círculo, palmeando rítmicamente como acompañamiento musical. Todos iban descalzos. Lucy pensó que una de las mujeres debía estar ebria; sus ropas de colores chillones habían caído de la parte superior de su cuerpo, y sus pesados pechos saltaban al ritmo de sus tambaleantes movimientos.

—Oh, son buena gente —dijo el mayor Obou—. Simples quizá, pero buenos por naturaleza. Me siento tan feliz de que esta maldita guerra haya terminado. Y... —con un rastro de atrevimiento—... feliz de que nos haya traído de fuera amigos como usted...

Detuvo el jeep. Habían llegado a la casa de ella, una de un grupo de casas edificadas originalmente por una de las compañías con sede en París que operaban allí para contratar mano de obra barata. Cuando habían sido construidas habían gozado de la intimidad de una densa vegetación. Ahora los árboles y matorrales habían desaparecido, víctimas de los defoliantes, y el suelo estaba removido por los impactos de los obuses. Cuando Lucy había llegado el lugar hedía horriblemente a

carroña, sobre todo humana. Seguía oliendo mal, pero ahora el hedor dominante era el de los tubos de escape de los camiones y aviones.

El mayor le ayudó a bajar del jeep con una formalidad pasada de moda. Estuvo a punto de echarse a reír ante el espectáculo que ella debía ofrecer, sucia y con las ropas rotas. El coñac se le había subido un poco a la cabeza.

—¿Recordará lo que le he propuesto, lo hará? —murmuró él, estrechando su mano. Luego la dejó marchar, saludó, y subió de nuevo al coche.

La sirvienta Maua había preparado una comida pasable: judías en lata, huevos reconstituidos, fruta en lata. Mientras tanto Lucy cambió sus manchadas ropas por una bata de tejido de toalla y se frotó el cuerpo con servilletas de papel impregnadas. El agua para lavarse era casi tan escasa como la potable. Empezaron a llegarle ruidos cuando los otros ocupantes de su hilera de casas fueron regresando: dos doctores, uno sueco y uno checo, un agrónomo mejicano, y funcionarios de las Naciones Unidas agregados a la Comisión de Refugiados eran sus más próximos vecinos. Más allá había algunas monjas italianas. Nunca se había habituado a verlas con blusa y pantalón pero llevando sus ridículos tocados sobre la cabeza. ¿Para qué? ¿Para desanimar la atención de los hombres?

Lo cual le recordó, mientras picoteaba su comida, la invitación de Obou. No se sentía inclinada a aceptar. ¿Por qué no... porque era negro? Creía que no. Esperaba que no. ¿Porque en este momento no podía pensar en nada como aquello con la debida atención? Muy probablemente. El mayor, después de todo, era una persona agradable, bien educada, obviamente inteligente puesto que hablaba francés e inglés casi tan bien como su lengua materna...

¡Materna!

Su estómago se revolvió de pronto. Era la peor cosa en que podía pensar mientras comía. Echó a correr ciegamente hacia la letrina en la parte de atrás de la casa, y allí desperdició la comida que se había obligado a engullir. Quizá, pensó mientras vomitaba de rodillas, no han sido los recuerdos los que me han dado náuseas, sino el coñac. Pero aquello no representaba ninguna diferencia.

Había demasiados de esos niños: muertos al nacer, afortunadamente, puesto que eran deformes. Una pensaba que después de Vietnam... Pero la gente no piensa, la mayor parte del tiempo. Gases contra las manifestaciones, gases lacrimógenos, gases de sueño, defoliantes, gases neurotóxicos, todo el arsenal de armas químicas utilizadas en la guerra moderna, habían saturado los tejidos de esa gente del mismo modo que el suelo. Una vez había ayudado a nacer a tres bebés malformados uno detrás de otro, en un grupo de refugiados que creían haber hallado al fin la seguridad. Pero durante todo el camino se habían alimentado de hojas y raíces.

Regresó finalmente, tambaleándose, no a la habitación donde había estado comiendo sino al dormitorio, y se hundió en un torpor que nada tenía que ver con el

sueño.

Pensando, en mitad de la noche, que el ruido que estaba oyendo pertenecía a su pesadilla —sus sueños se veían acosados regularmente por el temor de que la lucha empezara de nuevo—, se obligó a sí misma a despertarse. Descubrió que ya estaba despierta. El sueño era real. Disparos.

Horrorizada, se sentó en la cama y tendió el oído. La habitación estaba completamente a oscuras, las cortinas de las ventanas corridas. Su instante de pánico pasó. Eran disparos lo que oía, sin lugar a dudas, pero tenían una cualidad dispersa, casi alegre, como ristas de petardos. Y al mismo tiempo, casi inaudibles, podía captar redobles de tambores... posiblemente incluso cantos.

Fue a dirigirse a la ventana, y casi inmediatamente descubrió que sus muslos estaban húmedos. Cristo. Había empezado su regla. Curiosamente, desde que había llegado a Noshri, había dejado de sufrir los dolores que la advertían por anticipado de su llegada y a los que ya se había acostumbrado, como si su mente estuviera tan absorta en los problemas de la vida y de la muerte que no tuviera tiempo de distraerse en las quejas de su propio cuerpo.

Encontró servilletas de papel para secarse y llamó a Maua. Esperando a que viniera la criada, se dirigió a la ventana que daba a la ciudad y miró por entre las cortinas. Oh, sí. Fogatas. Un derroche, pero excusable. Licor escondido en algún lugar, sin duda... había visto a aquella mujer ebria bailando... o posiblemente fabricado a partir de desechos. Y con la Navidad tan cerca...

¿Fogatas?

Los juegos de luz adquirieron repentinamente su perspectiva. Las amarillentas llamas no eran pequeñas y cercanas, sino grandes y lejanas. En dirección a la pista de aterrizaje.

¡Un avión ardiendo!

—¡Maua! —gritó, y echó a correr en busca de la linterna que tenía siempre junto a su cama. La encontró, se apresuró hacia el cobertizo donde dormía la chica. El camastro estaba vacío.

—¡Oh, Dios! —murmuró Lucy.

Regresó corriendo a su habitación, con la intención de tomar sus ropas, unos tãpax, la pequeña pistola del .22 que su padre le había dado pero que ella nunca había utilizado. Pero un momento más tarde oyó el ruido de una puerta en la sala de estar cuando alguien entró procedente del exterior, y tomó solamente la pistola. Seguía llevando la bata de toalla con la que se había echado en la cama.

Con la boca seca, las manos temblorosas, apagó la linterna y avanzó en silencio, descalza, hacia la sala de estar.

—¡Las manos arriba! —gritó, encendiendo de nuevo la linterna, y se sintió inmediatamente asustada por la forma en que su dedo se apretaba contra el gatillo. En

el umbral yacía una forma en la que se mezclaban el caqui, el marrón oscuro y el rojo brillante. El rojo era sangre. Era el mayor Obou, tendido boca abajo, su mano derecha inerte junto a su automática, su hombro izquierdo acuchillado hasta el hueso.

—¿Mayor? —intentó decir, y descubrió que había perdido la voz. Vio su mano útil, como una colosal araña, reptar en busca de la perdida pistola—. ¡Mayor Obou!

Él la oyó y consiguió girar la cabeza sobre la alfombra de paja que cubría el suelo.

—*Vaut rien* —dijo confusamente, y se corrigió—: Nada dentro. Ninguna bala.

—¿Pero qué está ocurriendo? —Dejó caer su pistola y se inclinó con su linterna iluminando la herida, su mente girando sobre treinta cosas tan urgentes las unas como las otras: llamar a su vecino el doctor sueco, limpiar la herida, cerrar la puerta exterior, asegurarse de que él no había sido seguido por su atacante.

Realizando un supremo esfuerzo, él la sujetó por la muñeca cuando ella intentó alzarlo y cerrar la puerta.

—¡No salga, señorita! ¡No vaya allí! ¡Están todos locos, todos locos! ¡Mire mi brazo! Uno de mis hombres lo hizo, ¡uno de mis propios hombres! Lo sorprendí tomando un bol de comida de una pobre viuda con un bebé, y el cabo dijo es la tercera vez esta noche, así que ordené con mi revólver deja esto, ve a buscar más comida al avión para esa pobre gente a la que robaste. Es lo que debía decir un oficial, ¿no? Esa comida no es para los soldados, es para los pobres diablos muriéndose de hambre en la ciudad, ¿no? Entonces él tomó esa hacha y me golpeó, ¿ves? ¡Oh, cómo duele!

—¡Déjeme ir a buscar vendas! —gritó Lucy, pero él parecía no oírla. Muy abiertos, casi vidriosos, sus ojos estaban fijos en un punto indeterminado. Apretó sus dedos y las palabras brotaron frenéticamente, su cuidadosa sintaxis europea dejando paso a la gramática de su propia lengua.

—¡No, no ir! ¡Todos locos, digo! Gritan la ciudad está llena de fantasmas, fantasmas en todas partes, disparar a ellos, disparar a las sombras, ¡a todo! Dicen matar fantasmas, matar fantasmas ¡*matar matar fantasmas!*

Afuera se oyeron pasos, Lucy intentó soltarse de nuevo para poder ir a cerrar la puerta, no lo consiguió, y finalmente tuvo la idea de apagar la linterna para no atraer al merodeador loco. Lo que había dicho Obou no tenía sentido, pero los disparos eran más intensos y sonaban más cerca, y a través de la puerta abierta pudo ver que las llamas eran mayores y más intensas, como si toda la ciudad se estuviera convirtiendo en un volcán.

Pasos de nuevo. Más cercanos. Y su .22 estaba fuera de su alcance, y la pistola de Obou estaba vacía. Primero suavemente, luego con creciente pánico, luchó por soltarse. Una nueva luz, muy brillante, apareció en la puerta. Un instante antes de ser cegada por la luz vio a un hombre blanco con una camisa blanca sujetando una pistola; un instante después, comprendió lo que el haz de la linterna debía mostrar:

una mujer blanca sujeta por un hombre negro, sus piernas abiertas y los muslos manchados de sangre, un caso de violación.

—¡No...! —empezó a gritar.

Pero era demasiado tarde. La pistola rugió. La bala la salpicó con fragmentos del mayor Obou.

Más tarde, alguien intentó explicárselo... era el doctor sueco, Bertil:

—¡Pero nosotros no sabíamos que estaba usted aquí! Cuando empezaron los desórdenes vimos a Maua y ella nos juró que usted no estaba en la casa. ¡Fuimos a la ciudad, y todos esos locos vinieron sobre nosotros con armas de fuego y hachas, gritando que éramos espíritus diabólicos, que había que matar a los fantasmas!

Ya había oído aquello antes. Apática, Lucy se mecía hacia adelante y hacia atrás en su silla, los ojos cerrados, su mano derecha frotando mecánicamente el punto de su brazo izquierdo donde le habían aplicado una inyección, los dos ritmos entrecruzándose con la cadencia del acento de Bertil.

—Alégrese de no haber visto lo que vimos nosotros: ¡toda la ciudad se ha vuelto loca, saqueando y quemando y matando!

—La persona a la que vi matando era usted. Usted disparó contra un hombre amable. Iba a irme con él. Me gustaba su sonrisa. Tenía una cara redonda con divertidas cicatrices en sus mejillas. Y ahora está muerto. Usted lo mató.

Gimió y se derrumbó al suelo.

ENERO

ÓRDENES DE MARCHA

Id a traer la Luz
A las salvajes orillas lejanas.
Proclamad la Ley del Justo
Allá donde están los más humildes.

*Paganos y obstinados Judíos,
Adoradores del Juggernaut,
Dadles la posibilidad de elegir
Lo que el Salvador enseñó.

Id donde el gentil Señor
Es aún desconocido,
Allá donde las tribus ignoradas
Viven en la solitaria oscuridad.

Armaos para enfrentaros al enemigo,
Caribes y caníbales,
Hombres que deben vivir tan bajos
Como cualquier animal.

*Cubrid los miembros desnudos,
Calzad los pies descalzos,
Silenciad los himnos paganos,
Conquistad al bruto impío.

Anunciadles la nueva del Amor,
Predicadles el Príncipe de la Paz,
Destruid sus bosques paganos,
Dadles la libertad divina.

—«El Sembrador Sagrado: recopilación de Himnos y Canciones Devotas adaptadas para el uso de Sociedades de Misiones», 1887; los versos señalados * pueden ser omitidos si se desea.

SUPERSÓNICO

El RM-1808, en vuelo de Phoenix a Seattle, había informado de malas condiciones —fuertes turbulencias del aire— en las proximidades de Salt Lake City. Oyendo aquello, el navegante del TW-6036, el supersónico directo de Montreal a Los Angeles, pulsó las teclas de su ordenador y pasó una corrección de rumbo al piloto. Luego se recostó en su asiento y reanudó su cabezada.

Estarían en velocidad supersónica durante más de mil quinientos kilómetros todavía.

COSAS DE LA NIEVE

Sin nadie que le prestara atención, el gran televisor en color de veintinueve pulgadas mostraba imágenes de la violencia de hoy. La cámara barría indiferente las calles de la lejana Noshri, deteniéndose ocasionalmente en los cadáveres. Un perro, superviviente milagroso del período del último verano, cuando la gente pagaba cien francos locales por una rata, cincuenta por un puñado de maíz, apareció olisqueando el cuerpo de un niño, y un alto soldado negro le partió el lomo con la culata de su fusil.

—¡Mierda! ¿Has visto lo que le ha hecho ese hijo de negra a este pobre perro?

—¿Qué?

Pero la cámara había girado hacia los restos de un avión.

Aquello era Towerhill, último de los prósperos complejos deportivos de invierno de Colorado, y se hallaban en el Apendine Lodge, el mejor y más caro de sus alojamientos. Completamente nuevo, el lugar hacía todo lo posible por parecer antiguo. Había esquís colgando de vigas de plástico, un fuego de leña simulado ardía en una chimenea de piedra. Al otro lado de una ventana de doble cristal que ocupaba casi toda una pared, potentes luces de arco iluminaban una magnífica ladera de cebrada nieve que se extendía hasta la cima del monte Hawes. Hasta el año pasado, pese a que aquella ciudad estaba apenas a ochenta kilómetros de Denver, la carretera era horrible, y tan sólo un puñado de visitantes se atrevían a ir hasta allí. La creciente tendencia de la gente a pasar sus vacaciones en la montaña, de todos modos, desde que el mar se había vuelto demasiado inmundo como para ser tolerable, no podía ser ignorada. Ahora la carretera era excelente y la zona había subido como la espuma. Había tres remontes ultramodernos y una sucursal de los Supermercados Biológicos Puritan. Había pistas para esquí mecánico tras vehículo de nieve, y el Colorado Chemical Bank planeaba doblar allí el volumen de sus operaciones. Uno podía practicar el patinaje y el curling, y la American Express había pedido una opción sobre un bloque de oficinas. Para el año próximo había proyectado un trampolín de características olímpicas.

En la pantalla un grupo de hombres, mujeres y niños se mostraban estremecidos ante un grupo de construcciones de formas improbables. Iban pobremente vestidos pero en su conjunto parecían gozar de buena salud. Mientras tanto, un grupo de policías con perros procedían a un meticuloso registro.

Oh. Trainitas. ¿Qué infiernos?

Tras su segundo vaso Bill Chalmers empezó a sentirse mejor. Había sido un día terrible: conducir aquella mañana hasta Denver por carreteras que habían sido limpiadas y enarenadas pero que aún seguían siendo deslizantes; sudar durante toda aquella horrible comida con los Mason, consciente de que «había algo en el aire» pero incapaz de determinar su causa; una tensión que se había roto finalmente cuando su hijo Anton, de seis años, se había peleado con los chicos de los Mason, de cinco y cuatro años, y había echado a correr gritando...

Pero finalmente aquí estaban, sanos y salvos, y le encantaba Towerhill: su aire de prosperidad, que era una patada en la nariz a los profetas de la fatalidad, las montañas que lo rodeaban, su atmósfera increíblemente pura. Uno veía a los visitantes de las grandes ciudades, en su primer día, ir arriba y abajo con sus mascarillas filtro, no convencidos aún de que podía respirarse perfectamente sin ellas.

La pantalla mostró un mapa de América Central, con una flecha señalando un lugar, y luego las fotografías de dos hombres, ambos blancos.

—¡Tania!

—Sí, me encantaría otro —estaba diciendo su esposa, y se puso a comparar sus síntomas con los de la esposa del abogado de Oakland a los que habían conocido ayer—. Yo tuve esa especie de curiosa erupción, y me picaba por todas partes...

¡Cristo! ¿Acaso nadie podía hablar de otra cosa en esos días que no fueran alergias y neurosis? Hubo un tiempo en que un hombre podía sentirse satisfecho con tener un buen empleo que le permitiera ganarse el pan. Ahora necesitaba tener un buen empleo que le permitiera ganarse también sus medicinas. Y lo peor es que no servían para nada.

—¡Sí, claro! —decía la mujer del abogado—. Ahora yo tengo esos accesos de calor y de frío, y a veces incluso mareos.

Bruscamente se dio cuenta de que estaban hablando de embarazos, y en vez de irritarse sintió que se estremecía. Por supuesto que habían contratado un seguro contra la subnormalidad cuando Anton estaba en camino, pero pese a su posición en Angel City no había sido barato, y cuando Anton vino felizmente al mundo Tom Grey le había explicado exactamente los riesgos que habían estado corriendo. Las palabras que volvían a su memoria le hacían estremecerse: fibrosis cística, fenilcetonuria, hemofilia, hipotiroidismo, mongolismo, tetralogía de Fallot, alexia, dicromatismo... Una lista que se prolongaba interminablemente, ¡como si fuera un milagro el que alguien pudiera llegar a convertirse en un adulto normal!

Aquello ayudaba a comprender el que Grey fuera soltero. El mismo no se arriesgaría a tener un segundo hijo.

La televisión pasó a los resultados deportivos. Por primera vez varias personas prestaron atención.

—¡Tania!

Ella finalmente se giró. La mujer del abogado escapó para reunirse con su marido al extremo más alejado del salón.

—¿Tuviste finalmente esa conversación a corazón abierto con Denise?

—Oh, Dios —dijo Tania, echándose hacia atrás y cruzando los brazos—. Así que es por eso por lo que querías venir aquí... ¡para espiar a los Mason!

—¡No es cierto!

—Entonces, ¿por qué es tan urgente? ¡No tienes que volver a la oficina hasta el lunes! ¿Y por qué no me lo has preguntado en el coche, en vez de cortarme aquí cada vez que decía una palabra?

A su alrededor, atraídos por sus voces elevándose hacia el tono de una discusión, la gente se estaba girando para mirarles. Terriblemente avergonzado, Chalmers adoptó un aire conciliador.

—Tania, amor, lo siento, pero es importante.

—¡Obviamente! ¡Más importante que yo o Tony! ¡Más importante que mi primera oportunidad en años de descansar un poco y hacer nuevos amigos! Mira lo que has hecho... ¡has obligado a irse a Sally!

El simplemente se quedó sentado allí.

Tras un momento, sin embargo, ella se ablandó. Cuatro años atrás había pasado un tiempo horrible sin empleo; sabía lo que significaría perder este trabajo.

—Oh, maldita sea... Sí, la sonsaqué. Es una maniática. Prácticamente una trainita.

Chalmers aguzó el oído.

—¿Qué quieres decir?

—Una maniática, ya te he dicho. No quiere que él vuele. Dice que desea que sus nietos vean el sol. Me pregunto qué diferencia hay en que un avión vuele con un asiento vacío. Pero cree que Phil se ha metido en alguna especie de lío debido a que ella le hizo ir en coche hasta Los Angeles, sólo que él no quiere decirle nada para que no se sienta culpable. Y desea desesperadamente saber cuál es el problema. De hecho fue ella y no yo quien planteó la cuestión. Yo no tuve que hacer nada. Aparentemente él estuvo odioso durante las Navidades. Además siempre encuentra excusas para no hacer el amor con ella. Ni siquiera lo hubieran hecho la noche de Año Nuevo, dijo, a no ser porque ella le *sedujo*...

La última palabra quedó ahogada por un repentino ruido en el cielo, como si un gigante hubiera aplastado un mosquito de una palmada. Todo el mundo se sobresaltó. Una voz anónima dijo:

—Oh, otro maldito bang sónico. ¿No es odioso?

Pero el ruido hubiera debido desaparecer en un instante. En cambio persistió: tras el bang inicial, un sonido retumbante, muy grave, pero insistente, como piedras arrastradas por la corriente de un rápido río o una vigorosa marea en un acantilado rocoso. La gente, dispuesta a reanudar sus conversaciones, comprendió que algo iba

mal. El ruido se hizo más fuerte, más rugiente. Giraron sus cabezas y miraron por la ventana.

Tania gritó.

Con implacable majestad, al batir de incontables tambores, medio millón de toneladas de nieve y hielo avanzaban hacia la ciudad de Towerhill.

CUENTA ABIERTA

Periodista: General, no es exagerado decir que el mundo se ha sentido consternado ante su decisión de arrestar y expulsar a los americanos de los equipos de ayuda de Noshri...

General Kaika: ¿Espera usted que les dejemos quedarse cuando han envenenado a miles de nosotros, los han matado o, peor aún, los han vuelto locos?

Periodista: No hay pruebas de que...

General Kaika: Sí, sí hay pruebas. Todos los habitantes de la ciudad se han vuelto locos. Atacaron a nuestras propias tropas que los habían liberado de las fuerzas de ocupación. Fueron envenenados por esa comida diabólica suministrada con el pretexto de ayuda internacional.

Periodista: ¿Pero qué motivo concebible podría...?

General Kaika: Montones de motivos. Por un lado, los americanos no retrocederán ante nada para impedir la independencia de un país cuyo gobierno no tiene la piel blanca. Los gobiernos de color deben inclinarse ante Washington. Considere China Considere Vietnam, Camboya, Laos, Thailandia, Ceilán, Indonesia. Si un día formamos una potente unión de países de gente negra en África ya no serán capaces de pisotear a sus propios ciudadanos negros.

Periodista: ¿Está diciendo usted que hay un complot deliberado para debilitar sus fuerzas y permitir que los invasores ganen la guerra?

General Kaika: Estoy realizando una investigación para confirmarlo. Pero fueron los hombres blancos quienes desencadenaron la guerra.

Periodista: Ni siquiera había mercenarios blancos con los...

General Kaika: ¿Fueron los hombres negros quienes llenaron el Mediterráneo de veneno? ¡No, fue destruido por los asquerosos desechos de las fábricas europeas!

Periodista: Bien, la presa de Asuán...

General Kaika: Sí, sí, la presa de Asuán puede que haya hecho inclinar finalmente la balanza, pero antes de eso el mar se estaba muriendo. La guerra empezó porque demasiada gente se moría de hambre en la costa africana. Por eso digo que las naciones blancas son las responsables. Es la costumbre típica blanca de destruir lo que se tiene y luego ir a robárselo a los demás.

Periodista: ¡Oh, general, está interpretando usted los hechos un poco a la ligera!

General Kaika: ¿Acaso no es un hecho el que resulta peligroso bañarse en el Mediterráneo? ¿Acaso no es un hecho que toda la pesca haya muerto?

Periodista: Bien, sí, pero...

General Kaika: No tengo nada más que decir.

RATAS

Jeannie estaba ya en casa, por supuesto, su Stephenson eléctrico estaba aparcado en un rincón del garaje. Pete estaba en el turno de diez a seis este día, y el trabajo de ella en Bamberley terminaba a las cinco.

Pete Goddard odiaba que su esposa trabajara. La deseaba en casa, cuidando de un par de niños. Pero eso, pensó, tendría que esperar a su próximo ascenso. En estos días nadie en su sano juicio iniciaría una familia antes de poder garantizar los cuidados médicos necesarios para sus hijos. Aquí arriba en las montañas las cosas no estaban tan mal como en las ciudades, pero pese a todo nunca se era bastante prudente.

Mientras restregaba sus botas antes de subir los peldaños de la entrada delantera, hubo un ruido chasqueante en el cielo. Alzó la vista justo a tiempo para recibir un puñado de nieve caída del alero del porche. Oh, mierda, otro bang sónico. ¡Pero nunca había sido tan fuerte! Uno estaba acostumbrado a oír uno o dos cada día, pero débiles, muy lejanos, inofensivos excepto quizá hacer derramarse su taza de café. Allá abajo en la comisaría el sargento Chain iba a recibir un montón de quejas. Como si la policía pudiera hacer algo. Como si alguien pudiera hacer algo.

Jeannie estaba en la cocina. No era una gran cocina, pero estaba equipada con todo lo necesario. Y normalmente funcionaba. Estaba atareada junto al horno: una muchacha encantadora, de tez mucho más clara que él y un año mayor, predestinada a engordar antes de los treinta años, pero ¿a quién le importaba? Le gustaban con carne abundante y prieta. Le envió un beso volando, recogió su píldora de la tarde, la de su alergia, y se dirigió al fregadero para tomar un poco de agua.

Ella lo detuvo con un grito:

—¡No, Pete! He encontrado una nota relativa al agua al entrar. ¿La ves, sobre la mesa?

Sorprendido, se giró y vio el brillante papel rojo con gruesas letras mayúsculas. Las frases familiares saltaron a sus ojos: *fallo en la planta purificadora... no debe beberse sin hervirla previamente... será rectificado tan pronto como sea posible.*

—¡Mierda! —exclamó—. ¡Muy pronto esto va a ser tan malo como Denver!

—¡Oh, no, amor! Allá en la ciudad encuentran esos papelitos casi cada día, al menos una vez por semana, mientras que este verano es la segunda vez aquí. ¿Quieres una cerveza?

—¿Una cerveza? ¡Claro que sí!

—En la nevera. Y saca otra para mí. Estoy con una receta complicada. —Blandió un recorte del periódico.

Sonriendo, fue a obedecer... y su mano voló hacia su cadera en busca del ausente revólver, mientras lanzaba una frustrada exclamación.

—¿Qué ocurre? —Jeannie miró a su alrededor—. Oh, ¿otra rata?

—¡La más grande que he visto nunca! —Pero ya se había ido—. ¡Creí que te había dicho que llamaras al exterminador! —gruñó.

—¡Lo hice! Pero dijo que tenía mucho trabajo, y que tendríamos que esperar al menos una semana.

—Sí, entiendo. —Pete suspiró—. Toda la gente con la que me encuentro... —Dejó que las palabras murieran por sí mismas y abrió la nevera. En dos estantes había envoltorios con la marca familiar: una chica con una mazorca de maíz entre sus senos, de modo que el conjunto daba la sensación de ser un falo con sus correspondientes testículos.

—¡Hey, has vuelto a ir al Puritan!

—Bueno, me gasté mi prima —dijo Jeannie defensivamente—. ¡Y las cosas no son allí mucho más caras! Además, saben realmente mucho mejor.

—¿Qué prima?

—¡Oh, ya sabes! ¡Te lo dije! Todas las chicas de la sección de empaquetado que trabajamos horas extra para terminar ese embarque antes de Navidad. Veinte dólares extra de parte del señor Bamberley.

—Oh. Oh, sí. —Tomó su cerveza y la de ella de un pack de seis. ¿Qué demonios? Veinte dólares hoy eran un escupitajo en el océano. Aunque hubiera preferido dejarlos de lado para su póliza con Angel City, con vistas al día en que pudieran permitirse un bebé. Todas esas horribles historias acerca de los productos químicos. Sólo una excusa para doblar los precios en Puritan...

Recordando la factoría...

—Dime, amor, ¿cómo va tu pierna? —Esa mancha lisa y brillante en su piel, como si parte de su cadera estuviera barnizada.

—Oh, tenían razón la primera vez. Es un hongo. Ya sabes que nos hacen llevar mascarillas contra la actino-no-sé-qué. Pillé algo del mismo tipo. Pero la pomada está haciendo efecto.

Pete reprimió un estremecimiento. ¡Pillar un hongo! ¡Cristo, como en las películas de terror! Hacía más de un mes desde aquello, e incluso ahora no dejaba de examinarse obsesivamente su propio cuerpo en busca de señales. Dio un largo sorbo a su cerveza.

—¿Sabes, querido?, quería decírtelo —dijo de pronto Jeannie—. ¡Te he visto en la tele!

—¿Qué, en el wat trainita? —Se dejó caer en una silla—. Sí, va me di cuenta del tipo con la cámara.

—¿Y qué hacías tú allí?

—¿No lo explicaron?

—La puse justo a tiempo para ver el final.

—Ajá. Bien, recibimos una llamada de Los Angeles. ¿Recuerdas el tipo que se dirigía al wat y resultó muerto por el camino poco antes de Navidad? Parece que estaba o loco o drogado Así que nos dijeron que fuéramos a echar un vistazo por si encontrábamos drogas.

—Creía que los trainitas no querían saber nada con ellas.

—Bueno, debe ser cierto, pues no encontramos nada... ¡Chica, ése es un extraño lugar! Todo a base de materiales de recuperación. Todo hecho a mano. Y la gente allí... no sé. ¡Es extraña!

—Vi algunos de ellos en el Puritan —dijo Jeannie—. Parecían más bien normales. Y sus chicos son muy educados.

Demasiado pronto para hablar de la mejor forma de educar a los chicos. Pero algún día...

—Puede que parezcan inofensivos —dijo Peter—. Pero es porque no son los suficientes como para ocasionar auténticos problemas. Quiero decir aparte de esas horribles calaveras con las tibias cruzadas que pintan por todas partes. Allá en Los Angeles, tengo entendido, bloquean la circulación por las calles, rompen coches, asaltan tiendas...

—Pero Carl dice que todo lo que hacen es para despertar a la gente y hacerles darse cuenta del peligro en que estamos.

¡Oh, al infierno con Carl! Pero Pete se guardó eso para sí mismo, sabiendo lo que Jeannie sentía por él: su hermano menor, diecinueve años, a punto de cumplir los veinte, el más brillante de una familia de cinco hijos, que había abandonado la universidad después de un año quejándose de lo mala de la enseñanza, y que en estos momentos estaba trabajando también en la factoría de Bamberley.

—Mira, que vivan como quieran, a mí no me importa —gruñó—. Pero mi trabajo es detener a todo aquel que rompa o asalte o interfiera con la forma en que otra gente quiere vivir.

—Bien, Carl ha estado varias veces en el wat, y según él... ¡Oh, no vamos a discutir por eso! —Consultó su receta—. Bien, dice que ahora tenemos que esperar diez minutos. Vamos a la sala de estar y sentémonos... —Su rostro se ensombreció ligeramente—. ¿Sabes una cosa, querido?

—¿Qué?

—Me gustaría tener una de esas cocinas instantáneas. A microondas. Entonces no importaría la hora a la que volvieras, la cena podría estar lista en un momento.

Sonó el teléfono.

—Quédate sentado, yo iré —dijo ella. El le lanzó una sonrisa y obedeció. Pero, incluso antes de que hubiera tenido tiempo de ponerse cómodo, ella lo llamó casi a gritos.

—¡Pete! ¡Pete! ¡Toma tu impermeable y tus botas!

—¿Qué? ¿Qué infiernos ocurre?

—¡Ha habido una avalancha! ¡Ha sepultado todas esas nuevas construcciones al otro lado de la ciudad!

NO MÁS GRANDE QUE LA MANO DE UN HOMBRE

... publicado hoy como un informe especial de las Naciones Unidas. El pretendido aumento del índice de inteligencia en los países llamados subdesarrollados es atribuido por los científicos que han llevado a término una investigación de tres años a la mejora de la dieta y de la sanidad, mientras que el aún no confirmado declive de las naciones avanzadas es atribuido al aumento de la polución. Al pedírsele que comentara este informe, poco antes de marchar a Hollywood, donde se le espera esta noche para inaugurar su retrospectiva anual, Prexy dijo, cito, Bien, si son tan listos, ¿por qué no son un poco más hábiles? Fin de la cita. En una conferencia de prensa en Tegucigalpa, la desaparición de Leonard Ross, representante de Auxilio Mundial, y del doctor Isaiah Williams, el médico británico del que tampoco se tienen noticias, ha sido atribuida oficialmente al terrorismo. Las tropas están rastreando el área intensivamente, pero hasta ahora no han informado de ningún éxito. Como consecuencia de la dimisión por sorpresa del antiguo presidente de la Fundación «Salvemos el Mediterráneo», el dottore Giovanni Crespino, el gobierno italiano ha negado categóricamente sus acusaciones de que enormes sumas donadas por corporaciones y particulares de cuarenta y ocho países con la esperanza de salvar el mar en peligro habían sido desviadas a otros fines. Informes procedentes de Roma, sin embargo...

MEMENTO LAURAE

Nunca en su vida se había sentido Philip Mason tan miserable. Paseaba incansablemente arriba y abajo por su apartamento, pegándose a los niños, diciéndole a Denise que lo dejara solo por el amor de Dios, cuando realmente lo que deseaba decir todo el rato era que la quería desesperadamente y que siempre seguiría queriéndola.

Pero las consecuencias de la Nochevieja...

Cuando se sentía deprimido en su anterior hogar, las cosas eran más fáciles de soportar: una casa, muy alejada del centro de la ciudad —al otro lado del río—, con su propio jardín. Allí podía ocultarse y sentirse miserable en la intimidad. Pero los incendios en el río habían sido terribles el año pasado; más de una vez se había visto imposibilitado de ir al trabajo porque el puente estaba cerrado, y la mitad del tiempo el humo hacía imposible utilizar el jardín o ni siquiera abrir las ventanas.

Así que se trasladaron a este bloque de apartamentos con aire acondicionado. Mejor para ir a la oficina. Y, por supuesto, para ir al hospital, donde el estrabismo de Josie estaba siendo corregido, y los músculos demasiado cortos de la pierna de Harold estaban siendo estirados.

¡No podía explicárselo! ¡No se atrevía! ¡Y sin embargo, tenía que hacerlo!

Pero al menos tenía unos pocos minutos para sí mismo. Los chicos estaban dormidos, tras necesitar mucho tiempo para calmarse de su desastroso enfrentamiento con Antón Chalmers: agresivo, arrogante, insoportable, odioso, violento... pero, por supuesto, absolutamente sano. «La supervivencia de los más aptos y toda esa porquería»... citando al insufrible de su padre.

Y Denise había bajado al apartamento de los Henlowe en el segundo piso. Así era como pasaban las cosas en aquel edificio. Cada cual parecía saber cómo sacar el mejor partido de los demás en estos días. Pero era mejor quedarse un poco al margen. Las cosas iban poniéndose tan mal como lo que contaban los libros de historia de la época de la Prohibición, cuando las bandas de negros luchaban en las calles por el derecho de distribuirse el khat africano, y las bandas de blancos se volaban sus casas unos a otros por el derecho de comerciar con la hierba mejicana.

De modo que dentro de media hora volvería, tras cumplir con sus deberes sociales, y mostraría lo que había obtenido, y diría:

—Querido, no te preocupes, pase lo que pase, todo se arreglará al final, así que deja de darle vueltas y relájate, ¿quieres?

Dennie, te amo terriblemente, y si vuelves a mostrarte dulce y amable y comprensiva una vez más esta noche, creo que voy a gritar.

Estaba ante el teléfono. Discó el número con dedos temblorosos, y al poco rato una mujer respondió.

—El doctor Clayford, por favor —dijo—. Es urgente.

—El doctor Clayford estará en su consulta el lunes, como de costumbre —respondió la mujer.

—Aquí Philip Mason, director de zona de...

—¡Oh, señor Mason! —Bruscamente cordial. Clayford era uno de los médicos a los que Philip enviaba los clientes de Angel City para el examen previo a la formalización de un seguro de vida; se suponía que el doctor debía mostrarse cooperativo—. Un segundo, veré si mi marido está libre.

—Gracias. —Nervioso, sacó un cigarrillo. Fumaba casi el doble desde su viaje a Los Angeles. Había intentado cortarlo; en vez de ello, iba ya por los dos paquetes diarios.

—¿Sí? —Una voz ceñuda. Se sobresaltó.

—¡Ah, doctor! —Uno no le decía «doc» a Clayford, lo máximo que permitía era que le llamaran por su nombre de pila. Pertenecía a una vieja familia chapada a la antigua de médicos generalistas, que a los sesenta años aún llevaba los trajes oscuros y las camisas blancas que señalaban a los jóvenes responsables con «un gran futuro ante ellos» en sus tiempos universitarios. Hablar con él era un poco hablar con un sacerdote; uno notaba una sensación de distanciamiento, una barrera intangible. Pero precisamente ahora había que franquearla.

—Mire, necesito su consejo y... esto... su ayuda.

—¿Bien?

Philip tragó saliva dificultosamente.

—Se trata de esto. Poco antes de Navidad fui llamado a Los Angeles, a las oficinas centrales de mi compañía, y debido a que a mi mujer no le gustan los aviones... ya sabe usted, la polución... fui conduciendo, y pasé la noche en Las Vegas. Y allí... bien... tuve una aventura con una chica. Algo absolutamente imprevisto. El momento y la oportunidad, ya sabe.

—¿Y?

—Y... Bien, no estuve seguro hasta hace unos pocos días, pero ahora no creo que haya ninguna duda. Ella me transmitió... esto... la gonorrea.

Manchas de color flotando en torno a él, como murciélagos burlones.

—Entiendo —Clayford no mostró la menor simpatía—. Bien, deberá acudir usted a la clínica de la calle Market, entonces. Creo que abren los sábados por la mañana.

Philip ya la había visto, en una zona deprimida y deprimente: avergonzada de sus funciones, perseguida por las personas honradas, siempre llena de gente joven pretendiendo un desafío rebelde.

—Pero seguramente, doctor...

—Señor Mason, éste es mi consejo profesional, y es definitivo.

—¡Pero mi esposa!

—¿Ha tenido usted relaciones con ella desde su escapada?

—Bien, en Nochevieja... —empezó Philip, con la cabeza llena de todo tipo de razones: no pude negarme, es el día del año, es algo simbólico y hemos hecho de ello una tradición desde la primera vez que nos encontramos...

—Entonces tendrá que llevarla con usted —dijo Clayford, y colgó sin dar siquiera las buenas noches.

¡El bastardo! ¡El sucio arrogante pretencioso...!

Oh, ¿para qué preocuparse?

Colgó el teléfono, pensando en todas las soluciones que había preparado: una mentira piadosa, digamos una hepatitis, que todo el mundo sabía era endémica en California, cualquier cosa que necesitara una pequeña cura con antibióticos...

¡Dios mío! ¡Todo lo que tengo es la segunda enfermedad infecciosa más común después del sarampión! Eso al menos es lo que dicen constantemente los periódicos.

Distraerse. Con cualquier cosa. Conectar la televisión. Quizá el doctor de la clínica sea más colaborador y aún sea capaz de arreglar las cosas. Si tan solo tuviera que confesar el acostarme con Laura, las cosas aún podrían arreglarse. Denise no me abandonaría por eso. ¡Pero decirle que había pillado la gonorrea gracias a una desconocida devoradora de hombres...!

Transistorizado, el sonido llegó antes que la imagen, y sus oídos resonaron de pronto con el sentido de lo que estaban diciendo. Era el resumen de las noticias del día. Tuvo la sensación de que la tierra se abría bajo sus pies y se lo tragaba, a kilómetros de profundidad.

—... nos llegan aún noticias de la extensión del desastre de la avalancha de esta noche sobre Towerhill. Llegó la imagen. Coches de la policía. Proyectors. Helicópteros. Coches de bomberos. Ambulancias. Bulldozers. Quitanieves.

—El Apennine Lodge, que se hallaba precisamente aquí, ha quedado totalmente sepultado —decía una voz con tonos trágicos. Una informe masa de nieve con hombres cavando—. Otros hoteles y refugios cercanos han sido arrastrados ladera abajo, algunos a lo largo de medio kilómetro. Los daños materiales superarán seguramente los quince millones de dólares, y muy bien podrían alcanzar los cincuenta millones...

—¡Phil, estoy de vuelta! —llamó Denise, que acababa de abrir las complejas cerraduras de la puerta de entrada—. Mira lo que me han dado Jed y Berryl...

—¡Ha habido una avalancha en Towerhill! —gritó.

—¿Qué? —Entró en la sala de estar, una mujer esbelta de formas delicadas, andar gracioso, con una peluca castaño oscuro que reproducía exactamente los rizos del cabello que tenía antes y ocultaba completamente las señales de su tiña. A veces Philip pensaba que era la mujer más hermosa que nunca hubiera visto.

—Oh, Dios —dijo ella con voz muy débil. En la pantalla un cuerpo era extraído de la sucia nieve—. ¡Ahí era donde estaban Bill y Tania! —Se sentó automáticamente en el brazo de su sillón.

Él aferró su brazo con dedos engarfiados y habló con terror, desesperación y náuseas.

—Dicen que los daños materiales se calculan en quince millones, quizá cincuenta. ¿Y sabes dónde estaban asegurados? ¡Con nosotros!

Ella le miró, sobresaltada.

—¡Phil, piensa en los daños materiales cuando estés en la oficina! Deberías llamar, enterarte si Bill y Tania están bien, y también Anton. ¡Son las personas lo que debería preocuparte ahora, no el dinero!

—Me preocupo por las personas. Por ti y por mí.

—Phil...

—No había terminado de reasegurar este lugar. Tenía tantas cosas nuevas que atender. Y ninguno de mis empleados ha pasado el invierno sin ponerse enfermo. Sólo tenía reasegurado la mitad del riesgo.

Empezó a comprender, y el horror se apoderó de ella.

—Estoy acabado —dijo Philip—. Dios, desearía estar muerto.

ANTICIPO DE NOTICIAS

—¿Auxilio Mundial? El señor Thorne, por favor —dijo el experto del Departamento de Estado para Asuntos Centroamericanos; y luego—: Buenos días, Gerry... aquí Dirk. Hola, ¿cómo va tu ojo?... Estupendo... ¿Yo? Estoy bien. Un poco de mononucleosis, eso es todo. Bien, te llamo porque he pensado que te gustaría ser de los primeros en conocer que encontraron a tu chico Ross. Arrojado por la corriente a una de las rocas que bordean el río que atraviesa San Pablo... No, ninguna señal del doctor inglés todavía... Bien, dicen que tenía el cráneo destrozado. Puede haber sido con las rocas del río, pero están practicándole la autopsia para confirmarlo... Sí, con suerte. Les hemos dejado hacer durante demasiado tiempo a esos asquerosos tupas. Finalmente tenemos una excusa para golpear duro. Te mantendré al corriente.

LO QUE IMPORTA

Los guardias armados que patrullaban las oficinas centrales de la Angel City Interstate Mutual durante el período de diez días de vacaciones navideñas se quedaron sorprendidos al descubrir a uno de los principales ejecutivos de la empresa haciéndoles compañía.

Pero no sorprendidos de que el hombre en cuestión fuera el doctor Thomas Grey. Estaban acostumbrados a sus excentricidades.

—¡Está loco! —decía la gente, y se sentía feliz suponiendo que debido a que se mostraba tan dedicado a su profesión ni siquiera se había casado, por lo que necesariamente tenía que ser un chiflado.

De hecho, eso era extremadamente injusto con respecto a él. Podía contarse probablemente entre los más racionales hombres vivos.

«Al director del Christian Science Monitor. Muy señor mío...».

Su forma de escribir a máquina era como siempre impecable, la envidia de las secretarías profesionales. Estaba sentado en el absoluto silencio del cuarto piso, rodeado por las inertes masas de metal de los ordenadores.

«Uno se siente desanimado descubriendo que un periódico con la reputación internacional de ustedes se hace eco de aquellos que no dudo en llamar alarmistas... gente que aparentemente querría que regresáramos al estado salvaje sin ni siquiera el privilegio de los hombres de las cavernas de cubrirse con pieles».

Miró a su alrededor para confirmar que no parpadeaba ninguna luz que indicara un mal funcionamiento, y aprovechó la oportunidad para rascarse. Tenía una ligera pero engorrosa dermatitis debido a las enzimas del jabón en polvo.

«Admito que alteramos el orden de las cosas con nuestra forma de vivir. Pero lo mismo puede decirse de cualquier otro organismo. ¿Cuántos de aquellos que exigen que sean gastadas grandes sumas para preservar los arrecifes de coral de las estrellas de mar se dan cuenta de que los arrecifes son en sí mismos el resultado del impacto de especies vivientes en la ecología del planeta? La hierba ha revolucionado completamente el “equilibrio de la naturaleza”; lo mismo puede decirse de la evolución de los árboles. Cada planta, cada animal, cada pez —uno podría decir con toda seguridad cada humilde microorganismo también— tiene una influencia apreciable en el mundo».

Una luz parpadeó ante él. Se interrumpió, fue a cambiar la cinta, regresó a su asiento. Tras leer una vez más el editorial del Monitor que tanto le había ofendido —a su modo de ver, podía haber sido escrito por aquel fanático de Austin Train en persona—, afiló el dardo de su respuesta.

«Si los extremistas pudieran llevar adelante sus planes, deberíamos sentarnos y quedarnos sin hacer nada, resignados a ver morir a cuatro de cada cinco de nuestros hijos porque las raíces y las bayas que se hallaran al alcance de nuestras caminatas se habían helado».

Escribir aquella carta era sólo un pasatiempo; no esperaba sacar nada en limpio de ella. La razón principal de su presencia allí era añadir algunos ladrillos más al monumental edificio de una obra personal a la que se dedicaba desde hacía años. Habiendo empezado como un pasatiempo, se había convertido en algo cercano a una obsesión, y constituido la razón principal por la que seguía trabajando en Angel City. La compañía disponía de gran cantidad de tiempo libre de ordenador; precisamente ahora, tenía más que nunca, a nivel nacional. En consecuencia, nadie objetaría a que él lo utilizara por las noches y los fines de semana. Había estado bien pagado durante la mayor parte de su vida y, gracias a sus gustos sencillos, ahora era rico. Pero alquilar el tiempo de ordenador que actualmente necesitaba en cualquier empresa especializada hubiera hecho que su fortuna no durara ni un mes.

Por supuesto, reembolsaba escrupulosamente a la compañía por los materiales que utilizaba, las cintas, el papel y la energía.

Su proyecto partía del hecho de que, siendo un hombre extremadamente racional, podía convertirse en una persona tan furiosa como el más convencido trainita cuando el fruto más espectacular de alguna prometedor nueva conquista humana se convertía en un desastre. Los ordenadores, sostenía, habían hecho posible que virtualmente cualquier nuevo avance pudiera ser estudiado por anticipado en las suficientes situaciones modelo como para permitir una explotación sobria y constructiva. Por supuesto, alquilarlos resultaba caro... pero no más que contratar abogados para defenderle a uno si resultaba acusado de infringir las leyes sobre el Medio Ambiente; o combatir una prohibición de la Food and Drug Administration; o enfrentarse a la demanda de algún desconocido que se sentía perjudicado y tenía a sus espaldas un importante grupo de presión. Y si uno añadía a todo eso el dinero gastado en vanos intentos de mantener las cosas estables por organizaciones tales como la Fundación de la Comunidad de la Tierra, el Auxilio Mundial, o el «Salvad el Mediterráneo», el coste total se hacía enorme. ¡Qué despilfarro!

Cuando, a los treinta y tres años, había abandonado su anterior carrera como consultor privado en investigación y desarrollo y había decidido convertirse en actuario, había esperado vagamente que una compañía de seguros, sintiéndose preocupada por los efectos de la imprevisión humana, creara un departamento especial para llevar adelante su proyecto y financiara el personal cualificado. Eso no había funcionado. La cosa tendría que seguir siendo trabajo de un solo hombre.

Así que quedaba todavía un largo, largo camino hasta su última meta: nada menos que un programa de simulación a escala mundial.

Pero era un hombre paciente, y la impresión que le habían producido catástrofes tales como la creación del desierto del Mekong, habían llevado cada vez más y más gente a la misma conclusión que él había alcanzado hacía tiempo. Fuera factible o no, era absolutamente *necesario* hacerlo.

Por supuesto, se hallaba en la misma situación que los predictores del tiempo ante los ordenadores, continuamente superados por nuevos datos que requerían un procesado lento y metódico. Pero ya había puesto a punto algunas técnicas de tanteo para tener automáticamente al día su programa, y en otros veinte años... Gozaba de buena salud, y cuidaba su dieta escrupulosamente.

Además, no perseguía una exactitud absoluta. Algo con una precisión semejante a la de las predicciones meteorológicas podía servirle admirablemente. Bastaba con que permitiera a los hombres que no eran ni temerarios ni cobardes controlar el progreso humano. (A menudo utilizaba esta expresión en sus conversaciones. Muchas de sus amistades lo consideraban como un hombre chapado a la antigua debido a ello).

La próxima vez que alguien se queje de que el uso de los insecticidas ha dado como resultado un parásito de los huertos que se come sus magnolias, respóndanle recordándole que sin los progresos obtenidos en la dieta humana y que fueron posibles cuando los huertos resultaron limpiados de larvas lo más probable es que no hubiera actualmente ningún jardín en el que poder plantar magnolias.
Verb. sap.

Atentamente, etc.

T. M. Grey,
Doctor en Filosofía,
Profesor en Ciencias.

SEA LIMPIO

Una cosa que puede decir usted inmediatamente del propietario de un Hailey: siente un saludable respeto hacia los demás.

Un Haitey no ocupa más espacio del necesario en la carretera.

El ruido de un Hailey no es más que un suave zumbido.

Y deja el aire mucho más limpio que los coches de gasolina.

Incluso aunque vayan provistos de filtros.

Así que el conductor de un Hailey puede acercarse lo suficiente a los demás como para ver sus sonrisas y oír sus murmullos de aprobación.

¿Hace lo mismo su coche en pro de las relaciones interpersonales?

ADELANTE, CAVE

La pala se clavó, alzó un montón de nieve... y no había ningún lugar donde dejarla excepto encima de más nieve.

Al menos, esta vez no había tropezado con ningún cadáver al clavarla.

A Pete Goddard le dolía todo. O mejor, lo que podía sentir de sí mismo le dolía. Había empezado en las plantas de sus pies cuando llevaba media hora en la nieve. Luego había ascendido por sus tobillos. Cuando el dolor alcanzó sus pantorrillas perdió contacto ya con sus pies. No hubiera podido asegurar que estaban aún dentro de sus botas.

También sus manos estaban sensibles, y podía asegurar que tenía ampollas pese a los guantes. Estaban a bajo siete grados, con un viento helado; le dolían los ojos, y si el lagrimeo que se le escapaba no hubiera sido salado seguro que se le hubiera congelado en sus mejillas.

Aquello era una anticipación del infierno. Potentes proyectores, duros como una maldición, habían sido izados sobre traicioneros montones de nieve, acoplados a generadores de emergencia cuyos lamentos, bajo la sobrecarga, llenaban el aire con un ruido como el rechinar de dientes. Y durante todo el tiempo se oían gritos: «¡Aquí, rápido!». Y cada grito significaba otra víctima, la mayor parte de las veces muerta, pero a veces con la columna vertebral rota, o una pierna, o la pelvis. La avalancha había actuado como una prensa. Había condensado los edificios más cercanos al monte Hawens a un estado parecido al aglomerado de madera: restos humanos, estructuras de madera, coches, equipo de deportes de invierno, alimentos, licores, muebles, alfombras, más restos humanos, habían sido entremezclados y comprimidos juntos hasta que ya no podían ser separados los unos de los otros, y luego toda la horrible masa había sido lanzada ladera abajo para transferir su impacto a lugares más alejados.

En aquel punto la nieve tenía aspecto rojizo. Siguió cavando, ahora con los dedos por temor a que su pala hiriera algo, y descubrió una pierna de buey.

—¡Hey! ¡Señor policía!

Una voz de chico. Por un instante tuvo la sensación de que estaba de pie sobre un niño enterrado, y se estremeció. Pero la llamada procedía de la superficie, lo suficientemente alta como para dominar el ruido de un helicóptero. Alzó la vista. Frente a él, en equilibrio sobre un trozo de pared rota, un muchachito de unos once o doce años, de enrojadas mejillas, llevando unos pantalones oscuros de lana y una parca, le ofrecía un recipiente de hojalata que humeaba como un géiser.

—¿Le apetece un poco de sopa?

El estómago de Pete le recordó de pronto que estaba a punto de comer cuando se marchó de casa. Dejó su pala.

—Seguro que sí —aceptó. Aquél no era lugar para un niño, con todos los horrores que estaban a la vista, pero llevarle un poco de comida había sido una buena idea. Aquél parecía que iba a ser un trabajo largo. Tomó el recipiente y dio un sorbo, pero la sopa estaba más caliente de lo que había supuesto. El muchachito llevaba una gran jarra termo atada en bandolera. La eficiencia ante todo.

—¿Ha encontrado mucha gente muerta? —inquirió el muchacho.

—Unos cuantos —murmuró Pete.

—Nunca había visto a nadie muerto antes. Ahora habré visto quizá una docena.

Su tono era desapasionado, pero Pete estaba impresionado. Tras una pausa, dijo:

—Esto... supongo que tu madre sabe que estás aquí.

—Seguro, ésta es su sopa. Cuando oyó lo del accidente, puso una gran olla al fuego y nos dijo que nos abrigáramos bien y que viniéramos a ayudar.

Bien, de acuerdo; nadie tiene que decirle a los demás lo que es bueno o malo para sus hijos. Y aquél era un acto constructivo. Pete probó de nuevo la sopa, descubrió que se había enfriado rápidamente con el helado viento, y la tragó agradecido. Estaba deliciosa, con grandes trozos de vegetales y fuertes hierbas aromáticas.

—Estaba interesado en ver a la gente muerta —dijo de pronto el chico—. Mi padre resultó muerto el otro día.

Pete lo miró parpadeando.

—No mi auténtico padre. Yo lo llamaba así porque me adoptó. Y a mis dos hermanas. Salió en los periódicos, y hasta pusieron su foto en la tele.

—¿Qué es lo que pone tu mamá en esta sopa? —dijo Pete, pensando en derivar la conversación hacia otro tema menos macabro—. Está estupenda.

—Le diré lo que acaba de decir usted. Es como extracto de levadura, y vegetales, y... —el muchacho se alzó de hombros como un adulto— agua, hervido todo con mejorana y otras cosas... ¿Ha terminado?

—Todavía no.

—Sólo tengo este recipiente, ¿sabe?, de modo que cuando uno ha terminado tengo que lavarlo en la nieve para matar los gérmenes antes de dárselo a otro. —El tono del muchacho era virtuoso—. ¿De veras no vio usted la foto de mi padre en la tele?

—Oh... —la mente de Pete giró a toda máquina—. Bueno, no veo mucho la tele, ¿sabes? Estoy más bien cansado cuando termino mi trabajo.

—Sí, claro. Sólo pensaba que tal vez la hubiera visto. —Un asomo de tristeza tiñó sus palabras—. Lo noto a faltar mucho... ¿Ha terminado?

Pete acabó la sopa y le tendió el recipiente.

—Dile a tu mamá que hace una sopa estupenda, ¿de acuerdo? —dijo, y le dio una palmada al muchacho en el hombro. En lo más profundo de su mente estaba pensando en Jeannie; siendo como era mucho más baja que él, sus hijos, cuando los

tuvieran, tendrían más o menos el mismo aspecto que ese chico. Si tan solo fueran igual de listos, igual de sanos...

—Seguro que lo haré —dijo el muchacho, y añadió, como si acabara de ocurrírsele—: Dígame, ¿necesita a alguien que le ayude aquí arriba? Es mucho trabajo para usted solo, ¿no cree?

—Bueno, tenemos que diseminarnos, porque hay muchos lugares donde cavar —dijo Pete. Nunca se sentía a gusto cuando hablaba con niños; de pequeño había tenido también problemas. Su padre no había muerto y salido en los periódicos, sino que simplemente había desaparecido.

—Bueno, es que somos muchos ahí abajo con las ambulancias.

—¿Sois?

—Por supuesto. Somos del wat trainita que dirigía mi padre antes de morir. Enviaré a alguien para que le ayude... Harry, quizá. Es grande. ¿Cuál es su nombre, para que sepa a quién tiene que dirigirse?

—Esto... soy Pete. Pete Goddard.

—Yo soy Rick Jones. De acuerdo, alguien vendrá antes de un minuto.

—¡Hey!

Pero el muchacho ya corría y saltaba entre los montículos de nieve. Pete recuperó su pala, alarmado. Aquella misma mañana, en el wat, había mantenido a sus ocupantes fuera en medio del frío mientras los detectives lo registraban todo en busca de droga. Tener a un compañero trainita con él...

Al infierno con ello. Lo que importaba era sacar de allí a los pobres bastardos que debía haber enterrados bajo aquel montón de mierda blanca.

Todo estaba bien. Harry no era uno de los que había mantenido fuera aquella mañana. No era mucho más fornido que Pete, pero estaba fresco. Apenas dijo algo más que hola antes de empezar a remover la nieve, y se concentraron en el trabajo hasta que descubrieron a su primera víctima: muerto, azulado por la cianosis y frío. Vinieron los camilleros, y un joven oficial de las Fuerzas Aéreas —habían llamado al ejército, por supuesto— tomó los datos identificadores del bolsillo del hombre. Era del lugar. Pete le había puesto una multa de aparcamiento en una ocasión. Uno de los camilleros llevaba una radio de transistores consigo, y mientras estaba al alcance de su oído pudo escuchar algo respecto a que Towerhill había sido declarada zona catastrófica.

—La primera de muchas —murmuró Harry.

—¿Qué?

—He dicho la primera de muchas. No crea que ésta va a ser la única avalancha que van a causar con sus asquerosos aviones supersónicos. Los suizos ya no les dejan

sobrevolar su territorio entre octubre y mayo... con la amenaza de dispararles si lo hacen. Y los austriacos han hecho lo mismo.

Pete le tendió su pala a Harry.

—Sigamos cavando —suspiró.

Unos diez minutos más tarde se dieron cuenta de que estaban encima de una habitación derrumbada, si no todo un edificio. Un poco más arriba, una gruesa pared de piedra había absorbido lo peor del impacto de la avalancha, pero se había doblado sobre sus cimientos y retorcido en una línea irregular de fragmentos en precario equilibrio. Por ese motivo las vigas del techo se habían doblado, pero no habían llegado a caer, dejando un pequeño espacio libre en el cual...

—¡Cristo! —dijo Harry—. ¡Hay alguien vivo!

Algo se movía débilmente en la oscuridad. Una oscuridad blanca. La nieve había reventado una ventana y se había esparcido por el suelo.

—¡Ay-ay-ay! —el agudo llanto de un niño.

—¡Cuidado, idiota! —rugió Pete cuando Harry, tras arrojar su pala, iba a meterse directamente bajo las arqueadas vigas. Sujetó su brazo.

—¿Qué? ¡Es un chico! ¡Quite sus manos de...!

—¡Mire, mire, mire! —Y Pete señaló hacia el enorme saliente de temblorosa nieve que se había estrellado contra el muro de piedra como una congelada ola—. Debido a lo que habían cavado pendía sobre el espacio donde el niño... niños, —se dio cuenta, oyendo un segundo llanto distinto al primero—, en donde los niños estaban atrapados.

—Ah... sí. —Harry recuperó el control y parpadeó mirando fijamente el oscuro hueco. Una cama, volcada. Un montón de nieve—. Entiendo lo que quiere decir. Podríamos hacerlo caer todo junto con nosotros. ¿Tiene una linterna?

—Se la he dejado a alguien. Vaya a buscar otra. Y mucha ayuda. ¿Ve esa viga? —Pete no se atrevía a tocarla siquiera. Ahora que había quedado al descubierto, se veía frágil, y la única columna que sostenía el techo y que había salvado la vida de los niños no parecía más resistente que una cerilla, y la porción de techo roto que sostenía debía soportar Dios sabía cuántas toneladas de nieve y rocas.

—¡Seguro! ¡Vuelvo inmediatamente! —Se dio la vuelta y echo a correr.

—Tranquilos, chicos —dijo Pete a la fría oscuridad—. Os sacaremos tan pronto como podamos.

Una de las formas entrevistas se movió. Se puso en pie. Agitando la nieve.

Moviendo la nieve.

¡Intentando trepar a la luz!

—¡Oh, Dios mío! ¡Harry, HARRY! ¡APRESURESE!

Llantos. Y los llantos quedaban ahogados por el ruido del peso que se apoyaba sobre la viga rota. *La viga*, la única que retenía aquella increíble masa de nieve. La vio proyectar una débil llovizna de blancos copos, como polvo, que danzaron en el resplandor de las distantes luces de emergencia.

Cristo... Jeannie, Jeannie, podría haber uno de nuestros niños ahí abajo... no quiero decir podría, no con cincuenta dólares diarios, pero quiero decir que es un chico, y nosotros podemos tener chicos, y...

Pero esos pensamientos giraban en otra parte, y no tenían nada que ver con lo que estaba haciendo. La pala cayó a un lado. La viga estaba cediendo. Girándose de modo que sus hombros quedaran abajo, apuntaló con ellos la viga para que salieran los niños. El peso, el increíble intolerante inimaginable peso. Bajó la vista y vio que sus botas se habían hundido hasta los tobillos en la compacta nieve.

Pero al menos, pensó, aún podía oír el llanto.

LA MÁS DÉBIL HUELLA

—¿Todo ha ido bien, Peg? —gritó Mel Torrance mientras ella se abría camino entre el laberinto de escritorios, separaciones de cristal y archivadores. El periódico estaba perdiendo dinero. La mayoría de los periódicos estaban perdiendo dinero. Incluso Mel tenía tan sólo un cuchitril como oficina, cuya puerta permanecía permanentemente abierta excepto cuando tomaba sus píldoras. Se sentía avergonzado por eso, por alguna razón.

Ridículo. ¿Quién sabía de alguien que no tuviera que tomar píldoras de una u otra clase en nuestros días? Lo cual le hizo recordar: tengo que tomar las mías.

—Oh, muy bien —murmuró Peg. Había ido a cubrir la noticia de la explosión de una alcantarilla. Alguien había echado algo que no debía por el desagüe, y había entrado en reacción con alguna otra cosa. No era nada del otro mundo. Ocurría a menudo. Hoy no había resultado muerto nadie.

—¿Ha obtenido Rod buenas fotos?

—Dice que tendrá algunas para usted en unas dos horas.

—¿No ha tomado Polaroids? Mierda, claro que no... el índice de polución aún sigue alto hoy, ¿no? —Mel suspiró. Los días en que uno no podía utilizar una Polaroid empezaban a ser más numerosos que aquellos en los que se podía; había algo en el aire que afectaba la emulsión—. Bien, podemos esperar un par de horas... Hay un mensaje para ti, por cierto. Está en tu escritorio.

—Más tarde.

Pero la nota decía que debía contactar con la morgue de la ciudad, así que discó el número mientras metía el papel en la máquina de escribir con la otra mano, y después de cinco números equivocados —un buen promedio—, el teléfono dijo:

—Stanway.

—Peg Mankiewicz.

—Oh, sí. —La voz de Stanway descendió de tono—. Mire, tenemos finalmente el informe definitivo del laboratorio sobre su amigo Jones.

—¡Ciclos! ¿Quiere decir que han estado en ello durante todo este tiempo? —Peg notó su voz irritada. ¿Acaso no podían dejar su cadáver en paz? ¿No estaban contentos lanzando insultos a su memoria?: «Ese autoelegido profeta de un mundo mejor que ha resultado ser simplemente otro drogadicto», cita/fin de cita.

—Bien, es un proceso largo buscar esos rastros infinitesimales de droga —dijo Stanway, sin comprender lo que ella quería decir—. Cromatografía en papel. Incluso a veces separación de la columna vertebral.

—De acuerdo, ¿qué han descubierto?

—Un alucinógeno en su sistema. No LSD o psilocibina o cualquiera de las otras normales, sino algo con una estructura molecular parecida. Yo mismo no comprendo realmente el informe... soy anatomista, no bioquímico. Pero pensé que le gustaría saberlo en seguida.

¡Gustarle! No, era la última cosa en el mundo que deseaba oír. Pero ahí estaba: la prueba.

—¿Alguna razón especial para que se tomaran todo ese trabajo?

Stanway vaciló. Finalmente dijo:

—Bien, los polis insistieron.

—¡Los hijos de madre! ¡No hallaron drogas en su coche! —No era exactamente suyo, sino alquilado. Los trainitas hacían todo lo que podían para no contribuir a la polución, y la comunidad de sesenta y tantas personas en el wat de Denver era propietaria de un solo vehículo comunitario, un jeep. Aparte las bicicletas.

Además, no querían saber nada de drogas, ni siquiera marihuana, aunque toleraban la cerveza y el vino.

Abrió un cajón de su escritorio, donde guardaba el dossier que había reunido en torno a la muerte de Decimus, y releyó la lista de cosas que habían encontrado en el coche... más o menos lo que uno esperaría hallar. Una bolsa de viaje con mudas de ropa, una navaja, cepillo de dientes y cosas así, un fajo de papeles sobre productos químicos en la comida, otro relativo al asunto familiar que lo había traído a Los Angeles a ver a su hermana Felice, y una especie de cesta de picnic. Aquello también era natural; se había traído consigo su propia comida, del tipo biológico que su comunidad cultivaba por sí misma.

Stanway tosió en el teléfono. Empezó como un educado sonido reclamando atención; unos segundos más tarde, se había convertido en una auténtica tos, puntuada con jadeos de «Lo siento...». Cuando se recobró dijo:

—¿Alguna otra cosa?

—No. —Ausentemente—. Muchas gracias por hacérmelo saber.

Colgó, y permaneció sentada durante un largo rato mirando a la nada. La ira ardía en su mente como una sombría llama. Estaba convencida —mas allá de toda posibilidad de argumentación— de que Decimus había sido envenenado.

¿Pero cómo? ¿Por quién? Habían rehecho su camino, descubriendo a un par de camioneros que lo habían visto durmiendo en el aparcamiento fuera de un restaurante donde se habían parado a comer, luego habían vuelto a verlo despierto cuando salieron, afeitándose en el lavabo de caballeros; también un empleado de una gasolinera donde había llenado el depósito... y eso era todo. Nadie más parecía haberlo visto o hablado con él durante todo el camino.

Y su hermana, por supuesto, no sabía nada que pudiera ser útil. Se había negado a ser entrevistada inmediatamente después de su muerte, arguyendo no sin razón que hacía años que no había visto a su hermano y que apenas le conocía, por lo que el artículo se había quedado en media columna en la edición del periódico del 23 de

diciembre que Peg había redactado con algunas consideraciones moralizantes sobre Decimus y Mel había aceptado relucientemente con tan solo unos cambios menores, y Felice lo había leído y la había llamado y le había dado las gracias. Pero nunca se habían visto, y resultaba claro por la forma en que habló que no simpatizaba con los puntos de vista de su hermano.

Esa comida. ¿Había sido analizada? No, por supuesto que no. Y ahora no serían más que unos restos. Probablemente debían haberla tirado...

Una repentina decisión. Tomó de nuevo el teléfono y esta vez, como por milagro, consiguió comunicar con Angel City a la primera. Preguntó por Felice.

—Me temo que en este preciso momento está en una conferencia. ¿Quiere que le deje un mensaje?

Peg vaciló.

—¡Sí! Sí, dígame que ha llamado Peg Mankiewicz. Dígame que su hermano fue definitivamente envenenado.

—Lo siento, no la entiendo. —Y un estornudo, seguido de una rápida disculpa.

—Oh, mierda —dijo Peg débilmente—. No importa.

Descubrió que su vista estaba nublada. ¿Lágrimas? No. Simple lagrimeo. Y su frente empezaba a latirle. Infiernos y condenación, otro asqueroso acceso de sinusitis.

Se apresuró al distribuidor de agua para tragar con retraso su píldora.

Y ESO CONTINÚA

... y el doctor Isaiah Williams, cuyo cuerpo fue recuperado en un barranco cerca de San Pablo. Las investigaciones se han visto frenadas por lo que un portavoz del Ejército ha calificado de actitud obstinada de la gente local. «No admitirán que saben distinguir su mano izquierda de su mano derecha», ha afirmado. Aquí, el senador Richard Howelt (republicano, Colorado) ha lanzado hoy un feroz ataque contra los, cito, adictos a la clorofila, fin de la cita, los cuales, afirma, están paralizando la industria americana, ya tambaleante bajo el peso del paro y la recesión, insistiendo en que nuestras empresas cumplan con regulaciones ignoradas por la competencia extranjera. En el sur de Italia los disturbios prosiguen en muchas pequeñas ciudades hasta ahora dependientes de la pesca. Mientras tanto, las tormentas de arena en la Camargue...

EXCAVADORA

—¡Hola, Fred!

—¡Hola!

Austin Train/Fred Smith siguió subiendo las escaleras. Había un ruido increíble allí... niños gritando, el sonido de las televisiones, radios, un tocadiscos, alguien practicando a la batería, y en el piso de arriba sus vecinos los Blore peleándose de nuevo. Su apartamento era como un lugar bombardeado. O bien habría un asesinato un día de estos, o el eventual vencedor heredaría un simple montón de escombros.

Lo cual era demasiado para hoy. Pero al diablo con ello. Estaba cansado, y el corte en la pierna que se había hecho hacía un par de días estaba hinchado y empezaba a pulsarle. Parecía como si se hubiera infectado.

Parándose a meter la llave en su puerta, observó que había una nueva pintada en el descansillo, el slogan trainita: ME ESTAIS MATANDO.

Escrito con lápiz de labios púrpura. Muy a la moda.

Miró a su alrededor, no demasiado inquieto de que alguien hubiera forzado su puerta durante su ausencia y le hubiera robado, aparte los inconvenientes de tener que ir a comprar reemplazos de lo que se hubiera llevado. Todo aquello pertenecía a Fred Smith, no a Austin Train. La despensa y la nevera estaban llenas de la habitual comida barata (si alguna comida podía llamarse barata hoy en día): enlatada, congelada, precocinada, irradiada, deshidratada e incluso predigerida. A las desconchadas paredes les hacía falta urgentemente una mano de pintura. Las ventanas estaban bien en general, pero un cristal había sido sustituido por un cartón. Había pulgas que el exterminador no había podido matar y ratas que arañaban en las paredes y ratones que dejaban excrementos por todas partes como una desafiante burla y cucarachas que vivían de comer insecticidas, incluso del tipo ilegal. Por su parte se negaba a utilizarlos —hubiera sido demasiado incluso para ese «Fred Smith»—, pero todo el mundo en el edificio sabía donde acudir en busca de DDT y dieldrina y cosas así, y no les había servido de nada.

Realmente no se preocupaba de lo que le rodeaba, de todos modos. Uno podía vivir de esta forma, y él lo estaba probando. Significaba algo para él el estar allí. Implicaba...

¿Esperanza? Posiblemente. Supongamos que ese gran hereje San Francisco de Asís hubiera sido situado (como él, Austin Train, lo había sido) frente a veintiocho millones de espectadores en el show de Petronella Page, y que le hubieran pedido que definiera sus razones para comportarse como lo hacía. Se nos dice que «los humildes heredarán la tierra». De ello se deduce que los humildes son los elegidos de Dios. Yo

intentaré ser humilde, no porque desee la tierra —podéis quedárosla, después de la forma en que la habéis maltratado ya no tiene ningún valor—, sino porque me gustaría ser uno de los elegidos de Dios. *Quod erat demonstrandum*.

Además, me gustan más los animales que vosotros, bastardos.

De todos los vicios de que son capaces los seres humanos, Austin Train detestaba sobre todo la hipocresía. No se había dado cuenta de ello hasta hacía unos tres años, tras el período de notoriedad que se había iniciado un par de años antes con la publicación de su *Guía para el año 3000*. Antes había gozado de un éxito moderado; una parte de sus libros habían sido reeditados en ediciones de bolsillo y habían atraído la atención de un público progresivamente preocupado, pero las cosas no habían ido demasiado lejos. De pronto, como quien dice de la noche a la mañana, se había convertido en una celebridad, solicitado por los entrevistadores de la televisión requerido para escribir artículos para periódicos de gran tirada, llamado como consultante de los comités gubernamentales. Y luego, con la misma brusquedad, stop.

Tenía seiscientos mil dólares en el banco y vivía en una pocilga en el corazón de una ciudad que se estaba muriendo.

Allá abajo —había empezado a pensar en aquel lugar como en otro mundo—, la mentira y la falsedad eran una forma de vida. Financiando los programas en los que él aparecía como una Casandra: una compañía de plásticos, arrojando diariamente dos millones de litros de agua caliente y polucionada en un río que suministraba agua a once ciudades antes de alcanzar el océano. Imprimiendo los artículos que escribía: una empresa cuya demanda de papel absorbía cada mes el equivalente a medio bosque. Gobernando el país que lo exhibía como un notorio ejemplo de los beneficios de la libertad de expresión: unos locos que habían creado un desierto y lo habían bautizado paz.

Aquello lo ponía enfermo.

Literalmente.

Estuvo dos meses en el hospital, temblando sin cesar, escupiéndole a la gente que venía a desearle una pronta recuperación, rasgando los telegramas de desconocidos que decían que esperaban que estuviera pronto bien de nuevo, arrojando la comida al suelo porque estaba envenenada, sujetando a las enfermeras por el cuello y dándoles conferencias forzadas sobre los fetos con malformaciones, el anhídrido sulfuroso, los alquilos de plomo, el DDE. Aunque ellas no solían oír mucho de lo que les decía: gritaban demasiado fuerte.

Cuando lo dejaron irse, saturado de tranquilizantes, fue a vivir con la gente que no había hecho un hábito profesional del omitir decirle a su mano izquierda lo que hacía la derecha. Se instaló en el peor barrio de la ciudad donde había nacido. Estudió alternativas: Barcelona, al lado de la cloaca abierta del Mediterráneo; las conejeras de Roma, casi permanentemente bajo la ley marcial; Osaka, donde estaban

comercializando esclusas de aire para ser instaladas en vez de las habituales puertas de entrada. Pero deseaba ser capaz aún de hablarle a la gente a su alrededor... así que fue a casa. «Soy un hombre», había dicho muchas veces durante su etapa de celebridad. «Soy tan culpable como vosotros, y vosotros sois tan culpables como yo. Podemos arrepentirnos juntos, o podemos morir juntos; debe ser una decisión colectiva».

No había esperado dejar detrás, en aquel mundo que había abandonado, un legado tan sorprendente: los trainitas que no poseían una organización formal, ni siquiera un periódico, pero que se manifestaban aquí y allá —uno diría casi que como resultado de algún disparador telepático, algún brotar del inconsciente colectivo— para poner su etiqueta en alguna compañía o empresa que estaba dañando a la humanidad. Obviamente, él no los había creado. Debían haber estado allí, aguardando. Principalmente eran los antiguos estudiantes radicales para los cuales se había convertido en un asunto de principios decir: «¡Sí, soy un commie!». Esta costumbre había seguido al desastre de Vietnam, cuando las toneladas sobre toneladas de herbicidas, defoliantes, gases antidisturbios, agentes tóxicos, habían roto finalmente el suelo convirtiéndolo en un desierto. De pronto, en un solo verano, las plantas muertas, los animales muertos, los ríos muertos.

La gente muerta.

Y cuando él popularizó el término «comensalista», un poco más tarde, la referencia fue rápidamente transferida. Pero no cuajó. En vez de ello, los media inventaron el nombre «trainita», y ahora era universal.

Se sintió medio complacido por el halago que ello implicaba, medio asustado por las complejas razones de las que había citado una a Peg. Ocasionalmente soñaba con encontrarse con hombres que habían tomado el nombre de él en vez del suyo propio, y se despertaba sudando y gimiendo, porque aquello lo conducía a visiones de interminables millones de personas idénticas, imposibles de separar unas de otras.

De todos modos, ahí estaba, en el piso superior de un decrepito edificio en el centro de Los Angeles, que primero había sido de oficinas, y luego convertido en viviendas hacía cinco años, y nunca reparado o pintado desde entonces. La gente a su alrededor, sin embargo, no mentía excepto para proteger sus egos, y consideraba aquello tolerable. Lo que aborrecía eran las acciones que ya no llamaba crímenes sino pecados. Hasta la tercera y cuarta generación, General Motors, tú has impuesto tu avidez a los niños. Hasta la vigésima, Comisión de Energía Atómica, has retorcido sus miembros y has cerrado sus ojos. Hasta el último amanecer del hombre nos has

maldecido, oh Padre. Nuestro Padre. Nuestro Padre que estás en Washington, danos hoy nuestro diario propionato de calcio, monoglicérido de diacetato de sodio, bromato de potasio, fosfato de calcio, cloramina T monobásica, sulfato de potasio y aluminio, benzoato de sodio, hidroxianisol butilado, citrato de monoisopropilo, axeroftol y calciferol. Añádele una pizca de harina y sal.

Amén.

Algo le había infectado las raíces del pelo y las cejas, haciendo que su piel se escamara en pequeñas costras casposas que caían dejando expuestas zonas de carne en vivo. Se fricciónó con una loción que le había recomendado la señora Blore; ella y su marido sufrían de lo mismo, y también los chicos de la planta baja. Realmente la loción ayudó... su cuero cabelludo no le dolía tanto como le había dolido la semana pasada.

Luego comió, ausente, más combustible que comida: sabía a algodón hidrófilo o cartón, la contrapartida humana de los fertilizantes que seguían echándole a la tierra que cada día se hacía más y más árida, seca, dura, escoriada, convertida en polvo. Como su cabellera. Estaba rozando algo que sentía era importante. Había dejado de leer, incluso sus libros favoritos: la Biblia, el *Bhagavad-Gita*, los *Preceptos de Patanjali* el *I Ching*, el *Popol Vuh*, el *Libro de los Muertos*...

Si ahora no sé lo suficiente, nunca llegaré a saberlo. No puedo resistirlo más.

Mientras comía, estaba pensando. Mientras había estado trabajando durante el día, había estado pensando. Había encontrado un empleo en el departamento de limpieza pública, y la basura estaba llena de enseñanzas: sermones en los cubos de basura, libros en los desagües. Los demás del equipo con el que trabajaba lo consideraban un tipo raro, quizá tocado de la cabeza. Podía ser. Lo que le tocaba, de todos modos, parecía ser algo... significativo. De pronto, en las últimas semanas, le había llegado la convicción: importo.

Cuento. Tengo una intuición. Pienso en algo que nadie más piensa. Creo con la certeza de la fe. Debo, *debo* hacer que los demás oigan y comprendan.

Cuando llegue el momento.

Por la noche, tendido en la cama, sintió que su cerebro resonaba con el latir del corazón del planeta.

ARREGLO DE CUENTAS

—¡Dame una peluca... rápido!

Sorprendido por el grito, Terry Fenton alzó la vista del inventario de su material: pinturas, polvos, lacas, tintes... todo de la mejor calidad, por supuesto, peruano y mejicano basado en esencias de hierbas y ceras vegetales y pigmentos de flores, sin huella de nada sintético. Solo lo mejor para Terry Fenton. Estaba en la cúspide de su profesión, supervisor general de maquillaje de todo el complejo de estudios en Nueva York de la ABS, mucho mejor vestido e infinitamente mejor acicalado que todas las estrellas que noche tras noche alimentaban de publicidad visual a las masas.

—¡Pet! Cristo, ¿qué le han hecho a tu peto?

Cuarenta años, pero sugestiva y esbelta gracias a una dieta rigurosa, Petronella Page se dejó caer en su silla habitual. Llevaba un magnífico traje pantalón en colores escarlata y amarillo abstractos, y su rostro era tan impecable como siempre, de modo que Terry no tenía, como de costumbre más que dar unos ligeros toques menores. Pero su pelo es taba manchado con irregulares estrías lodosas.

Ella presentaba su show de entrevistas los lunes y miércoles por la noche, y era enormemente popular, y esperaba ampliarlo también a los viernes porque su colega británico Adrian Sprague, que cruzaba el Atlántico cada semana para hacerlo, estaba a punto de sumirse en una depresión nerviosa esperada desde hacía mucho tiempo, y además había faltado a tres programas en los últimos tres meses debido a amenazas de bomba a bordo de los aviones que debía tomar.

—¡Le demandaré por daños y perjuicios! —dijo con los dientes apretados, mientras el horror de su apariencia era reflejado por los implacables espejos.

—¿Pero qué ha *ocurrido*? —Terry hizo restallar sus dedos y su asistente de aquel momento, Marlon, un muchacho marrón claro que lo adoraba, absolutamente lo adoraba, y que pensaba que Petronella no estaba del todo mal (tratándose de una mujer, ya entienden), apareció corriendo en la habitación. Lo mismo hizo, un momento más tarde, Lola Crown, asistente de Ian Farley el productor, con un montón de documentos relativos a los huéspedes de esta noche. El show estaría en el aire dentro de veinte minutos.

—¡Gracias a Dios que finalmente está aquí! —gritó Lola—. ¡Ian ya se estaba tirando de los pelos!

—¡Cállate ya! —rugió Petronella, y envió al suelo de una palmada los papeles que le tendía Lola—. ¡Me importan un pimiento los invitados de esta noche, aunque entre ellos esté el Rey de Inglaterra! ¡Lo que sí puedo asegurar por todos los diablos del infierno es que no voy a salir al aire con este aspecto!

—No tendrás que hacerlo, querida —apaciguó Terry, inspeccionando las mechas descoloridas. Lola, a punto de echarse a llorar se puso de rodillas y empezó a reunir

los esparcidos papeles—. Señor Dios, ¿por qué no has ido a Guido como siempre?

—Esto ha ocurrido en Guido precisamente.

—¿Qué? —Terry se mostró aterrado. Siempre le insistía a todo el mundo que fuera a que le lavaran, cortaran y marcaran el pelo en Guido, porque era el único lugar en Nueva York donde garantizaban que sus champús estaban hechos con agua de lluvia importada. Se la hacían enviar especialmente de Chile.

—Nitrato de plata —suspiró Petronella—. Me puse en contacto con Guido en su casa y se lo solté, y él lo comprobó y me llamó luego casi llorando. Parece que también allí han estado provocando lluvias artificiales... ¿recuerdas que tuvimos a un especialista en lluvias artificiales en el show el año pasado? Guido piensa que se ha producido una reacción con la loción del mercado.

Marlon trajo un surtido de pelucas. Terry eligió una, un cepillo y un peine, y un aerosol de laca. Saboteó brutalmente los esfuerzos de Guido reduciéndolos a una aplastada masa de cabellos sobre el cráneo de Petronella, y empezó a recrear el mismo estilo de peinado en la peluca.

—¿Vas a tardar mucho? —preguntó Petronella.

—Un par de minutos —dijo Terry. Se abstuvo de añadir que cualquier cosa que el mejor estilista de Guido fuera capaz de hacer él podía copiarlo en una décima parte del tiempo. Todo el mundo sabía lo bueno que era.

—Gracias a Dios. Lola, mala zorra, ¿dónde están mis papeles?

—¡Aquí! —dijo la chica, sorbiendo sus lágrimas.

Petronella revisó las páginas.

—Oh, sí, ya recuerdo. Jacob Bamberley...

—¡Le gusta que le llamen Jack! —intervino Lola.

—Un higo lo que él prefiera. Yo mando en el show. Terry, amor, tenemos aquí al hombre que envió toda esa mierda envenenada a África. ¿Sabes lo que voy a hacer con él? Le voy a hacer comer un plato lleno de su propia bazofia al inicio del show, de modo que todo el mundo pueda ver al final lo que le hace.

Y, pasando la siguiente hoja, añadió pensativamente:

—Y puedes apostar a que voy a llamarlo definitivamente Jacob.

Era una operación de Auxilio Mundial en favor de Auxilio Mundial. Cuando resultó claro que las acusaciones de Kaika no eran mera propaganda, hubo pánico por todos lados. No sirvió de nada señalar el hecho auténtico de que Auxilio Mundial era la más importante organización de ayuda del planeta, e invariablemente la primera en llegar al lugar del desastre. Simplemente por el hecho de haber sido fundada en América y tener su sede en América, estaba señalada con la marca del Vietnam. Era casi seguro que en poco tiempo las Naciones Unidas iban a iniciar una investigación.

De acuerdo con ello, el Departamento de Estado dejó bien claro que a menos que Auxilio Mundial presentara pronto una defensa completa y convincente, la

organización iba a ser arrojada a los lobos. Bastantes problemas habían causado ya los militantes negros, instantáneamente dispuestos a creer en el genocidio químico.

Naturalmente, fueron dados los pasos obvios. Muestras del Nutripon aún almacenadas fueron analizadas y encontradas perfectas. Entonces las sospechas derivaron hacia las levaduras y hongos en la planta hidropónica: ¿podía alguna variación casual, un elemento indeseado como por ejemplo el cornezuelo del centeno, haber infectado una partida del producto con una sustancia psicodélica natural? Hubiera ayudado el poseer una muestra de Noshri para estudiarla, pero aparentemente todo el envío había sido consumido o quemado durante el tumulto. Así que iba a ser un trabajo lento.

Buscando a su alrededor alguna forma de distraer la atención, los directores de Auxilio Mundial supieron que Jacob Bamberley era esperado en Nueva York para su visita mensual a las oficinas centrales del trust Bamberley, y vieron la posibilidad providencial de ofrecerle a la gente un chivo expiatorio. Tiraron de todos los hilos de que disponían. El show de Petronella Page tenía una audiencia media de aproximadamente treinta millones de espectadores; algunas veces, los lunes, cuando la gente se quedaba en casa después de haber gastado más de la cuenta el fin de semana, se acercaba a los cuarenta. Salir en él, además, significaba una publicidad suplementaria en artículos en periódicos y revistas. Deseaban hacerlo ahora, ya.

—Tres veces armado está aquel cuya causa es justa, pero cuatro veces aquel que golpea primero.

Además, si la guerra es un infierno, la paz también.

Así que allí estaba ahora, bajo los brillantes focos del estudio, flanqueado a un lado por Gerry Thorne de Auxilio Mundial, bajito y tenso y con un tic en su mejilla izquierda, y al otro lado por Moses Greenbriar, tesorero jefe del trust Bamberley, un hombre gordo y afable que podía responder a cualquier pregunta sobre la financiación de la planta hidropónica.

Terry y su peluca habían logrado un milagro. Pero Petronella seguía estando de un humor de mil diablos cuando ocupó su lugar. Se animó un poco cuando pasaron los primeros comerciales, porque tenían unos maravillosos patrocinadores en aquel show y, en la medida en que una podía estar orgullosa de algo, ella se sentía orgullosa de ellos: Los Supermercados Biológicos Puritan, los automóviles Hailey —o mejor dicho la agencia que los importaba de Inglaterra, donde costaban demasiado para tener una gran difusión— y la fábrica de mascarillas filtro Johnson & Johnson. Pero incluso pese a ello, la sonrisa que dirigió a los telespectadores era forzada.

—¡Hola, mundo! —Y, conscientes de su status como ejemplares representativos de la especie humana, los asistentes al estudio le hicieron eco.

—Hoy vamos a presentarles a gente que realmente son noticia en este momento, y a gente que predecimos que van a ser noticia mañana. Y no solamente aquí sino en

medio mundo, como por ejemplo en África.

Ah, bien. No tenía que decirle a Ian Farley más de una vez las cosas. Como habían convenido, las cámaras enfocaron al señor Bamberley, ignorando al hombre de su izquierda y al de su derecha, y acercándosele como los cañones de las armas de un pelotón de ejecución.

—Todos nosotros nos hemos sentido asombrados y aterrados por la crisis de... bien, locura colectiva que se produjo en Noshri antes de Navidad. Justo en el momento en que pensábamos que aquella terrible guerra había terminado finalmente, vimos las imágenes y oímos las historias de gente presa literalmente de locura homicida. Oímos incluso acusaciones de... —en voz más baja—... canibalismo entre los hambrientos supervivientes.

»Luego se ha culpado a las sustancias tóxicas existentes en los víveres de auxilio de haber ocasionado el que la gente perdiera allí la razón. Específicamente, a un envío de Nutripon de la planta hidropónica Bamberley cerca de Denver, Colorado...

¡Bendito seas, Ian querido!

Farley había dejado una cámara tocando prácticamente la nariz del señor Bamberley durante toda la introducción. Por supuesto, no era él quien aparecía todo el tiempo en el monitor; el público y Petronella eran quienes salían alternativamente por pantalla. Pero Bamberley no sabía eso. Estaba visiblemente aterrado de girar la cabeza hacia el monitor en caso de que fuera *él* quien estuviera ahí.

Oh, Ian querido, no hace falta que te lo diga, ¿verdad?

—¡Jacob! No le importa que le llame Jacob, ¿verdad? —Con una resplandeciente sonrisa.

—Bueno, normalmente todos...

—Claro, seguro. Alguien con su reputación de benefactor tiene que estar en buenas relaciones con todo el mundo. —Su voz era como melaza, un poco demasiado apoyada en la vía del sentimentalismo—. Ahora, Jacob, esa cosa, el Nutripon que ha sido puesto en entredicho... ¿puede explicarnos exactamente en qué consiste?

—Bueno, se trata de mandioca, procesada en una forma no muy distinta a la del queso...

—Mandioca Entiendo. —El tiempo necesario para dejar que su sonrisa se transformara en un ligero fruncimiento de cejas—. Bueno, yo no soy experta en ello... —aunque la documentación que le habían entregado era precisa y detallada como siempre, y la había estudiado rápidamente—... pero creo recordar que la mandioca es una planta peligrosa de manipular. Produce una enfermedad en los ojos, ¿no?

—Bueno, imagino que debe referirse usted a la ambliopía de la mandioca, que es...

—¿Una afección de los ojos? —Observó, aunque los espectadores no pudieron hacerlo porque la cámara no estaba enfocada a él, que Gerry Thorne se llevaba automáticamente una mano a sus propios ojos ante aquella mención. Exacto; recientemente había sufrido una conjuntivitis. Y ahora estaba sacando de su bolsillo unas gafas oscuras para protegerse de la brillante luz. Espléndido. Su aspecto con ellas era positivamente siniestro. Reaccionando rápidamente a su no formulada petición, Ian hizo retroceder su cámara.

—Sí, pero entienda, el Nutripon es enriquecido...

—¡Un segundo! —La palabra estaba en el anotador eléctrico, pero no necesitaba que se lo recordaran; aquello estaba demasiado lleno de posibilidades—. Aún no había terminado. ¿Acaso no hay también cianuro en la mandioca?

—En la corteza en bruto, sí, ¡pero no después de haber sido procesada! —El señor Bamberley estaba sudando. Petronella aguardaba el momento en que empezara a agitarse en su asiento. Sus compañeros ya lo estaban haciendo.

—¿Pretende usted que su tratamiento la hace completamente inofensiva?

—¡Oh, sí!

—Los detalles del tratamiento, ¿son un secreto comercial o cualquiera puede oírlos?

—¡Por Dios, no hay nada secreto en ello! Aunque me temo que si lo que desea usted son detalles técnicos tenga que dirigirse a...

—Sí, comprendemos que no es usted un experto en cultivos hidropónicos. Porque cultiva su producto hidropónicamente, ¿correcto?

—Completamente correcto.

—Eso significa que lo hace crecer usted artificialmente sobre arena o un material inerte, bajo condiciones controladas, con una solución de nutrientes químicos. Eso es lo que significa «hidropónico», ¿no es así? —Anzuelo tras anzuelo lanzado a los oídos de los telespectadores, en los que resonaba aún un anuncio de los Puritan enfatizando sus alimentos cultivados al aire libre, sobre suelo natural.

—Sí. Esto... sí. —El señor Bamberley empezaba a sentirse confuso. Junto a él, Greenbriar, el hombre gordo, estaba haciéndole señas con los ojos: *¡Acuda a mí, yo puedo contestar a eso!*

Oh, no, muchacho. *¡Oh, no!* No estamos aquí para ayudar a Auxilio Mundial a justificarse ante todos esos negros que creen ya que tu empresa blanca ha practicado el genocidio sobre sus primos africanos. Ni para ayudarte a eludir tus responsabilidades ante los accionistas del trust Bamberley que se irritan viendo que lo que hubiera podido ser un buen beneficio en sus bolsillos ha sido distribuido a unos desagradables bastardos del otro lado del mar. ¡No muchacho! ¡No es para eso para lo que te hemos traído aquí!

¿Quieres saber para qué te hemos traído aquí? Entonces agárrate fuerte.

Sonrió de nuevo, suavemente.

—No hay la menor duda de que existen razones para cultivar su mandioca de ese modo. ¿Acaso tiene algo que ver con la reducción de la cantidad de cianuro que contiene?

—¡No, no, no! La razón más importante es que necesitamos algo que sea ampliamente aceptable en esas áreas golpeadas por el hambre, y la mandioca es...

—Sí, exportan ustedes toda su producción, ¿verdad? —intercaló Petronella, con la precisión del bisturí de un cirujano. La inspiración que había hecho para lanzarse a la siguiente parte de su exposición preparada debería ser usada para otra finalidad.

—Bueno, sí, toda nuestra producción es empleada en proyectos de ayuda.

—¿Y esa es una operación que no deja ningún beneficio? —dijo Petronella, conociendo la respuesta oficial—. Después de todo, usted es uno de los hombres más ricos del mundo; según su última memoria anual, el trust Bamberley dispone de un activo de quinientos millones de dólares. ¿Realmente no sacan ustedes ningún beneficio de sus contratos de asistencia?

—¡Absolutamente no! Nuestra única preocupación es cubrir nuestros costes. No le pedimos en absoluto a nuestra planta hidropónica que consiga ningún beneficio.

—¿Por qué no?

La frase quedó colgando allí, como un cuchillo lanzado y detenido por alguna misteriosa razón en medio del aire. El señor Bamberley parpadeó.

—¿Perdón?

—He preguntado por qué no. Todas sus demás inversiones en otros negocios tienen que producirlos, o usted se desprende de ellas. Durante el año pasado, por ejemplo, eliminó usted una cadena de supermercados en Tennessee, que no había dado beneficios en los últimos dos años, y se libró también de sus participaciones en las compañías aéreas. ¿Y bien?

—Oh... bien... —el señor Bamberley hizo exactamente lo que se esperaba que hiciera, y Thorne y Greenbriar habían rezado desesperadamente para que *no* hiciera: se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el rostro. Hacía mucho calor bajo los focos... lo cual era deliberado—. Bien, considero esto como... Bien, como una institución benéfica, entienda. Una forma práctica de ayudar a la gente con mi... esto... mi buena suerte.

—Espero que no sea la única expresión de sus impulsos caritativos —murmuró Petronella.

—No, por supuesto que no. Creo... quiero decir, soy cristiano, y todos los cristianos deben creer... que todos somos hijos del Señor, hechos a Su imagen, y ningún hombre es una isla, sí... —Terriblemente azarado, como tanta gente que profesa una religión cuando se ve obligado a admitir el hecho ante millones de personas anónimas. Pero sincero. Oh, *dolorosamente* sincero.

—Sí, tengo entendido que se ha rodeado usted de muchachos huérfanos. Ocho en estos momentos.

—Oh, se refiere usted a mis hijos adoptivos. Bueno, sí. Esto es una cosa, ¿no?, el enviar ayuda a algún país lejano. Y otra cosa es traer casos a tu propio hogar. —Parpadeando a cada palabra, una y otra vez.

En la cabina de control Ian estaba haciendo amplios gestos: no insistir demasiado en aquello. Pero al infierno con él. Los píos y bienpensantes se van temprano a la cama, y aquélla podía ser la última posibilidad de atraerlos.

—Hemos hablado mucho de adopción en este programa recientemente... al referirnos al éxito de la operación Doble-V, por supuesto. ¿Forma usted parte de Doble-V?

—Bueno... De hecho, no, porque después de todo hay un gran número de huérfanos aquí mismo en este país. ¡Peor aun, niños abandonados por sus padres!

—Sí, es un problema alarmante, ¿no? Tuvimos a un asistente social en el programa el mes pasado que mencionó precisamente este punto, en conexión con esas pandillas de chicos negros que aterrorizan los centros de las ciudades. Dijo que miles de ellos han sufrido casi tanto como los niños asiáticos que están siendo adoptados. Pero ninguno de sus... esto... hijos es negro, ¿verdad?

Un silencio mortal. Sólo lo suficiente como para dejar que la herida supurara. Y luego, reasumiendo un tono de no-importa-sigamos-adelante:

—Bien supongo que eso es secundario, Jacob. Su vida privada le atañe solamente a usted, y presumiblemente un protestante blanco tiene derecho a preferir chicos protestantes blancos. —¡Supura, supura!—. Así que volvamos al tema central de la discusión.

Esa era una de sus palabras favoritas. Invitados al programa de lengua afilada conseguían a veces deslizar el término más exacto de «interrogatorio», pero esta noche estaba en plena forma, y aunque Thorne estaba pálido y no dejaba de agitarse y Greenbriar iba a saltar de un momento a otro, furioso, ninguno de los dos se las había ingeniado aún para interrumpirla. Quizá no demandara a Guido, después de todo. Perdona a los caídos, y toda esa mierda.

—Así que resumiendo: ¿qué tiene que decir usted a la acusación de que la comida que envió a Noshri estaba envenenada?

—¡Dios es testigo de que el Nutripon es inofensivo y además delicioso! —El señor Bamberley se sentó muy erguido y adelantó su mandíbula inferior como intentando parecerse a Winston Churchill.

—Me alegra oír eso. ¿Pero ha ido usted personalmente a Noshri a investigar, o ha enviado a alguno de sus asociados? —Naturalmente, no lo había hecho; Kaika había expulsado a todos los americanos de los equipos de auxilio del país y había roto las relaciones diplomáticas.

—Esto... —el señor Bamberley estaba temblando ahora, con la suficiente intensidad como para que las cámaras pudieran captarlo—. Simplemente no fue

posible hacerlo... pero nuestros controles de calidad son de lo más perfecto, ¡comprobamos el producto a cada etapa del proceso!

—¿Así que el envío en cuestión tuvo que resultar envenenado después de abandonar su factoría?

—¡Nunca he admitido que estuviera envenenado!

Ya lo tenía. Acababa de utilizar la palabra. Y resultaba claro el terrible efecto que había causado en Thorne y Greenbriar. Los telespectadores también lo habían visto; Ian había hecho retroceder sus cámaras. El hombre acababa de ser crucificado entre dos ladrones. Todo el mundo, *pero todo el mundo*, conocía a ambos: lujosas mansiones, fabulosos coches, aviones privados...

—¡No importa! A *nosotros* —identificad el énfasis, vosotros en nombre de quienes hablo— nos gustaría realizar una pequeña experiencia, que por supuesto carece totalmente de rigor científico, pero que puede indicar *algo*... —la cámara 1 se centró en ella, y prosiguió segura de sí misma—: Esta tarde hemos enviado a un miembro de nuestro equipo al Aeropuerto Internacional Kennedy, donde un cargamento de su mandioca procesada estaba siendo embarcado en un avión charter. Compramos un paquete de él. —No caja. Como si estuviera hablando de un paquete de cereal—. Pagamos el precio señalado en el manifiesto de carga, que era de ochenta y tres dólares... Oh, que nadie se preocupe: ¡no privamos a nadie de nada! Lo sustituimos por su valor equivalente en comida, leche en polvo y huevos deshidratados y sacos de harina, y lo incluimos en la carga para reemplazar lo que nos llevábamos.

Hizo una pausa efectista.

—Luego lo trajimos aquí, y seguimos exactamente las instrucciones del paquete, y... Bien, éste es el resultado. ¿Lola?

Recuperada de su acceso de lágrimas de antes del show, Lola apareció sonriendo en el plató llevando una bandeja en la que reposaba un gran bol, humeando ligeramente, una cuchara y un tenedor, y unas vinagreras. Un vaso de agua estaba ya frente al señor Bamberley.

—Jacob, una muestra al azar de su propio producto. Nos gustaría verlo comérsela.

—¡Oh, sí! —Pasándose un dedo alrededor del cuello... pero ¿qué otra cosa podía decir?— Ya he...

—¿Sí?

Iba a decir: ya he cenado hoy, y abundantemente. Pero uno no podía admitir una cosa así, no cuando el tema era el alimentar a millones de personas que se estaban muriendo de hambre. (Y por todo el país uno podía casi oír a la gente diciendo: «¿Ochenta y tres dólares? ¿Por esa porquería?»). —Adoptó un compromiso—. Cené antes de venir al estudio, así que no tengo mucho apetito, ¡pero me sentiré feliz de probar que esto puede comerse sin ningún peligro!

Thorne y Greenbriar parecían aterrados... especialmente el último, que estaba empezando a lamentar el haber alimentado tan bien a su patrón. Supongamos que se

pone enfermo no a causa del Nutripon, sino como consecuencia de ese plato de berenjenas en aceite, ¡o de la langosta! El marisco siempre era un riesgo hoy en día, incluso con el certificado de la FDA...

—¡Es usted un buen chico, Jacob! —aprobó Petronella irónicamente—. Bien, mundo, lo que van a ver será digno de recordar: uno de los hombres más ricos de este rico país comiendo una muestra de los alimentos que enviamos a los países pobres y hambrientos del otro lado del mar. Después, al final del programa, haremos volver a Jacob y le preguntaremos cómo le ha sentado esta inesperada comida.

Bajo la mesa, fuera del campo de la cámara, no pudo resistir la tentación de frotarse las manos.

Pero...

—¿Qué infiernos? —Habló muy débilmente en el micro del ala derecha de su sillón parecido a un trono, reservado únicamente para emergencias. Ian estaba haciendo gestos frenéticos desde la cabina de control, y de pronto su voz brotó por el altavoz situado bajo el gran cristal que dominaba el estudio.

—Señoras y caballeros. Me temo que vamos a tener que interrumpir el programa. Por favor, diríjense con calma a las salidas. Hemos sido avisados de que hay una bomba en el edificio. Estamos seguros de que se trata de una broma de mal gusto, pero...

Hubo gritos.

Pánico.

Lucharon como animales enloquecidos, cargando contra las puertas. Una de ellas fue arrancada de sus goznes y al caer golpeó a una muchacha en el rostro, y cayó y los demás caminaron sobre ella, le rompieron las costillas y la nariz y aplastaron su mano izquierda hasta convertirla en una pulpa azul.

Pero salieron, que era todo lo que les preocupaba.

—La bomba era por usted, señor Bamberley —le dijo Ian Farley, mientras con Petronella y otros miembros del equipo salían a la calle por una puerta trasera de emergencia.

—¿Qué? —estaba tan blanco como su propio Nutripon: harinoso, como pasta blanda.

—Sí. Alguien llamó y dijo que era negro y un primo de toda esa gente que usted ha envenenado en África, y que iba a vengarse en nombre de ellos.

FEBRERO

APOLOGÍA DEL BIOCIDIO

Descubrido por un pescador: con ele estaban
Recibiolo bel acomodo: cervos i tejones.
Listo estava para matairlo: Intentolo escapair mais
Partio para ir a la caça: parallonlo en sua carreira.
Do pelo o do pluma: tomaronlo como mirada.
Salvo que sua flecha sutil: tomaronlo como brainco.
Apuntola a toda cosa quo veia: Por eso
Triste es reconoceirlo: ferida aperta, sangue desperta,
Sorro feroce: cuore traspasado,
Palomo e corneja: la morte li ha dado.
Débiles pajariyllios: limacos e ranas,
La morte si ceba: coas e serpentes.
Metiose nel agua: e nel castello do rei
Para ver as feridas: catorze dias yantaron.
Luogo vinieron os outros: Ansi caieron os sajones:
Para festejar o logro: Ansi morieron os enemigos:
e caçaronlo pronto, ansi foron masacrados,
como maistro dou pais. por amenaçar el suo reino.

—«La Crónica de Ese Gran Progreso hecho por Nuestro Señor el Rey a través de sus Tierras del Este durante el Pasado Verano», 938 (texto corrompido, copia tardía de un escriba post-Conquista).

ESTO ME DUELE MÁS

Ayer, Phelan Murphy se había mantenido apartado, con el corazón en un puno, mientras el hombre del gobierno discutía acerca del ganado con el doctor Advowson. Hacía mucho frío; era el invierno más frío y largo que se había producido en diez años. Los pastos estaban en terribles condiciones. Algunos estaban aún bajo la nieve caída en noviembre, y aquellos que se habían librado de ella estaban naturalmente pelados. Para mantener su rebaño vivo había tenido que comprar balas de heno y esparcirlas por los campos. Había sido caro, porque el terreno había estado en unas condiciones deplorables todo el último verano también. Algunos decían —el propio *The Independent* se había hecho eco— que la situación tenía que ver con el humo de las factorías cercanas al aeropuerto de Shannon.

Pero el hombre del gobierno había dicho que él no sabía nada de esto.

Hoy había vuelto, con soldados. El mercado de Balpenny no se celebraría. Habían traído grandes pancartas diciendo LIMISTÉAR CORAINTÍN y las habían plantado al lado de la carretera. Más vacas habían muerto aquella noche, con los vientres hinchados, la sangre brotando de sus bocas y narices, y había también manchas de sangre coagulada bajo sus colas. Antes de dejarles ir a la escuela, los chicos habían tenido que meter sus botas de caucho en bateas de lechoso desinfectante. El mismo desinfectante había sido rociado a los neumáticos del autobús escolar.

Los soldados tomaron palas y picos y empezaron a cavar agujeros en el helado suelo, mientras descargaban sacos de cal viva. Las vacas, demasiado débiles para intentar alejarse, dejaron que el hombre de la pistola apoyara sin problemas su arma en sus cabezas: bang. De nuevo, un minuto más tarde: bang. Y así.

Bridie se había pasado la mayor parte de la noche llorando, y los niños, sin saber por qué, le habían imitado.

—¡Malditos estúpidos! —no dejaba de repetir el doctor Advowson para sí mismo, una y otra vez, mordisqueando su pipa al lado de Phelan—. He hecho todo lo que he podido para detenerles, pero... ¡Oh, los malditos *idiotas*!

—Serán indemnizados —dijo el hombre del gobierno, anotando en un largo formulario impreso el detalle de los animales que estaban siendo sacrificados.

Luego los soldados arrastraron los cadáveres a los agujeros.

EL CONSTANTE DEBATE

... partido esta mañana hacia Honduras. Preguntado acerca de su decisión justo antes de su banquete anual de aniversario y reunión familiar, donde se espera pronuncie un importante discurso sobre la ayuda al exterior, Prexy dijo, cito, Esos tupas tienen que comprender que si muerdes la mano que te alimenta, no tienes que sorprenderte de recibir un golpe en el hocico. Fin de la cita. Las presiones para que las Naciones Unidas inicien una investigación sobre la tragedia de Noshri son cada vez mayores. Los trainitas y los grupos de militantes negros están amenazando con atacar los aviones que lleven nuevos cargamentos de víveres si no se actúa inmediatamente, según nos anuncian varias cartas anónimas y llamadas telefónicas recibidas recientemente en nuestros estudios. Hay muchas esperanzas sin embargo de que las cosas puedan arreglarse sin esa investigación. En París, esta mañana, el famoso científico doctor Louis-Marie Duval, que ha estado examinando a un grupo de supervivientes...

FUEGO A DISCRECIÓN

—No, Peg, así no es —dijo Mel Torrance, y estalló en un estornudo.

Ella se lo quedó mirando con ojos dolidos: sabiendo que se notaba, odiándose a sí misma por dejar que se notara, pero incapaz de evitarlo. Él le tendió el manuscrito del artículo que ella le había entregado; cuando no hizo ningún movimiento para cogerlo, lo soltó, y se deslizó por el borde del escritorio, yendo a caer al suelo como un sucio pájaro cansado.

—¡Ya estoy harto de tus obsesiones respecto a ese asqueroso bastardo Jones! Está muerto desde diciembre. Se probó que estaba drogado cuando murió. ¡No voy a aceptar en mi periódico tus locas fantasías sobre su envenenamiento!

—Pero...

El se apresuró a interrumpirla:

—Escucha, ¿quieres? Jones era un trainita, ¿correcto? ¡Y esos trainitas están empezando a ser un auténtico problema! Bloquean el tráfico, entorpecen el comercio, cometen sabotaje, llegan incluso hasta el asesinato...

—¡Tonterías!

—¿Ese hombre en San Francisco el octubre pasado?

—¡Le disparó a una chica, a una chica desarmada! —Peg estaba temblando de la cabeza a los pies.

—Murió a resultas de sus quemaduras por el ácido, ¿no? ¿Estás diciendo que esos hijos de madre tienen derecho a tomarse la ley por su mano? ¿Acaso son vigilantes? ¿Acaso tienen derecho a linchar?

—Yo...

—Sí, sí, ¡sí! —restalló Mel—. ¡Hasta el más pequeño grupo de trainitas es un equipo de linchadores en potencia! Me importan un pimiento los motivos que alegan... yo juzgo los resultados, y lo que veo es que saquean, destruyen, y cuando se presenta la ocasión, matan.

—¡Los asesinos son la gente que está gobernando el mundo para llenarse los bolsillos, envenenándonos, enterrándonos bajo una capa de basura!

—¿Eres una trainita, Peg?

Retrocediendo unos pasos, Peg se pasó una mano por el rostro.

—Yo... creo que simpatizo con ellos —dijo al final—. Quiero decir que en Los Angeles no puedes hacer otra cosa. Playas polucionadas con petróleo y aguas fecales, un aire tan irrespirable que no puedes salir sin una mascarilla, el agua de tus grifos apestando a cloro... —Su frente estaba pulsando de nuevo; su sinusitis trabajaba sin descanso.

—De acuerdo, hay algo de verdad en todo eso. Como allá arriba, en mi casa de Sherman Oaks: perdimos la mitad de las flores de nuestro jardín el verano pasado...

el viento vete a saber de dónde trajo defoliantes, y ni siquiera pudimos hacer abono con lo que quedó. De acuerdo, las cosas no son exactamente como el paraíso. Pero eso no es razón para que hagamos de ello un infierno, ¿no? Eso es lo que están haciendo los trainitas. No ofrecen nada mejor de lo que ya tenemos; si lo hicieran, yo firmaría con ellos inmediatamente, y lo mismo haría todo el mundo. Pero simplemente se limitan a destruir lo que hay sin poner nada en su lugar.

Estornudó de nuevo, maldijo, y tomó un inhalador de un lado de su escritorio. Peg dijo desconsoladamente:

—No comprendes lo que están intentando hacer. Si hubieras conocido a Decimus tal vez...

—Ya he oído todo lo que deseaba saber de tu Decimus —restalló Mel—. Es tu última oportunidad, Peg. Olvida esta obsesión tuya y empieza a hacer de nuevo el mismo tipo de buen trabajo que hacías antes, o márchate.

—Me marchó.

—De acuerdo. Muy bien. Haré que contabilidad te pague un mes de sueldo como compensación. Y ahora toma esa porquería del suelo y ve a recoger tus cosas. Estoy ocupado.

Fuera, alzándose de una silla, una hermosa chica de color se le acercó.

—Oh, usted debe ser Peg Mankiewicz. Yo soy Felice Jones. ¿Qué... qué le ocurre?

—Acabo de ser despedida —dijo Peg amargamente.

—¡No, no es cierto! —le llegó el grito desde la oficina de Mel—. ¡He oído eso! ¡Tú has renunciado!

EL TOQUE NATURAL

¿Ha leído usted alguna vez lo que hay escrito en letras pequeñas en los frascos de maquillaje?

¿Ha intentado alguna vez pronunciar el trabalenguas de esas palabras? ¿No se ha sentido nunca en inferioridad de condiciones en una fiesta —o en una cita con un hombre muy especial— debido a que no ha dejado de preguntarse qué podían ser todos esos complicados productos químicos?

Usted siempre podrá pronunciar lo que ponemos en MAYA PURA.

Inténtelo ahora mismo. Diga «natural». Diga «pétalos de flores». Diga «esencias de hierbas».

¿Lo ve?

Sí, evidentemente. Y puesto que usted lo ve, los demás también se darán cuenta.

LA POSESIÓN VALE NUEVE PUNTOS

—¡Retro me, Satanás! —rugió el sacerdote: demacrado, sin afeitar, la sotana manchada de lodo y sangre seca. Blandió su crucifijo ante el jeep que avanzaba. Tras él la gente del poblado se apiñaba en la carretera, temerosos pero resueltos, muchos de ellos armados con antiguas escopetas y el resto con lo que había encontrado a mano: hachas, machetes, cuchillos.

Dos hombres descendieron uno de cada lado del jeep. Uno se llamaba Irving S. Hannigan; había venido de Washington para investigar la muerte de Leonard Ross. Su misión no le hacía ninguna gracia. Era como intentar agarrar un puñado de humo, porque todas las personas con quienes hablaba que podían saber algo útil parecían perder todo contacto con la realidad sin ningún previo aviso y empezaban a desvariar acerca de ángeles y de la Reina de los Cielos.

El otro era el mayor José Concepción Madariaga de Crizo García, hijo menor de uno de los mayores propietarios del lugar, educado desde la cuna para exigir obediencia instantánea de la gente.

—¡Apártate, viejo estúpido! —gruñó—. ¡Y aprisa!

El sacerdote permaneció en su sitio, mirándole fijamente con ojos inyectados en sangre. Notando algo inesperado en el aire, el mayor dirigió una mirada de advertencia al americano. Aquel Hannigan era aparentemente algún tipo de detective, o espía, o agente del gobierno como mínimo, y podía tener el «toque popular» inaccesible a un oficial y aristócrata.

—Esa gente no me parece un grupo de resistencia tupa —murmuró Hannigan—. Intente decirles que les traemos comida.

Así era siempre, pensó el mayor. El problema con los tupamaros era que siempre se parecían a cualquiera —un sirviente, un cocinero, un dependiente de una tienda— hasta que te saltaban encima. De todos modos, la idea no era mala; la chusma siempre se preocupaba mucho de sus barrigas.

Con tono apaciguador, dijo:

—Padre, hemos venido a ayudar a tu gente. El gobierno nos ha enviado con comida y medicinas.

—Ya hemos tenido este tipo de ayuda antes —retumbó el sacerdote. Su aspecto y su voz eran los de alguien que no había dormido como debía durante un mes—. ¿Pero nos traéis agua bendita del Vaticano?

—¿Qué?

—¿Nos traéis las sagradas reliquias que aterrarán a los demonios?

El mayor agitó negativamente la cabeza, desconcertado.

—¡Ellos también son agentes del demonio! —gritó un hombre corpulento que había permanecido de pie en la parte de atrás del grupo, con una escopeta. Se abrió

camino hasta primera línea, tomando posición junto al sacerdote.

—¡La ciudad está llena de espíritus malignos! —gritó—. ¡Los hombres, las mujeres, incluso los niños están poseídos! ¡Hemos visto a los demonios atravesar las paredes, entrar en nuestras casas, incluso penetrar en la iglesia!

—¡Cierto! —dijo el sacerdote, y aferró fuertemente su crucifijo.

—Oh, están locos —murmuró el mayor—. ¡O pretenden estarlo! ¡Veamos cómo reaccionan a una ráfaga por encima de sus cabezas!

Hannigan frunció el ceño.

—Si están locos, ésa no va a ser una buena idea. Si no lo están, aprenderemos más siguiéndoles el juego. Inténtelo otra vez.

Suspirando, pero consciente de que no era él quien mandaba, el mayor se dirigió de nuevo al sacerdote, que de pronto escupió al polvo a sus pies.

—No queremos saber nada contigo —dijo—. Ni con tus dueños extranjeros. Ve a buscar al obispo, si puede perder un momento y dejar a sus amantes. Ve a ver al cardenal, si no está demasiado ocupado llenándose la barriga. Diles que nuestra pobre aldea de San Pablo está infestada de demonios. Tráenos el tipo de ayuda que necesitamos para exorcizarlos. Mientras tanto, conocemos nuestro deber. Ayunaremos y rezaremos.

—¡Sí! —corearon los aldeanos.

—Sí, pero mientras vosotros ayunáis —interrumpió Hannigan en un mal español—, vuestros hijos se mueren de hambre, ¿no?

—Mejor morir de hambre e ir al cielo que vivir poseídos por los secuaces de Satán —dijo el hombre fornido con voz ronca—. ¡Agua bendita de Roma, eso es lo que necesitamos! ¡Utilizad vuestros aviones para traérnosla!

—Podéis bendecir la comida que os traemos —insistió Hannigan—. Rociadla con agua de vuestra iglesia.

—¡Estamos malditos! —gritó el sacerdote—. ¡El agua bendita de aquí no hace efecto! ¡Es el tiempo de la llegada del Anticristo!

Un arma restalló. Hannigan y el mayor se echaron por puro reflejo de bruces al suelo. Sobre sus cabezas, los soldados del jeep abrieron un fuego rápido, y el sacerdote y su congregación cayeron como el trigo ante la hoz.

Obviamente, debían ser tupas después de todo.

OFERTA DE RESISTENCIA

Era la tercera vez que Philip Mason acudía a la deprimente sala de espera de la clínica de la calle Market decorada únicamente con carteles de advertencia profiláctica. Pero era la primera vez que hallaba el lugar tan vacío. Las otras veces lo había encontrado lleno de jóvenes. Hoy sólo estaba presente otro paciente, y en vez de tener alrededor de los veinte años estaba agotando su treintena, bien vestido, algo gordo, confortablemente barrigudo, y en general atribuible al mismo estrato social que Philip.

Antes de que Philip pudiera refugiarse como siempre tras algún medio roto número atrasado del *Scientific American* o del *The National Geographic*, el desconocido había captado su mirada y le había dirigido una sonrisa. Tenía pelo oscuro, ojos marrones, iba bien afeitado, en general sin nada de particular excepto dos detalles: su obvia atípica prosperidad, y una pequeña cicatriz redonda en el dorso de su mano izquierda. ¿Una marca de bala?

—¡Buenos días! —dijo con exactamente ese tono de indiferencia que Philip envidiaba porque no se sentía capaz de dominar. Todo el mundo estaba presionando sobre él. Denise se mostraba permanentemente dolida por su comportamiento. La avalancha de Towerhill seguía produciendo aún tantas demandas que llevaba más de una semana sin atreverse a calcular el total. Y...

¡Oh, ese hijo de madre de Clayford! Pero era una victoria pírrica el saber que iba a perder todos los exámenes médicos para futuros seguros de vida.

Se escudó tras la pantalla de una revista que ya había leído.

Al cabo de poco rato llamaron su número, y se dirigió a su habitual tratamiento humillante: masaje rectal con un dedo enfundado en un guante esterilizado, una gota de secreción prostática recogida en un portaobjetos. Las cosas habían ido mejor los últimos días, pero luego esta mañana habían vuelto a ponerse peor, y Dennie...

Alto, alto. Estaba en la oficina del doctor McNeil, y el doctor era joven, informal, sin prejuicios. A Philip le gustaba este hombre de unos pocos años menos que él, que tenía un ridículo muñeco representando a un gaitero escocés en una esquina de su escritorio. Había acudido allí por primera vez casi incapaz de hablar, y McNeil lo había tranquilizado en unos pocos minutos, haciéndole sentir —puesto que estaba allí en su consulta— que realmente se trataba de una afección que cualquiera podía sufrir, algo de lo que no tenía que avergonzarse y que era fácilmente remediable. Aunque, por supuesto, no tenía que dejarla de lado bajo ningún concepto.

—¿Cómo se encuentra hoy? —preguntó McNeil—, tomando el sobre que Philip había traído consigo y sacando de él el análisis matutino para añadirlo al historial de

Mason Philip A, 605-193.

Philip se lo dijo.

—Entiendo. —McNeil frunció el labio inferior—. Bien, debo decirle que no es nada sorprendente. La variedad de G que tiene usted —siempre decía «G», no gonorrea— parece ser resistente.

—Oh, Dios mío. ¿Quiere decir que no estoy curado?

—No, todavía no. Al menos eso dice este análisis. —McNeil cerró el historial de golpe, marcando otro estadio en el desarrollo del desastre—. De todos modos, no hay definitivamente ninguna indicación de sífilis, lo cual es tranquilizador... a veces esas espiroquetas dan algún que otro susto. ¡Pero vamos! ¡No ponga esa expresión como si el mundo fuera a acabarse!

Dejó escapar una risita, reclinándose en su asiento.

—Me temo que su problema se está haciendo cada vez más común. No será usted adicto a la comida biológica, ¿verdad?

—Esto... no seriamente —murmuró Philip—. Aunque compramos a menudo en el Puritan. —Preguntándose qué demonios tendría que ver aquello con las enfermedades venéreas.

—Lástima. Seguramente hubiera salido mejor librado si lo hubiera sido. Entienda, lo que ocurre es que usted atrapa cualquier infección subclínica, no me refiero tan sólo a enfermedades venéreas, sino a cualquier cosa, desde un panadizo hasta un dolor de garganta, y al mismo tiempo está asimilando usted rastros de antibióticos en su dieta: los que hay en el pollo en particular, pero también en el cerdo e incluso en el bistec de ternera. Y son los suficientes como para que se opere una selección de las líneas de resistencia entre los millones de organismos de su cuerpo, y cuando nosotros intervenimos y tratamos de combatirlos ellos simplemente se nos ríen en la cara. ¿Me sigue?

Philip asintió distraídamente, con su mente perdida en Denise y los chicos.

—Pero no se preocupe —continuó McNeil, abriendo de nuevo el historial—. Por ahora vamos a la cabeza en el juego, con dos o tres tantos a nuestro favor.

—Mi esposa —murmuró Philip.

—Pero a juzgar por lo que tenemos —dijo McNeil, aparentemente sin haber oído—, sería mejor que profundizáramos un poco más. Mire, ¿puede volver usted mañana? Me gustaría hacer una comprobación de sus cultivos. Hay el riesgo de que tengamos que recurrir a las inyecciones. Pero terminaremos por vencer a esos bichos, no se asuste.

En aquel momento pareció darse cuenta de la interrupción.

—Oh, sí, su esposa. Ella... esto... ¿no lo sabe?

—No —confesó Philip, con aire miserable—. Me aseguro de que tome la penicilina, por supuesto, pero le dije que lo que había atrapado era una hepatitis. Ella quería saber por qué no medicaba también a los niños, pero conseguí eludir eso. Sin embargo, ahora, Josie... es mi hija, ¿sabe?... se sintió mal ayer por la noche, y...

—Y, para ser sinceros, usted se da cuenta de que no puede seguir ocultándole la verdad —dijo rápidamente McNeil—. Le advertí que iba a ser... esto... difícil. Mire, ¿por qué no hacemos una cosa? Yo envío el diagnóstico y su historial a su propio doctor, y...

—Clayford —dijo Philip deshinchadamente.

—Mierda —McNeil se mordió el labio—. Lo había olvidado. Ese viejo carcamal. Del tipo de los buenos siervos de Dios, ¿eh? No toca una enfermedad venérea ni en peligro de muerte, como un buen cura negándose a asistir a una persona que va a ser ejecutada por brujería. —Se estremeció claramente—. Bien, en ese caso... Probablemente no es ético, pero no veo el mal que hay en evitarle problemas a la gente. Si usted quiere, los tomaré a usted y a su esposa como pacientes particulares. Sólo trabajo en esta clínica una parte de mi tiempo, ya sabe. Cuestión de principios. Condicionamiento, supongo. Me formé en Inglaterra.

Philip asintió. Había observado varios giros ingleses en la forma de hablar de McNeil, aunque su acento era puramente americano.

—¿Qué lo trajo aquí, entonces?

—No los inconvenientes de su medicina estatal, como la mayoría de la gente supone al instante. —McNeil se echó a reír—. Infiernos, puede que tenga sus defectos, pero la mitad de los doctores que he conocido aquí, Clayford por ejemplo, se sienten ofendidos si la gente les llama para molestarles fuera de horas de visita. Intente negarse a visitar a un enfermo en su casa en Gran Bretaña y automáticamente es usted borrado del registro médico... No, mi madre nació aquí y cuando mi padre murió decidió retirarse a su ciudad natal. Así que cuando pasé los veintiséis años vine a reunirme con ella.

¿Por qué?... Oh, por supuesto. La edad límite para el reclutamiento.

McNeil dio una palmada a su escritorio y se levantó.

—Piense en ello. Lo arreglaré con su esposa de la mejor manera que sea posible, por supuesto. Pero me temo que voy a tener que insistir en que declare públicamente la cosa. Buenas tardes.

—Malas noticias —dijo una voz al lado de Philip mientras bajaba las escaleras. La clínica estaba en el primer piso sobre una tienda de artículos deportivos y prendas de piel.

—¿Qué? —Philip miró a su alrededor. El que había hablado era el hombre que aguardaba con él en la sala de espera.

—He dicho malas noticias. He podido leerlo en la curva descendente de sus hombros.

—Eso no es asunto suyo —cortó Philip.

—Bien dicho. Yo también me siento en baja forma. Venga y tomemos una copa.

—¡Váyase al infierno!

—Ahí estoy —dijo el desconocido, repentinamente serio—. ¿Usted no? Mierda, tengo treinta y siete años y nunca pillé nada antes, de modo que pensé que sería algo de lo que echarse a reír con los adelantos de hoy en día, algo así como un catarro. — Philip empezaba a tener uno, sólo oyéndole; sus «n» se parecían más bien a «g», como si hablara con la nariz—. Pero esos bichos asquerosos se han vuelto resistentes. Llevo cuatro meses con ello.

—¡Cuatro meses! —Philip se sintió anonadado, preguntándose cuál iba a ser la sentencia para él.

—Ahora me están administrando seis millones de unidades diarias de un nuevo medicamento milagroso. En el culo: Duele como el fuego, pero al menos está empezando a curarme. ¿Qué hay de esa copa?

Philip vaciló.

—Mi nombre es Alan Prosser —dijo el desconocido—. De Empresas Prosser. Instalaciones sanitarias, trituradores de basuras, sistemas de evacuación de desechos, toda esa mierda.

—Cristo. —Philip lo miró parpadeando—. Ustedes instalaron uno de sus sistemas en nuestra última casa. Pero nunca lo vi a usted. —Frunció el ceño—. Era alguien llamado...

—¿Bud Burkhardt?

—¡Sí! ¿Su socio?

—Ex-socio —frunció el ceño. El asqueroso me dejó colgado. Se fue a Towerhill, a dirigir la sucursal de allá de Puritan... ¿Ha dicho usted «nuestra» última casa?

—Sí.

—Entonces está usted casado, ¿eh? Hum. Entonces quizá no debería hablarle de mis problemas.

—¿Usted no lo está?

—Lo estaba. —El rostro de Prosser se llenó de pronto de arrugas, como si entre sus palabras hubieran transcurrido diez años. Alzó su mano izquierda para mostrar su palma. Había allí una marca redonda que concordaba con la cicatriz del dorso, algo como una señal hecho con un hierro.

—¿Qué ocurrió? —dijo Philip, vacilante.

—Un disparo. La misma bala que me hirió mató a mi mujer. Fuimos a tropezar con una manifestación trainita, y un Guardia Nacional de gatillo flojo... Oh, mierda, eso es historia antigua. Y afortunadamente Belle no podía tener hijos. ¿Qué hay de esa copa?

—Sí. De acuerdo. Pero sólo una. Se supone que es... esto... malo para nuestra afección.

—Oh, mierda. No tomarla es mucho peor para nuestra moral.

LOS AUXILIARES INDISPENSABLES

ABEJAS MELIFERAS MEJICANAS primera calidad, ¡a 165'95\$ el galón!

ABEJAS EUROPEAS primera calidad, ¡sólo a 220\$ el galón!

GUSANOS DE TIERRA IRLANDESES calidad insuperable, ¡67'50\$ el cuarto de galón!

¡GARANTIZADOS vivos a su entrega!

Asociación para la Fertilidad de las Plantas, San Clemente, California. (Autorizada por el Consejo de Agricultura del Estado de California).

DESVARÍOS

Tras la terrible locura colectiva de Navidad en Noshri, Lucy Ramage consiguió de alguna manera permanecer durante un tiempo con los miembros de los equipos originales de Auxilio Mundial y las Naciones Unidas que no habían sido deportados. Era como si todo el trabajo de los últimos cuatro meses hubiera sido eliminado como un escrito hecho con tiza en una pizarra y borrado con una esponja húmeda. Evidentemente, las cosas eran mucho peor que antes. Cuando había llegado la primera vez, la gente acostumbraba a venir voluntariamente de los lugares donde habían hallado refugio —chozas destartaladas, coches accidentados, autobuses abandonados, agujeros en el suelo— para pedir comida y primeros auxilios. Ahora se escondían y escapaban, permaneciendo en sus escondrijos y mirando el mundo con alocados ojos llenos de desconfianza, unos ojos muy abiertos y bordeados de blanco. Para persuadir a alguien que aceptara comida, una tenía que tragar primero ella misma un bocado; vendar una herida era a menudo posible, pero nadie permitía que se le aplicara una pomada o se le administraran medicamentos orales. Todos coincidían en afirmar lo que les había ocurrido: habían sido víctimas de una terrible magia.

Algunos, al parecer, se habían vuelto totalmente locos. Durante el resto de sus vidas no harían otra cosa más que arrastrarse gimiendo de un lado para otro, o estallar en sollozos sin motivo, o gritar hasta que sus gargantas enronquecieran a la vista del más inofensivo de los insectos.

Volvía a haber nuevamente insectos en Noshri. Durante la guerra habían desaparecido por completo.

Inmediatamente después de lo peor de los hechos, Lucy había sido interrogada por los hostiles oficiales del gobierno en relación a la naturaleza de la locura. Deseosa de volver lo antes posible con la miserable gente que necesitaba su ayuda, había condensado lo que tenía que decir en una versión lo más breve posible, y lo había dicho en un tono seco carente de emociones.

—¿Síntomas característicos? Incluían violenta transpiración, tics faciales, espasmos ocasionales de los músculos largos en los muslos y pantorrillas, y dilatación de las pupilas extremadamente marcada. ¿Vómitos? Fueron observados tan solo en una minoría de casos. Pero todos sufrían diarrea ácida, y ocasionalmente las heces estaban mezcladas con sangre fresca.

»¿Cuánto tiempo duraron los efectos? En general, de una a tres horas después del inicio del sudor y la dilatación de las pupilas, se observa una sensación como de estar flotando, y una veía a las víctimas mirarse manos y pies incapaces de creer que seguían perteneciendo a ellos. Este estadio era sustituido rápidamente por otro de histérico terror, con alucinaciones visuales y auditivas, y en la gran mayoría de los

casos pérdida total del autocontrol. Accesos de alocada ira, conduciendo a menudo al destrozo indiscriminado de todo lo que había a su alcance y particularmente al incendio, y más tarde a asaltar a cualquiera y a cualquier cosa que se moviese... especialmente niños llorando, que frecuentemente eran pateados y golpeados hasta morir por sus propios padres debido a que su ruido les resultaba intolerable... todo esto duraba de seis a treinta y seis horas. La mayoría de los afectados no dormían durante este largo período. Si no hallaban otros blancos a su excitación, entonces la emprendían con sus propios cuerpos y se golpeaban o acuchillaban a sí mismos. Vi también a varios correr hacia el río y echarse a él, gritando que estaban muriendo de sed. Eso se conecta probablemente con la extrema deshidratación provocada por la diarrea.

»¿El contenido de las alucinaciones? Notablemente uniforme. Primero aparición de voces, especialmente las de los padres, familiares más viejos, y —en el caso de los ex-soldados— oficiales y suboficiales. Puesto que la mayoría de estos estaban muertos, la convicción de que había fantasmas andando entre ellos siguió como una conclusión lógica. Muchos de los que resultaron muertos lo fueron al ser tomados por espíritus malignos. Como sea que la apariencia personal resulta radicalmente transformada por la afección (por ejemplo, los ojos desorbitados y de mirada muy fija, la extraña forma de andar debida a los espasmos musculares), a menudo ni los propios familiares se reconocían entre sí y salían corriendo incluso ante su esposa o esposo.

»¿Efectos secundarios? Melancolía, hipnofobia aguda —es decir miedo a dormirse debido a la alta incidencia de pesadillas—, ansiedad, incontables accesos de violencia... Un hombre fue asesinado el otro día sin más razón que la de dejar que su sombra cayera sobre los pies de otro.

»¿Tratamiento? Bien, hemos conseguido algunos éxitos incorporando medicamentos a las reservas de agua potable... ya saben que toda el agua potable sigue vendiéndose a partir de cisternas... y echando media libra de tranquilizantes en cada barril parece que hemos logrado también algo. Pero nuestras reservas de tranquilizantes se están terminando, así que...

Se alzó de hombros.

Ella también tenía miedo de morir. Soñaba constantemente en los pequeños fragmentos sangrantes de carne humana que le habían salpicado. Pero se atiborraba de anfetaminas o incluso —cuando dejaban de hacerle efecto y sus párpados empezaban a picotearle— de los suficientes barbitúricos como para hundirla en un coma que la aislaba completamente de los sueños. Cuando estaba despierta apenas comía, pero vagaba por los alrededores intentando convencer a la gente de que no se ocultara, limpiando heridas gangrenadas, ayudando a levantar refugios improvisados. Al principio los soldados negros que estaban limpiando la ciudad se le mostraban

hostiles; luego, cuando vieron con qué dedicación trabajaba, y lo duro que lo hacía, empezaron a acostumbrarse a ella, y en más de una ocasión, cuando estaba a punto de derrumbarse de cansancio, anónimos brazos negros la llevaban deferentemente a su casa. A menudo el hombre se veía sorprendido al oírse llamar mayor, cuando no era más que un mero soldado.

Supo por Bertil la acusación de que los víveres enviados como auxilio contenían un alucinógeno; Bertil creía que los víveres habían resultado infectados por el cornezuelo del centeno o por algo parecido; decía que ése había sido precisamente el responsable de los ataques de Baile de San Vito en la edad media. Luego se lo dijeron también los oficiales del ejército que estaban investigando el desastre, los cuales creían que el veneno había sido añadido deliberadamente.

Ella no tenía opinión propia al respecto.

Naturalmente, los periodistas llegaron en enjambres. Aunque el valor como noticia de la guerra había descendido considerablemente con el armisticio, el general Kaika estaba ansioso de que todo el mundo pudiera ver la extensión del desastre que había dado como resultado, de modo que puso aviones del gobierno a disposición de los periodistas y equipos de filmación de las televisiones. Incluso paralizó el embargo sobre los americanos en beneficio de un equipo de la oficina parisiense de la ABS, a condición de que fuera dirigido por un francés. Cuando supieron de Lucy captaron el reportaje: la hermosa rubia presa de una noche de horror. Nadie sabía aparentemente dónde estaba con exactitud, así que salieron en su busca.

La encontraron rebuscando entre las ruinas de una casa. Había puesto al descubierto un cadáver que los soldados habían olvidado, el de un niño de unos diez años. Estaba desenterrándolo con una navajita.

Cuando supo que el entrevistador era americano le mostró los dientes y le atacó. Tuvieron que darle ocho puntos de sutura en un corte que iba desde su cuello hasta su esternón.

La repatriaron, bajo sedante, a Inglaterra, a un hospital mental en medio del campo, donde se despertó para descubrir extensiones verdes, las primeras flores de la primavera bajo un encapotado cielo, vacas pastando en un campo al otro lado de un encantador valle, y barrotes de hierro cruzando una ventana que no podía abrirse desde dentro.

COMA BIOLÓGICAMENTE

Calabaza de Okinawa, antes 0'89\$	¡0.75\$!
Huevos de pingüino (bajos en DDT, PCB), antes 6'35\$ la docena	¡6'05\$!
Patatas del Pacífico (no lavadas), antes 0'89\$ la libra	¡0'69\$!
Mantequilla de la soleada Nueva Zelanda, antes 1'35\$ el cuarto de libra	¡1'15\$!

¡USTED TAMBIÉN PUEDE PERMITIRSE UNA BUENA ALIMENTACIÓN SANA Y BIOLÓGICA EN PURITAN!

LOS FUERTES SIGUEN ADELANTE

Sus pesadillas habían terminado finalmente, y Pete Goddard volvía a dormir bien de nuevo. Su primer despertar tras el derrumbamiento, sin embargo, había sido terrible: terror, parálisis, dolor.

Excepto que no estaba paralizado. Simplemente le habían puesto las piernas bajo tracción, sujetado toda la parte inferior de su tronco con un apretado vendaje plástico, y tirado de él con pesas que colgaban de poleas montadas en el techo. Tan pronto como estuvo en situación de comprenderlo le explicaron qué era lo que le hacían, y por qué, y el cómo aún no llegaban a explicárselo.

Le dijeron que él sólo había estado sosteniendo un peso de tres cuartos de tonelada.

Oh, no era ningún récord. El fisioterapeuta que lo atendía diariamente mencionó a una mujer, histérica por el miedo a que su hijo perdiera la vida, que había levantado un coche que pesaba una tonelada y media; y también a un atleta profesional que había desplazado en público un peso de dos toneladas, sujetándolo a su talle con un arnés. Era algo que tenía que ver con las propiedades mecánicas del fémur. Le mostró diagramas, y él luchó por comprenderlos.

Pero resultaba extraño el miedo que parecían mostrar las enfermeras hacia él, y como no dejaban de preguntarle si alguna vez se había entrenado para halterofilia. Bien, lo había hecho, aunque no desde hacía un año, no desde que había conocido a Jeannie. Y añadía débilmente que simplemente se había mantenido en forma.

Obviamente uno no podía realizar este tipo de proeza y salir con bien de ella. Toda la musculatura de sus hombros había sufrido hemorragias subcutáneas, de modo que lucía un colosal hematoma de treinta centímetros de ancho, y soportar el peso de sus brazos era algo que lo agotaba en unos segundos. Los discos cartilaginosos que separaban sus vértebras habían resultado aplastados cuando su espina dorsal se convirtió en una sólida columna capaz de permitirle soportar aquel peso. Todas las membranas sinoviales en las articulaciones de sus piernas se habían visto sobrecargadas, de modo que sus rodillas y tobillos se habían convertido en una masa rígida, y los puentes de sus pies habían quedado planos. Por un breve tiempo se había convertido en una columna de huesos, y no lo recordaba. Sólo recordaba una cosa de aquel terrible tiempo: no podía hacer otra cosa más que mantenerse rígido.

Durante los primeros días que permaneció tendido allí en el hospital estaba más asustado por lo mucho que iba a tener que pagar por todo lo que le estaban haciendo

que ante la idea de no ser capaz de volver a andar de nuevo. Le drogaban para eliminar el dolor, por supuesto, y aquello hacía que su mente vagara, de modo que cuando permitieron a Jeannie verle no fue capaz de explicarle lo que le preocupaba y finalmente se echó a llorar de frustración, y las enfermeras creyeron que era dolor y le administraron doble dosis de drogas.

Pero, un día o dos más tarde —no era capaz por aquel entonces de controlar el paso del tiempo— le permitieron recibir a otras visitas, y todo quedó claro. Eran periodistas, y fotógrafos, y un hombre de California, el tío de los dos niños a los que había salvado. Harry se había arrastrado bajo la viga y los había sacado sanos y salvos, pero era él quien había sostenido el techo.

Sus padres habían muerto. De modo que su tío, un rico importador de abejas, anunció su propósito de adoptarlos, y que iba a pagar todos los gastos de su hospitalización... lo mejor de todo, dijo, hasta una suma de cincuenta mil dólares. Insistió en que podía permitírsele fácilmente; había montado su negocio al principio, cuando las abejas de California se extinguieron en los años sesenta, y ahora manejaba una empresa valorada en un millón de dólares.

Hizo notar también, con aire asombrado, que había intentado que Harry aceptara una recompensa, pero que el hombre no quiso aceptar ni un centavo. Dijo algo acerca de los ghouls. Alguna especie de prejuicio trainita.

Luego, una o dos semanas más tarde, un senador llamado Howard u Howell o algo así le trajo un pergamino primorosamente decorado, una citación al valor, firmado por el propio Prexy. Lo enmarcaron y lo colgaron a la cabecera de su cama.

—Hola, amor.

—Hola, muñeca.

Sus labios se rozaron. Jeannie había venido como siempre, puntual como un reloj. Pero había algo extraño en su aspecto. Rodeado de periódicos y de libros que le permitían pasar el tiempo —podía mover libremente sus brazos gracias a los masajes fisioterápicos y era capaz de girar las páginas—, la miró de nuevo. Su mano izquierda estaba vendada.

—¿Te cortaste, querida? —preguntó.

—¿Eh...? —Hizo ademán de ocultar su mano, luego cambió de opinión—. No, fui mordida.

—¡Mordida! ¿Por qué... un perro?

—No, una rata. Fui a tomar un paquete de harina de la alacena... He seguido llamando al exterminador, pero continúa sin poder venir. Tiene demasiadas llamadas... hey, ¿qué estás haciendo? —Pete había pulsado el botón que había a la cabecera de su cama.

—¡Llamando a la enfermera! ¿Te vendaste tú misma la mano?

—Bueno... sí.

—¡Tienes que hacértelo mirar inmediatamente! ¿Sabes las cosas que llevan las ratas? ¡A veces incluso la peste! Hay que desinfectarlo de inmediato.

La enfermera llegó rápidamente, movida por el dinero de su benefactor, y se llevó a Jeannie pese a sus protestas. Mientras estuvo fuera, Pete permaneció tendido en la cama, echando humo, pensando: ¿Ratas? ¿Tantas ratas que el exterminador no puede dar abasto? ¡Infiernos!

Y gracias a Dios que había insistido. Jeannie tenía una fiebre subclínica debida a la septicemia. Cuando supieron que él la había besado, le administraron también una inyección profiláctica.

Intentando despejar un poco el ambiente cuando ella volvió con su mano correctamente vendada y blanca, dijo:

—¿Sabes, querida?, buenas noticias. ¡Mañana van a dejarme andar un poco!

—¡Amor, eso es realmente estupendo! —Sus ojos resplandecieron. Pero era debido sobre todo a las lágrimas—. ¿Va a ser...? —Bajó la cabeza—. ¿Va a ser como antes?

—Creen que sí. Pero no inmediatamente. Al principio voy a tener que llevar como un corsé para la espalda.

—¿Durante cuánto tiempo?

Él dudó, luego repitió la estimación del fisioterapeuta.

—Dos años.

—¡Oh, *Pete*!

—¡Pero todo lo demás está bien! —Evocó su peor terror, su miedo más intenso—. No hay nada afectado por el lado de... Quiero decir, sigo siendo un hombre.

Gracias a Dios. Gracias a Dios. Había rezado, realmente rezado, desde que había pensado por primera vez en ello. Y uno de los doctores, al que recordaría cada vez que rezara en el futuro, se lo había dicho, que por lo que podía juzgar todo estaba bien por aquel lado, y que tan pronto como tuviera fuerza suficiente en sus brazos lo probará por sí mismo. Le enviaré algunos libros especializados en el tema por si pueden ayudarle.

Jeannie aferró su mano y se echó a llorar.

Finalmente ella fue capaz de preguntar por el futuro. Obviamente, un hombre impedido no podía volver a la policía. ¿O sí?

Él agitó la cabeza. Ahora podía hacerlo sin sentir dolor. Había sido maravilloso el trabajo que habían hecho con él.

—No. Pero ya he recibido una oferta de empleo. Un hombre llamó esta mañana tras oír que yo no podría volver a la policía. Es amigo de uno de los doctores, un tipo

llamado Prosser. Quiere que le haga saber cuándo esté dado de alta, y me dará un trabajo de oficina que podré hacer fácilmente.

—¿Allá en Towerhill, quieres decir?

—No, aquí en Denver. Naturalmente vamos a tener que mudarnos, pero ha dicho que el sueldo iba a ser bueno... Oh, no te preocupes, querida. Todo va a ir bien.

MIS DEDOS SON VERDES Y A VECES SE CAEN

Muy señor mío: Gracias por su carta del 18 y sus anexos. La muestra de tierra contiene una proporción excepcionalmente alta de plomo y mercurio, rastros de molibdeno y selenio, y una pequeña cantidad de sales de plata. No hay cadmio detectable. La muestra de agua está contaminada con plomo, arsénico, selenio y compuestos de sodio y potasio, particularmente nitrito de sodio. Sospechamos que el jardín de la casa que ha adquirido usted se halla situado sobre el antiguo emplazamiento de una explotación minera, y le sugerimos que plantee el asunto con los anteriores propietarios. No menciona usted si tiene hijos o no, pero si los tuviera debe prestar atención a los peligros que para ellos representan la presencia en tales cantidades del plomo y del nitrito de sodio. Agradeceremos nos envíe lo antes posible el importe de la cuenta que le adjuntamos.

Atentamente,

EL ALZARSE DE LA HORRIBLE CABEZA

Después de dejar a Harold, Josie y el chico de los Henlowe en la escuela —los comportamientos sociales debían ser fomentados a una temprana edad, y al infierno con los peligros de infección que hacían que padres como Bill y Tania Chalmers (RIP, víctimas con Anton de la avalancha de Towerhill) mantuvieran a sus hijos en casa durante tanto tiempo como era legal hacerlo: ¡menuda personalidad había desarrollado el pobre Anton!—, Denise Mason prosiguió hacia la consulta del doctor Clayford.

La habitación era un cuadro perfecto de su personalidad. Estaba sentado tras un escritorio de caoba, antiguo, con un sobre de cuero repujado, en un sillón de piel montado sobre una masiva base giratoria. Era un hombre ceñudo, fanfarrón y testarudo. Se mostraba orgulloso de pertenecer a lo que, en un raro momento de jovialidad, Denise le había oído llamar en una ocasión la «generación de las sulfamidas». Era paciente suya desde hacía años, mucho antes de su matrimonio, aunque nunca le había gustado mucho debido a su distanciamiento y a la dificultad de comunicarse con él. De todos modos había algo tranquilizador en sus modales chapados a la antigua.

Le recordaba en muchos aspectos a su propio padre.

Por primera vez desde que le conocía no se alzó al verla entrar, sino que simplemente le hizo una seña indicándole la silla frente a él. Sorprendida, ella se sentó.

—Bien, ¿cuál es el problema?

—Bueno, esto... —Tontamente, se sintió enrojecer hasta parecer un pimiento—. Últimamente no me noto muy bien. Además tengo... pérdidas. E irritación.

—¿Vaginal, quiere decir? Oh, eso es la gonorrea que le ha transmitido su esposo.

—¿Qué?

—Le dije que fuera a la clínica de la calle Market. Se especializan en este tipo de cosas. ¿No se lo dijo?

Ella sólo pudo agitar negativamente la cabeza, incapaz de hablar. Tantas cosas se aclaraban de repente.

—Típico —dijo Clayford despectivamente—. Absolutamente típico. Esos productos de la autoproclamada generación permisiva. Deshonestos. Ávidos, perezosos, egoístas, dispuestos a cualquier mentira con tal de protegerse de las consecuencias de sus actos. ¡Son la causa de todos los problemas de nuestro mundo actual!

Se inclinó bruscamente por encima de su escritorio, agitando una pluma hacia ella.

—¡Debería ver usted lo que yo tengo que ver cada día en la práctica de mi profesión! ¡Chicos de buena familia, subnormales por envenenamiento con plomo! ¡Ciegos a causa de la sífilis congénita, también! ¡Ahogándose bajo el asma! ¡Cáncer de huesos, leucemia, Dios sabe el qué! —Empezó a proyectar pequeños chorros de saliva con cada palabra.

Denise se lo quedó mirando como si lo viera por primera vez.

—¿Ha tratado usted a Philip de una enfermedad vergonzosa? —dijo finalmente.

—Por supuesto que no. Le dije dónde podía recibir tratamiento, tanto él como usted. Yo me niego a prestarme a ese tipo de simulaciones. ¡El mundo es lo que es por culpa de esas negaciones a admitir la propia responsabilidad!

—¿El le pidió su ayuda, y usted se la negó?

—Acabo de decírselo —gruñó Clayford—. Le recomendé una clínica adecuada.

Repentinamente, ella dejó de verle. Sus ojos estaban llenos de ardientes lágrimas. Se puso en pie en un solo movimiento que hizo chasquear su columna vertebral como la cuerda de un arco cuando es arrojada la flecha.

—Es usted un hijo de puta —dijo—. Un viejo diablo presuntuoso. Un hipócrita. Un asqueroso vejestorio deshonesto. Usted envenena el mundo, usted y su generación. Usted es quien ha lisiado a mis hijos. Usted quien se aseguró de que nunca comieran alimentos sanos, bebieran agua pura, respiraran aire suave. Y cuando alguien acude a usted en busca de ayuda, le da la espalda.

Repentinamente estaba llorando y tirándole cosas... un gran tintero de cristal, lleno de una preciosa tinta intensamente negra, que ocasionó una magnífica mancha chorreante en su camisa blanca. Un libro, un montón de papeles. Cualquier cosa.

—Philip no es... ¡no es lo que usted le ha llamado! ¡No lo es, no lo es! ¡Es mi marido, y yo le quiero!

Se giró en redondo. Había una alta librería con puertas de cristal llena de textos de medicina. Aferró una de las puertas, la abrió de par en par, tiró de ella con todas sus fuerzas, haciendo bascular el mueble, que se inclinó y cayó con un estruendo maravilloso de oír.

Tras lo cual se fue.

Al fin y al cabo, todo estaba asegurado en Angel City.

DESGRACIA

—¡Oh Señor! —dijo el señor Bamberley, la frente baja, a la cabecera de la gran mesa de fino roble—, entra en nuestros corazones, te rogamos, y que esta comida alimenta nuestros cuerpos del mismo modo que nuestras almas son alimentadas por Tu palabra, amén.

Amén, dijo un coro dispar, apenas audible entre el ruido de la porcelana y la plata. La silenciosa chica negra que trabajaba como criada de los Bamberley —su nombre era Christy y era gorda— ofreció a Hugh un cestito de panecillos y bollos. Tomó un bollo. Como siempre, había demasiado vinagre en la ensalada. La lengua le picaba.

Había vuelto de la universidad para pasar el fin de semana en casa, y aquel era el ritual de la comida del domingo después de la misa. Aparentemente, los criados, en el cosmos del señor Bamberley, no tenían derecho a ningún tiempo para sus deberes religiosos, pese a que tanto Christy como Ethel, la cocinera, eran profundamente devotas. Se las podía oír cantando espirituales en la cocina durante casi todo el día.

Pero los domingos por la mañana trabajaban como esclavas desde las seis de la mañana para tener a punto la comida de la familia.

Frente a su marido, regordeta, con una sonrisa en su rostro tan estereotipada como la de una muñeca de cera, se sentaba la señora Bamberley... Maud. Era diez años más joven que su marido y estaba veinte puntos por debajo de él en la escala del CI. Estaba convencida de que él era maravilloso, y a veces daba charlas a los grupos locales de mujeres para decirles lo maravilloso que era. También formaba parte del jurado de las competiciones florales, y era entrevistada regularmente por la prensa y la televisión locales cuando algún veterano con remordimientos de conciencia se unía al plan de adopción Doble-V. Ella misma era, por cortesía de su marido, una gran adoptadora, y cuando le hacían preguntas capciosas sobre raza y religión estaba preparada con las respuestas adecuadas: un chico de distinto color al del resto de la familia se sentiría tan terriblemente avergonzado, y además ¿acaso todos los padres no desean que sus hijos sean educados en su propia fe?

Tras su silla, en una pared recubierta por un costoso lapizado de terciopelo, un retrato de su abuelo les miraba fijamente. Había sido un obispo episcopalista, pero el cuadro lo mostraba con el traje de un caballero de Nueva Inglaterra aferrado a las viejas costumbres inglesas de la cacería: chaqueta roja, botas marrones, cuello blanco eclesiástico y pechera de seda negra.

Hugh se refería a él diciendo que iba vestido para matar.

La ensalada fue sustituida —pese a que Hugh solamente habla probado un bocado de ella— por un plato de pescado frío con mayonesa. Tampoco lo tocó. Últimamente

tenía miedo de todo lo que procedía del mar.

Era la primera vez que estaba con la familia desde la desastrosa entrevista del señor Bamberley en el show de Petronella Page y el subsiguiente cierre de la planta hidropónica. Todo el mundo estaba dispuesto a creer, tan pronto como el experto en París publicó su veredicto sobre las víctimas, que había habido realmente veneno en el Nutripon. Hugh había llegado a casa el viernes por la noche. Desde entonces no había habido ni una sola referencia a aquel suceso.

Era bien sabido que Petronella Page era absolutamente implacable con todo tipo de farsantes. Hugh se sintió interesado al constatar que ella compartía su propia opinión: el señor Bamberley era un farsante en gran escala.

Correspondiéndose con el anterior, detrás de la silla del señor Bamberley otro retrato les miraba fijamente, el de su propio abuelo. Lo mostraba —un hombre corpulento, con las piernas un metro abiertas, los puños en las caderas— cometiendo una violación. Al menos esa era la descripción de Hugh. La gente que no conocía la historia podía contentarse con reconocer el pozo de petróleo al fondo del cuadro.

El pescado fue reemplazado por bandejas de carne asada, platos de patatas al horno y hervidas, zanahorias, coles, guisantes. Había también recipientes con salsas y crema de rábano picante importada de Inglaterra. Silenciosa como siempre, Christy trajo una jarra de cerveza de una marca que a Hugh no le gustaba, una concesión semanal a los chicos mayores, y otra de limonada para Maud y «los niños».

Hasta entonces no se había dicho nada que tuviera la menor importancia.

El resto de los sentados a la mesa eran los hijos adoptivos del señor Bamberley, con omisiones. Cyril, que además de ser el más antiguo era el que estaba mejor establecido, se hallaba en Manila. Se había graduado con honores en West Point y ahora era el ayudante de campo, a los veinticuatro años, de uno de los generales que estaban estableciendo lo que Prexy denominaba «el bastión del Pacífico»... en otras palabras, una alianza blanca que comprendía Australia, Nueva Zelanda y los pocos países latinoamericanos que gozaban aún de dictaduras de derechas, destinada a contener la oleada prochina, neomarxista, que brotaba por todas partes en el planeta.

Hugh se había encontrado con Cyril tan sólo una vez, inmediatamente después de su propio reclutamiento en la familia, y había sentido una aversión inmediata hacia él. Pero por aquel entonces estaba demasiado abrumado por sus propios problemas como para decir nada.

La segunda omisión era Jared. Jared, que tenía veintiún años, estaba en prisión. Uno no debía hablar de él en presencia del señor Bamberley. Había sido condenado

por ayudar a organizar un movimiento protupamaro entre los chicanos de Nuevo Méjico. Hugh no lo había visto nunca; estaba cumpliendo una condena de cinco años.

Pero pensaba que probablemente congeniarían mucho.

Y Noel, cinco años, estaba en cama con fiebre, pero los demás estaban allí. Partiendo del lado de Maud se sentaban Ronald, que tenía dieciséis años y era más bien apático; Cornelius, inteligente y respetuoso, pero víctima de ocasionales ataques desde su veinteavo cumpleaños... no epilepsia, sino algo que tenía que ver con las enzimas que alteraban el intercambio de energía entre una célula nerviosa y la siguiente, y que eran mantenidas bajo control por una dieta especial; luego Norman, ocho años, con un tic facial, y Claude, diez años, con unos dientes en tan mal estado que a veces se le partían de lado a lado y caían de su boca. Una familia más bien típica en muchos sentidos, pese a haber sido reunida a partir de fuentes tan distintas: los que rozaban los veinte años físicamente sanos, los más jóvenes no. Hugh tenía una amiga en la universidad con un hermano menor que vomitaba cualquier cosa que comiera cocinada con aceite de maíz.

Y esos hijos de mala madre no querían admitir que habían echado a perder el mundo.

—Hugh —dijo el señor Bamberley—, ¿has dicho algo?

No había pretendido hacerlo. Pero recordó el eco de sus palabras. Sin mirar a su derecha, tendió la mano hacia su cerveza.

—Lo siento, Jack. ¿Me has hecho alguna pregunta?

—¡Sí, lo he hecho! —El señor Bamberley depositó su cuchillo y su tenedor al lado de las enormes rodajas de buey parcialmente cortadas—. He tenido la clara impresión de que tú... esto... murmurabas una palabra que desapruero profundamente.

Hugh vació su vaso y se echó hacia atrás con un suspiro.

—¿Y qué si lo hice?

El señor Bamberley enrojeció hasta la raíz de sus reculantes cabellos.

—¿Qué razón tenías para emplear una palabra así?

—Las razones están a todo nuestro alrededor —restalló Hugh, e hizo un gesto que abarcaba el lujosamente amueblado comedor, la comida amontonada sobre la mesa, la criada aguardando en un rincón como un maniquí de escaparate.

—¡Explícate mejor! —el señor Bamberley estaba al borde de la congestión con el esfuerzo de controlar su furia.

—¡De acuerdo, lo haré! —De pronto Hugh ya no pudo seguir soportando la presión. Saltó sobre sus pies, dejando que la silla cayera a sus espaldas—. Aquí estás sentado, atiborrándote y llenando tu gorda barriga con comida procedente de todas partes de este asqueroso mundo, después de haber envenenado a miles de pobres negros en África... ¿o no? ¿Acaso estás compartiendo sus sufrimientos, ayudándoles

a recoger los pedazos? ¡Infiernos lo estás haciendo! Estás luchando con dientes y uñas para evitar lo único que podría ayudar a poner en claro lo ocurrido, gritando que una investigación de las Naciones Unidas «no serviría para nada constructivo»... ¡he leído lo que dijiste en los periódicos! Aquí estás, ante tu maravillosa mesa, engullendo y tragando y dándole las gracias a Dios por todo ello, ¡como si esperaras que Dios te dé las gracias a ti por toda esa gente a la que has matado o llevado a la locura!

El señor Bamberley tendió hacia la puerta una temblorosa mano de la que colgaba su servilleta, como una arrugada bandera.

—¡Sal de esta habitación! —rugió—. ¡Sal de esta casa! ¡Y no vuelvas a ella hasta que estés dispuesto a pedir disculpas!

—Exactamente lo que esperaba que dijeras —dijo Hugh con voz fría. De pronto se sintió muy adulto, muy maduro, casi viejo—. Muy en la tradición: pateas a la gente en los testículos y esperas que te pidan perdón. Porque tú y la gente como tú nos sentamos aquí en el país más rico del mundo rodeados de chicos enfermos...

—¡Tienes una boca sucia y una mente sucia!

—¿Pretendes decirme que adoptaste a Norman por su tic? No me cuentes boberías. Oí a Maud: te diste cuenta de ello cuando los papeles ya habían sido firmados. Mira los dientes de Claude, ¡como tocones podridos! Mira a Corny envidiándonos porque nosotros podemos comer comida normal. ¡Tú...!

Pero la tensión venció a Corny en aquel momento. Siempre era el stress lo que desencadenaba sus ataques. Se derrumbó sobre su plato, boca abajo, esparciendo y salpicando su bazofia especial por todas partes. Mientras Maud y Christy acudían a ayudarlo, Hugh lanzó su última flecha.

—Tú y tus antepasados tratasteis el mundo como si fuera una maldita gigantesca taza de wáter. Os sentasteis en él y derramasteis toda la mierda que llevabais dentro. Y ahora está lleno y rebosando, y vosotros os sentís gordos y felices y os importa un comino que los niños negros se estén volviendo locos para que podáis seguir siendo ricos. ¡Adiós!

Dio un portazo tan fuerte como le fue posible al salir, esperando que el impacto hiciera caer el retrato de Jacob Holmes Bamberley I.

Pero el clavo estaba hundido demasiado sólidamente en la pared.

NOTICIAS DE POCA MONTA

... culpable de utilizar aceite vegetal bromado, un agente emulsionante ilegal. Pese a las afirmaciones de la defensa de que no ha podido probarse la existencia de daño alguno en nadie que haya consumido el alimento en cuestión, la compañía ha sido multada con cien dólares. Y ahora el tiempo. Los índices de SO₂, ozono y alquilo de plomo siguen siendo altos...

UNA LLAMADA A LAS ALMAS

Ante la casa de piedra gris que Michael Advowson llamaba su hogar, junto a la acera, estaba aparcado un coche oficial de color verde con la brillante pintura parcialmente deslucida por la sucia lluvia. Lo ignoró. Ignoró también al hombre con la gabardina color gamo que se alzó para acudir a su encuentro en el vestíbulo... o lo hubiera ignorado si el desconocido no le hubiera bloqueado la puerta a su consulta, y Advowson llevaba entre sus brazos a una sangrante niña, llorando y gritando a todo pulmón.

—¡Apártese de mi *camino*! —restalló, rechazándolo con un hombro.

—Pero doctor, es... —era la voz de su ama de llaves, la señora Byrne.

—¡Conozco al señor Clark! ¡Estuvo aquí el mes pasado! Tranquila, querida, tranquila, pronto dejará de dolerte. ¡No te asustes! —Dejó a la niñita sobre la mesa de exámenes. Inmediatamente la blanca sábana se volvió brillante y roja alrededor de su pie.

—Entre y haga algo útil o lárguese —añadió, dirigiéndose al hombre del impermeable—. Mejor que haga algo útil. Lávese las manos, ¡rápido! —Mientras tanto iba eligiendo de los armarios dispuestos alrededor de la habitación vendas, polvos, una jeringuilla, tijeras para cortar el zapato y el calcetín.

Dando un paso inseguro al interior de la habitación, Clark dijo:

—¿Qué... qué ha ocurrido?

—Un cristal. Utilice ese jabón, el de color rojo oscuro. Es antiséptico.

—Yo no...

—¡He dicho un cristal! —Michael tranquilizó a la niñita con una palmada en la mejilla. Estaba tan aterrada que se había orinado, pero eso podía limpiarse en un momento. Prosiguió, mientras clavaba la aguja de la jeringuilla en la tapa de caucho de una ampolla—: Estaba jugando en la granja Donovan, donde durante años han estado echando basura. Pisó una botella rota, y...

Con una repentina y perfectamente controlada fuerza sujetó la pierna de la niña y la mantuvo inmóvil a la fuerza mientras clavaba la aguja. Instantáneamente la niña cerró los ojos.

—Y lo más probable es que pierda su dedo gordo. Y sufra también un envenenamiento de la sangre, a menos que actuemos rápidamente. ¿Es su coche el de fuera, un coche del gobierno?

—Bueno... sí.

—Entonces quizá nos ahorremos el tener que esperar la ambulancia. Mi coche está en el taller. Ahora venga y ayúdeme. Haga lo que le diga, eso es todo.

Clark se acercó: demasiado joven para ser padre, quizá, y vivir día y noche con miedo a lo que pueda ocurrirle a su hijo o a cualquier otro niño. El dedo gordo había

sido completamente seccionado. Michael se lo tendió mientras restañaba la sangre.

Era valiente, y al menos consiguió dejar el dedo sobre una mesa antes de salir corriendo de la habitación; unos instantes después lo oyó vomitar en el césped.

Pero volvió, lo cual era también un signo de valor, y sujetó el dedo mientras Michael lo recosía con grandes puntadas rápidas... todo ello de acuerdo con los principios enunciados en una revista médica china (asegurarse de mantener el suministro de sangre a toda costa hasta que haya tiempo de volver a unir los nervios y músculos). Entonces llegó la ambulancia, y Michael no necesitó requisar el coche del gobierno después de todo.

—Cuando un niño ni siquiera puede jugar seguro en un campo... —dijo Michael. Había llamado a Clark a la sala de estar, y el ofrecimiento de algo para levantar los ánimos había sido aceptado. Dos dedos para cada uno. A veces incluso los curanderos provisionales necesitaban un poco de medicina—. ¡Salud!

—¡Salud!

—Ahora, ¿para qué había venido? —preguntó Michael, dejándose caer en su sillón favorito—. ¿Lo han enviado a pedirme disculpas por el escándalo de la granja Murphy?

El hombre del gobierno tuvo la cortesía de parecer avergonzado.

—No. Pero dijeron que tenía usted razón en todo.

—¡Muy amable por su parte el admitirlo! —se burló Michael—. Ni siquiera soy un veterinario, sólo un muchacho educado en una granja, pero sé distinguir un envenenamiento por dicumarol de uno por heno echado a perder apenas verlo. Pero usted no me cree, ¿verdad? No más que ellos... ¡lo más seguro es que ni siquiera haya oído hablar nunca del dicumarol! Oh, son tan estúpidos que me hacen ver rojo. ¿Sabe que si hubieran conseguido sus propósitos yo no hubiera podido salvar ahora el dedo de la pequeña Eileen?

Clark lo miró parpadeando. Encontraba su agresiva cabeza pelirroja, con sus ojos verdes demasiado juntos, curiosamente perturbadora.

—Es un hecho. Aprendí la forma correcta de hacerlo en una revista médica china, ¡una revista a la que intentaron evitar que me suscribiera porque eso podía significar darles a los chinos divisas occidentales! —Frunciendo el ceno, vació su vaso.

—Bueno, yo no sé nada de eso —dijo el otro, rebuscando en el bolsillo interior de su elegante traje azul, probablemente inglés—. Me dijeron que le entregara esto —sacó un sobre con el lacre verde oficial.

—Oh, quizá me envíen sus disculpas por escrito —gruñó Michael, abriendo el sobre. Una larga pausa. Finalmente, alzó la vista con una amarga sonrisa.

—Bien, eso me enseñará a no intentar ganarle al gobierno. Aunque venzas en la lucha, siempre encontrarán una forma de hacerte agachar la cabeza. ¿Sabe usted que pasé cinco años como oficial médico en el ejército? ¿No? Bien, lo hice. De modo que ahora vuelven a llamarme de la reserva para ir con un equipo de las Naciones Unidas a investigar el asunto de esa comida envenenada en Noshri. Bien, supongo que es una forma de echarme fuera de su camino.

Rasgó la carta en pequeños trozos y los arrojó furiosamente al suelo.

—¿Pero quién va a atender al siguiente niño como Eileen Murphy?

MARZO

MUPLICACIÓN LARGA

He ahí al *Rústico* industrioso, que cada día trabaja
Sus reducidos campos, y con avaro cuidado
(Que es un noble motivo, el de evitar
Pérdidas inútiles y hierbajos) inspecciona cada tallo.

Que arranca de raíz los infectados por la plaga
(Porque las plantas, como el hombre, enferman) y, montando en
ira

Arroja sin dudar al humeante fuego
Aquellos que a sus ojos no crecen rectamente.

De modo que, cuando llegue la cosecha,
Se repita su especie, pero mejor, más sana y suave,
Una vez separado el grano de la paja:
A él yo canto, al digno de mi rima,
Cuya devoción a la tierra fecundada
Hace nacer dos espigas donde sólo una crecía.

—«La musa agrícola», 1710.

UN REGALO DE INSECTOS

A aquella altura aún había mucha nieve. Peg condujo con precaución por la abrupta y sinuosa carretera. Llevaban muchos kilómetros sin apenas cruzarse con ningún otro coche. Pero siempre había la posibilidad de encontrarse de frente con cualquier idiota de los que creían que toda la carretera le pertenecía a él.

Idiota...

¿Yo soy una?

No había pretendido pronunciar en voz alta aquella pregunta retórica; sin embargo, Felice —temblando debido a que la ventanilla del conductor iba abierta, pese a estar envuelta hasta las orejas en pieles, auténticas pieles, sospechaba Peg, aunque no había sido tan poco educada como para preguntarlo— dijo irónicamente:

—Yo también me he estado preguntando lo mismo de mí. Pero yo hubiera debido ocupar el puesto de Bill Chalmers cuando éste resultó muerto, y en cambio me encontré con que ese bastardo de Halkin pasaba por encima de mi cabeza...

Peg asintió con la cabeza. Sabía exactamente cómo se sentía Felice. Ella misma lamentaba haber perdido su trabajo, pero por debajo de su decisión había un feroz orgullo que la ayudaba a mantenerse en su sitio.

—No estaba pensando en eso —dijo—. Quiero decir, aquí estamos, va a anochecer pronto, y ni siquiera hemos telefonado avisando...

—¿Puedes telefonar al wat? —Felice parecía sorprendida.

—Seguro. Su número está incluso en el listín: uno sólo para las sesenta personas que lo forman. —A nombre de Jones. Quizá por eso no había llamado avisando. Estaba intentando no pensar demasiado en Decimus muerto, pese a que su hermana estaba sentada allí a su lado en el coche, pese a que estaban reconstruyendo su último viaje en dirección contraria.

Como si al finalizar el viaje esperara encontrarle de nuevo vivo.

—No sé por qué, pero nunca imaginé que tuvieran teléfono —dijo Felice.

Bueno, era natural, conociendo su aversión hacia la tecnología moderna. Además, tampoco tenían demasiados contactos con el mundo exterior. Y el mundo exterior los desaprobaba, lo cual era también una razón. Un breve momento de aprobación había seguido a la avalancha de Towerhill, cuando incluso el gobernador había alabado sus trabajos de rescate. Pero eso ya se había acabado.

Como era ya tarde, cuando llegaron al cruce de Towerhill sugirió a Felice que pasaran la noche allí. Desde la avalancha no era ningún secreto que los turistas habían desaparecido, puf. Había montones de habitaciones libres. Sólo los desenterradores de cadáveres seguían preocupándose por la ciudad.

Pero Felice dijo que prefería no ser una desenterradora de cadáveres.

De pronto, al borde mismo del campo de visión de sus faros Peg divisó otro coche aparcado en la cuneta: un pequeño Stephenson eléctrico no adaptado para largas distancias, con sólo un radio de ciento cincuenta kilómetros entre recargas. Un hombre joven estaba inspeccionando su motor. Oyendo el suave siseo gatuno del Hailey, se giró e hizo señas.

—¿Crees que debemos parar? —murmuró a Felice. Normalmente la idea no se le hubiera ni siquiera ocurrido: hubiera seguido adelante, y al infierno si el tipo era hallado muerto de frío a la mañana siguiente. Pero desde que habían alcanzado la cota de los trescientos metros, un poco antes, y había podido conducir con el ventilador parado y la ventanilla abierta, el fresco aire de la montaña había hecho que su cabeza flotara un poco. Incluso el frío era refrescante; hacía años que no sentía este frío, desde que vivía en Los Angeles, donde la única posibilidad de aliviar su sinusitis consistía en llevar siempre una mascarilla filtro en la calle y cambiar el purificador de aire del coche cada mil quinientos kilómetros y pasar todo el tiempo posible alejada del exterior.

Aparentemente Felice se había visto afectada del mismo modo. En vez de indicarle razonablemente los peligros de ser atacadas y abandonadas en la nieve mientras los ladrones se llevaban su coche, dijo:

—Oh, parece bastante inofensivo. A mí no me gustaría quedarme varada por una avería con este frío.

De modo que Peg frenó el coche al lado del hombre.

—Oigan, ¿van ustedes al wat trainita? —preguntó éste, inclinándose sobre su ventanilla y echando hacia atrás el lacio pelo que le caía sobre los ojos.

—Sí.

—Yo también. Sólo que mi coche no ha querido seguir... el maldito indicador de nivel de carga se ha quedado encallado casi al máximo. ¿Puedo ir con ustedes?

Peg echó una mirada dubitativa al minúsculo asiento trasero del Hailey, un simple banco diseñado para evitar que una pareja con un niño pequeño tuvieran que cambiar a otro coche mayor. Además estaba casi ocupado por la bolsa de viaje de Felice y una gran lata con una etiqueta con gruesas letras rojas y negras que decían VIVA PRUDENTEMENTE.

—Sólo tengo una bolsa pequeña —rogó el joven.

—Oh... De acuerdo.

—¡Estupendo, gracias!

De modo que ella bajó —el Hailey era un dos puertas— y lo observó más de cerca mientras él cerraba el coche eléctrico. Así que presumiblemente era suyo; había medio imaginado que fuera robado. Se relajó y mantuvo la puerta abierta para él mientras el hombre se giraba llevando una bolsa como las utilizadas en los aviones.

—Tendrá que apartar esa lata —dijo ella—. Cuidado, es pesada.

Él obedeció.

—¿Qué es? —preguntó, leyendo la etiqueta.

—Un galón de gusanos importados —le dijo Felice—. Pensé que sería un regalo útil para el wat.

—Sí, buena idea. —Se acomodó como pudo, con sus largas piernas medio dobladas bajo él—. A propósito, me llamo Hugh, Hugh Pettingill.

El nombre sonó como si tuviera que significar algo. Pero no lo significaba.

—Yo soy Peg. Ella es Felice. —Peg cerró la puerta y puso el coche en marcha.

—¿Viven ustedes en el wat?

—No. ¿Y usted?

—Pienso que quizá debería. —En el parabrisas, a la débil luminosidad del cuadro de instrumentos, Peg captó un atisbo de su rostro con el ceño ligeramente fruncido, como una máscara fantasmal destacando contra la oscura carretera y el gris sucio de la nieve amontonada en las cunetas—. He estado dudando todas estas últimas semanas. Intentando aclarar mis ideas.

—Como yo.

Peg pensó en las largas horas que había pasado en su apartamento mirando la televisión como si fuera alguna especie de bola de cristal y pudiera sugerirle la forma de actuar adecuada, hasta aquella inesperada llamada telefónica de Felice, que deseaba encontrarse con ella para cenar, deseaba hablar acerca de la forma en que había considerado a su difunto hermano, deseaba descubrir si había obrado equivocadamente peleándose con él cuando se adhirió a los ideales trainitas.

Dijo que había estado pensando en aquello desde el día en que le dijeron que las expectativas de vida en los Estados Unidos estaban empezando a bajar.

Su tranquila forma de hablar había sacudido a Peg hasta lo más profundo; la cena había durado hasta pasada la medianoche, con la conversación cambiando de tema y volviendo de nuevo a él, hasta que finalmente su plan empezó a tomar forma: visitar el wat de Denver, hablar con la viuda de Decimus, Zena, olvidar el punto de vista oficial sobre los trainitas («su fundador se volvió loco y el principal de sus discípulos murió drogado») e intentar por una vez formarse su propia opinión.

Peg había aceptado la proposición con un cierto sentido de fatalismo. La perspectiva de ver de nuevo el wat, a Zena y a Rick y a los demás chicos, sin Decimus... le estremecía. Pero tenía que hacerlo, se daba cuenta de ello. Después de todo, el mundo no había terminado con la muerte de un hombre.

No completamente.

De pronto fue consciente de que el muchacho en la parte de atrás —el joven, el adolescente, qué importaba— estaba hablando como si llevara días sin comunicarse con nadie y necesitara desesperadamente la posibilidad de descargar su mente.

—Quiero decir, no podía aceptar nada más de él después de aquello, ¿no? ¿No lo creen así?

Rebuscó en su memoria, y bruscamente reconoció el nombre. Petingill. Clic. Uno de los hijos adoptivos de Jacob Bamberley desapareciendo de la universidad. Pero aparentemente Felice había escuchado con más atención, porque dijo:

—¿Vio alguna vez ese alimento suyo, ese producto que dijeron estaba envenenado y había matado a toda esa gente en Noshri?

—Verlo seguro, pero nunca en su mesa. —Había veneno en el tono de Hugh—. Oh, no. ¡Para él carne de primera! El orgulloso bastardo. Esperando que le lamas las botas por cada uno de sus favores, lo hayas pedido o no. Deseando estar siempre rodeado por miles de millones de personas diciendo a coro: «¡Sí, señor Bamberley!», «¡No, señor Bamberley!», «¡Lo que usted diga, señor Bamberley!». Me hace sentirme enfermo.

Rebuscó en su gruesa parca y sacó algo envuelto en plástico.

—Miren, tengo un poco de khat. ¿Les apetece?

—Seguro —dijo Felice, tendiendo la mano hacia atrás. Peg dominó un estremecimiento. Ponerse en la boca algo que había sido impregnado por la saliva de un extraño... Aunque dijeran que el producto contenía un bactericida natural y que el riesgo de infección era menos que con un beso.

Tampoco se sentía muy inclinada a los besos.

Dijo con voz áspera:

—Mejor apresúrense. Eso que se ve ahí delante deben ser las luces del wat, al otro lado del valle. Y ya saben lo que piensan respecto a las drogas.

—¡Peg, querida! ¡Oh, Peg, qué maravilloso! Y esta debe ser Felice, ¿no? —Alta, de piel muy oscura, con una presencia que Peg siempre había envidiado porque le hubiera ayudado a librarse de los hombres inoportunos, Zena la abrazó y la apartó rápidamente del frío, haciéndola entrar a la curiosa caverna abstracta que era su casa: maravillosamente cálida con la simple radiación de unas cuantas bombillas puesto que estaba eficientemente aislada, llena de un delicioso aroma de judías y hierbas.

—¿Cómo está Rick? ¿Cómo están las chicas?

—Oh, están bien. Hace un minuto que acaban de irse a la cama. No voy a despertarlas ahora, pero van a sentirse tan encantadas cuando te vean por la mañana. Felice, querida, me alegro tanto de conocerte al fin... Decimus hablaba mucho de ti, ya sabes, y siempre lamentaba tanto que no estuvieras de acuerdo con sus ideas. —Y la besó también.

Mientras tanto, Hugh había permanecido aguardando junto a la puerta, con una expresión en su rostro que Peg calificó en cierto modo como de *hambriento*. Como si

no hubiera ningún otro lugar en la tierra donde pudiera hallar un recibimiento tan efusivo. Hizo lo que pudo para arreglar las cosas presentándolo a los demás miembros de la comunidad del wat a medida que iban apareciendo: al corpulento Harry Molton, al barbudo Paul Prince y su encantadora esposa Sue, a Ralph Henderson que se había quedado calvo desde que lo viera por última vez, y a media docena de otros que eran nuevos. Sí, por supuesto, les brindarían hospitalidad. Eso formaba parte de las reglas. Lo convirtieron en literal trayéndoles pan y sal.

Más tarde, mostrándole a Peg su cama para aquella noche, Zena mencionó el mal que les hacían las personas que proclamaban ser trainitas y en realidad no lo eran: gente que deseaba destrozar y quemar y matar y se marchaban una o dos semanas más tarde cuando no encontraban en ellos ningún apoyo para sus violentos proyectos.

UNA PAJA PARA UN HOMBRE QUE SE AHOGA

... positivamente identificado como uruguayo. Como consecuencia de esta revelación, el gobierno hondureño ha solicitado un crédito urgente de un millón de dólares para ser aplicado a la compra de armas y otro equipo indispensable, y ha apelado a Washington en busca de asistencia para combatir la amenaza tupamara. El Pentágono ha anunciado hace una hora que el portaaviones Wounded Knee ha sido desviado de sus patrullas de rutina en el Atlántico y en estos momentos está realizando ya misiones de vigilancia sobre el área rebelde. Comentando esto poco antes de emprender el vuelo para unas vacaciones en Honolulu, Prexy ha dicho, cito, Siempre pueden arrancársele unas cuantas plumas de la cola al águila antes de recibir un picotazo. Fin de la cita. Contactado en su casa del oeste de Virginia, el presidente de la Sociedad Audubon, el doctor Ike Mostyn, ha confirmado que el descubrimiento alegado hace tres años de un par de águilas calvas se había comprobado que era un fraude. Nueva York: el profesor Lucas Quarrey de la Universidad de Columbia, que está siendo atacado por haber efectuado recientemente declaraciones pretendidamente antiamericanas en la prensa y la televisión, ha dicho en una conferencia de prensa esta mañana que su contrato de investigación para perfeccionamiento de los renovadores de aire en los aviones había sido cancelado sin previo aviso. Preguntado si creía que había motivaciones políticas en el origen de esa decisión, el profesor ha dicho...

CONTRAGOLPE

A unas cuarenta millas de Medrano, casi exactamente proa al oeste de la frontera entre California y la Baja California, el pequeño barco se puso al paio, deslizándose muy lentamente entre la densa circulación del Pacífico.

Incluso tan lejos de la orilla, la noche hedía. El mar se movía perezosamente, con sus embriones de olas abortadas antes de alzar su cresta por la capa de residuos oleosos que rodeaban el casco, impermeables como una lámina de plástico: una mezcla de detergentes, aguas fecales, productos químicos industriales y las microscópicas fibras de celulosa debidas al papel higiénico y de periódico. No se escuchaba ningún sonido de peces asomándose a la superficie. No había peces.

El capitán del barco estaba ciego de un ojo desde su nacimiento. Era un hijo ilegítimo de una mujer que había ido a California para la vendimia y había inhalado algo del producto que rociaban sobre las viñas para matar a los insectos, y había muerto. Recogido por un voluntarioso sacerdote, él había sobrevivido y había ido a la escuela y había conseguido una beca del gobierno. Ahora sabía de química y meteorología y combustión y de la acción de los venenos.

También era un tupa, pero eso lo mantenía en secreto.

El calendario decía que debería haber luna llena esta noche. Quizá la hubiera. Uno no podía verla; uno casi nunca podía... como tampoco podía ver el sol. En la cubierta de popa había instalados veinticuatro grandes globos, extendidos como las vacías pieles de otros tantos peces, brillando débilmente cuando la luz de una linterna los cruzaba. Había cilindros de hidrógeno comprimido. Y veinticuatro cargas calculadas con precisión. Una vez hinchados, se suponía que los globos cargados con todo ello se elevarían a unos doscientos metros y flotarían en dirección a la costa a unos nueve o diez kilómetros por hora. Cruzarían la línea de la costa por encima o cerca de la ciudad de San Diego.

Roger Halkin estaba exhausto. Una tensión como la que había tenido que soportar durante los últimos días siempre agravaba su diabetes. Pero todo estaba preparado para la mañana siguiente; todo el frágil equipo había sido empaquetado, todas las cintas y libros, y la casa estaba diseminada con cajas de cartón llenas que aguardaban a los hombres de la mudanza.

—¿Un poco de coñac, querido? —preguntó su esposa Belinda.

—Creo que puedo correr el riesgo de tomar una copita —murmuró él—. Seguro que la necesito.

No parecía ni sonaba como un hombre que acaba de ser promocionado al cargo de vicepresidente de su compañía. Tenía buenas razones. Como le había dicho a

Belinda con un humor lúgubre, iba a ocupar el cargo de vicepresidente para un velatorio. Hoy habían llegado malas noticias, peores de lo que cualquiera hubiera esperado. Excepto, presumiblemente, Tom Grey; ese hombre frío como un pez, con su comprensión casi simbiótica de los cálculos de ordenador, debía saber o al menos sospechar las cosas desde hacía mucho tiempo.

Nunca había sido un secreto que Angel City había quedado seriamente tocada por el asunto de Towerhill, pero el golpe, suponía uno, tenía que haberse diseminado —regularmente reaseguraban sus riesgos de envergadura con la Lloyd's de Londres—, y en cualquier caso era un asunto claro para una reclamación de daños contra la compañía aérea cuyo avión supersónico había sido el desencadenante de la avalancha.

Pero esta mañana había oído que la compañía aérea estaba dispuesta a luchar, manteniendo que no había sido el bang de su avión lo que había causado el desastre, sino un temblor de tierras; habían empezado a producirse en la zona de Denver en 1962, y ahora eran muy comunes. Y el proceso podía durar un año y costar un millón de dólares. Así que cuando se metiera en los zapatos de Bill Chalmers su primera tarea consistiría en deshacerse de la mitad de la sección que se suponía debía ser competencia suya, las operaciones de la Angel City fuera del Estado de California.

—Si pudiera echarle las manos encima a ese estúpido idiota de Denver, ese Philip Mason —dijo entre dientes apretados—. Lo despedazaría miembro a miembro. Y yo no iba a ser el único. Sé...

Fue interrumpido por un grito procedente de la parte de atrás de la casa, donde su hijo Teddy se suponía que estaba durmiendo. Tenía ocho años, y podía considerarse entre los afortunados; no tenía nada peor que un asma ocasional. Aunque desde el anuncio de su inminente traslado a Los Angeles habían estado temiendo la aparición de otra nueva crisis, hasta el momento no se había producido nada.

—¡Papi! ¡Mami! Hey, mirad... ¡hay fuegos artificiales!

—Cristo, ¿todavía no se ha dormido ese chico? —Halkin saltó en pie—. ¡Yo le voy a dar fuegos artificiales!

—¡Rodge, no te enfades con él! —gritó Belinda, y echó a correr tras él.

Y el chico no estaba en la cama, ni siquiera en su habitación. Estaba fuera en el patio de atrás mirando al cielo. Sobre la ciudad no había nada que ver excepto el habitual reflejo amarillento de sus luces en la bruma baja que ocultaba todas las estrellas desde el octubre pasado.

—¡Vuelve a meterte inmediatamente en casa! —ordenó Belinda, pasando por delante de su marido y arrastrando al muchacho hacia el interior—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡Nunca debes salir fuera sin tu mascarilla!

—¡Pero vi fuegos artificiales! —gritó el chico—. ¡Desde mi ventana! ¡Y quiero ver el resto del espectáculo!

—Yo no veo ningunos fuegos artificiales —murmuró Halkin, mirando a su alrededor—. Quizá lo soñaste. Entremos. El aire nocturno estaba empezando a hacer

ya que le picaran los ojos. Empezaba a prever ya otra noche en blanco montando vela a la cabecera de la cama de Teddy con la mascarilla de oxígeno preparada, y aquello era lo último que deseaba en estos momentos. Mañana necesitaba tener la cabeza completamente despejada.

—¡Ahí arriba! —gritó Teddy, y empezó a jadear y a toser y a ahogarse mientras gritaba.

Alzaron la vista, automáticamente. ¡Sí, sobre sus cabezas! ¡Algo muy brillante, una flor de llamas!

Y, sobre el techo inclinado de la casa, un golpe, y una oleada de fuego que chapoteaba y salpicaba, y empapaba sus ropas, y se pegaba a su piel, y los mataba en pleno grito. Era excelente napalm, de la mejor calidad americana, fabricado por la Bamberley Oil.

MEDIDA DE PRECAUCIÓN

Dos veces durante la semana pasada había sido seguido hasta casa. Era el mismo tipo que, por primera vez hacía unos diez días, se había mostrado en la terminal de basuras de la Southern California Railroads donde eran cargados los vagones para ser llevados al interior. Estaba allí ostensiblemente porque se sentía curioso acerca de aquel proyecto de reconvertir el desierto utilizando desechos domésticos libres de metales y de plásticos para impregnar el polvoriento suelo con humus, pero había demostrado más interés en los propios hombres que en el trabajo que estaban haciendo.

Si no era un policía, era probablemente un periodista. Intentó entrar en contacto con Peg Mankiewicz, pero en la oficina del periódico todo lo que pudieron decirle era que había abandonado la ciudad. Antes de que llegara la tercera vez, por lo tanto, Austin Train dejó el importe de su alquiler por el resto del mes allá donde el casero pudiera encontrarlo, y tomó el autobús hacia el norte, hacia San Francisco. Allí también había basura en abundancia. Había algo que le rondaba por la cabeza, y no quería estropearlo todo por culpa de un acceso de renovada publicidad.

HAGA LAS MALETAS Y EMPIECE DE NUEVO

Agotado, Philip Mason penetró en el apartamento y colgó su abrigo y su mascarilla facial. Tan pronto como oyó la puerta Denise apareció para darle la bienvenida y un beso, y en vez de darle el habitual roce de sus labios lo rodeó apretadamente con sus brazos e introdujo vehementemente la lengua dentro de su boca.

—¿Cómo puedes después de todo lo que te he hecho? —murmuró él cuando finalmente sus labios se separaron.

—¡Tonto! —Sonaba como si estuviera llorando, pero su rostro estaba apoyado contra la mejilla de él y no podía verlo.

—Pero es definitivo ahora. He sido despedido, y están vendiendo la oficina completa a otra compañía...

—¡Idiota! Me casé contigo porque te quiero, no para ponerte una bola y una cadena en los pies, y me casé *contigo* y no con tu trabajo. «En la salud y en la enfermedad...», y todo eso.

—No te merezco —dijo él—. Te aseguro que yo no... ¡Dime! —Golpeado por un repentino pensamiento—. ¿Te acordaste de llamar a Douglas? —habían empezado a llamar al doctor McNeil por su nombre de pila.

El rostro de ella se ensombreció.

—Sí.

—¿Qué ha dicho?

—La cosa mejora, pero aún no está completamente curada. Otro mes. De todos modos, son mejores noticias que la vez anterior... —Lo tomó del brazo—. Ven a la sala de estar, querido. Alan está aquí, y estaba preparando unas copas.

—¿Alan Prosser? ¿Qué es lo que quiere?

—Hablar contigo, ha dicho. Ven.

—¿Dónde están los chicos? ¿No están aquí?

—No, están abajo, con los Henlowe. Es el cumpleaños de Lydia. Volverán dentro de una hora.

Tras saludarse Alan se reclinó hacia atrás en el gran sillón que le habían ofrecido y aceptó la copa que Denise le tendía.

—Diablo afortunado —le dijo a Philip.

—¿Tú crees? —dijo Philip sombríamente, dejándose caer en su propio sillón.

—¡Seguro! Con esa hermosa mujer que tienes... —Denise estaba al alcance de su brazo, de modo que le dio una palmada en el trasero y provocó una pálida sonrisa—, una preciosa casa tan bien arreglada... ¡Cristo, si vieras como está allá donde vivo!

—¿No tienes... bien, una mujer de la limpieza o algo así? —preguntó Denise. Sólo había visto a Alan un par de veces, y en ninguna de las dos ocasiones él había hablado mucho de sí mismo.

—Lo intenté —Alan pareció lúgubre—. Me enviaron a una de esas chicas de Santo Domingo.

—Oh, ¿la isla donde cortaron todos esos árboles? —dijo Philip, más para mostrarse educado que porque se sintiera interesado.

—Esa exactamente. Ahora, las tormentas de arena soplan todo el tiempo, llegando hasta Trinidad incluso, por lo que dicen. Parece que es un infierno. Pero volviendo a la chica: no hubo forma. Era agradable, seguro, y de confianza, pero... bien, prácticamente tuve que enseñarle como se usaba el wáter, ¿entiendes lo que quiero decir? De modo que cuando tuvo que volver a su casa, a cuidar a su madre que se había puesto enferma, no lo lamenté... Pero pienso que estarás más preocupado por tus problemas que por los míos. Tienes problemas, ¿verdad?

—¿Te lo ha dicho Denise o lo has adivinado?

—Ninguna de las dos cosas. Simplemente, tengo buenos contactos financieros de costa a costa. Y los rumores sobre Angel City son tan intensos que uno no puede ignorarlos. Yo tenía acciones en tu firma... como compañía de seguros que es, sabe cortar la carne hasta muy cerca del hueso... pero me desprendí de ellas hace unas semanas. ¿Van a declararse en quiebra, o simplemente van a vender sus operaciones fuera del Estado a otras compañías y limitarse a California?

—Van a vender, por supuesto. —Pero Philip estaba mirando a Alan con un nuevo respeto. La compañía había sudado sangre para ocultar el hecho de que estaba acorralada, con lo que había conseguido que sus acciones bajaran tan sólo un veinte o treinta por ciento en vez del probable noventa por ciento—. Lo cual me incluye a mí —continuó—. Me han agradecido los servicios prestados, y los negocios de aquí van a ser vendidos a un gran consorcio de Nueva York que va a traer a su propia gente. Así que estoy sin empleo.

—No, no lo estás.

—¿Qué?

—¿Tienes algo de dinero? ¿O puedes hacer que te lo presten?

—Oh... No te entiendo.

—Hablo en inglés normal, ¿no? —Alan agitó su vaso en el aire—. ¿No tienes nada de dinero? ¿Un seguro de vida sobre el que puedas pedir prestado? ¿Una segunda hipoteca? ¿Un préstamo bancario? ¿Economías?

—Bueno, nunca hemos tocado lo que el padre de Dense le dejó... ¡Escucha! ¿A qué viene todo esto?

—Estoy diciéndote que no estás sin empleo. No a menos que tú insistas en ello. ¿Recuerdas que te dije que mi socio se largó, ese Bud Burkhardt al que dijiste que conocías?

—Seguro. ¿Qué hay con él?

—Bien, creo que fue un estúpido idiota, para empezar, aceptando ese puesto en Puritan, así que no lamento haberme librado de él...

—¿Ahora está con Puritan? —interrumpió Denise—. ¿El hombre que vino a cambiarnos la instalación en nuestra última casa?

—Eso es —asintió Alan—. Dirige su sucursal de Towerhill.

—Oh, entiendo lo que quieres decir —dijo ella, y se mordió el labio—. El lugar es... bueno, todavía no una ciudad fantasma, pero... —Hizo un gesto con su mano elegantemente manicurada.

—No quiero decir eso —dijo Alan—. Con los beneficios que obtiene Puritan de todo lo que vende... infiernos, probablemente debe haber ganado ya el doble de lo que hubiera ganado si hubiera continuado conmigo. Pero los trainitas le están haciendo la guerra a Puritan. ¿No lo sabéis?

—¡No, no lo sabía! —Philip se inclinó hacia adelante en su sillón—. Tengo algunas acciones de Puritan. Siempre creí que eran sólidas como una roca. Dicen que se trata de una compañía del Sindicato, ¿no?

—Sí, lo es. Pero los trainitas son una fuerza que hay que tener en cuenta por el momento, y lo bastante tercos como para emprenderla con quien sea. Además, ¿qué puede hacer el Sindicato contra ellos?

—¡Bien, dime ya el resto! —dijo Philip impacientemente—. He tenido ya bastante mala suerte como para arriesgarme a perder lo poco que me queda.

—Bueno, he tenido a un montón de trainitas trabajando para mí, ya sabes... es el tipo de trabajo que ellos aprueban, como proporcionar agua potable y llevar las aguas fecales allá donde puedan ser de alguna utilidad y cosas así. Yo no comulgo con sus ideas alarmistas, pero son conscientes, se puede confiar en ellos, llegan a la hora al trabajo... —Su vaso estaba vacío; cuando lo llevó a su boca, Denise se levantó para volver a llenárselo—. Gracias. Bien, la mayoría de los que trabajan para mí proceden de ese wat cerca de Towerhill, y el otro día oí que estaban trabajando en ese proyecto a escala nacional, comprando cosas en Puritan y analizándolas.

—¿Pueden? —dijo Denise.

—Supongo que sí. No son ignorantes, ya sabes... la mitad de ellos son gente que ha dejado la universidad, pero aprendieron mucho antes de abandonar los estudios oficiales, y aparentemente cada wat tiene al menos un químico que mantiene bajo control su propia comida, asegurándose de que es sana.

—Eso suena razonable —aprobó Philip—. Especialmente para la salud de los niños.

—Oh, no creas que estoy en contra de todas sus ideas. Gracias —mientras Denise le tendía de vuelta su vaso—. Sólo las extremistas. Pero admito que, si tuviera hijos, a mí me gustaría ese análisis rutinario de su comida.

—¡A nosotros también! —dijo Denise con vehemencia—. Sólo que hicimos averiguaciones... ¡y sale carísimo!

—No tenéis que decírmelo a mí —Alan frunció terriblemente el ceño—. Ya sabéis que compré esa casa cuando Belle y yo nos casamos, y la vendí cuando ella... esto... cuando recibió ese disparo. —Acarició ausentemente la cicatriz en su palma

—. Bien, el otro día recibí esa carta del tipo que la compró, diciendo que había hecho analizar la tierra del jardín y que está llena de veneno debido a que se halla situada en el emplazamiento de una antigua explotación minera y que va a demandarme.

—Eso no es justo —exclamó Denise.

—Pienso que yo hubiera hecho lo mismo si... ¡Pero al infierno! —Dio un sorbo a su nueva bebida—. El abogado me ha dicho que puedo invocar la cláusula de buena fe, así que no me preocupo. Pero cuando pienso en lo que hubiera podido ocurrirles a *mis* chicos... —se estremeció.

—Estabas hablándonos de tu ex-socio —aventuró Philip. La perspectiva de convertirse no sólo en desempleado sino en inempleable, como tantos miles de otros, lo había estado atormentando; aquella tentadora semipromesa de Alan lo tenía intrigado, y deseaba saber más.

—¡Oh, sí! Iba a decirte que ya sabes que desde que él se fue tengo problemas para llevar el negocio yo solo. ¡No soy un vendedor! Soy del tipo práctico. Mi orgullo es que nunca he contratado a nadie para hacer algo que yo no pudiera hacer por mí mismo. Empecé poniendo canalizaciones y cavando desagües, y puedo seguir enseñando como hacerlo a esos flojos bastardos que trabajan para mí. Pero... bien, mi cabeza está repleta de proyectos, ¡y no tengo tiempo que dedicarles! Por ejemplo, me gustaría volver a casarme algún día, ¡pero no puedo encontrar tiempo libre para buscar a una chica!

—Sí, deberías volver a casarte —dijo Denise—. Serías un buen esposo.

Alan hizo una mueca.

—¡Seguro, un estupendo esposo! A casa a medianoche, volver a salir a las siete... Infiernos, ese no es el asunto. El asunto es... —y vació su nueva bebida al segundo trago—. Necesito ayuda. Necesito a alguien que comprenda la administración del negocio. Si quieres comprar una de él, diez mil dólares por ejemplo, incluso cinco mil, me gustaría tenerte como nuevo socio. Tengo puesto el ojo en algo que sé que no podré manejar yo solo.

Se inclinó hacia adelante y prosiguió antes de que Philip pudiera hablar.

—Piensa en lo que está pasando en todo el país... en todo el mundo, a decir verdad. Tú has estado recientemente en Los Angeles, por ejemplo. ¿Cómo es el agua?

—Te hace sentir deseos de vomitar —dijo Philip.

—¿Y has ido alguna vez a la playa?

—¿Quién querría hacerlo?

—Exactamente. ¿Quién querría hacerlo? Los masoquistas con anhelo de faringitis y trastornos intestinales. ¿Quién piensa ya en nadar excepto en una piscina privada? No es seguro. Infiernos conozco a chicas que no se lavan la cara si no es con agua embotellada, por medio a que les entre en boca.

Philip miró a Denise, que asintió enérgicamente.

—Yo lo hago con los chicos —dijo—. Conviene asegurarse.

—Bien, entonces piensa en esto... Mierda, hubiera jurado que traje mi portadocumentos conmigo —Alan miró a su alrededor.

—Bajo tu sillón —dijo Denise, señalando.

—Oh, gracias. —Extrajo un maletín portadocumentos negro y sacó de él un paquete de folletos coloreados.

—Aquí está el último de los artilugios de Mitsuyama. Un purificador de agua casero. Sistema de cartucho recargable. Barato... calculo ciento sesenta dólares instalado. Los cartuchos cinco dólares, duración de un mes para una familia media, a la venta en paquetes de seis, una clientela de reposición asegurada. Los cartuchos pueden regenerarse hirviéndolos en una solución que cuesta quince centavos el galón... pero eso naturalmente no se lo decimos a la clientela. ¡Infiernos, con una promoción adecuada podemos tenerlos instalados en todas las casas de Denver dentro de este mismo año, y luego lanzarnos a cubrir el Estado!

—¿Ciento sesenta dólares? —Philip frunció el ceño, pasando las brillantes páginas del folleto—. No suena como que vaya a dejar mucho margen de beneficios, contando la mano de obra.

—¡Infiernos, puedo instalar una de esas cosas en treinta minutos desde el momento en que cruzo la puerta de entrada!

—Oh. Tú vas detrás de una concesión para la ciudad. —Philip sintió que de pronto su corazón empezaba a latir fuertemente entre sus costillas. Alan tenía razón: una cosa así tenía unas posibilidades comerciales inmensas.

—Obtendré una concesión para todo el Estado si puedo —gruñó Alan—. Y además, creo que he obtenido un buen seguro. Mi ex-socio, Bud... bueno, le he convencido de que me debía un favor, y no es tan estúpido como para olvidar que puede que él mismo necesite un favor uno de esos días. Tiene buenos contactos con la Colorado Chemical. He ido a verles, les gusta la idea, y si puedo convencerles de que soy capaz de manejar el volumen de negocio que esto representa están dispuestos a apoyarme con una propuesta un cinco por ciento más elevada que cualquier otro.

Se reclinó en su sillón, con una sonrisa satisfecha.

—Bueno, no sé si ellos me aprobarán a *mí* —dijo Philip tras una pausa—. Quiero decir, Angel City no va a estar dispuesta a darme las mejores referencias del mundo, imagino.

—¡Oh, a la mierda con Angel City! —Alan barrió el aire con su mano—. Les expliqué mi proyecto publicitario, y les gusta tanto que estoy seguro de que podría contratar a Fidel Castro y no les importaría en lo más mínimo.

—¿De qué se trata?

—¿Recuerdas a ese tipo negro que se convirtió casi en un héroe con lo de la avalancha de Towerhill? El policía... ¿cuál es su nombre? Oh, sí: Peter Goddard.

—¿Pero no está paralizado? —preguntó Denise.

—En este preciso momento está en recuperación. Ya camina, de uno a otro lado de su habitación. Bueno, creo que más bien cojea, y así seguirá. De modo que

naturalmente no volverán a aceptarlo en la policía. Pero estuve en el hospital hace unos días, hablando con un doctor al que conozco, y conocí al tío de esos dos chicos a los que salvó. Es un rico bastardo forrado de dinero, nada en él como quien dice. Importador de abejas. Y se quejaba de la suerte del pobre tipo, que ya no podrá volver a su antiguo trabajo, y decía que estaba pagando todos los gastos de su hospitalización, pero que no podía pasarle una pensión por todo el resto de su vida a cambio del favor que le había hecho, y yo pensé: Cristo, un héroe y *un negro*, ¿qué más quieres? Y entonces ¡bang!, vino la inspiración. Avergonzaremos a todos esos gordos blancos, como tú y yo por ejemplo, y los tendremos comprando nuestros filtros, todo lo demás será coser y cantar. —Alan se frotó alegremente las manos—. ¡Oh, sí! ¿No crees que todo encaja perfectamente?

INFORME DE LABORATORIO

RESUMEN: En presencia del doctor Michael Advowson; observador nombrado por las Naciones Unidas, han sido tomadas muestras de un lote del producto «Nutripon Bamberley», aparentemente tomado de un almacén destruido en Noshri. No procede pues de un contenedor hermético, y por lo tanto no puede descartarse la posibilidad de contaminación ulterior. Algunas porciones fueron trituradas en una diversidad de disolventes, y en cada caso la solución fue analizada mediante técnicas standard de cromatografía sobre papel (Papel Analítico Hansen Tipo III). En todas las muestras fueron hallados rastros del mismo alcaloide complejo que había sido previamente aislado de la orina y suero sanguíneo de ejemplares humanos de Noshri, y que es parecido a algunos derivados hidrolizados del cornezuelo del centeno. La administración de esta sustancia a los animales de laboratorio ha engendrado espasmos musculares, comportamiento aberrante, pánico irracional y heces manchadas de sangre. Parece muy altamente probable que esta sustancia haya sido el agente causal del desastre de Noshri; de todos modos, no es posible determinar en qué momento fue introducido en el alimento.

—En París, en el *Instituto Pasteur*:
L. M. DUVAL (Dr. Med., Dr. Quím).

LAS MARAVILLAS DE LA MODERNA CIVILIZACIÓN

La pequeña y linda secretaria, una chica vestida al último grito, incluida una falda abierta hasta la cintura para revelar entre sus muslos una brillante mata de rizado acero inoxidable sujeta a sus panties, escuchó en el ultramoderno intercom de su rutilante escritorio. El sonido era direccionalizado, por supuesto. Allí el ambiente era fresco y agradable debido a que en vez de ventanas había proyecciones cosmorámicas, el último de los sistemas de moda para prevenir la intrusión de la desagradable realidad exterior. Pese a que las chimeneas cercanas lanzaban al aire sus humos las veinticuatro horas del día la vista era límpida, con nubes, un cielo azul, un sol amarillo no tan brillante como para molestar a los ojos. Superior al artículo original, sí.

Incluso había pájaros que volaban o se perchaban entre dos capas de cristal sobre auténticas ramas en un entorno acondicionado. No era normal ver pájaros. En absoluto.

—Señor Hideki Katsamura —dijo la chica. El señor Hideki Katsamura se alzó del asiento de plástico, perfecta imitación de cuero natural sin riesgos de afecciones o quizá peyorativas asociaciones de ideas relativas a la desaparición de tantas lamentadas especies. Un respetable padre de familia, bien establecido, dominando excelentemente el inglés correctamente vestido con telas discretas. Con un firme dominio de sí mismo. Ni excesivamente ansioso por complacer ni excesivamente propenso a inclinarse ante las secretarias como algunos.

La espera había sido larga pero comprensible: la presión de los negocios urgentes.

Muy moderna, la chica abrió la puerta del despacho del doctor Hirasaku pulsando un botón oculto.

Más tarde, cuando el doctor Hirasaku y sus codirectores hubieron dado claramente instrucciones para la visita a América y la concesión de exclusivas para el nuevo purificador de agua, así como varias listas de productos competidores de los que había que explicar sus desventajas e inferioridades, y montones de datos grabados acerca de detalles de todas clases que debían ser estudiados con cuidado, el señor Katsamura regresó a su nueva casa en Osaka donde la recogida de basuras se efectuaba con toda puntualidad y el centro de la calle recibía las aguas de desecho de las demás casas de la zona en riachuelos integrados en el paisaje y adornados a

intervalos de cada manzana con arqueados puentecillos artísticamente decorados a la antigua manera china, detalle típico de las supermodernas ciudades para peatones planeadas para no verse nunca atiborradas de automóviles. Todo ello excelente. Todo de nylon.

EL BRAZALETE EN LA MANGA

El vuelo que llevó a Michael Advowson de París a Nueva York era vía Londres. Subsónico, insistió. Un detalle secundario pero frecuente de la práctica de su profesión había sido curar las escaldaduras de la gente que se había derramado encima su tetera hirviendo ante el sobresalto de un bang sónico.

Estaba previsto que el avión partiera de Orly a las 21:29. Llevaba ya noventa minutos de retraso. Había habido una alerta de bomba y estaban revisando los equipajes.

Iba en primera clase, puesto que no era él quien pagaba. Cuando subió a bordo descubrió que era el único pasajero más allá de la cortina divisoria. La primera clase se iba haciendo cada vez más pequeña, cada vez más difícil de llenar, y las líneas aéreas se sentían enormemente complacidas cuando alguna gran organización internacional, o una multinacional importante, adquiría billetes de primera clase para compensar el enviar a uno de sus empleados o empleadas a un lugar al que no deseaban ir.

Pero tampoco había demasiada gente en la clase turista. La gente ya no cruzaba el Atlántico a menos que no pudieran evitarlo, o para vanagloriarse de ello. Aunque tu avión no fuera sabotado o secuestrado, lo que sí podías estar seguro era que su horario iba a verse enormemente retrasado.

Eso no quería decir que la travesía por barco fuera más segura, desde el hundimiento del *Paolo Rizzi* el pasado verano y los mil trescientos pasajeros que se ahogaron en un mar contaminado por ciento ochenta mil toneladas de crudo arrojadas por el petrolero contra el que colisionó.

Moraleja, definitiva: quédese en casa.

Cuando cortaron la horripilante música ambiental, intentó dormir un poco, y casi lo había conseguido cuando fue despertado por la orden de sujetarse los cinturones para el aterrizaje en Londres, lo cual terminó con todas sus posibilidades de echar una cabezada por el momento.

Allí, dos nuevos pasajeros ocuparon sus asientos al otro lado del pasillo con respecto a él. En el asiento interior una rubia más o menos agraciada con una expresión triste y lánguida en el rostro, y en el lado de la ventanilla un hombre de pelo oscuro que debía ser unos años más joven que ella y que estaba ya roncando apenas el avión se hubo elevado de nuevo.

En la penumbra de la aislada cabina, sintiéndose como Jonás en el vientre de la gran ballena, Michael maldijo su destino.

¿Por qué yo? ¿Por qué han venido a buscarme a mí en los tranquilos campos de Irlanda para arrojarme a los más horribles campos de batalla del mundo?

Oh, intelectualmente conocía muy bien las razones de haber sido seleccionado. Los irlandeses habían sido a menudo los pilares de las fuerzas mantenedoras de la paz de las Naciones Unidas; como antiguo médico militar aún en la reserva, y habiendo llamado recientemente la atención de un amplio sector del público aireando a los cuatro vientos la inútil matanza de una gran cantidad de ganado que de hecho no sufría ninguna enfermedad infecciosa... Por todas partes había tenido que sufrir la persecución de los periodistas, incompetentemente ayudados por los oficiales subalternos de la Organización Mundial de la Salud y/o por la Comisión de Refugiados. Detestaba la notoriedad pública, y por eso precisamente había optado por un tranquilo puesto en el campo en vez de las ofertas que le hacían los más importantes hospitales, garantizándole el cargo de médico consultor antes de los cuarenta años, a cambio de verse condenado a meterse en la política hospitalaria, sirviendo a los designios de tal o cual funcionariado... *no gracias* había dicho, muy firmemente.

Pero no había conseguido parar aquello.

Ahora cada vez que cerraba los ojos veía a aquella pobre niña Eileen que había estado a punto de perder el dedo gordo de su pie, multiplicada cientos y cientos de veces y vuelta completamente negra. Nunca antes había comprendido, en el fondo de sí mismo, allá donde cuenta, la miseria que podía causar la guerra moderna.

Le habían mostrado la situación en que se hallaba la gente allá en Noshri, víctimas de un terror inconmensurable, extraviados, incapaces de concentrarse en las más simples tareas, a menudo incapaces de conseguir su propio alimento. Luego lo habían enviado a París, para conocer al escaso puñado de víctimas que estaban siendo atendidas en buenas condiciones hospitalarias porque el profesor Duval las estaba estudiando. Se había traído con él, en un maletín portadocumentos encadenado a su muñeca, una muestra de Nutripon que, durante su estancia en Noshri, había descubierto en un depósito —en realidad un simple agujero en el suelo— medio oculto de la luz pública, una reserva puesta aparte seguramente por alguien que no creía que hubiera un nuevo reparto al día siguiente, y que se había vuelto loco o había muerto antes de poder regresar a comerse el resto de lo que había conseguido. Había tomado parte en su examen, observado los análisis, supervisado la administración de dosis cuidadosamente medidas a ratas de laboratorio y monos... Ya no podía haber ninguna duda: la comida estaba envenenada. Pero faltaba determinar cómo, dónde, cuándo.

Por eso iba ahora a Nueva York, a las Naciones Unidas. Cuando nunca antes había salido de su Irlanda natal excepto para visitar a su familia en Glasgow, Liverpool y Londres. A menudo, durante su servicio militar que le había proporcionado su rango de capitán y el uniforme que ahora se veía obligado a llevar puesto que viajaba en misión oficial, había hablado con gente que había servido en

las fuerzas de paz de la ONU, captando el vago orgullo que sentían por haber sido reclutadas para una causa que apenas acababa de ser inventada, y que los países más ricos parecían despreciar. Había intentado hallar este orgullo en sí mismo. No había tenido demasiado éxito.

—¿Qué es este uniforme?

Una inesperada pregunta de la mujer al otro lado del pasillo, mientras el avión ascendía hasta su altura de crucero.

—Esto... del Ejército Irlandés, señorita.

—¿Permiten que los soldados extranjeros invadan América? —Había una dura sonrisa en su rostro, un duro asomo de sarcasmo en su voz.

Suspiró y giró su chaqueta —que colgaba de una percha al lado de su asiento— para mostrar el brazalete verde y blanco de las Naciones Unidas en su manga. El símbolo en forma de mapamundi estaba empezando a ser conocido a medida que la gente del planeta empezaba a sentirse cada vez más asustada de sí misma.

—Entonces, ¿va usted a las Naciones Unidas?

—Sí.

—Yo también. ¿Para qué?

—Para informar sobre el desastre de Noshri.

—Yo también.

El la miró parpadeando, sorprendido.

—¿No me cree? —Su tono era burlón—. Entonces no sabe usted quién soy. Me llamo Lucy Ramage. Soy enfermera. Estaba trabajando en Noshri. Vi lo que hicieron todos esos diablos. —Sus palabras tenían una cualidad fantasmal en la débil luz de la vibrante cabina del avión—. Yo también voy a hablarle al mundo de ello. ¿Sabe que intentaron encerrarme para impedirme que hablara? Dijeron que estaba loca y me encerraron en un sanatorio mental. Bueno, quizá sea cierto. Pasé por cosas que hubieran vuelto loco a cualquiera. Ese tipo que está a mi lado roncando es el que me sacó. Sin él aún estaría tras unos barrotes. Se llama señor Arriegas, ese es su nombre, pero deja que le llame Fernando. Pertenece a la embajada uruguaya en Londres.

La mención de su nombre despertó un recuerdo en la mente de Michael; había oído hablar de esa mujer a uno de los doctores en Noshri, un sueco alto llamado Bertil o algo así. Pero la referencia al Uruguay alteró totalmente la perspectiva. ¿Qué podía interesar a los tupamaros de una enfermedad de... no era Nueva Zelanda?... ¿que había estado trabajando en África? ¿La simple posibilidad de tener otra ocasión de fomentar los sentimientos antiamericanos? Estaban, todo el mundo lo sabía, llenos de amargura y resentimiento; cuando habían conseguido el poder en medio del caos que sus sabotajes y ataques estilo Robin Hood habían creado, los Estados Unidos habían pateado al Uruguay fuera de la OEA, como Cuba, y habían intentado barrerlos también de la ONU. Gracias a la brillante maniobra del Secretario General, que había

obtenido el apoyo no sólo de ambos bloques comunistas sino también de un puñado de naciones nominalmente neutrales, la moción había sido rechazada por una mayoría aplastante. Así que, echando humo, Washington había tenido que elegir entre arrojar a todas las Naciones Unidas de su suelo —una acción que no dejaba de tener su apoyo, por supuesto—, y permitir que esos declarados marxistas-maoístas entraran en los Estados Unidos. El compromiso había consistido en dejarles entrar, pero sólo con pasaporte de las Naciones Unidas, no con un pasaporte nacional. Una ficción, y todo el mundo lo sabía, pero al menos había evitado que el resto del mundo se pusiera en contra de América.

Lucy había seguido hablando mientras él recordaba todo aquello. La oyó decir:

—Ya sabe, allá en Nueva Zelanda yo nunca le había prestado excesiva atención a la política. Nunca voté. Y si lo hubiera hecho, supongo que hubiera votado liberal. Empecé a trabajar para Auxilio Mundial porque me daba la posibilidad de viajar, ver mundo antes de casarme y establecerme en un sitio. Nueva Zelanda es un lugar estupendo para los niños. Quiero decir que tengo tres sobrinas y un sobrino allá, y los cuatro están muy bien. Pero cuando vi todos esos horrores en Noshri comprendí. Lo que se dice de los americanos no es solo propaganda, es cierto. ¿Ha estado usted en Noshri?

—Sí —la voz de Michael estuvo a punto de quedar encallada en su garganta. Cada vez resultaba más claro que aquella mujer estaba mentalmente desorientada, por decirlo suavemente. Presentaba todos los síntomas: mirada vaga, voz aguda e incesante, incoherencia, todo. ¿Cómo poner fin a aquella desagradable conversación sin mostrarse insultante? Lo cual evidentemente no haría más que empeorar las cosas.

—Sí, vi en Noshri lo que están haciendo los imperialistas —prosiguió Lucy, mirando ahora fijamente frente a ella—. Los países ricos han arruinado lo que tenían, y ahora intentan robarles a los demás lo poco que les queda. Desean el cobre, el cinc, el estaño, el petróleo. Y por supuesto la madera, que se está haciendo escasa. —Sonaba como si estuviera recitando una lista memorizada. Probablemente lo era—. Y ahora han descubierto una nueva forma de conseguirlo... volver a todo el mundo loco a fin de que no puedan formar un gobierno estable e independiente. Casi estuvo a punto de funcionar en Noshri, de no haber sido por el general Kaika, y ahora están intentándolo en Honduras.

Michael se sobresaltó. Sabía, por supuesto, que había habido una especie de rebelión allí, y que el gobierno había apelado a la ayuda americana, pero era la primera vez que oía aquella acusación en particular.

—Oh, no desea hablar usted de ello, ¿verdad? —dijo la mujer—. Tiene formada su opinión y no desea verse confundido por nuevos hechos. —Dejó escapar una seca risa y se giró de espaldas, acurrucándose en su asiento, las rodillas dobladas hacia arriba y las manos rodeándolas.

El avión seguía su zumbante vuelo cruzando el cielo negro, por encima de las nubes que ocultaban el Atlántico. De pronto se le ocurrió a Michael que desde allí podía ver la luna. No la había visto durante todo el tiempo que había estado en París, como tampoco las estrellas.

Corrió la cortina de su ventanilla y miró afuera. No había ninguna luna visible. Cuando consultó su agenda descubrió que se había puesto, un delgado creciente plateado, exactamente en el momento en que el avión había despegado de Londres.

Girar a la derecha y volver a casa. (Se dio cuenta de que estaba en su propia zona horaria).

Si tan sólo pudiera.

ABRIL

LOA A LOS HÉROES

¡Hey, hombre de los grandes músculos!
¡Sí, tú!
Movido por el vapor, por la gasolina, por la electricidad,
¡Tú con las grandes huellas de cemento y de hormigón!
Constructor del globo, dominador de continentes,
tú que pones el planeta en cintura,
¡A ti te saludo!
Empaquetador y preservador de alimentos en cajas incorruptibles,
Bloqueador de las tormentas con ladrillos y mortero,
Multiplicador, con ruedas y raíles de brillante acero,
De bienes de todas clases, devorador de bosques,
Surcador de tierras en las improductivas llanuras,
Volador más alto que las águilas, nadador más rápido que los
tiburones,
Traficante de las riquezas del mundo, hacedor de milagros,
Te saludo, y canto tus hazañas...

—«Canción de los Estados Unidos», 1924

UNA VÍCTIMA DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

—He hecho *todo* lo que he podido —dijo Gerry Thorne, con voz dolida, y con razón. Tanto él como Moses Greenbriar habían hecho un buen trabajo con el programa de ayuda alimentaria en la planta hidropónica Bamberley... medio centavo por persona alimentada daba en total una suma considerable a lo largo de los años. Además, varios de los grupos de izquierda y centro del Congreso, por pequeños que fueran hoy en día, habían estado abogando por la compra de Nutripon por parte de organizaciones como la Fundación de la Comunidad de la Tierra para mantener las asignaciones de bienestar social en las grandes ciudades donde los alcaldes de la derecha estaban efectuando recortes importantes en sus presupuestos sociales por razones de economía. El hambre se había extendido un poco por todas partes durante el pasado invierno.

—No puedo hacer milagros —añadió.

Bien... quizá tan sólo algún que otro truco. Como su segunda casa en las Islas Vírgenes, espléndida con sus altas paredes de piedra y madera y su porche donde uno podía sentarse a menudo al aire libre siempre que el viento no viniera del sur, no de la fétida charca del Golfo de Méjico o de la colosal cloaca del Mar de los Sargazos. No importaba que el rencor de los trainitas hubiera llegado hasta tan lejos y ahora hubiera una semiborrada hilera de calaveras y tibias cruzadas adornando la fachada que miraba al mar. Nadie realmente se preocupaba de reprocharle un lujo como aquél a un hombre que había ganado su dinero en la Causa de Dios. Hubiera podido estar trabajando en la DuPont.

Lo más notable de todo era que uno aún podía bañarse allí; aunque la Corriente de las Canarias arrastraba a veces la basura procedente de Europa hasta aquel lugar, la Corriente de las Antillas llegaba de las relativamente limpias costas de la subdesarrollada Sudamérica. Aquella mañana el boletín de la Guardia Costera había dicho que el agua estaba aceptable, de modo que Elly Greenbriar y Nancy Thorne estaban probándola.

—¿Pero de dónde infiernos procede eso, esa droga o lo que sea? —La pregunta de Thorne era superflua; se suponía que eso era exactamente lo que la investigación de las Naciones Unidas debía descubrir.

—Bueno, no de la factoría —dijo Greenbriar, y tomó otro sorbo de su ginebra—. Pedimos a la Oficina Federal de Narcóticos que nos enviaran uno de sus mejores químicos forenses, y comprobó cincuenta muestras al azar de nuestros almacenes.

Todas limpias. Por supuesto vamos a enviar su informe a la comisión investigadora la próxima semana, aunque no creemos que vaya a ayudarnos de mucho.

—Creo que no. Tenemos a todo el mundo en contra nuestra, desde los asquerosos aislacionistas que «no ven por que debemos enviar nuestra preciosa comida a unos ingratos bastardos» hasta esos propios ingratos bastardos. Una negativa nunca atrapa a un rumor. ¿Oyó hablar usted del raid en San Diego, por ejemplo? ¿Lo de ese loco mexi-tupa, lo oyó? Petronella Page lo sacó en su show la otra noche. ¡Un tipo mexi-tupa! Y lo hizo de la manera más limpia.

—¿Qué quiere decir, un raid? —gruñó Greenbriar—. Raids, plural. Tres como mínimo, según mi prima Sophie.

—¿Cuántos?

—Tres. Sophie lleva viviendo allí veinte años, pero cuando me llamó el otro día dijo que estaba pensando mudarse al este. Tras el primer raid tuvieron otro... no creen que fuera la misma banda, porque las cargas eran de termita en vez de napalm... y luego hubo un tercero que incendió toda una manzana de casas para negros.

—Bastardos —dijo Thorne—. ¡Quemar a gente en sus casas! —Sus ojos estaban siguiendo un barco que había surgido de entre la bruma del norte: nuevo y reluciente, una de las últimas factorías piscícolas de gran profundidad diseñadas para extraer la pesca de los relativamente intactos fondos marinos. Los peces de superficie eran en aquellos tiempos o bien tan raros que eran prohibitivamente caros como el bacalao y el arenque, o peligrosamente altos en sustancias peligrosas como el mercurio orgánico. Pero los peces de las profundidades eran aún generalmente aceptables.

—¿Es el segundo o el tercero que vemos hoy? —preguntó Greenbriar.

—El tercero. Debe ser una buena estación para la pesca... Imagino que habrá quitado de la cabeza a su prima la idea de mudarse.

—Oh, vengo haciéndolo desde el terremoto de Los Angeles del 71, pero por supuesto por aquel entonces hubiera tenido que vender su casa a un precio tan bajo... Pero ahora creo que finalmente se ha decidido.

—Hablando de pérdidas —murmuró Thorne—, ¿tenía usted acciones de Angel City?

Greenbriar se limitó a esbozar una lúgubre sonrisa.

—Yo también. Y su valor ha ido a parar al sótano. Las cambié a acciones de Puritan, pero pese a todo he perdido un montón.

—Si quiere saber mi opinión —dijo Greenbriar—, será mejor que se desprenda también de las Puritan.

—¿Por qué? Pertenecen al Sindicato, ¿no? Lo cual las hace de lo más sólido que hay en el mercado.

—Oh, seguro, cualquier cosa que maneje el Sindicato se convierte en oro. Pero... —Greenbriar bajó la voz—. He oído rumores. Quizá sólo sean fantasías, por supuesto. Pero de todos modos...

—¿De qué se trata?

—Los trainitas van tras ellos.

—¡Imposible! —Thorne se envaró en su silla—. ¡Pero los trainitas están de su lado, siempre lo han estado!

—Entonces, ¿por qué están llevando a cabo análisis masivos de todos los productos Puritan?

—¿Quién dice que lo hacen? Y aunque lo hagan, ¿eso qué significa? Ya sabe lo paranoicos que se muestran respecto a lo que comen.

—¿Lo bastante paranoicos como para contratar a Lucas Quarrey, de la Universidad de Columbia?

Thorne se lo quedó mirando.

—Es un hecho —dijo Greenbriar—. Conozco a alguien que le conoce; de hecho ha efectuado ya algunos trabajos de poca importancia por cuenta del Trust, aquí y allá. Aparentemente fue contactado discretamente el otro día, y le preguntaron si querría coordinar ese proyecto que los propios químicos de los trainitas han iniciado.

Thorne abrió su boca en O.

—Eso significa un cambio de rumbo por su parte, ¿no? ¿Pero qué esperan ganar atacando a la única compañía que se dedica exclusivamente a los alimentos orgánicos? Sin tener en cuenta que el Sindicato se les va a echar encima, por supuesto.

—Mi opinión es que intentan hacer que bajen los precios. Quizá recopilando datos sobre el mayor número posible de sus errores... en un negocio de esa envergadura, es inevitable que se cuelen algunos productos aquí y allá cuya calidad no sea tan buena como proclama su publicidad... y utilizar esos datos como una pistola apuntando a la cabeza de la compañía.

Thorne se frotó la barbilla.

—Sí, eso encaja. Recuerdo un artículo de Train en el cual atacaba violentamente a la gente que se aprovechaba de la preocupación del público por la dieta. Pero me pregunto quién puede haber detrás de todo eso... no creo que sea el propio Train, por supuesto.

—No puede serlo. Train está muerto. Se suicidó. Lo sé de muy buena fuente. Nunca llegó a recuperarse de su depresión, ya sabe. Pero supongo que podría ser uno de esos individuos que han tomado su nombre. —Greenbriar echó la cabeza hacia atrás y aspiró ruidosamente—. ¡Hey, la primavera ha llegado realmente!

—¿Qué? —Desconcertado, tanto por la incongruencia de la observación como por el hecho de que allí en las Islas Vírgenes la lujuriente vegetación dominaba durante todo el año.

Greenbriar se echó a reír.

—Huela un poco. ¡Violetas!

Thorne obedeció: ¡hummmfff, hummmfff!

—Tiene razón —dijo sorprendido—. Pero un olor tan fuerte no puede proceder de las flores, ¿no cree?

—Creo que no. ¡Hummm! ¡Muy extraño! ¿De qué lado viene el viento ahora? Oh, sí, procede todavía del mar. —Miró hacia la playa, donde Elly y Nancy estaban chapoteando en los bajos fondos, obviamente disponiéndose a regresar a la casa.

Bien, el mundo estaba lleno de misterios. Thorne se alzó de hombros.

—Parece que no van a tardar en venir a comer —dijo—. Iré a decir...

Fue interrumpido por un grito.

Tanto él como Greenbriar saltaron de sus sillas. Allá abajo en el agua Nancy estaba debatiéndose desesperadamente, y Elly, que se había distanciado un poco de ella, regresaba a toda prisa para ayudarla.

—¡Rápido! —restalló Thorne, dejando su vaso en la mesa que halló más cerca y echando a correr escaleras abajo hacia la orilla. Se metió directamente en el agua mientras Elly intentaba poner a Nancy sobre sus pies.

El olor a violetas era increíblemente fuerte.

—¡Cui... dado! —se atragantó Nancy, y sujetando a Elly por los hombros con un brazo señaló hacia un objeto que apenas se veía emergiendo del agua. Sin forma definida lleno de incrustaciones, hubiera podido ser tomado por una roca. Pero algo amarillento se estaba dispersando a partir de una estrecha fisura en uno de sus extremos.

Thorne miró horrorizado a su esposa. Los ojos de la mujer estaban desorbitados, hinchándose literalmente mientras él la miraba, convirtiendo toda la parte superior de su rostro en una horrible masa abotagada. También sus labios se iban recubriendo de pústulas, y sus hombros, y su pecho.

—¡Moses! ¡Telefonee a un médico! —gritó—. ¡Qué envíen un helicóptero ambulancia!

El hombre gordo se dio la vuelta y entró precipitadamente en la casa, y en el mismo momento Nancy se dobló en dos, vomitando, y luego se desvaneció.

Ayudado por uno de sus criados indígenas que había aparecido en respuesta a los frenéticos gritos de Greenbriar Thorne y Elly llevaron a la mujer como pudieron a la casa la tendieron en un sofá, fueron a la cocina en busca de agua limpia, una pomada sedante, el botiquín de primeros auxilios.

—Envían inmediatamente una ambulancia con un médico —jadeó Greenbriar, regresando apresuradamente del teléfono—. ¿Pero qué puede haberle ocurrido? ¿Una medusa?

—¡Maldita sea, no! —Pero por supuesto el otro no había descendido como él a la playa, no había visto el tambor, o el barril, o lo que fuera, medio enterrado en la arena—. ¿Han dicho lo que teníamos que hacer mientras tanto? —preguntó Thorne.

—Yo... —Greenbriar se llevó una mano a la boca en un gesto absurdamente infantil—. No lo pregunté.

—¡Idiota! —El pánico había hecho perder la cabeza a Thorne—. Vuelve a llamar inmediatamente y...

Pero Greenbriar ya estaba corriendo hacia el teléfono de nuevo.

—¿Qué demonios *puede* ser eso? —estaba murmurando Elly.

—Lewisita —dijo el doctor cuando terminó de administrar el oxígeno de emergencia. No sólo el doctor, sino también una enfermera y un sargento de la policía habían venido con el helicóptero.

—¿Qué es eso? —preguntó Thorne, desconcertado.

—Un gas venenoso.

—¿Qué?

—Sí, el olor a violetas es inconfundible. He visto dos o tres casos como éste... no aquí, sino en Florida, donde vivía antes. Es un compuesto del arsénico inventado durante la Primera Guerra Mundial. No hubo ocasión de utilizarlo, así que lo echaron al océano. Lo que ocurrió en Florida fue que arrojaron un cargamento en el Cañón de Hatteras, y uno de esos nuevos barcos de pesca de profundidad subió varios de los contenedores a la superficie. No tenían idea de qué era lo que habían pescado tras sesenta años estaban totalmente incrustados de moluscos y todo tipo de cosas, evidentemente, de modo que rompieron uno de los barriles creyendo que su contenido podía tener algún valor. Cuando se dieron cuenta de que era peligroso, simplemente los volvieron a tirar por la borda, pero por aquel entonces estaban ya en aguas poco profundas y algunos de los barriles se reventaron contra el fondo rocoso. Varios de ellos fueron a parar a la orilla.

—Nunca oí hablar de ello —murmuró Thorne.

—¿Acaso esperaba otra cosa? Aquello hubiera arruinado el turismo de invierno en aquellas costas... el poco que queda ya. Yo me fui de allí porque deseaba playas limpias para mis chicos, no porque Florida fuera un lugar tan saludable que no tuviera bastantes pacientes. —Con una sonrisa irónica, se giró para examinar de nuevo a Nancy; el oxígeno había hecho su efecto, y estaba respirando más fácilmente.

—Creo que ya podemos trasladarla —dijo—. No se preocupe demasiado. Puede que no queden señales permanentes. Aunque por supuesto si ha inhalado o tragado algo de él...

Bien, ya veremos.

—Esta vez —dijo Thorne, como si no hubiera estado escuchando— la noticia se difundirá. Yo haré que se difunda.

NO TOCAR

... alegando, cito, connivencia con un país enemigo. Fin de la cita. Se pretende que intentó obtener datos de la polución del aire de fuentes cubanas. Protestando contra este arresto, unos doscientos estudiantes de la Universidad de Columbia se unieron a aproximadamente un millar de trainitas en una manifestación que la policía dispersó con gases lacrimógenos. Fueron señaladas ochenta y ocho hospitalizaciones, pero ninguna muerte. Al pedírsele que comentara estos sucesos inmediatamente antes de su partida hacia Hollywood, donde presidirá de nuevo la ceremonia de entrega de los Oscar, Prexy dijo, cito, Si es el tipo que proclama que estamos agotando nuestro oxígeno, díganle que yo no siento ninguna dificultad en respirar. Fin de la cita. Hoy se han producido de nuevo violentas luchas en la provincia de Guanagua, donde las fuerzas gubernamentales hondureñas, apoyadas por una cobertura aérea americana...

ENSAYO GENERAL

Hugh Pettingill no hubiera sabido decir exactamente lo que esperaba encontrar en el wat. Al cabo de muy poco tiempo, sin embargo, tuvo la certeza de que, fuera lo que fuese no iba a encontrarlo allí. Día tras día recorría el lugar, observando fundirse la nieve y llegar vacilantemente la primavera a los altos valles que les rodeaban. Lo que esperaba no llegaba. No se sentía integrado. Se sentía excluido. Y pese a no estar seguro de saber si deseaba ser integrado o no, se sentía despechado ante el hecho de que no se le ofreciera la elección.

Físicamente, el lugar era confortable: modesto, construido con materiales de recuperación, pero práctico y en muchos aspectos atractivo. Lo que lo irritaba, de todos modos, era la forma en que todo el mundo en el wat daba por sentado que aquello era una especie de ensayo: no en previsión de las secuelas de una guerra mundial, sino simplemente como una sesión de práctica de la vida ordinaria del siglo veintiuno. No podía comprenderlo. Para él era más bien como escapismo una forma de ocultarse del mundo real.

Cierto que había algunas cosas a su favor: la comida, por ejemplo, que aunque sencilla era deliciosa, mejor que todo lo que había probado en casa de los Bamberley, de modo que comía vorazmente las sabrosas sopas, el pan horneado en casa, las verduras y ensaladas cultivadas en invernadero. Aquello le interesaba un poco. Nunca antes había observado crecer cosas, excepto algunas semillas en tiestos que había plantado en la escuela, y durante un tiempo se unió a los grupos que efectuaban labores de rutina en el exterior. Pero cuando hubo que distribuir la lata de gusanos que había traído Felice, encontró el trabajo tan desagradable —viendo esparcirlos en dosis de diez o doce y observándolos retorcerse antes de sumergirse en lo que quizá iba a convertirse en la comida que luego tal vez tragara— que se dedicó a otras cosas. Había un taller de artesanía, y ayudó en la construcción de algunas mesas y bancos rústicos, porque por primera vez el año pasado muchos americanos habían tomado sus vacaciones en el interior en vez de ir al mar, y se les había ocurrido la idea de montar un restaurante para turistas para el siguiente verano, y servirles algunas comidas enteramente naturales con la esperanza de mostrarles qué era lo que se estaban perdiendo. Pero construir un banco exactamente igual al anterior se volvía pronto monótono. Buscó de nuevo otra cosa.

Durante todo el tiempo, sin embargo, no le abandonaba la sensación de que el mundo estaba precipitándose al infierno. De acuerdo, era cierto que aquellos hijos de madre habían transformado las praderas en desiertos de arena y convertido el mar en una gigantesca cloaca y cubierto con cemento los lugares donde antes crecían bosques. Así que había que detenerlos. ¡De modo que no dejemos que nos pisen, aplastemos antes sus rostros contra el polvo! ¡Aplastémoslos primero!

Aquella extraña y fría Peg: debía ser homosexual, concluyó, puesto que no quería saber nada... no solamente con él, sino con nadie. (Ni siquiera con Felice, que naturalmente había supuesto que era su chica, pero que iba con todos los demás, aunque nunca con él, ¡mierda!). Y sin embargo, parecía de alguna manera feliz.

Había encontrado algo allí. ¿Qué? ¿Resignación? ¿Podía una antigua periodista de empuje y entusiasta de los movimientos de liberación femenina sentirse satisfecha con una existencia tan monótona como aquella?

Bien, el hecho persistía. Incluso cuando Felice se fue tras una o dos semanas, murmurando una especie de extraña disculpa a todo el mundo y diciendo que habían sido unas fantásticas vacaciones —¡infiernos, *vacaciones* en un lugar donde el trabajo no se terminaba literalmente nunca!—, Peg se había quedado, y parecía contenta, en la medida que uno podía imaginar lo que pasaba tras aquel rostro encantador pero tan frío como una piedra...

Si le hubieran preguntado antes de llegar allí: «¿Eres trainita?», Hugh hubiera respondido que lo era sin la menor vacilación, con la fuerza que le daba el haber tomado parte en manifestaciones trainitas en la universidad. Los reclutadores de las grandes compañías merodeaban actualmente por los campus durante todo el tiempo, no sólo en la primavera y el verano, debido a que el número de estudiantes dedicados a las ciencias y a la ingeniería había descendido un 60% y a los estudios comerciales en un 30%, y los que no podían encajar en algo constructivo como agricultura o estudios forestales (lo cual generalmente significaba emigrar, por supuesto) preferían dejarlo correr. Así que aquellos frenéticos reclutadores se convertían en una plaga y de tanto en tanto cuando uno de ellos se ponía especialmente pesado era necesario echarlo al asqueroso río o desnudarlo y pintarle la calavera y las tibias cruzadas en la barriga.

La gente de allí, sin embargo, no se parecía en nada a los trainitas que había conocido fuera. Y obviamente aquello se correspondía más con las ideas que el propio Austin Train había expuesto. Aquel tipo Jones había sido un amigo personal de Train, y el propio Train había estado en varias ocasiones allí antes de desaparecer. (No estaba muerto; Hugh había adquirido la certeza de ello. Nadie en el *wat* quería sin embargo admitir que sabían dónde estaba).

Luchaba y luchaba por dar un sentido a todo lo que ocurría a su alrededor, y algunos detalles encajaban perfectamente. Pero cada vez que creía que había conseguido formar un esquema global en su mente, surgía algo que derrumbaba todo el tinglado.

El asunto de una vida sencilla, por ejemplo, la comida natural... excelente. Lo mismo para las ropas hechas con fibras naturales capaces de pudrirse y descomponerse: algodón, lino, lana. Correcto. El abono hecho a base de restos de vegetales y cosas así, la recuperación de las inevitables latas, la devolución de los

plásticos a la más cercana compañía de tratamiento, lo cual exigía un viaje mensual en el jeep de la comunidad. Fantástico. Pero si lo que pretendían era la vida sencilla, ¿por qué utilizaban la electricidad? Estaba muy bien decir que era una energía limpia y podía ser generada por saltos de agua y mareas. Pero el hecho subsistía: no era limpia. Y su insistencia en que mañana debería serlo y (ahí surgía de nuevo, el mismo argumento vicioso) que había que prepararse para el mañana, proyectando una forma de vida viable a través del ensayo y del error... aquello no le convencía. Sesenta y tantas personas en aquel wat, y era el mayor de los cuatrocientos o quinientos que existían esparcidos por todos los Estados Unidos y el Canadá: ¿cuántos ejemplares de la raza humana iban a aprender esa forma de vida antes de que se produjera el gran crash? ¡Cada día había una nueva señal premonitoria en las noticias!

Por supuesto era bueno que tuvieran electricidad, o su coche estaría aún atascado allá donde Peg y Felice lo habían encontrado. En vez de ello habían traído las baterías y las habían recargado, y ahora estaba aquí y sabía que en cualquier momento que deseara marcharse podía hacerlo. Cada día estaba empezando a sentirse más tentado. Todo aquello le parecía cada vez más una representación.

Escuchaban mucho las noticias de la radio y hablaban mucho de cosas que estaba seguro de que no comprendían enteramente, como la guerra de Honduras y el hambre en Europa desde que el Mediterráneo se había muerto. Incluso los niños. En particular ese Rick, que le ponía la carne de gallina: el hijo adoptivo de Zena (y antes de Decimus; ahora que el tipo estaba muerto uno pensaría que dejarían de hablar de él, pero era precisamente todo lo contrario; especialmente Rick, que proclamaba que cuando fuera mayor encontraría a la persona que había envenenado a su papá. ¡Cristo!)... ese Rick, que no dejaba de dar vueltas en torno suyo cada día, quizá porque los demás estaban ocupados, y le hacía locas preguntas que él no podía responder, como el porqué el sol no está siempre directamente sobre tu cabeza cuando el reloj señala el mediodía, y si tú no sabes decírmelo en qué libro puedo ir a buscar la respuesta, ¿eh? Deseaba ser astrónomo cuando fuera mayor, decía. Vaya futuro. Ahora que estaban cerrando los observatorios por todas partes.

¿Qué infiernos tenía que ver todo esto con el hecho de ser trainita? Fuera de allí todos aquellos asquerosos bastardos seguían violando y matando y envenenando... Cristo. ¿Dónde hay una pistola? ¿Dónde hay una bomba?

Intentó leer las obras de Austin Train. Estaban todas allí. Eran aburridísimas.

La única persona interesante a la que conoció durante su estancia en el wat fue una venida de fuera como él, un despedido de la planta hidropónica Bamberley: un negro de piel clara de más o menos su misma edad llamado Carl Travers. Tenía la vaga sensación de haberlo visto ya antes, pero no estaba seguro.

Carl acudía al wat con bastante frecuencia, y charlaban amigablemente, pero no mostraba ninguna inclinación a quedarse... no hubiera venido tan a menudo si no

estuviera en paro. Tenía buen khat, lo cual en aquellos momentos no le iba demasiado bien a Hugh puesto que intensificaba su sensación de tener demasiada energía en su interior y ninguna forma de liberarla, y también marihuana. Así que de tanto en tanto salían juntos del wat para una fumada. Tenía que ser fuera. Los trainitas no aprobaban aquello.

—¿Tienes familia? —dijo Hugh un día, cuando estaban en pleno viaje, en el Ford de segunda mano de Carl aparcado en una serpenteante carretera de montaña desde donde contemplaban al sol hundirse rojizo en la neblina que flotaba sobre la costa.

—Hermanos y hermanas —dijo Carl.

—¿Mayores, más pequeños?

—Más pequeños, excepto Jeannie. No la veo muy a menudo. Se casó con un poli. Ese tipo que se convirtió en un héroe con eso de la avalancha.

—Ajá.

Pasó el tiempo. Imposible decir cuánto. Era el viaje.

—¿Y tú?

—No. —No contaba a los Bamberley como familia. Nunca había mencionado aquello a Carl.

—¿Por qué estás en el wat?

—Infiernos, *no sé* por qué estoy en él.

—¿No te gusta?

—Nope. ¿Tú vives con los tuyos?

—Mierda, no. Una habitación amueblada al otro lado de la ciudad de donde están ellos. Me mantengo a mí mismo. Soy un hombre que trabaja. Es decir, lo era.

Más silencio. El tiempo de liar otro porro.

—Estoy pensando en mudarme. Va a helar como un infierno antes de que vuelvan a abrir la planta. De todos modos, nunca me gustó ese trabajo.

—¿Adónde vas a ir?

—Quizá a Berkeley.

—Oh, mierda. En California no verás el sol de un extremo al otro del año. ¡Todo el Estado apesta!

—Quizá sí, pero un día de esos van a tener ese gran terremoto, y me gustará estar allí para poder reírme un rato... Además, tengo buenos amigos en Berkeley. Estuve un año en la universidad.

—Yo también.

—¿Lo dejaste correr?

—Lo dejé correr.

Más silencio. El tiempo de encender el porro.

—¿Volamos un poco más?

—Ajá.

—Muchacho, eso sí es un *viaje*. ¿Quieres una chupada?

—Ajá.

ANTES DE QUE SEAMOS TAN RUDAMENTE INTERRUMPIDOS

—Tengo una cita con el señor Bamberley —dijo Michael, y miró al reloj de la pared—. Pero veo que he llegado con unos minutos de adelanto.

—¡Oh, usted debe ser el capitán Advowson! —dijo la chica del escritorio de recepción con voz calurosa... pero no demasiado clara; había algo en su boca y su voz sonaba áspera. En la esquina de su escritorio, una caja abierta de pastillas para la garganta. Perfumaban fuertemente los alrededores con mentol—. Siéntese, le diré al señor Bamberley que está usted aquí. ¿Me permite su mascarilla filtro?

—Gracias —soltó la correa y se la entregó, y ella la añadió a un perchero donde había ya ocho o diez colgando.

Dirigiéndose a una silla en el otro lado de la espaciosa antesala, giró la vista hacia ella, y ella lo vio y sonrió, pensando que lo hacía porque la encontraba atractiva. De hecho era porque le recordaba a la enfermera de Noshri... el mismo color de cabellos, los mismos rasgos. Aunque un poco más regordita y sin las bolsas negras bajo los ojos que estropeaban la buena apariencia de Lucy Ramage.

La había visto otras dos veces desde su encuentro en el avión, una personalmente en el edificio de las Naciones Unidas y otra por la noche en televisión, en una entrevista dentro de un programa presentado por una mujer llamada Petronella Page. Había permanecido sentada inmóvil, sin reaccionar ni siquiera a las más malignamente sutiles estocadas verbales, y recitó en voz muy baja la relación de increíbles sufrimientos que su entrevistadora había intentado interrumpir, una y otra vez, fallando en cada ocasión. Fría como nieve cayendo, acumulándose en una enorme masa de horror, pesada, asfixiante, sus palabras brotaban una tras otra hasta que las cámaras giraron hacia la sala llena de público, sin ser lo suficientemente rápidas sin embargo como para evitar la visión de una chica en la segunda fila desvaneciéndose y cayendo de su silla.

Cuando empezaron sus acusaciones de genocidio deliberado, cortaron rápidamente para pasar los anuncios.

¿Quién infiernos *había* envenenado aquel suministro de víveres? Alguien para desacreditar los programas de ayuda occidentales debía haber tenido acceso a la carga afectada, había abierto las cajas, rociado el contenido, vuelto a cerrarlas. Incluso aunque Duval insistía que esto resultaba inconsistente con la uniforme distribución del producto tóxico en el interior de las muestras que él había examinado...

¿Cuánto tiempo aún iba a seguir durando aquella maldita investigación? Deseaba más que ninguna otra cosa volver a casa, pero tenía órdenes de permanecer allí hasta

que los distinguidos juristas internacionales que ahora estaban examinando la evidencia emitieran su informe final. Si sobrevivía hasta entonces.

Tocó con cuidado la magulladura a un lado de su mandíbula. Hacía una semana había asistido a una fiesta, a seis manzanas de su hotel, y había sido tan incauto como para volver a pie pasada la medianoche. Alguien lo había atacado con una cachiporra. Afortunadamente la magulladura había sido lo peor que había recibido.

También sufrió una conjuntivitis dos días después de su llegada, y como resultado aún seguía llevando un parche negro sobre su ojo izquierdo, como un pirata. Y también le habían advertido que se afeitara la barba porque a la policía no le gustaban, y un pequeño corte que se había hecho al eliminarla —en el lado opuesto a la magulladura— se había infectado, y le aseguraron que le había pasado porque había sido tan estúpido como para afeitarse con agua del grifo. Nadie de las personas que conoció en la ONU usaba otra cosa que no fuera una maquinilla eléctrica, y de hecho el empleado del drugstore al que le había comprado la navaja y la crema de afeitar se había mostrado desconcertado y había insistido en que le comprara también una loción aftershave bactericida. Pero había creído que el hombre simplemente estaba intentando conseguir una venta extra.

Ahora el corte se había convertido en un forúnculo en miniatura, con una fea cabeza blanca. Estaba protegido por un vendaje adhesivo, pero temía que más pronto o más tarde tendría que ser abierto quirúrgicamente.

Increíble. Pero le habían dicho repetidamente que todos los que llegaban a Nueva York pasaban por lo mismo. Los nativos, por supuesto, eran más resistentes, pero nadie de más lejos que digamos ciento cincuenta kilómetros a la redonda gozaba de las inmunidades que los residentes habían adquirido.

Y los residentes tampoco podían sentirse demasiado felices... En una de las numerosas recepciones de los circuitos diplomáticos a las que se vio obligado a asistir conoció a una chica de unos veinticinco años, guapa, de cabello oscuro y buena figura, completamente borracha pese a que la fiesta apenas hacía una hora que había empezado. Estaba buscando un oído hermano, y fuera por educación, o más bien por aburrimiento, Michael le prestó el suyo. Estaba trabajando en las Naciones Unidas como secretaria, porque, dijo, deseaba hacer algo para mejorar el mundo. Y había descubierto que eso simplemente no era posible. Proclamó que había esperado casarse con un muchacho al que conocía desde la universidad, pero que la había dejado plantada cuando se enteró de que ella deseaba trabajar para esos asquerosos bastardos del frente comunista; que no había sido el único, que había ido perdiendo amigo tras amigo hasta el punto de que ahora su única vida social era a este nivel, esos interminables cócteles oficiales donde gente de una docena de nacionalidades distintas se malinterpretaban las unas a las otras desgañitándose a más no poder.

—Pero después de todo, ¿acaso no nos hallamos todos prisioneros en la misma bola de fango? —oyó de nuevo su voz en sus recuerdos, casi a punto de quebrarse en un sollozo—. Y las únicas personas que parecen preocuparse son las equivocadas,

quiero decir aquellas de las que se supone no somos amigos. Conocí a ese uruguayo el otro día, Fernando Arri... algo, lo he olvidado. ¿No oyó lo que le ha pasado?

Michael negó con la cabeza.

—Estaba dirigiéndose de vuelta a casa, al lugar donde viven todos los uruguayos... no se les permite salir de Manhattan, ya sabe, y tienen que vivir en ese bloque de edificios cerca de la plaza de las Naciones Unidas... y estaba lloviendo, y cuatro hombres que hacían como que se protegían bajo una marquesina saltaron sobre él. Le patearon los testículos y le rompieron cuatro dientes a patadas.

—Buen Dios —dijo Michael—. ¿Y la policía...?

—¡La policía! —Una seca carcajada, como un grito—. ¡Ellos eran la policía! ¡Encontraron la marca de una suela de zapato de policía en su rostro!

En ese momento se serenó, casi como por arte de magia, porque ya era el final de la fiesta y todo el mundo se estaba marchando, y dijo:

—Gracias por escuchar mi charla de borracha. A menos que de tanto en tanto encuentre a alguien que me tome en serio, tengo la impresión de que todo esto no debe ser más que un sueño. ¿Puedo invitarle a cenar? Creo que se lo merece.

Y, al ver que él dudaba, añadió:

—Conozco un restaurante maravilloso donde aún sirven auténtica comida.

Lo cual era un cebo irresistible. Todo lo que había comido allí le sabía a plástico y a cartón.

Tras la comida —que era buena, pese a su sorprendente descubrimiento de que lo que consideraba como productos básicos de cada día en su casa, tales como el jamón y el arenque, aparecían aquí en la sección «gourmets», y tenían un sobrepeso en el menú—, ella habló tranquila y razonablemente de cosas horribles. De su hermana mayor, que había tenido dos niños en Nueva York, ambos eran subnormales: no deficientes, simplemente lentos, pues el mayor apenas estaba empezando a aprender a leer tras haber cumplido los nueve años; de las flores que había intentado cultivar en una jardinera en su ventana del apartamento, y que se habían marchitado y habían perdido todas sus hojas a la semana; del coste de los seguros de hospitalización; del mendigo que había encontrado jadeante contra una pared, suplicándole un cuarto de dólar para oxígeno; de la lluvia que hacía agujeros en las medias y los panties. Michael había experimentado la lluvia de Nueva York. Había arruinado uno de sus uniformes. Pero al menos ahora podía volver a vestirse de civil.

Y luego, cuando la acompañó a casa —en taxi, por supuesto—, ella le dijo en el portal:

—Me gustaría pedirle que subiera e hiciéramos el amor. Pero tendrá que ser la próxima vez. Aún me queda esperar una semana antes de que sea seguro.

Él había pensado: ¿el método rítmico? Pero ella lo había desengañado:

La enfermedad más común después del sarampión...

—¡Capitán Advowson!

Se alzó y cruzó la puerta que la secretaria le mantenía sonriente abierta.

La oficina de Bamberley era como todas las demás habitaciones en que había estado desde que había llegado allí: protegida contra la realidad exterior. Ventanas que no podían ser abiertas. Aire tratado y perfumado. Pinturas, originales, caras pero malas. Muchos artilugios modernos. Un bar empotrado en la pared con la puerta entreabierta. Y ni un solo libro.

¿Cuánto tiempo todavía, pensó Michael, antes de que me vuelva loco por la falta de la brisa del Atlántico soplando sobre kilómetros y kilómetros de dorada retama en flor?

El señor Bamberley, que le tendía afablemente la mano, no estaba solo. Con él había aquel hombre delgado, Gerry Thorne, que Michael había conocido en la investigación de las Naciones Unidas a la que asistía en nombre de Auxilio Mundial, y Moses Greenbriar, el tesorero jefe del trust. Thorne parecía distraído. Michael estrechó como correspondía su mano, rechazó un cigarro, aceptó un poco de whisky irlandés de una botella por abrir, probablemente obtenida especialmente en su honor.

—¡Y bien! —Terminados los preliminares, el señor Bamberley no parecía tener el control de la situación, y miró interrogativamente a Greenbriar, que tosió discretamente. Lo cual fue un error, porque un segundo más tarde tosía realmente, y estornudaba, y se ahogaba, y tuvo que llevarse a la nariz un pañuelo de papel y aspirar algún tipo de medicamento de un tubo de plástico blanco. Michael aguardó. Finalmente, se recuperó y pidió disculpas.

—Bien, capitán, imagino que supondrá usted por qué le hemos pedido que pierda un poco de su valioso tiempo con nosotros. Nos hallamos en una situación imposible. Nuestra planta de Colorado ha sido cerrada, como usted sabe, todo el personal ha tenido que ser despedido...

—¡Y hay gente que se está muriendo de hambre y se ve privada de lo que podría marcar para ellos la diferencia entre la vida y la muerte! —estalló el señor Bamberley.

—Lamento tener que decir esto —suspiró Michael—. Pero en Noshri vi gente que hubiera estado literalmente mejor muerta.

Hubo una incómoda pausa.

—Quizá —dijo finalmente Greenbriar—. Pero el hecho subsiste: los productos alimenticios de auxilio Bamberley han salvado a miles, uno se atrevería a decir incluso que a millones, de vidas en ocasiones anteriores, y el sabotaje de uno de nuestros cargamentos no se supone que deba poner punto final a todo nuestro trabajo. Y si esos malditos tupas consiguen hacer que sus acusaciones prevalezcan, pese a los resultados de la investigación oficial, eso es lo que ocurrirá.

—Ha oído usted lo que están diciendo, ¿verdad? —dijo el señor Bamberley—. Mentiras, por supuesto... ¡condenables mentiras! No se detienen ante nada para cubrir de injurias a nuestro país.

Fuera del propio edificio de las Naciones Unidas, era la primera vez que Michael oía alguna referencia a la acusación de que los víveres enviados a Honduras estaban envenenados del mismo modo que los de Noshri. Los uruguayos habían formulado una declaración oficial solicitando una investigación y exigiendo que fuera enviado un equipo neutral de doctores para indagar, pero no había sido tomada ninguna decisión. Había esperado algún comentario en la televisión o en los pocos periódicos supervivientes de Nueva York, esperando al menos un indignado mentís, pero ante su sorpresa el asunto fue completamente ignorado. Hacía un año o así, en su casa, alguien que había vuelto de visitar a su primo en América le había dicho que los medios de comunicación americanos estaban cumpliendo con la célebre frase de su presidente: «¡Si los periódicos saben lo que es bueno para ellos, publicarán solamente lo que es bueno para América!». No le había creído. Ahora seguía intentando no creerle. Pero cada vez se le hacía más difícil.

—De acuerdo con lo que he sabido en la investigación —aventuró—, el Nutripon enviado a Honduras fue manufacturado y despachado casi al mismo tiempo que el cargamento africano...

—¡Sí, y no hay la menor duda de que el próximo paso de los tupas —interrumpió Greenbriar— va a ser preparar algún Nutripon envenenado y pretender que ha sido hallado en San Pablo! Pero si eso fuera cierto, ¿por qué no hemos oído nada al respecto hasta el mes pasado? ¿Por qué los médicos del gobierno hondureño no han informado de psicosis masivas semejantes a las de Noshri? ¿Por qué los expertos forenses han hallado el Nutripon almacenado completamente limpio y sano, cuando nuestros stocks corresponden a las Navidades y al Año Nuevo del año pasado y son inmediatamente los siguientes de los incriminados dentro de nuestra línea de producción?

—Bueno, eso es por supuesto lo que la investigación intenta descubrir —dijo Michael—. Pero uno debe suponer que o bien alguien penetró en sus cubas y deliberadamente añadió el tóxico, lo cual ustedes insisten que es imposible... o bien algún hongo natural del tipo del cornezuelo del centeno contaminó sus levaduras habituales.

—Esa parece ser la única explicación aceptable —dijo el señor Bamberley con un alzarse de hombros—. Y no es una cosa que pueda reprochársenos. Lo único que podemos hacer es tomar las medidas necesarias para impedir que vuelva a pasar, y por supuesto ofrecer compensaciones acordes con lo ocurrido.

—Precisamente en este sentido —dijo Greenbriar— estamos haciendo rediseñar el sistema de purificación de aire de la planta por una firma especializada en salas de operaciones asépticas. Imagino que admitirá usted que su trabajo cumple con todos los estándares exigibles.

—Cabe esperarlo —dijo Michael secamente—. Pero los estándares son buenos tan sólo en la medida en que la gente los aplica como corresponde. Una vez vi a un muchachito pillar una gangrena en un moderno hospital debido a que un cirujano que

hubiera debido conocer mejor su trabajo levantó un vendaje para examinar una incisión sin ponerse su mascarilla. Echó estafilococos resistentes por toda la herida con su respiración. El muchacho murió.

Hubo otra pausa, esta vez muy incómoda. Durante ella, Michael decidió que no le gustaba Moses Greenbriar. Ya había llegado antes a la conclusión de que tampoco le gustaba Gerry Thorne.

¿Por qué no? Tenía un ligero atisbo de la razón. Tenía algo que ver con el hecho de que aquella gente increíblemente rica había engordado con los negocios benéficos. Para Michael —educado en el catolicismo, aunque no fuera creyente— la imagen que le evocaban era la de los Borgia.

—Naturalmente, haríamos todo lo que estuviera en nuestras manos para evitar ese tipo de inadvertencias —dijo finalmente Greenbriar—. Pero el punto más importante es éste, capitán. Claramente, antes de que podamos poner de nuevo la planta en funcionamiento, necesitamos que nuestros nuevos controles sean aprobados por alguna parte desinteresada. Difícilmente podemos pedirselo a un equipo de las Naciones Unidas, puesto que, como usted sabe muy bien cualquier «injerencia de la ONU» en los asuntos internos de este país provoca tremendas protestas. Por otra parte existe una gran simpatía tradicional, uno casi diría un gran amor, hacia Irlanda, y por eso se nos había ocurrido que tal vez usted...

No fue más lejos: hubo un repentino y enorme *tump*, como si el edificio hubiera sido pateado a su paso por un gigante de trescientos metros de alto, y las ventanas que-supuestamente-no-se-abrían-nunca se desmoronaron en resplandecientes fragmentos mientras el techo se derrumbaba y el vomitivo aire de Nueva York penetraba en tromba en la habitación.

Unos minutos antes, un coche pintado con una calavera y unas tibias cruzadas estaba ilegalmente estacionado frente al edificio de la calle 42. El conductor —con su mascarilla puesta, por supuesto, como todo el mundo en las aceras— saltó fuera y corrió hacia un drugstore cercano. Un agente de policía al otro lado de la calle observó el coche y la maniobra, pero le dio poca importancia; los trainitas no paraban de pintar calaveras y tibias en los coches, y no todo el mundo tenía el tiempo o el dinero necesarios para hacerlos borrar inmediatamente. Además, si el tipo había echado a correr hacia el drugstore eso quería decir que necesitaba alguna medicina con urgencia.

Simplemente tomó nota mental de hacerle observar que estaba mal aparcado cuando volviera al coche.

Sólo que no volvió. Siguió hasta la otra entrada del drugstore y se perdió en los corredores de la Gran Estación Central, y estaba completamente fuera del alcance cuando la mecha en el portamaletas del coche alcanzó lo que más tarde se estimó eran más de cincuenta cartuchos de dinamita.

BIENAVENTURADOS SEAN LOS PUROS DE TRIPA

Resultó que Doug McNeil había estado en el Japón.

Denise estaba chismorreando en su consulta después de que él hubiera tratado a Josie de una infección benigna de lombrices —probablemente contagiada por un perro, ¿y cómo puede una impedir que un niño acaricie a un cachorrillo o a un gatito?—, y él mencionó por casualidad que había asistido a una conferencia médica en Tokio.

Así que naturalmente, cuando surgió la cuestión de cómo recibir a aquel señor Hideki Katsamura que había acudido a los Estados Unidos para distribuir las concesiones del nuevo purificador de agua, le consultaron. Katsamura estaba realizando un gran circuito, empezando en California —donde la concesión iba a ir a parar evidentemente a Roland Bamberley, y gracias a Dios las concesiones habían sido limitadas a un solo Estado, ya que de otro modo nadie hubiera tenido la menor oportunidad—, y continuando vía Texas y la costa Atlántica hasta Nueva York y Nueva Inglaterra, y finalmente bajando hasta Chicago y Denver. Temeroso de ser derrotado puesto que una gran sociedad con sede en Chicago estaba solicitando los derechos de exclusiva sobre seis Estados, Alan había dejado actuar sus reflejos instantáneamente: el Denver Hilton, un restaurante en Larimer Square, el mejor club nocturno de la ciudad, ¿y dónde voy a encontrar una chica teniendo en cuenta que las geishas...?

Pero Doug había dicho alto, un momento: no el Hilton, sino el Brown Palace, y mejor la parte antigua siempre que los daños provocados por el temblor hubieran sido reparados. Esos japoneses eran unos entusiastas de las tradiciones de los otros países. Y no lo lleven tampoco a un restaurante; muchos japoneses envidian la libertad con que los europeos y americanos invitan a los huéspedes a sus propias casas, en vez de recibirles en los restaurantes como es habitual entre los japoneses.

Resultando obvio que Alan no podía invitar al hombre a cenar a su pequeño tugurio de soltero, parecía lógico que la recepción se efectuara en casa de Philip, pero surgieron problemas cuando Denise se negó rotundamente a ello. Nunca le había importado ser la anfitriona de los superiores de Philip en Angel City, pero un japonés era algo muy distinto. Repitió una y otra vez que no sabía en absoluto cómo preparar el tempura o el sukiyaki.

—¡Olvide eso! —se burló Doug—. Si fuera usted a Tokio, ¿le gustaría que le dieran la bienvenida con hamburguesas y patatas fritas? Admito que probablemente se viera obligada a ello, ya que incluso cuando yo estuve allí hace cuatro años habían tenido que renunciar a la mayoría de sus platos tradicionales como el pescado crudo. Probé algo que se suponía era bueno, y su sabor era realmente estupendo, pero al día siguiente estaba con disentería... ¡sin hablar de los retortijones! Pero de todos modos

ése no es el asunto. Usted prepare bistecs con montones de cebolla frita, y empiece quizá con alguna sopa de mariscos de Nueva Zelanda, que es más o menos parecida a la de Nueva Inglaterra pero mucho más segura, y compre montones de ensalada en Puritan, y...

—¡Pero eso costará un riñón! —se preocupó Denise, haciendo una lista de lo que debería comprar.

—Paga la empresa —dijo Alan—. ¡Tú simplemente hazlo!

De modo que por supuesto, como les había ayudado, invitaron a Doug y a su encantadora esposa inglesa Angela, e inevitablemente a su madre, una pizpireta mujer de brillantes ojillos y sesenta y cinco años llamada Millicent por todo el mundo incluidos su hijo y su nuera, con la que parecía llevarse maravillosamente bien. Y Alan, por supuesto y al hombre de la Colorado Chemical que financiaba la inversión de las Empresas Prosser, Sandy Bollinger, con su esposa Mabel, y para completar las parejas puesto que Katsumara viajaba sin secretaria, la secretaria y mano derecha de Alan, Dorothy Black, treinta y cinco años, nada del otro mundo, soltera, pero una formidable conversadora con un montón de historias divertidas que contar.

Naturalmente todos los aviones llegaban siempre tarde, pero no habían calculado que Katsamura llegara con tanto retraso sobre el horario previsto. Cuando Philip, cansado tras una hora de espera en el aeropuerto, hizo averiguaciones, supo que entre el equipaje embarcado en Chicago O'Hare había una valija señalada con una calavera y dos tibias, la cual naturalmente había sido abierta. Cuando comprobaron que no contenía más que hojas de output de ordenador detallando los resultados obtenidos por el profesor Quarrey sobre los residuos en los gases de escape a grandes altitudes, llegaron a la conclusión de que debía tratarse de una maniobra para desviar la atención de alguna otra cosa, quizá una bomba. De modo que lo registraron meticulosamente todo y a todos, y en vez de llegar a las 16:50 el señor Katsamura aterrizó a las 19:12.

Durante la espera, Alan había dicho:

—A propósito, ¿cómo te encuentras?

—Doug dice que hace falta como mínimo otra semana.

¿No es un infierno, tener que aguardar sudando todo ese tiempo? Es mi espera más larga sin poder hacer nada desde que tenía dieciséis años.

Al menos era un alivio poder hablar libremente de ello. Se había convertido en una afección tan común que era absurdo pretender que no existía.

El número del vuelo apareció en el tablero de llegadas y se dirigieron hacia la barrera, mirando. Philip esperaba vagamente a alguien pequeño y amarillo con gafas de montura de concha y haciendo constantes reverencias medio esbozadas. Pero no había nadie con esas características. Sólo había un hombre de unos cuarenta años, con abrigo oscuro, casi tan alto como él, ligeramente cetrino y con los ojos apenas rasgados.

—¿El señor Katsamura? —dijo Alan, tendiendo su mano.

—¡Sí, señor! —dijo el señor Katsamura, que había aprendido muy rápidamente un montón de cosas durante sus dos semanas y media en los Estados Unidos, sobre todo relativas a la conducta social adecuada y al correcto uso de la jerga... corrección, del slang. Estrechó la mano que le tendían, sonrió, fue presentado a Philip, estrechó también su mano, y se disculpó por hacerles esperar un momento más.

Era humillante, explicó. Pero enteramente inevitable. Como lo había sido en el avión. Fastidioso y problemático. Además excesivamente persistente: ¡desde el primer día de su viaje! El medicamento que había comprado en Texas había sido utilizado completamente y no había conseguido remediar el problema. Podía resultar útil acudir a consultar a un doctor allí.

La puerta señalada CABALLEROS se cerró tras él.

Nerviosa en su traje comprado especialmente para la ocasión y una peluca completamente nueva, Denise sirvió los cócteles y aperitivos cuando llegaron del hotel donde habían dejado su equipaje... y utilizado de nuevo ese excelente dispositivo americano. Su nerviosismo desapareció en unos pocos minutos. El hombre hablaba libre y fluidamente con todo el mundo con Doug sobre sus respectivas reacciones ante las costumbres exóticas de sus respectivos países; con Sandy Bollinger sobre el impacto de la depresión europea en las finanzas internacionales; con Denise de las enfermedades de los niños, debido a que los suyos también estaban sufriendo constantemente alergias benignas, fiebres y desórdenes similares. Tras él, Millicent captó la mirada de Philip y formó un círculo con su índice y su pulgar: ¡Okay! Philip le sonrió, pensando que había sido un golpe de suerte el conocer a Doug.

Y Katsamura desapareció de nuevo en el cuarto de baño.

—Hay algo que no va bien con ese tipo —dijo Alan en voz baja—. Fue una vez en el aeropuerto, y de nuevo en el hotel.

—¿*Turismo*? —ofreció Angela McNeil en español.

—Pero lleva en el país más de dos semanas —objetó Mabel Bollinger—. Incluso en Brasil yo nunca lo he sufrido más de tres o cuatro días.

—Bueno, tenemos a un doctor aquí —dijo prácticamente Dorothy Black.

Doug se mordió el labio.

—Veré si puedo ayudar —dijo, pero sonaba dubitativo—. Phil, ¿tiene usted algo específico contra la diarrea? ¿Clorohidrochiquinolina, por ejemplo?

—Bueno... esto... no. Generalmente utilizo khat, y difícilmente podemos ofrecérselo. Quiero decir que es ilegal. Amor, ¿no tienes nada de los chicos?

—No en este momento —dijo Denise—. Acabé la última caja. Tenía intención de comprar más, pero con todo esto lo olvidé.

—¿Khat, dice usted? —preguntó Dorothy—. ¿Qué tiene que ver con esto?

—El estreñimiento es uno de sus efectos secundarios —respondió Doug. E hizo restallar sus dedos—. ¡Efectos secundarios! Sí, creo que tengo algo en mi maletín.

—Si no le importa —murmuró un minuto más tarde—, ya sabe usted que soy médico, ¿no?

Katsamura enrojeció visiblemente... se volvió más bien rosado.

—Trague dos de esos comprimidos... no con agua del grifo, le he traído un poco de agua embotellada de la cocina. Aquí está. Mañana me las arreglaré para que Phil Mason le traiga algo mejor, pero esto le ayudará durante unas cuantas horas. — Deslizó un pequeño tubito blanco en su otra mano.

De nuevo solo, Katsamura reflexionó que aquello era lo más razonable, lo más adecuado, calculado para reducir el riesgo de posteriores y peores azaramientos. Era bien sabido que había fondos importantes tras la propuesta de Prosser, aunque no fueran tan grandes como los de Chicago. Aquello lo había conducido a la aceptación de la invitación a cenar en una casa particular y a otros gestos no estrictamente protocolarios.

Lo decidió de pronto: recomendaría que la exclusiva para Colorado fuera cedida a esta gente. Me gustaría que la obtuvieran. No era una decisión muy comercial. Más bien contraria al sentido de los negocios. No dejar que los sentimientos personales interfirieran con los juicios profesionales. Pero de todos modos...

¿Cuánto tardarían en hacer efecto los comprimidos? Era de esperar que otros dos minutos no estropearan la cena. Apresuradamente, volvió a alzar la tapa del wáter.

Y LA COSA CONTINÚA

Latro, California: —Una terrible diarrea, doctor, ¡y me siento tan débil! / Tome esas píldoras, y venga a verme dentro de tres días si no se siente mejor.

Parkington, Texas: —Una terrible diarrea... / —Tome...

Hainesport, Louisiana: —Terrible... / —Tome...

Baker Bay, Florida: ...

Washington, D.C.: ...

Filadelfia, Pennsylvania: ...

Nueva York, Nueva York: ...

Boston, Massachusetts: ...

Chicago, Illinois: —Doctor, sé que es domingo, pero el niño está tan mal... ¡tiene usted que ayudarme! / —Dele una aspirina infantil y tráigamelo a mi consulta mañana. Adiós.

Por todas partes, USA: un repentino incremento en las demandas de ataúdes pequeños, el tamaño adecuado para albergar a un bebé muerto de enteritis infantil aguda.

MAYO

APROVECHEMOS MIENTRAS EL TIEMPO SEA BUENO

Cuando vine aquí no había nada que ver
Excepto el melancólico bosque y la verde pradera.
los coyotes aullaban en el valle de abajo
Con los ciervos y los osos y los búfalos,
¡Y sí, y no, escuchadla bien chicos!
¡Y sí, y no, escuchad mi canción!

Y tomé mi hacha y corté los árboles
Y me hice una cabaña para descansar a gusto,
Con las paredes de troncos y el techo de cañas
Y por la noche di gracias a Dios.
¡Y sí, y no...!

Y tomé mi fusil y mi cuerno de pólvora
Y maté a los zorros que robaban mi maíz.
Con la carne y el pan me daba buena vida,
Y busqué a una mujer que quisiera ser mi esposa.
¡Y sí, y no...!

Cuando ya fue un muchacho le enseñé a mi hijo
A usar el arado y la azada y el fusil.
Los campos se extendían y los árboles caían...
Hasta que finalmente hubo sitio para una pequeña ciudad.
¡Y sí, y no...!

Hay una iglesia de tablas con un campanario,
Y el domingo por la mañana está llena de gente.
Hay un banco, un bar y una gran tienda
Y un centenar de casas que no estaban antes.
¡Y sí, y no...!

Y ahora que soy viejo y estoy listo para irme
Hay rebaños en vez de búfalos.
Llevaran mi ataúd hasta mi tumba
Por caminos que muy pronto van a ser pavimentados.

¡Y sí, y no...!

Y soy feliz de haber dejado mi marca
En la tierra que una vez fue triste e incultivada.
Y me siento feliz de que mi plegaria mortuoria
Sea escuchada en una tierra que ya no es yerma y salvaje.
¡Y sí, y no...!

—«Canción de Boelker para fuegos de campamento», 1873

SÁBANA

—¿Dónde están? —no dejaba de murmurar Gerry Thorne durante todos los funerales de Nancy en la pequeña ciudad de Pennsylvania donde ella había nacido y donde aún vivían sus padres—. ¿Dónde están esos hijos de mala madre? ¡Es una maldita conspiración!

Todo el mundo comprendía que se sentía abrumado; no obstante, aquél no era lenguaje para emplear mientras el ministro sustituto de la iglesia salmodiaba los servicios. (El sacerdote titular sufría una enteritis). De modo que hicieron como Si no oyeran.

No se refería por supuesto a los que estaban allí. Había una nutrida concurrencia, algunos de ellos importantes y/o famosos. Jacob Bamberley había volado especialmente desde el este para asistir, con Maud pero sin los chicos. (Tenían enteritis). Algunos funcionarios menores de las embajadas y de las delegaciones de las Naciones Unidas de los países que habían sido ayudadas por Auxilio Mundial estaban evidentemente en la capilla. Moses Greenbriar había intentado venir pero Elly no se encontraba bien. (Enteritis). Antiguos amigos de la familia que eran conocidos en la comunidad, como el alcalde, y el director de la escuela a la que Nancy había asistido (libre hoy porque la escuela estaba cerrada a causa de la enteritis), estaban también allí. Pero no se refería a ellos.

—¡Cristo, ni siquiera un periodista! —murmuró—. Ni un sólo equipo de la televisión. ¡Y no será porque no les haya pateado el trasero una y otra vez a los de la ABS!

Pero se equivocaba. Sí había un periodista. Una chica enviada por un semanario local con una circulación aproximada de unos veinte mil ejemplares.

Hubo un incidente ligeramente embarazoso justo antes de la cremación, cuando una dama intentando escurrirse discretamente hacia los lavabos resbaló y cayó en el pasillo y... bien, todos intentaron hacer lo posible por aparentar que no habían visto nada. Pero finalmente el ataúd fue entregado a las llamas y salieron bajo un cielo gris amarillento.

Gerry se había mostrado al principio contra la cremación, debido al humo. Cambió de opinión cuando vio lo desfigurada que estaba.

El sol se mostraba hoy como una brillante mancha difusa; el tiempo había sido excepcionalmente bueno durante toda la semana. No proyectando ninguna sombra, el

rostro tan blanco como el papel, los músculos de su mandíbula agarrotados, Thorne repetía una y otra vez:

—¿Dónde están los bastardos? ¡Los mataré por esto!

—Hay una epidemia, ya sabes —dijo el señor Cowper, su suegro, que era muy dado a mantener las apariencias y había estado temblando bajo su traje negro durante todo el servicio—. Me han dicho que las cosas están muy mal en Nueva York.

Su esposa, que lo había estado fastidiando durante todo el rato resollando fuertemente a su lado, de tal modo que todos en la capilla habían podido oírla, no por el dolor sino por un terrible resfriado, se disculpó por un momento. Los trastornos habituales.

—¡Epidemia, un infierno! —restalló Thorne—. ¡Son las presiones oficiales! ¡No les gusta la mierda que he puesto al descubierto!

Era cierto, no era una baladronada. Había sentido un orgullo salvaje explotando su status de ejecutivo jefe de Auxilio Mundial para dar publicidad a la muerte de Nancy y sus causas. En consecuencia todos los complejos turísticos a lo largo de la costa Atlántica, y en el Caribe, hasta las Bermudas, estaban sufriendo decenas de miles de cancelaciones. Los estamentos oficiales insistían en que la cantidad de lewisita arrojada al mar en 1919 era incapaz de afectar un área tan grande, y era pura casualidad el que dos bidones hubieran sido izados hasta la superficie por dos pesqueros de profundidad distintos, y que de todos modos el aire hacía que la sustancia dejara de ser peligrosa en un día o dos. Pero eso no cambió las cosas. Thorne dio a la publicidad al menos a otra muerte causada por el gas, cuidadosamente ocultada hasta entonces —había seguido igualmente la pista a los familiares de otras ocho víctimas, pero alguien había hecho presión sobre ellos y se negaban a hablar—, y aquello había sido suficiente para el público, que ya estaba harto de mentiras. Este año iremos de vacaciones a algún otro lugar. ¿Dónde es donde un americano puede ir sin que sea inmediatamente lapidado por una enfurecida multitud? ¿España, Grecia? No, mejor quedarse lo más lejos posible de esa cloaca que es el Mediterráneo.

Quizá lo mejor sea quedarse en casa.

El ministro sustituto, el reverendo Horace Kirk, vino a unirse a ellos.

—Una ceremonia emocionante, reverendo —dijo el señor Cowper.

—Gracias.

—Voy a demandar a esos bastardos —dijo repentinamente Thorne—. ¡Si eso es lo que quieren!

El señor Cowper tocó solícitamente su brazo.

—Gerry, estás demasiado excitado. Ven a casa con nosotros e intenta tranquilizarte un poco.

—No. Voy a ir directamente a ver a mis abogados. ¡Aunque tenga que gastarme hasta el último centavo, encontraré a esos hijos de madre que echaron el gas!

—Comprendemos lo afectado que se siente usted por esta tragedia —dijo el señor Bamberley, adoptando el mismo tono apaciguador del señor Cowper—. Pero seguro que se da cuenta...

—¡Jack!

Ante la sorpresa general, la interrupción vino de Maud, que estaba metiéndose en la manga el pañuelo que había estado empapando de lágrimas durante todo el servicio.

—¡Gerry tiene razón! —exclamó—. ¡Es vergonzoso! ¡Es repugnante! No me importa cuánto tiempo hace que dicen que echaron eso al mar... ¡pertenece al gobierno, y está matando a la gente, y el gobierno es responsable!

—Vamos Maud, querida...

—¡Jack, ya sé que tú lo encuentras bien! ¡Lo peor que puede pasarte es que algún bicho se te coma tus preciosas yo-no-sé-cómo-las-llamas! ¡Tú no te pasas todas las horas del día preguntándote cuál de los chicos va a caer enfermo a continuación! ¡Eso es lo que hago yo, un año tras otro... si no son ataques es fiebre, y si no son náuseas es diarrea! ¿Cuánto tiempo crees que vamos a poder seguir soportándolo? ¡Es como vivir en el infierno!

Se derrumbó, ahogada por los sollozos, y se apoyó ciegamente en el sacerdote en busca de apoyo, el cual la sostuvo con aire desconcertado, mientras su esposo la miraba como si nunca antes la hubiera visto.

El señor Kirk tosió ligeramente, lo cual fue un error. Era invariablemente un error hoy en día, al parecer, incluso en una ciudad pequeña, y el señor Cowper tuvo que hacerse cargo de Maud por él. Pero se recuperó sin perder su aplomo y dijo:

—Bien, señor Thorne, no estoy totalmente al corriente de los detalles de su triste pérdida...

—¿No lo está? —interrumpió secamente Thorne—. ¡No es culpa mía! ¡Lo hice pasar por televisión, lo puse en los periódicos y en las revistas!

—Como estaba diciendo... —Fríamente: estamos aún en presencia de la muerte, y no es correcto alzar la voz—. Tengo la impresión de que no sería juicioso entablar una demanda contra el gobierno. La posibilidad de obtener una compensación es más bien escasa, y...

—¡Al infierno con la compensación! —estalló Thorne—. ¡Lo que quiero es justicia! ¡Usted no puede decirme que cuando arrojaron ese gas al mar no pensaron que habría gente pescando, bañándose en él, construyendo casas frente a las playas! ¡No puede decirme que esos bastardos no sabían lo que estaban haciendo... simplemente confiaban en estar muy lejos para cuando empezaran los problemas! ¡Bien, yo voy a buscarles esos problemas! ¡Antes de que haya terminado con ellos esos asquerosos generales habrán recogido toda esa basura con sus manos desnudas!

Se giró sobre sus talones y se dirigió casi a la carrera hacia su coche.

Tras una larga pausa, el señor Kirk dijo dubitativo:

—Creo que va a llover, ¿no lo piensan ustedes así? Quizá sería mejor que nos fuéramos.

—Oh... sí —admitió el señor Cowper—. No es agradable ser sorprendido por la lluvia, ¿verdad?

HASTA AHORA: NO PADRE

Más tarde, cuando estuvieron solos, el señor Bamberley le reprochó a Maud:

—Bien, ¿qué querías que hiciera con los chicos... que los encerrara como hace Roland con Hector, de modo que no supieran qué es la porquería cuando la vieran?

MALOS VIENTOS

Como la mayoría de los modernos bloques de apartamentos de alto standing, el edificio donde vivían los Mason estaba protegido por una puerta deslizante de acero, cristales a prueba de balas, y un hombre armado día y noche. Doug McNeil presentó sus documentos de identidad al suspicaz negro que permanecía sentado en la cabina antigás hoy. Era sábado, lo cual probablemente explicaba el por qué no había visto al guardia antes. Con el creciente aumento del coste de la vida, cada vez había más gente realizando ese tipo de trabajos por la noche o los fines de semana.

—¿Haciendo una visita domiciliaria en sábado? —dijo el guardia, incrédulo.

—¿Por qué no? —dijo fríamente Doug—. ¡Hay un chico enfermo ahí arriba!

—Está bien, está bien —dijo el guardia, agitando su masiva cabeza orlada con una barba grisácea. Abrió la reja. Doug había recorrido la mitad del camino hacia el ascensor cuando el hombre le llamó tras él:

—¡Oiga, doc!

Giró la vista.

—Doc, ¿toma usted... esto... pacientes de color?

—Claro, ¿por qué no?

—Bueno, doc... —Saliendo tímidamente de su cabina, como si tuviera miedo de recibir una reprimenda. Era mucho más viejo de lo que parecía a primera vista, se dio cuenta Doug; bien conservado, pero probablemente por encima de los sesenta—. Es mi mujer. Nada que pueda verse al primer momento, ya sabe usted lo que quiero decir, pero tiene constantemente esos accesos como de debilidad, así que, si no cuesta demasiado dinero...

Terminó con una nota más alta, esperanzada.

Doug intentó no suspirar. Podía hacer su diagnóstico sin ver a la mujer: alimentación pobre conduciendo a una mal nutrición subclínica, agua pobre conduciendo a trastornos intestinales leves pero recurrentes, debilidad general y todo lo demás. Pero dijo:

—Bueno, estoy en el listín telefónico. Douglas McNeil.

—¡Gracias, señor! ¡Un millón de gracias!

Aún se sentía trastornado por el encuentro cuando penetró en el apartamento de los Mason. Denise estaba tan impaciente por recibirle que ya había abierto todos los cerrojos, dejando la puerta sólo con una simple cadena de seguridad, y olvidó volver a ponerla en sus prisas por acompañarle al interior.

—¡Doug, gracias a Dios que has venido! ¡He tenido que cambiarle a Harold la cama dos veces desde que te llamé!

La siguió resignadamente, y era lo que esperaba. Tres minutos, y tenía escrita ya su receta, un duplicado de... ¿cuántas?... quizá noventa en la última semana.

Lavándose las manos, recitó las advertencias habituales relativas a la dieta y a no preocuparse por los leves retortijones de estómago.

En cuyo momento apareció Philip y preguntó el veredicto.

—No es nada serio —dijo Doug, volviendo a colocar la toalla en su anilla.

—¡Nada serio! Doug, han tenido que cerrar escuelas por toda la ciudad, y todos los niños en este edificio parecen haberlo atrapado, y muchos adultos también, y...

—Y los bebés a veces no se recuperan —restalló Doug—. ¡Lo sé!

Se dominó.

—Lo siento —añadió, pasándose una cansada mano por los ojos—. Esta es mi sexta llamada hoy por lo mismo, ¿sabes? Estoy hecho polvo.

—Sí, lo entiendo. —Philip pareció querer disculparse—. Sólo que cuando se trata de tus propios chicos...

—Los tuyos ya no son bebés —hizo notar Doug—. Se encontrarán bien en unos pocos días.

—Sí, pero... Oh, estoy portándome como un estúpido. ¿Tienes tiempo para una copa? Hay una gente aquí que me gustaría que conocieras.

—Creo que la necesito —dijo Doug haciendo una mueca, y le siguió.

En la sala de estar: una chica regordeta, guapa, negra, de tez clara, sentada tímidamente al borde de un sillón, y cerca de ella un hombre mucho más oscuro sentado con la característica rigidez que Doug atribuyó instantáneamente a un corsé torácico. Su rostro le era vagamente familiar, y cuando Philip hizo las presentaciones recordó dónde lo había visto.

—¡Señor Goddard! ¡Me alegra conocerle, me alegra mucho! —Y a Denise, que le tendía su habitual vodka con limón—: Oh, gracias.

—¿Están bien sus niños, señora Mason? —preguntó la chica.

—Doug dice que estarán bien en unos pocos días.

—¿Es eso, esa... epidemia? —preguntó Pete—. Yo tuve un amago la semana pasada. Lo cual me trajo, esto... algunos problemas. —Una sonrisa cohibida—. Aún no me muevo bastante aprisa, ya saben.

Doug sonrió, pero era una sonrisa forzada. Dejándose caer en un sillón, dijo:

—Oh... Básicamente es una variedad anormal de colibacilo. Una bacteria que por lo general vive tranquilamente en el intestino. Pero las variedades son distintas de un lugar a otro, y algunas resultan alteradas por la exposición a antibióticos y cosas así, y de este modo surge la diarrea. Es lo mismo realmente que el turismo, o como lo llaman en Inglaterra el «Delhi belly». Pero uno siempre termina acomodándose a la nueva variedad. Más pronto o más tarde.

—Pero los bebés... —Era Jeannie, vacilante.

—Bueno, sí, son vulnerables. Se deshidratan, ya saben, y además los alimentos pasan tan rápido a través de su sistema que... bien, ya se lo imaginan.

Pete asintió.

—¿Pero por qué se ha extendido tanto en este preciso momento? Está pasando en todo el país, según las noticias de esta mañana.

—Alguien me dijo que había sido provocado deliberadamente —aventuró Jeannie.

—¡Oh, vamos! —Doug lanzó un bufido y dio un sorbo a su bebida—. ¡Uno no necesita inventarse agentes enemigos para explicarlo, por Dios! No soy experto en salud pública, pero imagino que se trata de un simple círculo vicioso. Ya saben que estamos al límite de nuestros recursos de agua, ¿no?

—No necesitas decírmelo —suspiró Denise—. Precisamente acabamos de recibir una nota de no beber agua del grifo. De hecho, sospecho que por culpa de eso pillaron los chicos el bicho. Están tan orgullosos de llegar hasta la fregadera y servirse ellos mismos un vaso de agua... Perdón, sigue.

—Bueno, tú misma puedes imaginarlo. Con ocho o diez millones de personas...

—¿Ocho o diez *millones*? —se sobresaltó Philip.

—Eso es lo que dicen, y puede que no hayamos llegado aún a la parte más alta de la curva. Bien, obviamente, con tanta gente tirando de la cadena diez, quince, veinte veces al día, estamos utilizando mucha más agua de la habitual, y al menos la mitad de este país utiliza aguas recicladas de otros lugares.

Abrió las manos.

—Y así están las cosas. Un círculo vicioso. Probablemente durara todo el verano.

—Dios santo —dijo Philip.

—¿De qué te preocupas? —dijo Doug amargamente—. Tú y Alan tenéis vuestra concesión del nuevo purificador de agua, ¿no?

Philip frunció el ceño.

—Es el chiste más negro que he oído en mi vida. De todos modos, creo que tienes razón... mirándolo desde el lado optimista. Y es un consuelo ser uno de los pocos que pueden ver las cosas por el lado optimista... ¡Por cierto, Pete!

—¿No le dijo Alan que iba a recomendarle a Doug?

—¿Es usted también amigo de Alan? —intervino Doug.

—Seguro —asintió Pete—. Voy a trabajar para él.

—¡Oh, ha sido algo formidable! —exclamó Jeannie—. Nos ha encontrado un apartamento y todo lo necesario. Por eso hemos venido hoy a Denver, para verlo, y es estupendo.

—No es como tener una casa —dijo Pete—. Pero... —Consiguió alzarse de hombros pese a su corsé torácico.

Jeannie lo miró frunciendo el ceño. Tras un momento añadió:

—Sin embargo, hay una cosa que no le he preguntado, señora Mason...

—¡Denise, por favor!

—Oh... seguro, Denise. ¿Tiene usted muchos problemas con las ratas?

—No, ¿por qué?

—En este momento son una plaga en Towerhill Yo misma fui mordida por una. Y el otro día... —su voz se desvaneció.
—¿Qué? —la animó Philip.
—Mataron a un bebé —gruñó Pete—. Lo devoraron.

Hubo una pausa. Finalmente, Doug apuró su vaso y se alzó.

—Bueno, no sé de ninguna plaga de ratas en Denver —dijo—. Pero imagino que tal vez tengan problemas con los piojos y las pulgas. Casi la mitad de las casas que visito los tienen actualmente. Resistentes, por supuesto.

—¿Incluso a los productos... esto... fuertes? —dijo Philip, utilizando el eufemismo habitual para «ilegales».

—Oh, especialmente esos —dijo Doug, sonriendo sin el menor humor—. Son los supervivientes. Han sobrevivido a lo peor que podíamos echarles, y vienen para reírse de nosotros. Lo único que puede acabar ahora con ellos es un golpe directo con un ladrillo, y no estoy ni siquiera seguro de ello... Bien, gracias por la copa. Será mejor que siga mi ronda.

Se sintió divertido al darse cuenta, mientras se marchaba, de que todos hacían esfuerzos por no rascarse.

Pero no lo encontró tan divertido cuando un picor psicossomático se apoderó de él mientras bajaba en el ascensor.

EFFECTOS SECUNDARIOS

... oficialmente atribuido a los efectos debilitantes de la enteritis entre las tropas recientemente llegadas a ese país. Esto señala el mayor avance territorial de los tupamaros desde que se inició el levantamiento. No se ha podido obtener ningún comentario de la batalla por parte del presidente esta mañana, debido a su indisposición. La epidemia continúa extendiéndose por todos los Estados excepto Alaska y Hawaii, y muchas grandes compañías están trabajando con efectivos esqueléticos de personal. Los servicios públicos se han visto fuertemente afectados, especialmente la limpieza y la recogida de basuras. Los servicios de metros y autobuses en Nueva York han sido recortados drásticamente, en algunas líneas hasta a uno por hora, mientras que el jefe de policía de Nueva Orleans prevé una oleada de criminalidad sin precedentes aprovechando la baja de más de la mitad de sus efectivos. Esta mañana, las manifestaciones trainitas...

ENCAPOTADO

—Esas patatas se ven tan blandas como yo —dijo Peg, intentando hacer un chiste mientras depositaba el cubo de abono que había traído para esparcir entre las enfermizas plantas. Era su primer día de trabajo tras su reciente acceso de enteritis, y aún se sentía débil y con la cabeza dándole vueltas, pero ya no podía soportar el seguir sentada sin hacer nada.

—Sí, imagino que lo que más necesitan es un poco de sol —dijo Zena con aire ausente. Enrollándose las mangas frunció el ceño hacia la gran nube gris que ocultaba allá muy alto todo el cielo.

Peg oyó las palabras y experimentó un atisbo de iluminación: una especie de rápida proyección astral. Tuvo la impresión, en un destello, de estarse mirando a sí misma, viéndose no sólo en el espejo sino también en el tiempo.

Luego pasó, y estaba mirando de nuevo a las familiares montañas que rodeaban el wat, y los curiosos techos irregulares de los edificios que eran en sí mismos como montañas un domo junto a una pirámide y junto a un cubo. Uno de los arquitectos de la comunidad había estudiado en Inglaterra bajo Albarn.

—Peg, querida, ¿te encuentras bien? —preguntó Zena.

—Oh, sí —insistió Peg. Se había tambaleado un poco sin darse cuenta de ello.

—Bueno, no quieras hacer más de la cuenta, ¿oyes? Descansa tanto como lo necesites.

—Sí, por supuesto —murmuró Peg, y tomó su azada y empezó a hacer lo que le habían enseñado: un pequeño hoyo cerca de cada una de las enfermizas plantas, luego echar un puñado de abono, luego volver a taparlo. Después lo regarían bien para que el fertilizante penetrara.

Antes de haber terminado el primer agujero, sin embargo, oyó una seca exclamación de Zena, y miró a su alrededor para descubrir, con un estremecimiento de náusea, que estaba sujetando entre sus dedos algo delgado que se retorció.

—¡Hey, mira esto! —gritó Zena.

Peg obedeció, reluciente, y tras un momento no pudo pensar en nada mejor que decir que:

—Tiene un extraño color para un gusano. Normalmente, ¿no son rosados? —Aquella cosa tenía un color lívido, más bien azulado, como si estuviera atiborrado de sangre venosa.

—Sí —murmuró Zena—. Me pregunto si habrá sido afectado por alguna clase de veneno, como las patatas, o si... —Utilizó la azada con una mano para dejar al descubierto las raíces de la planta más cercana.

—Bien, ahí está nuestra respuesta —dijo sobriamente. Los tubérculos, que por aquel entonces deberían tener ya un buen tamaño, tenían tan sólo cuatro o cinco

centímetros de diámetro, y estaban acribillados de agujeros. Y cada agujero estaba rodeado por una mancha de podredumbre negruzca.

—Eso es lo que está arruinando toda la cosecha... —Zena se giró lentamente, observando el gran campo que habían sembrado de patatas el pasado otoño. Habíamos dado por sentado que se trataba de... bien, de algo en la lluvia, o en el suelo. Como siempre suele suceder.

Sí. Como siempre suele suceder.

Y entonces, contemplando al retorciente animalillo, Peg tuvo una horrible sospecha.

—¡Zena! Eso... Oh, no. Eran de diferente color.

—¿Qué?

—Aquella lata de gusanos que trajo Felice. Por un momento pensé... —Peg agitó la cabeza—. Pero los vimos en la tienda, y eran rosados.

—Y venían de La Fertilidad de las Plantas —dijo Zena—. Hemos tenido insectos suyos antes. De hecho, nuestras abejas son tuyas. —Había una docena de panales alrededor del wat—. Así que... De todos modos seguro que no tenemos suficiente extracto de ajo como para tratar un área de este tamaño. Imagino que todo lo que podemos hacer es llamar al Instituto Estatal de Agricultura y ver si hay algo que podamos plantar entre los surcos para atraer a estos bichos. Ven, volvamos. No hay nada que hacer aquí.

—¡Zena! —dijo Peg bruscamente.

—¿Sí?

—Creo que voy a irme. —¿Cómo explicarle aquel destello de iluminación que había tenido hacía un momento? Se había visto a sí misma como en el papel de pasajero en la corriente del tiempo. Durante semanas se había sentido satisfecha dejando que el wat la aislara, porque la vida allí era tan simple y armoniosa. Sin embargo, mientras tanto, ahí fuera estaban ocurriendo cosas terribles. Como lo que le había traído a ella hasta allí. Como muerte y destrucción. Como veneno en la lluvia que mataba tus cosechas.

—Lo estaba esperando —dijo Zena—. Esta no es tu forma de vida, ¿verdad? Necesitas competición, y nosotros no la tenemos aquí.

—No, no exactamente. —Peg buscó las palabras adecuadas, apoyándose en su azada—. Más bien... más bien dejar alguna señal. Más bien desear hacer una cosa que cambie el rumbo del mundo, en vez de prepararme para sobrevivir mientras el mundo sigue su camino hacia la perdición.

—Es por eso por lo que te hiciste periodista, supongo.

—Supongo que sí. —Peg hizo una mueca. Se sentía más relajada allí, más capaz de revelar sus sentimientos en su expresión o con su cuerpo. El wat fabricaba sus propios vinos de hierbas, según recetas tradicionales europeas, y los vendía no sólo a los turistas de verano sino también por correo, y la otra noche había habido una fiesta para celebrar una elaboración particularmente conseguida. Había bailado durante

horas y se había sentido estupendamente... justo antes de caer afectada por la enteritis. Y ningún hombre había insistido en llevársela a la cama todavía, excepto ese pobre y desorganizado chico Hugh con el que no podía contarse aún como hombre, y quizá por eso se había descubierto recientemente pensando si no debería intentarlo de nuevo y esta vez gozar plenamente de ello. En las pocas ocasiones anteriores había permanecido tan cerrada como la bóveda de un banco.

Estaba en aquel punto de sus pensamientos cuando llegó el joven Rick, y le mostraron el retorciente gusano, y se hizo cargo de él con toda su autoridad, prometiendo compararlo con todas las imágenes de plagas que pudiera encontrar en la biblioteca. Movida por un impulso, Peg dijo:

—Rick, estoy pensando en irme.

—¿A trabajar de nuevo en un periódico? —dijo él, ausente, examinando concentradamente al bicho.

—No lo sé. Quizá.

—Ajá. Ven a vernos a menudo, ¿querrás? —Envolvió cuidadosamente a la criatura en un pañuelo y se fue. Un momento antes de desaparecer de la vista, se giró y dijo—: ¡Y ve si puedes descubrir cómo fue envenenado mi papá, por favor!

Fue como si le hubieran echado encima un jarro de agua helada. Se quedó inmóvil durante largos segundos antes de ser capaz de hablar.

—¡Yo no le dije que Decimus hubiera sido envenenado, Zena!

—Claro que no.

—Y sin embargo... —tragó saliva dificultosamente—. Sin embargo, estoy segura de que lo fue.

—Yo también —dijo Zena—. Pero todos aquí lo estamos.

Aquello encajó en la mente de Peg con la falta de luz solar, y la lluvia que no alimentaba a las plantas sino que las mataba, y de repente dejó caer la azada y se echó a llorar ocultando su rostro entre las manos. Parte de ella estaba mirándola sorprendida desde fuera y pensando: ¿Peg Mankiewicz llorando? ¡No puede ser cierto!

Pero era una catarsis y una depuración.

—¡No puedo soportarlo! —dijo tras un momento, sintiendo los reconfortantes brazos de Zena alrededor de sus hombros. Parpadeó rechazando sus lágrimas y miró a las agonizantes patatas: un stock seleccionado bajo la presunción de que cada planta sería dosificada con fertilizantes artificiales, insecticidas tópicos, pulverizaciones de barniz plástico en las hojas para minimizar las pérdidas de agua, y al infierno cual fuera luego su sabor si su apariencia era hermosa y pesaban mucho. Abandonadas a los meros recursos de la naturaleza, se marchitaban porque esos recursos habían sido robados.

—¿Qué tipo de futuro tenemos, Zena? ¿Unos pocos miles de nosotros viviendo bajo tierra en cavernas con aire acondicionado, alimentándonos de plantas hidropónicas como las de Bamberley? ¿Mientras el resto de nuestros descendientes revuelven la envenenada superficie en busca de comida, con sus chicos enfermos y lisiados, peores que trogloditas tras siglos de orgullosa civilización?

Notó que Zena se envaraba. La más joven de sus hijas adoptivas sufría alergias, y la mitad del tiempo no dejaba de jadear y toser y ahogarse.

—¡Hemos de hacer que nos escuchen! —declaró Peg—. ¿No es ese el mensaje de todos los libros de Austin? No puedes culpar a la gente que no ha oído las advertencias; tienes que culpar a la gente que sí las ha oído, y las ha ignorado. Tengo un solo talento, el de hilvanar las palabras una tras otra. Austin ha desaparecido, Decimus está muerto, ¡pero alguien tiene que seguir gritando!

Cuando ya se alejaba, se detuvo un instante para añadir:

—Besa a los chicos con todo mi amor. —Y añadió, ante su propia sorpresa, en un ronco susurro—: Y recuerda que te quiero a ti también.

DE LAS ENTRAÑAS DE LA TIERRA

¡Reproduzca en su casa los MANANTIALES TERMALES DEL MUNDO!

¡Ríase de ese aviso de «no beba»! Suministramos las sales de cualquiera de los más famosos manantiales termales en cómodas bolsitas... ¡VICHY! ¡PERRIER! ¡FONTELLA! ¡APOLLINARIS! ¡MALVERN! ¡TODOS por 9'95 dólares la bolsita!

¡Recipientes de un galón de agua PURA: 1'50 dólares!

¡SYPHOON y todas las demás famosas marcas de AGUAS MINERALES EN STOCK!

¡Preserve la salud de su familia! ¡NO CORRA RIESGOS CON EL AGUA!

VIDA DE PERROS

¡Cristo! ¡Moscas!

Austin Train se detuvo en seco, escuchando el zumbido de alas alrededor del montón de basura. No habían sido recogidas desde hacía cinco semanas. La epidemia había significado la reducción a la mitad de los servicios de recogida, y habían llegado órdenes de arriba de que las zonas prósperas fueran atendidas antes que las pobres.

—Infiernos, de todos modos tiran su basura directamente por la ventana —había dicho alguien.

Y parecía como si fuera cierto. Cada bote a la vista a lo largo de la estrecha callejuela que se curvaba en un recodo entre dos edificios de cuatro y cinco pisos se desbordaba, y estaba rodeado de bolsas reventadas, y encima de todo aquello había otro montón de basura que seguramente debía haber sido arrojada desde las ventanas. Todo el conjunto hedía.

Pero había moscas. Increíble. El pasado verano no se había visto ni una sola en todo Los Angeles, por lo que podía recordar.

Le dolía la espalda y sus pies estaban lastimados y aquella afección de su cuero cabelludo había terminado con la mayor parte de su pelo y toda la cabeza le picaba horriblemente, pero de pronto se sintió alegre, y estaba silbando cuando forzó a la parte delantera de su carretilla a meterse debajo del primero de los botes de basura para arrastrarlo hasta el camión que aguardaba en la calle principal.

—¡Hey! ¡Hey, señor!

El grito procedía de arriba. Un chico moreno estaba mirando desde una ventana del tercer piso, probablemente un chicano. Lo saludó con la mano.

—¡Espere un momento! ¡Por favor, no se vaya!

El chico desapareció. ¿Qué significaba todo aquello? Se alzó de hombros y siguió intentando cargar el bote. Era difícil, con toda aquella porquería encima y alrededor. Al final tuvo que usar sus botas para dejar al descubierto su base.

Una puerta de la calleja se abrió, y allí estaba el chico, con una camisa arrugada y unos tejanos descoloridos, un mugriento vendaje en torno a su brazo derecho. Sus ojos estaban hinchados como si llevara un buen rato llorando.

—Señor, ¿quiere llevarse a mi perro, por favor? Está... está muerto.

Oh.

Austin suspiró y se restregó las manos en sus pantalones.

—¿Está arriba? ¿Pesa demasiado para llevarlo con tu brazo así?

—No, está al fondo, en la esquina de la calle. No me dejaron tenerlo en el apartamento —dijo el chico, sorbiendo aún las lágrimas—. Yo quería cogerlo y... bueno, enterrarlo como corresponde. Pero mami dijo no.

—Tu mami tiene razón —aprobó Austin. Allí en pleno centro de la ciudad, densamente poblado, uno no debía enterrar ningún cadáver, aunque un viejo perro o un gato pudriéndose en el suelo no iba a añadir nada a los peligros de epidemia en medio de toda aquella basura sin retirar—. De acuerdo, vamos a verlo.

Siguió al chico hasta la esquina de la callejuela, y había allí como una especie de perrera hecha con trozos recuperados de madera y plástico. El hocico del perro asomaba por la entrada. Austin se inclinó para echarle un vistazo al cuerpo del animal, y lanzó un silbido.

—¡Oye! Era un hermoso animal, ¿eh?

El chico suspiró.

—Sí. Lo llamaba Rey. Mamá dice que quiere decir una persona con autoridad que gobierna sobre las demás. Era mitad pastor alemán y mitad chow... Sólo que se metió en esa pelea, ¿ve? Y allá donde fue mordido empezó a pudrirse. —Señaló.

Austin vio, a un lado del cuello del perro, una herida infectada. Debía haberle dolido como un infierno.

—Hicimos todo lo que pudimos por él. No sirvió de nada. Le dolía tanto que incluso me mordió. —Agitó el brazo vendado—. Esta última noche se la pasó aullando y aullando, se le podía oír incluso con las ventanas cerradas. De modo que finalmente mami tuvo que tomarse unas pastillas para dormir, y dijo que yo le diera una a él también. ¡No hubiera debido hacerle caso! Pero los vecinos estaban muy enfadados con el ruido... —Se alzó desconsoladamente de hombros.

Austin asintió, calculando el peso del animal. No menos de treinta kilos, quizá treinta y cinco. Una buena carga. ¿Cómo había podido una familia tan mal alimentada dar de comer a una boca extra tan grande? Bien, mejor llevárselo.

Se inclinó para sujetarlo, y su mano rozó algo que colgaba en la parte interior del techo de la caseta. ¿Qué...?

¡Oh, no!

Descolgó la cosa del gancho que la sujetaba y la sacó. Una tira de papel cazamoscas. Una marca en español. Sin indicación de país de origen, por supuesto.

—¿Dónde conseguiste esto? —preguntó.

—Mami compró una caja. Las moscas están tan pesadas desde que dejaron de retirar las basuras. Y no dejaban de pasearse por las heridas de Rey, así que colgué una.

—¿Tiene colgadas tu madre más de esas en el apartamento?

—Sí, claro. En la cocina, el dormitorio, por todas partes. Van muy bien.

—Sube rápidamente y dile que debe quitarlas. Son peligrosas.

—Pero... —Se mordió los labios—. Bien, de acuerdo. Le diré que usted lo ha dicho. Cuando se despierte.

—¿Qué?

—Aún no se ha levantado. La he oído roncar antes de bajar. Y no le gusta que la moleste.

Austin apretó los puños.

—¿Qué clase de píldoras para dormir toma... barbitúricos?

—¡No lo sé! —Había miedo y sorpresa en los ojos del chico—. ¡Sólo píldoras, supongo!

Era estúpido haberlo preguntado. Ya sabía de qué se trataba.

—¡Rápido, llévame hasta tu apartamento!

—¡Smith! —rugió el jefe del equipo, apareciendo en la entrada del callejón—. ¿A qué diablos está jugando? ¿Dónde te crees que te encuentras?

Austin agitó la tira de papel cazamoscas bajo su nariz.

—¡Hay una mujer enferma ahí arriba! ¡Ha tomado barbitúricos en una habitación con las ventanas cerradas y una de esas cosas colgada del techo! ¿Sabe usted lo que ponen en esas asquerosidades? ¡Diclorvos! ¡Es un antagonista de la colinestrasa! ¡Mézclelo con barbitúricos y...!

—¿De qué demonios estás hablando? —restalló el jefe del equipo.

—¡Es así como murió este perro! ¡Vamos, aprisa!

Consiguieron salvar su vida. Pero naturalmente los periodistas quisieron hablar con aquel basurero tan sorprendentemente bien informado, así que tuvo que marcharse de nuevo antes de darles la oportunidad.

UN PLAN A ESCALA PLANETARIA

La fachada del edificio del trust Bamberley había sido reparada tan solo provisionalmente. Los cristales rotos habían sido sustituidos, por supuesto —uno no podía permitirse el dejar entrar el aire de la calle—, pero la planta baja había sido cubierta con planchas de madera. Escasez de mano de obra, dedujo Tom Grey.

—¡Parece como si hubieran sufrido un terremoto! —dijo alegremente el taxista.

—Bueno, no exactamente —contradijo Grey—. Un terremoto produce un tipo de daños altamente característico, fácilmente distinguible de los efectos de una bomba. —Pero iba con retraso para su cita con Moses Greenbriar, de modo que no se sintió inclinado a proseguir con el tema.

Por otro lado, no había nada más deprimente que permanecer allí en la calle. Las basuras estaban apiladas en altos montones por toda la acera y contra las paredes de los edificios. Además, el aire era increíblemente húmedo y viscoso, debido sin lugar a dudas a los sistemas de acondicionamiento de aire... y la gente que aguardaba en las paradas del autobús tosía y lagrimeaba constantemente debido a los humos. Viniendo del aeropuerto había visto iniciarse una pelea en una de las paradas, entre dos hombres con monos de trabajo que —sorprendentemente— estaban golpeándose a paraguazos.

Su taxista le informó espontáneamente que aquella línea de autobuses se había visto particularmente afectada por la epidemia de enteritis, y que aquella gente debía estar esperando al aire libre desde hacía más de una hora, lo cual era malo para el temperamento. Él había preguntado acerca de los paraguas, y el hombre se había echado a reír.

—¡Oh, eso es la lluvia de Nueva York! —había dicho con una especie de perverso orgullo—. ¡Yo también llevo uno, no podría pasarme sin él! —Señaló al estante bajo el tablero de mandos—. ¿Sabe?, voy a dejar este trabajo el mes próximo. ¡Estoy harto de los trainitas! ¿Ha visto la calavera y las tibias que me han pintado en este coche? —Grey no las había visto; sin duda estaban en el otro lado de por donde había entrado—. Ya es bastante para mí. Voy a invertir mis ahorros en un negocio de tintorería. Es lo que más rinde en estos momentos. Cinco minutos bajo la lluvia, con paraguas o sin paraguas, y si uno no lleva a limpiar inmediatamente su traje ya puede comprarse otro.

Muchas de las farolas de la calle estaban rotas y aún no habían sido reparadas. Los guardias nacionales, con mascarillas y cascos pero armados tan sólo con pistolas, estaban controlando el tráfico. Lo habían dicho en las noticias: el alcalde había ordenado a todos los policías que aún estaban en condiciones de prestar servicio a cubrir los trabajos esenciales tales como las patrullas nocturnas contra el crimen.

Había grandes carteles del Departamento de Salud Pública en el aeropuerto, advirtiendo a todos los recién llegados a la ciudad que adquirieran una renombrada marca de comprimidos profilácticos para el estómago, y que bajo ninguna circunstancia bebieran agua sin purificar.

—Nunca en mi vida había llevado a tantos borrachos a casa —había dicho el taxista—. Parece como si se hubieran tomado esa advertencia de no arriesgarse a beber agua como una orden de beber únicamente alcohol.

—Yo no bebo —había dicho Tom Grey.

Estaba un poco nervioso, porque actualmente daba una enorme importancia a la realización de su programa de simulación mundial. Desde el descalabro financiero sufrido por Angel City, primero con la avalancha de Towerhili, y ahora debido a la epidemia de enteritis —habían conseguido un notable éxito persuadiendo a sus clientes más jóvenes a establecer pólizas de seguro de vida sobre sus bebés a su mismo nacimiento, y tenían que pagar ya más de diez mil pólizas—, se habían visto obligados a buscar todos los medios posibles de aligerar la situación, incluso alquilando sus ordenadores a precio bajo a usuarios nocturnos y de fin de semana. Grey necesitaba un patrocinador alternativo.

Tras pasar revista a todas las compañías más importantes, había decidido que el trust Bamberley cumplía con todos los requisitos. Tenían un gran capital; disponían de capacidad de ordenador inutilizada, puesto que era primariamente una firma de inversiones, y utilizaba únicamente sus ordenadores para análisis de mercado; y estaba desesperadamente necesitado de algo que relanzara su imagen pública. La investigación de las Naciones Unidas sobre el desastre de Noshri no había sido capaz de poner en claro cómo había sido introducida la droga peligrosa en el Nutripon, y la ausencia de una exoneración de la firma había permitido que las sospechas continuaran.

Había enviado por delante un estudio detallado de su proyecto, con apéndices describiendo algunas aplicaciones prácticas del programa completo. Obviamente lo había hecho de forma persuasiva, puesto que había sido invitado a acudir a Nueva York para discutir el documento.

Y, menos de cinco minutos después de haber entrado en el despacho de Greenbriar, supo —para emplear una metáfora que era especialmente adecuada en el territorio de Bamberley— que había encontrado petróleo al primer golpe de pico.

Naturalmente, con Nueva York en aquel estado, uno podía esperar que la gente apreciara las potenciales ventajas de su proposición.

QUEMAR LOS PUENTES ANTES DE PASAR POR ELLOS

Presidente: Mis disculpas por los repetidos aplazamientos de esta reunión, damas y caballeros, pero... esto... como saben muy bien, ha sido debido al hecho de que el destino no ha sido lo bastante gentil como para hacer que nuestras varias indisposiciones coincidieran. Para las actas, soy Edward Penwarren, y soy el representante especial del Presidente en este asunto. Creo que todos ustedes conocen al señor Bamberley, pero desearía llamar su atención sobre la presencia del capitán Advowson... perdón, el mayor Advowson, delegado especial del equipo de observadores de las Naciones Unidas que estuvo en Noshri. Felicidades por su ascenso, mayor; creo que es algo muy reciente. ¿Sí, senador?

Senador Howell (Republicano, Colorado): Desearía que constara en acta que me opongo rotundamente a la presencia aquí de ese extranjero. He proclamado repetidamente, tanto en público como en privado, que este es un asunto puramente interno y que las Naciones Unidas no tienen derecho a inmiscuirse...

Advowson: Senador, llevo intentando marcharme de su condenado país desde hace más de un mes. Hiede, y lo digo en su sentido más literal. Nunca me he sentido tan enfermo en mi vida. Nunca me ha dolido tanto la garganta ni he sufrido tanta diarrea. Y nunca antes me había visto mezclado en un atentado con explosivos.

Presidente: Caballeros, por favor...

Howell: ¿No es eso prueba suficiente de que cualquier cosa que ese hombre diga o haga estará dominada por los prejuicios?

Advowson: Al infierno los prejuicios. Basada en las experiencias de mi primera y espero que última visita a...

Presidente: ¡Orden! Mayor, ¿debo recordarle que está usted aquí bajo invitación? Y en cuanto a usted, senador, debo hacerle observar que el presidente en persona aprobó la composición de este comité como idónea a las exigencias de la situación. Muchas gracias. Y ahora, la razón primordial de esta reunión es un informe que aún no ha sido anunciado públicamente, pero que me temo será entregado casi con toda seguridad a los delegados de las Naciones Unidas en los próximos días, debido a que una copia de él ha desaparecido. No voy a entrar en detalles sobre él, puesto que el asunto se halla *sub judice*. Pero en resumen se trata de un informe confidencial del Servicio de Sanidad de los Estados Unidos referente al estado de algunos de los supervivientes de... esto... el poblado de San Pablo. Perdón, mayor; ¿desea decir usted algo?

Advowson: Solamente: «¡Ajajá!».

Howell: Si esta es su idea de una constructiva contribución a...

Advowson: Es simplemente que he estado oyendo algunos rumores...

Presidente: ¡Orden! ¡Orden! Gracias. Sí, como iba diciendo, ese informe. Tiende... esto... a la conclusión de que los supervivientes de San Pablo, muestran muchos síntomas idénticos a los registrados en Noshri. Ahora debo señalar inmediatamente un punto. Hace tiempo ya, el doctor Duval en París analizó el Nutripon de Noshri. Nuestra firme creencia de lo ocurrido es esta: los tupas han conseguido preparar una sustancia similar, que produce los mismos efectos, y la han administrado deliberadamente a los indefensos civiles para desacreditar la intervención de los Estados Unidos en Honduras. ¿Qué ocurre, mayor?

Advowson: No importa. Prosiga.

Presidente: En apoyo de esta suposición, presentaré el siguiente punto. Si... y digo si... el Nutripon se hallara de nuevo en las raíces del problema, los síntomas hubieran sido observados hace ya tiempo, en enero quizá, cuando se estaba realizando la búsqueda del doctor Williams y de Leonard Ross. Sin embargo, la primera mención de trastornos mentales detectables, según la investigación de los Servicios de Sanidad, no se produjo hasta marzo, y fueron tan... esto... tan poco reconocibles en aquellas circunstancias con la necesidad de interrogar a tupas sospechosos de serlo y todo lo demás, que... Bien, el asunto es que una proporción muy pequeña de las personas detenidas para ser interrogadas mostraron alguna anomalía mental, y no fue hasta principios de abril que fueron reconocidos algunos síntomas lo suficientemente serios como para aconsejar un examen psiquiátrico más profundo y un... esto... eventual análisis de suero y todo lo demás. Me temo que no soy un experto en esto, simplemente estoy citando el informe. ¿No es así, señor Bamberley?

Bamberley: Creo que San Pablo fue el primer lugar donde se nos pidió que enviáramos Nutripon. Auxilio Mundial nos pasó el pedido poco antes de Navidad y lo servimos inmediatamente, gracias a que mis trabajadores no dudaron en dedicarle mucho tiempo extra. Nunca he oído que la gente de allí de Auxilio Mundial observara algo fuera de lo normal.

Presidente: Bueno, me temo que eso fuera imposible. Su agente local era el señor Ross, ¿no? Y murió. ¿Sí, mayor?

Advowson: ¿Puedo preguntarle al señor Bamberley para cuántas personas era el contrato? Quiero decir, ¿a cuánta gente se suponía que había que alimentar, y durante cuánto tiempo?

Bamberley: Creo que tengo esos datos... Sí, aquí están. Un centenar de adultos y ochenta niños, inicialmente durante dos días a fin de llevar algo de alivio inmediato.

Advowson: Bueno, incluso a un kilo por persona y día; ¡eso no suena como demasiada cantidad!

Bamberley: Estábamos cerca de las vacaciones navideñas, recuerde. Era lo que había quedado del contrato anterior, entienda... únicamente, como usted dice muy bien, un poco más de un centenar de kilos para el poblado más afectado. Enviamos

cantidades mucho mayores inmediatamente después del Año Nuevo, toneladas y toneladas, ¡y no ha habido ninguna reclamación sobre ese lote!

Advowson: ¿Me permite preguntarle algo, señor Presidente? ¿Cuántos supervivientes han mostrado estos desarreglos mentales?

Presidente: Sólo unos doce a quince, incluidos los niños.

Advowson: ¿Ello es debido a que sólo unos doce o quince de los habitantes del poblado fueron detenidos por sus simpatías con los tupamaros, o porque todos los demás fueron muertos?

Howell: ¡Sus simpatías con los tupamaros! ¡Maldita sea, todo lo que dice ese hombre surge directamente de su propia engañosa propaganda! ¡Señor Presidente, solicito que sea expulsado del comité!

Presidente: ¡Senador, le agradeceré que no se arrogue el derecho a darme órdenes! Me gusta que se haya formulado esta pregunta, aunque no apruebe la forma en que ha sido hecha, porque esa es exactamente el tipo de pregunta que deberemos responder en las Naciones Unidas. Mayor me temo que el informe no lo especifica, pero gracias por llamar mi atención hacia ese punto: intentaré saber la respuesta. Ahora, el señor Bamberley sabe cuál es la cuestión que sigue, creo.

Bamberley: Sí. Parece que no tenemos alternativa. Hay una gran cantidad de Nutripon aún en los almacenes, que fue preparada antes de ser instalados en nuestra planta los nuevos sistemas de filtraje. Se nos ha sugerido que deberíamos destruirlo con un máximo de publicidad hacer que su destrucción fuera confirmada por un testigo irrecusable... el mayor aquí presente, si él está dispuesto a ello, y también un científico de reputación internacional, Lucas Quarrey por ejemplo...

Howell: ¡Ese bastardo antiamericano! ¡Usted está loco!

Presidente: Senador, usted no lo comprende. Las nuevas instalaciones en la factoría deben ser aprobadas por alguien que nadie pueda acusar de... de lacayo del imperialismo o cualquier otro epíteto semejante. El profesor Quarrey no tiene reputación de guardarse lo que piensa, como muy correctamente señala usted. Su opinión puede ser de mucho peso en el extranjero. Ahora, si puedo continuar...

Howell: No he terminado. Jack, ese almacenamiento puede estar valorado en mucho dinero. ¿Como cuánto?

Bamberley: Aproximadamente medio millón de dólares. Y las modificaciones de la planta han costado casi lo mismo.

Presidente: Naturalmente, habrá compensaciones.

Howell: ¿Y de qué bolsillo van a salir? ¿Del de los contribuyentes, como siempre?

Presidente: Senador, debemos pensar en ello como la prima de una póliza de seguros. ¿No se da cuenta usted de en qué situación desesperada se halla este país en este mismo momento? Necesitamos poner esa planta de nuevo en funcionamiento, y borrar los prejuicios contra el Nutripon antes del otoño, porque estamos casi seguros de que vamos a tener que distribuir el producto aquí mismo en casa. Durante las

últimas semanas treinta y cinco millones de personas han estado enfermas durante una semana o más. Fábricas granjas, todo tipo de servicios públicos, han debido cerrar o han visto su producción notablemente disminuida. Y según el Departamento de Salud, Educación y Bienestar Social, nos dirigimos a un segundo ciclo de la epidemia debido a la escasez de agua, que nos obliga a reciclarla antes de que haya sido completamente esterilizada. Todas las advertencias del mundo de no beber agua de los grifos no impedirán que la gente atrape aquí y allí la bacteria una segunda vez. Y usted sabe lo que hizo en Honduras, ¿verdad?

Advowson: Probablemente no lo sepa. Dudo que lea los comunicados de prensa uruguayos, y ustedes han mantenido el asunto a buen recaudo.

Presidente: Cállese, mayor. Disculpe. En un cierto sentido tiene usted razón, aunque me duela tener que admitirlo. La publicidad no hubiera sido buena para la moral de la gente, ¿no cree?

Howell: ¿De qué infiernos están ustedes hablando?

Advowson: Del Décimo Cuerpo Antirrevolucionario, imagino.

Presidente: Maldita sea, sí, por supuesto. Senador, no efectuaron simplemente una acción estratégica de retirada debido a su debilitada condición, como se dijo en los media. Fue algo como no se había visto nunca desde la Primera Guerra Mundial. Echaron a correr. Estaban enfermos. Tenían más de cuarenta de fiebre, y la mayoría deliraban. Supongo que eso es una disculpa. Pero significa que todo el equipo del Cuerpo cayó intacto en manos de los tupas. Como resultado de ello Tegucigalpa tuvo que ser aprovisionada desde el aire, y puede que tengamos que evacuar al gobierno de un día para otro. Y por supuesto todos los ghettos de todas las grandes ciudades están llenos ahora de militantes negros protupas, y puede usted imaginar lo que ocurrirá si no podemos limpiar el nombre del Nutripon antes de que tengamos que distribuirlo como raciones de socorro. No contentos con envenenar a inocentes campesinos hondureños, ¡vamos a iniciar operaciones de genocidio también contra los negros americanos! Esta es la situación, y eso es lo que debemos prevenir a toda costa.

EL MOVIMIENTO SUBTERRÁNEO

Lem Walbridge había edificado su fortuna sobre las doscientas hectáreas que le había dejado su padre, y ahora poseía más de mil quinientas todas ellas plantadas con productos hortícolas: patatas, judías, lechugas, remolachas, más algo de maíz y girasol —por el aceite— y unas pocas exquisiteces para gourmets como calabacines y escorzoneras. El hombre del Departamento de Agricultura lo conocía muy bien.

—¡Jamás había visto nada parecido! —dijo Lem por décima vez, saltando de su jeep al borde de un campo de enfermizas remolachas. Arrancó una al azar y la mostró, agitada con horribles gusanos retorcientes—. ¿Y usted?

El otro asintió.

—Sí. Hace unos días. Justo al otro lado de esas colinas.

—¿Pero qué demonios son esas cosas? ¡Cristo, si esto sigue me voy a arruinar! Actualmente ya no puedo llevar al mercado más que la mitad de mi cosecha habitual y a menos que pare a esos asquerosos bichos... —Lanzó la carcomida remolacha con un resoplido de furia.

—¿Compró algunos gusanos de tierra este año?

Lem parpadeó.

—¡Bueno, claro que sí! Uno tiene que hacerlo. Para mantener el suelo en buenas condiciones.

—¿Eché algunos por aquí?

—Supongo que quizá sesenta, setenta litros, como siempre. Pero saqué la licencia, todos ellos fueron aprobados.

—¿Los compró a La Fertilidad de las Plantas en San Clemente?

—¡Por supuesto! ¡Siempre lo hago! Están en el negocio desde hace más tiempo que cualquier otro. La mejor calidad. Y abejas, también.

—Ajá, me temía esto. Venden sus productos por todo el país, ¿no es así? Hasta Nueva Inglaterra.

—¿Qué demonios tiene que ver eso con todo esto?

—Parece como si tuviera que verlo todo con su problema.

AL BORDE DEL MAR MUERTO

El viento era malo hoy. La mascarilla filtro de Hugh estaba gastada, totalmente atascada, y no disponía de setenta y cinco centavos para comprarse otra en un distribuidor al borde de la carretera, y de todos modos la calidad del producto era deplorable, ni siquiera duraban la hora que proclamaban.

Deplorable...

Se rascó la ingle con aire ausente. Ya estaba más o menos acostumbrado a los piojos, por supuesto; parecía que simplemente no había ninguna forma de evitarlos. Para cada mal bajo el sol, o hay un remedio o no hay ninguno. Si hay un remedio intenta encontrarlo, si no lo hay simplemente olvídale.

Debía haber una infernal cantidad de males hoy en día en el mundo para los que no había ningún remedio. Y además, ¿qué sol? No había visto el sol desde hacía un jodido número de semanas.

De todos modos, hacía calor. Apoyado en el pretil que dominaba el Pacífico, se preguntó a qué debía haberse parecido aquella playa cuando él era un chico. Llena de hermosas muchachas, quizá. Apuestos jóvenes exhibiendo sus musculaturas para impresionar. Ahora...

El agua parecía más bien como aceite. Tenía un color gris oscuro y apenas se movía bajo la brisa. A lo largo del borde de la arena había una burda línea de demarcación formada por basura, principalmente plásticos. Grandes cartelones rezaban: ES PELIGROSO BAÑARSE EN ESTA PLAYA.

Debían haber sido puestos el año pasado. Este año no hubiera sido necesario colocarlos. Una vaharada de aquella hediondez, y *buark*.

De todos modos, era bueno sentirse repuesto de nuevo. Aunque las cosas habían ido mal desde su llegada a California. Las diarreas. Todo el mundo sufría de ellas, pero *todo el mundo*. Allá en Berkeley, a lo largo de Telegraph, los había visto tendidos y gimoteando, los fondillos de sus tejanos manchados de marrón, sin que nadie acudiera a ayudarles. Había habido una clínica gratuita, pero también trataba las enfermedades venéreas, y el gobernador había dicho que alentaba la promiscuidad y la había cerrado.

Bien, al menos uno no se moría de aquella diarrea, no con más de seis meses de edad. Carl había encontrado un trabajo de media jornada durante un par de semanas tras su llegada, montando ataúdes baratos para bebés; el dinero en efectivo había sido útil.

Aunque a veces la diarrea te hacía *desear* morir.

¿Dónde infiernos estaba Carl, de todos modos? El aire era caliente y áspero, y se había ido a buscar unas cocas a una máquina distribuidora. Se estaba tomando su tiempo. El bastardo. Probablemente había recogido a alguien.

Se alojaban en casa de una chica llamada Kitty, que había esparcido media docena de colchones por el suelo y no se preocupaba realmente de saber quién los ocupaba, con quién ni de qué sexo. Ella y Carl habían tenido suerte y habían escapado a la diarrea, y lo que traían como fruto de trabajar, mendigar y prostituirse servía para alimentar a los demás. Cuando Hugh se recuperara, se había prometido a sí mismo, iba a salir a buscar un trabajo decente. Recogida de basura, por ejemplo. Limpieza de playas. Algo constructivo, de todos modos.

Sin señales todavía del regreso de Carl. Pero, arrastrado por el viento hacia él, un periódico, casi intacto y demasiado pesado como para que la brisa lo moviera más de unos pocos centímetros a cada sople. Le puso un pie encima y lo recogió. ¡Oh, estupendo! ¡Un ejemplar de *Tupamaro USA*!

Apoyándose contra la pared, lo puso en orden con la primera página por delante, y al momento un nombre saltó a su vista: Bamberley. No Jacob, Roland. Algo acerca de purificadores de agua japoneses. Hugh miró por encima de su hombro al asqueroso océano y se echó a reír.

Pero había otras cosas más interesantes. Los trainitas en Washington habían erigido una catapulta, al estilo romano, y habían bombardeado la Casa Blanca con bolsas de papel llenas de pulgas... hey, fabuloso, me hubiera gustado estar ahí. Y un artículo sobre Puritan, diciendo que su comida no era en absoluto mejor, era más cara debida simplemente a toda su publicidad...

—¡Hugh!

Alzó la vista y allí llegaba Carl, y Carl no estaba solo. Por un instante se sintió celoso. Nunca hubiera imaginado que pudiera sentirse así. Pero había ocurrido, y Carl era un buen tipo, y... Bien, al menos el hecho de tener a Kitty a su alrededor le permitía mantenerlo sujeto por... esto... por la manga.

—¡Hey, tienes que conocer a este amigo! —dijo Carl, radiante, mientras le tendía la botella de coca con una paja metida en el gollete—. Hugh Pettingill, ¡Austin Train!

¿*Austin Train*?

Hugh se sintió tan sorprendido que dejó caer el periódico y casi dejó caer la botella de coca al mismo tiempo, pero se recuperó y estrechó la mano tendida por el corpulento desconocido con una camisa roja ajada y unos tejanos descoloridos, que sonrió dejando al descubierto una hilera de dientes oscurecidos por el khat.

—Carl dice que os conocisteis en el wat de Denver.

—Oh... sí, así fue.

—¿Qué piensas de ellos?

—Llenos de viento —terció Carl—. ¿No es cierto, Hugh, pequeño?

No parecía correcto denigrar a un grupo de trainitas ante el propio Train, pero tras un momento Hugh asintió. Era cierto, de modo que ¿de qué serviría pretender lo contrario?

—Completamente cierto —dijo Train—. Todo charloteo y contemplación. Ninguna acción. Aquí abajo en California las cosas no son lo mismo ahora. Os alojáis en Berkeley, ¿no? Así que habéis visto Telegraph.

Hugh asintió de nuevo. De punta a punta, y hasta el final de la mayoría de las calles que lo cruzaban, estaba marcado con las huellas de las manifestaciones trainitas. Calaveras y tibias lo miraban a uno desde todas las partes.

Como las del pecho de este tipo. No un tatuaje sino una calco, visible cuando metió una mano bajo su camisa para rascarse su densa mata de vello.

—Carl dice que dejaste al wat porque deseabas acción —prosiguió Train, avanzando para sentarse en el parapeto al lado de Hugh. Sobre sus cabezas había un fuerte ruido zumbante, y los tres alzaron la mirada, pero el avión no era visible a través de la bruma.

—Bien, hay que hacer algo —murmuró Hugh—. Y las manifestaciones no son suficiente. No han evitado que el mundo siga hundiéndose cada día más en la mierda.

—Condenadamente cierto —asintió el hombre fornido. Por primera vez Hugh se dio cuenta de que había un bulto (no músculos) bajo la manga de su camisa, y sin pensar lo tocó.

El hombre apartó el brazo con una mueca.

—¡Cuidado! Aún está tierno.

—¿Qué ocurrió? —Había reconocido la blandura: algodón absorbente y un vendaje.

—Me quemé. —Con un alzarse de hombros—. Preparando algo de napalm con vaselina y otras cosas. Pienso que deberíamos seguir el ejemplo de los tupas. Por cierto, ¿oísteis que agarraron a ese mejicano que organizó los raids sobre San Diego?

Hugh sintió un estremecimiento de excitación. Aquélla era la forma de hablar por la que había estado suspirando: palabras prácticas, con una finalidad definida a la vista. Dijo:

—Sí. Una hedionda patrulla de guardapesca, ¿no?

—Exacto. Pretendieron que estaba pescando en aguas ilegales. Descubrieron esos globos alineados en cubierta, listos para ser lanzados.

—Pero como le estaba diciendo precisamente a Austin —intervino Carl—, nosotros estamos aquí en el mismo país con los hijos de madre. No necesitamos golpear al azar desde lejos. Podemos elegir e identificar a los individuos culpables, ¿no?

—Sólo que no lo hacemos —restalló Train—. Quiero decir, como ese tipo Bamberley.

—Mierda, ya ha tenido bastantes problemas —dijo Hugh con un alzarse de hombros—. Cerraron su factoría hidropónica, y...

—¡No Jacob! ¡Roland! —Train señaló con la punta del pie el periódico que Hugh había dejado caer—. Listo para hacer una maldita fortuna con esos filtros Mitsuyama. ¡Antes de que él y los de su clase empezaran a trabajarse el planeta, cuando tenías sed lo único que necesitabas era inclinarte sobre el riachuelo más próximo!

—Exacto —admitió Hugh—. Ahora ellos han utilizado los riachuelos como cloacas, ¿y qué ocurre? Millones de personas están tiradas por ahí, gimiendo, yéndose en diarrea.

—Eso es —aprobó Train—. Tenemos que detenerlos. Infiernos, ¿no habéis oído esto? Ha habido alguna plaga en las cosechas en Idaho, gusanos de algún tipo, ¡y están solicitando que se les permita recurrir a los antiguos venenos, como el DDT!

—¡Mierda, no! —dijo Hugh, y sintió que sus mejillas palidecían.

—Es un hecho. ¿Acaso no hay formas mejores de manejar el asunto? Seguro que sí. Como en China, donde no tienen problemas con las moscas. Ves una mosca, le das una palmada, la aplastas, y así muy pronto... ninguna mosca.

—A mí me gusta el sistema que utilizan en Cuba —dijo Carl—. Para evitar las plagas en la caña de azúcar. Plantan algo entre los surcos que a los bichos les guste más, y luego lo arrancan y lo convierten en abono, con bichos y todo.

—¡Correcto! ¡Correcto! Aquí, en vez de eso, se cagan en el agua hasta que resulta peligroso beberla, y luego se forran vendiéndonos artilugios para purificarla de nuevo. ¿Por qué no se les puede obligar a que limpien su propia mierda?

—¿Sabes lo que me gustaría hacer? —exclamó Carl—. ¡Me gustaría remojar a esos hijos de madre en su propia mierda hasta que se volvieran marrones!

—Todos estamos metidos en esto ahora —dijo Train sombríamente—. Marrones, blancos, negros, rojos, amarillos... todos hemos sido jodidos a más no poder, y tenemos que ayudarnos los unos a los otros si no queremos hundirnos hasta el fondo.

—¡Seguro, pero tú conoces a esos bastardos! ¡Cuanto más oscuro eres, más te joden! Como la bomba atómica. ¿La echaron acaso contra los alemanes? Mierda, no... los alemanes son blancos como ellos. De modo que la arrojaron sobre los hombrecitos amarillos. Y cuando luego se dieron cuenta de que había hombres negros que se erguían sobre sus patas traseras y se atrevían a plantarles cara, unieron sus fuerzas con los amarillos porque eran un poco más pálidos y por lo tanto debían ser tan buenos como ellos para acabar de ensuciar su entorno. ¿Verdad o mentira?

—¿Intentas hacer que me sienta avergonzado por ser blanco, pequeño? —restalló Hugh.

—Mierda, claro que no. —Carl pasó su brazo en torno a la cintura de Hugh—. ¿Pero acaso enviaron esa comida envenenada a un país blanco, pequeño? Infiernos, no... la enviaron a África y cuando descubrieron que funcionaba la enviaron a los indios en Honduras, y tuvieron la excusa que andaban buscando para entrar allí con sus armas y con sus bombas y con su napalm y con toda esa mierda.

Hubo una larga pausa llena de gestos de asentimiento.

Finalmente Train se agitó, rebuscando una pluma en sus bolsillos.

—Bien, tengo que irme... esa chica con quien estoy me ha prometido una cena para esta noche. Pero tengo la impresión de que hablamos el mismo lenguaje, y yo estoy trabajando en una especie de plan que es probable que os guste. Os dejaré un número donde podáis localizarme.

Hugh se inclinó sobre el abandonado periódico y rasgó un trozo de su margen para que Train escribiera en él.

JUNIO

UNA VISIÓN AUN EXTREMADAMENTE ATRACTIVA

Hay una mujer pagana ahí en Malaca
Con un nombre horriblemente impío.
En cuanto a negra, más negra no puede ser...
¡Pero respondía de todos modos cuando la llamaban «Jill»!
Bien, un hombre tan lejos de casa puede sentirse nostálgico,
Y echar en falta amigos y familia y todo eso.
Ella no era «mi dulce mi sola mi única»...
¡Pero había tantos otros que habían hecho lo mismo!

No estoy enrojeciendo o buscando excusas,
Y no creo que a ella le gustara aquello, porque
Cuando paró de lamentarse sobre sus moretones
Lo cierto era que yo
Había destruido su horrible ídolo
Y le había enseñado el respeto al fusil...
Sí, la monté a la silla y a la brida,
¡Y le dejé un hijo de inglés!

—«Canciones de alta mar», 1905

EL TIEMPO DE LA MÁQUINA DE VAPOR

Aunque el sol se mostraba tan solo como una brillante mancha en medio de un pálido gris, era un día soleado en la vida de Philip Mason. Contra todo pronóstico las cosas estaban saliendo bien. ¡Su desgracia se había convertido en una bendición!

Habían conseguido su exclusiva. Tenían ya el primer envío de mil unidades. Su primer anuncio en las estaciones locales de televisión —mostrando a Pete Goddard, que hizo un buen trabajo considerando que no tenía ninguna experiencia como actor — había reportado seiscientos solicitudes en el correo del lunes por la mañana.

Haciendo una pausa en la tarea de separar los pedidos en serios y frívolos —la mayoría de los últimos insultantes, por supuesto, y procedentes de anónimos trainitas —, echó un vistazo a la tienda de ropas que estaba en la esquina junto al local de Empresas Prosser. Un hombre con un mono de trabajo estaba borrando un slogan que había sido pintado en su escaparate principal durante el fin de semana; aún podía leerse: LA PODREDUMBRE ES NATU. La calavera y las tibias que lo acompañaban ya habían desaparecido.

Estaban realizando una campaña de una semana de fibras artificiales. Los trainitas se oponían al orlon, nylon, dacron, a cualquier cosa que no procediera de una planta o de un animal.

¡Ja! A ninguno de ellos les importa si una oveja coge frío, pensó cínicamente, mientras ellos estén bien abrigados... Y hablando de fríos... Se secó sus lloriqueantes ojos con un tisú, y lo empapó sonándose ruidosamente.

La puerta de su oficina se abrió. Era Alan.

—¡Hey! —exclamó Philip—. Pensé que ibas a quedarte en casa hoy. Dorothy dijo que tú...

Alan hizo una mueca.

—Sí, he pillado de nuevo la diarrea. Pero supe las buenas noticias y pensé que no podía perdermelas. —Miró al montón de correspondencia en el escritorio de Philip.

—¡Cristo, realmente hay seiscientos!

—Y cinco —dijo Philip con una sonrisa.

—Nunca lo hubiera creído. —Agitó la cabeza y se dejó caer en una silla—. Bien, supongo que Doug tenía razón, ¿eh?

—¿Acerca de que la enteritis se pondría de nuestro lado? Lo encontré de mal gusto.

—No dejes que esto te impida aprender —dijo Alan—. ¿Sabes qué es lo que me gusta de mi trabajo Phil? Hablan durante todo el tiempo del hombre de negocios, del promotor, como si fuera un «enemigo de la humanidad» y toda esa mierda, ¡y es una

mierda! Quiero decir, si alguien tiene una razón para odiar a la sociedad y desear que se vaya al infierno, ese debería ser yo, ¿no? —Alzó su mano con la cicatriz de la bala—. Pero no es así. Agarré mi oportunidad de llenarme los bolsillos, lo cual parece que está ocurriendo, y ¿debo sentirme avergonzado por la forma en que lo he hecho? Creo que no. Estoy ofreciéndole a la gente un producto que realmente desea, realmente necesita, y en el proceso estoy creando empleo para gente que de otro modo estaría en paro. ¿Verdad o mentira?

—Bueno, sí —dijo Philip, parpadeando. Sobre todo en lo que se refería a los nuevos trabajos. El desempleo estaba en sus cotas más altas en toda la nación este verano, y por este lado de Denver las cosas estaban particularmente mal, y así seguirían hasta que se terminaran las modificaciones en la planta hidropónica y esta volviera a contratar a sus seiscientos antiguos trabajadores.

Eso también redundaba naturalmente en beneficio de las Empresas Prosser. Cualquiera con un dedo de sesos podía aprender rápidamente a instalar esos purificadores en una hora.

—¡Estupendo entonces! —dijo Alan ásperamente, e hizo girar su silla para mirar por la ventana que dominaba la calle—. Mira, ahí hay otra pandilla de muchachos. La ciudad hormiguea de ellos hoy en día. ¿De dónde demonios salen?

Al otro lado de la calle un grupo de unos ocho o diez adolescentes —más chicos que chicas— se habían detenido para burlarse del hombre que estaba borrando el slogan del escaparate de la tienda de ropas.

—Sí vi a todo un montón de ellos bajando de un autobús en la terminal de la Trailways —confirmó Philip—. Debía haber... oh, unos treinta. Me preguntaron cuál era la carretera de Towerhill.

—Parece como si todos se dirigieran hacia el mismo camino, —murmuró Alan—. Me pregunto cuál será la gran atracción.

—Puedes ir y preguntárselo.

—Gracias, no me interesa hasta ese punto. Oye, por cierto, ¿cómo es que estás seleccionando esas cartas tú mismo? ¿Qué le ha pasado a esa chica que contratamos para ti?

Philip suspiró.

—Llamó disculpándose. Dolor de garganta. Apenas podía hablar por teléfono.

—Oh, infiernos. Recuérdamelo, ¿quieres? Prioridad absoluta para instalar filtros en las casas de nuestro personal. Veremos si eso puede cortar aunque sea un poco las ausencias por enfermedad. La caridad empieza en casa y todo eso. —Hojeó curiosamente algunas cartas—. ¿Cuántas de esas son auténticas órdenes y cuántas hojarasca?

—Calculo que la proporción es de diez a uno a favor de las genuinas.

—Espléndido. ¡Sensacional!

La puerta se abrió de nuevo y entró Dorothy, con un bloc de notas en una mano, y un pañuelo en la otra con el que se limpiaba constantemente la nariz.

—Más pedidos, constantemente —dijo—. Otros treinta esta mañana.

—¡Esto es fantástico! —dijo Alan, tomando los papeles que ella le tendía. Del exterior llegó un retumbar de tráfico pesado, y Dorothy exclamó:

—¿Qué demonios es todo eso?

Miraron hacia fuera. Deteniéndose en la esquina antes de girar a la izquierda hacia Towerhill, había una hilera de camiones militares pintados de color verde oliva deslustrado cada uno de ellos arrastrando remolques montados sobre gruesos neumáticos de profundo dibujo de los que sobresalía una especie de morro corto y de aspecto amenazador. No eran cañones.

—¡Infiernos, los vi por la televisión! —dijo Alan—. Son esas nuevas cosas que están experimentando en Honduras... ¡son lázers de combate!

—¡Cristo, creo que tienes razón! —Philip saltó en pie y se dirigió hacia la ventana para mirar más de cerca—. ¿Pero para qué los traen hasta aquí arriba? ¿Maniobras o algo parecido?

—No he oído que estuvieran planeando nada de ese tipo —dijo Alan—. Pero naturalmente hoy en día no te enteras de esas cosas. ¡Espera! ¿No crees que todos esos chicos viniendo a la ciudad pueden haber oído algo de esas maniobras y están acudiendo con la intención de estropearlas?

—Bueno, es el tipo de estupidez que se supone son capaces de hacer —admitió Philip.

—Exacto. En cuyo caso van a merecerse lo que van a recibir. —Con aire ausente, Alan se frotó el dorso de su mano con la cicatriz—. Tienen un aspecto inquietante, ¿eh? No me gustaría hallarme en su camino cuando empiecen a soltar... Y hablando de soltar: ¡perdonadme!

Salió corriendo de la habitación.

SI SE MUEVE, DISPARA

... que el Ejército está utilizando defoliantes en Honduras para crear zonas de fuego libre. Esta acusación ha sido enérgicamente desmentida por el Pentágono. Interrogado a este respecto justo antes de marchar a Hawaii, donde convalecerá durante las siguientes dos o tres semanas, Prexy dijo, cito, Bien, si uno no puede verles no puede dispararles. Fin de la cita. Son cada vez más fuertes los apoyos a un proyecto de ley que el senador Richard Howell pretende introducir a la primera oportunidad, negándole el pasaporte a cualquier ciudadano masculino de edades comprendidas entre los dieciséis y los sesenta años que no esté en posesión de un certificado de inutilidad o de exención médica para el servicio militar. Recogiendo favorablemente la proposición, un portavoz del Pentágono ha admitido hoy que del último llamamiento más de uno de cada tres individuos no se han presentado. Sus bistecs van a costarle más caros. Esta advertencia ha sido emitida hoy por el Departamento de Agricultura. El precio del forraje para el ganado se ha, cito, disparado como un cohete, fin de la cita, como consecuencia de la misteriosa...

UN LUGAR PARA VIVIR

—Una dama y un caballero desean verla, señorita Mankiewicz —dijo el recepcionista del hotel. Era puertorriqueño y se aferraba a las antiguas formalidades—. Ignoro si usted los está esperando.

—¿Quiénes son? —dijo Peg. Sonaba nerviosa, lo sabía, y no se sentía sorprendida. Durante las últimas semanas había iniciado una aventura muy arriesgada, y estaba segura de que al menos durante los últimos diez días alguien la había estado siguiendo. No era imposible que hubiera infringido alguna de las cada vez más complejas leyes anticívicas. La situación estaba empezando a parecerse a la de Gran Bretaña durante el siglo dieciocho: cada nueva ley implicando un castigo más duro para un delito más vago tenía seguro su paso por el Congreso y la aprobación presidencial instantánea.

Evidentemente, el Canadá aún no era un país proscrito. Pero a este ritmo no pasaría mucho tiempo...

—El señor López —dijo el recepcionista—. Y una señorita Ramage. O... ¿*Ramage*?

El corazón de Peg pareció detenerse en mitad de un latido. Cuando se recobró dijo:

- Díales que bajo inmediatamente.
- Dicen que prefieren subir ellos.
- Como deseen.

Cuando colgó el teléfono su mano estaba temblando. Últimamente había tirado de todo tipo de hilos, pero no había esperado que uno de ellos le trajera a Lucy Ramage. ¡Increíble!

Recogió apresuradamente algunas prendas sucias tiradas encima de su cama y las guardó fuera de la vista. Los ceniceros necesitaban un vaciado, y... Bien, era un hotel de poca monta, después de todo. Pero no podía permitirse uno mejor. Treinta dólares al día era su límite.

Había venido a Nueva York porque tenía un proyecto en mente. Como le había dicho a Zena, sólo disponía de un talento, y en este momento el uso lógico que le parecía podía darle era el de remover un poco el lodo. Así que se había hecho a sí misma una pregunta clave: ¿cuál era el lodo más importante? (De hecho lo había planteado, subconscientemente, en los términos que más había odiado Decimus. Pero a fin de cuentas era lo mismo).

- Casi se había respondido a sí misma:
- Haz a los demás...

Muy bien, el punto de partida podría ser esa declaración del profesor Quarrey, que había aparecido en las noticias a principios del año, de que la mayor exportación del país eran los gases nocivos. ¿Y quienes deseaban remover ese lodo ahora? Obviamente los canadienses, encajonados en una estrecha franja de tierra al norte de sus vecinos más poderosos que ellos, sintiéndose cada día más irritados respecto a la suciedad que les era enviada por el viento, dañando sus cosechas causando afecciones pulmonares y ensuciando la ropa tendida a secar. Así que había telefoneado a la revista *Hemisphere* de Toronto, y el director le había ofrecido inmediatamente diez mil dólares por tres artículos.

Consciente de que todas las llamadas fuera del país podían estar controladas, le había planteado la proposición en términos muy generales: los riesgos de que el Báltico se convirtiera en un segundo Mediterráneo, el peligro de aparición de nuevas regiones de sequía como el desierto del Mekong, los efectos de provocar cambios climáticos. Todo esto estaba en las noticias... los rusos habían revisado su plan de remodelar el Obi y el Yensei. Además, estaba el problema del Danubio, peor de lo que nunca había sido el del Rhin, y los nacionalistas galeses estaban saboteando los acueductos que debían transportar «su» agua a Inglaterra, y la guerra fronteriza en el Pakistán Occidental se estaba prolongando de tal modo que la mayoría de la gente parecía haber olvidado que se trataba en realidad de un río.

Y así.

Casi inmediatamente después de empezar a trabajar, sin embargo, se dio cuenta de que nunca iba a ser capaz de detenerse. Quedaba fuera de toda posibilidad el cubrir el planeta entero. Su compromiso total de doce mil palabras quedaría agotado con el material de América del Norte únicamente.

Entre sus contactos más útiles se hallaba Felice, nacida Jones. Tras pasar más de dos meses a su regreso del wat buscando un nuevo trabajo, finalmente se había resignado a seguir sin empleo y se había casado con un tipo al que conocía desde hacía años. Tenía un trabajo muy poco excitante pero seguro, de modo que ahora ella era capaz de dedicar mucho de su tiempo a actuar como corresponsal honorífica de Peg en la Costa Oeste. Pese a su pasado desacuerdo con los ideales de su hermano, obviamente ahora estaba muy preocupada. Lo que parecía haber hecho variar sus opiniones era el hecho de que su nuevo marido insistía en tener hijos.

Entre las cuestiones hacia las que había llamado la atención de Peg...

¿Por qué había habido una caída tan acusada en la cotización de las acciones de La Fertilidad de las Plantas? En la primavera hubo una demanda tal de sus abejas y gusanos de tierra que se vieron desbordados; incluso habían iniciado un estudio de mercado para determinar si deberían añadir hormigas y mariquitas. (Felice dijo que existía una firma tejana que había acaparado el mercado de icneumonidos, pero Peg aún no había conseguido descubrir para qué servían). No había habido ningún comentario oficial acerca del declive de la compañía, pero indudablemente alguien de dentro estaba vendiendo sus acciones en enormes cantidades.

¿Había alguna conexión entre los problemas de La Fertilidad de las Plantas y el hecho de que las patatas habían aumentado diez centavos la libra con respecto a los precios de la primavera, y seguían subiendo?

¿Y cómo podían haberse visto tan seriamente afectados los forrajes para el ganado como para provocar el alza de los precios de la carne de lo exorbitante a lo prohibitivo? (Hacía ya años que el ganado no podía pastar al aire libre en todo el país). ¿O era —como proclamaba el rumor— una oleada de abortos contagiosos que diezmaba los rebaños, y contra la cual los antibióticos eran ineficaces?

Peg pensó: probablemente ambas cosas.

Otra cuestión: ¿Era cierto que Angel City había decidido prescindir de su rama de seguros de vida y liquidar sus bienes y propiedades fuera del Estado debido a que el descenso de las expectativas de vida era tan pronunciado que amenazaba con situarla por debajo de su línea de beneficios?

Del mismo modo: Stephenson Electric Transport era el único fabricante de coches en los Estados Unidos cuyo producto gozaba de la completa aprobación de los trainitas. Estaba a punto de ser absorbida por la colosal Ford. Pero las negociaciones se iban eternizando; ¿era eso debido realmente a la amenaza de la Chrysler de que iban a presentar una demanda de prohibición de su producto amparándose en la Ley del Medio Ambiente, por generar excesivo ozono? (Lo que dejaría el mercado de la combustión limpia completamente abierto a las compañías extranjeras: Hailey, Peugeot que acababa de desarrollar su primer coche a vapor, y los coches japoneses de vapor a freón).

¿Era cierto que los trainitas querían emprenderla con Puritan, mostrando algunos aspectos no demasiado claros de sus operaciones?

No lo sabía. Y cada día se sentía más asustada ante su incapacidad de descubrirlo.

Por supuesto, existían buenas razones para que las compañías que tenían problemas con los trainitas lucharan con uñas y dientes por mantener sus sucios secretos alejados del público. El gobierno no puede salir siempre fiador de las empresas gigantes con problemas por mala gestión, ni siquiera aunque sean sus propios defensores, gente que despotricaba contra las «injerencias de las Naciones Unidas» y el «socialismo reptante», y que aullaban a plena voz pidiendo ayuda federal cuando se veían en apuros. En vistas a su próxima serie de artículos, había compilado una lista de compañías que eran propiedad del Estado en todo menos en el nombre y que entrarían en bancarrota de la noche a la mañana si el gobierno retiraba alguna vez sus subsidios. Hasta ahora incluía una compañía de productos químicos atrapada por la prohibición de insecticidas «fuertes»; una compañía petrolífera arruinada por la revulsión pública contra los defoliantes; una compañía farmacéutica que se había convertido prácticamente en una subsidiaria de Maya Pura, los productores mejicanos de enorme éxito de los remedios y cosméticos a base de plantas (¡ser comprada por los morenos! ¡Oh, qué vergüenza!); seis importantes

fabricantes de ordenadores que habían saturado el mercado con sus costosos productos; e, inevitablemente, varias compañías aéreas.

Y cada día, senadores y congresistas que en público se mostraban inclinados a enrojecer ante la mera mención de control estatal luchaban y se esforzaban entre bastidores para conseguir para sus respectivos Estados los mejores contratos financiados por el gobierno que pudieran arrancar, o suplicaban esgrimiendo que si tal y tal firma que había ido por los suelos por culpa de la incompetencia de sus directores no era ayudada, el índice de desempleo crecería otro punto.

Era como si todo el país se hubiera convertido en una sucursal del Tesoro Público, con doscientos millones de personas peleándose por sus fondos. Ya nadie exhibía la ropa sucia de los demás... ¡eran más bien como termitas, cada una de ellas comiéndose los excrementos de sus predecesores!

Por encima de todo ello, sin embargo, en un cierto sentido al menos, el punto más crucial de todos no era lo que había ocurrido sino lo que la gente temía que pudiera ocurrir. Consideremos el calamitoso descenso en los usuarios del avión, que bajó un 60 por ciento en diez años. Consideremos a ese hombre, Gerry Thorne de Auxilio Mundial, que había arruinado el turismo de Maine hasta Trinidad simplemente dando a la publicidad la muerte de su esposa.

Un hombre con una bomba podía arruinar a una compañía aérea. Un hombre con una causa podía arruinar a diez mil propietarios de hoteles. Un hombre con una palanca suficiente...

O una mujer. Peg iba en busca de su propia palanca. Era por eso por lo que deseaba hablar con Lucy Ramage.

En ese momento llamaron a la puerta. Observó a través de la mirilla antes de abrir; uno de los trucos preferidos de los asaltantes en los hoteles de Nueva York era merodear por el vestíbulo hasta que alguien era invitado a subir a una habitación, y entonces golpear al visitante en el ascensor y llamar en su lugar.

Pero reconoció a Lucy Ramage de haberla visto por televisión.

La dejó pasar a ella y a su compañero, un hombre de piel morena con recientes cicatrices de cortes en su rostro y al que le faltaban dientes tanto arriba como abajo en la boca. Tomó sus mascarillas filtro, preguntó si les apetecía beber algo —ambos rehusaron— y fueron directamente al asunto, ya que vio que estaban impacientes.

—Me alegro de haber conseguido entrar finalmente en contacto con ustedes —dijo—. No ha sido fácil. Como chapotear por un pantano.

—Debe haberle parecido más difícil de lo que realmente era —dijo el hombre con una débil sonrisa—. Lo siento. La culpa es nuestra. Aquí trabajamos con... esto... ciertas dificultades, y preferimos investigar sus credenciales antes de dar señales de vida.

Una repentina luz se hizo en Peg.

—¡Su nombre no es López! Es... —Hizo chasquear los dedos con frustración—. ¡Usted es el uruguayo al que golpearon y que acusó que habían sido policías fuera de servicio!

—Fernando Arriegas —dijo el hombre, asintiendo.

—¿Se ha... se ha recobrado? —Peg se sintió enrojecer, como si sintiera vergüenza por su país.

—Tuve suerte. —Arriegas frunció los labios—. Sólo destruyeron uno de mis testículos. Me han dicho que aún puedo esperar ser padre... si es que aún puede considerarse seguro el traer un niño a este mundo enfermo. De todos modos, no hemos venido a hablar de mí. Usted ha estado intentando contactar a Lucy. Intentándolo muy persistentemente.

Peg asintió.

—¿Por qué? —dijo Lucy, inclinándose hacia adelante. Llevaba una gabardina de plástico pese al calor que hacía, y sus manos estaban hundidas fuera de la vista en el fondo de sus bolsillos. Pero no había nada particularmente sorprendente en ello; el plástico era la mejor armadura contra la lluvia de Nueva York. El caucho simplemente se pudría.

—Yo... bien... —Peg carraspeó; estaba terriblemente acatarrada en aquel momento—. Estoy trabajando en una serie de artículos para *Hemisphere*, de Toronto. El tema general es lo que los países ricos les están haciendo a los pobres incluso sin pretender perjudicarles, y por supuesto la tragedia de Noshri... —Abrió las manos.

—Sin mencionar la tragedia de Honduras —murmuró Arriegas. Echó una mirada a Lucy, y ella sacó de los grandes bolsillos de su gabardina una bolsa transparente llena de objetos parecidos a macarrones blandos y se la tendió.

—¿Los reconoce? —preguntó, mostrándoselos a Peg.

—¿Es Nutripon?

—Sí, por supuesto. Es más, se trata de Nutripon procedente de San Pablo, una muestra de la provisión que volvió a aquella gente loca e hizo que mataran a un inglés y a un americano, creyendo que eran demonios. Por ese crimen involuntario unos diez o doce mil hondureños están ahora muertos. —Su voz era tan inexpresiva como la de una máquina—. Nosotros hemos recapturado... es decir, los tupas hondureños lo han hecho, pero su causa es nuestra causa... hemos recapturado San Pablo y hemos efectuado un registro minucioso. Parte del envío original de este alimento fue hallado en las ruinas de la iglesia, donde al parecer lo tomaba la gente con la esperanza de exorcizar con ello al mal. Tuvieron que estar realmente hambrientos. Hemos enviado parte de él a la Habana para ser analizado, pero el resto lo hemos reservado para otras importantes aplicaciones, tales como asegurarnos de que cualquier americano que escriba sobre la *tragedia* —se apoyó en la palabra con pesada ironía— sepa de lo que está hablando.

Peg sintió que su mandíbula inferior caía inerte. Se esforzó en articular:

—¿Quiere decir que pretende que yo coma un poco?

—Exactamente. La mayor parte de sus periodistas con el cerebro lavado han repetido la mentira de que nuestras acusaciones eran falsas. Deseamos que al menos uno sea capaz de decir lo contrario.

Tiró de una banda de celulosa que cerraba el paquete y que produjo un pequeño sonido quejumbroso.

—¡Ya está! La caja dice que puede ser comida crudo... y no necesita usted preocuparse por si está o no en buenas condiciones: la caja de donde lo tomamos estaba completamente intacta cuando la encontramos.

—¡Aprisa! —restalló Lucy. Peg la miró, y de pronto se dio cuenta de que aquellos grandes bolsillos eran lo suficientemente grandes como para ocultar una pistola. La habían ocultado. Ahora estaba en la mano de Lucy y la boca de su cañón parecía tan enorme como un túnel del metro.

Llevaba silenciador.

—¡Están locos! —murmuró Peg—. Deben saber que están ustedes aquí... ¡los atraparán en unos minutos si utilizan eso!

—Pero no lo vamos a utilizar —dijo Arriegas con una pequeña sonrisa—. No es usted tan estúpida como para resistirse. Hemos estudiado muy cuidadosamente este veneno. Sabemos que esta cantidad —agitó la bolsa— produce el efecto de un pequeño viaje de ácido, no más. Aunque la comparación no es totalmente exacta, ya que me temo que el viaje que produce esto no puede ser calificado como un buen viaje. Quizás usted sea la primera afortunada en comprobarlo, si su conciencia está despejada.

—Y usted preferirá vivir hasta mañana que morir ahora —dijo Lucy—. Además, no va usted a morir. Yo he comido más que eso. Mucho más.

—¿Cu... cuándo? —tartamudeó Peg, incapaz de apartar sus fascinados ojos de la bolsa.

—Descubrí una cierta cantidad de él en una casa en ruinas —dijo Lucy—. Cerca del cadáver de un niño. No sé si era un niño o una niña, estaba tan aplastado. Y repentinamente comprendí que debía compartir eso con ellos. Era como una visión. Como lamer las llagas de un leproso. Creo que había dejado de creer en Dios. Quizá dejé realmente de hacerlo. Quizá lo hice porque ahora sólo creo en Satán.

Se inclinó hacia adelante con una repentina expresión de sinceridad.

—Mire, tome un poco y cómalo... *¡por favor!* ¡Porque *debe* hacerlo! La obligaremos a comerlo si es necesario, pero sería mucho mejor si usted se diera cuenta de que tiene que comprender. Tiene que verlo con sus propios ojos, sentirlo, *captar* lo que le hicieron a toda esa pobre gente indefensa... que venía a mi mesa donde distribuía las raciones de auxilio, pensando que iban a recibir una comida sana después de tanto tiempo sin nada que comer excepto unas pocas raíces y hojas envenenadas. Usted no puede escribir sobre eso, ni siquiera puede hablar sobre eso, ¡a menos que conozca por sí misma a qué horrible y espantosa trampa fueron arrastrados!

Casi como si estuvieran actuando por iniciativa propia, los dedos de Peg agarraron un trozo de la comida. Una sensación de fatalidad la envolvía. Miró suplicante a Arriegas, pero no pudo leer la menor piedad en sus fríos ojos pétreos.

—Lucy tiene razón —dijo el hombre—. Piense para usted misma: estoy tan débil a causa del hambre que apenas puedo mantenerme en pie. Piense: me han enviado ayuda, esta noche voy a dormir tranquilamente por primera vez en meses con el estómago lleno, y mañana habrá más comida, y el día después de mañana. Este infierno viviente ha terminado por fin. Piense en eso mientras come. Luego, más tarde, quizá comprenda la magnitud de su crueldad.

¿Pero por qué yo? ¡No es culpa mía! ¡Yo no estoy de su lado!

Y en el mismo instante en que era formulado este pensamiento se dio cuenta de que no era cierto. Había sido configurado, una y otra vez, en más ocasiones de las que concebiblemente podían ser contadas, por millones de otros antes que ella... ¿y qué impacto había tenido en el mundo? ¿Acaso no había pasado todas aquellas últimas semanas constantemente horrorizada ante la falta de juicio, la incompetencia, la locura absoluta de la humanidad?

Esos dos debían estar locos. No cabía la menor duda. Pero aún era más loco pensar que el mundo tal como era podía ser llamado «cuerdo».

Quizá si ella comía tan sólo uno o dos pedazos, lo suficiente para satisfacerles... Compulsivamente, Peg empujó el trozo que mantenía entre sus labios y empezó a masticar. Pero su boca estaba tan seca que sus dientes únicamente lo convirtieron en una bola que no podía tragar.

—Inténtelo con mayor convicción —dijo Arriegas clínicamente—. Le aseguro que no tiene que preocuparse. Aquí solo hay un poco más de cincuenta gramos, yo mismo los he comido. Aquellos que se volvieron locos en Noshri comieron más de medio kilo.

—Dale agua —dijo Lucy. Con cuidado, para no pasar por delante del arma, Arriegas fue a buscar una jarra y un vaso que dejó sobre la mesa vecina. Pego bebió obedientemente un sorbo, y la comida pasó.

—Más.

Tomó más.

—¡Más!

Tomó más. ¿Era una ilusión, o le estaba ocurriendo ya algo? Se sentía aturdida, despreocupada de las consecuencias de lo que estaba haciendo. La comida sabía incluso bien, tenía buen paladar, y su saliva había vuelto y le ayudaba a tragar muy rápidamente. Tomó media docena de trozos y se los metió juntos en la boca.

Y la habitación parecía oscilar de lado a lado, al ritmo de sus mandíbulas.

—Yo —dijo sorprendida, y la miraron con ojos como rayos láser.

—Creo que voy a desvanecerme —dijo tras una pausa. Se inclinó hacia la mesa para depositar el vaso de agua, y falló. El vaso cayó sobre la alfombra y no se

rompió, pero dejó escapar una lengua cristalina, el resto de su contenido. Quiso ponerse en pie.

—¡Quédese donde está! —ordenó Lucy, agitando la pistola—. ¡Fernando, sujétala! Habrá que obligarla a comer el resto.

Peg intentó decir que no sería necesario, pero el mundo vaciló y cayó al suelo. Con un distante rincón de su mente se aseguró a sí misma que no era debido a una droga en la comida. Era sólo puro terror.

Hubo un enorme ruido de movimiento en sus oídos.

Pero sus ojos estaban abiertos, y pudo verlo todo con una perspectiva extrañamente distorsionada, como si estuviera mirando por un gran angular con una curvatura muy pronunciada en los lados. Lo que veía era la puerta abriéndose de golpe y a alguien —un hombre— entrando. Estaba horriblemente desproporcionado, con unas piernas tan delgadas como cerillas, su torso grotescamente hinchado hacia una cabeza del tamaño de una calabaza. No deseaba ver a alguien tan feo. Cerró los ojos. Al mismo momento hubo dos ruidos como el descorchar de una botella, y un gran peso cayó atravesado sobre sus piernas. Furiosa, intentó moverlo con sus manos, apartarlo de encima.

¿Húmedo?

Obligó a sus ojos a abrirse de nuevo, y esta vez veía como a través de una vela agitada por un fuerte viento. Rojo brillante rodeado de pálido oro. Sí, por supuesto. La parte de atrás de una cabeza. La cabeza de Lucy Ramage. Con un limpio orificio en medio. Un disparo perfectamente dado en el blanco. Había caído de través sobre las piernas de Peg. También estaba Arriegas, doblado sobre sí mismo y vomitando algo rosado con estrías rojas. Estaba sobre ella ahora, sobre sus ropas. Menos oro, más rojo. Cada vez más rojo. Se extendía más allá de los límites de su velada visión. Luego vino la oscuridad.

LA SEÑAL DE PARTIDA

—Bien, amor, ¿qué opinas? —dijo Jeannie orgullosamente, mientras ayudaba a Pete a entrar en la sala de estar. No sería capaz de conducir durante mucho tiempo aún, por supuesto, de modo que ella debía llevarlo e irlo a buscar al trabajo. Pero cada vez se las arreglaba mejor con las muletas, y su apartamento estaba en la planta baja, así que no había demasiados escalones, que era lo que más le costaba aún.

Lo habían encontrado en un estado deplorable, debido a que había permanecido sin alquilar durante meses —poca gente deseaba apartamentos en la planta baja, eran demasiado fáciles de violentar—, y les habían advertido que estaba lleno de pulgas. Pero el exterminador había dicho que estaban por todas partes hoy en día, incluso en las mejores familias, je, je, y que eran resistentes a todo, y había pintura nueva por todas partes y Jeannie tuvo que trabajar como una furia porque había cortinas nuevas y tapizados nuevos en los viejos muebles.

—Luce estupendo, querida. Estupendo. —Y le envió un beso.

—¿Te apetece una cerveza?

—No vendría del todo mal.

—Siéntate. Te la traeré. —Y desapareció en la cocina. Estaba equipada con las mismas viejas cosas que tenían en Towerhill, excepto que habían tenido que comprar un nuevo congelador; el viejo se había estropeado y la única firma en Denver que aún efectuaba reparaciones tenía una lista de espera de dos meses. Desde el otro lado de la puerta preguntó:

—¿Cómo ha ido tu primer día de trabajo?

—Muy bien. Ni siquiera me siento cansado.

—¿Qué es lo que hace un supervisor de stocks?

—Algo parecido a un expedidor, supongo. Asegurarse de que queda registrado todo lo que enviamos para instalación, mantener el control de lo que es utilizado y lo que vuelve. Algo sencillo.

Cuando salió de la cocina, vio que él no estaba en su silla sino dirigiéndose hacia la otra puerta.

—¿Adónde vas?

—Al baño. Vuelvo en un minuto.

Al regresar, tomó la cerveza. También en un vaso. ¡Subían en la escala social!

—Tengo una noticia para ti —dijo Jeannie—. ¿Has oído que van a volver a abrir la planta? Todas las modificaciones ya están hechas, y tan pronto como...

—Querida, no vas a volver a la planta.

—Bueno, no inmediatamente, amor, por supuesto que no. Quiero decir no hasta que tú puedas conducir de nuevo, y cosas así. Pero aquí en Denver todo está... —un gesto vago—. Un alquiler tan alto, y todo lo demás.

—No —dijo Pete de nuevo, y rebuscó con dos dedos en el bolsillo superior de su camisa. La pequeña tarjeta de plástico con las píldoras anticonceptivas. Nueva, sin tocar. El ciclo mensual empezaba hoy.

—Y puedes olvidar eso también —dijo.

—¡Pete!

—Tranquila, querida. Ya sabes lo que van a pagarme.

Ella asintió, vacilante.

—Añade lo que voy a cobrar por esos anuncios en televisión.

Otro asentimiento.

—Bien, ¿no es suficiente para criar a un chico?

Ella no dijo nada.

—¡Oh, vamos, querida! —exclamó él—. ¡Es ahora cuando tenemos la oportunidad, ahora es el momento! Mierda, ¿sabes lo que han pensado para el próximo anuncio? ¡Yo en medio como Santa Claus rodeado de chicos, diciéndoles a las madres de todo el Estado que ese gran héroe que salvó las vidas de esos niños desea que compren filtros para el agua y salven a sus niños de dolores de vientre! —Su tono se hizo bruscamente amargo, y con la misma brusquedad volvió a hacerse normal—. Bien, no hay nada malo en vender algo si el hecho de venderlo salva vidas. Hablé de ello con el doc McNeil y él lo dijo. Dijo que hubiera ayudado a un montón de bebés que murieron de esa enteritis.

—Sí, amor —dijo Jeannie—. Pero supón que el nuestro...

—Querida, he dicho que hablé con el doc McNeil. Esa es una de las cosas de las que hablé. Y él dice adelante. Él dice...

—¿Qué? —ella se inclinó hacia adelante en su silla.

—Él dice que si yo me cayera por las escaleras, o me pasara alguna otra desgracia así, entonces quizá nunca... esto... tuviéramos otra oportunidad.

Hubo un largo y frío silencio. Finalmente Jeannie dejó su vaso a un lado.

—Te comprendo, amor —murmuró—. Lo siento, nunca pensé en eso. ¿Qué te parece ahora mismo?

—Ajá, y aquí mismo. El doc dice que es mejor si permanezco tendido de espaldas sobre un suelo duro.

AQUÍ Y AHORA

Un DC-10 a punto de aterrizar en Tegucigalpa fue alcanzado por un trazador tupamaro y se estrelló contra la torre de control, lo cual confirmó la decisión de abandonar el lugar. El récord anterior de duración del aviso de no beber agua del grifo fue superado en Nueva Orleans (hay un gran río y un montón de gente lo utiliza). El médico de familia de los Bamberley fue llamado para tratar el último ataque de Cornelius... lo cual lo hizo merecedor de una buena azotaina al viejo estilo para cuando se recobre, ya que sabía que tenía prohibido comer bombones. La epidemia de enteritis fue declarada oficialmente vencida por cuarta vez. Y completaron la autopsia del doctor Stanway, efectuada en su propia morgue: veredicto, el extremadamente común de nefritis degenerativa.

Tenía, de acuerdo, tan sólo treinta y un años. Pero al fin y al cabo había pasado toda su vida en Los Angeles y en el condado de Orange.

No era sorprendente.

COMPAÑEROS EN LA ADVERSIDAD

—Encantado de conocerle, señor Thorne —dijo el profesor Quarrey. Sus ropas colgaban sobre su cuerpo, como si hubiera perdido cinco kilos en las últimas semanas—. Siéntese. ¿Quiere un poco de jerez?

Una bebida aceptablemente académica. Thorne sonrió y tomó la silla más cercana mientras la esposa del profesor —cuyo aspecto era aún más cansado que el de su marido, con amplios círculos oscuros bajo sus ojos— llenaba los vasos y ofrecía una bandejita con frutos secos. Llevaba un vendaje adhesivo en su nuca; la forma del bulto que se adivinaba bajo él sugería un forúnculo.

—A la salud de todos los que sufrimos —dijo Quarrey. Thorne lanzó una risa carente de alegría y bebió.

—A propósito, mis felicitaciones por haberse salido de eso —dijo—. Entre nosotros, confieso que esperaba verle en la picota.

—Hubo algo de... esto... negociaciones entre bastidores —dijo Quarrey—. ¿Sabe que planean reanudar la producción en la planta hidropónica Bamberley?

—Sí, vi recientemente a Moses Greenbriar y me lo dijo.

—Bien, desean que alguien que no pueda ser acusado de ser un hombre que siempre le dice sí al gobierno apruebe su nuevo sistema de filtros. Como usted sabe, ese es mi campo, de modo que me tantearon, muy discretamente, preguntándome si cooperaría a cambio de un sobreseimiento de esa ridícula acusación. —Suspiró—. Puede que no haya sido muy valeroso por mi parte, pero dije sí.

—¡Pero ellos no han dejado de perseguirnos! —protestó su esposa, reuniéndose con su marido en el gastado diván frente a Thorne—. Estoy segura de que nuestro teléfono está intervenido.

—Y definitivamente abren mi correo —gruñó Quarrey—. Lo cual no tendría importancia si tuvieran la cortesía de retirar las cartas insultantes... ¿Recibe usted alguna de esas? Imagino que Si.

Thorne asintió.

—Aquí está nuestra pieza más valiosa —dijo Quarrey, señalando a la pared detrás de su invitado—. La he hecho enmarcar para recordarme a mí mismo lo importante que es seguir intentándolo.

Thorne se giró. En un hermoso marco, una hoja de papel arrancada de un bloc de notas amarillo. Leyó las mayúsculas torpemente dibujadas que casi la cubrían: AL SEÑOR CUMUNISTA LAMECULOS QUAREY DI UNA PALABRA MAS CONTRA AMRICA Y TE COLGAREMOS DE LOS COGONES EN EL PALO DE LA BANDERA OLBIDA TODO O QUEMAREMOS TU CASA Y A TU GODIDA MUGER LE METEREMOS UNA PISTOLA POR EL COÑO AORA YA SABES COMO PIENSAN LOS LEALE AMRICANOS DE LOS TRAIADORES.

—Lo del palo de la bandera es un toque original —dijo Quarrey con una cansada sonrisa, y sorbió su jerez.

Hubo un largo silencio. Thorne deseaba terminarlo, pero no podía pensar en las palabras adecuadas. Día a día se había sentido más avergonzado desde la muerte de Nancy... avergonzado de no haber comprendido antes, en las entrañas, donde cuenta, lo que realmente significaba el sufrir. Era un duro trabajo controlar las enormes sumas que la conciencia culpable del mundo occidental arrojaba a las arcas de Auxilio Mundial, y nadie lo negaba, ni siquiera él; estaba tratando con sumas que excedían el volumen de negocio de todas las compañías mundiales menos las pocas más importantes de Europa y América. Eso solo, pensaba, no era una justificación para el sueldo que estaba cobrando, aunque en término medio fuera inferior a medio centavo por persona auxiliada. Así que había hallado refugio tras el pretexto adicional de que tenía a una mujer por la que velar y algún día adoptaría a un niño. (Había unas posibilidades de veintidós contra una de que Nancy transmitiera a su descendencia el gen recesivo de la fibrosis cística, y por su parte su descendencia tenía muchas probabilidades de ser mentalmente retardada).

Sin Nancy, era como si sus ojos hubieran sido operados de cataratas. De pronto todo se había hecho tremendamente claro: ¡los que tenían el poder de decisión estaban locos, y había que detenerles!

Había leído febrilmente, empezando con los famosos libros de referencia de Austin Train, el cual había necesitado uno, dos, incluso tres años para compilar cada uno de ellos, documentando seriamente la distribución de los organocloruros en la biosfera, el humo de las fábricas en el viento, señalando algunos —no todos, porque a menudo la información le era negada al público— de los lugares donde habían sido arrojadas sustancias peligrosas. Entre las primeras cosas que había encontrado estaba una descripción del programa de eliminación de gases de guerra en 1919. Y encima de ello desechos radiactivos, gases neurotóxicos, compuestos de flúor, soluciones de cianuro...

Era como si uno arrancara las planchas del suelo de un apartamento que acababa de comprar y descubriera un cadáver sonriéndole macabramente.

Pero más instructivas incluso eran las cosas que no podía descubrir. En la biblioteca pública de Nueva York las obras de Train estaban en estantes a disposición del público —hubiera habido tumultos si no lo hubieran estado—, pero del total de los otros 1130 libros citados en sus varias bibliografías 167 no estaban o se hallaban en el departamento de acceso restringido.

Preguntó por qué, y las respuestas llegaron rápidamente: «Oh hubo una denuncia por libelo contra este. Algo referente a la General Motors, creo». Y: «Bien, alguien estropeó nuestro único ejemplar, dice aquí, y su edición estaba agotada por aquel entonces, me temo».

Recordaba un libro en particular, un texto sobre accidentes con armas nucleares, que le había sido diligentemente traído por un sonriente bibliotecario. Pero cuando lo abrió descubrió que, desde la primera hasta la última, alguien le había practicado un limpio y enorme agujero en el centro de todas las páginas.

—¿Sabe usted qué ha sido de Austin Train? —dijo repentinamente la señora Quarrey. Thorne parpadeó.

—De hecho esa es una de las preguntas que vine a hacerle a su esposo. Tengo entendido que los trainitas le contactaron a usted hace algún tiempo y le pidieron que les ayudara en una investigación a nivel nacional que estaban efectuando sobre los productos Puritan... ¿es eso cierto?

Quarrey asintió.

—He estado yendo arriba y abajo con la esperanza de localizar a Train, pero por muy lejos que me hayan llevado mis pistas sólo he conseguido localizar a uno de esos... esos *alter ego* suyos. —Thorne vaciló—. ¿Cree usted que ha muerto?

—Uno no deja de oír rumores —suspiró Quarrey—. El nunca ha tenido ninguna conexión directa con los trainitas, por supuesto, pero la última historia que oí procedía de un trainita, así que eso señala su valor. Pretendía que resultó quemado en el incendio de ese apartamento de los barrios bajos en San Diego.

—Yo también he oído eso —admitió Thorne—. Pero creo que es otro de estos casos de falsa identidad. Incidentalmente, ¿sabe donde consiguió ese pescador loco su napalm?

—Creo que no.

—Formaba parte de un cargamento que enviamos nosotros a los mejicanos para quemar sus plantaciones de marihuana.

—Bien, ese es el caso de los pollos que vuelven a casa para rustir a sus criadores como venganza —dijo Quarrey con una amarga risita—. ¿Por qué está buscando tan intensamente a Train, por cierto? ¿Un poco más de jerez?

—Sí, gracias, es muy bueno... La verdad, creo que lo busco porque parece ser realmente la única persona que tal vez pueda sacarnos de este atolladero. Quiero decir que hay mucha gente que lo respeta o que al menos respeta sus principios. ¿No está de acuerdo?

—En un cierto sentido —dijo el profesor pensativamente—. Necesitamos algo para salirnos de esto... este aislacionismo en el que nos hemos encajonado. Y no lo digo en el sentido tradicional; me refiero más bien al aislacionismo en el tiempo, si quiere expresarlo así. Nos hemos divorciado de la realidad, del mismo modo que los romanos seguían pensando en sí mismos como invulnerables y a salvo de todo desafío mucho tiempo después de que eso hubiera dejado de ser cierto. Las más horribles advertencias nos están mirando directamente a la cara: el estancado Mediterráneo sobre todo, muerto como los Grandes Lagos... pese a lo cual nos

seguimos sintiendo tan orgullosos de ser los más ricos, los más poderosos, los más yo que sé, que no queremos enfrentarnos a los hechos. No queremos admitir que andamos escasos de agua, que andamos escasos de madera, que andamos escasos de...

—Comida —dijo Thorne secamente—. O lo andaremos el próximo invierno. Por eso insistimos tanto en reanudar la producción del Nutripon. Conocí a un tipo muy interesante el otro día, había trabajado para Angel City, un actuario llamado Tom Grey. Ahora ha fijado su residencia en Nueva York, y lo conocí a través de Moses Greenbriar, en el trust Bamberley. Ha estado compilando durante años masas de datos sociales, para algún obsesivo proyecto suyo, y Moses le pidió que extrapolara la cuestión de los fracasos en las cosechas de este año. Ya sabe que las cosechas han sido malas por todas partes.

—¿Malas? ¡Desastrosas! —bufó Quarrey—. Idaho, los Dakotas, Colorado, Wisconsin... Sí, mencionó usted esta comprobación que los trainitas me pidieron que coordinara; francamente, estoy dudando en aceptarlo.

—¡No es sorprendente! —dijo ásperamente su esposa—. Tiene su vida amenazada, señor Thorne... ¡no, querido, no voy a quedarme quieta sobre eso! ¡Es horrible! Hemos tenido al menos media docena de llamadas telefónicas anónimas amenazándonos con matar a Lucas si sigue adelante con eso, y puesto que como he dicho estoy segura de que la policía está controlando nuestro teléfono saben a ciencia cierta que estamos diciendo la verdad, pero no hacen nada al respecto.

—¡Pero entonces eso es serio! —exclamó Thorne—. Ellos tienen que saber, todo el mundo lo sabe, que Puritan es una operación del Sindicato, y si usted intenta hacer que bajen sus precios...

—No es en absoluto eso —interrumpió Quarrey.

Thorne se lo quedó mirando por un momento. Luego se echó hacia atrás en su silla.

—Lo siento. Parece que me he precipitado en mis conclusiones. Supuse que estaban analizando que la comida que vende Puritan no vale el precio que hacen pagar por ella, a fin de... esto... hacer presión para que disminuyeran sus exagerados márgenes de beneficios.

—No se trata de buscar cuáles son los productos que están por encima de los márgenes comerciales decentes y permitidos —dijo Quarrey—. Uno puede descubrirlos fácilmente operando tan sólo al azar.

Hubo un profundo silencio. Finalmente Thorne agitó la cabeza.

—Creo que no entiendo.

—Es muy sencillo. Debe haberle sorprendido a usted el hecho de que, pese a sus exorbitantes precios, Puritan vende un volumen colosal de alimentos.

—Sí, es algo fantástico. Es un índice de lo asustada que está realmente la gente. Especialmente los padres de niños pequeños.

—Bien, lo que descubrieron algunos trainitas... no sé quienes, todo lo hacen anónimamente... es que las cosas no son lo que parecen. Si divide usted el volumen de productos cultivados biológicamente que Puritan vende en un año por la cantidad de suelo que necesita uno para cultivarlos descubrirá que no hay literalmente suficiente tierra no contaminada en Norteamérica para producirlos. No después del programa general de defoliación de los sesenta. Y han analizado sus productos, y como he dicho aproximadamente la mitad de ellos no son mejores que los que puede encontrar en un supermercado normal. Estoy verificando todavía sus cálculos, pero estoy casi completamente seguro de que esto ha quedado demostrado.

—Estoy preguntándome —dijo la señora Quarrey— si el promotor de esa idea no podría ser el propio Austin Train.

Thorne la miró, luego volvió sus ojos a su marido.

—Bien, entonces no veo por qué no dan el asunto a la publicidad inmediatamente —exclamó—. Si ha sido usted amenazado, ¿no será la publicidad su mejor protección?

—Yo le dije esto —observó la señora Quarrey firmemente.

—Y yo pensaba hacerlo —dijo el profesor—. Hasta que los trainitas me dijeron lo que estaba ocurriendo con todas esas cosechas que se malograban. ¿Sabe usted lo que hemos dejado entrar en el país?

—Bueno, alguna especie de plaga de insectos, supongo. O plagas, como mínimo, puesto que arruinan tantos tipos distintos de plantas.

—Es el gusano que causó la hambruna en Honduras, e indirectamente condujo a la guerra.

—¡Oh, no! —Thorne sintió de pronto su boca seca—. ¿Pero cómo?

—Importado bajo licencia federal —dijo Quarrey con morbosa satisfacción, como un predicador al pie del ataúd de un borracho empedernido—. Fue descubierto en el wat trainita de Colorado, y alguien con contactos con los tupamaros consiguió identificarlo. Aparentemente uno de los grandes importadores de insectos subcontrató este asunto de los gusanos a un tipo que se suponía debía proporcionar gusanos argentinos, pero a ese tipo le importaba un pimiento todo el asunto, y los compró allá donde se los ofrecieron más baratos, nos envió miles de galones de esos condenados bichos, y se embarcó para Australia con los beneficios.

—¡Increíble! —resopló Thorne—. ¿Pero no se dieron cuenta de que no eran gusanos como los de siempre?

—Oh, estaban mezclados con gusanos normales. Y aparte el hecho de ser ligeramente azulados y tener una forma ligeramente distinta, esos jigras, como los llaman, se parecen mucho a los auténticos gusanos.

—¡Pero los expertos de la compañía importadora! —Thorne apretó los puños—. ¡O la aduana! ¿No les extrañó que fueran azules?

—Por supuesto que no. Los había teñido de rosa.

—Por supuesto —dijo Thorne amargamente.

—Los trainitas dan por sentado que los oficiales de la aduana y los inspectores de la firma fueron sobornados, pero a mí me cuesta creerlo. —Quarrey se alzó de hombros—. De todos modos ha ocurrido, el daño ya está hecho. Y esos malditos animales son resistentes a casi todos los insecticidas conocidos, legales o ilegales.

—Por eso tiene usted miedo de las consecuencias si asusta a la gente con lo de Puritan —dijo Thorne lentamente.

—Sí, exactamente. Nos encaminamos a un invierno de hambre. Mis contactos trainitas opinan lo mismo, porque aunque la mitad de la comida de Puritan no sea tan buena como proclaman que es, vamos a necesitar cada mordisco de todo lo que sea remotamente digerible.

—Aunque sea un mendrugo de pan —dijo la señora Quarrey.

Hubo otro silencio. Finalmente Thorne apuró su vaso.

—Será mejor que me vaya —murmuró—. Tengo una cena con mi abogado. Supongo que va a empeñarse en otro intento de hacerme abandonar mi demanda contra el Departamento de Defensa. ¿Qué infiernos puede hacer uno cuando su propio abogado le dice que no va a poder conseguir que se haga justicia?

—Tenía entendido que había conseguido usted el apoyo de... bien, otro apoyo —observó Quarrey.

—¿Angel City, quiere decir? Sí, tenía grandes esperanzas con ellos. Quiero decir, no es ningún secreto que tenía una póliza de vida de medio millón de dólares a nombre de Nancy. Pero han pagado sin ni siquiera abrir la boca. Y en cuanto a los nueve casos de lewisita en Florida...

—¿Nueve?

—Estoy moralmente seguro, y quizá haya otro. Pero todo el mundo con quien he hablado ha sido bien pagado para no airear el asunto. —Thorne esbozó una amarga sonrisa—. Conmigo no han podido; yo ya soy rico, y ahora Angel City me ha hecho aún más rico. —Miró su reloj—. ¿Puede darme mi paraguas, señora Quarrey? Y creo que tiene usted también mi mascarilla.

Pero cuando ella abrió la puerta del apartamento para dejarle salir, había tres hombres con ropas oscuras apoyados contra la pared opuesta del descansillo. Su corazón dio un brinco.

Y se detuvo.

Al igual que los del profesor y su esposa.

—Han caído como pajaritos —dijo uno de los asesinos burlescamente, y siguió a sus compañeros que se alejaban.

CONCENTRACIÓN DE FUERZAS

Doug y Angela McNeil vieron las tropas acampadas cerca de la carretera de Towerhill cuando iban a comer a uno de sus restaurantes preferidos en las montañas. Habían decidido salir en el último momento. Podían hacer ese tipo de cosas porque no tenían hijos. Una gran cantidad de doctores en esos tiempos no tenían hijos.

Durante todo el camino no habían dejado de pasar a grupos de esos extraños jóvenes que habían estado llegando a Denver durante los últimos días. A estas alturas debían haber llegado ya cientos de ellos. La mayoría habían venido por autobús, y unos pocos habían traído consigo bicicletas plegables que habían metido en el departamento de equipajes del autobús, pero la mayoría iban a pie. Obviamente procedían de grandes ciudades. Llevaban mascarillas filtro colgadas de sus cuellos, como los turistas de invierno que no podían aceptar que el aire de Colorado era seguro.

—¿Qué están haciendo todos ellos aquí? —dijo Angela mientras pasaban junto a un grupo de una docena o así que se habían sentado para descansar un poco apoyándose contra un gran cartel que mostraba la silueta monstruosa de un gusano y advertía: «¿HA VISTO USTED A UNO DE ESOS? ¡SI LO HA VISTO INFORME INMEDIATAMENTE A LA POLICÍA!».

—Al principio pensé que debía tratarse de alguna especie de reunión trainita en el wat. Pero no van allí. ¿Has observado que llevan fibras sintéticas? Los trainitas no.

Angela asintió. Es cierto: de todas clases, desde camisas de nylon hasta botas de plástico.

—De modo que supongo que son simplemente la contrapartida montañesa de esas reuniones de jóvenes en las playas. —Inconscientemente, Doug, había disminuido la velocidad del coche para mirarlos más detenidamente; dándose cuenta de que no les gustaba ser observados, aceleró de nuevo—. Difícilmente pueden ir a California este año, ¿no crees?

—Supongo que no —se estremeció Angela.

—Y no pueden o no quieren ir a Florida debido al miedo a ese gas venenoso. Así que sólo les quedan las montañas. Probablemente está ocurriendo lo mismo allá en el este, en las Poconos por ejemplo.

—No creo que sean recibidos muy calurosamente —Angela parecía inquieta—. ¿Y tú?

—Bueno, no. Y las fuerzas de la ley y el orden parecen ser de la misma opinión. —Doug señaló hacia adelante. Dos coches de patrulla estaban aparcados en el arcén en medio de una curva, y un grupo de policías de rostros duros estaban fotografiando a los muchachos con una Polaroid. Tras uno de los coches otros estaban registrando a un joven pálido de unos veinte años. Lo habían obligado a quedarse en calzoncillos.

Uno de los policías lo sujetaba por los brazos, aunque no ofrecía resistencia; otro le estaba palpando los testículos con evidente regocijo; un tercero estaba registrando su mochila.

Un poco más lejos vieron a las tropas: en una zona prácticamente llana habían erigido tiendas como hongos de color naranja. Cinco camiones de color verde oliva estaban aparcados junto a la carretera.

Doug se sobresaltó.

—Hey, eso son láseres de combate, ¿no?

—¿Los qué?

—¡Esos remolques! Cristo, ¿esperan alguna guerra civil? ¡No pretenderán usarlos contra esos chicos!

—Espero que no —admitió Angela.

CRÍTICO

Bien, aquí arriba al menos uno podía respirar. Aunque tampoco pudiera ver las estrellas. Michael Advowson extrajo de todo ello el consuelo que le fue posible. Gozando del verse libre de la tiranía de una mascarilla filtro —aunque seguía notando la irritación de un leve escozor en la parte posterior de la lengua, que lo había atormentado desde su llegada de Europa—, siguió subiendo la colina alejándose de la planta hidropónica. Era bueno andar sobre la hierba, aunque estuviera seca y quebradiza, y sentir el roce de los matorrales, aunque sus hojas fueran grises. Por encima de todo estaba solo, y eso era un alivio.

Cristo. ¿Qué hubiera dado por estar de nuevo en casa?

Lo que más le dolía lo que le daba la sensación de ser un chiquillo enfermo consciente de una terrible injusticia y sin embargo incapaz de explicársela a nadie que pudiera acudir en su ayuda, era que pese a la evidencia que había a su alrededor, pese a lo que sus ojos y oídos registraban —y a veces su carne, a través de magulladuras, punzantes heridas, desgarradoras toses, supurantes llagas—, esa gente creía que su forma de vida era la mejor del mundo, y se preparaban para exportarla a punta de pistola.

Allá en Honduras, por ejemplo. ¡En nombre del cielo! Cromwell había hecho algo así en Irlanda... ¡pero había sido hacía muchos siglos, en otra era mucho más bárbara!

Y luego, pasada la siguiente curva, una pesada puerta de hierro había sido erigida en medio de una pared de cemento con púas en su parte superior. A un lado había un gran rótulo brillantemente iluminado: CULTIVOS HIDROPÓNICOS BAMBERLEY. SIRVIENDO A LAS NECESIDADES DE LOS NECESITADOS.

Había otro cartel más pequeño colgando de la propia puerta, anunciando que grupos de visitantes serían recibidos diariamente de 10 a 15 horas, pero estaba cubierto con un trozo de tela de saco.

Ahora llevaba su uniforme casi todo el tiempo. Indicaba que era algo más que un extranjero, que poseía un rango en la jerarquía, y esa gente adoraba el poder. Reconociendo su status, se comportaban hacia él con una fría educación. No. Corrección.

Pero no era eso lo que había esperado. El tenía aquí familia, que se remontaba hasta el hermano de su bisabuelo, que había venido aquí para escapar de la opresión de los británicos. Había esperado de alguna manera ser acogido... bien, como un primo. No como un conspirador.

La soledad en Nueva York lo había conducido cada vez más a la compañía de la chica ebria que se había aferrado a él en aquel cóctel diplomático. Sylvia Young, ese era su nombre. Había encontrado en ella algo desencantado y nostálgico bajo su fachada de sofisticación, como si estuviera buscando un sueño del que sólo podía recordar la atmósfera, no los detalles.

Su último encuentro había tenido lugar hacía dos noches, y ella estaba curada, le dijo, y deseaba que se acostaran juntos. Pero su subconsciente estaba tan alterado que no pudo hacer nada, y cuando ella le increpó, frustrada, él la increpó a su vez en respuesta, diciéndole que nunca antes había conocido a una chica que hubiera estado infectada, a lo que ella replicó con una amarga risa que ella en cambio no había conocido a ninguna que no lo hubiera estado.

Y su risa se disolvió en lágrimas, y se apoyó contra su hombro y se aferró a él como una niña asustada, y entre sus sollozos emergieron los retazos de su inexpresable y patético sueño: el deseo de vivir en algún lugar limpio, de criar a un hijo con alguna posibilidad de que fuera saludable.

—¡Todos los niños que conozco tienen algo que no les funciona bien! ¡Todo el mundo tiene niños a los que algo no les funciona correctamente!

Como médico, Michael sabía que eso no era cierto; la incidencia de anomalías congénitas, incluso en los Estados Unidos, aún era tan sólo de un tres o un cuatro por ciento. Pero todo el mundo se aseguraba contra ello, y hablaba como si el menor acceso de mal humor, el menor indicio de enfermedad infantil, fuera el fin del mundo.

—¡Tiene que haber algo que podamos hacer! ¡Tiene que haberlo, tiene que haberlo!

La idea había cruzado por su mente: yo podría ofrecérselo... bien, no enteramente un lugar limpio para vivir, porque cerca de Balpenny, cuando el viento sopla de la dirección del complejo industrial en torno al aeropuerto de Shannon uno sale fuera por la mañana para respirar una buena bocanada de aire y se encuentra tosiendo. Pero habían prometido hacer algo al respecto.

También los animales nacían a veces con deformidades. Pero uno podía matar a los animales con la conciencia más o menos tranquila.

Pero hubiera podido decir: déjame mostrarte lagos que aún no están ensuciados por los desechos del hombre. Déjame recoger para ti cosechas crecidas con estiércol animal y pura agua de lluvia. Déjame darte a comer manzanas de árboles que nunca han sido rociados con arsénico. Déjame cortarte rodajas de pan de una hogaza de maíz, que transmitirá a tus manos el agradable calor del horno. Déjame dar te hijos que no necesiten temer nada peor que una botella dejada caer por un borracho, niños de piernas rectas, sonrientes, de hablar claro. Y no te importe si este hablar está lleno de los ecos de una lengua que hablaba la civilización hace un millar de años.

Pero no le había dicho nada de eso, sólo lo había pensado. Y probablemente nunca lo haría. Una vez hubieran quemado, al día siguiente, todo el almacenamiento sospechoso de Nutripon, tenía intención de regresar directamente a casa desde Chicago en un vuelo Aer Lingus.

En la cresta de un promontorio se detuvo y miró a su alrededor. Allí estaba la planta hidropónica, extendiéndose como un colosal tractor oruga al pie de la ladera de una colina. Apenas podía ver las ventanas iluminadas y desprovistas de cortinas de la vivienda del director de la planta, un hombre agradable llamado Steinitz. Más de lo que uno podía decir de su anfitrión, Jacob Bamberley... Permanecer en aquella gran casa, el ampliado rancho que había comprado su abuelo, era en cierto modo algo *equivocado*, aunque estuviera rodeada por lo que se consideraba como unos maravillosos jardines botánicos. Apenas los había visto; le habían parecido más bien tristes y mustios.

Iba a tener que volver dentro de poco. Había asistido como testigo a la revisión de los últimos preparativos, junto con los oficiales americanos a cargo de la operación, el coronel Saddler, el capitán Aarons y el teniente Wassermann, y el otro observador de las Naciones Unidas, un venezolano llamado capitán Robles. A Michael no le caía bien ninguno de ellos, y después de la reunión había sentido la necesidad de airearse un poco. Por eso estaba aquí ahora, a medianoche, bajo el cielo.

No bajo las estrellas. Aparentemente no habían sido vistas en todo el verano. El señor Bamberley había dicho en la cena:

—Ha sido un mal año.

¿Pero acaso el año próximo iba a ser mejor?

Se estremeció pese a la cálida brisa ligera, y un instante más tarde sintió el mayor terror de su vida. Una voz le habló desde ninguna parte.

—Bien, mierda. ¿Quién es ese ruidoso hijo de puta?

Miró frenéticamente a su alrededor, y sólo entonces vio una oscura silueta de pie a menos de diez pasos de él: un hombre negro vestido con ropas negras, muy alto y delgado. Y en su mano derecha algo brillante, un cuchillo sujeto en la despegada posición de lucha de alguien que sabe como utilizarlo, no estúpidamente levantado hasta la altura del hombro sino bajo, desde donde podía acuchillar fácilmente los blandos músculos del vientre de su oponente.

—¿Qué infiernos...? ¿Quién es usted? —preguntó Michael.

Un momento de mortal silencio. Durante él, otras formas se materialización de lo que parecía un lugar desolado.

—Hey, tú no eres americano —dijo el hombre negro. ¿Hombre? Quizá muchacho; su voz tenía un tono alto, toda ella emitida con la cabeza y no con el pecho.

—No, no lo soy. ¡Soy irlandés!

La luz de una linterna lo atravesó como una aguja a una mariposa. ¿Durante cuánto tiempo sería válida esa imagen? No había visto ninguna mariposa en aquel

país.

Una nueva voz, la de una chica, dijo:

—¡Un uniforme!

—Tranquila —dijo el muchacho negro—. Dice que es irlandés. Así que, ¿qué estás haciendo aquí, amigo?

Michael sintió que el sudor resbalaba por su piel. Dijo:

—Soy un observador de las Naciones Unidas.

—Y nos estás observando a nosotros, ¿eh? —Con ironía.

—No sabía que hubiera nadie por aquí. Simplemente salí a dar una vuelta.

—Hey, hombre. Seguro que eres un extranjero. —El muchacho negro enfundó su cuchillo y avanzó hacia el rayo de luz de la linterna—. Pensé que eras un poli. Pero ellos van en manada.

—¡Es un zorrino! —restalló la chica. Michael había oído el término: significaba soldado. Se sintió amenazado.

—Pero no lleva ningún arma —dijo el muchacho negro.

La voz de la chica cambió de repente.

—Mierda, eso es cierto. Hey, amigo, ¿qué tipo de ejército es ese en el que no llevas ningún arma?

—Soy oficial médico. —Michael obligó a que las palabras surgieran de su reseca garganta—. ¿Queréis ver mi documentación?

El muchacho negro se acercó más, mirándolo de la cabeza a los pies.

—Sí —dijo tras un momento—. Creo que lo haremos.

Michael sacó sus papeles del bolsillo. El muchacho los estudió.

—Vaya, infiernos. Un mayor. Bienvenido a ese montón de mierda sobre el que vivimos, Mike. ¿Te gusta?

—Daría cualquier cosa por largarme inmediatamente —gruñó Michael—. Pero ellos no me dejan.

—Ellos —apoyándose fuertemente en la palabra— no te dejan hacer nada. —Le tendió los papeles de vuelta y retrocedió un par de pasos—. Me llamo Fritz —añadió—. Esa es Diana... Hal... Curt... Bernie. Ven y siéntate.

No parecía haber otra alternativa. Michael avanzó. El grupo había acampado allí, se dio cuenta entonces: sacos de dormir ocultos por un círculo de matorrales, unas pocas brasas en un fuego sobre piedras planas.

—¿Una fumada? —dijo Fritz—. ¿O prefieres una mascada?

—¡Fritz! —gritó la chica Diana.

Fritz soltó una risita.

—A Mike le importa un pimiento como remontemos nuestra moral. ¿Verdad, Mike?

La referencia a una mascada explicó bruscamente a Michael el tono agudo —casi demasiado agudo— de la voz de Fritz. Iba cargado de khat, popular entre los negros americanos porque procedía de África: una hoja estimulante que podía ser mascada o

fumada o bebida en infusión, exportada en enormes cantidades de Kenya por el pueblo meru, que la llamaba meru-ngi.

—No, gracias —dijo tras una pausa.

—Hombre, no sabes lo que te estás perdiendo. —Ese era... ¿Bernie? Sí, Bernie. Se rió—. Una de las grandes medicinas naturales. ¿No has atrapado la diarrea últimamente?

—Sí, claro.

—No hay «claro» con la diarrea. Dijeron que treinta y cinco millones de personas la atraparon. Nosotros no. ¿Dónde está la mascada?

—Aquí. —Curt, el siguiente en línea, sacó la húmeda bola de su boca y se la tendió. Michael reprimió un estremecimiento. Era interesante, eso de haber escapado de la diarrea universal. Debido al efecto astringente de la droga, sin duda.

—¿Qué os ha traído aquí? —preguntó.

—Somos turistas —respondió Fritz con una risa aguda—. Solo turistas. ¿Y tú?

—Oh, van a quemar toda esa comida sospechosa mañana. Estoy aquí para comprobar que el trabajo se efectúe como es debido.

Una nueva pausa. Repentinamente, el llamado Hal dijo:

—Bien, no lo harás.

La chica Diana le dirigió una temerosa mirada de soslayo. Era muy rubia y bastante agraciada, aunque un poco gordita.

—¡Hal, vigila tu lengua!

—Es un hecho, ¿no? ¡Nadie va a detenernos!

Michael dijo lentamente, incrédulamente:

—¿Estáis aquí para intentar meter las manos en esa comida?

Una vacilación. Luego asentimientos. Categóricos.

—¿Pero por qué? —Pensó en todos aquellos jóvenes que había visto viniendo de Denver: ¡centenares! Y Steinitz, en la factoría, había dicho que hacía días que iban llegando.

—¿Por qué no? —era Curt.

—Ajá, ¿por qué no? —Hal de nuevo—. Sería la primera vez, auténticamente la primera vez, que el gobierno de este asqueroso país se la jugara a algunos de sus ciudadanos. —Hizo que la palabra «ciudadanos» sonara obscena.

Diana se pasó la lengua por los labios. Tenía unos labios gruesos y una lengua afilada. Sonó como «srlup».

—¿Estáis locos? —jadeó Michael sin poder contenerse.

—¿Acaso el estar loco no es la única forma cuerda de vivir en este jodido mundo? —respondió Fritz.

—¡Pero no hay droga en la comida que tienen almacenada ahí! He visto los análisis.

—Seguro, eso es lo que dicen. —Se alzó de hombros—. Pero dijeron lo mismo respecto a ese lugar en África, y lo están diciendo ahora sobre Honduras...

¡Asquerosos embusteros!

—Oh, no sabéis lo que estáis diciendo. ¡Yo he estado en Noshri! ¡Yo he visto!

Sin advertencia previa, aquello tomó posesión de él: el recuerdo de los lamentos y los sonidos y los olores, el barro pegándose a sus botas, la sensación de desesperación. Habló de los niños golpeados hasta la muerte por sus propios padres. Habló de los soldados que huían sollozando y gritando por entre los arbustos. Habló de las mujeres que nunca más podrían volver a ver algo tan común como un cuchillo de cocina sin echar a correr gritando aterradas. Habló del hedor y de la enfermedad y del hambre. Habló de todo ello, palabras que fluían de él como el agua por una presa rota. Y no fue hasta que empezó a dolerle la garganta que se dio cuenta de que durante todo el tiempo había estado diciendo:

—La comida americana hizo esto, hizo aquello...

Lucy Ramage y su amigo uruguayo se hubieran sentido complacidos. Pero estaban muertos.

Se interrumpió bruscamente, y por primera vez en largos minutos miró a sus oyentes en vez de a los recordados horrores de África. Todos ellos exhibían idénticas sonrisas pensativas.

—¡Espera, hombre! —suspiró finalmente Diana—. ¡Piensa en lo que representa echarle una mano a todo el viaje que hay ahí!

—¡Sí! —añadió Curt—. ¡Piensa en un viaje que nunca se acaba!

—Si intentan impedirme que agarre un pedazo de eso —dijo Hal—, deberán quemarme a mí antes de quemar esa mierda.

—¡Pero no es posible que queráis volveros locos! —estalló Michael. Buscó la frase adecuada—. No podéis desear... ¡un viaje horrible que dure todas vuestras vidas!

—¿Seguro que no, compañero? ¡Estás muy equivocado! —Fritz, con una voz fría, mortalmente seria, muerta—. Escucha, Mike, porque no comprendes y deberías comprender. ¿Quién desea estar cuerdo en este país sabiendo que cada inspiración que haces, cada vaso que llenas de agua, cada baño que te tomas en el río, cada comida que engulles, te está matando? Y tú sabes por qué, y tú sabes quienes son los que nos están haciendo esto, y tú no puedes devolvérselo a esos hijos de puta.

Se había puesto bruscamente de pie, dominando a Michael, incluso cuando Michael también se levantó. Tenía más de metro noventa de estatura, quizá metro noventa y cinco. Parecía una representación medieval de la muerte: despiadada, delgada, hambrienta.

—Yo no deseo morir, amigo. Pero no puedo soportar el seguir viviendo. Desearía despedazar a esos tipos asquerosos miembro a miembro. Desearía arrancarles los ojos. Desearía llenar su boca con su propia mierda. Desearía tirar de sus entrañas a través de su culo, centímetro a centímetro, y enrollarlas alrededor de sus cuellos hasta que se ahogaran. ¡Desearía estar tan loco furioso que pudiera pensar en todas las cosas que merecen que se les hagan! ¡Ahora quizá comprendas!

—Ajá —dijo Diana muy suavemente, y escupió la bola de khat a los rescoldos de su fuego, donde chisporroteó.

—Vete, Mike. —Fritz sonó de pronto cansado—. Tan lejos como puedas. Vuelve a tu casa. Déjanos ocuparnos de esos hijos de madre. Un día quizá puedas volver, tú o tus nietos, y descubrir un lugar adecuado para que la gente viva en él, blanca o negra.

—O verde —dijo Diana con una risita histérica—. Verde como Irlanda.

Miró fijamente a los ojos de Fritz durante un largo momento, y lo que vio le hizo dar media vuelta y echar a correr.

Aunque la mayoría de los trabajadores de la planta, especializados o no, habían sido enviados a engrosar las filas de los sin empleo en Denver, un puñado de ellos habían sido mantenidos allí, y con su ayuda él y Robles pasaron la mañana siguiente comprobando los listados de existencias para asegurarse de que ninguna caja de Nutripon sospechoso fue extraída del interior de la factoría. Tropas con carretillas elevadoras trasladaron luego todas las existencias a un aparcamiento de cemento vacío y las apilaron en un monstruoso montón frente a los láseres de combate que habían sido alineados para calcinarlas hasta reducirlas a cenizas.

Los listados eran exactos. El trabajo avanzaba rápidamente. No dejaba de oír —se suponía que iban dirigidos a él— los comentarios de los soldados: «¿Por qué infiernos esos sucios extranjeros vienen a decirnos lo que tenemos que hacer?». Un hombre en particular, un sargento llamado Tatum, delgado, alto, pelirrojo, parecía animar a su pelotón a lanzar esas observaciones cada vez que Michael estaba cerca. Les respondió secamente, amargamente. Muy pronto, muy pronto todo habría acabado, y podría volver a casa.

De tanto en tanto alzaba la vista hacia la ladera verdegris de la colina detrás del aparcamiento, esperando verla bullir de figuras humanas: Fritz y sus amigos, y todos los otros cientos. Pero aunque creyó ver en ocasiones movimientos entre los arbustos, nunca vio ningún rostro. Casi podía creer que había soñado la terrible experiencia de la noche pasada.

—¿Desear volverse locos? ¡Eran poco menos que niños!

Pero finalmente el resonante domo del almacén estuvo vacío, y no quedaba nada en el resto de la factoría, donde los nuevos y flamantes purificadores de aire remataban a intervalos el techo, y pequeños certificados de la firma especializada relucían bajo las rejillas de ventilación... y estuvo de acuerdo con Robles que podían ir e informar al coronel Saddler de que todo estaba dispuesto. Robles estaba impacientándose desde hacía media hora. Michael sintió un perverso placer en hacerle esperar un poco más.

Había llegado a la conclusión, sobre las bases de lo que Fritz le había dicho, de que entre las razones de su inmediata antipatía hacia Robles una de las más importantes era que el venezolano llevaba constantemente una automática al cinto.

—Se han tomado su tiempo —gruñó el coronel Saddler—. ¡Pensé que podríamos quemar todo eso antes de comer!

La noche pasada había dicho que estaba esperando ser trasladado a un puesto en Honduras.

A buena distancia del cemento, gris bajo el cielo gris, los periodistas aguardaban junto a sus coches y las unidades móviles de televisión, preparados para registrar el acto de destrucción como prueba de las buenas intenciones de América hacia el mundo.

—Pero ahora pienso que será mejor que vayamos a dar antes unos mordiscos —añadió el coronel irritadamente—. ¡Sargento!

Era Tatum, el hombre pelirrojo que tanto parecía odiar a Michael.

—Sargento, dígales que vamos a hacer un alto para comer, y asegúrese de que el pelotón de los lanzallamas esté de vuelta diez minutos antes de... ¿Qué infiernos?

Todos giraron la cabeza al mismo tiempo, y descubrieron que lo que Michael había estado esperando durante toda la mañana había ocurrido. Debían haber estado observando desde la colina con la habilidad y la paciencia de una entrenada guerrilla. Ahora, dándose cuenta de que el trabajo de sacar toda la comida del almacén había terminado, se habían dejado ver y estaban avanzando hacia la verja de tela metálica que delimitaba en aquel lugar los límites de la factoría. Parecían como un ejército medieval. ¿Doscientos? ¿Trescientos? Con cascos de motoristas, botas de escalada, y en sus brazos escudos de fabricación casera exhibiendo como escudo de armas el símbolo trainita de las tibias cruzadas y la sonriente calavera.

—¡Echad a esos locos estúpidos fuera de aquí! —rugió el coronel—. ¡Traedme un megáfono! ¡Sargento, no deje que los hombres se vayan a comer todavía! Dígales a esos idiotas que si no se han marchado en cinco minutos...

—¡Coronel! —estalló Michael—. No puede...

—¿Qué no puedo? —Saddler se giró furiosamente hacia él—. ¿Está usted presumiendo de darme órdenes... mayor?

Michael tragó saliva dificultosamente.

—¡No puede arriesgarse a prender fuego a la comida con todos esos chicos ahí!

—No voy a arriesgarme a nada —dijo Saddler—. No sería ninguna pérdida para este país. Apostaría a que la mitad de ellos son desertores, y los demás mintieron al tribunal de reclutamiento. Pero les voy a dar una oportunidad. Gracias, sargento. —Tomó el megáfono que había pedido. Alzándolo hasta su boca, gritó—: ¡Vosotros, los de ahí fuera! Dentro de cinco minutos... —Echó a andar hacia la verja.

Más allá, dándose cuenta de que ocurría algo inesperado, los periodistas se agitaban inquietos, cámaras y micrófonos preparados.

En la ladera de la colina, cerca de una chica de pelo rubio, la silueta de un delgado negro, muy alto. En su mano, algo brillante. ¿Un cuchillo? ¡No, unas

tenazas!

Saddler completó el recital de su advertencia y se giró, observando su reloj.

—Primero los rociaremos un poco con las mangueras, sargento —murmuró—. No quiero que ese maldito estúpido irlan...

Y se dio cuenta de que Michael le había seguido y estaba ahora mismo al alcance de su voz. Enrojeció y alzó el tono:

—Espero que esto merezca su aprobación —ladró—. ¡Apostaría a que la mayoría de ellos necesitan realmente un baño!

—Quizá allá donde viven no puedan tomar un baño sin peligro —dijo Michael. Sentía que la cabeza empezaba a darle vueltas. Había dormido muy mal tras su encuentro con los jóvenes en la colina.

—¿Qué infiernos quiere decir con esto?

Michael miró con el rabillo del ojo al extraño ejército bajando por la ladera. A todo su alrededor los sargentos estaban disponiendo a sus hombres para proteger la verja. Las mangueras contra incendios, traídas como precaución por si los láseres de combate incendiaban la seca hierba y los arbustos, estaban siendo alineadas. Sobre cada boca de pozo —la planta disponía de sus propios pozos, debido a que el proceso hidropónico necesitaba enormes cantidades de agua—, los servidores de las mangueras se inmovilizaron junto a sus bombas, preparados para entrar en acción a la menor señal. Con un sordo rugir, un helicóptero se elevó al otro lado de la factoría, con un hombre inclinado sobre la portezuela abierta, con una cámara portátil en la mano. Las letras «ABS» estaban pintadas en sus costados.

—Déjeme hablar con esos chicos, coronel —dijo Michael—. Encontré a algunos de ellos la pasada noche, y creo que puedo manejar esto...

Andando firmemente, ignorando los gritos de advertencia de los suboficiales en el interior del recinto, la primera oleada de jóvenes había alcanzado la verja. Sonó un grito, procedente de uno de los soldados que estaba nerviosamente de guardia en primera línea.

—¡Hey, ese bastardo tiene una pistola!

—¡Calen bayonetas! —restalló el coronel a través del megáfono—. ¡No les dejen acercarse a la verja!

Clic-clic-clic. Una hilera de aceradas púas apuntó a los vientres al otro lado de la tela metálica.

—¡Coronel! —Michael sujetó a Saddler por la manga—. ¡Tengo una idea!

Y un grito:

—¡Coronel! ¡Coronel Saddler! ¡Aquí! —Gesticulando desde un lugar cerca de los periodistas, el capitán Wassermann.

—Oh, váyase al infierno —gruñó Saddler a Michael, y se alejó rápidamente.

De acuerdo pues... Michael inspiró profundamente y avanzó hacia la verja, rodeando la irregular montaña de cajas de comida. En su parte central tenía quizá

siete metros de altura por diez de ancho, pero en su base se esparcía irregularmente, y algunas de las cajas se habían reventado.

—¡Hey, mayor! —Era el hombre que había dicho haber visto una pistola, un soldado—. ¡No se acerque más... pueden matarle!

—¡Cállese, soldado! —era Tatum; su pelotón custodiaba la verja cerca de donde estaba Fritz—. Deje que el mayor haga lo que quiera. Es su funeral.

Michael siguió andando. Pasó entre los soldados y se enfrentó a Fritz, que estaba a un metro de distancia, su boca curvada en una sonrisa, sus tenazas colgando blandamente en su mano derecha.

—De modo que así es como luces a la luz del día, mayor —dijo, y la chica Diana dejó escapar una risita a su lado.

—Así que quieres probar esta comida —dijo Michael.

—Correcto. ¿Y?

—¿Qué caja?

—¿Qué?

—He dicho qué caja. —A todo su alrededor, los ojos estaban fijos en él. Alzó la voz deliberadamente, deseando disponer de un megáfono—. La otra noche te dije que esta comida había sido analizada y declarada inocua. Tú no lo creíste. Ninguno de vosotros lo hizo. Así que elige una caja y te daré parte de su contenido. Cuando no te ocurra nada, os largaréis.

Hubo un silencio mortal. Finalmente Fritz esbozó un signo de asentimiento.

—De acuerdo, eso tiene sentido. ¿Puedo elegir la caja que quiera?

—Cualquiera.

—Es un trato.

—Lo es. Soldado, su cuchillo, por favor —dijo Michael, girándose hacia el hombre que había a su derecha.

—¡Mayor! —era de nuevo Tatum—. ¡No puede hacer esto!

—¿Por qué no? Están aquí en busca de la droga que se supone hay en la comida. Cuando descubran que no hay ninguna droga, se irán. ¿Correcto, Fritz?

Una vacilación. Luego:

—Correcto.

—Y de todos modos ustedes iban a irse a comer antes de quemar el montón. ¡Soldado, su cuchillo!

—¡No se lo dé! —gritó el sargento.

—¡Yo tengo un cuchillo! —advirtió Fritz—. ¡Tomaré la caja en que caiga!

Sacó su propio cuchillo y lo lanzó, en un alto arco por encima de la verja. Golpeó y se hundió en una de las cajas más cercanas.

—Correcto —murmuró Michael, y lo utilizó para rasgar la caja forrada interiormente de polietileno. Por aquel entonces docenas de jóvenes estaban convergiendo en aquel punto de la verja, y las noticias de lo que Michael estaba haciendo iban difundiéndose entre ellos como fuego. Algunos rieron y lanzaron

exclamaciones irónicas, y los que iban armados (la mayoría con pistolas y cuchillos, aunque Michael vio una escopeta) se metieron sus armas en sus cinturones o las dejaron en el suelo. Tatum, echando humo, aguardó unos breves instantes, y luego se giró repentinamente y pudo oírse llamando a Saddler a gritos, al otro lado de la montaña de cajas.

Trayendo consigo un doble puñado de Nutripon, Michael regresó a la verja. Viéndole llegar, Fritz puso a trabajar sus tenazas, ignorando las órdenes de detenerse lanzadas por el soldado, hasta practicar en la tela metálica un cuadrado de unos treinta centímetros de lado por el que pasar la comida. Era como dar de comer a los animales en un zoo, pensó Michael desapasionadamente, y observó como el alimento desaparecía entre manos ansiosas y bocas ávidas.

—¡Más! —gritó alguien que no había tenido suerte en la primera ronda.

—Esperad y ved los efectos de este primer lote —respondió Michael—. No va a hacer nada, pero parece que el decíroslo no...

—¡Más! —Fue un gruñido amenazador. Sí, como dar de comer a animales. Animales peligrosos, salvajes...

Se alzó de hombros y se dio la vuelta, y encontró a Saddler enfrentándosele, rojo por la furia.

—¡Mayor, ¿qué infiernos está haciendo?!

—Esos chicos creen que esta comida está envenenada —dijo Michael—. No le van a dejar quemarla hasta que usted les demuestre que no lo está.

—Que me condene si...

—¿O cree usted que está envenenada? ¿Acaso está convencido de que fue usada para volver locos a miles de personas inocentes, en África, en Honduras? —Michael gritó hasta quedarse sin aliento.

Oyó una exclamación de sorpresa a sus espaldas... luego la aguda voz de Fritz:

—¡Díselo, Mike! ¡Díselo! ¡Un buen trabajo, muchacho!

Por un instante Saddler no reaccionó. Luego destrabó la tapa de su pistolera y extrajo su revólver.

—Queda usted arrestado —dijo secamente—. Sargento, ponga a este hombre bajo custodia.

—¡Hey, no! —una voz de mujer, Diana tal vez. Coreada instantáneamente. Un zumbido de preguntas y respuestas ondeó por la colina, como la indistinta queja de unos insectos, y alcanzó un repentino e inesperado clímax en el grito de una única voz, extraña, casi asexual:

—¡Muerte a los zorrinos!

Más tarde inscribieron el nombre de Michael Advowson como el primero de una lista de sesenta y tres. Cuando dispararon los láseres de combate contra la comida, el trabajo fue hecho a la perfección.

JULIO

CONSUMO GALOPANTE

El catorce de octubre es un día a recordar eternamente
Porque un heredero de la Familia Real puso en marcha la nueva estación de
energía moviendo una palanca.
Estaba en presencia de una muy distinguida nobleza y aristocracia.
Había una tal afluencia de personas interesadas que los de más tuvieron que ser
excluidos por un centinela,
Un alto y hermoso soldado del regimiento del condado
Que había sido enviado de los cuarteles de Darlington
Y montaba guardia con el resto de sus compañeros militares
Resplandeciente en sus ropas escarlatas, color mucho más atractivo que el
amarillo.
Hubo un memorable discurso del Gobernador del condado
Que habló en términos literarios y poéticos de aquel nuevo fruto de la bondad de
la Naturaleza
Gracias a lo cual desde aquel día la energía estaría presente hasta en la más
humilde granja y hogar,
Lo cual inevitablemente mejorará en gran manera el nivel de vida.
Cuando gocemos de los beneficios de todo esto esperamos que todos los
pensamientos
Estén centrados en el señor Thomas Alva Edison, el celebrado inventor
americano.

—«McGonigal Redivivo», 1936.

DETONADOR

... oficialmente se eleva en la actualidad a un total de cincuenta y nueve, además de los cuatro soldados del ejército de los Estados Unidos citados anteriormente. Comentando el destino de esos últimos inmediatamente antes de partir hacia Gettysburg, donde conmemorará el Día de la Independencia pronunciando el Discurso de Gettysburg exactamente igual a como lo pronunciara Abe Lincoln, ante una audiencia que se supone excederá las cien mil personas, Prexy dijo, cito, No olvidemos que han santificado suelo americano con su sangre. Fin de la cita. Entre los primeros puntos que deberá tener en cuenta la investigación está la acusación de que la revuelta fue desencadenada por el Nutripon, que contenía una droga alucinógena. Es bien sabido que algo de este producto alimenticio fue distribuido, contra las órdenes del oficial americano al cargo de la operación presente en aquel lugar, por el lamentablemente fallecido observador irlandés de las Naciones Unidas mayor Advowson. Y pasemos a Europa. La frontera entre Francia e Italia ha sido cerrada desde esta medianoche para detener a la horda de hambrientos refugiados del sur, y un inicio de tifus...

EL MORDISCO

Desde el terrible día de los... de los *problemas* en la factoría hidropónica, Maud había permanecido la mayor parte del tiempo en su habitación, negándose a hablar con su marido ni hacer nada excepto lo mínimo para los chicos. El señor Bamberley se había visto obligado a contratar a la hermana mayor de su criada Christy para ayudar. Ella necesitaba el dinero debido a que su marido estaba incapacitado para el trabajo a causa de alguna forma de parálisis ocasionada por los productos químicos que había estado manejando en cierta ocasión. Sus referencias eran excelentes.

Gracias a Dios que había alguien allí. De hecho era ella quien llevaba actualmente la casa. Las sesenta y tres muertes en sus propiedades —aunque hubieran ocurrido en la planta y no en su casa—, lo habían alterado casi tanto como a Maud. Había renunciado a su viaje del mes pasado a Nueva York, a sus ocasionales visitas al cercano club de campo, incluso a la mayoría de sus actividades en la iglesia. Cada día se pasaba largas horas sentado mirando por la ventana de la habitación que invariablemente denominaba «el cuarto privado» —no «mi», «el»—, del que había tomado posesión cuando había heredado la casa debido a su espléndida vista.

Este verano, sin embargo, no era lo que hubiera debido ser. Por mucho que trabajaran sus jardineros, los magníficos macizos de flores que se extendían más allá de la terraza a unos seis metros por debajo de él estaban mustios y polvorientos. El césped estaba desigual, y había tenido que hacer replantar varias zonas, con enorme gasto. Eso no era debido a la falta de agua. Tenía intención de llamar a un experto analista de suelos y descubrir si era falta de luz solar o alguna deficiencia de la tierra. Pero aún no se había decidido a hacerlo.

También las hojas de algunos de los arbustos mejores estaban señaladas por manchas secas del tamaño de una moneda, y las flores parecían caer antes incluso de abrirse, y más allá, sobre las montañas, siempre colgaba aquel permanente velo de pálida neblina gris.

Aquel verano aún no había visto el cielo azul, excepto desde un avión.

Se sentía como minado. Se sentía deprimido. Se sentía exhausto. Hasta hacía una semana tan sólo había tenido que asistir a los funerales de un puñado escaso de personas en toda su larga vida: su abuela, sus padres, y por supuesto más recientemente Nancy Thorne. Y ahora, de golpe, se habían añadido sesenta y tres al total. ¡Aquel entierro en masa había sido abrumador!

Pero lo peor había sido la multitud que aguardaba al cortejo fúnebre en las puertas del cementerio. La policía había dicho más tarde que más de dos mil personas se les habían unido, la mayoría procedentes de Denver y de la Academia de las Fuerzas

Aéreas. Habían permanecido en los arcones a lo largo del camino, aclamando a Jacob Bamberley. Habían traído consigo banderas, y pancartas que decían AL INFIERNO LA ONU y QUITAD VUESTRAS SUCIAS MANOS DE AMÉRICA.

Más tarde, una mano desconocida había prendido una llameante cruz sobre la sepultura colectiva.

Luego habían sido los oficiales del departamento jurídico del Ejército, recogiendo testimonios, y el FBI, y un abogado republicano de palabra fácil actuando como representante especial del gobernador, y el propio gobernador, al que conocía de sus comidas benéficas, y el senador Howell, que era poco menos que un desconocido, y que se había sentado ahí en esa silla y había dicho que se sentía muy feliz de que aquel (obscenidad, disculpas) de Advowson hubiera recibido lo que se merecía y que por supuesto debía haber sido él mismo quien había puesto la droga en la comida y probablemente los tupas le habían pagado para que lo hiciera y...

Todos ellos habían preguntado por Maud. Todos ellos.

Ahora, sin embargo, casi todo el polvo levantado por el escándalo había vuelto a posarse. Aún iba a colear durante un cierto tiempo, como les había explicado a los chicos cuando le habían hecho sus tímidas preguntas, pero sólo para que pudiera hacerse justicia. Había una gran tradición de justicia en este país, había explicado, fundada en el derecho consuetudinario inglés que databa de más de mil años. Si alguien era culpable de esas muertes, sería castigado.

En cuanto a Maud...

Era la tensión, por supuesto. Así lo había manifestado el doctor Halpern. Debido a ello no había tomado ninguna medida ante el hecho de que ella se recluyera en su habitación, ni ante su insistencia de comer y dormir sola, ni ante su negativa de hablarle cuando se encontraban.

Sin embargo, había llegado el momento de poner fin a toda aquella farsa. Hoy era después de todo un día especial. Había una tradición acerca del Cuatro de Julio en la familia Bamberley, que había heredado de su padre y de su abuelo. Se había levantado al amanecer para izar la bandera, y los chicos —excepto Cornelius— se habían levantado también para asistir a la ceremonia. Más tarde, en el desayuno, había habido regalos: para los más jóvenes reproducciones del Colt Peacemaker y del Cuchillo Bowie, para los demás facsímiles del pergamino de la Declaración de Independencia, la Declaración de Derechos, el Discurso de Gettysburg. Luego habría una comida de ceremonia, con una pequeña homilía idéntica a las que su padre acostumbraba a dirigirles relativa al significado de aquel aniversario, y por la noche verían al presidente por la televisión, todos juntos, y finalmente antes de irse a la

cama tendrían fuegos artificiales. Una firma de Denver había preparado un gran castillo de fuegos artificiales en el jardín; cada año lo hacían.

Y ahora eran las doce y media... la hora de la prueba.

El señor Bamberley tragó una cápsula extra del frasco de tranquilizantes que le había dado el doctor Halpern, y se dirigió al comedor.

Maud estaba va en su sitio: la primera vez desde hacía semanas. Radiante, le dio un beso en la mejilla —ella apenas se movió— y siguió su camino hacia su propia silla-trono saludando a todos los chicos. Había un asomo de tensión, pero sin duda desaparecería rápidamente.

Ocupando su lugar, comprobó que Christy estaba en posición junto al aparador donde habían sido depositados los bols de ensalada —bien, estupendo—, e inclinó la cabeza.

—Oh Señor...

—No, Jacob —interrumpió Maud.

Sorprendido, alzó la cabeza y descubrió que ella le estaba mirando intensamente.

—No, Jacob —dijo de nuevo. Era la primera vez desde antes de casarse que le llamaba «Jacob» en vez de «Jack» o «querido».

—Tienes sangre en tus manos. Yo daré las gracias.

—¿Qué?

—Has matado a centenares de personas inocentes. Quizá miles. No es correcto que tú des las gracias por nosotros.

Una incontenible presión se acumuló en la cabeza del señor Bamberley. Retumbó:

—Maud, ¿has perdido la razón?

Y recordó demasiado tarde que los sirvientes no deben ser testigos de las peleas entre sus amos. Hizo un gesto a Christy para que abandonara la habitación. Pero antes de que la sirvienta alcanzara la puerta Maud habló de nuevo:

—Estás equivocado, Jacob. Acabo de encontrarla. Sé por qué tú nunca has servido la comida que fabricas en tu factoría en tu propia mesa. He estado leyendo, encerrada en mi habitación. He descubierto lo que les has hecho a esos pobres niños negros en África, y en Honduras también. Y por supuesto a la gente que fue enterrada la pasada semana. He sabido que Hugh estaba diciendo la verdad sobre ti.

El señor Bamberley no podía creerlo. Permanecía con la boca abierta, como un pez que acaba de morder el anzuelo.

—Así que yo daré las gracias en el futuro —concluyó Maud—. Mi conciencia está relativamente limpia. Oh Señor, Tú que...

—¡Silencio!

Y aquella fue la señal para que Cornelius se desplomara hacia atrás.

Maud no hizo ningún movimiento para ayudarle cuando se derrumbó en el suelo. Por encima de la resplandeciente plata y la preciosa porcelana, clavó sus ojos en los

de su marido.

—Llamaré al doctor —dijo finalmente el señor Bamberley—. Evidentemente no te has recuperado de tu... esto... reciente indisposición.

Se dirigió hacia la puerta.

—Tras esta increíble salida de tono ya no tengo apetito. Si alguien desea algo de mí, estoy en el cuarto privado.

Estaba temblando de la cabeza a los pies cuando llegó a él, y casi se derrumbó contra la puerta al cerrarla a sus espaldas.

¡Dios mío! ¿Qué había tomado posesión de su mujer? ¡Nunca en todos sus años de matrimonio había pronunciado tales... tales obscenidades!

Tanteó en su escritorio —elegante, estilo inglés, antiguo, con cierre de tapa corredera— en busca de su frasco de tranquilizantes, y tomó otra dosis: dos cápsulas. Obviamente las que ya había tomado hoy no habían sido suficientes. Después de todo, era un poco más corpulento que la media.

Frente al escritorio, un sillón de terciopelo. Se dejó caer en él, ligeramente jadeante. ¡Pensar que Maud había dicho todo aquello en presencia de los chicos! ¿Qué veneno había deslizado en sus inocentes oídos? Aun aceptando que estaba... esto... desequilibrada, ¡en un día como aquel!

Oh, era realmente demasiado. Abandonó el esfuerzo de pensar. E inmediatamente su cuerpo le recordó que había cometido un pecado venial en la mesa. De hecho tenía un apetito atroz. Su estómago gruñía sin cesar.

¿Qué hacer? Difícilmente podía telefonar a la cocina puesto que Christy había oído lo que había dicho acerca de no tener hambre, y en cualquier caso debía estar probablemente ayudando a atender a Cornelius...

Cornelius. Por supuesto. Esa reserva secreta de dulces que le había confiscado al chico, la que había desencadenado su último ataque. Bueno, una tableta de chocolate bastaría al menos para calmar las protestas de tu estómago. Quizá tras la visita del doctor Halpern, Maud se calmaría o sería confinada en su habitación, y entonces podrían tener su comida después de todo, como si nada hubiera ocurrido.

Mordió salvajemente la delgada tableta de chocolate.

¿Mareo?

¡Aire!

¡La ventana!

Seis metros hasta las losas de piedra pulida de la terraza.

—Pero él dijo que nunca comía bombones —murmuró el doctor Halpern, la mente llena de visiones de demandas por incompetencia profesional—. Le advertí acerca del queso, pero él dijo que nunca comía... ¿No se lo mencionó?

Con los nudillos crispados en torno a un pañuelo húmedo de lágrimas, Maud gimió:

—Sí, dijo que usted le previno sobre ello. Pensaba que era debido a que estaba... esto... demasiado gordo.

Todo iba bien entonces. Gracias a Dios. El doctor Halpern se alzó.

—Creo que será mejor que lo llevemos dentro. ¿Hay alguien para ayudar?

—Sólo los sirvientes y la cocinera.

—Ellos podrán hacerlo.

EFEECTO DE RETROCESO

—Lo hemos duplicado —dijo cansadamente el químico cubano. Había sido un trabajo terriblemente largo y agotador. Pero estaba hecho—. Aquí está. Es exacto, hasta la última cadena secundaria. No hay mucho... no tenemos posibilidades para manufacturar gases neurotóxicos. Asegúrese de hacer un buen uso de él.

—Gracias. Lo haremos.

Quince minutos después del despegue de Ciudad de Méjico con destino a Tokio, un pasajero a bordo de un 747 se puso a gritar que estaba siendo comido por hormigas rojas, y consiguió abrir la puerta de emergencia a siete mil metros. Había ido al lavabo y había bebido agua del grifo poco antes del despegue.

Después de todo, había la etiqueta de AGUA POTABLE.

—¿Qué infiernos? —dijo el ex-soldado—. Ella es americana, ¿no? ¡Y ya sabe lo que hicieron esos hijos de madre en Noshri!

La descubrieron a las primeras luces del amanecer. Según los expertos forenses había sido violada al menos por tres hombres y probablemente por una docena. No pudieron certificar si había sido estrangulada antes o después.

Se necesitaron tres días para localizarla. Su piel oscura hacía difícil descubrirla entre los matorrales.

Un coche penetró en una estación de servicio en Tucson. Dos hombres negros salieron y se dirigieron al lavabo de caballeros. Pero cuando llegaron a su puerta echaron bruscamente a correr.

La gasolinera ardió durante dos horas.

Dinamita.

También en Peoria, Milwaukee, Filadelfia, San Bernardino, Jacksonville, Albany, Evanston, Dallas y Baton Rouge.

El primer día.

En construcción, una intersección en trébol cerca de Huntsville, Alabama. El cemento apenas empezaba a fraguar cuando lo alcanzó la explosión. Resultó más barato derribarlo todo y empezar de nuevo que intentar una reparación.

Igualmente en otros ocho lugares a donde llegaban las carreteras, sin ninguna señal característica que los hiciera notables por derecho propio.

En la gran fábrica de pasta de papel en Georgia, el saboteador era obviamente un químico. Algún tipo de catalizador fue colocado como sustituto de un recipiente de solución de encolado, y enormes oleadas espumeantes de vapores corrosivos arruinaron la fábrica. Llamadas anónimas a la estación local de televisión proclamaron que la operación se había efectuado para preservar los árboles.

El mismo día, al norte de California, fueron colocados carteles en un bosque de secoyas cuya tala había sido autorizada por el gobernador: aproximadamente unas doscientas de las últimas seiscientas que quedaban en el Estado. Los carteles decían: **POR CADA ÁRBOL QUE MATÉIS UNO DE VOSOTROS MORIRÁ TAMBIÉN.**

La promesa fue ejecutada con una metralleta Schmiesser. La cifra real fue de dieciocho personas contra diecisiete árboles.

Bastante aproximado.

En Little Rock, la señora Mercy Cable, que había encontrado una calavera y unas tibias cruzadas pintadas en su coche cuando salía de la consulta del doctor con su hijo enfermo, murió protestando que iba a obligarles que le borrarán aquello.

Bueno, de todos modos, era negra. La gente se fue a sus casas a comer.

Pero el más ingenioso *coup* individual fue atribuido más tarde a un chicano que trabajaba para el Departamento de Educación del Estado de California. (Prudentemente, él ya no estaba allí cuando fue descubierto; había emigrado al Uruguay, vía Méjico). Había utilizado las fichas computerizadas de filiación de los estudiantes para organizar el envío por correo gratuito de literalmente miles de sobres idénticos, cada uno de ellos dirigido a alguien que recibía educación pública en el Estado. Jamás se pudo establecer exactamente cuántos llegó a enviar, puesto que aunque todos llevaban el matasellos del primero de julio, el servicio de correos era tan deplorable por aquel entonces que fueron llegando en el lapso de una semana, y al final de ese período los padres, alertados para que protegieran a sus hijos de la propaganda comunista, habían sido avisados para que destruyeran los sobres antes de que los destinatarios pudieran abrirlos. Pero se calculó que podían haber sido cincuenta mil.

En cada sobre iba impreso: **UN REGALO GRATUITO PARA TI EN EL DÍA DE LA INDEPENDENCIA, CORTESÍA DE LA «LIGA POR UNA AMÉRICA MEJOR».** Dentro había una cuidada reproducción, al estilo de los antiguos grabados sobre cobre, que mostraba a un hombre alto sentado tras una mesa entre varios compañeros, tendiendo mantas a un grupo de semidesnudos indios de ambos sexos.

Debajo había la inscripción: *Primero de una serie de grabados conmemorando los valores tradicionales americanos. El Gobernador de Massachusetts distribuye mantas infectadas de viruela a los indios.*

AL AIRE LIBRE, CÁLLESE

El ambiente estaba cargado en los alrededores de la Bahía en esos momentos... había una gran caza de desertores. Cualquiera que pasara por la calle (¿y quién pensaba en hacerlo, cuando el viento estaba soplando los hedores de las toneladas de basura que bloqueaban la Bahía?) y fuera joven y masculino o con características razonablemente parecidas a éstas, se exponía a ser metido en un coche patrulla y llevado a enfriar a una celda hasta que exhibiera un certificado de exención de sus obligaciones militares o una excusa válida para no estar en el Ejército. Todo el mundo por la zona sudaba y se lamentaba de no haberse ido al Canadá, o a Méjico, antes de que aquel loco moreno hubiera montado su raid de globos incendiarios en San Diego. Como consecuencia de lo cual las fronteras se habían cerrado como el culo de un masticador de khat.

Eso tenía algo que ver con Honduras, suponían, aunque no había habido muchas noticias de allá abajo desde que los tupas tomaron Tegucigalpa y el gobierno legal se había visto obligado a trasladarse a San Pedro Sula. El Pentágono no las tenía todas consigo.

El problema se alivió un tanto cuando Hugh y Carl, junto con sus amigos —o más bien amigos de Kitty— Chuck y Tab, tuvieron una pelea una noche con un par de ex-marinos, y heredaron sus certificados de licenciamiento tras noquearlos convenientemente. El hombre al que aún seguían llamando Ossie, pese a que hacía tiempo que se habían dado cuenta de que no era el Austin Train original, sabía dónde podían ser copiados y alterados. Así que ahora todos tenían documentos que probaban que habían cumplido con su deber... al menos ante los polis locales. Intentar utilizarlos para pasar de uno a otro Estado resultaba más arriesgado, y era por eso por lo que se habían quedado allí.

Train-quien-fuera no les había mencionado su auténtico nombre, pero habían discutido con él la idea de abandonar su alias. Se sentía irritado contra su antiguo ídolo. ¿Por qué infiernos, no dejaba de preguntar, el hijo de madre no salía de su escondite y asumía el liderazgo de las fuerzas revolucionarias que aguardaban un mando centralizado? Era una interesante pregunta. Este verano la nación estaba hirviendo. Llegaba ocasionalmente gente de otros Estados, y todos contaban la misma historia, que por supuesto los noticiarios mantenían en silencio. Uno no podía andar por las calles de ninguna ciudad importante sin ver la calavera y las tibias por todas partes. Había gente que había empezado a pintarlas en sus propias puertas de entrada; y se estaban empezando a comercializar como calcos para la piel como la que llevaba Ossie cuando lo conocieron Hugh y Carl, así como modelos de plástico pintados que se ofrecían para colgar en los portales. Toda la sección agrícola del país estaba en efervescencia debido a esa plaga que estaba acabando con las cosechas, y eso era

nuevo... normalmente las comunidades rurales eran ciegamente fieles al gobierno. Es más, los actos de sabotaje relacionados en la prensa underground se producían literalmente en todos los Estados, desde azúcar en los depósitos de gasolina hasta abrojos en la autopista.

También bombas... aunque no pertenecieran a la tradición trainita, estrictamente hablando.

Pero para Ossie la pregunta más fundamental tenía una respuesta también fundamental, y sonaba como si fuera enteramente cierta.

—Mi opinión es que el individuo ha sido liquidado. Traía demasiados quebraderos de cabeza a las altas esferas. ¡Mirad lo que les ocurrió a Lucas Quarrey y a Gerry Thorne!

De todos modos, las cosas no estaban tan mal como para que no pudieran dar una fiesta, y el Cuatro de Julio decidieron dar una. Las cosas estaban en plena euforia pasada medianoche. Dieciocho personas en la habitación y montones de ruido. Todos bien cargados de marihuana o de khat. También había vino, pero casi nadie lo había tocado. Les ponían cosas en las vides y los racimos se morían. Kitty no se había presentado, pero ¿a quién le importaba? Había otras pollitas allí. Hugh se había beneficiado ya a dos a las que no conocía de antes, amigas de Tab, y se sentía tranquilo y en forma. Le dolía que tal vez Carl se sintiera celoso, pero Tab había traído también un poco de L-dopa y aquello había acabado de entonarle.

Había un teléfono. Como la última factura no había sido pagada, sólo funcionaba cuando llamaban del exterior, y pronto iban a venir a retirarlo. Sonó y siguió sonando, hasta que finalmente Hugh tomó el auricular para decir cáete muerto. Pero después de escuchar un momento gritó pidiendo silencio.

—Es acerca de Kitty —explicó.

Varios amigos de amigos preguntaron quién era Kitty. Les hizo callar.

—Fue a ver los fuegos artificiales en el campus.

Alguien le dio la vuelta a la cassette hasta que el grupo que tocaba pareció salir del propio teléfono, llamada interurbana.

—¿Y bien?

—Arrestada. No sólo arrestada. Apaleada.

—Oh, mierda. —Carl se le acercó dando saltitos—. ¿Ella, o toda la pandilla? ¿Quién llama?

—Chuck. Dice que todo el grupo. Alguien está con el miedo en el culo porque han estado bombardeando las gasolineras por todas partes con candelas romanas.

—Mierda, hombre, ¿por qué no pensamos en eso? —Tab se dio una palmada en la frente, smack.

—¿Pero por qué una redada en el campus? —preguntó una de las chicas a las que Hugh se había beneficiado antes, Cindy, creía que se llamaba. Una estudiante. Negra.

—Alguien izó una bandera con la calavera y las tibias en ese gran palo al lado de la vivienda del decano...

—¡Oh, fantástico! —Cindy se cayó de espaldas en un acceso de risa, alzándose la camisa, que era todo lo que llevaba, para mostrar lo que podría llamarse su tatuaje negativo: una calavera cuyos ojos eran sus pezones, cuyas mandíbulas mordían su ombligo, y las tibias cruzadas intersectándose en su pubis afeitado. Estaba hecho con cirugía cosmética menor, y podía ser borrado en cualquier momento. Ella siempre le había dicho a la gente que podía ser borrado.

—Ajá —murmuró Hugh—. Pero el resultado es que se han hecho aporrear y meter en la camioneta.

Hubo un silencio mientras colgaba el teléfono. Ossie dijo de pronto:

—Debemos devolverles el golpe. ¡Debemos devolvérselo!

—¡No sirve de nada golpear y echar a correr! —restalló Carl—. ¡Hay que golpear directamente al hombre que da las órdenes!

—Bien, ¿quién da las órdenes? —Ossie se volvió hacia él.

—¡Los ricos! Mierda, muchacho, ¿quiénes otros pueden ser?

—De acuerdo. Y tenemos un conducto que nos lleva hasta los ricos... ¿no te has dado cuenta? He pensado mucho en eso. Hugh, ¿cuánto puede valer Roland Bamberley?

Algunos de los oyentes volvieron a lo que estaban haciendo antes de la llamada, la mayoría a la fornicación pura y simple, pero unos cuantos se quedaron para escuchar porque tenían la impresión de que aquello era importante.

—¡Cristo, millones! ¿Treinta? ¿Cincuenta? ¡No lo sé!

—¿Alguna vez te has encontrado con él? —insistió Ossie.

—Bueno, sólo una vez. En casa de Jack Bamberley.

—Y ese hijo suyo... ¿cuál es su nombre?

—¡Oh, Hector! —Hugh se echó a reír. Estaba cargado de marihuana y de khat, y también quizá la L-dopa le estaba haciendo efecto; todas tres estaban luchando dentro de su cabeza haciéndole flotar.

—¡Mierda, es una idea ridícula! Mantiene a su hijo envuelto entre algodones. ¿Sabes que ni siquiera le permitió comer con nosotros? Comida especial comprobada por su químico particular. Viaja a todos lados con una guardia especial, día y noche... armada, por supuesto. Infiernos, os juro que apenas pude ver su rostro. ¡No se quita su máscara filtro durante todo el tiempo que está al aire libre, ni siquiera en Colorado!

—¿Y cuántos años tiene... quince?

—Calculo. A punto de cumplir los dieciséis, quizá. —Pero Hugh, cuyas risas habían pasado, empezaba a sentirse desconcertado—. ¿Para qué todo esto?

—Un momento. Un pequeño momento. ¿Leíste cómo obtuvo su padre esa exclusiva de los purificadores de agua japoneses para todo el Estado?

—Ajá, pusieron uno gratuitamente en donde vamos a desayunar a veces. Hicieron una propaganda enorme. Carteles por todas partes.

—Bien, ¿no crees que Hector debería estar un poco menos protegido, y el resto de nosotros un poco más? —Ossie se inclinó hacia adelante—. ¿Qué te parecería acercarnos a él y... esto... invitarle a ver cómo vive la otra mitad? —Hizo un gesto hacia la habitación llena de humo, englobando en él a toda la mugrienta ciudad que se hallaba al otro lado.

Hubo un desconcertado silencio. Finalmente Carl dijo:

—¿Quieres decir algo así como secuestrarlo? ¿Para pedir un rescate?

—¡Oh, mierda! —empezó Hugh, pero Ossie lo interrumpió:

—Nada de dinero, muchacho. No un rescate en efectivo. Estoy pensando en... —hizo un gesto en el aire como para coger al azar un número en una tómbola—... algo así como veinte mil purificadores de agua instalados gratis, si desea ver de nuevo a su chico.

—¡Hey, eso es música! —exclamó Tab, que se había quedado a escuchar—. Sí, tiene sentido. ¡Hagámoslo! —a Cindy, que le sobaba la entrepierna. Inmediatamente la discusión se hizo general, y las ideas surgieron en tromba, a razón de una docena por minuto y la mayoría absurdas.

Pero mientras tanto Hugh permanecía sentado contra la pared y pensando: Cristo, es una locura y puede funcionar. Sólo, simplemente sólo, *puede*.

Encajaba con el espíritu de lo que estaba ocurriendo en toda la nación, también... podía despertar un gran apoyo, especialmente en las ciudades... y estaba infernalmente mucho más cerca de los ideales básicos trainitas que el arrojar bombas.

Si no hubiera sido por Ossie, por supuesto, nunca hubiera pasado del sueño de la droga a la ejecución real. Hugh no estaba seguro siquiera de cómo se había desarrollado... en el momento en que se dio cuenta de que él iba a ser el personaje clave de todo el asunto se hundió, y seguía hundido el día que lo hicieron. Pero Ossie había pasado quince años en el mundo underground, y lo habían arrestado aquí y allá, pero nunca había pasado mucho tiempo en chirona debido a que poseía un instinto para la autoconservación que estaba a medio camino de la paranoia. También tenía contactos, y sabía utilizarlos.

Roland Bamberley se había divorciado de la madre de Hector hacía años, y mantenía una sucesión de respetables amantes, negándose a volver a casarse porque deseaba el control total de su fortuna. El y su hijo vivían en una Residencia Fortaleza (¿dónde si no?) cerca de Point Reyes, edificada en torno a un lago artificial con limpia agua fresca y montones de altos árboles destinados a mantener el aire puro. Obviamente no era aconsejable intentar el trabajo allí. No con ex-marines tiradores de élite patrullando.

Pero Hector salía de tanto en tanto al aire libre, aunque siempre acompañado invariablemente por su guardaespaldas armado. Uno de sus amigos de la misma supercara escuela preparatoria a la que asistía vivía en la ladera de la colina que dominaba Sausalito, que se había convertido en una zona residencial de lujo durante los últimos cinco años, debido a que la vegetación seguía siendo lujuriente y algún azar de la micrometeorología hacía su aire mejor que la media. Ossie tenía un amigo que trabajaba en una estación de televisión local. Servicialmente, el hombre les hizo saber que si no estaba de viaje durante las vacaciones de verano Hector llamaba a su amigo una vez a la semana para jugar una partida de tenis por la mañana (en el interior del complejo, naturalmente), tras lo cual el otro muchacho se quedaba a comer con él.

Así que exploraron la zona mientras Ossie trabajaba algunos otros de sus contactos, y trazaron una ruta de vuelta a Berkeley desde el norte que evitaba los puentes principales, e hicieron un par de ensayos generales completos con todos los detalles excepto uno: el que para la operación real deberían robar un coche y luego abandonarlo.

Y, mucho más pronto de lo que esperaban, llegó el día.

Hugh estaba viviendo todo aquello como en un sueño. Si hubiera creído que lo que estaba ocurriendo era real, se hubiera orinado en sus calzoncillos de puro terror. Tal como iban las cosas, sin embargo, se sentía más bien tranquilo.

Justo en la esquina de la casa del amigo de Hector, que quedaba oculta de la carretera por densos árboles y arbustos, había una señal de stop. El Cadillac azul oscuro con aire acondicionado se detuvo en ella obedientemente. Hugh apareció a plena vista, y sonrió, y saludó con la mano, y dio unos golpecitos en la ventanilla del coche. Se había puesto su mejor —o más bien el que había sido, hasta hacía uno o dos días, el mejor de otro— traje, y se había afeitado, y se había adecentado hasta parecer presentable.

—Hey, ¿tú no eres Hector? ¿Hector Bamberley? —gritó.

Al volante, el guardaespaldas se giró, con una mano hundiéndose en su chaqueta en busca de su arma. Hector, que no llevaba ninguna máscara dentro del coche, por supuesto —los Cadillacs tenían los mejores precipitadores existentes en el mercado—, parecía educadamente desconcertado y un poco asustado.

—¡Soy Hugh! ¡Hugh Pettingill! ¡De tu tío Jack!

El reconocimiento llegó poco a poco. Una palabra al guardaespaldas, que frunció el ceño, y luego recordó también su anterior encuentro. Se relajó, luego se tensó de nuevo cuando Hector tocó automáticamente el botón del cristal de su ventanilla.

—¡Hey, póngase la máscara si va a abrir esa...!

Pero entonces ya era demasiado tarde. Hugh había arrojado la granada anestésica dentro del coche. Aterrizó en mitad del asiento delantero. Hugh se giró y echó a

correr hacia la cuneta.

La granada contenía el mejor compuesto antidisturbios del ejército de los Estados Unidos, el PL. Había sido enviada desde Honduras. Ossie conocía a alguien que conocía a alguien. Y siempre había demandas de arsenal.

Aguardaron los tres minutos preceptivos. El pie del guardaespaldas se había deslizado del freno, por supuesto, pero el coche sólo había recorrido unos pocos metros cruzando la calle y se había detenido al chocar contra la acera opuesta. Habían decidido correr el riesgo de que Hugh fuera reconocido. En dos casos de cada tres el PL producía amnesia temporal, como un golpe en la cabeza. Era muy probable que cuando se despertara no recordara nada.

Entonces aparecieron los demás, procedentes de entre los arbustos, y Ossie llegó conduciendo el coche tipo familiar que habían robado, y metieron a Hector detrás cubriéndolo con una manta, y se fueron.

—Tiene un aspecto más bien verde —murmuró Hugh cuando lo metieron en la habitación, más bien un anexo de gran tamaño, que habían dispuesto en casa de Kitty. Ella no había vuelto desde su detención en la fiesta del Cuatro de Julio, y nadie parecía saber dónde estaba, excepto que no era en la cárcel, pero estaban seguros de que lo hubiera aprobado si hubiera sabido lo que estaban haciendo.

Era un escondrijo sin ventanas, aunque muy bien ventilado —se habían asegurado de ello—, con paredes de cemento, una buena puerta maciza con cerradura, y un fregadero en una esquina cuyo grifo funcionaba correctamente. Lo amueblaron con un sofá cama, un orinal y una provisión de papel higiénico, y algunos libros y revistas para ayudarle a pasar el tiempo. Iba a odiar aquello. Pero no era mucho peor de lo que tenía alguna gente para vivir todo el tiempo.

—¡Parece enfermo! —dijo Hugh, más fuerte esta vez.

—Seguro que lo está —gruñó Ossie, metiendo las envaradas piernas del muchacho en la cama—. Siempre lo están cuando se despiertan del PL. Pero tenemos la promesa del Pentágono de que no es letal. —Sonrió sin humor.

—Yo voy a echar al correo la nota del rescate —añadió, y se dio la vuelta para marcharse.

Cuando Hector Bamberley se debatió de vuelta desde las profundidades del coma, encontró a Hugh sentado en el suelo y apoyado contra la pared rodeado de colillas, algunas de khat. Uno podía masticarlo, tomarlo en infusión, fumarlo... hasta introducirse por el ano, aunque Hugh no había probado nunca ese último método. De todos los demás, había decidido que prefería fumarlo. Se apresuró a ponerse su mascarilla filtro.

—¿Qué...? —dijo Hector. Intentó sentarse. Cayó hacia atrás. Lo intentó de nuevo. Estaba grande para su edad, tan alto como Hugh, y en bastante mejor forma física. Lo cual era lógico, vista la forma en que había sido mimado durante toda su vida.

Estuvo a punto de vomitar —habían dejado el orinal a mano por si acaso—, pero consiguió dominarse. Al tercer intento logró sentarse y enfocó sus ojos. Estaba muy pálido, y había un tono quejumbroso en su voz cuando dijo:

—Yo... ¿le conozco? Creo haberlo visto...

Sus palabras se estrangulaban en su garganta.

—¿Dónde estoy? —Con un grito—. ¿Qué estoy haciendo aquí?

Hugh seguía mirándole fijamente.

—Le conozco. —Apoyando ambas manos en sus sienes y tambaleándose—. Usted es... No, no le conozco, creo.

Hubo un silencio, durante el cual se recuperó de los peores efectos y fue capaz de dejar caer sus manos y recobrar un poco el color de sus mejillas.

—¿Dónde estoy? —dijo de nuevo.

—Aquí.

—¿Qué van a hacer conmigo?

—Cuidarte —gruñó Hugh—. Cuidarte muy bien. Gastándonos lo que sea necesario. ¡Mira! —Metió la mano bajo la cama, casi rozando el pie de Hector, y extrajo una bandeja de plástico en la que habían puesto comida: salchichas, ensalada, pan, fruta, queso, y un vaso de agua. No había ningún aviso de no beber en circulación en aquellos momentos, así que habían decidido tomar el hecho al pie de la letra.

—Todo es de Puritan. ¿Entiendes?

—¡No entiendo!

—Pues es sencillo —suspiró Hugh—. No vas a morirte de hambre, esto es lo primero. Ni vas a ser maltratado... ni nada parecido.

—Pero... —Hector hizo un esfuerzo por dominarse. Entre los temas que mejor le enseñaban en su carísima escuela el principal era el autocontrol—. De acuerdo, no estoy aquí ni para morirme de hambre ni para ser maltratado. ¿Para qué, pues?

—Porque tu padre heredó una fortuna hecha a base de arruinar la Tierra. Ahora pretende hacer otra gracias a la mierda de sus antepasados. Por eso vamos a mantenerte aquí, y alimentarte... todo de Puritan, lo mejor de lo mejor... hasta que tu papaíto acceda a instalar veinte mil de esos nuevos filtros para el agua completamente gratis.

Pero Hector no estaba escuchando seriamente.

—¡Ya sé quién eres! —dijo de pronto—. ¡Te peleaste con Tío Jack y te fuiste de casa!

—¿Comprendes lo que te he dicho? —Hugh se puso en pie. ¡Maldita necesidad de llevar la mascarilla filtro!

—Oh... Sí, creo que sí. —Hector parecía nervioso. No era extraño—. Dime, yo... esto... necesito ir al lavabo.

Hugh señaló.

—¿Qué? ¿Pretendes decir que no me vais a dejar ni ir al lavabo?

—No. Puedes lavarte ahí en el fregadero. Te daremos una toalla. —Hugh frunció los labios, pero la máscara impidió que su gesto se viera—. No sé por qué quieres ir tan insistentemente al lavabo, además. Aquí no tenemos ninguno de los purificadores de agua de tu papaíto. Tenemos que contentarnos con la que sale del grifo. Piensa en eso. Vas a tener montones de tiempo para ello.

Dio dos golpes a la puerta con los nudillos ligeramente flexionados. Ossie había marcado una pauta: nadie entraría en la habitación sin mascarilla, nadie entraría sin alguien aguardando fuera tras la puerta cerrada, que no abriría hasta que oyera el número convenido de golpes, que sería cambiado cada vez.

Tab abrió rápidamente, y Carl estaba tras él preparado para bloquear cualquier escapatoria. Ambos iban con mascarilla.

Hugh salió, y la puerta fue cerrada con llave.

—¿Todo bien? —preguntó Carl.

—Mierda, no. Me ha reconocido. —Hugh se quitó la mascarilla, disgustado—. Oh, supongo que era lógico. Quiero decir que la gente las lleva durante tanto tiempo que uno termina fijándose en los ojos y la frente. Hubiera debido saber que corría el riesgo. Bueno, no importa. —Decir aquello le hizo sentirse algo mejor. Añadió—: Cristo, eso me hace sentir sed. ¿Alguien tiene coca o algo?

—Aquí. —Chuck le tendió una botella de una caja de cartón que había a un lado—. Dime, ¿ha mirado ya los libros?

—Infiernos, claro que no. ¿Por qué?

Chuck sonrió.

—Le puse unos cuantos porno en el lote. Quizá le ayuden a aliviar su soledad.

LA TIERRA DESPIERTA

—¿Qué demonios?

Codazo en las costillas. Philip Mason maldijo a su mujer. Estaba oscuro. También hacía calor. Pero las ventanas debían permanecer cerradas debido al humo de los fuegos del río.

Y entonces se dio cuenta: otro asqueroso temblor.

Se sentó.

—¿Ha sido fuerte? —murmuró, apartando el sueño de sus ojos con la palma de las manos.

—No, Pero Harold está llorando. —Denise estaba saltando de la cama, buscando a tientas sus zapatillas con los pies. Hubo otro breve rumor, y algo resonó en su mesilla de noche: botellas de perfumes, quizá. Un lamento. No, un grito a pleno pulmón.

—Está bien. Vengo contigo —suspiró Philip, y apoyó también los pies en el suelo.

ESTE NO ES EL FIN DEL MUNDO, ¿VERDAD?

Normalmente Moses Greenbriar distribuía saludos como donativos mientras se dirigía a su despacho cada mañana. Hoy distribuía muecas. Estaba empapado de sudor —el aire exterior era abrumadoramente cálido y húmedo—, y llevaba más de un hora de retraso. Entró en tromba en su despacho y cerró de un portazo.

—El doctor Grey lleva más de media hora esperándole —le dijo nerviosamente su secretaria por el intercom.

—¡Cállese! ¡Ya lo sé!

Tiró torpemente del tapón de un frasquito de cápsulas, tragó una, y a los pocos minutos se sintió algo mejor. Pero seguía haciendo allí un calor y una humedad horribles. Llamó a su secretaria.

—¿Qué demonios va mal en el aire acondicionado?

—Oh... Está sobrecargado, señor. Lo tenemos al máximo. Prometieron enviar a alguien y ajustarlo la semana próxima.

—¡La semana próxima!

—Sí, señor. Aún no han podido ponerse al día del trabajo acumulado durante la epidemia de enteritis.

—¡Oh, infiernos! —Greenbriar se secó el rostro y se quitó la chaqueta. ¿Qué importaba si su camisa estaba empapada? Todo el mundo debía estar así en un día como aquel.

—De acuerdo, haga entrar al doctor Grey. Y, cuando Grey apareció en la puerta, había conseguido con ayuda de la cápsula componer algo parecido a su afabilidad habitual.

—Siéntese, Tom. Lamento haberle hecho esperar... fueron otra vez esos sucios trainitas.

—No sabía que hubiera otra manifestación hoy —dijo Grey, cruzando las piernas. Greenbriar lo miró con resentimiento; el tipo no mostraba ni una arruga, ni una mancha de sudor.

—No una manifestación —dijo—. Parece que han abandonado definitivamente esos trucos inofensivos. Supongo que habrá oído que Hector Bamberley ha sido secuestrado.

Grey asintió.

—¿Ha tenido algo que ver su problema con...?

—Mierda, no. —Greenbriar tomó un cigarro y mordió furiosamente su punta—. Aunque no puedo decir que eso no nos haya traído montones de problemas... Con Jack Bamberley muerto, y Maud bajo sedantes, esperábamos que Roland ocupara su lugar y ayudara a mantener la organización a flote, parando esa desastrosa baja de las acciones... Lo que me ha ocurrido es que la policía recibió un aviso de que algún

maniaco pretendía hacer saltar el Queens Midtown Tunnel cruzándolo con una bomba en su coche. Y saltar él también, supongo. Así que detenían y registraban a todo el mundo. ¡Apostaría a que era otra broma estúpida!

—Sí, las amenazas son un excelente sabotaje técnico en sí mismas —dijo Grey con un interés clínico—. Muy parecidas a las bombas volantes V-1 alemanas, ya sabe. Llevaban cabezas de combate demasiado pequeñas para causar muchos daños, pero naturalmente todo el mundo que las oía silbar se precipitaba a buscar refugio, con lo que interferían con una notable eficiencia en la producción de municiones y los servicios públicos.

Greenbriar lo miró parpadeando. Tras una pausa dijo:

—Bien, quizá, pero es un maldito engorro de todos modos... Oh, creo que hubiera debido empezar diciéndole que me alegraba de ver que está mejor. Estuvo indispuerto, ¿no?

—Nada serio —dijo Grey. Pero sonaba, y lo estaba, deprimido. Sin fumar ni beber, soltero, y comiendo una dieta equilibrada, tenía la presunción subconsciente de que los gérmenes de las enfermedades se darían cuenta de que era un hueso duro de roer y mantendrían sus distancias. En vez de ello, había atrapado la brucelosis... ¡él, Tom Grey, que nunca había tocado leche no pasteurizada e invariablemente comía margarina en vez de mantequilla!

Ahora, naturalmente, estaba curado; había medicaciones excelentes y de rápida acción. Pero le escocía haberse visto privado de tres preciosas semanas que hubiera podido dedicar a su proyecto. En Angel City había dispuesto de mucho tiempo para proseguir lo que consideraba como el aspecto más importante de él. Aquí, en contraste, precisamente por haber sido contratado para trabajar a tiempo completo en él en vez de una afición particular, debía subordinar sus propias preferencias a las prioridades de sus patronos.

—Imagino que desea verme acerca de la triste muerte de Jacob —dijo.

Greenbriar estudió la punta de su cigarro con una atención concentradamente crítica. Dijo:

—Bien... sí. No es un secreto que este es el último de una serie de golpes bajos, si me permite expresarlo así. Incluso una organización tan enormemente rica como el trust Bamberley tiene límites a la cantidad de castigo que puede soportar. Primero ese asunto africano, luego el problema hondureño, más tarde el tumulto en la planta hidropónica, y ahora esto... todo ello ha vuelto a la opinión pública contra nosotros y prácticamente ha borrado la confianza en nuestras acciones. Así que nos hallamos desesperadamente necesitados de algo, algo dramático, para mejorar nuestra imagen. En nuestro último consejo de administración planteé el asunto de su... esto... programa preventivo, y todo el mundo estuvo de acuerdo en que poseía un fuerte potencial para su aplicación. ¿Hay alguna posibilidad de ponerlo en marcha cara al público en un futuro inmediato?

Grey vaciló. Medio había temido aquello. Pero...

—Bueno, en realidad, esto me hace pensar en una sugerencia que hizo Anderson la semana pasada. Ese joven programador que asignó usted como mi ayudante, ¿recuerda? Sospecho que lo dijo como una broma, pero he estado dándole vueltas durante mi confinamiento en la cama. De hecho, él argumentaba que necesitamos menos un análisis extrapolativo para prevenir que se cometan nuevos errores que soluciones de emergencia a problemas ya existentes. Por supuesto, no es así como lo dijo él.

—¿Entonces cómo lo dijo?

—De hecho —respondió Grey— lo que dijo fue esto. —No por primera vez, Greenbriar decidió que el otro carecía completamente de sentido del humor; la pregunta había sido hecha, y él se sentía en la obligación de responder con detalle—. Dijo: «Doc, en vez de buscar formas de evitar más y mayores problemas, ¿por qué no buscamos simplemente formas de salir de los problemas que ya tenemos ahora? Por la forma en que están las cosas, ¡quizá ya no estemos mucho más tiempo aquí para seguir cometiendo errores!». —Defensivamente, añadió—: Como le he dicho, sospeché que estaba bromeando.

—Bromeando o no, ¿usted cree que tenía razón?

—Bueno... Ya sabe, a veces he sido acusado de vivir en una torre de marfil, pero me mantengo al corriente de las cosas, aunque mis gustos se inclinen hacia una vida más tranquila. No puedo dejar de pensar que el público en general recibiría con agrado algo parecido a lo propuesto por Anderson. No puedo aceptar que nuestros líderes políticos estén en lo cierto sosteniendo que la preocupación acerca del deterioro del medio ambiente fue una moda, que ahora suena a viejo si es mencionada en una campaña electoral y aburre a los oyentes. Mi conclusión es más bien que, debido a que los políticos parecen mostrarse aburridos con ella, se están apelando a medidas más extremas. ¿Ha observado cuántos actos de sabotaje se están cometiendo últimamente?

—¡Maldita sea, claro que sí! —gruñó secamente Greenbriar. La mayoría de las principales inversiones del trust se habían resentido de ello, pues estaban concentradas en industrias en expansión.

—Bien, hay que decir algo en defensa de los saboteadores, ¿no cree? Están atacando a las industrias con altos márgenes de polución. Petrolíferas, plásticos, cristal, cemento, productos que generalmente no son degradables. Y por supuesto papel, que consume árboles irremplazables.

—Tenía la impresión de que estaba usted del lado del progreso —murmuró Greenbriar—. Esta mañana suena como un defensor de los trainitas.

—Oh, en absoluto. —Una ligera sonrisa—. Por supuesto, he tenido que releer la obra de Train para incorporarla a los datos de mi programa, junto con la de todos los demás pensadores que han tenido una influencia importante en el mundo moderno: Lenin, Gandhi, Mao y los demás. Pero a lo que estoy yendo es a esto. Hemos tenido siglos de progreso no planificado, y el resultado puede llamarse con razón caótico. La

gente desinformada, consciente tan sólo de que sus vidas pueden verse trastocadas sin advertencia previa, se muestra naturalmente insegura. Y empiezan a desconfiar de sus líderes también, por razones que pueden ser ejemplificadas con lo que sucedió en su planta hidropónica, cuando medio millón de dólares en valiosa comida, pese a la insistencia del gobierno de que era perfectamente apta para el consumo, fueron destruidos contra el desolador fondo del hambre en Asia, África, incluso Europa. Y, lo que es más —se inclinó intensamente hacia adelante—, contra la depredación de esos jigras en todos los estados agrícolas. Se monta una gran campaña publicitaria pidiendo a todo el mundo que vigile e informe de nuevos brotes. ¿Pero quién se va a tomar eso en serio cuando el gobierno autoriza que sea quemada tanta comida simplemente por motivos políticos?

Greenbriar asintió. Además, los bistecs en su restaurante favorito habían subido de 7'50 dólares a 9'50 aquel verano.

—Sospecho —prosiguió Grey— que la gente joven en general desea creer en la buena fe de sus líderes. Después de todo, muchos de ellos se sienten orgullosos de que la más importante organización benéfica sea americana. Pero en vez de capitalizar el fondo de buena voluntad que existe, el gobierno le hace repetidamente la zancadilla. En vez de lanzar exclamaciones horrorizadas ante la suerte de la esposa de su amigo, la señora Thorne, se niega a reconocer cualquier responsabilidad, intenta incluso negar que el peligro existe. Y, volviendo al tumulto en su planta: ¿no fue un terrible error táctico utilizar láseres de combate? Hubo considerables protestas por su empleo en Honduras, y debo confesar que los informes de sus efectos no son una lectura agradable. Uno puede imaginar a la gente joven sintiéndose profundamente trastornada por las descripciones de cómo una persona situada al límite del rayo puede encontrarse instantáneamente con un brazo o una pierna amputados o cauterizados.

—Está empezando usted a recordarme a Gerry Thorne —dijo Greenbriar lentamente. En alguna parte durante aquel largo discurso, Grey había tocado en él un nervio sensible—. El lo decía con más... con más fuerza, por supuesto. Él decía: «¡Estamos gobernados por locos, y deben ser detenidos!».

Miró a Grey, y el delgado hombre asintió seriamente.

Sí, era condenadamente cierto. ¿Qué ocurriría si alguien no se presentaba —y muy pronto— con un plan racional, científico, practicable, para curar las enfermedades de aquel país? Uno no podía contar con aquel muñeco de paja, Prexy, y su gabinete de mediocridades, para algo más útil que para piadosas trivialidades. Su actitud parecía ser la de: «Bueno, no funcionó la última vez, pero maldita sea, debía haber funcionado, ¡así que intentémoslo de nuevo!». Mientras tanto, aquellos que les habían dado un apoyo moderado estaban deslizándose lenta pero inflexiblemente hacia el eje extremista de los trainitas, o hacia la derecha radical, o hacia el marxismo. Era como si el público se agarrara a lo primero que encontrara, siempre

que estuviera al alcance de su mano y pusiera un fin a las ineptitudes que se producían día tras día a su alrededor.

Mirando a sus gruesas manos apoyadas sobre el escritorio, y notando que relucían de transpiración, dijo:

—¿Cree usted que su programa puede ser adaptado a ofrecer... esto... soluciones realmente globales?

Grey se lo pensó. Finalmente dijo:

—Seré franco. Desde el principio de mi proyecto he procedido sobre el supuesto de que lo que está hecho, hecho está, y lo mejor que podemos esperar es evitar multiplicar nuestros errores. Obviamente, sin embargo, los datos que ya están acumulados pueden ser empleados para otros propósitos, mediante algunos necesarios y quizá largos ajustes...

—¿Pero estaría de acuerdo en permitir que anunciáramos que el trust Bamberley está financiando un estudio computerizado que puede revelar algunas nuevas ideas útiles? Le garantizo mantenerlo todo bajo el signo del «quizá». —Greenbriar estaba sudando más que nunca—. Para ser honestos, Tom, estamos como quien dice a su merced. Tenemos terribles problemas. Y el año próximo sólo puede ser peor que este si no topamos con algo que haga que el público se sienta más favorablemente dispuesto hacia nosotros.

—Necesitará fondos extra, personal extra —dijo Grey.

—Los tendrá. Se lo garantizo.

RASGUÑOS

—¿Sí?... Oh, lamento mucho oír esto. Por favor, transmítale nuestros más fervientes votos de una rápida recuperación. Pero el presidente me pidió que le transmitiera este mensaje de una manera no oficial tan pronto como me fuera posible; puedo decir que considera el asunto de una extrema importancia. Por supuesto, no sabiendo si el rumor está fundamentado, no deseamos tratarlo a un nivel oficial... Sí, se lo agradecería si informara de ello al embajador a la primera oportunidad. Dígale, por favor, que cualquier intento de nominar a Austin Train para el Premio Nobel de la Paz sería considerado como, cito las palabras textuales del presidente, una grave y calculada afrenta a los Estados Unidos.

HORA PUNTA

Petronella Page: ¡...y bienvenidos a nuestra nueva emisión del viernes, donde rompemos nuestras costumbres habituales y cubrimos todo el planeta! Más tarde nos trasladaremos a Honduras para efectuar algunas entrevistas en plena línea de fuego, y por satélite a Londres para recoger en directo las opiniones relativas a los tumultos en la distribución de alimentos a los cinco millones de parados ingleses, y finalmente a Estocolmo donde hablaremos en persona con el nuevo secretario electo de la Asociación «Salvemos el Báltico» y descubriremos como está funcionando este último intento de rescatar a un mar moribundo. Pero en este momento tenemos en pantalla un episodio realmente triste, el secuestro del muchacho de quince años Hector Bamberley. En estos momentos, en nuestros estudios de San Francisco... Oh, ya tengo la imagen en el monitor. ¡Hola, señor Roland Bamberley!

Bamberley: Hola.

Page: Todos aquellos que siguen las noticias saben que su hijo desapareció hace más de una semana. Sabemos también que se ha recibido una petición de rescate realmente extraña. ¿Existen ya algunas pistas sobre la identidad de los criminales?

Bamberley: Algunas cosas han resultado obvias desde el principio. Para empezar, se trata de un delito de motivaciones claramente políticas. Durante el secuestro fue empleada una granada de gas anestésico, y esas no se encuentran bajo los árboles, por lo que es evidente que tenemos que tratar con un grupo subversivo bien equipado. Y unos secuestradores ordinarios no hubieran fijado un rescate tan ridículo.

Page: Hay gente que diría que por el contrario una granada de ese tipo puede obtenerse muy fácilmente, y que cualquiera harto de la evidente mala calidad del agua de California podría...

Bamberley: Excusas.

Page: ¿Ese es su único comentario?

Bamberley: Sí.

Page: Se ha informado que una primera entrega de cuarenta mil filtros de agua Mitsuyama destinados a su compañía llegaron ayer. ¿Tiene usted intención de...?

Bamberley: ¡No, no reservaré ninguno de ellos para ese pretendido y estúpido rescate! No voy a someterme a un chantaje ni a convertirme en cómplice de los planes de unos traidores. He dicho a la policía que este secuestro es obra de un movimiento subversivo altamente organizado que pretende desacreditar a los Estados Unidos, y si sólo fueran medianamente buenos en su trabajo ya tendrían sobre sus mesas los nombres de los culpables, e incluso... ¡incluso sus marcas de licor preferidas! Pero me niego a colaborar con ellos en ninguna forma.

Page: ¿Cómo puede considerar que el pagar un rescate por la vida de su hijo es colaboración?

Bamberley: A finales de los sesenta y a principios de los setenta hubo una masiva campaña de descrédito contra los Estados Unidos. Se le dijo al mundo que este país era el infierno en la tierra. Hemos conseguido recuperar algo de nuestro orgullo y amor propio, y no podemos permitirnos perder el terreno que hemos reconquistado. Si yo cedo, nuestros enemigos pueden airear ese acto como una admisión de que proporcionamos a nuestros propios ciudadanos un agua insalubre. ¡Piensen en la capitalización política que podrían hacer de eso!

Page: ¿Pero usted no ha admitido ya eso realizando la importación de todos esos purificadores?

Bamberley: Tonterías. Soy un hombre de negocios. Cuando existe una demanda doy los pasos necesarios para cubrirla. Hay una demanda de esos purificadores.

Page: ¿Acaso no habrá gente que proclamará que la existencia de esa demanda prueba que las autoridades no están suministrando agua potable? ¿Y que pagando el rescate de su hijo en realidad lo que hará será arreglar un poco la situación?

Bamberley: Hay gente que dice cualquier cosa.

Page: Con el debido respeto, eso no responde a mi pregunta.

Bamberley: Mire, cualquier persona razonable sabe que hay ocasiones en las que uno necesita un agua muy pura... para mezclar en el biberón del bebé, por ejemplo. Normalmente usted la hierve. Utilizando esos filtros que estoy importando, usted no tendrá que tomarse esa molestia. Esto es todo.

Page: Pero cuando es su único hijo quien... ¿Hola? ¿Señor Bamberley? ¿Hola, San Francisco?... Lo siento, mundo, parece que hemos perdido temporalmente... Un momento tan solo, hagamos una pausa para... esto... pasar la identificación de nuestra estación.

(Corte en la transcripción durante aproximadamente 38 segundos).

Ian Farley: Pet, tendrás que pasar al siguiente tema. Alguien ha puesto fuera de servicio nuestros transmisores en Frisco. Creen que puede haber sido una bomba de mortero.

REENFOCADO

Había habido aquel interminable —fuera del tiempo— período de su vida en el que todo parecía plano, como una mala fotografía. Nada conectado. Nada que tuviera alguna significación.

Era consciente de algunos hechos como: nombre, Peg Mankiewicz; sexo, femenino; nacionalidad, americana. Más allá de eso, el vacío. Un terrible vacío en el que, en el momento mismo en que bajaba la guardia, incontroladas emociones como el miedo y la miseria la envolvían.

Miró por una ventana. Era posible ver un pequeño trozo de cielo a su través. El cielo era tan gris y plano como lo había sido el mundo desde... ¿cuánto tiempo? No lo sabía. Pero estaba lloviendo. Debía haber empezado ahora mismo. Era como si alguien fuera de su vista estuviera lanzando cucharaditas de un lodo fino. Plop en el cristal: un irregular manchón elíptico de color oscuro. Y otro, un poco mayor. Y otro más pequeño. Y así. Cada sucia gota creaba riachuelos en la suciedad acumulada en la parte exterior del cristal.

No le gustaba mucho la idea de la sucia lluvia. Miró al interior de la habitación, y descubrió que algunas cosas habían cobrado relieve. Había una mesa escritorio tras la cual se sentaba un hombre negro de unos cuarenta años, mirándola. Le recordaba a Decimus, pero más gordo. Dijo:

—Debería saber quién es usted, ¿verdad?

—Soy el doctor Prentiss. Llevo un mes tratándola.

—Oh. Por supuesto. —Frunció el ceño, y se pasó la mano por la frente. Parecía como si tuviera demasiado cabello—. No recuerdo como yo...

Mirando por la habitación, buscó alguna pista. Recordaba vagamente aquel lugar, como si lo hubiera visto antes en alguna vieja película de televisión, en blanco y negro. Pero la moqueta era en realidad verde, y las paredes eran blancas, y había una estantería para libros en pino natural con volúmenes azules y negros y marrones y rojos y de muchos colores, y tras su escritorio negro —un segundo—, el doctor Prentiss, con un traje gris. Bien. Las cosas empezaban a encajar.

—Sí, recuerdo —dijo—. En el hotel.

—Ah. —Prentiss le dio a la no-palabra el sentido de un aplauso. Se echó hacia atrás en su sillón, uniendo sus dedos gruesos pero largos—. ¿Y...?

Era como caer en un cuento de hadas: no del tipo amable de los de Andersen, sino del tipo de los de Grimm, extraídos de los inmundos pozos del subconsciente colectivo. Una poción mágica, por decirlo así. No deseaba pensar en ello, pero

pensaba en ello, y puesto que no podía dejar de pensar en ello, era marginalmente más soportable hablar que mantenerse en silencio.

—Sí —dijo cansadamente—. Ahora lo recuerdo todo. Llegaron en el momento oportuno, ¿no? ¿Quiénes eran... el FBI?

Prentiss dudó.

—Bueno... Sí, supongo que lo adivinó de todos modos. Estaban siguiendo a la gente que la visitó.

—Arriegas —dijo Peg—. Y Lucy Ramage.

Pobres inocentes criaturas de los bosques. La jungla de Nueva York era demasiado para ellas. Muy lejos, un terror innumerable. Se sintió aislada de todo ello ahora, como si estuviera intentando recordar por delegación. Quizá con el cerebro de Lucy Ramage. ¿Había visto la parte frontal de su cabeza después de que la bala la destrozara, o sólo lo había inventado en su imaginación? De cualquier forma era algo repulsivo. Para apartar sus pensamientos de aquello miró a las ropas que llevaba: una camisa y unos pantalones azul pálido. No eran suyos. Detestaba el azul.

—¿Cómo se siente ahora, Peg? —preguntó Prentiss.

Estuvo casi a punto de cerrarse de nuevo en sí misma, por reflejo; toda su vida había odiado a los hombres que ofrecían una familiaridad instantánea. Y entonces se dio cuenta: había perdido cuatro semanas. Increíble. El tiempo borrado de su vida como una cinta cortada y empalmada. Se obligó a sí misma a tomar conciencia de su condición, y experimentó su shock de sorpresa.

—Bien... ¡muy bien! Un poco débil, como cuando una se levanta de la cama después de estar enferma, pero... Descansada. Relajada.

—Es la catarsis. ¿Conoce el término?

—Claro. Una descarga de tensión. Como reventar un absceso.

—Sí, exacto.

—¿Fue la comida que me hicieron tragar la que... esto...?

—¿La llevó hasta este hospital? —murmuró Prentiss—. Sí y no. No pudo usted tener tiempo de ingerir una dosis peligrosa de la sustancia que ellos pusieron en lo que le hicieron comer, y por supuesto cuando supimos lo que había ocurrido le practicamos un lavado de estómago. Pero usted debe haber permanecido bajo tensión durante un tiempo considerable. Estaba usted tensa como el pelo de un gatillo, lista para hacer bang a la menor presión.

Aquello tenía sentido. Aunque él había dicho algo sobre «la sustancia que ellos pusieron...». ¿Acaso no estaba ya allí antes? Sin embargo, no se sentía con ánimos para discutir aquello.

—Por lo que dice, parece como si me hubieran hecho un favor sin pretenderlo —dijo.

—No deja de tener razón. Sospecho que lo hicieron. Al menos una gran cantidad de material hasta entonces reprimido ha sido purgado de su subconsciente. Por eso ahora se siente agradablemente relajada.

—¿Qué... clase de material? —Con una vaga alarma, como alguien que descubre que han practicado un orificio en la pared de su cuarto de baño para espiarle.

—Creo que usted lo sabe —murmuró Prentiss—. Ese es el beneficio de este tipo de experiencias, por desagradables que sean en su momento. Usted empieza a admitir todo tipo de cosas que siempre se había ocultado a sí misma.

—Sí. —Peg miró hacia la ventana. La lluvia era intensa ahora, y los cristales estaban casi opacificados por la sucia agua—. Sí, era todo el maloliente mundo lo que me abrumaba, ¿no? Toda el agua sucia... cosas así. —Señaló—. Todo el suelo lleno de productos químicos. El aire invadido por los humos. Y ningún amigo en ningún lugar en quien poder confiar, nadie que me dijera cómo seguir con vida.

Aquí estaba, al fin había salido. Y debía ser la verdad, porque aquel tranquilo doctor de piel oscura estaba asintiendo.

—Pero usted tenía un amigo en quien confiaba —dijo él—. Estuvo hablando de él durante todo el tiempo. Probablemente sabe a quien me refiero.

—¡Oh! ¿Decimus Jones? —dijo Peg con un sobresalto. Había parecido estar siempre allá, en algún lugar en el plano grisor del otro mundo.

—Sí.

—Pero está muerto.

—Aún así, ¿no tenía él amigos? ¿No son algunos de sus amigos también los amigos de usted?

Peg asintió prudentemente. Ahora que se sentía mucho más como una persona normal, su guardia empezaba de nuevo a alzarse. Había algo ligeramente demasiado casual en el suave tono de voz del doctor negro, como si estuviera escondiendo alguna cosa.

—Usted ha hablado mucho de ellos. Daba la impresión de que les apreciaba mucho. Habló de Jones, como he dicho, pero también de su hermana, de su esposa, de sus hijos adoptivos, de montones de otra gente que le conocían y le conocen a usted. Incluso mencionó a Austin Train.

Así que eso era. Peg se tranquilizó y dijo con voz fría:

—¿Lo hice? Qué extraño. Sí, llegué a conocerlo, pero sólo superficialmente, y hace muchos años. Y por supuesto luego me he encontrado con algunos de esos que adoptaban su nombre. Ridículo hacer esto, ¿no cree? ¡Como si fuera alguna especie de magia protectora!

Cuando se la llevaron de vuelta a su habitación, el hombre que había estado escuchando en la habitación adyacente entró con el ceño fruncido.

—¡Bien, lo ha estropeado todo! —restalló.

—¡No he estropeado nada! —respondió Prentiss—. Hice exactamente lo que me dijeron que hiciera. Si ustedes olvidaron el hecho de que sus referencias a Austin

Train podían aplicarse también a cualquiera de los que adoptaron luego su nombre, ése es su problema. ¿Y por qué están tan ansiosos por encontrar a ese tipo, además?

—¿Por qué cree usted? —estalló el otro—. ¿Acaso este condenado país no se está desmoronando a nuestro alrededor? ¿Y no están esos sucios saboteadores haciendo lo que hacen en nombre de Austin Train? ¡A menos que lo encontremos y lo empicotemos en público, mostrándolo como el payaso y el traidor que es, puede volver a la escena en cualquier momento que quiera y hacerse con el mando de un ejército de un millón de fanáticos!

AGOSTO

PERSEGUIDA POR EL ARPÓN EXPLOSIVO

*¡Por ahí resopla, amigos, por ahí resopla ahora!
¡Por ahí resopla, amigos, directa frente a proa!
¡Saltemos, amigos, arriad las velas,
Tomad los botes y cacemos a las ballenas!*

Son un ballenero de Newcastle, tengo dinero en casa,
Pero mi mayor placer es recorrer el Atlántico,
Desafiar el rudo océano y añadir a mi lista:
¡He matado cincuenta ballenas y mataré cincuenta más!
¡Por ahí resopla...!

Las calas están llenas, hay un fin a la caza,
Nos haremos ricos con el aceite y la grasa,
¡Y cuando esté en tierra y camine por la calle,
el sonido de las monedas será dulce música a mis oídos!
¡Por ahí resopla...!

Iré a la taberna y pediré cerveza y ale,
Y las chicas me rodearán y me llamarán querido.
Ningún rey ni emperador vive más galantemente
¡Que un ballenero de Newcastle que vuelve a casa del mar!
¡Por ahí resopla...!

—Balada marinera, aprox. 1860, sobre la
música de «Una joven honesta».

LA HIERBA ESTÁ CADA VEZ MÁS MUSTIA

... descrito como, cito, desastroso, fin de la cita, por las compañías aéreas, agencias de viajes y operadores turísticos. Las reservas en los hoteles han bajado una media de un 40 y en algunos casos un 60 por ciento. Comentando el informe poco antes de partir hacia Disneylandia, donde debe pronunciar un importante discurso sobre educación, Prexy dijo, cito, Bien, uno no necesita ir al extranjero para saber que nuestro modo de vivir es el mejor del mundo. Fin de la cita. Una advertencia acerca de que cualquier acaparamiento de comida puede ser considerado delito federal ha sido emitida hoy por el Departamento de Agricultura, tras otro día de tumultos en muchas grandes ciudades motivados por las enormes alzas de precios. Los asaltos a camiones cargados de productos hortícolas...

CONTROL DE AGUAS

El teléfono del escritorio de Philip Mason sonó de nuevo; era casi la décima vez en una hora. Descolgó y restalló:

—¿Sí?

—Vaya tono para usarlo con tu mujer —dijo Denise.

—Oh. —Philip se echó hacia atrás en su sillón y se pasó una mano por el rostro—. Lo siento.

—¿Hay algo que va mal?

—Parece que sí. He recibido ocho o diez llamadas hoy pidiendo servicio de urgencia. Gente que dice que sus filtros están obstruidos. —Philip intentó que su voz no pareciera demasiado sombría—. Problemas de crecimiento, supongo, pero eso significa posponer nuevas instalaciones y reasignar a los hombres disponibles... Bueno, ¿qué puedo hacer por ti?

—Angie McNeil acaba de llamar. Ella y Doug no van a poder venir a cenar esta noche.

—Cristo, ¿otra vez? ¡Es la tercera vez que anulan el compromiso! ¿Qué es esta vez?

Denise vaciló. Tras una pausa, con voz tensa, dijo:

—Tiene tantas llamadas de urgencias que dice que tendrá suerte si Doug está de vuelta a medianoche. Parece como si todo se estuviera desencadenando al mismo tiempo. Lo principal es la brucelosis, pero tienen llamadas de hepatitis víricas, disentería, sarampión, rubeola, escarlatina, y algo que Doug sospecha que pueda ser tifus.

—¡Tifus! —Philip casi dejó caer el teléfono.

—Eso es —confirmó gravemente Denise—. Dice... o mejor dicho Angela dice... que es debido a toda esa gente que ha venido aquí a pasar sus vacaciones en vez de ir a la costa. Las medidas sanitarias y el agua no han podido dar abasto.

—¿Les has dicho a Harold y Josie que no beban agua que no les deis vosotros?

—¡Por supuesto que se lo he dicho! —Y añadió—: Lo siento, no quería gritar.

—Está bien, todo esto suena terrible, pero ¿qué es exactamente lo que quieres que haga yo?

—Oh, he preparado comida para seis, por supuesto, así que he pensado que quizá pudiera decírselo a Pete y a Jeannie.

—Claro, buena idea. Precisamente estoy viendo a Pete ahora mismo, yendo a algún sitio. No cuelgues. —Tapó el auricular con una mano y llamó a Pete, que era visible al otro lado de la puerta de la oficina, mantenida abierta debido a que el aire acondicionado no daba abasto con el calor. Andaba casi normalmente ahora; había

abandonado sus muletas, y utilizaba tan sólo un bastón. Entró haciendo un signo con la cabeza a Philip, y depositó algo envuelto en una bolsa de plástico en su escritorio.

—¿Podéis tú y Jeannie venir a cenar con nosotros esta noche? —dijo Philip antes de que Pete pudiera hablar.

—Oh... Bueno, nos encantaría —dijo Pete, cogido por sorpresa—. ¿Está Denise al otro lado de la línea? ¿Puedes decirle que llame a Jeannie a casa y le pregunte que si ella no tiene ningún compromiso por mi parte estupendo? Gracias.

Se sentó mientras Philip transmitía el mensaje y colgaba el auricular, y empezó a abrir la bolsa. Philip miró incrédulo su contenido.

—¿Qué demonios le ha ocurrido a eso? —exclamó.

Era el cilindro de filtro de un purificador de agua Mitsuyama. Estaba descolorido; en vez de su color blancuzco normal, tenía un tinte amarillo purulento con manchas marrones, y las hojas de plástico prensadas que lo componían estaban separadas, como si se hubiera inyectado aire a una tremenda presión desde el tubo central que lo atravesaba.

—Así es como están todos los aparatos defectuosos —dijo Pete—. Mack ha encontrado tres de ellos hoy. Ha pensado que era mejor decírnoslo antes de seguir cambiándolos.

—¡Cristo! —Philip tocó ligeramente el cilindro; era viscoso y repugnante—. ¿Ha visto eso Alan?

—Tiene que haberlo visto ya. Se ha ido corriendo a la clínica del doctor McNeil. Tiene auténticos problemas. Doce unidades se les han bloqueado por completo.

—Oh, infiernos —murmuró Philip—. ¿Y toda esa gente que está llamando ha utilizado realmente todos sus filtros de recambio?

—Mack dice que los tres con los que ha hablado sí lo han hecho. Han utilizado todo un paquete de seis en esas semanas. Pero tenía entendido que duraban medio año.

—¡Así tiene que ser!

—Entonces, ¿qué es lo que va mal?

El teléfono sonó. Philip lo descolgó rabiosamente.

—¿Sí?

—Alan quiere hablarle —dijo Doroty—. Adelante, Alan.

—¡Phil! —llegó inmediatamente la voz de Alan—. ¡Tenemos problemas!

—Lo sé. Pete acaba de traerme un filtro para que le eche una mirada. ¿Qué demonios...?

—¡Bacterias!

—Estás bromeando —dijo Philip tras una pausa.

—Un infierno bromeo. Ya he visto esto antes, en las grandes plantas purificadoras. Y ocurre también en los ablandadores domésticos de agua. Pero esos hijos de madre de Mitsuyama juraron a ciegas que se había comprobado que su

sistema era inatacable. Envíame un especialista a la clínica inmediatamente, por favor.

Philip le repitió la orden a Pete, que agitó la cabeza.

—Aquí no hay nadie más que Mack, y tiene otros ocho...

—¡Lo he oído! —dijo Alan al otro lado—. Dile a Mack que todos los demás pueden esperar. Que venga aquí inmediatamente. Phil, vuelve a pasarme a Dorothy, ¿quieres? ¡Quiero que me llame a Osaka!

—Sólo pequeñas bacterias —dijo Pete incrédulamente, dando vueltas una y otra vez al cilindro—. ¡Convirtiendo eso en una pila de mierda! —Se estremeció y dejó caer el repugnante objeto—. Eso me asusta —añadió tras un momento—. ¿Sabes que hay una nueva epidemia atacando... la brucelosis?

—He oído decirlo —admitió Philip.

—Dicen que provoca el aborto —dijo Pete, con los ojos fijos en la nada—. Jeannie empieza a tener pesadillas. Ya está avanzada, casi dos meses... Oh, infiernos, aún no ha pasado nada. —Se levantó envaradamente—. Voy a decirle a Mack que se marche inmediatamente.

Sonó el teléfono. Esta vez era un hombre, para variar, pero tenía el mismo problema: un paquete de seis filtros usado en seis semanas, y ahora apenas un hilillo de agua en su grifo.

¿HA VISTO USTED ALGUNO DE ESTOS INSECTOS?

¡Si lo ha visto, informe inmediatamente a la policía!

VUELO RASANTE

Los delegados de los cinco wats más importantes estaban en conferencia con Zena y Ralph Henderson, en una de las habitaciones en forma de burbuja contiguas a la gran sala donde toda la comunidad de Denver se reunía para las comidas, como una cajilla lateral en la nave de una catedral ovoide que se hubiera encogido al lavarla.

Inclinándose hacia adelante en los almohadones azules sobre los que se sentaba, Drew Henker de Phoenix dijo:

—Así que estamos de acuerdo. Tenemos que atacar a Puritan pase lo que pase.

Hubo un silencio deprimido. En las amarronadas colinas que rodeaban el wat había ya muy pocas de las habituales manchas de color del verano. Desde su instalación, la gente que vivía allí habían plantado macizos de flores a todo alrededor para alegrar la vista. Pero habían sido reemplazadas por las tiendas y las caravanas de los visitantes que habían cogido las flores, cortado los pequeños árboles para hacer leña para el fuego, creado montones de basura de la noche a la mañana y polucionado su único riachuelo potable con sus aguas de desecho. También habían tenido muchos problemas con los borrachos camorristas que encontraban divertido arrojar piedras contra las ventanas del wat.

Al menos ahora era oscuro y no podían ver el desastre.

Finalmente Ralph dijo:

—La idea no es que me guste demasiado, pero simplemente tengo la impresión de que hay que hacerlo. —Se alzó y empezó a andar nerviosamente de un lado para otro bajo el curvado techo del domo, teniendo que inclinarse ligeramente al final de cada trayecto mientras se giraba. Era alto—. Esos malditos estúpidos de ahí afuera —un gesto hacia las oscuras ventanas— no reaccionarán a nada que no sea un auténtico shock. Han sido advertidos una y otra vez, por Austin, por Nader, por Rattray Taylor, por todo el mundo. ¿Y han hecho algún caso? No, ni siquiera cuando sus propios cuerpos han empezado a fallar. ¡Cristo, hemos tenido que convertir prácticamente nuestro jeep en una ambulancia!

Eso era una exageración. Pero era cierto que al menos una docena de veces desde que había empezado el fluir de turistas, gente desconocida había venido gritando al wat pidiendo un doctor, o para hacerse curar una herida, o para pedir consejo sobre un hijo enfermo.

—Y apuesto a que ellos no han ofrecido nada a cambio —dijo malhumoradamente Rose Shattock de Taos.

Silencio una vez más; se hizo demasiado largo. Zena dijo al azar:

—Oh, Ralph, quería preguntártelo. Rick no me deja en paz queriendo saber qué es lo que causa esas manchas en todas las plantas de hoja ancha este verano.

—¿Qué manchas? Las amarradas son por falta de agua, creo. Pero si te refieres a las amarillas, son debidas al SO₂.

—Eso es lo que le dije. Sólo deseaba asegurarme de haberle dado la respuesta correcta.

—Si los productos polucionantes pudieran matar a los jigras —dijo Tony Whitefeather de Spokane—. Pero son resistentes literalmente a todo... ¿Creéis que hay algo de verdad en eso de que no entraron en el país por error, sino que los tupas los deslizaron deliberadamente?

—¿Por qué deberían tomarse esa molestia? —gruñó Ralph—. Simplemente dejad que alguna asquerosa empresa baje sus estándares de calidad...

—Nosotros les habíamos comprado antes —le recordó Zena.

—Por supuesto, pero sólo porque no quedaba más remedio. Y de todos modos: ¡importar gusanos de tierra, por el amor de Dios! ¡Abejas! ¡Mariquitas! Algunas veces pienso que hay algún científico loco en Washington, controlando a Prexy mediante sugestión posthipnótica, que desea que todos nosotros vivamos en una hermosa factoría esterilizada llena de cristales y de acero inoxidable, y comamos pequeñas pastillitas rosas y azules para que no tengamos que cagar.

—Entonces primero está cargándose a un buen número de nosotros —dijo Tony Whitefeather— para no tener que hacer una factoría demasiado grande.

—¿Cómo Lucas Quarrey y Gerry Thorne? —sugirió Drew Henker.

—Oh, ellos no tenían necesidad de quitarlos de en medio —respondió Ralph con un alzarse de hombros—. Se suponía que el Sindicato tenía intención de hacerlo en su lugar. Aunque tendrían que haber esperado una reacción al poco tiempo. Os vais a quedar todos, ¿verdad? Así podremos discutir las primeras noticias mañana por la mañana.

Hubo asentimientos a lo largo de todo el círculo. Empezaron a levantarse.

—¿Alguno de vosotros sabe algo acerca de esos nuevos purificadores de agua Mitsuyama? —dijo Rose Shattock—. Nosotros habíamos pensado investigar algunos.

—Nosotros también —asintió Ralph—. Pero el comité de control de fondos llegó al acuerdo de posponerlo. Este será el primer año que no hayamos conseguido cultivar la suficiente comida como para que nos dure todo el invierno, de modo que nuestros ahorros deberán ser gastados en comprar provisiones fuera.

—Para vosotros no es demasiado problema de todos modos, ¿verdad? —dijo Drew—. Cuando llegue la temporada de las nieves siempre podréis confiar en la purificación natural.

—No estoy tan seguro —gruñó Ralph—. Con toda esa bruma a gran altura, sólo Dios sabe a qué se parecerá la nieve este año.

—A mugre —dijo Zena, e hizo una mueca.

En aquel momento el distante zumbido de un avión ligero llegó hasta sus oídos, y creció en intensidad, y todos se dirigieron a la ventana.

—¡Mirad! —exclamó Ralph—. ¡Si eso son las luces del aparato, vuela realmente bajo!

—Seguro que lo son —confirmó Zena, mirando por encima de su hombro—. ¡Debe tener problemas!

—Su motor parece funcionar bien... Hey, ¿a qué está jugando? ¡Se dirige directamente hacia el wat! ¡Está loco!

—¡O está cargado o borracho! —decidió Drew—. ¡El maldito estúpido!

—Salgamos afuera y avisémosle con una linterna —propuso Zena, y se dirigió hacia la puerta.

Dándose media vuelta, Ralph gritó tras ella:

—¡Hey, no! ¡Si va drogado, creerá que estás jugando con él y volará aún más bajo!

—Pero no podemos...

Fue todo lo que pudo decir. El rugir del motor era ya lo suficientemente fuerte como para cubrir sus palabras, pero no fue eso lo que cortó el resto de su frase.

Una repentina línea de astillados orificios, como el golpeteo sucesivo de la aguja de una máquina de coser, perforaron la ventana, el techo, el suelo, y a Drew y Ralph.

En su segunda pasada, el avión dejó caer un puñado de cócteles molotov. Luego desapareció zumbando en la noche.

IMPOSIBLE VER YA LAS MONTAÑAS

Seguro que desde aquí, en un día del mes de agosto, uno tenía que ser capaz de ver las montañas.

Pete miró a su alrededor. Habían sido desviados por las barreras de la policía de la carretera que tenían intención de tomar —estaban controlando casa por casa—, y ahora habían tenido que detenerse en el mirador de Colfax, entre Lincoln y Sherman, cerca del Capitolio del Estado, mientras un grupo de patrulleros jóvenes iban de coche en coche comprobando documentaciones y bromeando con las chicas guapas. En los altos escalones de la parte frontal del Capitolio grupos de turistas que ya habían pasado los controles se tomaban fotos mutuamente como de costumbre. Las aceras estaban llenas también de la gente habitual de los sábados por la mañana.

Pero no se veían las montañas.

Curioso. Denver se parecía a un decorado teatral. La línea en forma de arco de Colfax apuntaba directamente a un brumoso grisor.

Uno casi podía creer que el mundo fuera de lo que podía ver se estaba disolviendo... que lo que mostraba la televisión o informaban los periódicos era una mentira.

En un tablero de anuncios colgado de la verja que rodeaba los terrenos del Capitolio había una versión en pequeño del cartel que mostraba a un jigra y que en las últimas semanas había inundado todo el Oeste y el Medio Oeste. Sobre él alguien había dibujado en rojo el símbolo trainita.

Los policías llegaron a su coche, comprobaron su documentación y miraron en el portamaletas, y les hicieron seña que siguieran. Siguió mirando aquel cartel hasta que su cuello casi le dio un calambre, lo cual era peligroso con el estado de su espalda. Otra sensación extraña: ser un pasajero durante todo el rato. Le gustaba conducir. Pero pasaría mucho tiempo antes de que pudiera hacerlo de nuevo.

Aquellos símbolos asquerosos estaban por todas partes. Les habían pintado tres en su coche, por ejemplo, que Jeannie había tenido que limpiar —cuidando de no estropear la pintura—, perdiendo una hora o más en cada ocasión. Si, cuando tuvieron que desprenderse de uno de sus coches, al menos hubieran podido conservar el Stephenson... Pero era demasiado pequeño, le costaba demasiado entrar y salir de él, y por supuesto hoy en día el valor de venta de un coche eléctrico era mucho más alto que el de uno cualquiera de gasolina, y puesto que necesitaban el dinero para su nuevo congelador...

¡Qué mala suerte no haber conseguido que repararan el viejo! Pero ninguno de esos jóvenes de hoy quería saber nada con las cosas técnicas. Como si fueran magia negra, y tocarlas lo metiera a uno en manos del demonio. Habían esperado reclutar a algunos muchachos que terminaban la universidad este año como instaladores en las

Empresas Prosser. Y no habían podido contratar ni la mitad de los que necesitaban: quizá nueve o diez, cuando habían planeado una treintena.

Y ahora este problema con los filtros atascados. Estaban entregando dos nuevos paquetes de seis recambios como garantía por cada uno que habían vendido a cada nuevo comprador. Alan estaba hablando de demandar a Mitsuyama, pero eso era mera palabrería. Uno no puede atacar con posibilidades de éxito a una corporación de mil millones de dólares como aquella, fuera nacional o extranjera. Las cosas cambiarían si el mismo problema afectaba, digamos, a Bamberley en California, o a algún otro concesionario importante, que estuviera dispuesto a iniciar la demanda de forma colectiva.

Jeannie no estaba hoy habladora como de costumbre, pero esto le convenía; él también se sentía de un humor más bien retraído. De todos modos, ella necesitaba concentrarse. Había mucho tráfico. Iban a Towerhill, a comer con la familia de ella, de modo que seguían la carretera que conducía a cosas que no tan sólo los turistas sino la gente del lugar iban a ver por pura curiosidad: el lugar de la avalancha, la escena de las sesenta y tres muertes en la planta hidropónica, los restos calcinados del wat trainita...

¿Era cierto que el responsable era el Sindicato, intentando eliminar aquellos insistentes rumores acerca de la calidad de los productos alimenticios Puritan? ¿Tenían que ser unos auténticos bastardos para hacer lo que habían hecho! Una cosa era protestar por las manifestaciones trainitas y los sabotajes y todo lo demás, y otra muy distinta matar a niños dormidos en sus propias camas.

—¡Hey, amor, mira! —exclamó Jeannie—. ¡Ahí hay un pájaro!

Pero fue demasiado lento en reaccionar, y se lo perdió.

A un kilómetro de la ciudad, ella dijo:

—Pete, ¿qué es lo que ocasiona eso?

—¿El qué?

Ella señaló el amarillento y marchito flanco de la colina junto a la que pasaban. Las plantas tenían un aspecto polvoriento. Miserable. Como plantas de interior abandonadas en una habitación sobrecalentada.

—Bueno, la polución, supongo —dijo Pete, incómodo.

—Sí, ya lo sé. ¿Pero qué significa exactamente esa palabra?

Olvidó responder. Al salir de la siguiente curva vieron a un coche de la policía de tráfico aparcado en el arcén. Un par de policías habían salido y subían la ladera para inspeccionar algo nuevo, una monstruosa calavera y dos tibias cruzadas de al menos diez metros de envergadura, pintadas en la seca hierba con algún líquido oscuro y viscoso, probablemente aceite lubricante usado. El conductor que permanecía sentado en el coche era un viejo conocido, y Pete lo llamó y saludó con la mano, pero el hombre estaba bostezando y no se dio cuenta.

Un poco más adelante Jeannie dijo de pronto:

—¡Amor!

—¿Sí?

—Yo... ¿Crees todavía que deberíamos llamarle Franklin?

Aquello no era lo que ella quería decir; estaba seguro. Sin embargo, dijo:

—Me gusta. O Mandy si es niña.

—Sí, Mandy.

Y entonces, sin volver a tomar aliento, precipitadamente:

—Pete, ¡me siento tan sucia por dentro!

—Querida, ¿qué quieres decir?

—Como... ¡como si todos mis huesos necesitaran ser sacados y lavados!

—Oh, eso son tonterías —dijo Pete suavemente.

—No, de veras —murmuró ella—. Ahora no tengo demasiado que hacer durante todo el día, mientras tú estás en el trabajo. No tengo ningún jardín que cuidar, ni una auténtica casa que limpiar... No puedo dejar de pensar en ello, amor, ¡no mientras hay un bebé creciendo dentro de mí!

—El bebé será estupendo —declaró Pete—. No podías haber encontrado a nadie mejor que el doctor McNeil para cuidar de ti.

—Oh, ya lo sé, y siempre hago exactamente lo que él me dice. Como el tipo de alimento necesario, bebo agua embotellada, nunca toco ni la leche ni la mantequilla... Pero... Pete, ¿a qué clase de mundo lo vamos a traer?

Ella le dirigió una tensa mirada, que no duró más de un segundo, pero lo bastante larga como para que él viera auténtico terror en sus ojos.

—El doc dice que probablemente no podré amamantarlo. Dice que prácticamente ninguna madre puede. ¡Demasiado DDT en su leche!

—¡Querida, toda esa porquería ha sido prohibida hace años!

—¿Cuántas veces has denunciado a alguien por comprarlo ilegalmente?

Pete no tenía respuesta para aquello. Aunque sólo había permanecido un año de servicio en la policía, había colaborado en el arresto de cinco o seis personas que fabricaban productos químicos clandestinamente: no sólo insecticidas sino también defoliantes.

—Y la comida adecuada cuesta tan cara —prosiguió Jeannie preocupadamente, poniendo el intermitente de la derecha mientras frenaba al acercarse al cruce de Towerhill—. Diez centavos por aquí, un cuarto de dólar por allá, sin darte cuenta estás gastando el doble de lo que esperabas. Y cada vez las cosas están yendo peor. El otro día estaba hablando con Susie Chain. La encontré en Denver, cuando iba de compras.

—¿Y? —Se estaba refiriendo a la esposa de su antiguo sargento en Towerhill.

—Tiene unos primos en Idaho, me dijo, y le escribieron que esperan conseguir solamente una cuarta parte de la cosecha normal de patata este año. El resto ha sido destruido por los jigras.

Pete silbó.

—Esos bichos comen cualquier cosa, me dijo. Maíz, remolacha, calabaza... Oye, ¿has visto el wat trainita? —Señaló al otro lado del valle. Velado por la bruma, pero visible con la suficiente claridad como para apreciar todos los siniestros detalles, la concha vacía del wat yacía como una langosta podrida. Había pequeños grupos de curiosos vagando por allí, removiendo las ruinas en busca de recuerdos.

El jefe de bomberos local había dicho por la televisión cuántas veces había advertido de lo peligroso que eran las construcciones de fibra de vidrio y plástico de recuperación. Peor que la madera. Había dicho también algo acerca de los humos venenosos que desprendían.

—¿Es eso lo que le espera a nuestro hijo? —dijo Jeannie amargamente—. ¿Ser quemado vivo como esos pobres tres de ahí?

Pete adelantó una mano para palmearle animosamente la rodilla. Pero ella siguió sin detenerse:

—¡Piensa en todas las cosas que no va a poder hacer, Pete! Nadar en un río, o siquiera navegar en un bote por él... tomar una fruta directamente del árbol y comérsela... ¡quitarse los zapatos y andar sobre la hierba, dura y alta y húmeda!

—Oh, amor, hablas como Carl —la regañó Pete.

—¿Por qué no? —resopló ella—. Carl es el más inteligente de nuestra familia, siempre lo fue. Me gustaría que escribiera y me hiciera saber dónde está... ¿Sabes?, casi me gustaría atrapar esa brucelosis que corre por ahí, y así no tener ningún niño.

—¡Mierda, no digas nunca eso! —exclamó Pete, horrorizado—. Si perdemos este, quizá nunca...

En aquel momento la carretera se estremeció. Era como si cada uno de los centenares de coches que estaban a la vista hubieran tropezado simultáneamente con una piedra. Alargó una mano hacia la radio y la conectó, para saber si el temblor iba a ser serio. No lo era. De modo que a los pocos minutos estaban en casa de la madre de Jeannie, y tuvieron que aparentar que todo iba bien, estupendamente bien.

SACIADO

... compras de Nutripon para suplementar los stocks de ayuda social, en la actualidad en su nivel más bajo desde hace años debido al inesperado impacto del desempleo en las regiones de veraneo abandonadas por los turistas, donde normalmente los trabajos estacionales en hoteles y restaurantes absorbían mucha mano de obra excedente entre los meses de junio a septiembre. Rechazando los temores expresados por portavoces de grupos negros y económicamente débiles, el Secretario de Bienestar Social Barney K. Deane señaló que la planta Bamberley ha sido reacondicionada a un nivel extraordinariamente alto de seguridad, con una asepsia cercana a la que uno puede encontrar en una sala de operaciones, cito, fin de la cita. Preguntado acerca de si el plan se extendería más tarde a aliviar el impacto de la subida de precios entre las familias menos privilegiadas, dijo que la cuestión estaba siendo seriamente estudiada, pero que aún no se había tomado ninguna decisión. Una demanda de embargo de las exportaciones de comida a los Estados Unidos ha sido presentada hoy por...

DE VUELTA

Las cosas no habían cambiado mucho. Los cubos de la basura estaban más llenos que nunca y apestaban. Las moscas zumbaban alrededor. Kitty Walsh se sentía hundida. Se detuvo por un momento mirando a las moscas y preguntándose —no muy seriamente— de dónde procederían. ¿Importadas, quizá? El año pasado, o el anterior, o en algún momento, no había habido ni una.

Pero finalmente se abrió camino entre los cubos y entró, intentando quitarse la mascarilla filtro mientras lo hacía. Se le había enredado en el pelo. Lo había dejado crecer mientras estaba fuera.

El aire dentro estaba también lleno de humo, pero era marihuana. Las ventanas estaban selladas con cinta adhesiva para impedir que entrara el aire de fuera. Hacía mucho calor.

—Cristo, es Kitty —dijo Hugh, y se apartó de Carl. Ambos estaban desnudos. Y ella casi también lo estaba: sólo un vestido abierto por delante, y unas sandalias.

—¿Dónde has estado, pequeña? —preguntó Carl.

—En sitios. —Dejó en el suelo la bolsa de tela de unas líneas aéreas que era lo único que se había llevado consigo y tendió la mano hacia el porro que estaban compartiendo.

—Encontré a un tipo cuando me agarraron en la fiesta de los fuegos artificiales —dijo tras un rato—. Fuimos a Oregón. No sabía que fuera tan estupendo allí. Tuvimos como tres días de cielo azul. Quizá cuatro.

—¡No jodas! —dijo Carl.

—De veras. Incluso encontramos un lago en el que se podía nadar. Y me he puesto morena, mirad. Alzó su vestido hasta las axilas, y estaba realmente un poco, muy poco, bronceada.

Tras lo cual hubo un rato de silencio. Era el viaje. De la habitación del fondo llegaba suavemente la música de una radio. Finalmente se dio cuenta de ello y estiró la cabeza tanto como pudo.

—¿Quién hay ahí dentro? —preguntó, mirando a su alrededor—. Y, ¡hey! ¡Habéis puesto una cerradura en esa puerta!

Hugh y Carl intercambiaron miradas. Pero después de todo era su apartamento.

—Hector Bamberley —dijo Hugh.

—¿Qué?

—¿No has oído hablar del asunto?

—Cristo, claro que lo he oído. ¿Quieres decir...? —Casi se puso en pie, pero se cayó de espaldas entre los colchones que cubrían el suelo, con un estallido de risa incontenible.

—¿Quieres decir precisamente ahí? ¿Bajo las narices de los polis? ¡Oh, mierda! ¡Eso es fantástico!

Carl se sentó, rodeando sus rodillas con las manos, y lanzó una risita. Hugh frunció el ceño y dijo:

—No es tan divertido como eso. El asqueroso de su padre no quiere seguir el juego. Y empiezo a sentirme harto de montar guardia todo el tiempo. No podemos dejar esto solo, por supuesto. Y además está enfermo.

—Se hace el enfermo —gruñó Carl—. Fue una de las primeras ideas que se le ocurrió, intentar que trajéramos a un doctor con el que pudiera hablar. Ahora vuelve a lo mismo. Me da no sé qué malgastar con él una comida tan cara.

—¿Eh?

—Todo traído de Puritan. Ossie insistió. Es él quien lleva el asunto.

—Oye —exclamó Hugh—, ¿no es ya la hora de llevarle la comida?

—Es probable —asintió Carl—. Kitty, ¿tienes alguna idea de la hora?

Negó con la cabeza.

—¿Ossie? —dijo—. ¿Quieres decir Austin? Pero sabes que no es el auténtico, ¿verdad?

—Oh, claro —suspiró Hugh—. Incluso piensa en dejar correr el nombre. Dice que está cansado de esperar a que el auténtico salga de su escondrijo y haga algo.

—Si lo hiciera —dijo Kitty—, podría reunir el mayor ejército de la historia, con sólo chasquear los dedos. Ahí en Oregon vi... Infiernos, no importa. Le llevaré la comida. Siempre he deseado conocer al hijo de un millonario. ¿Dónde está... en la nevera?

—Sí, preparada en una bandeja. Y cuando salgas, golpea la puerta para que te abramos. Uno, uno-dos. —Carl se lo mostró—. Así sabremos que eres tú y no él.

—De acuerdo —dijo Kitty, y dio otra chupada al porro antes de dirigirse a la cocina.

Hector estaba tendido, dormido, de espaldas a la puerta. Ella hizo un lugar para la bandeja entre un montón de libros y revistas, la mayoría pornográficos... alemanes y daneses, de la mejor calidad. Luego rodeó la cama y descubrió que el chico tenía la cremallera de la bragueta abierta y su mano crispada sobre su miembro. Medio cubierta por la almohada había otra revista porno, una de lesbianas. Sobre el suelo, un pañuelo de papel sucio. Mojado. Lo tiró al orinal de la habitación.

Bueno, así que a eso se parecía el hijo de un millonario. Nada del otro mundo.

Pero tampoco estaba mal, decidió al cabo de un momento. Era un chico atractivo. Un ligero vello estaba empezando a aparecer en sus mejillas. Hummm. Encantador.

¿Lo despertaba?

¿O esperaba a que lo hiciera él?

Se sentó en el suelo con la espalda apoyada contra la pared y se lo quedó mirando, sin pensar en nada en particular. Se sentía flotar. Estaba flotando ya cuando llegó, y esa última carga extra del porro de Hugh y Carl había acabado de *lanzarla*. De algún modo le parecía un esfuerzo excesivo ir y despertarlo.

Tras un rato, sin embargo, la visión de aquella cremallera abierta comenzó a hacer efecto. Separó sus piernas y empezó a acariciarse. Era bueno cuando una se sentía lanzada así: muy suavemente, muy lentamente, yendo hasta el final pero sin llegar a él, sin perder el control. Como subir una ladera cubierta de nieve resbalando un poco hacia atrás a cada paso pero nunca hasta volver al lugar donde habías estado en el paso anterior.

Casi estuvo a punto de no darse cuenta cuando los ojos del muchacho se abrieron y la vio en la habitación. Sin embargo, no dejó lo que estaba haciendo.

—¿Quién eres? —preguntó él, con una voz muy baja.

Ella miró su miembro. Se estaba hinchando. El se dio cuenta y se tapó con una punta de la sábana. Su cama estaba completamente revuelta.

—Kitty —dijo ella—. Imagino que debes aburrirte mucho aquí, ¿no?

—¿Qué? —Intentó sentarse en la cama, tembloroso.

—Quiero decir, ¿eso es todo lo que tienes para pasar el tiempo? —Señaló con su mano libre la revista que asomaba bajo la almohada.

El la miró parpadeando varias veces, rápidamente. Luego enrojeció hasta las orejas.

—Eres encantador —dijo ella—. Y también atractivo. Mira, me he excitado bastante. ¿Y tú?

—¿Qué infiernos está haciendo ahí dentro? —dijo Hugh malhumoradamente, bastante rato después.

—Probablemente jodiendo con él —dijo Carl con indiferencia—. ¿Sabes de alguna vez que Kitty haya dejado pasar una ocasión? ¡Pero qué infiernos! El pobre chico se lo merece. Quiero decir que se ha mostrado cooperativo. Es el asqueroso de su viejo el que nos da que hacer.

EQUILIBRIO

Petronella Page: Viernes de nuevo, mundo, la noche en que rompemos las reglas habituales y recorreremos todo el planeta. Más tarde, hablaremos con uno de los principales jefes de la famosa Brigada Especial de Scotland Yard, en Londres, acerca del nuevo sistema computerizado británico para el control de la subversión, ampliamente alabado como de los más modernos del mundo, y luego nos trasladaremos a París para hablar del extraño clima que están teniendo allá, con nieve en agosto, imaginen. Pero primero vamos a abordar un tema que nos toca mucho más de cerca. Aguardando en los estudios de la ABS en Chicago hay un conocido psicólogo educacional con opiniones muy claras sobre un tema que concierne a todo aquel que tenga niños... o que tenga intención de tener niños. Prefiere permanecer en el anonimato debido a que sus opiniones son fuente de controversia, así que vamos a saltarnos un poco nuestras reglas y permitiremos que sea llamado doctor Tal. ¿Está usted ahí...?

Tal: Estoy aquí, señorita Page.

Page: Estupendo. Bien, empecemos con sus explicaciones acerca de la actual falta de técnicos en toda la nación, de la alta incidencia de abandonos universitarios, y demás. La mayoría de la gente supone que es el resultado de la desconfianza hacia la industria y sus efectos sobre nuestras vidas, pero usted dice que la cosa no es tan sencilla.

Tal: Pero tampoco es demasiado complicada, pese al hecho de que hay una gran cantidad de factores interactuando. El esquema es realmente muy claro. No es que los chicos de hoy en día sean más estúpidos que sus padres. Es que son más tímidos. Más reacios a tomar decisiones, a responsabilizarse. Prefieren dejarse resbalar por la vida.

Page: ¿Por qué?

Tal: Bien, ha habido muchos estudios... sobre ratas principalmente... que han demostrado la importancia crucial del entorno prenatal. Camadas nacidas de madres hostilizadas o de madres pobremente alimentadas, suelen crecer asustadas, temen incluso abandonar una jaula abierta, y lo que es más sus expectativas de vida se ven reducidas.

Page: ¿Pueden demostrar los experimentos con ratas cualquier cosa con relación a los seres humanos?

Tal: Hoy sabemos mucho acerca de cómo extrapolar de las ratas a las personas, pero eso no quiere decir que solamente tengamos esos medios. En un cierto sentido, nosotros mismos nos hemos convertido en animales de experimentación. Somos demasiados, estamos demasiado apiñados, en un entorno que hemos envenenado nosotros... con nuestros subproductos. Cuando esto ocurre a las especies salvajes, o a

las ratas en un laboratorio, la siguiente generación muestra ser más débil y más lenta y más tímida. Esto es un mecanismo de defensa.

Page: No sé si mucha gente podrá seguirle.

Tal: Bueno, los débiles caen más fácilmente víctimas de los predadores. Eso reduce la población. La competencia se ve disminuida. Y el deterioro del entorno también, por supuesto.

Page: Pero nuestra población no está disminuyendo. ¿Está usted diciendo que tenemos demasiados niños?

Tal: No habría demasiados si pudiéramos garantizarles una adecuada relajación, librarlos de la ansiedad... y darles las cantidades necesarias de alimentos sanos. No podemos. Nuestra agua está polucionada, nuestra comida está contaminada con sustancias artificiales contra las que nuestros cuerpos no pueden luchar, y durante todo el tiempo tenemos la sensación de vivir en una competición a vida o muerte con nuestros semejantes.

Page: Esto me suena como bastante generalizador. ¿Qué pruebas tiene usted, aparte las ratas y esas criaturas salvajes que no ha especificado?

Tal: Los archivos escolares, los registros de empleo, el pánico que sienten las grandes compañías este año porque ha habido un descenso cercano a un noventa por ciento en el reclutamiento de postgraduados... ¿no es así?

Page: Yo no he dicho nada. Prosiga.

Tal: También, a principios de año, fue publicado un informe de las Naciones Unidas que tendía a señalar que el nivel de inteligencia estaba creciendo muy marcadamente en los países subdesarrollados del mundo, mientras que por el contrario en los países ricos...

Page: Pero ese informe fue desacreditado. Se señaló que uno no puede aplicar los mismos criterios a los niños de...

Tal: Es falso. Disculpe. Conozco todo eso y también la argumentación de que nuestro nivel médico superior nos permite mantener con vida a niños subnormales que mueren en los países subdesarrollados en vez de sobrevivir haciendo bajar la media. Pero no es de eso de lo que estoy hablando. Me estoy refiriendo específicamente a los niños aparentemente normales, sin defectos físicos o mentales obvios. Estoy convencido de que la gente sabe subconscientemente lo que está sucediendo, y empieza a sentirse alarmada por ello. Por ejemplo, hay una tradición de desconfianza en nuestra sociedad hacia los muy inteligentes, los muy entrenados, los muy competentes. Uno necesita mirar tan sólo a las últimas elecciones presidenciales para tener una prueba de ello. El público deseaba a todas luces un presidente títere, una persona con buena presencia que produjera ruidos tranquilizadores...

Page: Doctor Tal, está usted apartándose del asunto, ¿no cree?

Tal: Si usted lo dice. Pero afirmo que esto ilustra la ansiedad fundamental que está tiñendo ahora nuestras actitudes sociales. Digo que subconscientemente nos hemos dado cuenta de que nuestros niños son menos inteligentes, más tímidos, y

empezamos a temer que seamos menos capaces de lo que eran nuestros padres, y en consecuencia estamos huyendo de todo lo que puede tender a mostrarnos que eso es cierto. Cuando los políticos proclaman que el público ya no se siente interesado en la conservación del medio ambiente, tienen razón a medias. La gente tiene realmente miedo de sentirse interesada por ello, porque sospechan creo que con razón, que descubriremos si cavamos lo suficientemente hondo que hemos ido tan más allá de los límites de lo que el planeta puede soportar, y que sólo una gran catástrofe que corte a la vez nuestra población y nuestra habilidad de interferir con el biociclo natural puede ofrecernos una posibilidad de supervivencia. Y esta catástrofe no puede ser una guerra, puesto que eso destruiría aún más espacio cultivable.

Page: Gracias por hablar con nosotros, doctor Tal, pero debo decir que supongo que mucha gente contemplará su teoría como improbable. Ahora, tras una pausa para la identificación de nuestra estación...

EL FIN DE UN LARGO Y OSCURO TÚNEL

Cristo, Oakland había sido malo. Pero Nueva York era *horrible*. Incluso en el interior, incluso en el vestíbulo de aquel hotel con sus puertas giratorias y el aire acondicionado que soplaban tan fuerte que casi agitaba las paredes, los ojos de Austin Train le escocían y le dolía la garganta. Pensó que iba a perder la voz. También que iba a perder el buen juicio. Ya le había ocurrido una vez, y en ocasiones sospechaba que se había sentido más feliz así. Como aquellos muchachos que habían declarado en la investigación por los sucesos en la planta hidropónica Bamberley y que, uno tras otro, habían manifestado con una voz monótona que lo que más deseaban era volverse locos.

Pero estaba aquí, de todos modos.

Muchas veces durante su viaje había temido que no iba a poder alcanzar su destino. Naturalmente, con una documentación falsificada a nombre de «Fred Smith» no se atrevía a correr el riesgo de volar hasta Nueva York, de modo que su itinerario había sido un tortuoso recorrido en autobús y tren. Felice le había ofrecido uno de sus coches, pero eso también estaba fuera de cuestión, porque los coches eran los medios favoritos empleados por los saboteadores para trasladar y dejar sus bombas, y los robaban, o los alquilaban bajo un nombre falso, por lo que el margen de seguridad era pequeño. Y de todos modos el coche no era tampoco mucho más rápido, con todos esos controles de la policía en los límites de los Estados, las búsquedas, las zonas restringidas no sólo en las ciudades —uno esperaba eso durante el mes de agosto— sino también en campo abierto, en zonas agrícolas. A causa de los asaltos a camiones de productos alimenticios por supuesto.

Problemas como estos habían sido parte de las muchas razones que habían retrasado su decisión de surgir de nuevo a la vida pública. Durante todo el verano había estado discutiendo consigo mismo, tomando su decisión, luego cambiando de nuevo y regresando a recoger basuras, conduciendo un camión de basura, cargando una interminable sucesión de vagones que iban a arrojar las montañas de plástico imputrescible a las profundidades de minas abandonadas, comprimiendo basuras domiciliarias para ser vendidas como abono a las empresas que realizaban proyectos de reconversión de desiertos, pisoteando con los pies enfundados en enormes botas saturadas interiormente de sudor las montañas de cristales rotos y los montones de latas aplastadas. En cierto modo su trabajo era fascinante. Dentro de mil años aquellos desechos que estaba ayudando a enterrar tal vez fueran exhibidos en un museo.

Si aún había museos.

Había sido el ataque al wat de Denver lo que había resuelto la cuestión. Cuando supo que Zena se había refugiado en casa de Felice, a sólo unos kilómetros de donde él estaba, había sentido la necesidad de llamarla y hablar con ella. Y a partir de ahí todo lo demás había seguido su curso lógico. Como una flor abriéndose.

Y allí estaba ella, tras haberla aguardado durante tan sólo una hora. En este tiempo había empezado a llover... no era que la lluvia en Nueva York limpiara ya el aire, simplemente humedecía un poco la suciedad... y ella empujó la puerta giratoria envuelta en unas ropas sin forma: un impermeable de plástico sobre un traje de una pieza combinando con botas y pantalones del estilo que podían verse en todos los escaparates de todas las tiendas de ropa, y por supuesto la mascarilla filtro. Ni siquiera miró hacia él, sino que se dirigió directamente a la recepción para recoger su llave.

Vio que el recepcionista se inclinaba hacia ella para informarle en voz baja que un tal señor Smith la estaba esperando y deseaba hablarle.

Se giró para mirar por todo el vestíbulo, y la primera vez que lo vio no lo reconoció. No era sorprendente. La infección que había cubierto su cuero cabelludo con una caspa amarillenta había matado la mayor parte de su pelo; ahora estaba calvo en sus tres cuartas partes, y en las zonas desnudas se apreciaban las irregulares líneas de un granuloso tejido cicatricial. Se había extendido también a sus cejas, y había perdido la mitad exterior de la derecha. Como esto constituía un rasgo más reconocible, se había afeitado la mitad de la otra para igualarlas. Y sus ojos se habían debilitado, de modo que había hecho que Felice le consiguiera una receta para unas gafas. En conjunto parecía muy distinto al Austin Train que había sido objeto de atención algunos años antes.

Luego, de pronto, ella reaccionó. Vino corriendo y lo rodeó con sus brazos. Cristo, ¿qué le había pasado a Peg Mankiewicz, la Princesa de Hielo?

¡Estaba llorando!

Finalmente recuperó el control de sí misma y se apartó con una ahogada exclamación.

—Oh, Dios, no pretendía hacer esto. ¡Lo siento!

—¿Hacer qué?

—Ensuciar sus ropas. ¡Mire! —Alzó su brazo recubierto de plástico y señaló aquí, y aquí, y aquí, hacia las grandes manchas de húmeda suciedad que había depositado sobre su traje nuevo.

—Oh, olvídalo —dijo Austin, en un tono que no admitía réplica. Echándose hacia atrás, la examinó de pies a cabeza, y añadió tras un momento—. Peg, pequeña, creo que algo ha cambiado.

—Sí —sonrió ella. Era una agradable sonrisa; se hizo más profunda en sus ojos oscuros—. El mundo se rompió en pequeños pedazos. Y cuando volvieron a unirlos, tuve la posibilidad de decidir cuáles iban a quedarse y cuáles no. Ahora me gusto más de lo que me gustaba antes.

Se quitó rápidamente sus ropas de calle, sacudiéndolas sin preocuparse de lo que podía pasarle a la moqueta —estaba muy estropeada de todos modos—, luego las dobló sobre uno de sus brazos y sujetó a Austin con el otro. Un gesto que no estaba incluido en el repertorio de la antigua Peg.

—¡Cristo, es maravilloso volver a verle! Vamos a tomar un...

Y se interrumpió a media frase, y su rostro se ensombreció.

—Mierda, lo olvidé. A esta hora de la tarde el bar estará probablemente cerrado. La mitad del personal vuelve a estar enfermo. Mono creo. Bien, vamos a echar un vistazo de todos modos; puede que tengamos suerte. No podemos subir a mi habitación... está llena de bichos.

—¿De qué tipo?

—De ambos. —Sonrió irónicamente—. A menudo hasta me siguen por la calle. Pero generalmente no me molestan en el hotel. Tienen comprados a los recepcionistas, les pagan para que les informen de todos mis movimientos.

—¿Este es el mismo hotel donde...?

—¿Donde mataron a Arriegas y a Lucy Ramage? Sí.

—¿Por qué ha vuelto al mismo lugar?

—Porque estoy harta de ser perseguida todo el tiempo, buscando algún rincón donde esconderme. Así que he decidido vivir a plena luz, y al infierno con todos ellos.

—¿Cree que esto le dará resultado? Piense en la gente que lo intentó antes. Lucas Quarrey... Gerry Thorne... ¡Decimus!

—Y a usted, ¿qué van a hacerle? —dijo Peg, mirándole fijamente a los ojos.

Hubo una absoluta, total, *terrible* pausa, durante la cual el rostro de él fue tan impasible como una máscara de piedra, completamente sin vida excepto sus ojos. Y sus ojos llameaban. Ella notó que su boca se abría un poco, y un estremecimiento recorrió su espina dorsal. En la mirada de Austin Train pudo leer decisión.

Cuando habló, fue como la caída de un rayo.

—Crucificarme.

Luego se instalaron en una mesa oscura en un rincón, y un hombre ceñudo con una chaqueta blanca les trajo sus bebidas. El aire estaba perfumado con algo horriblemente artificial, pero uno tenía que soportar eso en todos lados.

Ella estaba asustada. Hasta que les hubieron traído lo que habían pedido no fue capaz de formular de nuevo sus palabras, y en vez de preguntar cosas acerca de él —

tenía la impresión de que había aprendido demasiado y con demasiada rapidez hacía un momento— dijo:

—¿Cómo me ha encontrado?

El se lo explicó, con un tono normal, aparentemente relajado.

—Entiendo. ¿Cómo se tomó Zena la pérdida de los chicos?

—Fue muy duro... Normal, ¿no? Pero Felice está siendo muy gentil con ella, y también su marido.

—¿Ha hablado con alguien más del wat? ¿Tienen intención de empezar de nuevo en algún otro lugar?

—No, simplemente se han diseminado por otros wats. —Austin suspiró—. Telefoneé a Ralph, y aparentemente todo el mundo estaba tan cansado, tan frustrado... El ataque fue la última gota. Había muchas posibilidades de que no hubieran podido pasar el invierno. Los jigras habían arruinado de tal modo sus cosechas, y todo lo que tenían almacenado había resultado tan empapado con los productos químicos de los extintores... ¿Y sabe cuál fue el peor golpe de todos?

Ella negó con la cabeza, sin hablar.

—Acababan de tener una conferencia acerca de sus descubrimientos sobre Puritan. Estaban allí Drew Henker, Tony Whitefeather, Rose Shattock. Y la única copia completa del informe se quemó. Por supuesto, intentarán empezar de nuevo con ello, pero...

—¡Oh, Cristo! —Peg apretó los puños—. Así que fue otro trabajo del Sindicato, ¿eh? ¿Como lo de Thorne y Quarrey? Me lo había estado preguntando.

Austin vaciló.

—Corren rumores —murmuró finalmente— de que el avión fue alquilado por un tipo que trabaja para Roland Bamberley.

La boca de Peg se abrió en una O.

—¡Pero eso no puede ser cierto! Bamberley no está loco, ¿verdad? Quiero decir, sé que está convencido de que su hijo fue secuestrado por los trainitas, pero seguramente si creyera que su hijo estaba en el wat...

—Oh, los rumores dicen muchas cosas —interrumpió Austin—. Puede que eso no sea cierto. Y si lo es, supongo que debe ser una advertencia.

—Por otra parte... —Peg removió con aire ausente su bebida el palo del cóctel tenía una flor de lis en su parte superior—. ¿Conoce usted a ese asqueroso hijo de madre? Yo lo conocí en una ocasión. Lo entrevisté. No me sorprendería que prefiriera perder a su hijo antes que pagar el rescate. Luego se disculparía a sí mismo diciendo que el chico murió por el bien de su país.

—Lo cual quiere decir que prefiere los beneficios que le reportan los purificadores de agua que la vida de su hijo.

—Exacto. Se siente orgulloso de ser un hombre de negocios. —Peg esbozó una sonrisa amarga—. De todos modos, no hay mucho que podamos hacer al respecto. ¿Sabe usted dónde está el chico?

Austin hizo un gesto ambiguo con las manos.

—Corren todo tipo de rumores por Oakland. No creo ni uno sólo de ellos.

Hubo otra pausa. Durante ella, Peg intentó reunir el valor necesario para plantearle una pregunta directa sobre sus propios planes. En aquel momento, viéndole tan cambiado y a la vez, de una manera muy indefinida, mucho más parecido a sí mismo que en los últimos tres años —quizá a causa de que había recobrado su antigua confianza—, se sentía casi convencida de que aquel terrible instante junto a la puerta del bar había sido imaginario.

Sin embargo, su voz seguía vacilante cuando preguntó:

—¿Por qué ha venido aquí, Austin?

—Imagino que he llegado a la misma decisión que usted. O mejor dicho, he sido conducido a ella. Tengo una misión, Peg. No la deseo. ¿Pero qué otra maldita persona hay que pueda llevarla a cabo?

—Nadie —dijo Peg, firme e instantáneamente—. Y hay millones de personas en todo el país que estarán de acuerdo.

Él lanzó una corta y amarga risita.

—Pero ésa es la ironía de todo el asunto Peg. ¿Recuerda usted cuando me preguntó en una ocasión si no me importaba que mi nombre fuera invocado en vano? Bien, sí me importa. ¡Dios mío, me importa! Por ello descubrí finalmente que no podía soportar más esta situación. ¡Yo no soy un trainita!

Peg aguardó a que continuara. Estaba temblando de nuevo pero esta vez por la excitación. Ella esperaba y rogaba desde hacía tanto tiempo para que aquello ocurriera. Estaba mirando más allá de él, al infinito.

—Pero entonces —dijo— Jesús no fue tampoco cristiano, ¿verdad?

El se sobresaltó.

—¿Cree que estoy loco, Peg? Puedo leerlo en su rostro. —Se inclinó gravemente hacia adelante—. Yo también lo creo, la mayor parte del tiempo. Y sin embargo... no puedo estar seguro. Pienso que quizá esté realmente muy cuerdo. Si quiere que le describa lo que me ha ocurrido, voy a decepcionarla. No puede ser descrito, y si no se ve es que no es cierto. Sólo que... bien, en algún lugar debajo de este domo calvo que llevo en la cabeza hay una sensación de certeza. De conocimiento. Como si este sudoroso verano que he pasado apaleando basura me haya enseñado algo que nadie más puede comprender. —Inspiró profundamente—. Peg, creo que puedo ser capaz de salvar el mundo. ¿Me cree?

Ella le miró durante un largo momento.

—Yo... —intentó decir, y descubrió que las siguientes palabras se negaban a salir. Siguió mirándole fijamente. El rostro tranquilo. La boca impasible. Esas extrañas, poco familiares, medias cejas. Esas gafas... ¿estaban allí cuando había visto aquella

luz en sus ojos? Habían parecido fundirse, no estar en absoluto, cuando había mirado directamente a su alma.

Finalmente, con una voz casi inaudible:

—Si alguien puede, tiene que ser usted.

—Bien. —Sonrió gravemente y se echó hacia atrás—. ¿Pero por dónde empezar? He venido a Nueva York porque parecía lo más lógico. Pensé que quizá el show de Petronella Page. Si quieren saber algo de mí.

—¿Que si quieren saber algo de usted? —Peg estuvo a punto de volcar su vaso—. ¡Señor, dejarían a un lado al propio Prexy para hacerle un lugar a Austin Train! ¡Le darían toda la hora del programa, sin anuncios!

—¿Lo cree realmente? —Parpadeó al mirarla con una sorprendente timidez—. He estado alejado tanto tiempo, y...

Ella dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Austin, por el amor del cielo! ¿No se da cuenta de que es usted el hombre más poderoso en este país, precisamente ahora? Piense lo que piense de la gente que se llaman a sí mismo *trainitas*, adoptaron este nombre porque *usted existe*. Todo el mundo que no se puede permitir el pagarse un seguro de asistencia médica está de su lado... ¡negros, blancos, amarillos, viejos! Usted acaba de cruzar los Estados Unidos de oeste a este. ¿Qué ha visto por todas partes, desde Watts hasta Tomkins Square? La calavera y las tibias, ¿no? Y el slogan también... «¡Deteneos, me estáis matando!». ¡Le están esperando, Austin! ¡Le están esperando con la lengua colgando!

—¡Lo sé! —Su tono era casi un grito—. ¡Pero yo no deseo eso!

—Pero lo tiene —dijo ella despiadadamente—. Lo que haga usted con ello es asunto suyo. Voy a decirle algo, de todos modos, y estoy hablando en serio. No sé si puede salvar al mundo, pero estoy condenadamente segura de que si usted no le habla a este país no vamos a pasar el invierno sin tener una guerra civil.

Hubo un largo silencio helado. Él lo puntuó con una sola palabra:

—Sí.

Y la dejó colgando allí.

Finalmente, sin embargo, pareció volver a unirse en una sola pieza, recogiendo los pedazos de lugares muy distantes, y dijo con una voz calmada:

—¿Sabe algo curioso? No puedo recordar el nombre del tipo que dio con ese símbolo.

—¿Qué, la calavera y las tibias? Creí que había sido usted.

—No, fue el maquetista al que le dieron mis libros en International Information. Hizo hacer un logotipo pequeño de él y lo puso junto al número de cada página. Y he olvidado su nombre. No es justo. Toda la fama debería ser para él.

—Quizá él no la quiera —dijo Peg.

—En tal caso simpatizo con él —gruñó Austin, mirando al dorso de sus manos sobre la mesa—. A veces tengo la terrible sensación de que he dejado de ser yo mismo. ¿Puede entenderlo? Quiero decir, como si hubiera cambiado... como si me

hubieran *hecho* cambiar..., convirtiéndome en el santo patrón de los bombardeos, los sabotajes, los incendios premeditados, el asesinato, Dios sabe qué. ¡Quizá incluso las violaciones! Si la calavera y las tibias cruzadas poseen un significado, es el de una advertencia. Como el signo internacional de radiaciones. En vez de ello, cualquiera las traza después de romper la luna de un escaparate en un acceso de embriaguez, o de asaltar un banco, o de robar un coche. Es una excusa para cualquier cosa.

—¿Y qué hay de nuevo en ello? Les ocurrió a las sufragistas en Inglaterra. Cualquier insignificante criminal escribía «Derecho al voto para las mujeres» cuando abandonaba la escena de su crimen. Y la gente lo hacía deliberadamente, también, para desacreditar el movimiento. El Women's Lib recibió una dosis de la misma medicina.

—Creo que tiene razón. —Con aire ausente, estaba trazando sobre la mesa la forma estilizada del símbolo, utilizando el líquido de los redondeles mojados que había ido dejando su vaso. No había posavasos. Los trainitas los habían estigmatizado como un desperdicio de papel, como las toallitas desechables, y éste era uno de los pocos casos en los que habían sido escuchados.

—Sí —prosiguió—, pero si puedo decir algo que me ha vuelto loco es el saber que he sido convertido en una persona que no existe.

—Pero sí existe.

—Creo que sí.

—Entonces muéstrese y pruébalo. —Peg miró su reloj—. ¿Cuándo quiere aparecer en el show de Petronella Page?

—¿Cree realmente que puede arreglarlo?

—¡Se lo digo una y mil veces! ¡Usted ha superado ya el punto en el que tiene que arreglar esas cosas! Usted simplemente pídale.

—Entonces pidamos. —Apuró su vaso—. ¿Dónde hay un teléfono?

GOLPE DIRECTO

Objetivo: Base de misiles de Grand Forks, Dakota del Norte.

Medios: una droga psicomimética introducida en comestibles supuestamente inocuos entregados en casa del mayor Eustace V. Barleyman, uno de los oficiales responsables del grupo de once Minutemen codificados como «Cinco Oeste Dos». La ingirió en una ración de ciruelas en su jugo mientras desayunaba a solas tras su turno de guardia.

Efecto: casi mató a su hijo Henry, de seis años de edad, y a su hija Patricia, de cuatro años.

Sospechosos: cualquier simpatizante tupa con acceso a la comida.

Las implicaciones eran serias.

La ley marcial se extendió como un incendio forestal.

EL ARTÍCULO GENUINO

—¡Cristo, va a ser la mayor audiencia de televisión de toda la historia! ¡El miércoles siguiente al Día del Trabajador^[1], cuando todo el mundo está con los bolsillos vacíos a causa de las vacaciones y se queda en casa! ¡Hay que hacer presión sobre ellos!

—Hacer presión sobre la ABS queda descartado. ¡Maldita sea la estúpida boca de Prexy! ¡Es la primera vez que hemos tenido un presidente con todos los medios de comunicación disparando contra él!

—Entonces haremos presión sobre Train. Esto... es Train ¿no? Ninguno de esos asquerosos sosías suyos.

—Infiernos, sí, todo coincide. Recibimos un informe de Los Angeles hace meses diciendo que estaba trabajando en un equipo de recogida de basuras bajo el nombre de Smith, pero se nos escapó, y después de eso todo fueron pistas falsas. Hemos hecho comprobar las huellas que dejó en su vaso de cerveza, además. Es Train.

—¿Alguna idea del porqué ha elegido este momento para salir de su escondite?

—Debe ser algo grande, es todo lo que sabemos.

—¿Qué podemos considerar como suficientemente grande?

—¿Quizá algo que conduzca a una impugnación contra Prexy?

—Bien, en ese caso... Oh, mierda. Me estás poniendo nervioso.

—No sé si lo estoy haciendo o no, pero no es mi intención. Lo que sí es definitivo es que cuando la ABS empiece con los anuncios previos a su programa, veinte o treinta millones de personas correrán hacia sus televisores esperando que les digan lo que deben hacer. Ahora sé lo que debían sentir los alemanes mientras aguardaban a ver lo que haría Hitler en las elecciones.

—Sí, yo también. Bien, hemos de hacerlo desaparecer ¿no? Ve a Operaciones Especiales y...

—El ya ha pensado en eso.

—¿Qué?

—Ha entregado a la ABS una cinta para ser emitida si él no se presenta al show. No hemos podido tener acceso a ella; está depositada en la caja de seguridad de la ABS en el Manufacturers Hanover. Y si no se presenta al show, puedes estar seguro de que la Page va a sacarle todo el partido a esa cinta.

—Entonces estamos sentados sobre un barril de pólvora.

—Sí.

INSUSCEPTIBLE A RIGUROSO ANÁLISIS

Justicia: La encuesta ha establecido que no había droga psicotomimética en ninguna muestra de Nutripon tomada de los almacenes. No puede haber sido esta sustancia la que causó los disturbios en la planta. Eso ha quedado absolutamente probado, incluso a satisfacción de las Naciones Unidas.

Defensa: Por otra parte, análisis de los alimentos en casa del mayor Barleyman muestran que dicha droga fue introducida en varios artículos. Las características corresponden...

PORCIÓN DE LA TRASCIPCIÓN OMITIDA
ACCESIBLE ÚNICAMENTE A PERSONAL CON AUTORIZACIÓN
DE SEGURIDAD TRES-ESTRELLAS

... capaz de causar trastornos mentales impredecibles y otros efectos secundarios inaceptables. Consecuentemente, se abandonaron los estudios sobre este producto en 1963.

Inteligencia: Es relevante aquí el que varios informadores nos hubieran advertido de una pretendida síntesis de esta sustancia que los tupas proclaman haber descubierto en raciones de ayuda en San Pablo, realizada en La Habana sobre las bases del trabajo de Duval en París.

Sanidad: A lo cual hay que unir el hecho hoy definitivamente establecido de que el momento y lugar de los primeros ataques fulminantes de esa terrible enteritis coincidieron con un viaje efectuado por un delegado comercial extranjero durante las dos semanas anteriores, ostensiblemente para fines de negocio legítimos...

Agricultura: Y nadie podrá hacerme creer que esos malditos jigras adquirieron su inmunidad a un tan amplio espectro de pesticidas sin ninguna ayuda. Ni que una firma importadora responsable y respetada pudiera simplemente no haber detectado la presencia del tipo indeseable de gusanos en tantas de sus expediciones.

Estado: De modo que es obvio que no tenemos que enfrentarnos con la obra de un fanático aislado, como esos raids de globos incendiarios sobre San Diego.

Presidente: Sí, sólo hay una posible conclusión. Dejo a su criterio el decidir si hay que hacer público o no este asunto, pero de todos modos va no podemos tener ninguna duda Los Estados Unidos están siendo atacados.

SEPTIEMBRE

VIOLAMADRES

... Entre vapores y exhalaciones
Que hicieron que lágrimas poco viriles bañaran mis mejillas,
Con rostros negros como de Moros por el tizne, músculos vigorosos,
Los Fundidores me condujeron hacia las profundidades
De la intolerable Oscuridad. Espetaron la Espira del horno
Y sacaron una repentina gota de Fuego
Que atrajo la preciosa Agua de mi cadáver
Y tensó mi Visión con una tan horrible fuerza
Que pareció que abría mis ojos al Sol del trópico
O el rayo traspasaba la impenetrable oscuridad de la Medianoche,
O contemplaba asombrado el poderoso pozo del Hekla.
Me maravillé de cómo el Hombre, con la inteligencia dada por DIOS,
Había dominado el Elemento de la salamandra
Y liberado el Metal del vientre de la montaña
Para hacer para nosotros Sierras, y Cizallas, y útiles Arados,
Espadas para nuestras manos, y Cascos para nuestras cabezas,
El Bisturí del cirujano, vehículo de la Salud,
Y todas nuestras humildes Herramientas para hacernos ricos.

—«De Arte Munificente», siglo xvii.

PUNTO MUERTO

... unánimemente atribuido al miedo a las atrocidades trainitas por los expertos de tráfico de toda la nación. En muchos lugares el control de paso de coches en una hora ha reflejado las cifras más bajas de los últimos treinta años. Aquellos que se han arriesgado a salir en su Día del Trabajador no han encontrado a menudo la acogida que esperaban. En Bar Harbor, Maine, los ciudadanos han formado patrullas de vigilantes para desviar a los conductores de coches a vapor y eléctricos, personas que llevaban alimentos biológicos y otros sospechosos de ser trainitas. Se ha informado de dos víctimas como consecuencia de enfrentamientos entre turistas y residentes. Otras dos muertes se han producido en Milford, Pennsylvania, cuando los clientes de un restaurante, irritados al no conseguir platos relacionados en el menú, prendieron fuego al local con bombas de gasolina. El propietario declaró más tarde que sus suministros se habían visto interrumpidos por los asaltos a los camiones de comida. Comentando el suceso a la orilla de su lago privado en Minnesota, Prexy dijo, cito, Todo hombre tiene derecho a su bistec con patatas fritas, fin de la cita. California: los expertos encargados de evaluar los daños de los morterazos en el Bay Bridge...

CARGADO

—No podemos seguir así —dijo Hugh obstinadamente—. El ambiente está cargado. Cristo, he sido detenido y registrado cuatro veces en dos días.

—¿Y tus papeles de identidad no eran buenos? —restalló Ossie.

—Mierda, ¿si no lo hubieran sido estaría ahora aquí? ¿Pero durante cuánto tiempo más seguirán siéndolo? No Ossie, tenemos que dejar marcharse al chico.

—¡Pero su viejo aún no ha transigido!

—¡Ese asqueroso hijo de puta *nunca* va a transigir! —gritó Carl—. Tiene el complejo de Abraham en su mayor extensión posible.

—Y Hector está enfermo —dijo Kitty. Estaba sorprendentemente sobria—. Apenas ha comido nada en una semana. Y su mierda... ¡uf! Blanda y pestilente. Y chorrea ríos de sudor.

Los otros dos presentes eran Chuck y Tab, los co-conspiradores originales. Ossie apeló a ellos.

—Hugh tiene razón —dijo Chuck. Se rascó con aire ausente la ingle; pulgas y ladillas estaban siendo peores que nunca en toda la Bahía. Tab asintió también.

—Tendremos que dispersarnos si lo soltamos —dijo Ossie tras una pausa. Fruncía el ceño, pero sonaba como si hubiera estado esperando aquella decisión durante mucho tiempo.

—No es necesario —dijo Hugh—. Nos ha visto, seguro, pero no conoce quienes somos ninguno de nosotros. Excepto yo, y éste es mi problema. —Decir aquello le hacía sentirse heroico. Lo había estado ensayando—. Ossie, a ti sólo te conoce como «Austin Train», ¿no?

—¿Has visto que la ABS ha encontrado a Train? —interrumpió Kitty.

—¡Claro que sí! —todos ellos a coro, y Ossie continuó:

—¡Y os digo una cosa! Si ese bastardo no dice las palabras que deben ser dichas, voy a ir a Nueva York aunque sea andando y lo voy a hacer pedacitos. A menos que alguien se me adelante.

—Ajá —dijo Hugh, y volvió al tema—. Bien, conoce los nombres de pila del resto de nosotros, pero hay miles de Hughs y Chucks y Tabs. Y Kittys. Lo siento por el lugar, querida.

Ella se alzó de hombros.

—No hay nada aquí a lo que sienta un apego especial. Puedo meter todo lo que me interesa en una maleta.

—Pero no podemos simplemente ponerlo en la calle y dejar que se marche —dijo Tab, preocupado.

—Cuando esté dormido, simplemente nos vamos —replicó Hugh—. Dejamos la puerta abierta. Cuando quiera, que se vaya.

—¿Y si está demasiado enfermo? —dijo Kitty.

—Mierda, no va a morir en las próximas veinticuatro horas. Nos damos este margen, luego llamamos a los polis para que vengán a buscarle si no ha salido por sus propios pies... Ossie, ¿qué estás haciendo?... Ossie había tomado un bloc de notas y un bolígrafo. Sin alzar la vista, dijo:

—Preparo la nota que le dejaremos. Para defender nuestra postura. Le hemos dado la mejor comida posible, toda de Puritan, ¿no? Y agua del grifo puesto que no ha habido ningún aviso de no beber. Así que si se ha puesto enfermo es debido a los sucios hijos de madre que están jodiendo al mundo, ¿no?

Asentimientos.

—Y puesto que su viejo ama más el dinero que a su propio hijo, ¿no? No ha querido suministrarles purificadores de agua a los necesitados.

—Quizá les ha hecho un favor —dijo Carl.

—¿Qué?

—Allá en Colorado todos se han obstruido a causa de las bacterias. Es todo un escándalo. Están hablando de entablar una demanda contra los fabricantes.

—No mencionaremos eso —dijo Ossie.

Oscuridad. Pero constelada con las brillantes y horribles imágenes de la pesadilla. Le dolía el estómago. Estaba empapado de sudor. Le dolía el pene, le dolía el ano, le dolía el vientre. Gritó pidiendo que viniera alguien.

Nadie respondió.

Se cayó de la cama al intentar ponerse de pie, golpeándose la cadera y el codo izquierdo. Vacilando hacia la puerta para golpearla, tropezó con el orinal y esparció la orina y los excrementos líquidos sobre sus pies.

La puerta se abrió por sí misma al primer golpe. Estaba demasiado atontado como para darse cuenta de lo que ocurría: golpeó de nuevo. Sus puños batieron el aire. Cayó hacia adelante, llorando y gimiendo. Más allá había una habitación con el suelo cubierto por colchones sucios. Entraba algo de luz de una farola de la calle. El cielo estaba oscuro. Era la primera vez en toda una eternidad que veía el cielo.

Gritó de nuevo, roncamente, y el mundo se tambaleó. Tenía fiebre, estaba seguro de ello. Y le dolía todo. Y el interior de sus calzoncillos estaba asquerosamente sucio, por delante y por detrás. Un infierno. Aquello era un infierno. ¡El mundo debería ser limpio, agradable, puro!

Cada vez más débil, se arrastró gimiendo hasta la puerta delantera del apartamento y la encontró abierta también, avanzó hacia las escaleras, las bajó, dos o tres peldaños de golpe cada vez. Abajo un sucio vestíbulo, donde seguramente los niños, y también los adultos se habían orinado más de una vez. Como chapotear en una cloaca. Pero lo hizo hasta llegar a la puerta de la calle. Se tensó para alcanzar el

pestillo. Detrás había otro escalón. Lo bajó también, casi cayéndose, y se encontró en medio de la acera, gritando:

—¡Soy Hector Bamberley! ¡Ayúdenme! ¡Hay una recompensa! ¡Mi padre les dará una recompensa!

Pero los chicos drogados o locos eran algo común, y todo el mundo sabía que Roland Bamberley se había negado categóricamente a dar ninguna recompensa por su hijo, por miedo de que fueran los propios raptos quienes la cobraran. Tuvo que pasar más de una hora antes de que uno de los raros transeúntes se lo tomara en serio, y por aquel entonces había caído ya en el delirio.

Además, el aire lo había privado de su voz en unos pocos minutos, y era difícil entender lo que estaba diciendo entre los accesos de tos y los vómitos.

—¿Y bien doctor? —Más delgado que su hermano mayor Jacob, dedicado al ejercicio y a la poca vida al aire libre que era posible hoy en día debido a que se sentía orgulloso de su fuerte y correoso aspecto de pionero del oeste, Roland Bamberley se dirigió al hombre con el rostro cubierto por una mascarilla aséptica que salía del pabellón del hospital.

El doctor, quitándose la mascarilla, se pasó una cansada mano por la frente. Dijo:

—Bien...

—¡Dígame! —Austero, como un patriarca seguro de su convicción de que Dios aprobaba su proceder.

—Es una larga lista —dijo el doctor, y se sentó, tomando un bloc de notas del bolsillo de su bata blanca—. Ha tenido un par de intervalos de lucidez, pero la mayor parte del tiempo ha estado... esto... divagando. Déjeme ver... Oh, sí. Dice que ha sido bien alimentado. Dice que los secuestradores no le han dado nada excepto productos de Puritan, y que siempre se quejaban de lo caros que les resultaban. Le daban regularmente desayuno, comida y cena. Pero tuvo que beber agua del grifo. Directamente agua del grifo.

—¿Y? —Ninguna emoción detectable.

—Tiene una hepatitis. Aguda. Tiene fiebre alta, casi treinta y nueve. También una violenta diarrea, enteritis o disentería imagino, aunque deberemos esperar los cultivos de sus heces para asegurarnos. Eso es lo más importante.

—¿Y el resto?

Era una orden. El doctor suspiró y se humedeció los labios.

—Bien... Una afección cutánea. Menor. Impétigo. Es endémica por aquellos barrios. Uno de sus ojos está un poco inflamado, probablemente conjuntivitis. Es endémico también. Y su lengua está llena de manchas e hinchada... parece moniliasis. Una enfermedad debida a unos hongos. Lo que ellos llaman afta. Y por supuesto está lleno de pulgas y de piojos.

La máscara de autocontrol de Roland Bamberley se desmenuzó como una capa de hielo bajo presión.

—¿Pulgas? —jadeó—. ¿Piojos?

El doctor lo miró con una curva irónica en su boca.

—Exactamente. Hubiera sido un milagro que escapara de ellos. Cerca de un treinta por ciento de los edificios del centro de la ciudad están infestados. Son inmunes a los insecticidas, incluso a los ilegales. Imagino que las enteritis y las hepatitis van a mostrarse pronto resistentes a los antibióticos también. Normalmente ya empiezan a serlo hoy en día.

Las mejillas de Bamberley estaban grises.

—¿Alguna otra cosa? —dijo, con la tensa voz de un hombre buscando una excusa para iniciar una pelea, deseando ser pinchado una vez más para poder achacarla a su temperamento.

El doctor vaciló.

—¡Adelante, dígamelo! —Como una lima raspando contra madera dura.

—Muy bien. También tiene gonorrea, muy avanzada, y si es eso está a punto de tener NSU, y si tiene ambas cosas entonces lo más probable es que tenga sífilis. Aunque para estar seguros hemos de esperar al Wassermann.

Hubo un largo silencio. Finalmente Bamberley dijo:

—Pero tienen que haber sido peor que animales. La gente no puede vivir así.

—Tienen que vivir así —dijo el doctor—. No se les ha dado otra elección.

—¡Mentira! ¿Pulgas? ¿Piojos? ¿Enfermedades venéreas? ¡Por supuesto que tienen otra elección! —ladró Bamberley.

El doctor se alzó de hombros. No era buena política discutir con un hombre tan rico como aquel. Desde que su hermano Jacob había muerto era inconcebiblemente rico. Era el heredero de todos sus bienes. Los hijos adoptivos de Jacob no eran elegibles.

Tampoco Maud.

—¿Puedo verle? —dijo Bamberley tras un rato.

—No, señor. Son órdenes médicas. Le hemos administrado sedantes para que duerma, y debemos dejarle descansar al menos durante veinticuatro horas. La combinación de medicamentos que hemos debido administrarle podría... esto... perturbar además sus facultades de razonamiento.

—Pero los antibióticos... —Bamberley husmeó, como un perro de caza siguiendo un nuevo rastro. Dijo, suspicazmente—: Hay algo más. Usted no me lo ha dicho todo.

—¡Oh, infiernos! —El doctor perdió finalmente la paciencia. Llevaba tres horas ininterrumpidas con el chico—. ¡Sí, señor Bamberley! ¡Claro que hay más! Usted lo crió en ese medio ambiente prácticamente gnotobiótico... ¡no posee ninguna de las inmunidades naturales corrientes! ¡Tiene las amígdalas inflamadas! ¡Faringitis! ¡Alergias causadas por la mierda que Puritan vende con la etiqueta de «alimentos apuros»! ¡Rasguños que se han vuelto sépticos, forúnculos en el ano llenos de

hediondo pus! ¡Exactamente lo mismo que tiene *todo el mundo* que vive en las condiciones en que él ha estado viviendo durante los dos últimos meses, sólo que más pronunciado!

—¿Todo el mundo? —cortante; peligroso.

—¡Exactamente, todo el mundo! Creo que eso es lo que querían probar los secuestradores.

En el mismo momento en que las palabras surgían de su boca supo que había ido demasiado lejos. Bamberley saltó sobre sus pies.

—¡Usted simpatiza con esos demonios! ¡No lo niegue!

—Yo no he dicho que...

—¡Pero eso es lo que piensa! —un rugido—. ¡Bien, puede tomar sus sucias ideas trainitas y llevárselas a algún otro lugar!

El doctor dudó apenas un instante entre decir lo que tenía en la cabeza y limpiar su conciencia o conservar su sueldo y multiplicar sus ahorros. Estaba planeando trasladarse a Nueva Zelanda.

—No pretendía ofenderle —dijo con voz conciliadora—. Sólo hacerle ver que su hijo no sufre de nada... bien... extraordinario. No ha sido golpeado, ni ha pasado hambre, ni lo han torturado. Se recuperará.

Sospechando ironía, Bamberley lo miró coléricamente. Dijo:

—¿Ha dicho algo de los secuestradores?

—En realidad nada —suspiró el doctor.

—Usted me está ocultando algo. Estoy acostumbrado a tratar con la gente... puedo verlo.

—Bien... —el doctor tuvo que volver a humedecerse los labios—. Bien, ha mencionado a esa chica Kitty, por supuesto. Obviamente, el chico ya no es virgen.

—¡Gracias a una puta cualquiera que le ha transmitido la gono!

—Bueno, señor, él tiene que haber cooperado. Quiero decir, es difícil violar a un chico, ¿no cree?

—¿Está usted seguro de que no fue violado? —rechinó Bamberley.

—¿Qué? ¡Oh! —Por un instante el doctor pensó que no iba a poder contener su sonrisa—. No, puede estar seguro de que no ha sido víctima de ningún asalto homosexual.

—¡Me lo hubieran pagado caro esos bastardos! —Bamberley consultó su reloj—. ¿Qué otra cosa ha dicho desde que lo trajeron aquí? ¡Vamos, adelante! La policía llegará apenas terminen de registrar el sitio donde estuvo encerrado, y entonces se verá obligado a hablar lo quiera o no, ¿entiende?

—Bien, dijo algo... —murmuró el doctor, reluciente.

—¡Dígalo de una vez, maldita sea!

—Bien, ha estado diciendo, una y otra vez, que había sido secuestrado por Austin Train. —El doctor agitó la cabeza—. No lo creo. Supongo que debe ser cosa del delirio.

UN TOQUE DE ÉNFASIS

Por supuesto todo el mundo conoce la maravillosa ayuda que proporciona Lenabix en las dietas de adelgazamiento, con su equilibrada combinación de nutrientes esenciales saludables vitaminas, y tranquilizantes especialmente seleccionados. ¿Pero se le ha ocurrido pensar que es también la respuesta perfecta a la pregunta que se hacen cada vez más amas de casa sin un problema de peso? «¿Qué puedo tener para las raras ocasiones en que mi despensa está vacía, teniendo en cuenta que dispongo de un presupuesto limitado?». Sí, la respuesta tiene que ser... ¡Lenabix! Ofrece un valor nutritivo tan alto y tal cantidad de vitaminas, y, lo que es mejor, puede confiar tanto en él para calmar a ese niño que se despierta por la noche pidiendo de comer. Lenabix hará que su hijo vuelva a sumirse inmediatamente en un sueño tranquilo y relajante. ¿Y qué le parece un poco de Lenabix para usted mientras está haciendo el trabajo de su casa? ¡Lenabix!

MIS ENEMIGOS SON PUESTOS EN MIS MANOS

¡Oh maravilloso! ¡Extraordinario, terrible, fantástico, enorme! Petronella Page notaba que le faltaban superlativos para describir la situación. Y había estado tan a punto de dejar perder la ocasión: una llamada telefónica en el automático que casi iba a dejar sin responder porque se sentía tan furiosa ante el nuevo registro de su apartamento... otro registro casa por casa el tercero en un mes. ¡Cristo, una pensaba que irían a buscar a los trainitas allá donde vivían, en los barrios miserables!

Y entonces había cambiado de opinión porque el nombre de Peg Mankiewicz le sonaba de algo, y ¡huau! ¡El auténtico Austin Train! Un hombre al que la nación —el mundo entero— deseaba oír sobre todas las demás cosas, que había permanecido oculto durante cuarenta meses, y que había elegido su show para romper finalmente su silencio. El departamento de documentación había sacado esa cifra evocadora, cuarenta, y era exacta, y gracias a sus asociaciones bíblicas estaba llena pero llena de implicaciones. Cuarenta días habían cubierto las aguas la superficie de la Tierra, cuarenta días en el desierto tentado por Satán...

—¡Alguien va a pensar que tienes a Jesucristo en tu programa! —había dicho Ian Farley en un momento determinado, durante las frenéticas discusiones preliminares a la emisión.

—Sí.

Lo cual le había hecho enmudecer definitivamente. Bien, era cierto que los equipos de crucifixión estaban ya preparados y con el papel bien aprendido, ¿no? Pero ella no iba a dejar que el tipo fuera crucificado a la primera ocasión. Ian había esperado que sí lo hiciera, y le había tomado dos días convencerle de lo contrario, y explicarles el porqué a los Grandes Jefes que había tras él. La crucifixión sería para el *segundo* programa... ¿acaso nadie ha oído hablar nunca del Derecho de Réplica?

¡E iba a haber mucha gente dispuesta a exigirlo!

Nunca en toda su historia había prodigado la ABS tantas atenciones hacia un solo invitado. No al menos por lo que recordaba Petronella. Pero era esencial que el show fuera emitido. Habían pedido a la unidad de sondeos de audiencia que respondieran a dos preguntas: cuánta gente iba a ver el primer programa porque habían oído que Train iba a aparecer en él, y cuánta iba a ver el segundo programa porque había visto el primero o porque se lo había perdido.

En ambos casos, la respuesta fue increíble: sesenta millones.

Naturalmente, las amenazas habían empezado a llover a los pocos minutos del primer anuncio. Se escalonaban de la rutinaria amenaza de bomba hasta el aviso de que el estudio iba a ser ocupado por voluntarios armados que convertirían el show en un tribunal sumarísimo que juzgaría a Austin Train por traición. De modo que, previendo emergencias, habían alertado a todos los estudios locales que controlaban dentro de un radio de ochocientos kilómetros, y establecido conexiones extra de emergencia con sus emisoras principales, de modo que media hora antes de la emisión dispusieran a varias opciones entre las que poder elegir si era necesario. Luego prepararon el auténtico show —Train había rechazado la idea de grabarlo con anterioridad— en un lugar que nunca antes habían utilizado, un viejo teatro abandonado que habían adquirido para ensayos y que de todos modos estaba previsto equipar antes del otoño. Ni siquiera los técnicos que instalaban micros y cables pensaban que aquel lugar fuera a utilizarse para la crucial transmisión. Sólo sabían que estaban recibiendo buenas dietas por trabajar rápido.

Pero no había tampoco muchos especialistas de su campo por aquellos días.

—Sesenta millones, ¿eh? No me sorprende —dijo Train, y no era vanidad. Tenía bases razonables. Sentado junto a Petronella en el ático de alta seguridad donde los Grandes Jefes habían insistido en instalarle inmediatamente (con gastos a su cargo) cuando habían sabido que se alojaba en el mismo piojoso hotel que Peg Mankiewicz. Ella estaba tras él y ligeramente desplazada a un lado, casi literalmente en el mismo lugar que había ocupado cuando Petronella fue a verles la primera vez. Como un guardaespaldas. No una amante; la ABS había verificado que ella dormía sola, y él también. No era sorprendente, había pensado Petronella una o dos veces. Se había sentido desanimada cuando había visto el aspecto actual del hombre, calvo y con esas horribles cicatrices en su cuero cabelludo. Además, encontraba repelente su pose como de estatua. Austin apenas movía ni siquiera sus manos cuando hablaba, y se negaba a tocar el tabaco o la marihuana o el khat, nada que fuera más fuerte que la cerveza o el vino, o incluso muy poco de esos.

Peg era extremadamente atractiva. Pero los investigadores de la ABS decían que era muy puritana.

Lástima. Petronella volvió su atención a lo que Train estaba diciendo.

—Hubiera sido diferente hace algunos años. Una tal cantidad de audiencia hubiera sido movilizada tan sólo por un acontecimiento de gran interés público, como un aterrizaje en la Luna o el funeral de una celebridad que hubiera sido asesinada. Pero ahora, por supuesto, la gente sale tan poco. En las ciudades, porque es peligroso; en el campo, porque... bien, ¿adónde ir? El regreso al puritanismo ha cerrado la mitad de los cines y la mayoría de los autocines, particularmente donde eran un centro social importante, y gracias al temor a la carestía la gente ya no hace la compra más que una vez por semana porque tienen suficiente en su casa como para resistir un

asedio. Sí, para mucha gente la televisión es hoy su único contacto con el mundo más allá de su trabajo diario.

Ah. Esto podía llevarles a la cuestión de la ley y el orden. Petronella preparó su anzuelo y lo lanzó, y recibió su recompensa.

—Pero la policía anima a la gente a tener miedo de ella... en algunos casos más miedo del que sienten hacia los criminales. Los más inteligentes de entre los jóvenes se acostumbran a volver pronto a casa y crecen con esta costumbre. Recientemente, por ejemplo, he visto una gigantesca redada de todos los hombres de menos de treinta años en una zona de doce manzanas en Oakland. La mayoría de ellos pasaron la noche en una celda. No es extraño que haya doce ciudades bajo la ley marcial.

—Pero si están buscando a los que eluden el servicio militar, que por definición son también criminales...

—Más exactamente revolucionarios, sean conscientes de ello o no. Nuestra sociedad crea criminales, del mismo modo que la sangre de una oveja alimenta a las garrapatas que lleva en su lomo; evidentemente, a menudo descubren pasado un cierto tiempo que es más provechoso someterse que resistir. El dinero acumulado por los contrabandistas de licores en los tiempos de la prohibición financia ahora a Puritan, por ejemplo, del mismo modo que las fortunas conseguidas con la piratería ennoblecieron a muchas famosas familias inglesas. Pero los que se niegan a cumplir el servicio militar han optado por ponerse en contra de un sistema que ha demostrado a la vez disminuir al individuo y degradar su medio ambiente.

Yum.

—Sin embargo, los hombres que se niegan a entrenarse para la defensa de su país...

—No, no es a eso a lo que entrena un ejército.

Ella dejó que la interrumpiera. Ese era un invitado al que no habría que interrogar; dejemos que se condene por su propia boca. El mismo haría el trabajo mejor de lo que ella hubiera podido soñar nunca.

—Es natural que un hombre defienda lo que más quiere: su propia vida, su hogar, su familia. Pero para hacer que luche en beneficio de sus gobernantes, los ricos y poderosos que son demasiado listos como para luchar en sus propias batallas, en pocas palabras no para defenderse a sí mismo sino para defender a una gente a la que nunca ha conocido y que además no aceptaría permanecer en la misma habitación que él, debes condicionarlo para que ame la violencia no por los beneficios que reporta sino por sí misma. Resultado: la sociedad debe defenderse ella misma de sus defensores, porque lo que es admirable en tiempo de guerra es considerado psicopático en tiempo de paz. Es más fácil desmoronar a un hombre que reconstruirlo. Pregunte a cualquier psicoterapeuta. Y eche un vistazo a las cifras de criminalidad entre veteranos.

Petronella estaba exultante. Hasta aquí, si eso era un ejemplo de lo que pensaba decir durante el auténtico show, había conseguido ya enemistar a los dos principales

partidos políticos, el Ejército, todas las organizaciones de antiguos combatientes excepto los corazones sangrantes de la Doble-V, todos los intereses de los grandes negocios, y la policía, junto con todas las personas que confiaban en ellos. (Y posiblemente Puritan, uno de sus patrocinadores... pero la mayoría de la gente del Sindicato que ella conocía se sentían más bien orgullosos de sus románticos orígenes de gangsters y no les importaba que se supiera).

¡Oh, sí! Aquello iba a ser S*E*N*S*A*C*I*O*N*A*L*. Ya casi podía ver los grandes titulares azules y rojos que iban a aparecer al día siguiente.

Memo para sí misma: instalar líneas telefónicas extra y contratar telefonistas suplementarias para atender todas las llamadas.

—Pero —lo aguijoneó—, ¿qué es lo que les ha hecho usted a la gente que se llama a sí misma trainitas, que matan y hacen volar cosas y generalmente se comportan como su descripción de un ejército, una horda de locos?

—Nada. No soy más responsable de las acciones de los trainitas que Jesús del comportamiento de los cristianos sobre los cuales Pablo de Tarso proyectó sus neurosis personales.

A añadir las iglesias a la lista de gente ofendida. ¡Sigue adelante, muchacho!

—Así, ¿no aprueba usted sus sabotajes e incendios?

—Lo que no apruebo es la situación que ha conducido a la gente a medidas tan desesperadas. Existe, sin embargo, lo que se llama cólera legítima.

—¿Cree usted que su cólera es legítima, cuando todo lo que podemos entrever tras ella es la anarquía, el nihilismo, un mundo en el que la mano de cada hombre está vuelta contra su hermano?

—No contra su hermano. El hombre que está siendo envenenado por los aditivos que la Universal Mills pone en su comida sabe quién es su hermano... un desconocido, muriéndose de hambre en África porque una estúpida guerra ha destruido su campo de maíz. El hermano del hombre que tiene que gastarse la mitad de lo que gana en el tratamiento de un hijo que ha nacido deforme es el campesino de Laos cuya esposa murió al abortar un feto inviable. No, no contra su hermano. Contra los enemigos de su especie. Si resulta que también son humanos... bien, eso es lamentable. ¿Acaso una célula cancerosa en tu pulmón o en tu hígado debe ser bien recibida porque es un tejido fabricado por tu propio cuerpo?

Aquello, inesperadamente, le impresionó. Siempre había tenido miedo al cáncer. Entre las razones por las que nunca se había casado estaba su pensamiento de que el embarazo era una especie de crecimiento maligno, un organismo independiente e incontrolable en su vientre. Habló secamente para apartar esos pensamientos.

—Entonces usted preconiza la violencia como una operación quirúrgica.

—La gente que la trajo en primer lugar no tiene más derecho a objetarla que un fumador empedernido el de objetar el cáncer o la bronquitis.

—Diría que tienen tanto derecho a objetarla como alguien a quien se le ha prometido cirugía y descubre que es el carnicero local quien está realizando el trabajo

—replicó Petronella, complacida de su imagen—. Cortando un brazo por aquí, una pierna, un seno... —¡mejor no decir eso último en el show!— y dejando al paciente impedido... A menos que alguien pueda ofrecer una alternativa superior, no tiene derecho a interferir.

—Pero hay alternativas superiores —dijo Austin Train.

Bajo aquellas curiosas cejas abreviadas, unos agudos ojos marrones la miraron fijamente. De pronto la habitación pareció retroceder a una gran distancia.

Por supuesto, ella lo había visto en persona —en una importante conferencia académica donde había sido uno de los oradores— y repetidamente en televisión, durante su etapa anterior de notoriedad. Pese a su calvicie, había estado segura de que no era un impostor mucho antes de que los investigadores de la ABS se las arreglaran para obtener subrepticamente sus huellas dactilares y las comprobaran con los archivos del FBI... en otras palabras, consiguieran sobornar a la persona adecuada. Lo recordaba como un orador enérgico e ingenioso, fácil de palabra y con una voz penetrante. En una ocasión, por ejemplo, había aniquilado a un portavoz de la industria de pesticidas con una observación que la gente aún repetía en las reuniones: «Y supongo que el octavo día Dios lo llamó a usted y le dijo: “He cambiado de opinión con respecto a los insectos”».

Ahora había confirmado esa lejana impresión. Miles de personas, sin embargo, podían ser a la vez persuasivas e insultantes, y si resultaba que había dedicado todo su show a un hombre que no era más que...

Y entonces, repentinamente, fue como si a través de aquellos ojos oscuros se cerrara un circuito eléctrico. Se sintió fascinada. Fascinada como un pájaro por una serpiente. Más tarde no podría recordar los detalles de lo que él dijo. Recordó tan sólo que se había sentido absorbida, raptada, perdida, durante más de diez minutos del reloj. Había percibido imágenes conjuradas por un pasado muerto: una mano agitando las aguas de un claro río, deliciosamente irías, mientras el sol sonreía allá arriba y una bandada de pequeños pececillos se escurría entre sus dedos; la crujiente carne de una manzana en sazón recién cogida del árbol, tan jugosa que su zumo le resbalaba por la barbilla; hierba entre los dedos desnudos de sus pies, tallos tan elásticos que parecían no hundirse bajo el peso de sus plantas sino hacerla llorar, como en un sueño, al ralentí, transportada instantáneamente a la Luna; el cielo occidental pintado con enormes brochazos de rojo bajo el brillante azul acero de las nubes, y las estrellas encendiéndose una a una en la oscuridad del este; el viento agitando suavemente su cabello y rozando sus mejillas, trayéndole el perfume de las flores, inundándola de pétalos; la nieve fría en su palma mientras la moldeaba formando una bola; su risa resonando en los oscuros parajes transitados sólo por los enamorados, no por los bandidos y los atracadores; la mantequilla como un lingote de blando oro; el océano salpicándola de espuma como el filo de un hacha; con la misma sensación de seguridad, siempre que uno supiera utilizarlo correctamente; redondos guijarros policromos junto a un estanque; lluvia que podía penetrar en una boca

abierta, destilando el sabor de un continente de aire... Y debajo de todo ello, y a través de todo ello, y dentro de todo ello, y en torno a todo ello, una convicción: «¡Puede hacerse algo para recuperarlo!».

Estaba llorando. Pequeñas lágrimas como hormigas le picoteaban resbalando por sus mejillas. Dijo, cuando se dio cuenta de que se había quedado callada:

—¡Pero yo nunca conocí eso! ¡Absolutamente nada de eso! ¡Yo nací y me crié aquí, en Nueva York!

—¿Pero no cree que debería haberlo conocido? —inquirió suavemente Austin Train.

Petronella se despertó la mañana del show —o mejor, la tarde, ya que su jornada estaba desplazada— con los músculos de sus mejillas tensos hasta el límite del agarrotamiento, había sonreído tanto y tan intensamente en su sueño.

Entonces todo se derrumbó sobre ella: lo que esperaban de ella esta noche.

Se sentó, temerosa de regresar a esos sueños tentadores, a ese otro mundo imposible donde el suelo estaba limpio y los árboles eran verdes y el sol brillaba intenso tras una lluvia de agua pura. Buscó un cigarrillo en la mesilla de noche para alejar aquellos pensamientos, y en vez de encenderlo empezó a darle vueltas una y otra vez entre sus dedos, frunciendo el ceño.

El mundo de hoy estaba aún allí: el aire de las calles de Manhattan que una respiraba bajo su propia responsabilidad, la comida de las tiendas de Manhattan que era más seguro no comprar, la lluvia del cielo de Manhattan que arruinaba un traje nuevo en un momento y hacía que las tintorerías estuvieran desbordadas de trabajo en los días húmedos, el ruido, la precipitación, y de tanto en tanto un bang... un avión supersónico sobrevolando Kennedy, un saboteador vengándose de un edificio, un policía intentando detener a un sospechoso que huía.

Infiernos, se había dejado persuadir. Ese otro mundo nunca podía haber existido. Era simplemente un sueño de opio del paraíso.

Pensó que si la imaginación de Train podía conjurar tal tipo de visiones, no era sorprendente que no quisiera tocar ninguna droga.

No las necesitaba.

Finalmente descolgó el teléfono y llamó a Ian Farley, y dijo:

—¡Hey, Ian, muchacho! He estado pensando. La gente que necesitamos para el segundo show, la crucifixión...

Pero, pese a todo, la visión seguía atormentándola. Mientras se desvanecía el eco de su saludo habitual: «¡Hola mundo!», y los anuncios estrella de sus patrocinadores surgían en el monitor, los miró sin su orgullo acostumbrado. ¿Mascarillas filtro? Evolucionamos en este planeta; ¿por qué debemos filtrar este aire antes de llenar con él nuestros pulmones? ¿Coches a vapor? ¿Por qué coches, simplemente? El suelo está ahí para que caminemos sobre él. Un hombre, un atleta de Inglaterra, había cruzado Norteamérica a pie para demostrar que podía hacerse, así, mientras grupos de gente protestaban... por algo. (Había ocurrido hacía años y había olvidado la razón. Seguramente tenía algo que ver con una guerra que había sido abortada).

Y Puritan. Estaba preocupada por esa cuenta. Train había dicho a su sencilla manera dogmática que los trainitas iban a arruinarla. Podía ser una buena política disociarse de Puritan... aunque no hasta que el contrato en vigor hubiera expirado. El Sindicato podía ser brutal.

Había deseado entrevistar a alguien del wat de Denver que había sido quemado. Por supuesto, con Puritan como uno de los patrocinadores, no había podido hacerlo...

¡Y hubiera debido ser capaz! Repentinamente, en el espacio de menos de un minuto, alteró todas sus decisiones acerca de cómo manejar el show de esta noche. El había venido a ocupar su lugar al lado de ella, sobriamente vestido de verde... bien, eso era de ley, ¿no? Y ella llevaba un traje azul cielo y blanco. Todo armónico, pequeña. Y el fondo: un paisaje de montañas con las cimas coronadas de nieve para el primer set, luego una enorme playa flanqueada de palmeras, luego un bosque, luego un ondulante campo de trigo...

¡Correcto! Al infierno con el equipo crucificador. Su turno podía venir después. Mucho después. Quiero saber si este carisma suyo pasará a través del televisor.

Porque nunca voy a tener otra oportunidad de descubrirlo.

Se sintió instantáneamente calmada, con un control absoluto sobre sí misma, cuando hacía unos momentos había estado más nerviosa que la primera vez que le habían confiado su propio show. Alzó la vista, no a la telecámara, sino al público, preguntándose cómo iban a reaccionar. Sólo el cielo sabía cuántos invitados distinguidos había allí esta noche: en cada hilera creía reconocer una docena de rostros, estrellas de la propia ABS, varios ejecutivos importantes de la red, todo el grupo Body English que estaba actualmente en el número uno de la lista de éxitos, la Gran Mamá Prescott que estaba en el número tres, una pareja de catedráticos, un autor, un director de cine, un fotógrafo de moda, un psicoanalista, un corredor olímpico, la *call-girl* mejor pagada de Nueva York...

Deseó frotarse las manos mientras pensaba en la gran masa de espectadores al otro lado del ojo de la cámara, apiñados ante sus aparatos de televisión por la doble compulsión de treinta anuncios al día durante la última semana y la falta de dinero a nivel nacional que seguía siempre al Día del Trabajador.

Una inspiración, no demasiado profunda, porque la simple introducción que había planeado consistía sólo en dos palabras: «¡Austin Train!».

Y...

Como una herida física. Como una puñalada penetrando en su espalda justo debajo de su omoplato y clavándose en su corazón. Algo iba mal. Algo estaba ocurriendo en el estudio a plena vista de ¿cuántos millones? ¡Los guardias de la emisora! ¿Dónde diablos están esos guardias de la emisora? ¿Cómo han dejado pasar a esos tres hombres, que están recorriendo ahora el pasillo atrayendo la atención de todos? Uno vestido de negro, otro de gris, otro de azul.

Se separaron, el de negro dirigiéndose a la derecha, el de gris a la izquierda, el jefe de azul avanzando estólidamente hacia ella, llevando en su mano una gran hoja de papel blanco con algo escrito en ella.

Y hablo, antes de que ella pudiera hacerlo.

—¿Austin Train?

—¿Qué? —susurró ella, anonadada por la interrupción, incapaz de utilizar siquiera el micro en el respaldo de su asiento para llamar a Ian Farley.

—Soy agente del *Federal Bureau of Investigation* —dijo el hombre. Tenía una hermosa voz; alcanzaba directamente los micrófonos frente a Petronella y Austin, que estaban conectados a la gran masa de telespectadores atentos a la pantalla—. Esta es una orden de arresto bajo las acusaciones de complicidad en el secuestro de Hector Rufus Bamberley, un menor, y de conspiración para privarlo de sus derechos civiles, específicamente de su libertad personal y de su buena salud, en cuyo aspecto coadyuvó usted a que contrajera infecciones tales como... —envarándose un poco, consciente de que algunas de las palabras que tenía que pronunciar no eran comunes en televisión—... hepatitis, sífilis, gonorrea y otras enfermedades peligrosas. Lamento interrumpir su *show*, señorita Page, pero se me ha ordenado que ejecute este arresto. ¿Señorita Page...?

—Me temo que la señorita Page se ha desvanecido —dijo Austin, levantándose y ofreciendo sus muñecas a las esposas.

Más tarde, cuando ella se hubo recuperado, Ian Farley dijo furioso:

—¡Secuestrador! ¡Torturador! ¡Dios sabe qué otras cosas... asesino quizá! ¡Y tú pensabas hacer un héroe de él! ¡No lo niegues! ¡Lo pude ver en tus ojos!

SOLO POR CITAR UNOS POCOS

Opaco y pálido como un papel tisú, el cielo colgaba sobre América.

Por todas partes, las voces de la gente decían con tonos dubitativos:

—¡Pero antes las cosas no eran así, ¿verdad?!

Y otros replicaban con desprecio:

—¡No me vengas con esos cuentos acerca de los Buenos Viejos Tiempos!

Los censores intelectuales reescribiendo la historia, no a través de cristales de color rosa sino a través de cristales de color gris.

Leyendo, por decirlo así, de arriba abajo:

Satélites muertos.

Primeras y segundas fases de cohetes desechadas, principalmente segundas.

Fragmentos de vehículos que estallaron en órbita.

Material experimental, por ejemplo agujas reflexivas de cobre.

Residuos de combustión de cohetes.

Sustancias experimentales destinadas a reaccionar con el ozono estratosférico, por ejemplo sodio.

Lluvias radioactivas muy ligeras.

CO₂.

Gases de escape de aviones.

Lluvias radiactivas medias.

Compuestos precipitadores de la lluvia.

Humos.

Anhídrido sulfuroso.

Alquilos de plomo.

Mercaptanes y otros malos olores.

Gases de escape de coches.

Gases de escape de locomotoras.

Más humos.

Lluvias radioactivas locales.

Productos de pruebas nucleares subterráneas accidentalmente arrastrados por los vientos.

Flúor oceánico.

Ácido nítrico.
Ácido sulfúrico.
Aguas fecales.
Efluentes industriales.
Detergentes.
Selenio y cadmio de explotaciones mineras.
Humos de los incineradores de basuras quemando plástico.
Nitratos, fosfatos, compuestos fungicidas de mercurio de los «abonos compactados».
Petróleo.
Insecticidas derivados del petróleo.
Defoliantes y herbicidas.
Sustancias radioactivas procedentes de mantos acuíferos contaminados por explosiones subterráneas, principalmente tritio.
Plomo, arsénico, residuos de pozos petrolíferos, cenizas volantes, asbesto.
Polietileno, poliestireno, poliuretano, cristal, latas de conserva.
Nylon, dracon, rayon, terylene, styrene, orlon, otras fibras artificiales.
Chatarra.
Basura.
Hormigón y cemento.
Una gran cantidad de radiaciones de onda corta.
Carcinógenos, teratógenos y mutágenos.
Venenos sinérgicos.
Hormonas, antibióticos, aditivos, medicamentos.
Drogas.
Solanina, ácido oxálico, cafeína, cianuro, miristicina, aminas vasoconstrictoras, sulfato de cobre, dihidrocalcones, naringina, cornezuelo.
Botulina.
Gas mostaza, cloro, lewisita, fosgeno, ácido prúsico.
T, Q, GA, GB, GD, GE, GF, VE, VX, CA, CN, CS, DM, PL, BW, BZ.
CO.

... sólo por citar unos pocos.

CUADRO SINÓPTICO

Philip Mason en su oficina de las Empresas Prosser: abrumado por un trabajo que le ha ocupado todo el fin de semana, sólo para ponerse al corriente, pero preocupado desde hace unos días con ese leve pero persistente dolor en las articulaciones, especialmente las rodillas y tobillos. Al borde de su consciencia un fragmento de información recogida durante su lucha contra la gonorrea: entre los síntomas menores está el dolor en las articulaciones.

Pero Doug me ha dicho que estaba completamente curado. Que no sea, por favor, ¡que no sea artritis! ¿A los treinta y dos años? (Bueno, a punto de cumplir los treinta y tres...).

—Hermanos y hermanas, nos hemos reunido aquí bajo la mirada del Señor y la presencia de nuestros amigos para llorar por el óbito de Thich Van Quo, que muchos de vosotros conocíais como Thad. Aunque, pese a no ser culpa suya, se vio tan dolorosamente afligido en su cuerpo, siempre se hizo querido de todos nosotros por su amabilidad, su bondad y su abnegado espíritu. Esperábamos que se quedara mucho tiempo más con nosotros, pero no ha podido ser así.

Oh, mierda, otro guardia de la puerta que ha caído enfermo. ¿Cuál de ellos esta vez, y de qué se queja? (No es que eso importe mucho. Lo más probable una resaca, como siempre).

—¿Es usted la señora Laura Vincent? Siéntese, por favor. Bien, como seguramente sabrá, hay una ordenanza en el Estado de Nevada que requiere que cualquier persona contra quien se presente una denuncia por transmisión de alguna enfermedad venérea debe ser obligatoriamente hospitalizada, y en su caso lamento tener que decirle que hay cinco.

RECETA

Sr./Sra./Srta./Niño Felice Vaughan (paciente)
..... (domicilio)

Entregar: 30 caps. Salveomycina x 250 mg.

4 al día

Squiggle (doctor)

HALKIN. —*A la querida memoria de Roger, Belinda y Teddy, víctimas de un cruel y no provocado ataque de un maníaco en este nuestro bienamado país. RIP.*

En esta oficina del edificio del trust Bamberley (aún había una grieta no reparada en el techo, pero esto no tenía importancia): Tom Grey, maldiciendo. Era un hombre que raramente maldecía. Pero tenía un doloroso panadizo en el dedo índice de su mano derecha, y aquello acababa de hacer —por octava o novena vez aquel día— que errara una tecla crucial en la lectora del ordenador que estaba utilizando.

Querido señor Chalmers: Tenemos el gusto de adjuntarle cheque por un importe de 14 075,23 dólares relativo a su reclamación contra esta compañía por motivo del desgraciado fallecimiento de su hijo William. El retraso en remitírselo ha sido debido a las lamentables pero recurrentes bajas por enfermedad que han diezmando nuestro personal en los últimos meses.

—¿Angie? Aquí Denise. ¿Está Doug...? ...Sí, por supuesto, debe ser terrible para él precisamente ahora. Pero si tiene que acudir a su consulta esta tarde... Estupendo. Nada serio, no. Sólo ese dolor de cabeza, y las náuseas... Sí, pero nunca había sufrido migraña en toda mi vida.

Disturbios en New Fillmore East. Body English no se presentan a su concierto. Faringitis aguda.

—Master Motor Mart, buenos días... No, lo lamento, pero está en el hospital. Sufrió serias quemaduras cuando los trainitas nos bombardearon.

CENTRO DE BELLEZA NANETTE:
CERRADO HASTA NUEVO AVISO

En los almacenes de Empresas Prosser Pete Goddard con acidez gástrica. Indudablemente debida a las preocupaciones. No se ha sentido con derecho a molestar al doctor McNeil, precisamente ahora con esa epidemia de tifus. Así que simplemente se mantiene tragando pastillas de la caja que ha comprado en la farmacia. Anti... algo.

—¡Oh, mierda! ¡De acuerdo, aquí está... otro paquete de filtros!

Gracias por su reciente carta dirigida al Sr. Stacy. Desgraciadamente, el Sr. Stacy murió en 1974. Sin duda nuestro actual director general, el Sr. Schwartz, se sentirá complacido de tratar su consulta inmediatamente después de su regreso de Nuevo Méjico. Sin embargo, acabamos de saber que ha sufrido una indisposición y que no podrá viajar hasta final de mes.

INTESTADO: Stanway, Brian Alderson, B. Med. Cualquier persona teniendo algo que decir contra la sucesión del arriba mencionado deberá ponerse inmediatamente en contacto...

En su destartalada habitación del hotel: Peg Mankiewicz, hirviendo de rabia y diciéndoselo a su máquina de escribir. Desnuda de cintura para arriba debido al calor y molestándole incluso los panties que tenía que llevar debido a que le había venido la regla.

Mala, este mes. Curioso. Generalmente eran muy cortas, pero esta vez era ya el noveno día y seguía sangrando. Tendría que ir a ver a un ginecólogo. Pero de momento con unos tranquilizantes pasaba. Tenía un trabajo urgente que hacer.

Estaban manteniendo a Train incomunicado. Por supuesto, lo negaban... decían que era él quien rechazaba ver o hablar a nadie, ni siquiera a un abogado. ¡Sucios embusteros! (Aunque por supuesto si el shock había causado una recaída de sus antiguos trastornos, una segunda y más fuerte depresión...).

No. Estaban mintiendo. Tenía la absoluta convicción de ello, y tenía que decirlo tan fuerte que todo el mundo pudiera oírlo. De todos modos, más de la mitad del país era ya de la misma opinión.

De tanto en tanto, cuando paraba un momento de escribir a máquina, se rascaba la inflamación que tenía en su muñeca izquierda.

—¡Zena, querida! ¡Zena!... Oh, Dios. ¿Cuánto tiempo pasará aún antes de que llegue ese maldito doctor?

IN MEMORIAN: ISAIAH JAMES PRICE WILLIAMS, NACIDO EN 1924 EN
CARDIGANS HIRE, GALES, VILMENTE ASESINADO EN GUANAGUA,
HONDU (resto destruido. Por un bomba de mortero).

... tanto como puede esperarse, de acuerdo con los médicos personales que le atienden. Oficiosamente, se dice que el Presidente sufre de...

Estimado Señor: Aunque comprendemos que la situación en su país es hoy muy difícil, debemos INSISTIR en solicitar una respuesta a nuestras cartas del 2 de mayo 3 de junio, 19 de julio y 11 de agosto. Era deseo especial de nuestro hijo Leonard ser enterrado en nuestro nicho familiar si algo irreparable le ocurría.

—¡Esos retortijones me están matando! ¡Tiene que darme otra inyección o no podré hacer el show de esta noche!

—Si le administro otra inyección, es cuando no podrá hacerlo, señorita Page. Se quedará dormida ante las cámaras.

Trescientos sesenta mil fans acudieron a Nashvite para asistir al funeral de Gran Mamá Prescott, muerta en Nueva York de pulmonía agravada por extrema obesidad.

—¡El siguiente!... Oh, infiernos, ¿otra vez usted, Train? De acuerdo, siéntese y sírvame otra ración de sus trabalenguas. ¡Yo tan sólo soy un pobre e ignorante médico de prisión! ¿Qué es lo que le ha dado dolor de barriga esta vez? ¿Alguna otra cosa de la prisión que su delicada constitución no puede...? ¡Hey! ¡Levántese! ¡He dicho LEVANTESE... es una ORDEN!

—¡Hey! ¡Enfermera! ¡Aprisa!

Un Héroe Americano: Jacob Bamberley

.....33

*Un relato personal de sus últimos días, por
Gaylord T. Etliot.*

(Reproducido de *Colorado Patriot*)

En un Howard Johnson que exhibía aún las cicatrices de unos recientes disturbios motivados por las subidas de precios: Hugh Pettingill. Aún sin su máscara, que hubiera deseado no tener que quitarse para comer porque el hedor era insufrible, el emplaste que llevaba para proteger las llagas purulentas alrededor de su boca disimulaba sus rasgos. Sin embargo, no dejaba de mirar ansiosamente a su alrededor mientras se obligaba a tragar los panqueques que eran el único plato que quedaba del menú del día.

El café era horrible. Probablemente no era en absoluto café. Desde los jigras, se decía que en muchos lugares era granos de maíz tostados o incluso bellotas.

Otros dos o tres bocados más y seguiría su camino. No muy aprisa. Cristo, sólo que el coche resistiera...

COMO CONSECUENCIA DEL FALLECIMIENTO
DEL LLORADO PRESIDENTE DE LA ANGEL CITY
INTERSTATE MUTUAL INSURANCE
CORPORATION, LAS COTIZACIONES EN BOLSA
DE LAS ACCIONES DE LA COMPAÑÍA QUEDAN
SUSPENDIDAS HASTA EL PRÓXIMO MARTES.

Nombre: BURKHARDT, Baird Tolliver

Dirección: 2202 S. Widburn

Tipo de siniestro: FALLECIMIENTO (fallo cardíaco)

** Beneficiario:* Viuda

(* Si no es el propio titular)

¡Querida Lucy! ¡Hace tanto que no tengo noticias tuyas! Ya sé que este no es el mejor lugar del mundo en lo referente a servicios postales, pero entre los pocos momentos agradables de esta estancia de dos años aquí el principal es cuando el avión correo llega y aterriza deslizándose sobre sus patines. Escríbeme rápido, por favor. Estoy impaciente por verte cuando vuelva a Auckland, lejos de esta eterna blancura potar.

RELATIVO A: Familiares de OBOU, Hippolyte (Mayor),
edad 24, fallecido en Noshri, causa disparo.

RESOLUCIÓN: Pensión denegada, por no haberse
producido la muerte en servicio activo.

—¿Cuál es su nombre?... Por favor, estoy intentando ayudarla. ¡Nombre! ¿Cómo se llama? ¡Nombre!

—¡Maua! ¿Quieres follar, soldado? Veinticinco francos una vez, cien francos toda la noche, pequeño.

—Oh, Dios. Está ida, como todos los demás. Aquí, que alguien venga... ¡Hey, suéltame, pequeña puta! ¡Hey!

ESTA ES MI ULTIMA VOLUNTAD Y
TESTAMENTO.

Yo BERTIL OLAV SVENSSON, residente habitualmente en el 45 de Vasagatan, Malmo, hallándome en perfectas facultades mentales y no habiendo probado o ingerido alimento alguno envenenado en Noshri (contrariamente a algunos rumores), pero habiendo diagnosticado en mí mismo una variedad de tracoma resistente a toda terapia conocida y que inevitablemente me conducirá a la ceguera, y habiendo decidido terminar con mi vida,
LEGO TODOS MIS BIENES A...

—Cristo —dijo. Y repitió—: ¡Cristo! Es como si el mundo estuviera...

—¿Desmoronándose? —ofreció ella, y cuando él no dijo nada en contra asintió con la cabeza. No había mirado en dirección a él. Estaba observando los tanques y los vehículos blindados que se aproximaban a los hambrientos amotinados. Una piedra perdida había astillado el cristal de la ventana, pero lo habían sujetado con cinta adhesiva para evitar que entrara el aire de fuera.

—¡Pero no puedo ir a la Cámara con un... un maldito *tubo* saliéndome de ahí! —ladró Howell.

—Sí, lo sé —suspiró el doctor—. ¿Pero quiere usted vivir para ser gobernador, o morir en dos semanas?

—¿Tan malo es?

—Senador, intente aguantar sin orinar durante un día o dos, y verá si prefiere el catéter o no.

—¿Y a qué demonios es debido eso?

—No lo sé. Lo siento. Estoy esperando el informe del laboratorio, pero últimamente se están demorando hasta diez días.

El mando de las fuerzas armadas fue asumido hoy por el coronel Joku Amnibadu, como consecuencia de la indisposición del general Kaika. Se rumorea que el general de brigada Plitso, generalmente citado como su sucesor, se halla en Suiza para someterse a un examen médico.

Limpiando el parabrisas de su —su de ellos— coche: Jeannie Goddard. Al llevar a Pete al trabajo aquella mañana los limpiaparabrisas no habían podido con el grasiento

depósito dejado por la última lluvia. Y deseaba ver claramente su camino a la clínica prenatal. Quería saber de una vez por todas si aquellas constantes náuseas era algo que tenía que soportar, o bien necesitaba un tratamiento Pero la factura subía ya...

Bueno, era por el bien de la criatura después de todo, no para ella.

—Oh, nada de que preocuparse, señora Mason. Algo muy corriente en nuestros días, esa blefaritis, absolutamente nada que ver con el estrabismo de su niña. Debo haber visto al menos otros veinte o treinta casos similares al suyo el mes pasado. Le daré una nota para su médico de cabecera... es el doctor McNeil, ¿no?... y...

—El número que ha marcado se halla fuera de servicio. Por favor, cuelgue y...

...

—El número que ha marcado se halla fuera de servicio...

...

—El número que ha marcado...

...

—Aquí la operadora, ¿puedo ayudarle en algo?... Sí, señor, pero debe darse cuenta que en este momento nos hallamos muy escasos de personal... Bien, señor, ¿cuál es el problema? Tengo montones de otros... ¿Puede deletrear, por favor?... H-E-N-L... Henlowe. Sí, señor, un momento tan solo. Oh, aquí está. Todas las llamadas a ese número han sido transferidas a... ¿Qué?... Bueno, señor, en la ficha que tengo aquí delante dice que su hermana está haciéndose cargo de su niña hasta que salgan del hospital... No lo sé, señor pero la ficha lleva fecha de... ¿Perdón?... Oh, de nada. — ¡Hijo de puta!

En esta oficina, ante su hermoso escritorio antiguo: el doctor Clayford. Sonó el teléfono.

—¿Sí?... ¡No, no aceptaré una llamada de mi mujer! Dígale que espere hasta que haya terminado mi consulta de la mañana. Sabe que no debe molestarme en el trabajo.

Colgó bruscamente el teléfono y miró hacia la puerta intentando identificar quién era el próximo paciente. Pero sus rasgos parecieron difuminarse, y ahí estaba de nuevo esa molestia en el ángulo de su ojo derecho.

Curioso.

Todo parece oscilar.

Y ese condenado ruido. Deberé quejarme a la policía de...

—¿Doctor? ¡Doctor!

Duele. La nariz y los pómulos. Los síntomas son...

—¡Enfermera, creo que el doctor ha perdido el conocimiento!

En su magnífico despacho, Roland Bamberley firmando una carta a sus abogados relativa a los fallos descubiertos hasta entonces en los purificadores de agua Mitsuyama y solicitando su consejo sobre la posibilidad de iniciar una demanda por incumplimiento de contrato. Se interrumpió tras haber puesto su nombre de pila porque su brazo había quedado agarrotado por un repentino calambre. Lo agitó y continuó: Bam...

De nuevo, sin ningún preaviso, el terrible dolor. Miró a su mano aferrando la pluma y vio con sorpresa lo blancos que estaban sus dedos. Los flexionó experimentalmente. La pluma cayó sobre el papel y dejó un largo rastro negro; la carta tendría que volver a ser mecanografiada.

Pero no podía sentir sus dedos, sólo el calambre.

Alzó su mano izquierda y empezó a masajearse la derecha con ella. Pasó un minuto; el dolor también.

—¡Deja tranquila esa pelota! ¡Es de Rick!

—¿Qué? Oh, mierda, ya sé que era de Rick, pero como Zena dijo que se ha ido y que ya no volveré más.

—¡Sí volverá! Suelta esa pelota... ¡así! Ahora la pondré de nuevo donde la encontraste, para que cuando Rick vuelva encuentre todas sus cosas bien arregladas allá donde las ha tenido siempre... ¡No te quiero!

No hubiera debido intentar lavarme este pie en el agua del mar, pensó Tab. Pero cuando pisas un clavo que sale de una tabla de madera, y su oxidada punta traspasa toda la suela de tu zapato y te hace una herida, y no puedes permitirte el lujo de pagarte un dispensario...

Se obligó a sí mismo a olvidar el dolor y la hinchazón y la molesta humedad del pus. Un transeúnte estaba girando la esquina allí delante. Avanzó cojeando hacia él.

—Oiga, amigo, ¿no me podría dar...?

—¡No!

LAS COSAS AQUÍ YA NO SON LO MISMO SIN TI
¡AHORA ESTAMOS HACIENDO REALMENTE UN
BUEN TRABAJO!

¡Era una broma! Todo nuestro cariño a Mel, con nuestro deseo de un pronto restablecimiento, la banda de la oficina.

Querido sargento Tatum

Me complace comunicarle que, teniendo en cuenta su largo período de servicio, tiene usted garantizado un 48 por ciento de su pensión final. Honestamente hubiera deseado que fuera más, pero naturalmente comprenderá usted que es necesario diferenciar entre las heridas en acto de servicio que provocan una jubilación anticipada, y el contraer una enfermedad, aunque esta sea tan seria como la polio.

(En todas las paredes, una tras otra y tras otra, de California a Nueva Escocia, pintado o garabateado o dibujado con tiza o incluso grabado, el mismo slogan acompañado del mismo signo: ¡DETENEOS, ME ESTÁIS MATANDO! 0x)

—En lugar del programa anunciado, lamentablemente pospuesto debido a la indisposición de algunos miembros clave del equipo de nuestros estudios de Nueva York, vamos a ofrecerles la posibilidad de ver de nuevo...

¿Terry Fenton? Septicemia. (Algo infectó un corte que se había hecho moldeando a la navaja el pelo de Petronella. La mujer había dejado de ir a Guido la tercera vez que se descubrió que había algo horrible en el agua que empleaba).

¿Ian Farley? Bronquitis. (Se había dejado la mascarilla filtro en casa, todos los distribuidores automáticos en el vestíbulo del edificio de la ABS estaban vacíos, y paso mucho tiempo antes de que consiguiera un taxi).

¿Lola Crown? Dolor de oídos y glándulas parótidas hinchadas. (Ningún resultado con la terapia estándar para la mononucleosis, de modo que quizá no fuera mono después de todo. Le retiraron los antibióticos. Las sulfamidas quizá acabaran con aquello, con un poco de suerte).

¿Marlon? Alternando la cabecera de la cama de Terry con la taza del wáter. (Convencido de que el doctor que lo trata es incompetente, porque hace esas observaciones maliciosas acerca de sus... esto... hemorroides. No se debería permitir a nadie practicar la medicina si no es capaz de ayudar a la gente que realmente sufre. ¡Me gustaría que pudiera sentir lo que es expulsar esa diarrea ácida!).

Y otros, desde los Grande Jefes hacia abajo.

Lo mismo que en todos lados.

—Escuche, señor Greenbriar. Esto... ¿tiene alguna objeción a tener un secretario masculino? Hemos intentado con todas las agencias de la ciudad, pero... ¿Perdón?...

»Un actor sin trabajo, señor. En paro debido a las reducciones en la programación de la ABS...

»Oh, con excelentes recomendaciones, señor... Sí, señor. ¿Cuáles quiere usted, las píldoras azules o las verdes?

Nombre(s): MURPHY, Phelan Augustine
MURPHY, Bridget Ann, nacida O'Toole
Dirección: «West Farm», por Balpenny,
Co. Waterford, Eire.

SOLICITUD DE ADMISIÓN AL REINO UNIDO:
DENEGADA

El sacerdote miró incrédulo las enormes manchas azuladas de sus antebrazos. Luego alzó su sotana para inspeccionar las de sus piernas. Se veían igual de horribles. ¿Por qué esos tupas servidores de Satán no lo colgaban como habían colgado al americano, Hannigan, y al mayor? Oh, por supuesto. Los tupas se habían ido. Lo había olvidado.

Desde que se fueran, mucha gente del campo de prisioneros había hablado de volver a casa. De algún modo, nadie lo hizo. Varios de ellos simplemente se habían tendido en el suelo y no habían vuelto a moverse. Todos con esas señales oscuras bajo la piel, muchos también echando sangre por la boca.

Algo relacionado con la comida. Los tupas habían dicho algo Pero nadie quería escuchar consejos de los servidores.

Entonces vio un mosquito e intentó aplastarlo débilmente, falló, y después de eso no consiguió recordar en qué había estado pensando.

De vuelta a su oficina tras una llamada al hospital, donde volvían a tener problemas con los filtros de agua atascados: Alan Prosser.

—¡Doroty! ¿Qué demonios le ha ocurrido a su ojo? ¡Está completamente hinchado!

—Sólo es un orzuelo —dijo Doroty hoscamente—. Es culpa mía. Me lavé la cara en el lavabo cuando el filtro estaba estropeado. Pillé algo en la raíz de una pestaña. Usted tampoco se ve demasiado bien.

—No, tengo algo de bilis. No consigo mantener nada en el estómago desde hace unos días. Iré a ver a Doug esta tarde. O quizá mañana. Cristo, ¿eso es mi correo? ¡Tiene quince centímetros de alto!

—¿Doctor Farquhart?... Oh, buenos días Alec. Soy Angie McNeil. Mire, Doug está en cama con un poco de... —tos— ¡perdón! —tos, tos, TOS—. ¡Oh, perdón!... No, no, nada serio, Doug ya me ha dado algo, es cosa del polvo supongo... Pero le llamaba porque Doug tiene a todos esos pacientes en el hospital y... ¡oh, maldita sea! —tos, tos, tos, TOS—. ¡Lo siento!... ¿Qué? ¿Mervyn ya se lo ha pedido? Qué lástima. Bien, ¿conoce usted a alguien...? —tos, tos, tos tos, TOS—. ¡Lo siento! ¿Sabe usted de algún sitio cerca de Denver donde poder conseguir... un sustituto? —Tos—. ¿Está seguro? ¿Nadie en absoluto? Doug había pensado que quizás un oficial médico de la Academia de las Fuerzas Aéreas... ¿Ellos qué? ¿Se está burlando de mí? ¿Paperas? Oh, cielos. ¿Y cuánto es la cuarentena?

(Como si se hubiera derramado un saco de arena entre los engranajes de una compleja máquina. Este año, tanta gente importante quedó fuera de circulación, aunque fuera tan sólo por una o dos semanas, y tantos otros —millones— trabajaron muy por debajo de su capacidad. En la bolsa, fueron suspendidas las operaciones con Angel City, el trust Bamberley, La Fertilidad por las Plantas, los Supermercados Biológicos Puritan... y muchos otros).

—Señora, me importa un bledo si se le están subiendo por la barriga, ¿comprende? ¡Tengo otras treinta y cinco llamadas pendientes que debo atender antes de ocuparme de *sus* ratas!

El usufructo de la espléndida casa había sido asignado a Maud Bamberley de por vida, pero Jacob había omitido prever los fondos necesarios para su mantenimiento, y el de ella y los hijos que quedaban. Quejumbrosa, la última mañana antes de la partida, había agitado la campanilla llamando a Christy, pero fue Ethel la cocinera quien apareció, cojeando un poco debido a las verrugas en su pie derecho. (Había acudido a pedir su opinión el día anterior, pero la visión de aquel pie era tan repugnante que Maud le había dicho que aguardara a la siguiente visita del doctor Halpern, olvidando que tenían que marcharse de allí).

—Christy está enferma, señora —dijo Ethel—. Son sus pulmones, creo. Se pasa todo el tiempo resollando.

—¿Dónde está? —preguntó Maud—. ¿En la cama?

—No, señora. Está ocupándose del señorito Noel. Ha vuelto a orinarse encima.

Dulce Jesús. Querido y dulce y amante Jesús. Maud arrugó las sábanas de seda de su cama hasta formar un bulto en el hueco de su brazo izquierdo y empezó a acunarlo.

El doctor Halpern tuvo que venir después de todo, pese a sus palpitaciones (las tenía desde hacía dos semanas), y el equipo de mudanzas tuvo que irse con las manos vacías; quizá fue lo mejor después de todo, pues eran sólo ocho hombres en vez de los catorce previstos. Cornelius se fue con el vacío camión de mudanzas... se había considerado preferible hospitalizarlo debido a su sarpullido, sus senos bloqueados y sus incensantes temblores. Claude se estaba recuperando bien. Su muñeca, rota hacía tres semanas, se iba soldando satisfactoriamente, teniendo en cuenta su incapacidad de metabolizar adecuadamente el calcio.

Pero hubo que darle una inyección a Maud, y cuando Ronald fue al encuentro del doctor Halpern como un adulto y el cabeza de familia que era por ser el elemento masculino de más edad en la casa, además del padre del bebé de Christy (cosa que Maud aún no sabía), pidiéndole información, el médico no consideró justificado darle un pronóstico favorable.

Christy estaba embarazada de tres meses cuando abortó debido a la brucelosis. Fue una bendición. Mongólico. Ella tenía cuarenta años.

—Honestamente, señora Byrne, no comprendo como el doctor Advowson podía arreglárselas con... no, no, no mueva la cabeza, manténgala inmóvil... ¡Así! Todo irá bien, aunque le picará durante un cierto tiempo. Muy malos esos forúnculos, especialmente en alguien como usted... perdóneme por decirlo... con una generosa pilosidad facial. Aplíquese esta pomada por la mañana y por la noche.

Dejando correr el agua en el lavabo, tomando el jabón antiséptico.

—Triste lo de la pequeña Eileen, ¿verdad? El tétanos es una enfermedad terrible.

Causa de la muerte: Inhalación de vómitos (en estado de embriaguez).

Nombre del fallecido: CLARK

—Brien, ¿cómo se escribe este nombre, con E o sin E al final?

—Sin E. ¿Crees que fue el alcohol lo que lo mató, entonces?

—Sin la menor duda. Estaba intentando ahogar sus penas, y alguien las enseñó a nadar.

Ante la tumba de sus honorables antepasados: el señor Hideki Katsamura. En su mano derecha, el indispensable cuchillo. Rodeando su cuerpo, la ropa tradicional de seda... en realidad de dacron. Ninguna otra alternativa respetable, tras el anuncio de la demanda interpuesta contra él en California donde el señor R. Bamberley tenía

tantas dificultades con los purificadores de agua. Lo mismo en Colorado, Illinois, Nueva York y Texas.

El punto más adecuado para hundir el cuchillo sería el emplazamiento de la úlcera que un famoso doctor, amigo de la familia, le había dicho ayer que iba a perforarse y a causar irreparables daños fisiológicos dentro de muy poco tiempo.

En compañía de unos antepasados concebiblemente no lastrados con el peso de intestinos ulcerables.

¡Arriegas! ¡Ese nombre permanecerá en nuestros recuerdos junto con los de Guevara, Uñil, y otros grandes héroes de la revolución permanente, alcanzados por los malditos agentes de la conspiración imperialista!

DEBIDO A LA INDISPOSICIÓN DEL PROFESOR
DUVAL, LAS SIGUIENTES CLASES NO PODRÁN
SER DADAS: ...

—Sí, aquí Moses Greenbriar... Oh, ¿cómo se encuentra ella?... ¿Cistitis? ¿Tan serio es?

... debido a la constante falta de mano de obra. Muchas fuerzas de policía locales...

(El sonido de un fuerte crujido, como cuando un árbol ya es demasiado viejo y no puede seguir resistiendo los embates de la tormenta).

De todas las malditas cosas estúpidas, pensó Carl, tendido en la ladera de una colina bajo unos arbustos, esperando la oscuridad y la ocasión para eludir a las patrullas fronterizas de Colorado. ¡Hipo! Y no podía pararlo. Y era probable que durara horas enteras.

Tras un acceso de rabia empezó a sentirse asustado. El cansancio lo vencía.

Nombre del paciente: YOUNG, Sylvia June (Srta.)

Domicilio: c/o ONU

Pabellón: B

Diagnóstico: Envenenamiento alcohólico

—¿Doug?

—¿Sí, amor?

—No querría preocuparte, pero he intentado ponerme en comunicación con Millicent al menos una docena de veces, y no contesta nadie. ¿No crees que

deberíamos ir y ver cómo se encuentra?

DURANTE LA INDISPOSICIÓN DEL SEÑOR
BOLLINGER, LAS SIGUIENTES
RESPONSABILIDADES RECAERÁN
TEMPORALMENTE EN...

—Esto arreglaré las cosas en unos cuantos días, señor Cowper. Se trata de un vermífugo muy efectivo. Imagino que los trastornos han sido ocasionados por embutidos de cerdo mal curados. Ha habido varios casos de triquinosis últimamente.

Debido a la indisposición del reverendo Horace Kirk, los oficios colectivos tendrán lugar en...

—¿Dónde infiernos está ese negro bastardo? ¡Tendría que haber llegado hace dos horas! ¡No puedo quedarme aquí toda la noche!

—Ha llamado para decir que su mujer ha muerto.

—Oh, Cristo. ¿Quién va a dejar entrar a la gente en el edificio, entonces? ¡Yo no puedo hacer su turno además del mío!

—¿Mamá? —Y luego, más fuerte—: ¡Mamá!

El niño avanzó lentamente hacia la forma oscura tendida en la revuelta cama. Una mosca zumbaba golpeando una y otra vez contra el cristal de la cerrada ventana, intentando entrar, contra su propio interés ya que había una tira de papel cazamoscas colgando encima de la cama. También, en la silla que servía a la vez de mesilla de noche, había las acostumbradas píldoras para dormir.

—¡Mamá! —dijo de nuevo el niño. Esta vez la palabra era un grito agudo.

¿Quién escucha los consejos de un basurero?

—Lo siento, señor Presidente, el señor Penwarren no está hoy aquí. Su médico le ha dicho que descanse el resto de la semana... No, nada serio, tengo entendido. Algo que comió y no le sentó bien.

EN VENTA: Gran propiedad de 1296,6 hectáreas aptas para el cultivo de productos hortícolas entre Bockeville y Candida, anteriormente explotada por el Sr. Lem Walbridge, junto con edificio granja (18 habitaciones, 2 baños, muy buen estado) varios anexos,

todas las herramientas y equipos necesarios, incluidos tractores último modelo (6), accesorios para labores, regado y sulfatado...

En una habitación de la parte de atrás en casa de un amigo: Ossie. Estaba fabricando bombas. De tanto en tanto hacía una pausa para rascarse la ingle. Tenía urticaria, y también su amigo, y también todo el mundo de por allí aquel mes. Era la enfermedad de moda. Pero esos hijos de madre no iban a salirse con bien de todo aquello, después de haber arrestado a Austin Train bajo una acusación falsa a la vista de sesenta millones de personas.

AVISO DE NUEVO DESTINO: Coronel Rollo B. Saddlet

De: Base Militar de Wickens, Colorado.

A: Servicio activo en Honduras.

CON EFECTOS INMEDIATOS, su unidad es reasignada a...

Fritz y sus amigos estaban entre los Sesenta y Tres. (Actualmente uno pone el número en mayúsculas. Son mártires).

—¿El señor Steinitz? Lo siento, pero no está en su oficina. No se encuentra bien. Su ayudante tampoco. Hemos tenido esa fuga en los conductos de ventilación, ya sabe, y algunas de esas esporas quedaron libres y ellos las respiraron. Sí, es un engorro.

A todos los pacientes del doctor David Halpern:

Se ruega tomen nota de que hasta nuevo aviso su médico asignado será el doctor Monty B. Murray, del Flowerwood Memorial Hospital.

Temblando y tosiendo, Cindy se dejó desnudar. Cuando descubrieron la calavera y las tibias en su cuerpo, le dijeron que saliera de la clínica antes de que la echaran ellos a patadas.

—Estarás restablecido dentro de uno o dos días, Hector, muchacho. ¡Y entonces le arreglaremos las cuentas a ese demonio de Austin Train, de una vez por todas!

Chuck en el hospital de la prisión; finalmente sus documentos de identidad falsificados no pasaron. Los enfermeros hacen un montón de chistes sobre su color amarillento.

Debido a la ictericia.

Querida señora Barleyman: Es mi triste deber informarle que es muy poco probable que su esposo se recupere lo suficiente como para poder volver a su casa en un futuro previsible.

—¿Kitty Walsh? Siéntese. Tengo malas noticias, pero me temo que es totalmente culpa suya. Nunca hubiera debido dejar que las cosas fueran tan lejos. Tiene usted una salpingitis aguda... es decir una inflamación de las trompas de Falopio, desde los ovarios hasta la matriz. Nunca podrá tener descendencia.

—¿Y a eso le llama usted malas noticias? ¿Quién desea tener descendencia en este asqueroso mundo?

MEMORANDUM

De: Dr. Elijah Prentiss

A: Director del Hospital.

Debido a esta maldita fibrositis, no estaré en condiciones de...

Drew Henker y Ralph Henderson, como la mayoría de trainitas, habían legado sus cuerpos para fines médicos. Pero ningún hospital del Estado los aceptó. Todos tenían tantos muertos por heridas de bala como podían desear.

—¿Harold? Harold, ¿dónde estás?... Oh, aquí. —Los calmantes habían suavizado el dolor de cabeza de Denise, un poco, y se había adormecido. Despertándose sobresaltada, se había preguntado qué hacían los chicos. Pero todo estaba bien; Josie estaba acostada, y Harold permanecía sentado en un rincón de su dormitorio, muy tranquilo, su pierna mala doblada bajo su cuerpo como de costumbre.

—Harold, querido, ya es hora de... ¿Harold?

Permanecía sentado allí, simplemente, mirando al vacío.

Fue el primero.

LA IMAGEN

... es la de una casa: grande, antigua, en su tiempo muy hermosa, edificada por alguien cuya imaginación estaba a la altura de sus habilidades. Pero luego vinieron los problemas y los tiempos difíciles. Arrendada y luego subarrendada, la casa se vio infestada como si fuera una plaga por ocupantes que no sentían ningún apego a su esencia, y estaban siempre dispuestos a quejarse sin aceptar ninguna responsabilidad sobre su conservación.

De modo que desde lejos puede apreciarse ahora que el techo está arqueado hacia adentro como el lomo de una ballena azul. Algunas de las tejas están rotas por un antiguo huracán y no han sido reparadas; bajo ellas la madera se ha curvado y hendido. Un paso, por ligero que sea —incluso el de un niño que recién aprende a caminar— es suficiente para hacer rechinar el piso por todas partes.

El sótano también se encuentra en deplorables condiciones. Se ha inundado más de una vez. Los cimientos se han movido. Un hedor impregna el aire, testimonio de generaciones de borrachos que orinaban allá donde les acuciaba la necesidad. Hay mucha carcoma. Armarios y alacenas llevan años cerrados debido a que dentro florecen los mohos de incontables humedades, y apestan. La gran escalera exhibe el escalón que le falta a medio camino hacia la noble galería que rodea el vestíbulo de la entrada. Uno o dos de los ancestrales retratos permanecen todavía, pero no más la mayoría han sido vendidos, junto con las estatuas de mármol que en su tiempo adornaban la escalinata de la entrada. La cochera es húmeda y ofrece refugio a una familia de niños subnormales, huérfanos, medio desnudos, sucios e incestuosos. Hay pulgas.

El césped está cubierto de porquería arrastrada por el viento. Los pececillos dorados que acostumbraban a deslizarse entre los nenúfares en la piscina ornamental aparecieron flotando, la barriga al aire e hinchados, una primavera que siguió a un invierno de fuertes heladas; ahora han desaparecido. El camino enarenado está oscurecido por dientes de león y romazas. Las puertas de hierro que lo rematan en la entrada están salidas de sus goznes desde tiempo inmemorial, y medio comidas por el óxido. Las puertas del interior de la casa han sido convertidas hace mucho en leña para el fuego.

Más de la mitad de las ventanas están rotas, y ninguna ha sido nunca reparada. Las demás están tapadas con trozos de tela o con cartones cubriendo los cristales que faltan.

En el ala menos dañada el propietario, en una permanente bruma alcohólica, mantiene deliciosas conversaciones con imaginarios embajadores y duques. Mientras tanto, aquellos de entre los otros inquilinos que saben escribir redactan interminables cartas a las autoridades, exigiendo que alguien venga y arregle las goteras.

ESPASMO

Más tarde, rastrearon los primeros casos en el lado oeste de Denver, alrededor de Arvada, Wheatridge, Lakewood, y otros distritos que habían estallado demográficamente durante los últimos años. Para cubrir la casi doblada demanda de agua, que Denver estaba absorbiendo ya de una enorme área de miles de kilómetros cuadrados a través de un sistema de canalizaciones tan complejo y enrevesado como las raíces de un árbol, los lagos y depósitos existentes ya no resultaban adecuados: Ralston, Gross, Granby, Carter, Lonetree, Horsetooth...

Así que habían perforado, y hundido tuberías hasta los profundos estratos porosos, y habían excavado también enormes bolsas en la roca de las montañas para dejar al descubierto los bordes de esos estratos. El principio era éste: cuando la nieve se funde, enormes cantidades de agua fluyen y se pierden. Si bombeamos en el nivel hidrostático bajo las montañas, excavando al mismo tiempo espacios para albergar más agua, podremos conseguir que cada primavera la nieve fundida empape las rocas porosas y vuelva a llenar las reservas.

Lo habían probado el año pasado. Había funcionado bastante bien aparte los inevitables errores, como cuando uno de los nuevos mantos acuíferos resultó estar contaminado con aguas fecales. Eso condujo a lanzar de tanto en tanto avisos de agua no potable. Había habido también algunas quejas, como que algunos cursos de agua como el Boulder Creek y el Thompson y el Bear Creek habían discurrido más bajos este verano de lo que hubiera sido normal... pero esas quejas venían solamente de gente con mucha memoria, no de los saludables recién llegados que habían abandonado el viejo Estado-boom de California por el nuevo Estado-boom de Colorado.

Hoy, sin embargo...

Black Hawk: Aturdido, el propietario de una casa recién construida con una magnífica vista tomó un cigarrillo, luego buscó su encendedor, no lo encontró, y utilizó una cerilla. La cerilla cayó de su temblorosa mano sobre el periódico del día. Se quedó contemplando cómo la llama prendía en el borde del periódico, fascinado. Se extendió... ¡hermoso, qué hermoso! ¡Toda amarilla y dorada y anaranjada, y en su centro negro, como una moviente flor!

Se echó a reír. Era tan bonito. Alzó el periódico y lo tiró sobre la alfombra, para ver si también ardía. Y ardió, y al cabo de poco rato él ardía también.

Towerhill: —Mamá —dijo el niño pequeño con aire serio—. Te odio.

Y le clavó en el vientre el cuchillo de carnicero que llevaba consigo.

US 72: —¡Cuantos más seamos, seamos seamos! —cantaba el conductor del Thunderbird, conduciendo a ciento cuarenta en dirección a Denver, con la música de *Ach Du Lieber Augustin*—. ¡Cuantos más seamos más nos reiremos! Porque tus amigos son mis amigos y...

Vio a una hermosa muchacha en el coche que estaba delante de él, y se puso a su lado, y aplastó el pedal del freno para alinearse con ella, y la empujó fuera de la carretera para poder decirle hola y besarla y compartir su extática felicidad.

Había un pilón. De cemento. *Crash.*

Golden: Relajándose en su cálido y profundo baño, la mujer sorbía y sorbía el alto vaso de julepe que se había traído consigo, mientras escuchaba el melodioso tintineo de los cubitos de hielo a medida que se fundían. Llevaba allí casi una hora y media, escuchando la radio, canturreando, y en un momento determinado masturbándose porque tenía una cita muy especial aquella tarde. Finalmente, cuando el vaso estuvo vacío, se tendió de espaldas y dejó que el agua se cerrara sobre su rostro.

Wheatridge: Batalló y batalló con la televisión estropeada, y la imagen no quería estabilizarse. Ondulaba constantemente, y los colores se mezclaban unos con otros.

A medida que pasaba el tiempo, sin embargo, se dio cuenta de que, de hecho, aquello era mucho más bonito que la televisión habitual. Se sentó ante el aparato y se quedó mirándolo, lanzando eventuales risitas cuando un rostro se volvía verde o azul brillante. Sin pensar, se llevó una mano a la boca, para chuparse el pulgar como un niño pequeño. Resultó que estaba sujetando con la mano un cable de pruebas conectado a la corriente.

Ssss...

Bum.

Arvada: Es hora de empezar a preparar la cena, maldita sea, o el asqueroso de mi marido se pondrá a chillar, y el niño está llorando de nuevo, y...

Con aire ausente, pensando en el programa de televisión que había estado contemplando durante toda la tarde, preparó al bebé y lo metió en el horno y conectó el termostato, y regresó a su sillón acunando el pollo.

Aquello hizo cesar el llanto. ¡Por supuesto que lo hizo!

Westminster: —¡Tú, sucio bastardo blanco! —dijo el hombre negro, y lanzó su llave inglesa contra el hombre al otro lado del mostrador. Tras lo cual se sentó y empezó a meterse en la boca todo lo que halló al alcance de la mano: bombones, aspirinas, pastillas de chocolate, tabletas contra la indigestión. A veces las dejaba caer sobre la sangre que manaba de la cabeza del dependiente, para alegrar el color.

Lakewood: ¡Hey, tipos, huahuahuau! Nunca había encontrado una marihuana como ésta antes. Vaya viaje... ¡¡¡Estooy V*O*L*A*N*D*O*!!! ¡Ja-ja! Me siento flotar, flotar, como si no tuviera los pies en el suelo sino que estuviera planeando en las corrientes de aire arriba y abajo. ¡GUAU! Pero esas cuatro asquerosas paredes me impiden el paso... no me dejan salir, disfrutar más, me mantienen prisionero y me golpean, golpean ¿dónde está la puerta? La puerta. La ventana está más cerca. Abrirla. Lanzarse al viento y simplemente planear hacia las montañas, huau.

Cuatro pisos sobre la calle son muchos.

Denver...

ATAQUE

—¡Alan-n-n-n!

Era la voz de Pete, desde el almacén. Philip se interrumpió a media frase y miró a Alan y a Doroty. Estaban teniendo una especie de consejo de guerra para revisar la situación financiera de la firma. No era buena. Los repuestos entregados bajo garantía se habían llevado casi un tercio de sus ingresos calculados y ocupado la mayor parte de sus actividades de fontanería normal que aún seguían practicando. La única buena noticia era mala: Bamberley en California se había encontrado con los mismos problemas, y confiaban en iniciar un proceso colectivo contra Mitsuyama. Resultados: dentro de unos dieciocho meses, con suerte...

Era otro día pesado, húmedo, cálido, con un denso cielo encapotado, de modo que la puerta estaba abierta para que penetrara la más pequeña brisa, y habían oído gritos y ruidos de golpes en el almacén, pero no les habían prestado atención. Los nervios de la gente se alteraban a menudo con un calor como aquél.

—¡Eso suena serio! —hizo notar Alan, y se dirigió hacia la puerta. Los otros le siguieron. Siguieron el pasillo que separaba la sección administrativa del...

—¡Es Mack! —gritó Pete—. ¡Se ha vuelto loco!

Se detuvieron, apiñados en la puerta del almacén: atestadas estanterías llenas de repuestos embalados, la mayor parte de ellos filtros en sus cajas verdes y rojas con caracteres japoneses en sus tapas. En la puerta de su oficina en forma de garita, madera y cristal de unos tres metros de lado, Pete, con el rostro crispado, se agarraba a la jamba para sostenerse puesto que su bastón se hallaba más allá de su alcance. Tirado en el suelo a un metro de distancia. Philip lo recogió y se lo tendió, le ayudó a recuperar el equilibrio, y vio que estaba temblando. De más allá de su vista tras una barrera de estanterías, llegaron ruidos: cosas arrastradas y tiradas al suelo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Alan con voz rasposa.

—Mack... llegó hace unos minutos sin su ayudante —se obligó a decir Pete, jadeando tan violentamente que apenas tenía aliento para hablar—. Gritó algo acerca de los negros hijos de puta que creen que todo es suyo, ¡y empezó a tirarlo todo!

—¿Hay alguien más por aquí? —preguntó Philip.

—¡Nadie! Son las cuatro, y los instaladores aún están fuera, y envié a Gladis a casa. Estaba enferma... tonsilitis.

—Doroty, llame a la policía —dijo Philip. Ella asintió y echó a correr de vuelta por el pasillo.

—¡Pero no podemos dejarle que siga! —restalló Alan—. ¿Dónde está?

—¡Aquí estoy! —gritó Mack—. ¡Cú-cú!

Apartó las dos cajas superiores de una pila de casi dos metros de altura, al extremo de un pasillo entre dos estanterías, y los miró. Era un hombre alto, de anchos hombros. Su rostro brillaba sudoroso.

—¡Y cu-cú otra vez! —añadió—. ¡Quitadme a ese asqueroso negro fuera de mi vista, o voy a dejar todo este lugar arrasado!

—¡Mack...!

Alan dio un paso hacia adelante, pero en ese mismo instante Mack derribó toda la pila de cajas, crash-crash, y se oyeron pequeños crujidos cuando las cajas golpearon el suelo, carcacas de plástico de al menos una docena de purificadores rompiéndose. Luego empezó a patear todo lo que había caído al suelo. Pesaba unos ochenta, quizá unos noventa kilos.

—¡Hey, maldita sea, pare esto! —rugió Alan.

Mack frunció los labios y cogió algo de la estantería más cercana, y se lo tiró. Alan se agachó. Golpeó contra el cristal de la oficina de Pete, haciéndolo añicos. Mack se echó a reír como un niño de tres años y siguió reduciendo las cajas a pulpa. Tras un momento empezó a cantar rítmicamente:

—¡Yo soy... el rey... de este... castillo! ¡Nadie... me quita... mis anillos!

—Está realmente loco —murmuró Philip, sintiendo como si toda su sangre hubiera descendido de su cabeza a sus piernas, haciendo que su cerebro flotara y sus pies le pesaran terriblemente.

—Sí. —Alan se secó el rostro—. Ve a buscar mi pistola. ¿Sabes dónde la guardo?

—Sí.

Pero al darse la vuelta, Philip casi tropezó con Doroty que volvía.

—¡Phil, en el teléfono no hay línea! Y he visto fuegos ¡por todos lados! ¡Medio centro de la ciudad está ardiendo!

Los tres se inmovilizaron: Pete, Philip, Alan. De pronto recordaron cosas que habían oído durante la última media hora... las sirenas de los bomberos, las sirenas de la policía, disparos. Pero uno siempre oía esas cosas, durante todo el día, en cualquier gran ciudad.

Mack, mientras tanto, saltaba alegremente sobre aquellas cajas reventadas. De tanto en tanto derribaba un nuevo montón y lo añadía al resto.

—¿Estamos en guerra? —dijo Alan lentamente. El pensamiento estaba en todas las cabezas.

—Tengo una radio aquí —dijo Pete, señalando a su oficina, ahora llena de trozos de vidrio.

Philip corrió a cogerla, hizo girar el dial, buscando una estación que diera algo que no fuera música. Al cabo de un momento, un hombre estaba diciendo:

—¡Hey, Morris, pequeño! ¿Te has meado dentro de este café o qué? ¿Sabes?, odio ese último disco que acabas de poner. Voy a hacerlo pedacitos así de chicos. ¡Jodidos Body English, son una pandilla de asquerosos maricones!

La emisora enmudeció de repente, como si alguien le hubiera dado a un interruptor, y aquél fue el momento que eligió Mack para cansarse de su juego y destrozar otro de los paneles de la oficina. Todos se agacharon, excepto Pete a causa de su corsé torácico.

—Doroty, traiga mi pistola —susurró Alan—. Pete, ¿crees poder mantenerlo a raya? Tengo entendido que te enseñaron a usar una pistola cuando estuviste en la poli ¿no?

—¡Enseñarme! —bufó Pete—. Todo mi entrenamiento duró seis semanas. Pero sí, puedo disparar sin hacer demasiado el ridículo.

—Doroty...

Ya se había ido.

—¿Qué infiernos puede haberle ocurrido a Mack? —le susurró Philip a Alan, agachándose a su lado.

—¡Vamos venid! —aulló Mack, saltando sobre las destrozadas cajas una y otra vez—. ¡Esto es divertido! ¿Por qué no os unís a la juerga?

—Ese disc-jockey de la radio tampoco parecía estar muy en sus cabales —dijo Pete, también muy suavemente, sin dejar de observar a Mack—. ¿Y todos esos incendios?

—¡Disturbios! —restalló Alan—. No te preocupes por eso ahora, tenemos nuestros propios problemas... ¡oh, gracias! —a Doroty, que le tendía el .32 que guardaba en su oficina contra los intrusos—. Pete, toma eso, mientras Phil y yo intentamos sorprenderlo por detrás, ¿de acuerdo? Si conseguimos saltar sobre él quizá podamos dejarlo fuera de combate. Adelante, Phil...

En aquel momento Mack vio el arma, que Alan no ocultó al tendérsela a Pete. Su rostro se crispó instantáneamente en una máscara de ciego furor.

—¡Hijo de puta! —aulló, y cargó contra ellos. Philip lanzó un grito y retrocedió, intentando proteger a Doroty, y Alan disparó.

—¡Maldito...! —Mack bajó la vista hacia su pecho, desnudo bajo su abierta camisa, y vio el redondo agujero junto a su esternón. Su expresión pasó a un intenso asombro—. Me has...

Una mancha oscura se extendió en el tiro de sus pantalones.

—Infiernos —dijo débilmente—. Me he meado.

Y se derrumbó lentamente de rodillas, y cayó boca abajo contra el suelo.

Doroty empezó a sollozar.

Hubo un largo silencio. La sangre empezó a mezclarse con la orina.

—Ahora tenemos que avisar a la poli —dijo Alan finalmente—. Con teléfono o sin teléfono. Pero... —Miró a sus compañeros uno a uno, suplicante—. Tuve que hacerlo, ¿no?

—Sí —Pete se humedeció los labios—. Si alguna vez he visto el deseo de matar en los ojos de un hombre... Cristo, ¿qué pudo ponerle en ese estado? Nunca se había

burlado del que yo fuera negro, como hacen algunos otros. Y luego, de pronto... ¡esto!

—Doroty —dijo Alan, sin poder apartar los ojos del cadáver—, ¿puede coger el coche y...?

—No —interrumpió Doroty. Estaba apretándose convulsivamente las manos para detener su temblor—. Ustedes no han visto cómo están las cosas ahí afuera. No puedo ir en coche sola a ningún lado. No me atrevería.

Philip y Alan intercambiaron una mirada.

—Creo que será mejor que vayamos a ver qué ocurre —dijo Philip, y abrió camino hacia su propio despacho... no el de Alan donde habían estado conferenciando antes cuya única vista al exterior era una alta pared oscura al otro lado de la calle. Apenas hubo abierto la puerta, lanzó una exclamación de aterrada sorpresa.

A lo lejos, el humo ascendía en enormes torbellinos nubosos hasta fundirse con el siempre encapotado cielo. Cuando abrió la ventana penetró un hedor a cosas quemadas: caucho, plástico, madera, Dios sabía qué más. Era infinitamente peor que cualquier incendio de río.

Un momento más tarde apareció un coche de policía haciendo sonar su sirena, y giró sobre dos ruedas hacia el centro de la ciudad. Tuvieron el atisbo de un hombre sentado junto al conductor, blanco, chillándole a un micrófono.

Tras él, rugiendo, varios camiones del ejército, al menos ocho o nueve, repletos de hombres armados con los rostros cubiertos con mascarillas.

—¡Corra fuera y pregunte qué está ocurriendo! —gritó Doroty, y Philip reaccionó. Pero antes de que pudiera alcanzar la calle los camiones ya habían pasado. Regresó secándose los ojos y tosiendo.

—¡Demasiado tarde! —dijo con un esfuerzo—. ¡Pero tiene que haber alguna forma de saber lo que pasa! ¿Tenemos otra radio?

—Sí, la mía —dijo Doroty, y corrió a buscarla.

Conectada con la banda Conelrad, dejó oír una aguda voz de niñita cantando. ¿Pero era realmente una niñita?

—¡Cástor era más grande que Pólux! Y cuando ambos se sentían juguetones, Pólux ofrecía su culo a Cástor para darle placer, y Cástor tenía un gran miembro y tres pelotas.

La voz bajó una octava y media y añadió en un tono completamente profesional:

—Permanezcan a la escucha. Mantengan sus receptores en esta longitud de onda y escucharán nuevas noticias.

Philip, cada vez más frenético, hizo girar de nuevo el dial. Terriblemente pálida, Doroty probó de nuevo el teléfono y confirmó que estaba completamente fuera de servicio, sin el más pequeño sonido en la línea.

—¡Guau, tipos! —dijo la radio, y se oyó una risa como un relincho—. Esto es realmente grande, seguro que sí. Es *fantástico*... ¡Hey, tú, hijo de madre, deja

tranquilo ese botón! ¡Este es *mi* programa! Si me cortas, vendré a cortarte otra cosa. —Se oyó el sonido de una botella rompiéndose—. Lárgate de aquí o te hago pedacitos, ¿entiendes?

Otra emisora estaba emitiendo el Himno a la Alegría de la Novena de Beethoven a 45 revoluciones en vez de a 33, y alguien lo estaba encontrando tan divertido que se reía más fuerte que la música.

No había nada más en el dial, ni siquiera en la longitud de onda de la policía, pero eso no significaba nada. La situación del lugar no era muy buena para las ondas cortas, y el aparato no era demasiado potente.

Alan pasó por delante de Philip y cortó la radio.

—Phil, tú tienes una mujer y chicos ahí abajo. Vete a casa.

—Pero...

—¡Ya me has oído! —Ásperamente—. Yo cerraré con Doroty, y luego la llevaré a su casa. Tengo mi pistola. Todo irá bien. Al pasar avisa a la policía de lo de Mack, ¿de acuerdo?

Philip asintió sintiendo martillear su corazón.

—Entonces yo acompañaré a Pete a casa. No puede conducir. —Dudó—. Gracias.

EL DESCENSO AL INFIERNO

Le costó a Pete entrar en el coche de Philip. Un impulso —quizá su propia conciencia — le había hecho comprar el modelo inmediatamente más pequeño de su marca preferida cuando había comprado su nuevo modelo del año el mes de junio pasado. Tras asegurarse de que Pete estaba bien acomodado, rebuscó en la guantera. Mascarillas filtro.

—Aquí están —dijo, ofreciéndole la que generalmente utilizaba Denise... la de los chicos hubieran sido demasiado pequeñas. Pete la tomó murmurando un gracias. Incluso con el precipitador conectado al ventilador, aquella hediondez era difícil de soportar. El aire estaba ya lleno de grasientas partículas negruzcas.

—¿Crees que es un ataque? —murmuró, con la voz ahogada por la mascarilla—. ¿O solamente disturbios?

—Dios sabe —respondió Philip, sacando algo más de la guantera: la .22 de Denise—. Toma esto también.

—De acuerdo. —Pete la depositó sobre sus rodillas, con su negra mano apoyada blandamente sobre la culata.

—Vamos. A tu casa primero.

Philip puso el coche en marcha y enfiló hacia la salida del aparcamiento... y tuvo que patear bruscamente el freno apenas llegó a ella. Procedente del centro de la ciudad, como un murciélago surgiendo del infierno, un loco de ojos desorbitados al volante de un Maserati.

¡VROOM!

—¿Qué demonios...?

Y detrás de él un Mustang, y un Camaro, y un enorme Lincoln, y...

Hubo un hueco. Philip lo aprovechó. Y conduciendo hacia la ciudad: nadie. Ni un coche durante diez manzanas, doce, ¡quince! Pero viniendo en la otra dirección había tantos coches que ocupaban más de su mitad de calle se metían en la otra mitad, ignorando los semáforos en rojo, cortándose el paso unos a otros, rozándose aunque sin llegar a chocar realmente...

—He visto eso mismo antes —dijo Pete—. El pánico.

—Sí.

Ante ellos, un Econoline se pasó un semáforo rojo a su derecha y les cruzó el paso para intentar meterse en el tráfico que salía de la ciudad. Su parachoques se enganchó con el de un Cadillac, y ambos coches tuvieron que parar.

—Oh —murmuró Philip, e hizo una maniobra para pasar por detrás del Econoline antes de que su propio semáforo se pusiera rojo. Se sentía extraordinariamente tranquilo. Era como si inconscientemente hubiera estado aguardando este día, el día que el cielo cayera sobre ellos, y había utilizado ya toda su reserva de miedo y

ansiedad. Volvería a casa, y encontraría a Denise y a los chicos, o no los encontraría. En el segundo caso los encontraría más tarde, o no volvería a encontrarlos nunca porque estarían muertos. Todo estaba prefijado, todo estaba más allá de su control.

Miró a Pete.

—¿Está Jeannie en casa? —preguntó.

—Probablemente —gruñó Pete. Sus manos se tensaron bruscamente sobre la pistola—. ¡Mira ahí delante!

A una manzana de distancia de ellos: una gasolinera incendiada, enormes lenguas de amarillas llamas. Alguien intentaba en vano conectar una manguera. Los curiosos, divertidos, gritaban e intentaban impedirselo tirándole latas y botellas. Philip se desvió rápidamente a la derecha y zigzagueó por algunas calles laterales que no conocía y que finalmente lo llevaron al lugar deseado. Milagroso. Gente obedeciendo ante un semáforo en rojo. Tomó la avenida paralela y pisó el acelerador.

Durante todo el tiempo, aullar de sirenas.

De tanto en tanto, el seco estampido de armas de fuego.

—Probemos otra vez la radio —dijo Pete, y pulsó el botón. Música. Aparentemente normal. La loca versión de *Summertime* de Estrepitoso Mortimer, con las atrevidas palabras de doble sentido características.

—En verano / chicos y chicas / y los de en medio / bailan y juegan / y jo y ja / y venga ya / adelante y atrás / ADELANTE Y ATRÁS / ¡jey-jeyja!

Y entonces: silencio. Pete, sorprendido, apagó y encendió de nuevo la radio, pero ya no había nada, en ningún lugar.

Allí, los escaparates de cinco o seis tiendas estaban rotos Pero ninguno de los otros síntomas habituales de un alboroto como barricadas cortando las calles y coches de patrulla y señales de desvío y... ¿Qué había sido de los camiones del ejército cargados de hombres? Y todo el mundo en las aceras parecía estar alegre. Frenando a medida que el tráfico se hacía más denso ante ellos, Philip miró a uno y otro lado. Estaban aún lejos del área principal de los incendios que ensuciaban de tal modo el aire. Debía ser en algún lugar entre la calle 18 y Stout, supuso, quizá en la gran oficina de correos. Vio a un muchacho agarrar a una mujer de mediana edad por la falda y darle una palmada en el trasero, y ella tiró y su falda se quedó en las manos del muchacho, y no llevaba nada debajo, y la mujer se alejó tranquilamente sin preocuparse.

—¡Todo el mundo se está volviendo loco! —murmuró Pete—. ¡Como Mack!

—No puedo creerlo —dijo irritadamente Philip—. Mira, ahí delante hay un coche de la policía. Podemos preguntarles...

Rodeado por un carcajeante grupo de jóvenes. ¡Infiernos! Muy lentamente, Philip pasó junto al coche de la policía y se arrimó al bordillo, y vio incrédulamente por qué se habían reunido los jóvenes en torno a él: el conductor y el hombre que iba a su lado estaban estrechamente abrazados, y se besaban con pasión.

Una chica estaba pintando una calavera y unas tibias cruzadas en la capota del coche con un lápiz de labios. Era un buen trabajo, artístico, con el número correcto de dientes y todo lo demás.

Y en aquel momento alguien les disparó, y un agujero apareció de pronto en la esquina izquierda del techo del coche, y la ventanilla trasera saltó hecha pedazos.

Philip se sintió tan sorprendido que estuvo a punto de perder el control, pero lo recuperó antes de que chocara contra ninguno de los peatones. Y luego apareció una verdadera barrera de la policía. Era algo tan familiar que se sintió a la vez tranquilizado y fastidiado.

—¡Hey, yo conozco a ese tipo! —dijo Pete mientras un patrullero negro les hacía señas de que se detuvieran. Bajó el cristal de su ventanilla y se quitó la mascarilla filtro, aún a riesgo de un acceso de tos—. ¡Chappie! ¡Chappie Rice! —llamó.

—¿Quién demonios...? ¡Oh, mierda, si es Pete Goddard! ¡Muchacho, hace meses que no te veo! —El policía alzó la vista para asegurarse de que no venían más coches, y se inclinó hacia la ventanilla de Pete.

—Chappie, este es Phil Mason, ahora trabajo para él. Oye, ¿qué diablos está pasando?

—¡Muchacho, acabo de llegar! No estaba de servicio, pero llamaron a todos los que pudieron localizar. Todo lo que sé es que la ciudad parece haber perdido el seso. Allá en Arvada y en Wheatridge han hecho acudir al Ejército, doscientos cincuenta hombres de Wickens. Hay como trescientas o cuatrocientas casas incendiadas, pandillas de chicos idos por las calles con el culo al aire, cantando su loca canción y rompiéndolo todo a su paso. Por la parte de correos hay como cuatro edificios en llamas, almacenes y bloques de oficinas, y estaciones de gasolina saltando por los aires por todas partes, y aquí mismo hemos atrapado a un francotirador... Oye, ¿has visto este agujero en vuestro techo?

—¡Lo hemos visto! —gruñó Philip—. Oficial, estoy intentando llevar a Pete a su casa. ¿Cuál es el mejor camino? Vive en... ¡oh, mierda! ¿Cuál es el número?

Pete dio su dirección. Chappie Rice adoptó un aire grave.

—Amigo, si yo quisiera ir hasta allí no lo haría desde aquí. Pero si retrocede hasta el último cruce, y luego se dirige tres manzanas al sur, y...

Lo hicieron.

La zona estaba desierta. Todo lo que trastocaba la ciudad parecía estar muy lejos aunque de hecho no estaba a más de cinco o seis manzanas de distancia. La calle donde vivía Pete se había cerrado sobre sí misma como una ostra asustada. No había literalmente nadie a la vista cuando Philip frenó frente al edificio de apartamentos, excepto las cortinas que se agitaban en muchas ventanas.

—Espera —advirtió Philip—. ¿Francotiradores?

Treinta tensos segundos. No ocurrió nada. Pete dijo:

—Oh, Dios. Gracias al cielo. ¡Ve a Jeannie!

Philip miró hacia la ventana de su apartamento. Allí estaba ella, agitando frenéticamente la mano.

—Gracias por la mascarilla... ¡y la pistola! —dijo Pete. Abrió la puerta, forcejeó torpemente para sacar sus piernas del coche. Philip puso el freno de mano y se apresuró a dar la vuelta al coche para ayudarle, pero allí llegaba ya Jeannie, corriendo.

—¡Oh, Pete, querido! ¡He estado intentando llamarte, pero ningún teléfono funcionaba! —Lo rodeó con sus brazos, y casi estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio—. ¿Te encuentras bien, amor?

—Hemos... hemos tenido algunos problemas en el almacén —dijo Pete. Philip recordó desanimadamente que no había dicho nada al policía de la muerte de Mack; frente a todo lo que estaba ocurriendo en la ciudad, había parecido algo sin la menor importancia.

—¿Pero *tú* estás bien?

—Sí, completamente, gracias a Phil.

Jeannie se giró hacia Philip y lo abrazó y lo besó y dejó en su mejilla una húmeda huella: lágrimas.

—¡No sé cómo darte las gracias! —exclamó—. Si le hubiera ocurrido algo a Pete, me hubiera vuelto loca. Como todos los demás...

—No tiene importancia —dijo torpemente Philip—. Yo... esto... será mejor que me vaya también a casa. ¿Puedes ir solo hasta dentro, Pete?

—Oh, desde aquí es fácil. Lo hago todas las veces. Esto... gracias de nuevo.

Philip se dio la vuelta para regresar al coche. Cruzando la acera, Pete gritó:

—¡Nos veremos mañana, si eso se arregla un poco!

—¡De acuerdo!

En la calle donde vivía: un coche ardía lentamente, su morro clavado en un buzón de correos. En la acera opuesta, un perro espatarrado sobre sus patas traseras, aullaba lastimosamente. El sonido puso un estremecimiento en la columna vertebral de Philip. Allí tampoco se veía a nadie.

Cerrando la entrada del garaje subterráneo bajo su bloque de apartamentos, la reja de hierro antirrobo. Se detuvo a unos centímetros de ella e hizo sonar el claxon.

Nadie acudió a abrirle.

En algún lugar debía tener la llave que le habían dado, pero nunca la había utilizado porque...

Rebuscó en la guantera, esperando que estuviera allí, y mientras revolvía su contenido —tisúes usados manchados con el lápiz de labios de Denise, gafas de sol rotas pertenecientes a Josie, recibos de la Bank Americard, una bujía de recambio, cosas increíbles— el coche, y el suelo, se estremecieron, y un monstruoso ruido sordo

hirió sus oídos. Saltó y miró alocadamente por encima de su hombro. Colgando en el aire, a no más de media manzana de distancia, una nube de humo destellaba con innumerables chispas, como una explosión de magnesio.

¡Al infierno el coche!

Saltó fuera, sin cerrar la portezuela, sin siquiera parar el motor, y corrió hacia la entrada de la calle. Para aquella verja sí tenía una llave; la había pedido porque los guardias estaban constantemente enfermos. No la cerró a sus espaldas, sino que corrió hacia los ascensores...

Y no fue capaz de aguardar a que llegara uno, sino que echó a correr escaleras arriba.

Llegó jadeante a su piso, y la puerta del apartamento estaba cerrada contra él, y golpeó y pateó y golpeó, y hubo otra explosión fuera que hizo caer polvo de una grieta en el techo que no recordaba haber visto antes.

Dentro del apartamento, ruido de movimientos. Gritó.

Pasadores siendo descorridos. El clinc de una cadena de seguridad.

Y allí estaba Denise, inundada en lágrimas.

—¡Oh, amor! —La atrajo a sus brazos, frenético, y la sintió temblar y temblar—. ¡Querida, todo está bien! Estoy aquí, y... Y me dejé la pistola en el coche, y dejé el coche con la portezuela abierta y el motor en marcha. Cristo, ¿yo también estoy loco? ¿Ha perdido el juicio todo este jodido mundo en una hora?

—No todo está bien —dijo Denise. Sus lágrimas habían cesado, y su voz tenía la frialdad del mármol. Cerró la puerta y se giró para enfrentarse a él—. No puedo contactar con la policía.

—Amor...

—No todo está bien. Se trata de Josie.

Hubo un instante de silencio absoluto. No se produjo nada. Ni dentro, ni fuera del edificio... en ningún lugar, hasta los confines del universo.

—Creí que solo estaba durmiendo. Pero Harold la mató.

EL DOLOR REVISITADO

... incendios incontrolados. Al caer la noche, Denver parece desde el aire como el cráter de un volcán. Estaciones de gasolina, tiendas y casas particulares se están convirtiendo en humo. Constantemente, mezclados con el rugir de las llamas, uno puede oír el restallido de disparos. A veces es la policía batiéndose desesperadamente en retirada contra la población de una ciudad que parece haberse vuelto contra ella en un abrir y cerrar de ojos. A veces son los refuerzos del Ejército y la Guardia Nacional que intentan restaurar el orden en los suburbios de los alrededores. Dos mil hombres destinados a Honduras han sido enviados ya a Denver y lanzados en paracaídas sobre la zona con equipamiento completo de combate. Porque esto no son ya simples disturbios.

Y la lava de este volcán... bueno, es la gente. Decenas de miles de personas, viejos y jóvenes, negros y blancos, desparramándose por los campos de los alrededores. Todas las autopistas más importantes que salen de la ciudad se hallan bloqueadas por colosales embotellamientos, en los que se calcula que se hallan implicados dieciocho mil coches. Algunos han chocado, algunos se han averiado, los conductores de otros han sido muertos por francotiradores... pero las razones no importan, sólo las consecuencias. Abandonando sus coches, a menudo a una o dos manzanas de su casa, la población huye, cargando lo que puede, abandonando a las llamas lo que no puede cargar. Los observadores lo comparan con los éxodos de la guerra para dar una idea de su escala, pero imagino que eso no les va a decir a ustedes mucho. La catástrofe ha surgido de ningún lugar, y nadie sabe qué infiernos está ocurriendo...

FUERA DE CONTROL

Presidente: ¡Pero necesitamos a esos hombres! ¡Los tupas están a tiro de mortero de San Pedro Sula!

Estado: Dejemos que los morenos hagan su propio sucio trabajo por una vez. Esto no son simples disturbios... es una guerra civil.

Defensa: Me temo que eso es en líneas generales cierto, señor Presidente. Ya no se trata de una acción subversiva. Es más bien lo que uno podría esperar si alguien hubiera...

PARTE DE LA TRANSCRIPCIÓN OMITIDA
DISPONIBLE TAN SOLO PARA PERSONAL CON
AUTORIZACIÓN DE SEGURIDAD TRIPLE-ESTRELLA

... así que por supuesto el antídoto nunca fue almacenado. Debemos intentar obtener una cantidad importante de él de alguna compañía farmacéutica inmediatamente. Mientras tanto... bien.

Inteligencia: Mientras tanto, sólo hay una cosa que podamos hacer. Poner la zona bajo ley marcial, todo el Estado si es necesario, y acordonarla con tropas con órdenes de disparar a matar si alguien se niega a obedecer.

Justicia: Sí, no hay otra alternativa, señor. Este país simplemente no está equipado para enfrentarse a cuatrocientos mil lunáticos.

OCTUBRE

LOS HOMBRES TIC-TAC

FERNANDO: ...Bien, que tenga en cuenta,
Que no conseguirá el descanso hasta que el mundo,
El gran globo de este orbe de mares y tierras,
Tictaquee a placer como el reloj de una iglesia.
Tú eres un engranaje, Juan, como lo soy yo:
El nos moldeó redondos, y nos dotó de dientes,
Y nos revistió de oro...

JUAN: Di más bien: ¡nos castró!

FERNANDO: Ajá, eso hizo, hermano. Y todo esto
Forma parte de su mecanismo. Entiende, él es el áncora;
Nosotros seguimos su ritmo como un simple mecanismo;
Los ducados son el aceite que hace girar el eje
Sin un chirrido.

JUAN: ¡Yo chirriaré, lo juro! Despotricaré.
Y apelaré a los huracanes en su cabeza,
¡Conjuraré terremotos bajo su paso!

FERNANDO: No tienes escapatoria, Juan. Estás encadenado.
Ante tu vana furia asentirá educadamente
Y dirá que has venido a dar la hora,
Y te dará las gracias...

—«La tragedia de Ercole», 1625.

DECLARACIÓN DE EMERGENCIA

—Gracias. Amigos y compatriotas americanos, ningún presidente de los Estados Unidos ha tenido nunca una tarea más dolorosa que la que me abrumba en este momento. Es mi triste deber informaros que nuestro país se halla en estado de guerra. Una guerra que no ha sido elección nuestra. Y, además, no una guerra con bombas y tanques y misiles, no una guerra que sea luchada por soldados valientes en el campo de batalla, marineros desafiando el hostil mar, aviadores surcando el cielo... sino una guerra que debe ser luchada por vosotros, el pueblo de los Estados Unidos.

»Hemos sido atacados con las más cobardes, las más monstruosas, las más diabólicas armas jamás concebidas por mentes tortuosas. Hemos sido víctimas de un ataque combinado a la vez químico y biológico. Todos sois conscientes de que nuestras cosechas fracasaron desastrosamente este verano. Nosotros, los miembros de mi equipo y yo, pospusimos el anuncio de la verdad con la vana esperanza de que podríamos contener la amenaza de los jigras. Ya no podemos seguir haciéndolo. Es bien sabido que fueron introducidos deliberadamente en este país. Son la misma plaga que arruinó toda la agricultura de Centroamérica y condujo al triste y lamentable conflicto de Honduras.

»Pero eso hubiéramos podido soportarlo. Nosotros los americanos somos un pueblo adaptable, valeroso, acostumbrado a sufrir. Hacemos lo que es necesario. Pero hay algunos entre nosotros que llevan el nombre de “americanos” y son traidores, dispuestos a derrocar el gobierno legítimo, libremente elegido, a hacer imposible el trabajo de la policía, a denigrar y desprestigiar el país al que amamos. Algunos de ellos se adhieren a credos extranjeros, el comunismo de Marx y Mao; alguno otros, detestablemente, se adhieren a credos también extranjeros aunque generados dentro de nuestras fronteras... los trainitas, cuyo líder, gracias a Dios, se halla a buen recaudo en una cárcel aguardando su justo castigo por secuestrar a un muchacho inocente y privarle de su libertad e infectarle con horribles enfermedades que pusieron en peligro su vida.

»Estamos luchando contra un enemigo que se halla entre nosotros. Lo reconoceremos por sus palabras tanto como por sus actos. Una de las grandes ciudades de nuestra nación se retuerce actualmente en la agonía debido a que sus reservas de agua, el precioso flujo diamantino que alimenta nuestras vidas, han sido envenenadas. Vosotros quizá digáis: ¿cómo podemos resistir a un enemigo cuya arma es el chorro que mana de nuestros grifos, el distribuidor de agua fresca en el que saciamos nuestra sed en la fábrica o en la oficina? ¡Y yo os diré esto! ¡Sois vosotros, el pueblo de nuestra gran nación, quien debe proporcionar la respuesta!

»No va a ser fácil. Va a ser muy duro. Nuestros enemigos han tenido éxito reduciendo nuestros stocks de alimentos hasta tal punto que vamos a tener que

compartir todos lo que queda. Tras mis palabras, seréis informados de las medidas de emergencia que hemos puesto en marcha para una equitativa distribución de los alimentos que tenemos. Seréis informados también de los planes que tenemos para silenciar a los traidores y subversivos conocidos. Pero el resto os corresponde a vosotros. Sabéis quién es el enemigo... os lo encontráis en el trabajo, le oís hablar de traición en las reuniones, lo habéis visto acudir a los actos del frente comunista, habéis observado los libros antiamericanos en su biblioteca, os habéis negado a reír sus pretendidos chistes que arrastran el nombre de los Estados Unidos por el fango, habéis cerrado vuestros oídos a su propaganda antiamericana, les habéis dicho a vuestros hijos que se mantengan alejados de sus hijos que están aprendiendo a seguir sus traidores pasos, los habéis visto en una manifestación trainita, sabéis cómo han mentido y difamado a los leales americanos que han levantado nuestro país hasta convertirlo en la nación más rica y poderosa de la historia.

»Amigos míos, vosotros me elegisteis para conducirnos al tercer siglo de la existencia de nuestro país. Sé que se puede confiar en vosotros para que hagáis lo que es correcto. Sabéis quién es y dónde está el enemigo. ¡Golpead antes de que él os golpee!

¡LO HA DICHO!

—¿Has oído lo que ha dicho ese hijo de puta de Train?

—¡Claro que lo he oído! ¡Y ni siquiera se ha celebrado aún su juicio!

PONIENDO LAS COSAS EN ORDEN

Toc, toc.

Sucio, sin afeitarse, vestido con ropas que llevaba desde hacía más de una semana, Philip buscó su pistola antes incluso de abrir los ojos. Aún era casi oscuro en la sala de estar del apartamento, donde habían decidido establecer la base de su hogar. Les habían cortado la electricidad desde el inicio de la emergencia. También les habían cortado el agua. Antes de que las pilas de su transistor se agotaran, habían sabido que había sido el agua lo que había vuelto loca a la ciudad... y a Harold.

El niño permanecía sentado en un rincón, sucio, indiferente, chupándose el pulgar y mirando al infinito. No había hablado desde que matara a su hermana. Cualquiera hubiera dicho que era un autista.

Josie estaba en el congelador, con la tapa cerrada. Estaba empezando a oler mal. Pero eso no era nada comparado con el hedor que brotaba del cuarto de baño.

Denise, tan sucia como él mismo, sin su peluca, con las cicatrices de su tiña estriando su cuero cabelludo, se alzó y susurró:

—¿Quién puede ser?

—¿Cómo mierda quieres que lo sepa? —restalló Philip, apoyándose en la esquina de la mesa y apartando el sueño de sus ojos con los nudillos de su mano que sostenía la pistola. Se sentía realmente enfermo esta mañana, peor que ayer, pero habían roto su único termómetro cuando intentaron tomarle la temperatura a Harold, y sus dos únicas expediciones al exterior no lo habían llevado hasta la farmacia. La primera había sido para recuperar su pistola; la segunda no había conseguido nada excepto la información de que todas las tiendas de comida de las cercanías habían sido saqueadas. Estaban viviendo de hamburguesas super congeladas y de zumo de naranja.

Se dirigió hacia la mirilla rodeando su improvisado fuego. No era divertido vivir en un moderno apartamento sin ninguna de sus comodidades. El gas había sido cortado casi al mismo tiempo que la electricidad. Habían tenido suerte de encontrar una plancha de amianto sobre la que colocar las parrillas de su cocina.

Miró cautelosamente fuera, y se envaró.

—¡El Ejército! —dijo en un soplo, y al mismo tiempo oyó ruidos en el apartamento contiguo, que había permanecido completamente silencioso durante dos días.

—¿Estás seguro? —Denise se puso de rodillas, temblando—. Podría ser alguien pretendiendo...

Pero había algo convincente en el hombre al otro lado de la puerta: un sargento primero, con el rostro medio oculto por su máscara filtro reglamentaria, sujetando un bloc de notas y un bolígrafo, haciendo algún tipo de censo, quizá. Luego, tras él,

apareció a la vista otro hombre, un soldado con el brazalete del cuerpo médico. Llevaba una caja de ampollas y un frasco de píldoras blancas.

—Ya voy —murmuró, y descorrió los cerrojos, aunque dejó puesta la cadena de seguridad y comprobó que su pistola estuviera bien a la vista.

Y...

—¡Suelte la pistola o disparo! —Como por arte de magia, el sargento tenía una carabina entre las manos, apuntándole; la debía llevar colgada a su espalda, con el cañón hacia abajo, de modo que un simple movimiento de su brazo bastara para ponerla en posición de fuego.

—Pero si no pretendo hacer nada —dijo Philip con voz débil—. Yo vivo aquí. ¡Esta es mi casa!

Sucia. Hedionda. Asquerosa. Puerca. Mía.

—¡Suelte el arma!

Se alzó de hombros y la tiró a un almohadón cercano.

—Eso está mejor —dijo el sargento—. ¿Es usted Philip A. Mason?

—S-si.

—¡Documentación!

Philip rebuscó en el bolsillo de atrás de sus pantalones y sacó su billetera, de donde extrajo su carné de conducir. Tomándolo, el sargento añadió:

—Y abra esta maldita puerta, ¿quiere?

—Yo... ¡oh, sí, claro! —Soltó la cadena. El soldado entró y miró a su alrededor, frunciendo la nariz. Llevaba ahora su mascarilla colgando junto a su mentón, y parecía arrepentido de habérsela quitado. Pero el aire allí dentro no era peor que el que tendrían si abrían una ventana; algunos de los incendios del centro habían estado ardiendo durante más de cinco días, y el viento todavía traía humo de los suburbios.

—¿Y usted es la señora Mason? —dijo el sargento, devolviendo a Philip su carné de conducir—. ¿Y tienen dos hijos?

El tono de autoridad de la voz del sargento, descubrió Philip, era curiosamente tranquilizador. Desde la muerte de Josie había llegado a imaginar que ya nadie en el mundo sabía adónde iba. El mismo había pasado innumerables horas consecutivas, a veces incluso medio día, mirando por la ventana a las grandes espirales de humo, incapaz de reaccionar, y menos aún de hacer planes.

Denise se puso tambaleante en pie, aferrando una sábana contra su pecho. Aunque iba completamente vestida —ni ella ni Philip se habían quitado sus ropas en la última semana—, aquello no quería decir nada.

Entonces un tercer hombre entró en el apartamento, otro soldado, arrastrando un saco de arpillera con algo pesado en el fondo. Al ver la pistola de Philip la cogió, vació los cartuchos que contenía, y la echó en el saco.

—¡Hey, es mía! —objetó Philip débilmente.

—Las armas de fuego están prohibidas en esta ciudad —gruñó el sargento—. Hemos tenido veinte mil personas muertas por disparos. ¿Es ese su hijo? —

Señalando a Harold, que ni siquiera seguía a los intrusos con la mirada.

—Oh... sí.

—¿Y el otro chico, la niña?

—Bien...

—Está muerta. —Denise, con voz muy clara.

El sargento tachó algo en su hoja, sin mostrar la menor sorpresa.

—Ajá. ¿Cómo?

—Harold la mató. ¿Quiere ver su cuerpo?

Aquello pareció afectar la frialdad del sargento. Bajando su bloc, la miró.

—El la mató —dijo Denise—. Yo pensé que sólo estaba dormida, pero él la apuñaló y luego la tapó con su sábana favorita. —Su voz era monocorde, vacía de toda emoción. Había sido una semana infernal; ya no quedaba nada en ella.

El sargento y el enfermero intercambiaron una mirada.

—Creo que será mejor que envíe al doc para que lo compruebe —dijo el soldado tras un momento—. Eso está más allá de mi competencia, sargento.

—De acuerdo. —El sargento se humedeció los labios—. Vaya a ver si ha terminado con los cuerpos de la puerta de al lado.

—¿Cuerpos? —Philip se adelantó medio paso. Nunca habían sido muy amigos de los Friedrich del apartamento contiguo, pero se saludaban cada vez que se cruzaban, y el día en que había estallado la crisis, cuando él aún pensaba en unir sus fuerzas y recursos, había intentado hablar con ellos... pero se habían negado a abrir la puerta.

—Ajá, cuerpos —dijo el sargento secamente—. Aún no hemos encontrado a nadie vivo salvo ustedes en este edificio. ¿Ha cumplido usted su servicio militar? —El bolígrafo se preparó a hacer otra señal en su formulario.

—Yo... —Philip tragó dificultosamente—. Bueno, tengo mi certificado de licenciamiento. —Sacó de nuevo la billetera. Uno tenía que llevar aquel documento constantemente encima, desde que las operaciones en Honduras habían empezado a ir mal; se mostraban muy estrictos con los desertores.

—¿Hum? ¿Manila? Yo también estuve allí —dijo el sargento, escribiendo algo rápidamente—. ¿Por qué demonios no se presentó cuando le correspondía?

—No comprendo —dijo Philip lentamente.

—Se supone que tenía que presentarse usted en Wickens si no estaba enfermo o loco. O en el Arsenal. Hace tres días. —El sargento le devolvió el certificado—. Corre el riesgo de meterse en problemas, señor Mason.

Philip agitó la cabeza.

—¿Lo dijeron por radio o algo así? —dijo débilmente—. Nuestra radio hace más de tres días que no funciona... la teníamos encendida todo el tiempo al principio, porque intentábamos saber lo que estaba ocurriendo... y el teléfono no funcionaba tampoco, y la última vez que bajé a la calle me dispararon no sé de dónde.

El sargento se lo quedó mirando pensativo.

—Bueno, supongo que no serán duros con usted. Necesitamos a cualquiera que podamos encontrar que no esté ni enfermo ni loco.

—Estoy un poco enfermo —dijo Philip—. Fiebre, creo.

—Oh, eso no es nada. Es esa cosa de los conejos que nos da dolor de cabeza... ¿Cómo se llama, Rocco?

—Tularemia —dijo el enfermero—. Pero el tifus es peor, y he oído decir que también hay viruela.

Philip miró a Denise, y descubrió que estaba tan abrumada por los acontecimientos que simplemente permanecía allí inmóvil con la boca abierta. El también se sentía igual.

—¿Tienes una bolsa para la niña? —continuó el sargento, volviéndose hacia el otro soldado, el que estaba recogiendo las armas. El hombre asintió y sacó algo parecido a un grueso cigarro de color negro; lo agitó, y se desenrolló convirtiéndose en una bolsa de resistente plástico, de aproximadamente metro ochenta por cincuenta centímetros.

—Ataúdes —dijo el sargento con una sonrisa sarcástica—. Hacemos todo lo que podemos...

—¡Dios mío, es Phil Mason! —Un grito procedente de la puerta, y Doug McNeil entró como una tromba—. ¡Y Denise! ¡Gracias a Dios que vosotros estáis vivos!

Estaba ojeroso, con la barba crecida, y vestido con un mono de faena de color caqui dos tallas demasiado grande, pero por la forma como se movía parecía estar bien. Philip se preguntó si se atrevería a echarle los brazos al cuello y a estallar en sollozos.

Pero antes de que pudiera reaccionar de una manera tan ridícula Doug había visto a Harold. Una simple mirada, y se giró hacia Denise.

—¡Ha bebido agua!

Denise asintió torpemente. Habían pensado en aquello un centenar de veces, reconstruyendo la forma en que, mientras su madre estaba dormitando tras tomar aquella masiva dosis de calmantes para su dolor de cabeza, él debía haber bebido del mortal grifo, y luego había tomado el cuchillo y lo había clavado en el vientre de su hermana.

—¿Josie?

—Aquí —dijo Philip, y condujo a Doug a la cocina.

Permaneció silencioso durante un largo tiempo, luego regresó a la sala de estar, agitando la cabeza.

—¡Procedimiento de evacuación! —restalló al hombre con la bolsa de plástico, y añadió—: Lo siento, Phil. Pero debemos retirar todos los cadáveres fuera de la ciudad e incinerarlos, tan pronto como podamos. Efectuaremos una cremación en masa, con un servicio religioso. Estamos celebrando tres de ellos al día. Denise puede asistir si quiere.

—¿Pero yo no?

Doug vaciló. Luego, con una rápida destreza profesional, comprobó el pulso de Philip, tiró de uno de sus párpados, le pidió que sacara la lengua.

—No, tú no. Eres afortunado. No tienes ni idea de lo *afortunado* que eres. Rocco, ¿lo ha tratado ya?

—Todavía no, señor —dijo vacilante el enfermero.

—¡Infiernos, ¿y a qué espera?! —Se apartó del camino del hombre que intentaba meter a Josie dentro del saco de plástico. Denise no había hecho ningún movimiento para ayudarlo. Seguramente no podía. Y dirigiéndose de nuevo a Philip—: Me han dicho que tenemos casi un arma de fuego y media por cada dos personas. Aquellos que no han recibido ningún disparo se han vuelto locos, y aquellos que no se han vuelto locos sufren alguna de las tres o cuatro enfermedades mortales que corren por ahí... Estamos recogiendo lo que queda.

Rocco le estaba ofreciendo una píldora y una ampolla. Embotado, Philip las tomó.

—La píldora es un antibiótico de amplio espectro —dijo Doug—. Una de esas penicilinas, todo lo que hemos podido conseguir aprisa en cantidad suficiente. Es mejor que nada, creo, aunque provoca reacciones alérgicas en alguna gente. Por eso precisamente no ha sido comercializada nunca lo suficiente como para hacer que los microbios se burlen de ella. Y el líquido es un antídoto específico contra los gases neurotóxicos.

—¡Gases neurotóxicos! —Un grito de Denise, que aceptaba su propio lote de manos de Rocco.

—Bueno, así los llamamos por conveniencia. En realidad es un psicotomimético militar. Dios sabe cómo pudieron introducirlo en el agua. ¡Tuvo que ser literalmente una tonelada como para producir este daño! No conozco todos los detalles, pero los expertos del Departamento de Defensa vinieron corriendo anteayer con grandes cantidades del antídoto. —Suspiró. Lo malo es que en la mayoría de los casos llega demasiado tarde. La gente que no fue advertida a tiempo hizo lo lógico, como llenar la bañera y todos los recipientes que tenían a mano, y han seguido bebiendo el agua envenenada. Cuarenta y ocho horas, y ya es irremediable.

—¿Pero quién lo hizo? —murmuró Philip—. ¿Y es todo el país, o solamente nosotros?

—Solamente Denver y sus alrededores —dijo Doug alzándose de hombros—. Pero hubiera podido ser todo el país. Estamos bajo la ley marcial, se ha establecido el racionamiento, y seguiremos así hasta que el gobierno se digne cambiar de opinión.

—¡Doctor, vigile su lengua! —restalló el sargento.

—¡Oh, cálese! —replicó Doug—. No estoy bajo la disciplina militar... soy un voluntario civil. Y más aún, tengo la impresión de que soy uno de entre la docena escasa de doctores aptos aún para el trabajo en toda la ciudad y sus suburbios. Y todo lo que estoy diciendo es que mi trabajo sería un poco más sencillo si nos dijeran toda la verdad. Estoy trabajando a oscuras la mitad del tiempo... y usted también, ¿no?

El sargento vaciló.

—Bueno, doc, cuando se trata de un caso de miles de lunáticos repentinos... — abrió los brazos.

—Sí —dijo Doug irónicamente—. ¡Repentinos! —Mirando por encima del hombro de Philip, al lugar donde Rocco y Denise estaban intentando persuadir a Harold de que tomara la píldora y el antibiótico... sin éxito; se dejaba hacer como un conejo muerto, pero no cooperaba.

—Phil —bajando repentinamente la voz—. Tienes que presentarte inmediatamente... todos los que han servido en las fuerzas armadas han sido llamados de nuevo de la reserva, y tú estás en mejor condición que la mayoría de los soldados de servicio que he visto por aquí. Eso significa que va a ser duro para Denise.

—¿Qué quieres decir? —La mente de Philip había estado llena de niebla durante días. Se negaba obstinadamente a aclararse.

—Bueno... Bueno, con Harold que nunca va a recobrase, ya sabes. Estamos seguros de ello, cuando ocurre a chicos tan jóvenes. Y si tú eres enviado a otro lugar, y... ¡Yo no te lo he dicho!

Casi se había dado media vuelta; se giró de nuevo para mirar a Philip directamente.

—¡Alan! ¡Está muerto!

—Oh, Dios mío. ¿Cómo ocurrió?

—Quemado vivo en su almacén. Junto con Doroty. Yo estaba con el grupo que revisó las ruinas. —Doug se humedeció los labios—. Pensamos que alguien que tuvo problemas con sus filtros debió sumar dos más dos cuando se avisó de lo del agua envenenada. Decidió que eran los purificadores Mitsuyama quienes habían causado el desastre. El y Doroty habían vuelto a la oficina al día siguiente de la crisis, y alguien lanzó bombas de gasolina. También resultó quemado un policía. ¿No hubo alguien muerto de un disparo?

—Mack —dijo Philip lentamente—. ¿Quién te lo dijo?

—Pete Goddard. Está bien... y Jeannie. Están ayudando en el control de las víctimas.

Así que algunas personas al menos iban a sobrevivir. Philip dijo:

—¿Y en cuanto a Harold?

—Oh. Oh sí. Va a ser... una carga para Denise.

—Lo supongo. —Esa maldita bruma mental no quería irse; era como intentar pensar entre la anestesia y el coma—. Pero ellos ayudarán, ¿no? Y además tenemos un poco de dinero, y...

—¡Oh, mierda, *Phil!* —Tan agitado, que tuvo que sujetarse al brazo de Philip para detener sus palabras. También en voz baja, privadamente—: Los bancos están cerrados, todo está cerrado aquí, y no hay ningún transporte que salga de la ciudad, nada, ¡*nada!* Y Harold en estas condiciones... —agitó la mano.

—Pero he visto cosas peores que esta. Ser atendido por la Fundación de la Comunidad de la Tierra por ejemplo. —Hacía tanto tiempo, un chico con una pierna atrofiada cruzando la entrada del aparcamiento de Angel City en Los Angeles—. O auxiliado por la Doble-V. Quiero decir, Harold sólo es un chico enfermo.

—Han sido proscritas —dijo Doug.

—¿Qué?

—La Fundación de la Comunidad de la Tierra y la Doble-V. Ambas están en la lista de organizaciones subversivas a cerrar desde que el país se puso en pie de guerra. Así como todos los grupos pro derechos civiles, todos los editores de izquierdas... —Doug agitó la cabeza—. Y no quieren decirnos contra quienes estamos luchando.

—¡Contra ellos! —dijo el sargento. Philip no se había dado cuenta de que estaba escuchando—. ¡Es el ataque más despreciable de la historia! ¡Chicos como el suyo completamente locos! ¡Mujeres! ¡Todo el mundo! ¡Ni siquiera matados limpiamente!

Philip asintió con lentitud.

—De acuerdo, al fin y al cabo no voy a hacerte mi oferta —dijo Doug, y se giró hacia Rocco, que le tendía un fajo de formularios—. Por cierto, ¿cuál es el nombre completo de Josie y su fecha de nacimiento? Debo adjuntarlo a su bolsa.

Philip le proporcionó los datos con voz monótona. Y prosiguió:

—¿Qué... qué oferta?

—Una bolsa como ésta —dijo Doug, sin mirar a su alrededor—. Es o eso, o morir de hambre, o ser muerto en un accidente, o morir de tifus... Bien, resulta claro que no lo aceptarías.

—¿Estás matando niños? —estalló Philip.

—No. Evitándoles la agonía de morir por sí mismos. —Doug se giró y se enfrentó de nuevo con él. Había algo en sus ojos que podría haber sido piedad, pero Philip ya no era receptivo a la piedad.

Su voz se ablandó.

—Mira, te haré otro favor. En este momento eres incapaz de pensar correctamente. Puede que incluso hayas tomado una dosis subclínica de gas neurotóxico... el alucinógeno. Te voy a dar una nota diciendo que no estarás lo suficientemente recuperado como para presentarte a tus obligaciones hasta mañana. Piensa acerca de Harold y Denise mientras tienes la posibilidad. Es la única que tendrás.

Philip se lo quedó mirando sin comprender.

—Una cosa más —dijo el sargento—. ¿Tiene usted algo de comida? Porque debemos llevarnos todo lo que no le sirva hasta más allá de pasado mañana. Han prometido camiones de raciones para pasado mañana, con sopa y pan.

Y eso fue demasiado. Philip se giró hacia la cocina con un gesto y apoyó su frente contra una pared. Estaba cubierta con una película de grasienta suciedad, pero al menos era fría. Como desde muy lejos, oyó a Denise decir:

—¿Y Angie? ¿Y Millicent?

—Mi madre está muerta —respondió Doug—. Pero Angie está bien. Había sido enfermera. Está en otro grupo como éste.

Cuando la puerta se cerró, Philip dijo:

—Si pudiera ponerles las manos encima a los bastardos responsables de esto, yo... yo...

Y no pudo pensar en nada lo suficientemente fuerte para hacerles.

EL ANTEPROYECTO

... incluye prima facie pero no ipso facto lo siguiente: a), Homosexualidad o indecencia grosera con otra persona del sexo masculino; b), Posesión o comercio de un estupefaciente ilegal o cualquier otra droga; c), Vivir de los beneficios de la prostitución; d) Ser miembro del Partido Comunista o de una de sus organizaciones de pantalla (ver lista anexa); e), Trainismo; f), Abogar por el derrocamiento del gobierno mediante la violencia; g), Difamar al Presidente de los Estados Unidos; h),
...

VIAJE CON ÁCIDO

Hugh estaba muy enfermo. A veces pensaba que tenía que ser un envenenamiento de la sangre porque tenía esas ulceraciones en la cara, directamente encima de la boca, de tal modo que cuando se pasaba la lengua por los labios notaba el sabor dulzón del pus. A veces pensaba que tenía que haber pillado alguna otra cosa, un tipo de fiebre distinto de lo demás. Pero la mayor parte del tiempo pensaba que estaba realizando un viaje, sólo que había olvidado cuándo había tomado la cápsula de ácido. Todo el mundo era como hecho de caucho, especialmente sus propios miembros.

Pero sabía dónde estaba yendo, y había llegado ya, pese a los polis y a los zorrinos que había que evitar y al hecho de que no había coches por la carretera que pudieran recogerle a uno. El mismo había tenido que abandonar el suyo, o había chocado contra algo con él, o cualquier otra cosa. No pensaba demasiado bien, con la fiebre y la falta de comida... hacía días que no comía, aunque había encontrado cantidades de agua.

¿Agua?

Una gota de lluvia en su mano. Mierda. Pero al menos estaba ya a la vista de casa. Aquello eran los jardines botánicos que rodeaban la casa Bamberley... ¿o no? Miró, asombrado, en la creciente oscuridad del anochecer.

Esos árboles. Demasiado desnudos para este principio de otoño, y algunos no eran del tipo de los que pierden sus hojas pasado el verano. ¿Una enfermedad de algún tipo? Tocó un tronco, descubrió que la corteza se desprendía bajo su mano.

Mierda. ¿Qué importaban los árboles? La casa estaba en esa dirección. Más lluvia. Recordó que estaba de nuevo sediento, e inclinó la cabeza para dejar que las gotas cayeran sobre su lengua. Su sentido del gusto era pobre. Una especie de capa blancuzca había recubierto la parte interior de su boca. Kitty había tenido también lo mismo en su coño, recordó. Hongos. Afta, lo llamaban. Un nombre estúpido. Como todos los nombres.

La lluvia era ácida. Se detuvo en seco, sin creer lo que le señalaban sus sentidos. ¿Ácida? Debía ser culpa de esa estúpida afta o algo así. La lluvia no es ácida. Sólo que...

—Cristo —dijo en voz alta, y una oleada de terror descendió por su columna vertebral dejándole un rastro helado. ¡El ácido de la batería! No había la menor duda; había tenido un coche eléctrico el tiempo suficiente como para estar seguro.

¡Estaba lloviendo ácido!

Gritó y echó a correr directamente hacia la casa, y bajo el tercer árbol un centinela lo apuntó con una carabina. Se detuvo en seco y miró al hombre, desconcertado.

—Lluvia ácida —dijo—. Es imposible.

—Cállese —dijo el centinela—. ¿Quién es usted?

—Yo vivo aquí —dijo Hugh—. Esta es mi casa.

—¿Se llama usted Bamberley? —el centinela inclinó la cabeza.

—No... esto... no. Soy Hugh Pettingill. —Tenía sus papeles en el bolsillo... en algún lugar. Encontró algo que le pareció adecuado, se lo tendió.

—¡Oh, estuvo usted con los marines! —dijo el centinela—. ¡Ajá! Podrá ser de utilidad cuando se haya adecentado un poco. —Escrutó el rostro de Hugh a la creciente oscuridad—. Tiene unas feas llagas en la cara. ¿Ha estado enfermo?

—S-sí. —¿Cuándo había estado él con los marines?

—¿Pero viene a presentarse?

—Sí.

—Estupendo. Entre directamente, y pida por el capitán Aarons. —El centinela le tendió de vuelta el certificado de licenciamiento.

—¿Dónde está la... la familia? ¿Maud y los demás?

—¿Eh? Oh, la señora Bamberley. Se volvió loca, he oído decir. Un poco antes que todos los demás. —Una sonrisa irónica—. De modo que, como el lugar estaba vacío, y era grande, nos instalamos en él. Está lo bastante cerca de Denver.

—¿Qué están haciendo ustedes aquí?

El hombre se alzó de hombros.

—Equipos de trabajo. Limpiando de escombros la ciudad. Ya sabe: desertores, trainitas, gente así. Pacifistas. Los llevamos a la ciudad cada mañana, volvemos a traerlos a la noche. Les damos un trabajo honesto. Será mejor que vaya a la casa y se presente. Nos veremos más tarde, quizá.

—Sí —dijo Hugh atontadamente, pensando: ¿lluvia ácida? ¡Infiernos!

Uno de los grupos de trabajo estaba regresando para pasar la noche cuando alcanzó la casa. Iban todos encadenados.

—Este certificado es una falsificación —dijo secamente el capitán Aarons—. Nunca estuvo con los marines. ¿Dónde se encuentra ahora?

Sorprendido, el sargento dijo:

—Creo que lo está viendo el médico, señor. Tiene como llagas en el rostro.

—Sáquelo de ahí y mévalo en un grupo de trabajo —dijo Aarons—. A menos que el doc diga que no es útil siquiera para remover escombros.

TRABAJOS EN CURSO

—Tom, aquí Moses. ¿Sigue sin tener nada que podamos utilizar?

—¡No, maldita sea, no lo tengo! Cuando cortaron la corriente la otra noche fue como... ¡como golpear a un hombre en la cabeza con una porra! Sacar los datos tras eso no está resultando nada fácil, ¡y solo falta usted incordiando sin parar! ¡Adiós!

VOLVIENDO A CASA

Gradualmente, su sensación de adaptación a las extrañas nuevas condiciones del mundo... Habían limpiado ya aquella zona y la habían declarado oficialmente habitable, pero era tan... ¡tan vacía!

Aunque habían estado mucho tiempo fuera de casa, era estupendo poder meter de nuevo la llave en la propia puerta de una, pensó Jeannie. ¡Y habían tenido tanta suerte! Los incendios no se habían acercado a más de medio kilómetro de allí; el edificio no había sido ni ametrallado, ni bombardeado, ni nada.

Por supuesto, durante aquel tiempo el Ejército los había instalado en un motel fuera de la ciudad, y habían trabajado en lo que habían podido, ella cuidando a los enfermos pese a no sentirse ella misma muy bien, y Pete registrando y clasificando las estadísticas de víctimas y los certificados de defunción, el tipo de cosa que había hecho ya antes en la policía.

Pero era todo tan extraño, ¡tan extraño! Sabiendo que los apartamentos de arriba estaban vacíos, todo un edificio con a lo sumo treinta familias... y la calle, con los coches simplemente aparcados junto a las aceras, sin el menor tráfico, ni siquiera audible en la distancia, excepto el zumbar de los camiones del Ejército... ¡y el estado en que se hallaba todo el país! Todos los hombres válidos habían sido movilizados, sin la menor excusa: leales, para servir bajo órdenes militares, o desleales, para servir de alguna otra forma como despejando las ruinas y transportando los cadáveres a ser incinerados. Se seguían desenterrando cadáveres constantemente.

Pero estaba de nuevo en casa. Sólo para comprobar si podría traer a Pete allí esta noche. No tenían gasolina para el coche, pero el Ejército estaba montando patrullas regulares y lo mismo hacía la policía, y Chappie Rice, aquel viejo amigo de Pete, arreglaría las cosas de modo que pudieran conducirlo a y del trabajo cada día. Hasta que pasara la crisis. Si pasaba alguna vez.

Estaba tan concentrada en sus pensamientos que ni siquiera le vio.

—No se mueva. Ponga las manos... ¡Cristo, si es Jeannie!

Ella lanzó un grito y se giró; y allí estaba él, mirándola por encima de su gran sofá: Carl.

Pero un Carl cambiado, casi irreconocible. Tan envejecido. Su delgado rostro estaba surcado por las arrugas de una madurez prematura; llevaba un sucio suéter negro con una bandolera cruzando su hombro, y la apuntaba con un rifle deportivo.

Se la quedó mirando, luego miró su arma, y bruscamente perdió todos los años extra que había adquirido. Saltando sobre sus pies, dejó caer el arma y corrió a abrazarla.

—¡Oh, Carl! ¡Carl, pequeño! —Casi estaba llorando; había estado segura de que su hermano preferido tenía que estar muerto—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ocultarme —dijo él, y rió cínicamente—. ¿Y tú? ¿Está Pete contigo?

—No... esto... nos pusieron en ese motel, ¿sabes?, pero mañana... —Se lo explicó rápidamente.

—¿Todo está vacío arriba? Estupendo. Entonces puedo trasladarme a uno de los otros apartamentos.

—No, van a utilizarlos para realojar a la gente cuyas casas resultaron destruidas por los incendios.

—Oh, mierda —su rostro se ensombreció—. ¡Siempre seré el mismo estúpido!

—¿Qué?

—Mira... —Su anterior edad volvió a él; se apartó para sentarse junto al rifle, sus delgados dedos acariciando la culata—. Mira, tengo que ocultarme, Jeannie. Esta arma mató a un guarda estatal fronterizo.

—¡Oh, Carl! —Se apretó las manos.

—Tuve que hacerlo. Era o él o yo. Estaba intentando pasar. Y de todos modos no siento ninguna clase de amor hacia los zorrinos... Mira, estaba en Berkeley, pero tuve que salir pitando de donde estaba. Y cuando oí acerca de eso grande que estaba pasando en Denver pensé, Cristo, esto es la revolución, y aún estoy a tiempo, y maldito sea si me lo pierdo. ¿Entiendes por qué digo que sigo siendo un estúpido?

Ella asintió, el rostro tenso.

—Así que cuando descubrí qué era lo que había pasado realmente, me hubiera devuelto yo mismo a patadas hasta Berkeley. Entonces intenté encontrarte. Tú me escribiste, tengo la carta, decías que os habíais trasladado, y sabía la calle aunque había olvidado el número, así que simplemente recorrí la calle hasta que encontré Goddard en un buzón. No fue difícil; quedaban tan pocos edificios en pie por aquí.

Miró a la nada.

—Pensar que creí que era la revolución. Realmente lo creí. No tenía ni idea.

—¿Pero qué vas a hacer ahora? —preguntó Jeannie.

—Sólo Dios lo sabe. —Repentinamente cansado—. Soy un desertor, en posesión de unos documentos de identidad falsificados, he matado a un guardia fronterizo... tuve que hacerlo, Jeannie. Me llamó negro hijo de puta y me apuntó con su pistola. Me hubiera disparado. Sólo que yo le disparé antes. No tengo que dejarme ver mucho, al menos hasta que retiren la ley marcial aquí, y entonces deberé intentar escabullirme al Canadá o algo así. Hay una red que se dedica a pasar tipos por la frontera.

Dudó un momento.

—A menos que Pete me denuncie antes.

—¡El no haría una cosa así!

—¿No? Se unió a los polis, ¿no lo hizo? De hecho, creo que debo haberme vuelto loco para hablarte como te estoy hablando... tú te casaste con él. Sólo que hace tanto tiempo que no he hablado con nadie.

—Yo... ¡ya sé! —Una inspiración—. Pete está trabajando en el censo de las víctimas. Tiene todo tipo de formularios oficiales. Robaré uno que diga que has sido afectado por el gas neurotóxico, que estás todavía como drogado, y que el antídoto aún no ha hecho todo su efecto. Encontramos a docenas en esta situación cada día, gente que anda vagando de un lado para otro.

—Oh, ¿sí? —El interés brilló en los ojos de Carl—. ¿Y...?

—Y tú haces como si estuvieras aturdido. Sin reaccionar. Actuando torpemente, como un estúpido. Te pondrán en algún equipo de trabajo, pero... ¡Y oculta el arma!

—Ya lo he oído. Han prohibido todas las armas de fuego particulares, ¿no? Encontré un coche con una radio que aún funcionaba, capté una de las emisoras oficiales. —Se alzó y la abrazó de nuevo—. Jeannie, querida, si no fueras mi hermana te besaría hasta que te quedaras sin respiración. Hace diez minutos estaba pensando en pegarme un tiro.

De pronto, las luces se encendieron. Se quedaron mirando sorprendidos durante unos largos segundos. Luego Carl lanzó un aullido de pura alegría y la besó.

Ella lo dejó hacer. Parecía tan feliz. Y eso la hacía sentirse tan bien.

RECUPERÁNDOSE

—¡El muy bastardo está fingiendo para escapar al castigo!

—No, señor Bamberley. Se lo aseguro. Está realmente enfermo. Sufre un colapso renal total. Pero está respondiendo bien al tratamiento, y deberíamos ser capaces de fijar la fecha del juicio para la primera semana del mes próximo. Precisamente ahora estoy tomando las disposiciones necesarias. Como puedo. El no quiere cooperar, no quiere nombrar un abogado, nada. De todos modos, es asunto suyo. ¿Cómo esta su hijo?

—¿Él? Impaciente de que se celebre el juicio. Deseando enfrentarse a ese bastardo... ¿qué es lo que creía? ¡A propósito!

—¿Sí?

—No me llame «señor». Soy el coronel Bamberley, aunque sólo este en la reserva Y por cierto, ¿por qué no va usted de uniforme?

A FLOTE

... restablecidas esta tarde, y algunas zonas de la ciudad serán repobladas mañana, mientras que otras donde los incendios fueron peores deberán ser demolidas. Comentando la rapidez del regreso de Denver a circunstancias más o menos normales, el Presidente dijo, cito, Será una fuente de desanimo para nuestros enemigos el ver con qué rapidez hemos puesto a flote la nave del Estado. Fin de la cita. Las bolsas de resistencia de trainitas y militantes negros en los centros de las ciudades de la nación siguen hundiéndose a medida que el hambre y el frío continúan causando estragos, así como la enfermedad que se extiende por todas partes. Nuevas medidas contra la viruela han sido tomadas en Little Rock y Charleston, Virginia. Las presiones para que se celebre el juicio contra Austin Train siguen aumentando, mientras que el largo retraso ha animado a sus partidarios que han conseguido eludir los arrestos masivos de elementos subversivos a reanudar sus ataques de sabotaje y propaganda. Infestaciones de jigra han sido informadas en el día de hoy en Canadá y Méjico. Ahora el tiempo. Sobre gran parte del Oeste y del Medio Oeste ha caído una lluvia ácida, como resultado de la acción atmosférica sobre humos conteniendo azufre, y...

ÚLTIMAS NOTICIAS

—Gracias —le dijo Peg al conductor del camión. Había efectuado la última parte del camino con uno de los equipos que comprobaban la pureza del agua local, asegurándose de que el último rastro de veneno había sido evacuado antes de volver a conectar las canalizaciones. El hombre no respondió, sino que estornudó.

Ella mostró su autorización a los guardias de la puerta Y fue introducida a la antigua mansión de los Bamberley. Estaban concediendo un montón de privilegios a la prensa; los propagandistas extranjeros alborotaban respecto a la utilización de prisioneros encadenados dentro y en los alrededores de Denver, y se suponía que ella iba a escribir un artículo objetivo sobre la situación. Era la técnica habitual, la misma que habían utilizado con Train cuando aparecía regularmente en la televisión y en las comisiones de expertos del gobierno, la misma que habían utilizado en el caso de Lucas Quarrey.

Pero ella había aceptado el encargo únicamente para conseguir un pase de viaje. Tras su escala estaba decidida a ir a California, legal o ilegalmente. Habían llevado a Austin allí, porque Bamberley se negaba a trasladar a su hijo a Nueva York.

En cualquier caso, era allá donde lo habían mantenido secuestrado.

Un grupo de prisioneros estaba siendo alineado al otro lado del camino mientras ella se acercaba a la casa, y ante su sorpresa reconoció al último hombre de la hilera. Hugh. Hugh Pettingill. Horriblemente cambiado: sus mejillas y labios estaban cubiertos de costras, su expresión parecía la de un imbécil. Pero era Hugh, sin lugar a dudas.

Lanzó una exclamación, y él se giró, y una luz de reconocimiento brilló en sus ojos. Se detuvo y aquello tiró de la cadena, y el hombre delante de él maldijo, y el guardia encargado de la fila se giró y por un momento Peg pensó horrorizada que Hugh iba a decir: «¿No nos vimos antes en el wat?».

Si el guardia llegaba a saber que ella había simpatizado alguna vez aunque fuera remotamente con los trainitas, la cosa podía ser fatal. El motivo por el cual ella aún seguía en libertad no lo había sabido hasta unos pocos días antes y todavía no llegaba a creérselo.

Era gracias a Petronella Page.

Aquella mala zorra que había empicotado en su show a centenares de hombres y mujeres mejores que ella se había sentido tocada por las enseñanzas de Austin quizás actualmente era su única auténtica conversa, quizá seguiría siendo la única. Pero había utilizado el peso que le daba su show para hacerle un favor a Peg.

La había llamado y le había pedido que acudiera a visitarla a su oficina; reluciente, Peg había aceptado, y allí se encontró ante una fotocopia de una orden de detención a nombre de Margaret Mankiewicz.

—He hecho que la suspendieran —dijo Petronella.

—¿Cómo? —(Peg recordaba la forma en que sus uñas se habían hundido en las palmas de sus manos mientras hacía la pregunta).

—¿Quién cree que tiene la cinta que grabó Austin para el caso en que se le impidiera aparecer en mi show?

—¿Qué?

Una ligera sonrisa.

—Sí, ese es un extremo al que usted probablemente no le concedió importancia. Antes de que alguien pensara en reclamarla de la caja de seguridad, puse mis manos sobre ella. —Se giró para inspeccionar la negligente apariencia de ambas, con algunas uñas rotas, todo el esmalte saltado a medias. Ella misma llevaba un suéter y unos viejos tejanos, pero esta era la moda del momento... estamos en guerra, así que ponte ropas raídas para demostrar que te preocupas por ello.

—Es algo terrorífico —dijo—. La he puesto una docena de veces. También he hecho copias. En casa. Tengo un buen equipo. Están en buenas manos. Si me ocurre algo, serán utilizadas. Los trainitas no están vencidos, sólo momentáneamente frenados. Aturdidos.

Peg estaba casi fuera de sí.

—¿Pero por qué no ha hecho públicas las cintas? ¿Pasado por televisión? ¿Publicado el texto?

—Porque Austin aún está entre nosotros, ¿no? Y sospecho que existe una razón para lo que está haciendo, aunque confieso que no puedo imaginar ni remotamente cuál es. De todos modos... —Vaciló—. Creo en ese hombre. De la misma forma que usted, supongo.

Cuando Peg no respondió, alzó bruscamente la cabeza.

—¿No es así? —preguntó.

—El... sufrió en una ocasión una depresión nerviosa. ¡Desearía que me hubiera dejado hablar con él! ¡Tengo tanto miedo de que puedan volverlo loco! ¡Permanentemente!

—¿Sabe?, tras la investigación de los disturbios en la planta hidropónica Bamberley, tuve en mi show a algunos de los chicos que atestiguaron. Todos ellos dijeron que estar loco era la única forma de continuar. Quizá tenían razón.

Pero ella estaba libre, al menos, y la libertad era algo demasiado precioso como para correr el riesgo de perderla. Por milagro, Hugh se dio cuenta de la situación. Dejó que su rostro adoptara de nuevo un aire embrutecido.

—Me he dado un golpe en el dedo gordo del pie —le dijo al guardia, que les hizo seguir andando.

—... así que ya ve —concluyó Peg su explicación al reluciente coronel Saddler, que había mencionado ya tres veces lo furioso que estaba por haber sido llamado de vuelta a los Estados Unidos cuando les estaban zurrando los fondillos de los pantalones a esos tupas en Honduras—. He pensado que si tenía la oportunidad de hablar con algunos de esos... esto... trabajadores...

—Elija a los que quiera —gruñó el coronel, y estornudó, se disculpó, y prosiguió. Mucha gente estaba estornudando por allí aquel día. Pero esperó no verse afectada por otro ataque de sinusitis—. Verá que son absolutamente típicos... ¡típicos! No importa a quien se dirija; le garantizo que encontrará a un subversivo, o a un traidor, o a un pro-tupa, o a un desertor. Es una absoluta *mentira* que hayamos arrestado a civiles inocentes. Hay gente que en tiempos de necesidad no han respondido a la llamada de su país.

Así fue como aquella tarde Peg pudo entrevistarse con Hugh en una relativa seguridad.

—Perdóneme —dijo Hugh en voz muy baja—. Estuve a punto de traicionarla. Mi cabeza está algo ida de tanto en tanto. Bebí un poco de agua en mi camino hacia aquí y debía estar contaminada. —Vaciló—. Es usted, ¿verdad? Quiero decir, no estoy confundiénola con otra persona. ¡Es tan difícil mantener el hilo de las ideas! —Casi en un lamento—. ¿Es usted la amiga de aquel tipo... esto... Decimus?

Peg asintió. Aquel era un gran dolor siempre presente en su corazón. Cuando había conocido antes a Hugh no le había caído bien. Pero entonces no estaba en esta lamentable condición, temblando, hablando como si quisiera evitar el pensar.

—Conozco a alguien que era también amigo suyo —dijo Hugh. Sus ojos brillaban—. Carl. Usted lo conoció. Trabajaba en Hidropónicos Bamberley. Conocía a Decimus. Le caía bien. Quizás a mí también me hubiera caído bien si lo hubiera conocido. Carl le hizo un regalo en una ocasión, me dijo. Le dio comida. La tomó de la planta. Trabajaba como empaquetador, o en el servicio de mantenimiento, o en un sitio así.

—¿Dices que le dio a Decimus comida de la planta? —murmuró Peg lentamente.

—¡Usted no me está escuchando! Eso es lo que dije, ¿no? Un regalo de Navidad, le dijo. Recuerda usted a Carl, ¿no? ¿Por casualidad no lo habrá visto recientemente? Me gustaría saber dónde está. Me gusta Carl. Espero que esté bien...

Empezó a tamborilear sus dedos contra su rodilla, mientras su voz se desvanecía.

—¿Tu amigo Carl —dijo Peg, sintiendo su garganta tan apretada como si le hubieran hecho un nudo en ella— le dio a Decimus algo de comida de la planta, como un regalo de Navidad?

—Cristo, si no escucha usted lo que digo, será mejor que me quede callado —dijo Hugh, y se alejó.

—Oh, Dios mío —murmuró Peg—. Oh, Dios mío.

NOVIEMBRE

¿CON QUÉ SERA SAZONADO?

Un químico en una antigua compañía respetable
consigue tras varias décadas de investigación
aislar el principio activo de los océanos

Eran grandes las esperanzas de una aplicación inmediata
como aditivo seguro para la conservación de los alimentos
y milagroso realzador del sabor natural

Lamentablemente se terminó descubriendo
que en una disolución tan débil como un simple tres por ciento
causaba la deshidratación y el delirio y la muerte

—«Padre Nuestro que estás en Washington», 1978

ALIAS

Había utilizado el nombre desde hacía tanto tiempo que incluso había empezado a pensar en sí mismo como «Ossie», pero no deseaba que todo el mérito de lo que estaba haciendo ahora fuera a parar a ese hijo de madre que se había dejado arrestar tan dócilmente —¡y que, peor aún, iba a dejarse enjuiciar sin ni siquiera abrir la boca! — por los lacayos del Establishment a los que había estado en situación de destruir.

Así que se metió en el bolsillo una hoja de papel que decía: «Soy Bennett Crowther». Con su foto.

No esperaba durar mucho tiempo más. Había deseado caer luchando. Ahora apenas podía andar, apenas ver, apenas respirar. Decían que era una nueva especie de gripe; estaba matando gente en China y Japón, y acababa de poner un pie allá en la Costa Oeste. De todos modos, las noticias de Honduras eran buenas: los tupas habían tomado San Pedro Sula y se estaban extendiendo hacia el norte, y su primera medida como gobernantes *de facto* había sido nacionalizar inmediatamente todas las industrias que generaban desechos o humos nocivos. Iba a tomar un cierto tiempo llevar aquello a la práctica, sobre todo con el hambre generalizada, pero...

Situó la última de sus bombas y tosió y escupió y jadeó. Tenía cuarenta de fiebre pero un revolucionario no puede ir al hospital, un revolucionario es un solitario, sólo cuenta consigo mismo, muere solo si es necesario como un lobo herido. Sus dedos temblaban tanto que tuvo problemas para ajustar el dispositivo de tiempo. Además, apenas veía el dial.

Pero estallaría en algún momento mañana por la mañana, y eso era lo que se suponía que debía hacer.

Abandonó los lavabos, abandonó el edificio, regresó a su casa, y nunca más volvió a salir.

AUN HAY ESPERANZA

Guardias armados en el tribunal. Un trainita increíblemente atrevido había agitado una bandera con la calavera y las tibias hacía un momento, y había sido arrestado y sacado de allí, pero la multitud permaneció en su mayor parte tranquila. Había doscientos Guardias Nacionales en la calle y cincuenta policías armados en los corredores y en la sala del tribunal. La tranquilidad podía ser ilusoria. Los sabotajes no mostraban ningún signo de decrecer. Todas las ciudades de la nación con una población de más de dos mil habitantes habían conocido algún tipo de incidente ya, y la gente estaba asustada. También hambrienta. Se estaban produciendo ya los primeros arrestos por acaparamiento de víveres y fraude en el racionamiento.

Pero los trainitas en general —o la gente que se tenía por tal, lo cual significaba la mayoría de los jóvenes más inteligentes y algunos de sus mayores— estaban desconcertados y desanimados y no sabían qué hacer. Tras aquella increíble metedura de pata en el anuncio del estado de guerra por parte del presidente, habían esperado una petición instantánea de que los cargos fueran retirados, sobre la base de que era imposible constituir ya un jurado imparcial. Como un estallido de júbilo, otra oleada de manifestaciones y tumultos brotó en todo el país... y fue aplastada. Sin una seña del propio Train, toda aquella gente que imaginaba haber encontrado un líder empezó a preguntarse si después de todo no estaría implicado realmente en el secuestro de Bamberley. Los más optimistas empezaron a murmurar que debía estar muerto, o puesto bajo hambre y lavados de cerebro hasta que confesara una culpa que no era suya. Sólo los más sofisticados miraban al cielo, que estaba cubierto como de costumbre, y observaban la lluvia roer sus trajes, los ladrillos, el cemento... y se desesperaban.

Había cámaras de televisión en la sala del tribunal. El juicio iba a ser transmitido en directo a todo el país. El precedente se había sentado hacía años en Denver, pero el caso Watkins había sido grabado y montado luego para condensarlo y suprimir lo menos interesante antes de emitirlo. Esto iba a ser retransmitido como las audiencias Ejército-McCarthy, sólo que a un público más amplio. Se calculaba que la audiencia iba a ser colosal, pese a que la hora no era de las más favorables. No parecía correcto que las emisoras programaran viejas películas y repeticiones de dramáticos ya emitidos cuando la nación estaba en pie de guerra. (Uno decía prudentemente: «pie de guerra». Porque aún no había ningún enemigo sobre quien arrojar las grandes bombas).

Además, las emisoras se sentían felices de la posibilidad de economizar un poco. Algunos de los patrocinadores más opulentos se habían visto en la obligación de

retirar sus apoyos. ¿Quién compraba coches en estos momentos? ¿Quién vendía seguros?

El país, por así decirlo, estaba ocioso. Las industrias cerraban por todas partes, bien debido a los sabotajes o simplemente porque eran intrínsecamente no productivas, como la publicidad. Los hombres válidos habían sido movilizados. Pero millones y millones de mujeres estaban en sus casas, no yendo de compras o visitando a los amigos, debido al racionamiento y a la política de austeridad. La gasolina sólo se obtenía con autorización especial. Había un policía o un Guardia Nacional en cada esquina, con un arma, dispuesto a verificar esa autorización. Estaba la televisión, por supuesto, y «en el interés de la nación» las principales emisoras iban a unir todos sus recursos.

De modo que el número de espectadores iba a ser fantástico.

Estupendo, pensó Roland Bamberley mientras empujaba a su hijo tras el grupo de guardias armados que les abrían paso entre los periodistas apiñados ante el tribunal. Vamos a poner en la picota a ese bastardo, vamos a darle lo que se merece. Incluso el presidente, lo sabemos, estará mirando su televisor.

Estornudó y se disculpó ante Hector, esperando que su mascarilla hubiera atrapado todos los gérmenes.

Estupendo, pensó Peg, ocupando su lugar entre los periodistas, frotándose el brazo allá donde había recibido una inyección obligatoria. Contra la nueva epidemia de gripe, le había dicho el médico en la puerta, pero no ponga mucha fe en ella porque la han producido muy precipitadamente.

Había conseguido ver a Austin. Sólo durante unos pocos minutos. Y ahora ya no estaba preocupada acerca de que estuviera loco. Pero no estaba segura de cuál era la bomba que se guardaba bajo la manga. Aunque estaba convencida, sin embargo, de que su propósito de negarse a cooperar, de pedir la libertad bajo fianza, de buscar un abogado, tenía que ser válido. Sin embargo había dejado escapar un indicio; cuando ella le dijo lo que había sabido hacía poco respecto a la muerte de Decimus, él había sonreído débilmente y había comentado que al menos en prisión él no se hallaba expuesto a ese tipo de riesgo. Y eso había sido todo. Pero era suficiente.

No se le había ocurrido antes, pero de pronto pasó por su mente el que quizá las cosas estaban yendo tal y como él deseaba después de todo, de la forma correcta. Y que siendo así se sentía más seguro en prisión que fuera.

Lo sabría muy pronto, de todos modos, y también lo sabría el mundo. ¡Si tan sólo Zena pudiera estar allí! ¡Y Felice! Pero Felice estaba demasiado enferma, y Zena estaba en prisión: era la viuda de un famoso trainita.

Aquello se arreglaría cuando demolieran las prisiones.

El juez ocupó su lugar, intentando no fruncir el ceño ante las cámaras de televisión porque sabía que era la estrella de show. Miró a su alrededor en la sala del tribunal: el fiscal (una inclinación de cabeza), el abogado defensor designado por el Estado para defender a Train, y que pese a ello odiaba a su cliente y había aprendido a detestarlo aún más ante su obstinada no cooperación, la prensa, el comentarista de la televisión murmurando en su micrófono, los jurados previstos...

—¿Está todo en orden? —preguntó al ordenanza—. Entonces haga entrar al prisionero.

Dócilmente hasta su cabina, entre el rumor y los murmullos de la gente que medio se levantaba para verle mejor.

—¿Quién es ese? —preguntó Hector Bamberley a su padre.

—¿Qué quieres decir, «quién es ese»?

El fiscal se giró en su silla.

—¿Qué ha dicho Hector? No lo he oído bien.

El juez, que iba a declarar abierta la sesión, observó la conversación de los tres hombres y frunció desaprobadoramente el ceño. Las cámaras de televisión estaban enfocando a Hector y a su padre, excepto una que permanecía fija en Austin. El juez tosió para llamar la atención, lo cual fue una estupidez; pasaron unos buenos treinta segundos antes de que fuera capaz de hablar claramente de nuevo, y por aquel entonces Austin había dicho ya con voz muy clara, que los micrófonos recogieron impecablemente:

—Su Señoría, si ese Hector Bamberley está aquí, quizá debería preguntarle si me ha visto alguna vez antes. Mi nombre, por supuesto, es Austin Train.

Alguien lanzó un silbido desde el fondo de la sala. Jadeando, el juez dijo:

—¡Orden! ¡Quiero dejar una cosa bien sentada desde el principio: no toleraré ningún disturbio durante este juicio!

—¡Pero ése no es Austin Train! —gritó Hector. Parecía como si estuviera a punto de llorar—. ¡No lo he visto nunca en mi vida!

Hubo un momento de atónito silencio. Luego Peg, deliberadamente, soltó una risita. Sólo una, fuerte y cascabeleante. Fue coreada.

—¡Silencio! —restalló el juez. Todas las miradas convergieron sobre Peg, y uno de los ordenanzas armados avanzó amenazadoramente hacia su sitio. Ella no insistió.

—Joven —dijo el juez, con tono paternal—, comprendo que este juicio es una gran prueba para usted, tras todo lo que ha pasado. Pero le aseguro que tendrá oportunidad de hablar...

—¡No voy a callarme! —No al juez, sino a su padre, que intentaba hacer que se sentara de nuevo. Obligándose a sí mismo a ponerse en pie, prosiguió—: Señor, ese

hombre no se parece en nada al que me mantuvo prisionero. Aquél era más grueso, con montones de pelo, dientes amarronados, sin gafas, siempre iba sucio...

—¡Pero tú dijiste que fuiste secuestrado por Austin Train! —rugió su padre.

—¡No es él! —gritó Hector.

Parecía como si el juez estuviera a punto de desvanecerse; una cámara aplicó su zoom sobre él en el momento en que cerraba por un instante sus ojos. Recobrándose, acompañado tanto por el murmullo de los comentarios diseminados por toda la sala como por las toses y estornudos que hoy en día eran tan constantes en cualquier lugar público que su ausencia hubiera despertado alarmas, dijo:

—¿Debo entender que este muchacho nunca ha sido enfrentado al acusado?

Una rápida consulta. Luego:

—¡Su Señoría, solicitamos un aplazamiento!

—¡Denegado! —dijo el juez sin la menor vacilación—. Este es el más extraordinario, me atrevería a decir el más ridículo caso de confusión que jamás haya encontrado en casi veinte años. ¡Estoy esperando una respuesta a mi pregunta!

Todo el mundo miraba a los Bamberley. Finalmente, Roland se alzó, muy envaradamente, como un viejo.

—Bien, su Señoría, teniendo en cuenta las tensiones a las que aún está sometido mi hijo... aún no se ha recobrado totalmente de todas las desagradables enfermedades que le fueron...

—Entiendo —dijo el juez—. *Entiendo*. ¿Quién es responsable de este increíble ejemplo de incompetencia?

—Bueno, su Señoría —dijo el fiscal, tan aturdido como si acabara de caérsele el cielo encima—, él identificó positivamente fotos de Train...

—¡Dije que sí para que usted me dejara de una maldita vez en paz! —se irritó Hector—. ¡Era usted peor que la gente que me secuestró, con la forma en que insistía e insistía!

Por aquel entonces el tribunal era un rugir; la voz del muchacho apenas podía oírse. Peg estaba saltando en su silla con una alegría incontenible. ¡Oh, qué vergüenza haber sospechado que Austin pudiera estar loco! ¡Le habían construido una horca, y eran ellos quienes se habían colgado en ella!

—¡Orden! —gritó el juez, golpeando con su mazo, y el ruido fue menguando poco a poco. Obviamente todos los reunidos allí deseaban algún tipo de explicación tanto como él.

—Ahora —continuó, cuando consiguió hacerse oír—, ¿debo entender que usted, Hector, identificó a este hombre a partir de fotografías?

—Oh, es cierto, no dejaron de mostrarme fotografías —fue la hosca respuesta—. Decían que probablemente había llevado una peluca durante todo el tiempo. Que trabajaba como basurero, lo cual evidentemente le hacía ir sucio. De modo que al final dije sí, sí, sí, ¡sólo para quitármelos de encima y que me dejaran solo!

Se sentó bruscamente y enterró su rostro entre las manos. A su lado, su padre se puso en pie, pálido e inmóvil como una estatua de mármol.

—¡Su Señoría! —dijo Austin de pronto. El juez se giró como si estuviera tan desconcertado que no le importara aceptar la ayuda de nadie.

—¿De qué se trata?

Peg apretó los puños, porque si no conseguía mantener el control temía echarse a gritar como una quinceañera en un concierto de los Body English. Aquellas dos últimas palabras de Austin habían sido como... como campanas. Era el mismo timbre de voz que había convertido a Petronella Page. ¿Iba a tener por fin la oportunidad de hablar a todos los millones de personas que le estaban contemplando?

—Su Señoría, imagino que agradecerá usted una explicación de cómo esta risible situación ha llegado a producirse.

—¡Por supuesto que quiero una explicación! —rechinó el juez—. ¡Y evidentemente le corresponde a usted darla! ¡Se ha pasado todo el tiempo en la cárcel con la boca cerrada cuando una sola palabra hubiera podido salvarle de esta... de esta farsa! —Y añadió—: ¡Pero sea breve!

—Lo intentaré, su Señoría. Brevemente, pues, todo es debido a que, aunque mis perseguidores saben que hay algo así como doscientas personas que han adoptado mi nombre, se sentían tan ansiosos por crucificarme que prefirieron ignorar este hecho, y son tan estúpidos que ni siquiera se preocuparon de enfrentarme a Hector.

—¡Train! —El juez estaba al borde de la explosión—. ¡Silencio! ¡Este es un tribunal de justicia, no un foro para sus traidoras especulaciones!

—¡He guardado silencio incluso frente a un prejuicio del propio presidente! —ladró Austin—. ¡Dejo que sea el público americano quien decida qué justicia podría haber recibido de un Juez que me acusa de traición... delito por el cual ni siquiera estoy siendo juzgado!

—¡Bien dicho! —estalló Peg, descubriendo ante su sorpresa que había saltado de su asiento y estaba gesticulando pese a las órdenes de un hombre armado de que se sentara. Obedeció, henchida de contento. Ahora habían superado ya el punto crítico: si le impedían seguir hablando a partir de ahora, literalmente millones y millones de personas se preguntarían por qué, y se prepararían a hacer algo al respecto.

Y el juez lo sabía. Su rostro se volvió tan blanco como el papel, y su boca se agitaba nerviosamente como si estuviera a punto de decir algo. De pronto, sin previo aviso, se levantó de su silla y abandonó en tromba el tribunal. Hubo una conmoción a su paso.

Austin aguardó, las manos sujetando la barra de su cabina. Finalmente murmuró al micrófono que tenía a su lado:

—Creo que la mayoría de la gente deseará oír lo que tengo que decir, aunque al juez le dé miedo oírlo.

—¡Oh, te quiero! ¡Te quiero! —susurró Peg. Sentía que las lágrimas corrían por sus mejillas. Era el más espectacular gesto teatral que había visto en su vida: el tratamiento que le daba Petronella Page al público de su estudio amplificado a la décima potencia. Intentó gritar—: ¡Sí, adelante! —pero su voz se había perdido en algún lugar en las profundidades de su garganta.

No importaba. Había otros cincuenta gritos para compensar.

—Gracias, mis enfermos amigos —dijo Austin, mientras las cámaras se acercaban a él—. Envenenados, llenos de enfermedades, y ahora a punto de moriros de hambre... No, no estoy bromeando; me gustaría que fuera una broma. Y por encima de todo, no estaba bromeando tampoco cuando dije que la gente que me había metido en la cárcel y pretendían juzgarme son unos estúpidos.

»Eso es lo peor que os han hecho a vosotros: dañar vuestras inteligencias. Y el consuelo de pensar que ahora lo están haciendo con ellos mismos es muy pequeño.

»Estas acusaciones de que la inteligencia de la gente en este país está siendo minada por la polución son enteramente ciertas... si no lo fueran, ¿creéis que yo estaría ahora aquí, el hombre equivocado, el hombre que no secuestró a Hector Bamberley? ¿Quién hubiera podido ser tan *estúpido*?

Hubo risas. Risas nerviosas, las de aquellos que pretenden alejar sus fantasmas.

—Y debido a eso —se inclinó ligeramente hacia adelante—, *a toda costa*, por mí, por todos, a toda costa si la raza humana debe sobrevivir, la exportación forzada de la forma de vivir inventada por estos estúpidos hombres debe... ser... *detenida*.

Su voz se convirtió bruscamente en un rugido.

—¡El planeta Tierra no puede seguir soportándolo!

Ya los tiene, pensó Peg. Jamás hubiera creído que lo consiguiera. Pero los tiene. Cristo, ese cámara: está temblando, ¡temblando de la cabeza a los pies! ¡De un momento a otro va a echarse a llorar como hizo Petronella!

—Nuestra forma de vivir —dijo Austin, volviendo a un tono conversacional—. Sí... Todos sois conscientes de que estamos bajo la ley marcial. Se ha pretendido que estábamos en guerra, que en Denver sufrimos un artero ataque químico. De hecho, la sustancia que causó la Locura de Denver es un arma militar psicotomimética basada en el cornezuelo del centeno que el Ejército de los Estados Unidos conoce bajo el código «BW», manufacturada experimentalmente en Fort Detrick, Maryland, de 1959 a 1963, almacenada en el Arsenal de las Montañas Rocosas hasta el año pasado, y entonces depositada en bidones de hierro y enterrada en una mina de plata abandonada. ¿Estáis interesados en oír lo que sucedió a continuación?

Sonrió de pronto; aquello hizo que su calva cabeza se pareciera a la calavera de uno de los símbolos trainitas que —durante muy poco tiempo— se habían llegado a comercializar para que la gente los colgara en sus puertas, en tres dimensiones y sobre plástico estéril.

—Bien, poco antes de las Navidades del pasado año, uno de los ahora frecuentes temblores de tierra en esa zona rompieron el primero de los bidones. Su contenido se extendió por el manto de agua que alimenta los pozos de la Planta Hidropónica Bamberley. Por todo lo que he podido saber, sólo un ciudadano americano murió a causa de esa contaminación, mi difunto amigo Decimus Jones. Oyendo que iba a realizar un viaje a California, un amigo suyo le trajo como regalo un poco de Nutripon tomado de la factoría. ¡Parte de la misma cochura que fue enviada a Noshri y San Pablo! Se volvió loco, y murió.

«Incidentalmente, ahora ya sabéis quién inició la guerra en Honduras».

De forma clara, Peg oyó a varias personas decir:

—¡Así es pues como ocurrió todo!

—Más tarde hubo otro temblor. Debió reventar no uno sino varios de los bidones conteniendo el BW. De modo que ahora también sabéis la causa de la Locura de Denver. Sabéis por qué estáis comiendo raciones escasas, por qué se os prohíbe viajar libremente, por qué corréis constantemente el riesgo de ser detenidos y registrados por cualquier soldado a quien no le guste vuestra cara. La otra cosa que debéis saber se refiere a los jigras. ¡No fueron convertidos deliberadamente en resistentes para utilizarlos como un arma contra nosotros! Simplemente aprendieron la técnica de la adaptación biológica. ¿Alguno de vosotros ha tenido problemas últimamente con las pulgas? ¿Los piojos? ¿Las ladillas? ¿Los mosquitos?

Roland Bamberley permanecía sentado en silencio, se dio cuenta de pronto Peg, cuando debería estar de pie y gritando. ¿Por qué? Lo miró, y vio que su rostro estaba perfectamente rígido, los ojos cerrados, y se sujetaba el brazo derecho.

Pero nadie estaba iniciando ningún movimiento para ayudarle, pese a que obviamente era presa de un dolor tan grande que estaba a punto de desvanecerse. ¿Qué era lo que iba mal?

Y entonces lo olvidó. Austin estaba hablando de nuevo.

—Hubiera podido decir la mayor parte de esto hace meses, de hecho todo excepto la historia de Decimus Jones. En realidad, iba a hacerlo. En el show de Petronella Page, como recordaréis. Pero entonces, cuando me di cuenta de lo que iba a ocurrirme, decidí que era más juicioso aguardar. Faltaba hacer todavía otra cosa.

»¿Cuándo tomasteis el sol por última vez, amigos? ¿Cuándo os atrevisteis por última vez a beber el agua de un arroyo? ¿Cuándo fuisteis capaces por última vez de

correr el riesgo de coger un fruto directamente del árbol y comérselo? ¿A cuánto subió la factura de vuestro médico el año pasado? ¿Cuántos de entre vosotros viven en ciudades donde todavía no tenéis que llevar mascarillas filtro? ¿Cuántos de vosotros habéis pasado vuestras vacaciones este año en las montañas porque el mar está lleno de basura? ¿Cuántos de vosotros, precisamente ahora, en este momento, no estáis sufriendo de alguna dolencia menor, dolores de barriga, dolores de cabeza, catarros, o como el señor Bamberley aquí presente —señaló— de una obstrucción aguda de una arteria importante? Alguien tendría que atenderle, por favor. Necesita una dosis inmediata de un buen vasodilatador.

Estupefacto, el médico de la puerta del tribunal que había administrado las inyecciones a la prensa seleccionó la hipodérmica adecuada de su maletín y corrió a obedecer. Hubo un espontáneo conato de aplausos que Austin interrumpió con un gesto.

—Se recuperará, aunque me temo que no pueda esperar vivir mucho tiempo todavía. Ninguno de vosotros puede. No quiero decir porque vayan a disparar contra nosotros, lo cual por otro lado es bastante probable, sino porque nuestras expectativas de vida están descendiendo brutalmente. Hace diez años era la trigésimo segunda del mundo... extraño: el país más rico del mundo teniendo sólo la trigésimo segunda mejor expectativa de vida... pero ahora ha bajado hasta la trigésimo séptima, y sigue descendiendo... ¡Sin embargo, aún hay esperanza para el hombre!

¡Haz que haya una!, dijo Peg para sí misma. ¡Oh, haz que la haya! Y recordó: «¡Creo que puedo salvar al mundo!».

Había tenido razón respecto al cámara. Sus mejillas estaban húmedas.

—En Europa, como sabéis, han matado el Mediterráneo, del mismo modo que nosotros hemos matado los Grandes Lagos. Actualmente se hallan en camino de matar el Báltico, con la ayuda de los rusos, que han matado ya el Caspio. Bien, este organismo vivo al que llamamos Madre Tierra no puede soportar durante mucho tiempo más este tratamiento... sus atormentadas entrañas, sus arterias obstruidas, sus pulmones cargados... ¿Cuál ha sido el inevitable resultado? ¡Unos sobresaltos sociales de tal magnitud que todo pensamiento de propagar este... este cáncer nuestro ha tenido que ser abandonado! ¡Sí, aún hay esperanza! Cuando los hambrientos refugiados asedian las fronteras, los ejércitos no pueden ser enviados a propagar más el cáncer. Tienen que ser llamados de vuelta a casa... ¡como los nuestros!

De nuevo su voz creció hasta aquel tono que exigía total atención.

—¡Quedaos aquí! ¡Por el amor de Dios, si es que aún creéis en Él, o en cualquier caso por el amor del Hombre, quedaos aquí! ¡Aunque ya es demasiado tarde para nosotros, puede que no sea todavía demasiado tarde para el resto del planeta! ¡Les debemos a todos los que vengan detrás nuestro el que no haya otro desierto del Mekong! ¡No debe haber otra región de sequía como la de Oklahoma! ¡Nunca más

debe haber otro mar muerto! Os pido, os suplico que hagáis un juramento solemne: aunque vuestros hijos estén condenados a ser anormales, a hallarse impedidos, mentalmente retrasados, ¡siempre quedará en algún lugar, por el suficiente tiempo, un rincón donde los niños crezcan sanos, inteligentes y normales! ¡Hacedlo! ¡Juradlo! Os lo ruego en bien de la especie que hemos estado a punto de... ¿Qué ocurre?

Parpadeó hacia el cámara con las mejillas húmedas, que ahora estaba rezongando.

—Lo siento, señor Train, pero no vale la pena que siga. —Se golpeó los auriculares que llevaba—. ¡El presidente ha ordenado que se corte la emisión!

Hubo un silencio total. Como si Austin fuera un muñeco hinchable y alguien hubiera encontrado la válvula que dejaba escapar el aire. Pareció que su estatura disminuía varios centímetros cuando se giró, y casi nadie le oyó murmurar:

—Bueno, al menos lo intenté.

—¡Pero no debe detenerse ahora! —se oyó a sí misma gritar Peg, saltando en pie—. Usted...

La pared tras él se desmoronó, y el techo cayó sobre su cabeza con todo el peso de una viga de hormigón. Luego el resto del techo empezó a deslizarse en cascada sobre todos los presentes, en un constante fluir de cascotes.

La última bomba de Ossie había cumplido a la perfección su cometido.

A LAS ARMAS

—Bien, querida... ¿qué te parece esto? —dijo Pete orgullosamente.

Jeannie palmeó y exclamó:

—¡Oh, amor! ¡Siempre deseé uno! ¡Un horno a microondas! —Se giró hacia él—. ¿Pero cómo lo has conseguido?

Él sabía por qué lo preguntaba. Los artículos de todas clases se habían vuelto escasos durante las últimas semanas. Parcialmente era debido a la falta de transporte; los camiones estaban siendo reservados para las tareas esenciales, principalmente llevar y traer comida, y viajaban de ciudad en ciudad escoltados por el Ejército. Pero también era debido a que la gente estaba abandonando sus trabajos emigrando de las ciudades como un nuevo éxodo a Oklahoma. Uno había visto lo que había ocurrido en Denver. Si lo mismo se producía en Nueva York, o Los Angeles, o Chicago...

Había informes de granjeros recibiendo con sus escopetas a los ladrones en potencia. No, por supuesto, en los periódicos o en la televisión.

—Ha sido liberado —dijo Pete con una sonrisa.

—¿Quieres decir que lo has robado? —Carl, desde la puerta—. Vaya, vaya. Y precisamente tú, un antiguo poli. ¿Quién nos guardará de los guardianes?

—¡No lo he robado! —restalló Pete. Encontraba a su cuñado casi imposible de tolerar. Incluso después de aquel loco discurso por la televisión parecía creer todavía que Austin Train era Dios. Y lo peor de todo era que había mucha otra gente que también lo creía. Aquello ponía a Pete nervioso. La comisaría de Towerhill donde había trabajado la mayor parte del año pasado había sido bombardeada y el sargento Chain, su antiguo jefe, había resultado muerto. Había habido un ametrallamiento a tan sólo unas pocas manzanas de distancia cuando volvía a casa esta noche, lo más probable un sospechoso que no había cumplido con el toque de queda y que había echado a correr al intentar detenerlo. Toda la ciudad se parecía a una fábrica cuyos propietarios hubieran ido a la quiebra de la noche a la mañana un cascarón, vacío de trabajadores, que ahora permanecían apiñados a su puerta espumeando de furia.

—¿Entonces cómo lo has conseguido? —insistió Carl. Consciente de que estaba siendo aguijoneado, Pete lanzó un hondo suspiro.

—Procede de ese gran almacén al por mayor de cerca de Arvada. El propietario resultó muerto. Su viuda simplemente le dijo a la gente que entrara y tomara lo que quisiese.

—Robo con permiso, ¿eh?

—¡No! El Ejército lo supervisó todo, y me dieron un certificado...

—¡Oh, los dos, dejad de discutir! —ordenó Jeannie—. No me estropeéis la fiesta. Esto es algo que he estado deseando desde hace años, Carl. No me importa como lo ha conseguido, si está aquí.

Carl suspiró y se dio la vuelta. Al cabo de un momento Pete dijo torpemente:

—¿Te apetece una cerveza, Carl? He conseguido localizar un pack de seis. Está en la nevera.

—Eh... Oh, sí, creo que sí; gracias. Te traeré una a la sala de estar, ¿vale?

¡Era tan duro pasar todo el tiempo pretendiendo ser un idiota a causa de los efectos del BW, cuando por fin por fin por fin había llegado la revolución! Bueno... quizá no exactamente LA REVOLUCION en mayúsculas, pero sí seguramente la oportunidad de efectuar un trabajo revolucionario. Nunca antes había habido tanta gente tan absolutamente irritada con el sistema, revolviéndose contra él.

Sin embargo estaba aprisionado allí, hasta que surgiera la oportunidad de deslizarse a través del cordón que rodeaba Denver y perderse en la clandestinidad. Debido a las enormes fuerzas que habían sido enviadas a Denver para limpiarla tras la Locura, aquella era con toda seguridad la ciudad más completamente controlada de la nación. ¡Vaya lugar para verse encallado! No confiaba en Pete porque había estado en la policía, y también temía a Jeannie porque le había confesado ser el asesino de aquel guardia estatal fronterizo.

¡Infiernos! ¿cómo podían ser esos dos tan completamente *ciegos*? Aceptaban que la Locura hubiera sido ocasionada por un gas tóxico, pero debido a que había sido Train quien lo había desvelado, estaban dispuestos a argumentar que «no era culpa del gobierno». Deseaban que el reloj girara hacia atrás hasta como habían sido antes las cosas, deseaban que el gobierno recuperara el control aunque para ello tuviera que mentir y traicionar e incluso matar a su pueblo.

Si eran capaces de este grado de estupidez y docilidad, entonces también podían ser capaces de venderle fácilmente...

—Parece como si hubieras escogido el día perfecto para traerlo, además —estaba diciendo Jeannie, mientras palmeaba el brillante costado del horno—. Mamá me hizo llegar un pollo. No te entretengas demasiado con tu cerveza, ¿quieres? La comida estará en un minuto con esta maravilla.

Carl frunció los labios disgustado mientras tomaba las dos latas de cerveza y se dirigía hacia la habitación de al lado siguiendo los pasos de Pete. Sentándose, dijo:

—¿Habéis visto el sol últimamente?

—¡Oh, cállate! —restalló Pete—. ¡Ya he oído todo esto antes! Pero las cosas están volviendo a la normalidad, ¿no? Tenemos agua de nuevo, por la mañana y por la noche. Tenemos electricidad, aunque todavía no tengamos gas. Sí, estamos volviendo a la normalidad.

—Tienes condenadamente razón —dijo Carl gravemente—. A partir de ahora todo volverá a ser «normal». La situación en la que nos encontramos ahora, quiero decir. La ley marcial. Las restricciones para viajar. Las manifestaciones prohibidas. La mitad del país saltando con explosiones de dinamita. Este es el futuro, a menos que lo prevengamos. ¿Y qué clase de vida cabe esperar para mi sobrino?

—El chico no tendrá ningún problema —insistió Pete—. El doc McNeil dice que está viniendo estupendamente, obtenemos raciones especiales para Jeannie porque está embarazada...

—¿Y tú eres feliz con eso? —estalló Carl—. ¿Eres feliz de que nunca tenga derecho a viajar de una ciudad a otra simplemente porque desee hacerlo, sin tener que pedir un permiso a la policía? ¡Ese es pura y simplemente el tipo de libertad que vamos a perder, a menos que la reconquistemos por nosotros mismos!

—Pensé que eras tú quien ponía objeciones a la libertad —suspiró Pete—. Al menos a la libertad de hacer lo que uno desea donde desea. ¿Dejarías a alguien construir una fábrica donde quisiese?

—En cualquier lugar donde no deteriorara la vida de los demás —respondió Carl—. ¿Pero por qué tener tantas fábricas, de todos modos? ¿Por qué uno no puede desear un coche que dure la mitad de su vida? ¿Por qué...?

—¡Ya basta, vosotros dos! —gritó Jeannie desde la cocina, interrumpiendo la alegre cancioncilla que había estado tarareando—. Quiero que ésta sea una velada tranquila y agradable, ¿oís?

—¡De acuerdo! —le respondió Carl, y siguió en un tono más bajo—: Pero lo que me atormenta es esto... y no soy el único, gracias a Dios. *Ellos aún siguen aquí*. La gente que escondió el sol, la gente que metió a Train en prisión por un crimen que no había cometido, la gente que fabricó ese gas tóxico: aún siguen aquí, y seguirán aquí hasta que el hedor sea tan grande que se trasladen a Nueva Zelanda. Ellos podrán permitírselo. Tú y yo no. ¡Eso es lo que debemos arreglar!

—Aunque lo del gas fuera cierto —gruñó Pete—, el propio Train dijo que fue un accidente. Un temblor de tierras.

—¿Fue accidental un temblor de tierras en Denver? Mi madre me lo dijo: nunca hubo temblores por aquí cuando yo era pequeño. Todos esos desechos tóxicos que arrojaron en esos viejos pozos mineros hicieron que las rocas se deslizaran bajo las montañas. ¡No hay nada accidental en eso, hombre!

Era siempre la misma discusión. ¿Por décima vez? ¿Duodécima?

—¡Eso ya está casi lliisto! —canturreó alegremente Jeannie desde la cocina—. ¡Afilad vuestros apetitos!

—¿Sabes una de las razones por las que he conseguido ese horno? —dijo Pete en voz muy baja—. Para acortar el tiempo que tengo que oír tu cháchara antes de pasar a la mesa. —Dejó escapar una risita y dio un sorbo a su cerveza.

Y entonces hubo un golpe sordo procedente de la cocina, y el sonido de un plato rompiéndose, y Carl echó a correr hacia la puerta y se detuvo en ella, mirando, y dijo:

—Oh, Cristo. ¿Qué ha ocurrido? ¿Ha sufrido un... un shock, quizá?

Cojeando frenéticamente tras él, agarrándose a mesas y sillas porque su bastón estaba fuera de su alcance, Pete miró horrorizado a Jeannie tendida en el suelo. Carl se dirigió al enchufe y desconectó el horno.

—¡Pero si es completamente nuevo! —dijo Pete estúpidamente—. ¡Jeannie!
¡Jeannie!

Tuvieron que aguardar una hora en la sala de espera del hospital, donde el viento entraba por las ventanas rotas trayendo un olor a humo. Habían pasado por delante del incendio en su camino hasta allá, y el policía de escolta que los acompañaba para confirmar su derecho a atravesar los controles parapetados tras las esquinas —era el viejo amigo de Pete, Chappie Rice— dijo que era el tercero del que tenía noticia esta noche, todos ellos provocados.

Carl paseaba arriba y abajo, mirando las llamas y deseando que se tragaran a todo el país. Pete, confinado a una silla por su resentida espalda, pasaba el tiempo maldiciendo silenciosamente.

Al final de una larga espera Doug McNeil apareció por el fondo del pasillo, y Carl corrió hacia él.

—Jeannie saldrá con bien de esta —murmuró Doug—. Por los pelos. Pete, ¿de qué marca es ese horno vuestro? ¿No será un Instanter?

—¿Cómo... —mirándole fijamente, Pete asintió— cómo lo sabes?

Doug no le miró. Dijo:

—Lo imaginé. Hemos tenido varios problemas con esta marca. He atendido ya... oh, cuatro casos. No sé qué infiernos los retuvo cuando se habló de cerrarles la fábrica.

Inspiró profundamente.

—Tenía fugas, Pete. Perdía parte de sus radiaciones. Una mala protección. Literalmente coció al bebé de Jeannie en su vientre.

A las dos de la madrugada Carl fue despertado por un sonido de movimiento en la sala de estar, y se dirigió descalzo para ver qué estaba pasando. Descubrió a Pete girando las páginas de un libro y tomando notas en un bloc.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

Pete no alzó la cabeza. Dijo:

—Estoy aprendiendo cómo fabricar una bomba.

EL SHOCK DEL RECONOCIMIENTO

No acostumbrado todavía a llevar de nuevo uniforme tras diez años de ropas civiles... Philip Mason agitó los hombros bajo su camisa. La tela era basta. Pero la incomodidad formaba parte del precio que debía pagar la gente para recuperar la buena vida del pasado, y realmente no importaba mucho, a sus ojos.

Debía haber sin embargo una enorme cantidad de gente que se negaba a pagar ese precio. Alzó la vista molesto hacia el ruido que le llegaba del cielo, y vio una escuadrilla de helicópteros de combate desapareciendo entre las brumas, sin duda para ir a darle otro golpe a la insurrección en Cheyenne. Era increíble como las ciudades estallaban como una ristra de petardos, una tras otra...

Se preguntó si el tipo al que había reemplazado al frente de aquel equipo de demolición estaría allá arriba en aquella escuadrilla. Había sido redestinado, como la mayoría de los militares de carrera originalmente asignados a tareas de construcción, a medida que la situación empeoraba. Se decía que en Harlem y en el Bronx el Ejército estaba empleando tanques...

Pero era mejor no preocuparse de los problemas de los demás. Valía más concentrarse en la forma en que las cosas iban arreglándose para él mismo, poquito a poco, del mismo modo que aquellas ruinas que estaban limpiando. Iba a tomar muchos meses hacer que Denver fuera presentable de nuevo; ya empezaban a notarse las señales del firme control central de que disfrutaba la ciudad, e incluso había algunas pocas tiendas que abrían cada día hacia el mediodía, durante tres horas. Para él la vida había mejorado bastante desde que había sido promovido a actuar de sargento: una ración de gasolina, derecho a utilizar su coche, permiso para dormir y comer en casa con Denise excepto cuando le tocaba su turno de servicio.

Y con Harold. Pero intentaba no pensar en Harold, del mismo modo que Harold no pensaba aparentemente en él.

—¡Hey!

Se giró para ver quién le llamaba. Del otro lado de la calle, donde otro equipo estaba desescombrando una casa que había ardido hasta convertirse en un esqueleto parecido al que estaban demoliendo sus hombres, un sargento de la Guardia Nacional. Le parecía vagamente familiar. Rebuscando en su memoria, Philip lo situó. Uno de los instaladores que él y Alan (¡pobre Alan!) habían contratado para montar los purificadores Mitsuyama.

¡Si tan sólo los hubieran tenido instalados en toda la ciudad! ¡Si tan sólo no se hubieran atascado con esas sucias bacterias!

Pero no servía de nada pensar en lo que ya había ocurrido.

Le dijo a uno de sus soldados que vigilara el trabajo del equipo y cruzó la calle para saludar al otro. No podía recordar el nombre del tipo. Era chicano, pensó.

¿Gómez? ¿Pérez? Algo así.

—Usted es Mason, ¿verdad? —dijo el hombre—. Le he reconocido. Usted es el hijo de puta que trajo esos filtros extranjeros que envenenaron el agua. ¿Qué infiernos hace aquí en libertad... y llevando uno de nuestros uniformes? Bien, si nadie se ha encargado aún de usted, yo voy a hacerlo.

Descolgó el rifle de su hombro, y disparó contra Philip a bocajarro.

LA PROPOSICIÓN RAZONABLE

Page: Bien, lamento el ametrallamiento que ha acompañado esta última interrupción, que espero no haya estropeado su diversión como telespectadores, pero como han podido oír el incendio de la Vieja Ciudad de Chicago se halla en este momento oficialmente «bajo control», y los alborotadores están siendo contenidos. Antes de que pasemos a nuestro próximo invitado, me han pedido también que anuncie que los ataques de la guerrilla contra Jacksonville, Omaha y San Bernardino, que nuestro enviado especial sobre el terreno mencionó al especular acerca de las causas del incendio de Chicago, no han sido confirmados, repito, no han sido confirmados. ¡Ya está! Ahora déjenme tranquilizar a nuestros espectadores aquí en el estudio diciéndoles que aunque algo similar a lo que acabamos de oír ocurriera en Nueva York, no nos hallamos en el menor peligro... este edificio fue diseñado en colaboración con los expertos de la Defensa Civil. ¿Estamos preparados para...? Sí, excelente. Veo que lo estamos. Bien, mundo, todos sabemos a estas alturas que una sorprendentemente gran proporción de nuestra población ha aceptado los preceptos del difunto Austin Train y se aferra aún a ellos, pese a lo que dijo el presidente acerca de que estaban basados en una llamada a la emoción y a un rechazo de la racionalidad. A dónde nos ha conducido esto es algo que todos ustedes saben. Un hombre, sin embargo, mientras ocurría todo esto, ha estado siguiendo tranquila y persistentemente otro camino. Como seguramente habrán oído decir, el famoso doctor Thomas Grey del trust Bamberley lleva años intentando establecer, con la ayuda de ordenadores y todos los métodos modernos posibles, una solución a los desesperados problemas con que nos enfrentamos. Me siento complacida de que haya elegido este show para desvelar sus descubrimientos. ¡Tom Grey! (*Aplausos del público*).

Grey: Gracias, señorita Page.

Page: Hablando de desvelar, observo que lleva su brazo velado por un incómodo cabestrillo, Tom. Espero que... Oh, disculpen un segundo... Lo siento, mundo, pero nos han pedido que cedamos un minuto de tiempo en antena para un anuncio de interés público. Estaremos de vuelta en un momento. Adelante.

Comandante de marina: Este es un anuncio de emergencia del Departamento de Defensa, Marina de los Estados Unidos. Atención, atención, todo el personal de permiso en tierra en los siguientes Estados: Nueva York, New Jersey, Pennsylvania, Florida, Texas, California. Preséntense inmediatamente a la base más próxima del Ejército de Tierra o de las Fuerzas Aéreas o al cuartel general de la Guardia Nacional, y pónganse a las órdenes del oficial al mando. Su ayuda es requerida para dominar los desórdenes civiles. Esto es todo.

Page: Veo que hay alguien aquí en este estudio que se levanta para acudir a esta llamada. Aguardemos unos instantes hasta que se haya ido. (*Aplausos del público*). Ya está, adelante. Tom, estaba preguntándole acerca de su brazo.

Grey: Oh, no es nada serio. Me alegra poder decirlo. Yo... esto... me vi atrapado en uno de esos desórdenes civiles de los que precisamente acaban de hablar. (*Risas entre el público*). Pero me salí de ello con solo una dislocación de clavícula.

Page: ¿Resistiéndose? (*Risas entre el público*).

Grey: No, una de las medas de mi coche pisó un abrojo y me estrellé contra una farola. (*Risas entre el público*).

Page: Bien, confío en un pronto restablecimiento. Ahora, volviendo a su idea... Un segundo, ¿ocurre algo?

Voz entre el público: ¡Humo! ¡Estoy seguro de que huelo a humo!

Page: Lo comprobará con mi productor. ¿Ian?... Tiene razón, amigo, pero no es nada por lo que deba preocuparse. Aparentemente viene de Newark. Ya sabe que hay un gran fuego allí. Considérese afortunado de estar aquí dentro... ¡Acaban de decirme que fuera es mucho peor! (*Risas entre el público*). Tom, su trabajo tiene que haber sido increíblemente complejo. Ha tenido que analizar usted literalmente todos los factores importantes que afectan a nuestra situación actual, ¿no?

Grey: Sí, uno por uno.

Page: Y ahora se halla en condiciones de revelar la conclusión más importante... ¡Lo siento! Un segundo. Sí, Ian, ¿qué es esta vez?... Oh. Sí, por supuesto; eso parece urgente. Lo diré... Otro comunicado para ustedes, mundo... lamento seguir interrumpiendo así, pero por supuesto no podemos ignorar lo que está pasando. Y ésta es una noticia importante y muy trágica. Parece que el puente de las cataratas del Niágara se ha partido... o a causa de una explosión o hundido, nadie sabe todavía cómo, pero debido a que hay tanta gente intentando alcanzar la frontera canadiense por aquel lugar, se nos ha pedido a todas las emisoras de radio y televisión que le digamos a la gente que evite la zona a fin de poder hacer llegar la tan esencial ayuda... las carreteras están colapsadas por el tráfico, me informan... Tom, como íbamos diciendo: ¿puede usted desvelar sus conclusiones ahora mismo?

Grey: Sí, y son crucialmente importantes. Por supuesto, he podido tener en cuenta tan sólo datos tales como los recursos naturales, nivel de oxígeno, reservas de alimentos y de agua, y así, y... esto... es curiosamente irónico en un cierto sentido, porque uno podría decir...

Page: Tom, lo siento, pero el productor me está llamando de nuevo. ¿Sí?... Entiendo. De acuerdo. Tom, van a intervenir la emisión dentro de dos minutos. El presidente va a anunciar un nuevo paquete de medidas. ¿Puede usted expresar sus conclusiones en pocas palabras, por favor?

Grey: Bien, como iba a decir, es en cierto modo irónico, porque ya nos hallamos metidos, en un cierto sentido, en el camino que dictan mis descubrimientos.

Page: ¡No tenga al mundo en suspenso, Tom! ¡Adelante con ello! ¿Qué es lo mejor que podemos hacer para garantizamos un largo, feliz, saludable futuro para la humanidad?

Grey: Podemos restaurar con éxito el equilibrio de la ecología, la biosfera, y todo lo demás... en otras palabras podemos vivir según nuestros propios medios en vez de arrastrar un saldo negativo que jamás podremos pagar, como hemos estado haciendo durante el último medio siglo... si exterminamos a los doscientos millones de ejemplares más extravagantes y derrochones de nuestra especie.

Page: Siga este consejo si le es posible, señor Presidente. Es su recompensa por haber precondenado a Austin Train. Mundo, ¿qué tal si le erigimos una pira funeraria? ¿No se merece...?

(Fin de la transcripción).

EL HUMO DE ESE GRAN INCENDIO

Abriendo la puerta al médico que acudía a visitarla, dispuesta a disculparse por sus manos llenas de harina —había estado amasando pan—, la señora Byrne olisqueó. ¡Humo! Y si podía olerlo con su terrible resfriado, ¡entonces es que el fuego debía ser tremendo!

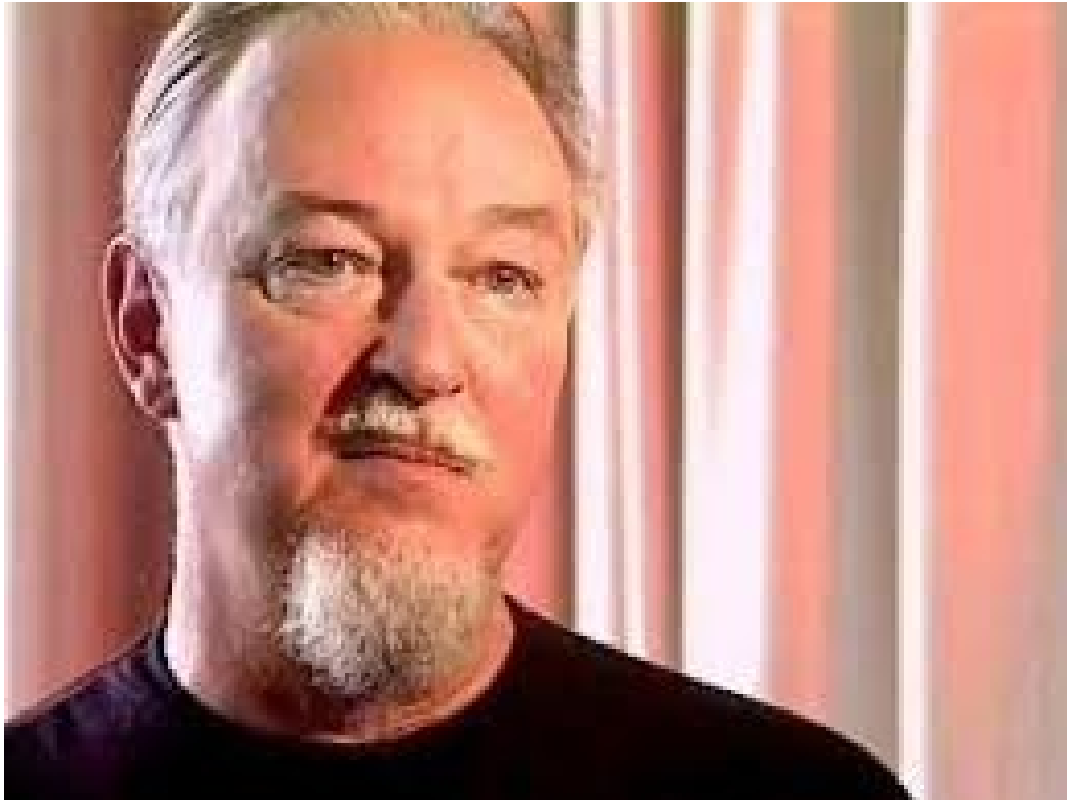
—¡Deberíamos avisar a los bomberos! —exclamó—. ¿Se ha incendiado algún pajar?

—Los bomberos tendrían que recorrer un largo camino —dijo el doctor secamente—. Eso viene de América. El viento está soplando de esa dirección hoy.

EL AÑO PRÓXIMO

Las hambrientas ovejas alzan la cabeza, pero no hay comida,
E hinchán sus pechos al viento, y los vapores malsanos que respiran,
Las pudren por dentro, y el horrible contagio se esparce.

—Milton: «Lycidas».



JOHN BRUNNER (Wallingford, Reino Unido, 24 de septiembre de 1934 - Glasgow, Reino Unido, 25 de agosto de 1995). Escritor británico de ciencia ficción perteneciente al movimiento llamado Nueva Ola. Sus obras suelen versar sobre un futuro inmediato narrado a través de múltiples personajes, centrandose su interés más en la descripción de la sociedad imaginada que en las peripecias o aventuras de sus personajes. O más bien, lo que le ocurre a sus personajes siempre está enmarcado en un punto de vista sociológico.

Es este peculiar enfoque, ausente de elementos épicos o de una trama central evidente, el que le ha impedido convertirse en un autor de éxito. Sin embargo las historias de John Brunner siempre tienen un final (y una finalidad) que las dota de pleno sentido narrativo.

Sus mejores obras corresponden a la llamada **Trilogía del Desastre**, especialmente *Todos sobre Zanzíbar* y *El rebaño ciego*, y a la novela *El jinete de la onda de shock*, una de las obras precursoras de la corriente *cyberpunk*, que se inspiró en el ensayo de Alvin Toffler *El shock del futuro*. Las obras posteriores (y las anteriores) se suelen considerar menores.

El jinete de la onda de shock, aparte de ser una de sus obras más conocidas, es un ejemplo perfecto de obra profética olvidada. Escrita en 1975, en ella se describe una sociedad construida alrededor de internet en la que existen gusanos y virus informáticos, tarjetas de crédito virtuales, técnicas de cifrado y anonimato y otros

elementos novedosos que caracterizarán ya no sólo el *cyberpunk*, sino los tiempos actuales.

Por este y otros relatos se puede considerar a Brunner uno de los visionarios más profundos y acertados de la ciencia ficción de la segunda mitad del siglo xx.

[1] En los Estados Unidos, el primer lunes de septiembre. (N. del T.). <<

Índice de contenido

Cubierta

El rebaño ciego

Diciembre

Folleto

Carnicería

Signos de los tiempos

No en nuestras estrellas

Una percha para gallinas

Entrenamiento

Es un gas

Lo opuesto a los hornos

El corazón sangrante es una enfermedad común

Las raíces del problema

Déficit

Pese a su caridad, un hombre como resonante bronce

Espacio para esta inserción

De casa en casa

La moral de siglo veinte

Mala mezcla

Ayuda

Enero

Órdenes de marcha

Supersónico

Cosas de la nieve

Cuenta abierta

Ratas

No más grande que la mano de un hombre

Memento Laurae

Anticipos de noticias

Lo que importa

Sea limpio

Adelante, cave

La más débil huella

Y eso continúa

Excavadora

Arreglo de cuentas

Febrero

Apología del biocidio

Esto me duele más
El constante debate
Fuego a discreción
El toque natural
La posesión vale nueve puntos
Oferta de resistencia
Los auxiliares indispensables
Desvaríos
Coma biológicamente
Los fuertes siguen adelante
Mis dedos son verdes y a veces se caen
El alzarse de la horrible cabeza
Desgracia
Noticias de poca monta
Una llamada a las almas

Marzo

Multiplicación larga
Un regalo de insectos
Una paja para un hombre que se ahoga
Contragolpe
Medida de precaución
Haga las maletas y empiece de nuevo
Informe de laboratorio
Las maravillas de la moderna civilización
El brazalete en la manga

Abril

Loa a los héroes
Una víctima de la Primera Guerra Mundial
No tocar
Ensayo general
Antes de que seamos tan rudamente interrumpidos
Bienaventurados sean los puros de tripa
Y la cosa continúa

Mayo

Aprovechemos mientras el tiempo sea bueno
Sábana
Hasta ahora: no padre
Malos vientos
Efectos secundarios
Encapotado
De las entrañas de la tierra
Vida de perros

Un plan a escala planetaria
Quemar los puentes antes de pasar por ellos
El movimiento subterráneo
Al borde del Mar Muerto

Junio

Una visión aun extremadamente atractiva
El tiempo de la máquina de vapor
Si se mueve, dispara
Un lugar para vivir
La señal de partida
Aquí y ahora
Compañeros en la adversidad
Concentración de fuerzas
Crítico

Julio

Consumo galopante
Detonador
El mordisco
Efecto de retroceso
Al aire libre, cállese
La tierra despierta
Este no es el fin del mundo, ¿verdad?
Rasguños
Hora punta
Reenfocado

Agosto

Perseguida por el arpón explosivo
La hierba está cada vez más mustia
Control de aguas
¿Ha visto usted alguno de estos insectos?
Vuelo rasante
Imposible ver ya las montañas
Saciado
De vuelta
Equilibrio
El fin de un largo y oscuro túnel
Golpe directo
El artículo genuino
Insusceptible a riguroso análisis

Septiembre

Violamadres

Punto muerto
Cargado
Un toque de énfasis
Mis enemigos son puestos en mis manos
Solo por citar unos pocos
Cuadro sinóptico
Memorandun
La imagen
Espasmo
Ataque
El descenso al infierno
El dolor revisitado
Fuera de control

Octubre

Los hombres tic-tac
Declaración de emergencia
¡Lo ha dicho!
Poniendo las cosas en orden
El anteproyecto
Viaje con ácido
Trabajos en curso
Volviendo a casa
Recuperándose
A flote
Últimas noticias

Noviembre

¿Con qué será sazonado?
Alias
Aun hay esperanza
A las armas
El shock del reconocimiento
La proposición razonable
El humo de ese gran incendio

El año próximo

Sobre el autor

Notas

EL REBAÑO CIEGO

JOHN BRUNNER



se